RETRATOS DE LA MEMORIA:
MAURA OGAZON,
UNA MEXICANA DEL SIGLO XIX

Pilar Rodríguez Aranda

Buscamos porque debemos recordar. Buscamos porque necesitamos encontrar. Estamos "obligadas por el deber", como escribe Alice Walker, "de llevar a nuestros antepasados a cuestas". Pero primero tenemos que rastrearlos en el zarzal documental del pasado.

Tiya Miles[1]

Creo que la pura y simple unión del yo femenino con la Historia cambia la Historia.

Elena Ferrante[2]

[1] *All that She Carried,* pág. 58. Traducción de la autora.

[2] *En los márgenes: Conversaciones sobre el placer de leer y escribir,* locación 578

ÍNDICE

Página

4 **Prólogo:** Causa y efecto

12 **Libro 1**: La hermana del gobernador (1841-1868)
13 **1841 - 1859**
72 **1860 - 1863**
101 **1864**
238 **1865 - 1867**
345 **1868**

361 **Libro 2**: Ni musa ni mesalina (1869-1871)
362 **1869**
378 **1870**
455 **1871**

476 **Libro 3**: Entre hijas y funerales (1890-1919)
477 **1890**
519 **1907**
559 **1919**

580 **A modo de epílogo**

584 **Nota y agradecimientos**

590 **Anexos**
592 Árbol genealogico…
595 Registros de defunción y de bautizo
598 Partitura de *La Banda Roja*, dedicada a Maura
600 Teatro Degollado (1861)
602 Retrato y poemas de José Rosas Moreno
612 José Pamplona
613 La pintura de José Pamplona
617 Poema de José Pamplona
624 Tumbas de Pedro y Maura Ogazon
626 Bibliografía y fuentes

PRÓLOGO

Quería saber, quería recuperar lo perdido, aunque sabía que era imposible y que la mayor parte de los hechos del pasado no habían dejado una huella que se pudiera rastrear en el presente. Era consciente de que muchas de las cosas que escribiría en la historia de la familia, si llegaba a escribirla, serían invenciones, fabulaciones a partir de los pocos datos que hubiese logrado encontrar. Pero era mejor que nada.

Elia Barceló[3]

Causa y efecto

Aunque la vida pudiera parecer tan solo una concatenación de eventos que se desatan en una cierta circunstancia y por una decisión tomada –a la fuerza, por voluntad propia o accidente–, narrar la realidad resulta ser no solo complejo, sino mucho más fascinante que cualquier ficción, aun si carece de punto dramático, clímax o resolución, y no tiene más final que el de todos los seres vivos. Así pues, la historia que les voy a contar comienza y termina tal cual, con un nacimiento y una muerte, y en medio, toda una vida.

Maura, hermana del gobernador jalisciense Pedro

[3] *Amores que matan,* pág. 153

Ogazon,[4] fue mi tatarabuela por el lado paterno de mi madre. Pasó a la fama por su belleza y simpatía, y si no alteró el curso de la historia, sin duda fue partícipe de ella; testigo y sujeto de un momento histórico clave en la historia de nuestro país, aunque quedó encasillada en el rol de musa, exaltada como amazona, acusada como Mesalina, e incluso definida como poetisa.

La realidad es que Maura vivió entre esos extremos, como la mayoría de las mujeres. Parece mentira, pero en la actualidad, continuamos luchando contra la insistente idealización, ya no como vírgenes o mártires, sino ahora como *mujeres maravilla*: "liberadas", "fuertes", "luchadoras" y otras definiciones de altura excesiva —en ocasiones imposible— que nos impiden develar nuestra terrenal esencia, cualquiera que esa sea. Aún con buenas intenciones, muchos que han querido "rescatar" la figura de Maura, la han inmovilizado como figura patriótica y romántica, tornándola aún más lejana y ficticia.

Poco antes de que yo cumpliera mis 60 años, algo me impulsó a querer conocer a esta tatarabuela de una manera más profunda y humana, a pesar de la inexistencia de documentos personales que me ayudaran a hacerlo. Conforme fui conociendo hechos de la larga y plena vida de Maura, comprendí cómo y de qué manera los cambios externos, sociopolíticos y otros, influyen en las vidas de los individuos. Sin duda

[4] En su mayor parte, tanto en citas como en nombres propios y apellidos, he mantenido la ortografía de la época. Es por eso que escribo el apellido Ogazon sin acento. Por la misma razón, dejé el acento en la preposición "á", la "i" en vez de "y", "Méjico" en lugar de "México", etc., aunque reproduzco estas palabras en itálicas como indicación.

somos nuestro contexto y lo que hacemos de ello, pero, sobre todo y a fin de cuentas, en un supuesto futuro, somos lo que escribimos o lo que otros escriben sobre uno: eso que queda grabado “para la eternidad”. Estudiar la historia implica seguir los rastros que deja la palabra. Pero Maura Ogazon no dejó ni un diario, ni tampoco he encontrado nada escrito por ella, ni una carta. De su mano y letra solo queda su firma en registros oficiales. No fue escritora ni artista ni destacó por ser una mujer de talentos excepcionales, aunque tenía la habilidad de organizar y, sin duda, la de encantar, provocar y dejar huella en los demás. Con ese vacío es fácil que su recuerdo sea vago, repetitivo, y maleable.

Mencionada aquí y allá, su nombre quedó en los márgenes de una o dos anécdotas en los capítulos de la historia de los tapatíos, en algún párrafo de tesis o artículo, muchas veces, con datos incorrectos. A partir de esas pocas referencias que existen de Maura, y de los retratos de ella de su juventud, me di a la tarea de estudiar la historia del apellido Ogazon, de la región donde Maura creció y del país que ella conoció, para intentar abarcar —e imaginar— el arco completo de la trayectoria de su vida. Me pareció evidente que Maura y su hermano mayor habían sido cercanos. Estaba segura de que por ahí hallaría extensos detalles sobre sus vidas, pero no fue tan simple. A pesar de que Pedro Ogazon fue inhumado en el Panteón de los Hombres Ilustres, en la Ciudad de México, las biografías escritas sobre él son pocas, difíciles de conseguir, y la mayoría

son un largo listado de batallas, con muchos huecos e imprecisiones. La historia no se repite, pero al investigarla encuentro que en ocasiones se torna en una especie de rebuscado reciclado. En términos modernos, el general Ogazon tuvo su momento de tendencia regional e internacional, aunque duró pocos años; entre el exilio y los vaivenes políticos, casi terminó en el anonimato, incluso estando todavía vivo. Pedro no dejó escritas sus memorias, y las muchas cartas que he encontrado de su puño y letra están relacionadas con asuntos oficiales o gubernamentales. Los artículos en los que llegan a referirse al que fue el primer gobernador de México en aplicar las leyes de Reforma, muchas veces repiten fuentes erróneas, y ninguna incluye asuntos de familia, con raras excepciones. Aún los "nuevos" detalles que gracias a la investigación hemerográfica logré desentrañar de la vida de Pedro y Maura, así como de otros miembros de la familia Ogazon, no son suficientes por sí solos para crear una imagen completa y detallada.

Como poeta intuitiva tornada en historiadora amateur, decidí que no bastaría con citar fuentes históricas, así que salpiqué este largo relato con instantes de ficción, entrelazándolos con reflexiones más cercanas al ensayo que a un texto meramente histórico o ficticio. En la primera y más larga de las tres partes que componen la presente obra, narro la vida de Maura en paralelo con la de su hermano, desde antes del nacimiento de ambos hasta poco después del Segundo Imperio, e inserto un imaginario posible en el que Maura se

relaciona con personajes como Ignacia Riesch, o las poetas Isabel Prieto e Inna Coolbridge. Mi afán era comprender, desde una perspectiva feminista, cómo nos permean las experiencias que vivimos en nuestro proceso de desarrollo de una identidad propia. Maura pasó de ser una mimada adolescente a ser una joven deseosa de participar en la lucha por la libertad y las reformas de su país, y a través de esa vivencia, adquirió conciencia de su propia falta de libertad. Fue hija obediente, obligada a huir, a ir y venir, y es probable que su primer matrimonio —con el pintor José Pamplona, mi tatarabuelo— haya sido uno de sus pocos actos independientes de rebeldía, aunque no podía saber que terminaría en triste tragedia. Luego de la guerra y del exilio, su vida se tornaría, podríamos decir, común, incluso históricamente "intranscendente". No para ella, por supuesto. Ni para mí, su descendiente.

El segundo libro se basa en el registro que dejó el consagrado Ignacio M. Altamirano en sus diarios, de sus encuentros con Maura en el parque de La Alameda entre el 31 de marzo y el 16 de noviembre de 1871. Estos *rendezvous* ocurrieron en los tiempos en que otro admirador de Maura, el pintor Ramón Sagredo, se suicidó. Las anotaciones de Altamirano en su diario, aunque breves y escuetas, ofrecen algunos detalles que me permitieron recrear —en parte— las escenas. Sin embargo, con sus reacciones y cambios de opinión respecto a su admirada Maura, Altamirano me llevó a reflexionar sobre la mirada masculina, tan "definitoria" en esos tiempos. Intenté elaborar sobre lo que tendría

que hacer una mujer de aquella época para liberarse de ella; qué opciones había y de qué manera podría una mujer decidir quién ser, y serlo.

Sin dejar de basarme en los hechos, el tono del tercer y último libro es más íntimo y novelesco. Marcado por tres funerales, me adentré en el paisaje mental de mi tatarabuela para recorrer con ella los años pasados, recuerdos de vida que se manifiestan con fuerza ante la inevitabilidad de la muerte.

A partir de su segundo matrimonio, Maura dedicó el resto de su vida a sus hijas. Las tres sobrevivientes tuvieron una carrera, y sus triunfos y fracasos también serían de ella. Viuda por segunda vez, sus últimos años serían los de mayor independencia para ella, y los más oscuros en tanto registro histórico.

Más allá de la imagen de la musa, mi esperanza es que Maura Ogazon sea recordada, no solo porque fue cautivadora y atrevida, sino también porque tomó malas decisiones, cometió errores y guardó secretos.

Inicié este libro para mí y para mi familia, pero conforme conocía más el complicado telón de fondo confeccionado por nuestros historiadores, sentí la necesidad de no solo rellenar los huecos de información con mi imaginación. Espero haber aportado nueva información sobre la vida de la familia Ogazon, consciente de que algunas especulaciones probablemente ofenderán a más de un fantasioso cronista local.

Finalmente, lo que aprendí es que, si comprendemos

mejor nuestro pasado, si lo abrazamos con toda su complejidad, es más fácil edificar un mejor futuro, para todos, para todas.

Es así entonces que, de las sombras del pasado —donde la memoria se entreteje con la invención— emerge Maura, no como musa etérea, sino como hija de su tiempo: un nacimiento marcado por la muerte, en el corazón de un México en ebullición.



Maura Ogazon en Paris, 1860. Reproducida en varias publicaciones. Alterada por la autora para mejorar su calidad. D.P.

LIBRO 1

LA HERMANA DEL GOBERNADOR

1841-1868

1841 - 1859

Los que me lean no dejarán de extrañar la enorme cantidad de versos que entrevero en estos renglones; pero lo cierto es que no se puede escribir de aquellos tiempos, sin hablar lo que entonces llamábamos el dulce lenguaje de las musas. Se vivía en verso…

Pareados, tercetos, cuartetos, quintillas, sextas, rimas, séptimas, octavas, novenas, décimas, sonetos, acrósticos, madrigales, logogrifos, charadas, chascarrillos, enigmas, contraenigmas, canciones, epigramas, felicitaciones, sentencias, pensamientos, aforismos y apotegmas era lo que se decía en comidas, cenas, tertulias caseras y finas, y hasta en el Congreso…

Pero si no se escribía la historia, se hacía; si no se observaban las costumbres, se vivían. Que vengan ahora á desentrañar los que saben, cómo salieron de tanto verso y tanto ensueño, tanta y tan potente realidad, cómo de la adoración á la mujer brotaron los derechos del hombre, y cómo de aquella sociedad poética y sensiblera salió ésta positiva y trabajadora.

Victoriano Salado[5]

M de muerte

Como en todo relato vital, todo comienza con un nacimiento. Imaginemos esa habitación en Guadalajara, en enero de 1841...

---

[5] *Episodios Nacionales II, págs.* 21-24

Fueron horas de parto interminables. Al otro lado de la puerta, la familia se congregaba, no tanto para ayudar, sino para complicar aún más el trabajo de los sirvientes. Doña Merced llevaba más de un día luchando por expulsar a la criatura, pero ésta no nacía. El cura —en su doble papel de guía espiritual y cirujano—, advertía a Don José Antonio que debía prepararse para lo peor.

Merced Rubio de Ogazon no gritaba. Y si lo hizo, fueron tantas horas que ya ni ella alcanzaba a escucharse.

A pesar de que no era el primer parto de Merced, sus últimos embarazos se habían malogrado. Para que este último llegara a término, tuvo que pasar los últimos meses confinada a su cama, saliendo apenas al patio interior para respirar aire fresco, sentir algo de sol y, en definitiva, despedirse de la vida. Callar y morir era una constante de esos tiempos.

La niña —porque fue niña— por fin emergió del vientre de su madre. En la penumbra de la habitación cuyas gruesas cortinas bloqueaban la luz del mediodía, un frío leve recorrió su cuerpecito; era una sensación nueva y vigorizante. Pero también lo era esa insaciable hambre que, ya estando seca y cobijada, la obligaba a llorar a todo pulmón. La partera, al ver a la madre moribunda y escuchar a la recién nacida, mandó de inmediato a una de las criadas para que fuera a buscar a la nodriza. Muchas voces rodearon a la pequeña que berreaba como si ella también fuera a morirse. Quizás presintió que no volvería a escuchar el corazón palpitante del cuerpo de su madre, que la había contenido y sostenido

mientras se gestaba. Ese hueco que confundieron con hambre y que intentaron llenar con alimento, era en realidad el miedo que sintió la niña al sentirse abandonada. Era un vacío que la acompañaría durante gran parte de su vida. En cuanto llegó *la chiche*, la pequeña se prendió del pezón y comenzó a chupar, desesperada.

Aunque moría, es posible que Merced alcanzara a ver a María Paula Maura de la Soledad, nombre que incluía el de su virgen predilecta, y que se completó con el de Maura, de acuerdo al santoral.[6] Y si acaso tuvo tiempo, luego de que la limpiaron y envolvieron, Merced se aseguró de que la criaturita estuviera completa, sin razón alguna para ser rechazada. “Será bellísima”, pensó, “encantadora. Tiene que serlo”. Era tal la velocidad con la que su vida se le escapaba, que el intento por decirle todo lo que pasaba por su mente, solo alcanzó a ser una mirada silenciosa. Después del parto, los dolores de Merced habrían disminuido momentáneamente. Ya no había necesidad de esforzarse, había entregado lo que le quedaba de vida.

Maura apenas alcanzaba a percibir sombras y luces. Todavía no sabía la diferencia entre la tranquilidad y la tormenta, la inquietud y la paz, la guerra o sus consecuencias, todo eso que ella viviría, huérfana de madre, siempre hambrienta. Dejó de llorar lo suficiente para enfocarse en el rostro de su madre. Fue cuestión

[6] El 15 de enero es el día de San Mauro, lo cual explica la inclusión del nombre, pero no nos dice —y nunca lo sabremos— si Maura acabó usando este nombre por decisión propia o simplemente por costumbre.

de segundos: los únicos que tuvieron entre ellas. Un instante en el que se miraron, se reconocieron, se despidieron.

Alguien debió haber sostenido a la criatura porque Doña Merced casi la dejó caer cuando sintió que se vaciaba. Se desangraba. La muerte la tragaba por dentro, tal como el hambre de vida devoraba a la pequeña. Con una última, aguda y fulminante sensación de dolor, Merced perdió el conocimiento. Debajo de ella, el camastro era un charco de sangre y placenta. Maura distinguió el aroma verdadero de su madre, por sobre esa mezcla de olores y emociones que emanaban del lecho y de los cuerpos que estaban ahí presentes. Maura oía, sin entender, las exclamaciones de sus tías, las indicaciones del doctor que ordenaba todo lo que había leído en las últimas publicaciones científicas y la voz de la partera que también hacía lo suyo mientras las criadas iban y venían. Una de ellas, que traía los trapos limpios, tocó a la puerta; otra más, la abrió: se miraron. La que abrió, negó con la cabeza y bajó la mirada mientras recibía los trapos. Doña Merced no sobreviviría. Doña Muerte aguardaba pacientemente su último sollozo.

Los que se encontraban afuera —el papá de la niña, algunos tíos, hermanos, criadas y vecinos— también aguardaban y rezaban. ¡Sí que rezaban! Varios pensaron que la pequeña no sobreviviría esa noche. Sin embargo, Maura resultaría más fuerte que la mayoría de sus hermanos. Más reacia. Más rebelde. Ese parto-muerte fue un aviso —casi un presagio— de lo que

estaba por venir y de la resistencia que necesitaría para enfrentarlo.

El bautizo

Alguien sugirió bautizar a la niña esa misma tarde, no fuera a ser que muriera, y que, además de haber nacido huérfana, se quedara sin nombre y acabara en el limbo.

Fue un bautizo muy triste. No hubo tiempo para preparativos, ni los presentes estaban para celebraciones. Era enero, pero, en Guadalajara, el invierno es relativamente templado. Por la premura, los padrinos, Doña Ignacia Ogazon y su esposo Ramón Navarro, no pudieron llegar pues vivían en La Barca, a 22 leguas de distancia[7]. Otro de los tíos de Maura y su esposa asumieron la responsabilidad de representar a los ausentes. Quedaría asentado en el acta que Pablo y Trinidad fueron los que "sacaron *a la* niña de la sagrada fuente".[8]

Además de los Ogazon residentes en Guadalajara, estuvo presente la familia de la difunta Merced, los Rubio. Todos querían sumergirse en la tristura de su luto pero tenían que darle la bienvenida y bendición a

---

[7] La legua era una unidad de longitud que expresaba la distancia que una persona podía caminar a pie, durante una hora. A caballo se podía cubrir un promedio de 6 leguas en un día, dependiendo del terreno y el clima. En ese tiempo, de Guadalajara a La Barca, un mensajero podía tardar hasta cuatro días en llegar.

[8] Fuente: "México, Jalisco, registros parroquiales, 1590-2022", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:684N-D1G4 : Sat Jul 06 17:36:08 UTC 2024), Entrada para Maria Paula Maura Dela Soledad Ogason Rubio y D. Antonio Ogason, 15 Jan 1841. Ver Anexos, pág. 476

esa criaturita. Intentaron transmutar su dolor en alegría al escucharla reaccionar con la fría agua bendita de la pila santificada, que vertían sobre su frentecita, certificándola como viva y cristiana.

El entierro fue al día siguiente. El mismo cura que había firmado el acta de bautizo fue quien firmó, junto con el presbítero, el registro de defunción de Merced, quien fue inhumada en el panteón de Belén.

Cuando los padrinos de Maura por fin llegaron a Guadalajara, buscaron la manera de apoyar al viudo. La contención emocional de don Antonio era tan evidente como su cansancio. Para cuando conocieron a la infante, ella, finalmente, había dejado de llorar.

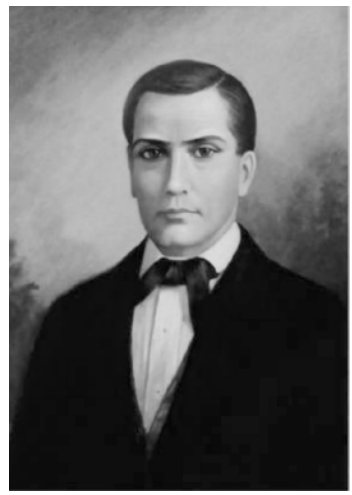
Maura había sobrevivido, aunque quedaría marcada por un doble peso: el de la soledad y el de haber nacido mujer. No parecía afectada por la muerte de su madre y uno podría argumentar que es obvio una recién nacida no tiene uso de razón, aunque, ¿cómo asegurarlo? Dicen que las mujeres no razonan, y ya ven, razonan demasiado. Sienten demasiado. Mueren demasiado.

El hermano mayor

Mientras la familia lidiaba con el duelo colectivo, Pedro, el hermano mayor, cargaba su propio silencio en medio de la tormenta familiar

Pedro de Jesús fue el mayor de los hijos de Merced y

José Antonio Ogazon.[9] Mientras que la madre se debatía por su vida dando a luz, es probable que su padre se mantuviera en silencio y encerrado en su oficina o biblioteca. Su hermano, Luis, el segundo hijo de la pareja, vivía en la Ciudad de México, mientras que su hermana Jesusita, con 16 años, era aún demasiado joven para estar presente en el parto y es posible que le hayan encargado cuidar al más pequeño de los hermanos, Ramón Filomeno, de cinco. Así que Pedro se encontraba solo.



Pedro Ogazon Rubio,
autor desconocido.
Fuente: *Los gobernantes jaliscienses.* Ver Bibliografía. D.P.

Recién cumplidos los veinte, le quedaba poco más de un año para continuar sus estudios en la universidad. Aquella mañana de enero, con su madre en proceso de

[9] Registro de bautizo de Pedro Ogazon. Fuente: "México bautismos, 1560-1950", base de datos, *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:N2SL-CM4 : 10 January 2025), Pedro de Jesus Ogazon Rubio, 1820. Ver Anexos, pág. 477

parto, es probable que realizara su rutina habitual y saliera temprano hacia el Seminario Conciliar[10], a unas cuadras de su casa y que, alrededor del mediodía, recibiera la noticia de que su madre agonizaba. Quién sabe si alcanzó a llegar a tiempo para despedirse.

Aun si se hubiera quedado en casa para acompañar a su padre, Pedro no habría cruzado el umbral de ese espacio exclusivamente femenino, ni le habría prestado mucha atención al constante llanto de la recién nacida, recordatorio punzante de la pérdida.

Perder a una madre siempre es razón de gran tristeza, aunque no era menester de los hombres mostrarla. Pedro permaneció en silencio, de pie, con la mano derecha metida bajo la solapa izquierda del saco, un gesto habitual que le daba la apariencia de firmeza que tanto necesitaba. Aprendió de él a ser un hombre sin sentimentalismos, firme y reservado.

Fuera de mantener el luto obligado, la vida de Pedro no cambió gran cosa luego de la muerte de Merced. Él se concentró aún más en sus estudios, dedicándose a ello durante los siguientes 12 años. La lectura no solo fue su fundamento, sino también su guía y consuelo en la vida pública y personal. No en vano dicen que desde joven "reveló la rara amalgama, de valor y humildad, modestia y talento, que constituía el fondo de su carácter".[11]

---

[10] El Seminario Conciliar se ubicaba en el edificio que hoy ocupa el Museo Regional de Guadalajara.

[11] Gómez Flores, Francisco. "Pedro Ogazon", *Liberales Ilustres Mexicanos de la Reforma y la Intervención,* págs. 170-172



Mapa de Nueva España y Nueva Galicia creado en 1623 por Mercator Gerhard. La flecha señala el área de Bolaños y la ciudad de Teúl. El original está ubicado en la colección de mapas de la Universidad de Harvard. **Fuente**: Sitio Web del Gobierno de Jalisco: Instituto de Información Estadística y Geográfica de Jalisco. (D.P.)

Bolaños

Ambos, José Antonio y Merced, provenían de Bolaños, un área al noroeste de Jalisco, entre Zacatecas y la Sierra del Nayar. Ese paisaje "impresionó profundamente a los españoles por su aspecto agreste y salvaje",[12] y para el siglo dieciocho, la zona comenzó a ser reconocida por su actividad minera, uno de los negocios más rentables de la Nueva Galicia. En ella se produjo el 20% de la plata extraída. Fue una época de apogeo, en la que muchos mineros y hacendados aumentaron exponencialmente sus fortunas gracias a la especulación, y sobre todo, a la explotación de las poblaciones indígenas.

[12] Ruiz Medrano, Carlos Rubén, "El Real de Minas de Bolaños", *Región y Sociedad,* pág. 194

La villa de Bolaños fue elevada a corregimiento. Durante su apogeo, llegó a tener cien minas activas a lo largo del río y cerca de 17 mil habitantes. Los primeros Ogazon, Don *Joseph* Antonio Muñoz de Ogazon y Doña María Martínez Perea, arribaron de Castilla, atraídos por las oportunidades de este auge.[13]

Su hijo, Agustín Muñoz de Ogazon, creció en Teúl, a 20 leguas de Bolaños, un pueblo "de temple muy frío y sano, de lindas aguas y montañas, donde [había] mucha suma de venados"[14]. Agustín, el abuelo de Pedro y de Maura, llegó a ser Juez Territorial, donde posiblemente conoció a su futura esposa, Doña Macedonia Velázquez Delgado, hija del Alcalde Mayor de Teúl.[15]

La zona fue devastada por la explotación de la madera necesaria para sostener los túneles de las minas, y por la contaminación del mercurio y la escoria que vertían en el río Bañuelos las haciendas de beneficio de

---

[13] Lancaster-Jones, Ricardo. "Noticia Genealógica sobre las familias Ogazon y Velázquez, de la Nueva Galicia". Sin número de página. Ver Bibliografía.

[14] Padre Comisario General Fray Alonso Ponce, 1586, citado por: Ávila Gómez, Hugo. "El norte de la Nueva Galicia, en los apuntes de un obispo del siglo XVII", *9o Encuentro de Especialistas,* pág. 4

[15] La familia de Macedonia, residía en Tepechitlán, a dos leguas de Teúl. Ella era prima del segundo Marqués de Vivanco, título nobiliario creado a favor de un militar empresario, también de Castilla, que hizo su fortuna gracias a la plata. Se dice que Vivanco fue "un minero hábil y excepcional administrador de sus propiedades y, consciente de que uno de los problemas para la minería era la mano de obra, comenzó a usar de manera extensiva a indígenas fronterizos para el laborío de las minas", pero en los primero años, "prescindió de la coerción como método de captación de estos trabajadores no especializados en tandas". Entre sus propiedades, además de las minas en Bolaños, se encontraba la hacienda de Chapingo, en Texcoco, que en aquella época contaba con 16 ranchos y 4 mil hectáreas. (Ruiz Medrano, Carlos Rubén, *Ibídem*, págs. 208-9)

metales que se establecieron a lo largo de su cauce.[16] La crisis fue tal, que hubo necesidad de traer la mayoría de los alimentos básicos de otras regiones, lo cual resultaba costoso y complicado.

La escasez obligó a Agustín, como a muchos otros mineros y hacendados, a buscar alternativas más estables para su fortuna, incluyendo la compra de bienes raíces. Para 1817, Agustín y Macedonia, junto con sus trece hijos, se trasladaron a la gran ciudad de Guadalajara, en busca de una vida más segura y un mejor futuro.

La Atenas de México

De las minas agrestes de Bolaños, la familia Ogazon se mudó hacia el pulso urbano de Guadalajara, que ya comenzaba a mostrar indicios del dinamismo intelectual y económico que la llevaría a despuntar como *La Atenas de México*.[17] Con sus ocho kilómetros de extensión y alrededor de 35 mil habitantes, ahí residía la élite regional, que contribuyó al crecimiento económico y social de la ciudad, incluida la familia Ogazon.

La mayoría de los hacendados se convirtieron en comerciantes, abriendo tiendas en una de las esquinas

---

[16] *Ibídem,* pág. 201

[17] Juan Bautista Iguíniz Vizcaíno se refiere a Guadalajara como "la Atenas de México", en *El Periodismo en Guadalajara 1809-1915* (Citado por Arturo Piens en "No poder vivir sin dioses. Ensayo sobre Al filo del agua a la luz del postulado entresacado de *El Hombre y lo divino*", *El Fulgor y la Flama,* pág. 390). Celia del Palacio hace mención a la llamada "Atenas de México" en su introducción al libro *La primera generación romántica de Guadalajara,* pág. 9

de sus fincas para vender en ellas sus productos agropecuarios, como granos, textiles y herramientas. Los pisos superiores de los edificios se usaban como residencia. Cuentan que la zona de los portales presentaba el aspecto de una feria continua, a pesar de que el comercio enfrentaba serios problemas, como eran los altos impuestos, la inseguridad en los caminos, la corrupción, la ineptitud y el contrabando. Estos obstáculos no solo hacían difícil la vida de los comerciantes, como don José Antonio, sino de la población en general.

Guadalajara se benefició con el cobro de aduanas de las mercancías que llegaban de los diversos puertos del Pacífico. A partir de 1812 comenzaron a llegar guatemaltecos, chilenos y otros latinoamericanos, conocidos como *Panameños* por ser los más numerosos.[18]

Terminada la guerra de Independencia, muchos españoles evitaron ser expulsados, mientras que nuevos inmigrantes europeos llegaron en las décadas siguientes, huyendo de la pobreza y de las guerras napoleónicas. Al ser cruce obligado, la ciudad se convirtió en centro de vanguardia y unión, símbolo de civilización y cultura.[19]

Pedro, nacido en Guadalajara en 1820, tenía la misma

---

[18] Martínez Réding, Fernando. *Los Tapatíos*, pág. 120.

[19] Muchos franceses migraron en esa época, entre ellos, las familias Lyon y Duprat, provenientes del norte de Francia, quienes fundaron en 1849, una fábrica de rebozos de seda. Una hija de los Lyon sería esposa de uno de los primos hermanos de Maura y de Pedro, Ignacio Luis Vallarta Ogazon.

edad que el joven país. Quizá por eso tanto él como el resto de su generación se mostraron tan heroicamente patrióticos. Jalisco sería vanguardia en ese primer proceso de transformación de *Méjico* que inició en los años previos a su nacimiento, y varios miembros de la familia Ogazon desempeñarían un rol significativo, aportando al esfuerzo por estabilizar la región y forjar una identidad nacional. Durante años, los mexicanos no conocerían otra cosa más que la lucha constante por definir y mantener a la nación libre y soberana

Fue en ese ambiente de idealismo que Maura se crió y nutrió de ese mismo ímpetu, fortaleciendo en ella una determinación inquebrantable que la definiría a lo largo de su vida.

Don José Antonio y sus esposas

La tradición y la ley colonial vigente establecían que el primogénito debía hacerse cargo de las propiedades familiares, para evitar que la riqueza se disolviera al dividirla entre los herederos. Esto fue lo que debe haber sucedido en 1829, cuando José Antonio[20] asumió la responsabilidad tras la muerte de su padre.[21] Sus obligaciones como hermano mayor incluían cuidar a las

[20] José Antonio fue bautizado como "Joseph Antonio Marcelino", pero él mexicanizó su nombre a José, jamás usó el Marcelino y abandonó el Muñoz, quedándose tan solo con el apellido Ogazon.

[21] Tras la muerte de don Agustín en 1829, su viuda, Doña Macedonia otorgó un poder general a favor de su primogénito. Fuente**:** Ficha de María Josefa Macedonia Velázquez Delgado-Robles, Seminario de Genealogía Mexicana. Javier Sanchiz (IIH-UNAM), Víctor Gayol (CEH-ColMich), AMGH. *Geneanet*.

hermanas solteras y apoyar a los hermanos cuando fracasaban en sus negocios. No se sabe a cuánto ascendía su fortuna e ingresos, ni qué tanto cambiaría su posición económica conforme el país continuó enfrascado en guerras internas. Como muchos otros criollos de la época, enfrentaba la presión de mantener su estilo de vida mientras pagaba los estudios de sus hijos y buscaba proteger los intereses familiares.[22]

El nombre completo de la primera esposa de José Antonio, la madre de Pedro y Maura, fue Doña María Faustina de la Merced Rubio Arriola.[23] Nacida en Guadalajara en 1802, Merced probablemente fue una delicada dama criolla dedicada a su hogar y su familia, como era esperado de las mujeres de su posición.

No se ha encontrado registro del matrimonio de Merced y José Antonio aunque sí de los bautizos de sus seis hijos: Rafaela, la primogénita, murió a las pocas semanas de haber nacido. Pedro de Jesús —ya sabemos— nació en 1820, seguido de José Luis Serapio (Fray Luis) en 1822, María Crescencia de Jesús (Jesusita) en 1824, Ramón Filomeno en 1836, y Maura en 1841.

Tras la muerte de Merced, es difícil imaginar a José Antonio Ogazon cuidando a su hija como lo haría un

---

[22] En 1843, D. José Antonio trabajó como empleado a cargo de la administración de las alcabalas, que eran una especie de impuesto sobre el valor de las cosas. En 1856, fue nombrado Administrador de la Casa de Moneda. Fuente: *El Siglo Diez y Nueve* y AGN.

[23] Fuente: "México, Jalisco, registros parroquiales, 1590-2022", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:684V-Y11W : Thu Jan 16 00:22:58 UTC 2025), Entrada para Ma. Faustina Merced Rubio Rad. y Juan Jose Rubio, 11 de octubre, 1802. De acuerdo a Ricardo Lancaster Jones el padre de Merced nació en Granada, España. También se sabe que eran parientes de Jesús González Rubio, maestro de música y reconocido compositor del *Jarabe Tapatío*.

padre en la actualidad. En aquellos tiempos, lo común entre los hombres de su estatus, era que el viudo confiara en que la nodriza y los sirvientes se ocuparan de la niña. La ausencia de una figura materna debe haber dejado un vacío profundo en la niña, al no recibir el tipo de amor que solo da una madre, Maura lo buscó como mejor supo: adaptándose y complaciendo a los demás.

Cabría suponer que en sus primeros meses de vida, Maura haya pasado temporadas en La Barca con sus padrinos de bautizo, los Navarro; al fin y al cabo, hacerse cargo de ella era su obligación ante Dios.

Tres años después de la muerte de Merced, José Antonio apareció en casa con una nueva esposa: Rosario Robles, de quince años. La trajo desde Teúl. De este matrimonio tampoco se tiene registro oficial.

Treinta y cinco años menor que José Antonio, Rosario no solo enfrentaba un matrimonio con un hombre mucho mayor, sino también el reto de hacerse cargo de los más jóvenes de sus hijastros: Ramón y Maura.[24] Aunque tenía la ayuda de las nanas y criadas que ya se ocupaban de los niños desde la muerte de su antecesora, Rosario debió haberse sentido apabullada con las nuevas responsabilidades. No debe haber sido fácil sobrellevar la tensión de su nuevo rol ni llevar la gestión de una casa grande y compleja. Entre la inexperiencia y su inhabilidad para quedar embarazada

[24] Los mayores estaban prácticamente ausentes: Luis, el fraile, había partido años antes, Pedro pasaba todo el día fuera, a punto de terminar sus estudios en la Universidad; y Jesusita se casaría ese mismo año (1844).

durante los primeros años de casada, es probable que Rosario no le prestara mucha atención a la niña, especialmente, luego de perder a su primer hijo, en 1844, a los pocos meses de nacido.

Maura creció rodeada de sirvientes y de la nodriza que la cuidó desde su nacimiento. Su padre, el severo José Antonio, no le hacía mucho caso y rara vez se dirigía a Maura excepto para reprenderla por no obedecer a Rosario. Esta rigidez paternal abonarían en ella la determinación de forjar su propio camino y alejarse de las restricciones impuestas.

Desde pequeña, Maura aprendió el arte del encanto y de ajustarse a las distintas personalidades que se encargaban de su cuidado. Pronto entendió que la risa y la simpatía eran la mejor manera para asegurar compañía, de ser mirada y sentirse querida. Así, Maura se moldeó como la rosa que fascina con su aroma, su forma y su color. Sin embargo, a menudo, se cansaba de ser el objeto de las miradas y comentarios de los demás.

—Tan linda, mírala qué bonita, igualita a su mamá —le dirían.

Sin embargo, no había un solo retrato de Merced, ¿cómo podía Maura saber si era verdad que se le parecía? De por sí su padre hablaba poco, pero una vez que trajo a Rosario a la casa, nunca más volvió a mencionar el nombre de Merced ni a hablar de ella. Su madre se convirtió en una presencia intangible que la acompañaba, tan cierta como su abandono.

Maura fue educada en casa y es probable que compartiera tutor con su hermano Ramón. Cuando él, siendo mayor y varón, comenzó a asistir a la escuela, Maura tuvo más tiempo para rondar libremente por la finca que abarcaba toda la manzana.[25] No era que quisiera estar sola, sino que sentía un deseo claro y urgente —por supuesto, inconsciente— de experimentar lo que era vivir sin limitaciones. Más adelante, con el ejemplo de sus *desenvueltas* tías, las hermanas Ogazon, Maura desarrollaría un atrevido y ocurrente sentido del humor que no solo contrastaba con su aparente inocencia, sino que le daba otro tipo de libertad, al atreverse a expresarse con gracia y simpatía.

Cuando Pedro regresaba de la universidad, cenaba con la familia y conversaba con su padre. Antes de encerrarse a estudiar, siempre encontraba un momento para estar con sus hermanitos, aunque a menudo tenía que recorrer toda la finca para encontrar a la osada e indomable Maura.

Luego de no haber podido despedirse de su madre, Pedro siempre se ocupó de su bienestar. Tampoco sorprendía que lo hiciera cuando todavía vivía su padre. José Antonio no era un hombre con el que se podía argumentar. Era buen cristiano, pero exigente; se pensaba justo, pero era autoritario y seco. Es probable que fuera Pedro quien enseñara a Maura a montar o

[25] Manzana 15, en el barrio del Pilar, uno de los primeros cuadrantes de la ciudad. Fuente: Documento Judicial, caso 121, Juzgado Cuarto de la Primera Instancia, Guadalajara 1866.

incluso a disparar, pero más importante aún, fue él quien le inculcó los valores de libertad y justicia, valores que los liberales puros como él estaban dispuestos a defender hasta la muerte.

Masón y puro

—¿Qué me aconsejáis, hermano Stolkin?

—Que busquemos para representantes y legisladores del Pueblo a los individuos más puros, independientes e instruidos que hayan obrado siempre con rectitud, posponiendo sus afecciones personales e intereses privados al de la comunidad entera…

Rito Escocés Antiguo y Aceptado[26]

En ese hogar de ausencias y rigideces, Pedro encontró refugio en ideas que trascendían las paredes y las instituciones.

Años antes, cuando iniciaban las logias, habían surgido disputas entre los progresistas y patriotas (yorkinos) y los moderados (escoceses), llevando a la fundación del Rito Nacional Mexicano con la intención de poner fin a las divisiones y formar un partido político.

Los detractores de la masonería la identificaban con el comunismo y exigían la abolición de las sociedades secretas. Mientras tanto, otros aseguraban que no eran

[26] *Liturgia Masónica 4-14,* Ediciones Salomón, pág. 218

peligrosas ni atentaban contra la religión ni contra el principio de la libertad.[27] El entonces gobernador de Jalisco, D. Prisciliano Sánchez, consideraba "que las logias no eran nefastas ni alteraban la tranquilidad; por el contrario, declaró que estaba convencido eran *el más robusto apoyo de la federación*".[28]

Sin embargo, con el ascenso de Santa Anna en 1833, se comenzó a suprimir leyes y a desmantelar muchos avances de los federalistas reformistas.[29] Al año de que Pedro ingresara al Seminario Conciliar, iniciaban las asonadas de liberales contra el presidente conservador, tantas veces "reelegido". En algunas de estas alzadas resaltan los nombres de futuros aliados, como serían "un tal Rojas" y el sonado caso de Gregorio Dávila.[30]

En ese clima represivo, es probable que Pedro haya sido introducido a Fourier y otros utopistas por alguno de sus tíos con simpatías liberales, como el *panameño* Domingo Reyes.[31] En medio de constantes cambios y

---

[27] *Ibídem*

[28] Prisciliano Sánchez, citado por Olveda, Jaime. *Ibídem,* pág. 162

[29] *Ibídem,* pág. 201

[30] *Ibídem*, pág.212

[31] Hijo de Doroteo Reyes y bautizado en Nicaragua, Domingo se casó con Guadalupe Ogazon en 1840. Tras quedar viudo y con tres hijos, volvió a casarse en 1847 con Juana Ogazon. Ambas eran hermanas de José Antonio. Juana sería madre del general Bernardo Reyes, quien a su vez tuvo como hijos a un famoso literato (Alfonso) y un renombrado abogado (Rodolfo) entre su abundante descendencia.

tensiones,[32] Pedro buscaba su propio camino ideológico. En Guadalajara, los yorkinos habían ganado popularidad al definirse como patriotas y defensores de la soberanía nacional.[33] La logia yorkina era el lugar donde se podían discutir de manera libre y segura las ideas que llegaban de Europa y los Estados Unidos, y compartir el sueño de cambiar México.[34] A ella se afiliaron las figuras más connotadas de la ciudad. Pedro, "siendo aún muy joven, no como ciudadano todavía, pero sí como miembro activo del partido liberal, comenzó a actuar con el grupo extremista de los llamados *puros"*,[35] los radicales de su tiempo.

Al terminar el seminario, Pedro se matriculó en la Universidad de Guadalajara, destacando en sus estudios[36] y graduándose como abogado por el Superior Tribunal del departamento de Jalisco en marzo de 1846. El 13 de mayo, Estados Unidos le declaró la

---

[32] Las milicias cívicas fueron suprimidas y desaparecidos los congresos locales. En 1836 aconteció la batalla del Álamo, la separación de Texas y se promulgó la Constitución centralista. "Los ciudadanos tuvieron que ajustarse a ordenanzas muy estrictas. Por ejemplo, quedó prohibido montar a caballo dentro del pueblo por las noches, organizar bailes y otras diversiones públicas sin previa licencia, transitar sin salvoconducto, quemar cohetes, vender licores en los días de fiesta y los bailes con disfraces". Fuente: *Ibídem*, pág. 205

[33] Para 1828, ya contaban con más de cien talleres masónicos en todo el país. Fuente: Olveda, Jaime. *Ibídem,* pág. 161

[34] Las primeras logias masónicas en México fueron fundadas por Vicente Guerrero y estaban adheridas al *Rito Yorkino,* aunque también se afirma que en 1823 se instalaron en Guadalajara logias del rito escocés, aunque, para finales de 1825 se encontraban muy debilitadas. Fuente: La Gran Logia York de México, *Revista Masónica GAIA*.

[35] Barba González, Silvano. *Licenciado y General Pedro Ogazon,* pág. 31

[36] Obtuvo 1er lugar en su examen de filosofía en 1838, calificación "sss" en Teórica de Jurisprudencia en el 41, y en 1844, primer premio por su dominio del francés en el 44. Fuentes: *La Abeja,* 19 de octubre 1844, pág. 1, y *Enciclopedia histórica y biografía de la UDG (http:enciclopedia.udg.mx)*

guerra a México. Recién salido de las aulas, Pedro se vio de inmediato envuelto en "los asuntos públicos"[37] y reconocido por "su ilustrada inteligencia y su voluntad de hierro".[38] Trabajó como subalterno del tribunal supremo de justicia del estado de Jalisco, dedicándose a defender a los pobres y presos.[39]

Luego de un año de escritorio y juzgados, mientras sus compañeros de generación "se enfrascaron en la placidez de sus bufetes",[40] Pedro decidió alistarse en el ejército como soldado raso. El joven licenciado se unió al batallón "Terán", bajo el mando del coronel Lauro Luna, y —se dice— "soportó siempre sin el menor desaliento, sin proferir nunca una sola queja, las penalidades de la campaña, los reveses de la fortuna, las desgracias todas en que se miró envuelto".[41]

Pedro no era fiestero ni bebía en exceso; en las fiestas, se conformaba con escuchar a los demás. Pero en el campo de batalla, en más de una noche de mezcal y alrededor de una reconfortante fogata, el buen soldado soñador rompió su habitual reserva y, desentonado, cantó con fervor:

El ser puro es ser libre, es ser grande,
arrostrar con valor dura suerte;

---

[37] *Ibídem*

[38] Gómez Flores, Francisco. *Ibídem*, pág. 170-171

[39] *Diario del Gobierno de la República Mexicana*, 27 de noviembre, 1846

[40] Covarrubias, Ricardo. *Dos héroes de La Reforma,* pág. 92

[41] Gómez Flores, Francisco. *Ibídem*, pág. 171

prefiramos primero la muerte
que dejar de gritar ¡libertad![42]

Sus compañeros más cercanos se unieron para terminar, no al unísono, pero sí exaltados:

Si es de Dios la doctrina cristiana
la que brote del pecho de un puro,
que aunque viva ignorado y oscuro
a su patria sabrá liberar.[43]

Y mientras Pedro forjaba su ideario en logias y batallas, Maura, en su inocencia, tejía lazos con el mundo cotidiano…

El aguador al rescate

Tenía cinco años el día en que Pedro se despidió para unirse al ejército. Aferrada a su falda, era terca y muy apegada a su hermano mayor. Tanto así, que es posible que decidiera seguirlo…

Maura metió unas cuantas cosas en una pequeña canasta improvisada. Había escuchado a su papá decir muchas veces que los Ogazon no retrocedían. Así que, decidida a ser una más de ellos, salió con su bulto en mano. En un momento de descuido, usó la puerta de los sirvientes, decidida a alcanzar a su hermano, sin saber bien qué dirección debía seguir ella para lograrlo.

---

[42] Corrido popular, reproducido en *Apuntes para mis hijos,* de Benito Juárez*,* pág. 185

[43] *Ibídem*

Caminó unos minutos sin apremio; conocía sus alrededores lo suficiente para sentirse segura al inicio, pero ya para la segunda cuadra desconoció su entorno. Se preguntó si ya estaría cerca del campo de batalla.

Al ver una fuente, de inmediato dirigió sus pasos hacia ella. Tenía sed y quería mojarse el cogote. De paso le preguntaría a los aguadores que llenaban sus *chochocoles* si iba por buen camino y si le faltaba ya poco para llegar a su destino.[44]

En todas las ciudades de *Méjico*, desde temprano los aguadores se dirigían a las fuentes, "no sin echarse al coleto" una copa de mezcal o chinguirito en alguna vinatería para hacer la mañana o para abrigarse el estómago.[45]

El aguador nunca se veía implicado en robos, al contrario, la gente le tenía mucha confianza,[46] y aunque era pendenciero, también era "el correvedile de los enamorados, …el que ejecutaba su destreza quirúrgica en los gatos, el que en tiempos más antiguos enterraba *á* los muertos y en las procesiones de la Semana Santa

---

[44] El chochocol era una olla esférica de barro que los aguadores usaban para acarrear el preciado líquido en burros, carretas, o sobre su cuerpo. Del cinturón pendía una cuchara de madera que usaba para verter el agua cuando no había suficiente en la fuente para sencillamente hundir el chochocol en ella. Los chochocoles tenían un asiento "en forma de rodete [que] encajaba en una de las aberturas circulares practicadas en la superficie superior del brocal de piedra, de la fuente". Fuente: García Cubas, Antonio. *El libro de mis recuerdos,* pág. 207.

[45] "Echarse algo al coleto", significaba "tomarse un trago", y el "chinguirito" era un aguardiente de caña de mala calidad. *Ibídem*

[46] "Algunas veces, la señora hacía llamar al aguador para que le proporcionase una cocinera, una criada, una camarista ó un portero". *Ibídem,* pág. 209

cargaba *á* los Santos".[47] Usaban un mandil de cuero que colgaba de una especie de cuello del mismo material junto con un cinturón y un casquete que usaba para cargar el chochocol.

Luego de refrescarse, la pequeña Maura se sintió cansada y se sentó en la banqueta. Es probable que no quisiera que la vieran llorar. De nuevo evocó las palabras de su papá, quien decía que los Ogazon no lloraban, y aunque se dirigía a sus hermanos varones, Maura absorbió el mensaje. Desde pequeñita quiso ser como ellos, pero, sobre todo, como Pedro.



Aguadores mexicanos. Foto de Henry Jackson.
Fuente: Biblioteca Digital Francisco Xavier Clavijero. Original, propiedad de la Universidad Iberoamericana. (D.P.)

A pesar de haberse echado agua a la cabeza, Maura no paraba de sudar. Y aunque había saciado su sed, se dio cuenta de que tenía hambre; no había empacado una merienda para no ser vista.

[47] *Ibídem*, pág. 207

Dos pies con huaraches se detuvieron justo frente a ella. La niña tuvo que alzar la vista. Recorrió los calzones de manta, las chaparreras de cáñamo y el mandil hasta llegar al rostro del aguador, a quien reconoció de inmediato. Era uno de los rostros familiares que aparecían cada mañana a surtir su casa.

Aunque había un pozo de agua fresca en la finca, durante algunos meses no era suficiente para todas las necesidades de la propiedad. Además, dependían de los aguadores no solo para tener agua en la cocina, sino también para enterarse de lo que sucedía en la ciudad. Las criadas y peones se lo contaban al ama de llaves o capataz, quien decidía si informar a los dueños de la casa; pero eran los aguadores quienes controlaban la red de información.

El aguador también reconoció a la niña. Era un hombre de rasgos huicholes, fuerte y gentil. Siempre tenía una sonrisa lista para los niños de la finca.

—Pero, niña Maura, ¿qué hace usted aquí? —le preguntó el joven, que ya había llenado y acomodado con mucho cuidado un enorme chochocol en su espalda, y al frente, otro más pequeño que recientemente se le había roto, pero que había remendado uniendo los pedazos con pita, lezna y zulaque.[48] Un chochocol era lo más preciado que tenía un aguador.

---

[48] La *pita* era el hilo de agave. Este se hacía pasar por entre los pequeños agujeros que practicaban al tiesto con una *lezna*, que era una especie de punzón. Luego, se cubrían las puntadas con *zulaque,* una mezcla de cal, aceite, estopa y vidrio molido que, por cierto, todavía se usa para rellenar las hendiduras en los fondos de las embarcaciones.

Maura le contó su intención de alcanzar a su hermano Pedro quien había partido esa mañana rumbo al campo de batalla. Aliviada de ver una cara conocida, al terminar su explicación se echó a llorar —cansada, perdida, abandonada—.

El aguador estaba por iniciar su ruta, así que le ofreció su rugosa mano, y lentamente caminaron de vuelta con su familia. En casa de los Ogazon ni siquiera se habían dado cuenta de su ausencia pues en realidad no había pasado ni media hora, y era usual que la pequeña se escondiera. Claro que, luego de que llegó acompañada del cora,[49] el hecho causó gran consternación. Todos los sirvientes fueron regañados duramente por el padre de Maura, y a partir de entonces tuvieron que redoblar la vigilancia, lo cual en realidad fue innecesario. La niña había entendido que Pedro se había ido muy, muy lejos, y que ella no lograría alcanzarlo.

Pronto se acostumbró a su ausencia, pero más adelante descubrió que ni el tiempo ni la distancia disminuirían su amor por su hermano.

Crecer entre guerra y ausencias

Esa escapada infantil —imaginada— revela patrones familiares. Sería un rasgo en común característico de los Ogazon, una mezcla de firmeza y "terca altivez",[50] como cuando dos de los primos hermanos de Pedro y

[49] Huichol.

[50] Azuela, Mariano. *Obras completas*, pág. 386

Maura —Ignacio y Carlota Vallarta (él de 7 y ella de 5) —[51] realmente se escaparon de su casa en Zapopan y los encontraron en una cueva cercana.[52] Años después, algo parecido sucedería con Judith, la primera hija de Maura .

No debe haber sido fácil para la joven Rosario Robles cumplir con su rol como madrastra y controlar a la testaruda y rebelde hija de su esposo, don José Antonio.

Maura siempre había sido la más mimada, y es probable que por ello rechazara desde un principio a la esposa de su padre.

En su segundo parto, Rosario tuvo una niña, quien murió al día siguiente de nacida.

Con sus cinco años, Maura todavía no entendía lo que dicha pérdida significaba para una mujer. Dos años después, en 1847, por fin se convirtió en “hermana mayor” cuando sobrevivió el primer hijo de Rosario y José Antonio.

Todos a su alrededor seguramente recalcaron en ella la magnitud de esa responsabilidad. Ella la asumiría con orgullo, tornándose un poco más obediente.

Maura era mucho más dulce y amable con la servidumbre que la había visto crecer. Era la princesa de la casa, y después de incidentes como el de su

---

[51] Hijos de José Vallarta e Isabel Ogazon Velázquez, hermana de José Antonio.

[52] *Alejandro Vallarta Papers*

escapada y el posterior rescate por parte del aguador, la protegían aún más. Ser huérfana de madre era una circunstancia que la libraba de ser castigada con excesiva dureza, excepto por su confesor, el cura. Ese sí la ponía a rezar toda la tarde cuando ella le confesaba sus diabluras**.**

La guerra contra los Estados Unidos continuaría hasta 1848, así que la niñez de Maura en esos largos meses debía haber estado acotada a pasarla en las clases con su tutor o nodriza y en los juegos dentro del ámbito familiar. Su hermano Ramón estaba a punto de entrar al seminario, como lo hizo Pedro, y ya no quería saber nada de niñas, así que Maura se dedicaría a su nuevo hermanito, Antonio, y pronto haría lo mismo con Dolores, quien además de ser su hermana sería su primer ahijada.[53]

Al regreso, Maura lo vio cambiado, como si el campo de batalla le hubiera robado parte de su juventud. Era el estado que prevalecía entre los hombres de la época. La población de la ciudad aumentó de 45,500 a 68,000 habitantes entre 1840 y 1856, y sería el centro de consumo más importante del occidente de la República.

Entre clases y juegos, Maura absorbía el pulso de la época: la sociedad, “dividida profundamente en sus opiniones y en sus sentimientos dominando una exaltación hasta entonces desconocida. En todas partes, lo mismo en los salones que en las calles, se

[53] Fuente: "México, Jalisco, registros parroquiales, 1590-2022", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:684N-8WWN: Mon Jul 08 10:21:04 UTC 2024), Entrada para Ma de los Dolores Ogazon Robles y D. Antonio Ogazon, 30 Jan 1849.

hablaba de política, de religión o de filosofía no siempre con acierto, pero invariablemente con pasión".[54]

La educación de Maura consistió principalmente en instrucción religiosa, lectura y escritura básicas, algo de aritmética; además de francés, inglés, piano, canto y bordado. Sin embargo, a Maura le gustaba leer y más adelante, aprovecharía las ausencias de su hermano Pedro para elegir libremente algún título de su abundante biblioteca. En esa época no era bien visto que las doncellas leyeran novelas, ya que podían meterles malas ideas o, en el peor de los casos, convertirlas en "parlanchinas, románticas, coquetas y casquivanas".[55] El periódico *El Regional*,[56] de tendencia católica, recomendaba tener cuidado con lo que se les permitía leer a las mujeres. No sabemos cuánto leyó, pero Maura creció en un ambiente donde la discusión y enfrentamiento políticos entre conservadores y republicanos era algo cotidiano y continuo. Y aunque todavía era joven para entender e involucrarse, eso no quiere decir que no escuchara y eligiera bando desde entonces. Cuando se reunían con Pedro, allí en su casa, Maura escuchaba sus discusiones, contagiándose del fervor de su primo Vallarta y sus amigos. Y aunque Maura probablemente no entendía todo lo que hablaban entre ellos, sus palabras resonaban en el silencio de sus meditaciones antes de dormir.

---

[54] Pérez Verdía, Luis. *Historia particular del Estado de Jalisco, Vol. III,* pág. 151

[55] Vázquez Parada, Celina, et.al. *Mujeres jalisciense*s *del siglo XIX: Cultura, religión y vida privada.* Locación *3298*

[56] *Ibídem*

En respuesta a los déspotas en el gobierno, comenzaron a surgir en Guadalajara las primeras sociedades culturales con propósitos abiertamente políticos.[57] Fundada en 1802, la botica y librería de don Manuel Ocampo Cortés fue, durante muchos años, el centro favorito de reunión de los liberales tapatíos. Gracias a un almanaque de 1866, sabemos que se ubicaba en el número 3 de la calle de Santa Teresa, llamada así desde 1695 por el templo construido ahí.[58] Fue probablemente en la botica donde, en 1849, Pedro se enteró de la llegada de una gran cantante a la ciudad de Guadalajara.

Madame Bishop

¡Ay! amigos míos, les voy a contar
lo que me ha pasado en esta ciudad:
llegaron los yanquis, me arriesgué a apedrear.
Y a la pasadita: ¡tan-darín-darán!

Ya los gringos comen queso y requesón,
y yerbas de burro en toda ocasión;
son unos borricos, bailan el cancán.
Y a la pasadita: ¡tan-darín-darán!

Los yanquis malvados no cesan de hablar
que habrán de acabar con esta Nación;

[57] Una de esta agrupaciones fue *La Esperanza,* fundada en 1849.

[58] Pérez Verdía menciona que la botica de Ocampo se ubicaba frente al portal Matamoros en la calle Morelos. (Pérez Verdía, Luis. *Ibídem*). De acuerdo a José T. Laris la familia Verdía vivía precisamente enfrente de la iglesia de Santa Teresa, en el número 534 de acuerdo a la nomenclatura de 1945 (Fuente: Laris, José T. *Guadalajara de Indias*, pág. 68)

yo les digo: ¡nones! ¡jamás llegarán!
Y a la pasadita: ¡tan-darín-darán!

Canción Popular

La ilustre cantante mexicana Angela Peralta era apenas una niña de cuatro años creciendo en Mazatlán, cuando Anna Bishop llegó a Guadalajara en noviembre de 1849. La soprano viajaba junto con su representante y amante, el arpista y compositor, Nicolas-Charles Bochsa, acompañados a su vez de una pequeña compañía que incluía un secretario, una cantante italiana que Bochsa había contratado para ayudar en las presentaciones, y "numerosos otros apéndices y asistentes".[59]

Anna Bishop, una librepensadora, había abandonado a su esposo, el compositor Henry Bishop, quien nunca le concedió el divorcio. Henry había sido su maestro cuando Anna era estudiante en la Real Academia de Música. Considerada una de las mejores intérpretes de ópera, Anna Bishop cantó en privado para la reina de Dinamarca y fue *prima donna assoluta* de Nápoles.

Con Bochsa, *Lady* Anna visitaría casi todo el continente americano y, juntos, llegarían hasta Australia, donde él quedaría enterrado, para ella continuar siendo un éxito durante muchos años hasta su muerte en los ochenta.

Existe un libro sobre el recorrido y estancia de la Bishop en México, que retrata muchas costumbres mexicanas de la época, y además de hacer curiosas observaciones,

[59] Deal, Charles. *Travels of Anna Bishop in Mexico,* pág.15. Todas las traducciones de las citas son de la autora.

relata anécdotas como la del debut de la compañía en la Ciudad de México. Ese 14 de julio, Bochsa descubrió que, desde muy temprano, las avenidas que rodeaban el Teatro Nacional estaban tan atestadas que era imposible llegar al pórtico de la entrada principal. El francés había dado estrictas instrucciones de no permitir la entrada a nadie. Intentaron explicarle que era la costumbre en el país permitir que aquellos que habían comprado boleto para la noche pudieran entrar a presenciar los ensayos. Era tal la cantidad de gente que, con la presión, acabaron por abrirse las puertas y en menos de cinco minutos el teatro estaba completamente lleno, algunos chiflándole a Bochsa por no haberlos dejado entrar, y la mayoría gritando: "¡Viva Anna!"

Al finalizar el ensayo, una procesión de caballeros se colocó en fila para saludar a la cantante y ofrecerle algunas onzas de oro. Varios hicieron lo mismo con Bochsa, quien a partir de entonces concluyó, obviamente, no era tan mala idea permitir que hubiera asistentes en los ensayos.[60]

Luego de varias funciones en México y en Puebla, a finales de septiembre el *entourage* partió rumbo a Guadalajara, deteniéndose en el camino para presentarse en las ciudades de Querétaro, Celaya y León, este último, un pueblo de poca importancia, pero con muchos ricos mercaderes que entraban a las tiendas, ¡sin desmontar de su caballo!

Cuando finalmente llegaron a la capital de Jalisco el 15

[60] *Ibídem,* págs. 87-90

de noviembre de 1849, de inmediato decidieron que darían tres conciertos antes de que los comerciantes se fueran a la afamada Feria de San Juan de los Lagos, ya que con los señores fuera de la ciudad, las familias no asistirían, y las funciones serían un fracaso. Para entonces, Bochsa y su amada Bishop ya habían aprendido que en todas las ciudades de México, siempre había una botica que era la favorita de la comunidad, a donde se reunían y —mientras fumaban— discutían los eventos del día, los libros y las *tendencias,* tal como lo hacían en los cafés de Francia. Así es como Anna y Charles se habían informado de la mejor manera de solucionar todas las contingencias con las que se habían enfrentado en su gira, y Guadalajara no fue la excepción. Don Manuel Ocampo, que además de ser farmacéutico era maestro de química y metalurgia, de inmediato les ofreció rentar por cuarenta piezas de plata al mes un *palazzo* de su propiedad, que se encontraba vacío y situado en la mejor zona de la ciudad.[61] Ahí mismo, en la botica, le dieron a Bochsa el nombre de un inglés que podría rentarle los muebles, y todo fue tan económico que lograron acondicionar media docena de las espaciosas habitaciones del palacio (solo en el salón cabía un centenar de personas), ¡por un *piastre* al día![62] El precio incluía a la servidumbre y otros ayudantes.

El gobernador Joaquín Angulo y otras personalidades

[61] Probablemente el actual Museo Palacio Ocampo.

[62] *Piastre* era un término aplicado por los comerciantes venecianos del siglo dieciséis a los pesos españoles e hispanoamericanos.

solicitaron permiso para visitar a Anna así como la presencia de esta en sus mansiones. Entre ellas se encontraba *Monsieur* Duprat, “un caballero francés muy educado y merecedor, que trató a los artistas con la mayor amabilidad”[63] y que administraba una espaciosa fábrica de rebozos en una de las fincas más espléndidas de la ciudad.[64] Años más tarde, Duprat se convertiría en socio de la familia Lyon y en el indeseado concuñado de Ignacio Luis Vallarta, primo hermano de Pedro y Maura.

A sus diecinueve años, Nacho Vallarta era otro de los habituales en el local de Don Ocampo. El patrocinio del boticario y librero garantizaba la asistencia de los miembros más ilustres y los artistas más talentosos a los recitales ofrecidos en Guadalajara por la gran Madame Bishop.

Seguro que Pedro y el joven Vallarta no se perdieron el estreno del 22 de noviembre. “Bochsa encontró la orquesta muy débil e incompleta —a pesar de que el profesor que la prestó le había asegurado que Madame Anna Bishop estaría acompañada casi tan bien como en Europa—; era lo mejor que podía conseguir… el teatro, hasta el mismo techo, era una masa de cabezas humanas, salvo en el frente de los balcones, donde, al no tener balaustradas, se exhibían los exquisitos trajes completos de las damas, que ciertamente se habían

---

[63] Deal, Charles. *Ibídem,* pág. 253

[64] Propiedad de Pedro Vander Linden, médico y cirujano militar belga. Fuentes: Deal, Charles, *Ibídem,* y Federico de la Torre: *Entre la quimera y la realidad. Industrialización y utopía social en Jalisco (siglo XIX),* pág. 131

vestido con el mayor gusto, y la mayoría de ellas llevaban costosos ramos de flores, con los que colmaron a Anna al momento en que apareció en el escenario".[65]

Madame Bishop variaba los programas de sus conciertos, y elegía de una selección que ella dominaba de fragmentos de óperas de Donizetti, Verdi, Bellini y Rossini, pero además, a donde iba de gira, procuraba aprender alguna pieza local. Cuando escuchó *La Pasadita*, decidió incluirla. Causó tal furor vestida con su traje de campesina y su simpatía, que Anna no dejó de incluir la pieza en el resto de sus presentaciones en México.



Portada de la partitura de "La Pasadita", 1850. Litógrafo: Henri D'Almaine. Colección de Partituras Lester S. Levy, Biblioteca Sheridan, Universidad Johns Hopkins. (D.P.)

Después de ese primer exitoso concierto de noviembre, Pedro y Nacho regresaron a casa con los ojos brillantes

[65] Deal, Charles. *Ibídem*, pág. 22

y la cabeza llena de acordes. Durante semanas no se habló de otra cosa en la casa. Maura absorbía las descripciones de los adultos: lo maravillosa que era y cómo el público había pedido repetición de todas sus escenas. Las historias avivaban su curiosidad.

La niña insistió interminablemente a sus hermanos, a sus tías y hasta a su madrastra para que la llevaran a alguno de los conciertos posteriores. En realidad no era apropiado llevar niños a las funciones, y además, su padre no le habría dado permiso. Sin embargo, es posible que alguno de ellos, quizá Pedro, su primo Nacho o alguna tía igual de ávida y curiosa que la jovencita, la llevaran al exterior de la casa donde se alojaba la compañía. Desde el carruaje escucharían a la famosa *cantatrice* ensayar en el enorme salón cuyas ventanas daban a la calle. No serían los únicos. La gente se amontonaba para poder ver a la fabulosa Bishop asomarse por un instante. Los más atrevidos escalaban los barrotes de hierro de las ventanas para poder mirarla; y se cuenta que algunas mujeres mayores se hincaban como si sobrecogidas por algún ente sobrenatural.[66]

Luego de dos presentaciones posteriores, se decidió que habría más en cuanto terminase la Feria de San Juan. Los días de la feria se vivían como de descanso en Guadalajara, con la mayor parte de los negocios cerrados y el trabajo suspendido. Había fuegos artificiales, incesantes explosiones de cohetes, y los

[66] *Ibídem,* pág. 21

barrios estaban especialmente iluminados, pero sobre todo las iglesias. Abundaba el pulque y *la ginebra mexicana.* Los caballeros, las señoritas y sus familias paseaban “en la cercanía de su iglesia favorita bajo los suaves brillos de linternas de papel de colores, cuya suave, misteriosa luz [invitaba] a conversaciones románticas y sentimentales, interrumpidas solamente por los débiles y distantes sonidos de los tamborcitos y flautines de los indígenas”.[67]

En contraste, todas las casas en el camino de Guadalajara a León se transformaban en fondas que ofrecían deliciosos frijoles y tortillas.[68]

Para cuando concluyó la feria, por fin había llegado el arpa de Bochsa, y él y la Bishop dieron un cuarto concierto. Tuvo tal éxito que estaban considerando presentarse al menos tres veces más, pero todo se vendría abajo con las noticias de que el cólera estaba muy cerca. Cualquier reunión de más de tres personas iba a ser prohibida, y la recomendación que recibieron fue de partir antes de que se estableciera el cordón sanitario en la ciudad. Así lo hicieron.

El 20 de enero de 1850, Anna, su amante y el resto de la compañía partieron de vuelta rumbo a la capital del país, excepto por el secretario, M. Alfredo Bablot, quien

---

[67] *Ibídem,* pág. 263

[68] “Los caminos estaban llenos de arrieros, y de innumerables mulas cargadas de mercancías; e indios, por millas a la redonda, llevando sobre sus cabezas torres de mosaicos formados por las esteras, mesas, sillas, cestas y vasijas de barro de las formas más extrañas imaginables; y cerdos llenos de pulque, apretados de alguna forma en toscos carretones mexicanos… todos camino a la famosa feria de San Juan". *Ibídem,* págs. 245-246

tuvo que quedarse a arreglar algunos asuntos de negocios y supuestamente los alcanzaría unos días más tarde.[69]

Antes de partir rumbo a California, Anna y Bochsa alcanzaron a presentarse un par de veces más en la Ciudad de México, en febrero y marzo. Además de incluir *La Pasadita*, realizaron dos adiciones al usual programa operístico: una polka llamada *Mexicana,* compuesta por Anna, y un *Canto Patriótico*, compuesto por Bochsa, con poesía de D. Juan Miguel de Losada, pieza en la que Bishop representó a la Diosa de la Libertad.[70]

Muchos años después, cuando Maura ya era una mujer, todavía podía cerrar los ojos y escuchar, lejana, aquella voz que por primera vez le mostró que una mujer podía llenar un teatro entero con su sola presencia.

El año del cólera

[69] Bablot no continuó de gira con la excéntrica compañía. De acuerdo con Vicente Riva Palacio, el ex secretario de Bochsa era muy *jóven*, de "carácter agradable, comunicativo y franco", dotado de una "inteligencia clarísima" y "aunque no hablaba bien el español, pudo rápidamente amoldarse *á* nuestro lenguaje familiar en México, *á* nuestra pronunciación y *á* nuestros provincialismos" (Riva Palacio, Vicente. *Cero,* págs. 380-382). Bablot se dedicó al periodismo. A finales de ese mismo año de 1850, fundó, dirigió, redactó y editó la revista *El Daguerrotipo*, y más adelante, colaboró en el diario, *El Siglo diez y nueve*. En los setenta adquirió *El Federalista*, periódico originalmente fundado por Manuel Payno, y poco después de dejarlo en el 73, fundó con Ignacio Ramírez, *El Clamor.* Fue, además, musicólogo, compositor y director del Conservatorio Nacional de Música y Declamación durante once años hasta su muerte, en 1892, mismo año en que daría su primer concierto el hijo de Pedro y sobrino de Maura, Pedro Luis Ogazon, quien llegaría a ser uno de los pianistas mexicanos más exitosos de su época. Fuente: Ruiz Castañeda, María del Carmen. *Catálogo de seudónimos,* págs. 154-156

[70] *Siglo Diez y Nueve,* 19 y 24 febrero 1850

El cólera no era novedad para Guadalajara, y Pedro lo sabía bien de primera mano. En 1833 la epidemia había llegado vía Tampico y San Luis Potosí, él tenía apenas 12 años. En un descuido de sus padres, la curiosidad lo llevó a salir de la casa.

No llegó muy lejos, pero lo suficiente para ver las calles apiladas de muertos esperando ser llevados a la sepultura. El insoportable olor de los cadáveres se mezclaba con el humo de las fogatas donde quemaban la ropa y todo lo que hubiera tocado los cuerpos. Otros, desesperanzados, realizaban "rogativas públicas", implorando por la gracia de Dios. Aquella habría sido una de las pocas veces en que su padre le propinó una paliza que nunca olvidaría. Aunque ya no recordaba por qué había desobedecido, Pedro sabía que don José Antonio había reaccionado por puro miedo; en esos años no se entendía la enfermedad, y el hombre debió haber temido no solo perder a su primogénito, sino a toda la familia por contagio. En solo dos meses murieron en Guadalajara más de 3 mil personas. Para agosto de 1833 se enterraban 150 víctimas al día. A la fosa común en el camposanto de Belén se le conoció como "el campo santo de los coléricos" o "de la capirotada", por la forma en que colocaban los cuerpos en la zanja, con una capa de tierra entre cada capa de cadáveres. El comercio se vio paralizado. Iglesias y mercados cerraron los días en que hubo más muertos. El miedo era tal, que la celebración del Día de Independencia en septiembre se suspendió durante tres

meses.[71]

Diecisiete años después, Pedro comprendía cuán irresponsable había sido. La experiencia de la primera epidemia lo había marcado profundamente. El cólera era una forma de morir terrible que había trastocado la vida cotidiana de los tapatíos. Para 1850, los que leían o conversaban sobre los últimos avances de la ciencia, sabían que el problema con el cólera y otras epidemias que asolaban al país tenía que ver, sobre todo, con la falta de higiene. Los científicos más eminentes lo afirmaban, aunque todavía no podían explicar exactamente cómo sucedía. En México se reconocía la necesidad de instalar un servicio de entubado y manejo de aguas negras, pero dicha necesidad no sería atendida sino hasta veinte años después.

En casa de los Ogazon, como en otras de su misma condición social, la familia probablemente usaba bacinicas, y los criados se encargaban de deshacerse del contenido. Seguramente tenían prohibido lanzarlo por la ventana, como todavía hacía la mayoría de las personas. En un inicio la prohibición no tendría nada que ver con el peligro para la salud, sino porque apestaba. Habrán designado una esquina del terreno donde tiraban las heces, y, encima, tierra y otros materiales para tratar de disfrazar el olor. A partir de los treintas, al igual que en las mejores casas del centro de Guadalajara, probablemente ya contaban con letrinas

[71] Por el contrario, en la Cd. de México, dicen que se dio un furor y exceso en los festejos de ese año. Oliver, Lilia V. “Una forma de morir en Guadalajara: el cólera de 1833”, en José María Muriá (coord.), *Viñetas de Guadalajara,* pp: 77-86.

de pozo donde arrojaban los excrementos, y que fueron modernizando con los años.[72]

Además de la falta de drenaje, otras causas para el contagio —en ese tiempo desconocidas— eran la deficiente calidad del agua y la pobreza en general. 1850 fue conocido como “el año del hambre”, ya que, además de la epidemia, Guadalajara sufrió una aguda escasez de alimentos, consecuencia de una larga sequía.[73]

Pese al cordón sanitario, dentro de la ciudad la vida no se detuvo del todo. A partir de febrero, Pedro comenzó a prestar sus servicios como Magistrado de la Primera Sala del Supremo Tribunal de Justicia del Estado.

Cuarenta años después, un tal Tovar relataría que, cuando él recién iniciaba su práctica de Jurisprudencia, incidentes relacionados con un negocio forense lo pusieron en contacto con Pedro Ogazon. “Esto me hizo necesario recabar más de una vez sus consejos y *direccion*, que me dispensó de buena voluntad y que me fueron muy útiles para mis aciertos. Esto y además en la inteligencia de que no era yo el único entre mis jóvenes compañeros que solicitaban el consejo del Sr. Ogazon… En el ejercicio de su *profesion*, el Sr. Ogazon no *fué* un hombre oscuro… no dio *ocasion á* que se le calificara como apto por *razon* de ciencia; y si la dio para ser estimado y respetado como un magistrado íntegro, ante quien nada valió la *seduccion* más

[72] *Ibídem*

[73] Martínez Reding, Fernando. *Los Tapatíos*, pág.138

ocasionada *á* una caída; *seduccion* intentada por personas influyentes, y en negocio de gran cuantía. El respeto que debemos *á* historias privadas nos impide ser más explícitos a propósito de ese gran negocio, en el cual el comportamiento del Sr. Ogazon bastaría para asegurar la *reputacion* de abogado digno, de magistrado probo y de verdadero caballero, *á* cualquier hombre de ley".[74]

A pesar de haber sido un año de encierro y muerte, los más jóvenes buscaban la manera de transformar el país. Su primo Nacho Vallarta, diez años más joven que Pedro, comenzó a reunirse con otros escritores e intelectuales, formando el grupo juvenil reformista conocido como "La Falange de Estudio", en la que participaron: José María Vigil, Miguel Cruz Aedo, Pablo Jesús Villaseñor, Ramón Corona, Antonio Molina, Antonio Rosales e Ireneo Paz, entre otros.[75] Pedro no fue parte del grupo literario pero como amante de las artes, es probable que estuviera presente en algunas tertulias, en las que seguramente no se limitaban a hablar de cuestiones artísticas. La participación de Pedro habría sido mayormente como escucha en las discusiones, y tal vez como anfitrión de las mismas,

---

[74] Carta publicada en un periódico de la capital poco antes de la muerte de Pedro Ogazon en 1890. Texto incluye errores de ortografía, tal como fue publicado. Tovar, R., "Rectificaciones", *El Tiempo,* pág. 2

[75] En mayo de 1852, se publicó el primer número de *El Ensayo Literario,* el "órgano oficial de difusión" de La Falange y una de las primeras revistas literarias de Guadalajara. La publicación duró solamente dos meses y, además de incluir a los mencionados, reprodujo textos de José Lancaster-Jones, Isabel Ángela Prieto, Emilio Rey y Niceto de Zamacois. Aunque se mantuvo mayormente al margen de la política y se limitó a temas de literatura, la revista reflejaba el creciente interés por la cultura y el pensamiento liberal en la ciudad. Dejó de publicarse tras la asonada militar de Blancarte.

sobre todo porque es a partir de entonces que sale de la casa paterna. Se dice que habitaba en una casa separada de la de su padre, en el lado opuesto de la misma propiedad, con entrada por la Calle de las Recogidas.[76]

Ese mismo año, después de seis años como esposa de Manuel Cambre, falleció Jesusita, sin haber tenido descendencia. Quién sabe qué tan cercana fue Maura a su única hermana mayor. También falleció su abuela Macedonia, quien para entonces tenía 77 años de edad, aunque ella no murió del cólera, sino de "hidropesía".[77]

Durante los meses que duró el confinamiento, y durante los diez años siguientes, la vida de Maura quedó delimitada por las altas paredes de la finca familiar. Pasaría sus años de adolescencia encerrada o marcada por constantes huidas, según lo que indicara la veleta política.

Guerra sin fin

Cuando el cólera cedió, la paz duró poco; el fantasma de la guerra se hizo presente una vez más. Pedro dejó la magistratura y regresó a la guardia nacional luego del pronunciamiento del General José M. Blancarte quien pretendía derrocar al entonces

[76] Dicha calle primero se llamó como "D. Nuño". Se le comenzó a llamar calle de "Las Recogidas" porque ahí estaba la cárcel de mujeres, adonde encerraban a *las arrecogidas*. Fuente: Laris, José T. *Ibídem,* pág. 286

[77] Edema en el vientre que puede tener diversas causas.

gobernador de Jalisco en julio de 1852.[78]

"…El general Blancarte y varios de sus compañeros eran de reconocida mala conducta anterior, inclusive dentro del propio ejército".[79] Se sabía que el descarado antirreformista "había vivido siempre de y en los burdeles del pavoroso barrio de San Juan De Dios en Guadalajara".[80]

En 1854, varios generales, entre ellos Comonfort y el entonces coronel Florencio Villarreal, se levantaron en armas y proclamaron el Plan de Ayutla. En Jalisco hubo *euforia ayutleca,* y por fin, a principios del 55**,** Pedro se decidió "a dejar la molicie del hogar paterno"[81] y junto con su hermano menor, Ramón Filomeno, de apenas 19 años, se unieron a las filas del general Degollado, compañero masón.

En cierto momento, los tres varones Ogazon se hallaban en el campo de batalla. Fray Luis participaba como capellán en el ejército del presidente Santa Anna, hasta que se enteró de que Pedro luchaba en el lado opuesto y abandonó su puesto sin dudarlo, dedicándose completamente a su rol como prelado. Esta lealtad fraternal se fortaleció luego de que muriera Ramón Filomeno, en acción, luego de apenas

---

[78] Esta rebelión política estaba siendo encausada por comerciantes, hacendados y clérigos con el objetivo de desconocer el gobierno del presidente Arista y preparar el retorno de Santa Anna.

[79] Barba González, Silvano. *Ibídem,* pág. 84-94

[80] *Ibídem*

[81] Covarrubias, Ricardo. *Ibídem,* pág. 95

un mes como soldado, en febrero de 1855.[82]

Maura seguramente se sintió afectada por la pérdida de su hermano, ya que era con quien había tenido mayor cercanía desde pequeña. Seguro que los conflictos de Maura con Rosario se agudizaron en esos años de adolescencia, cuando sintió de nuevo el peso del abandono tras la segunda partida de Pedro y la muerte de Ramón. Aunque apreciara a la familia de su padre, ella se identificaba con la causa por la que tantos luchaban y morían, y la ausencia de sus hermanos la marcaba profundamente. Para Maura, como para tantas otras jóvenes de su clase, la guerra ya no era algo que sucedía lejos: entraba en la casa con cada carta, cada luto, cada silencio.

Aunque la llamaron Guerra de los Tres Años, la verdad era que, para cuando inició formalmente en diciembre de 1857, el país llevaba años de confrontamiento continuo. Entre bandidos y asonadas, el orden era inexistente. Es dudoso que su padre, Don José Antonio, fuera gran partidario de la reforma liberal, o que se considerara "Juarista". Sin embargo, es importante resaltar que su esposa, Rosario, no firmó la carta que doña Isabel Ogazon de Vallarta, su hermana y madre de Nacho, presentó en junio de 1856 al Soberano Congreso Constituyente, solicitando que no se incluyera el artículo 15 a la naciente constitución política.[83] Isabel Ogazon logró

---

[82] Lancaster-Jones, Ricardo "Noticia Genealógica…", *Ibídem*

[83] *Representación que las señoras de Guadalajara dirigen al Soberano Congreso Constituyente,* págs. 1-13

reunir alrededor de 500 firmas de “Las Señoras de Guadalajara” que mayormente expresaban su desacuerdo con la libertad de culto. Los nombres impresos de las firmantes incluyeron a tres Vallartas, a las Aldrete, las Verdía y alguna que otra de las Oropeza; muchas Navarro, incluyendo a la tía Ignacia, madrina de Maura. También firmaron varias Negrete y Villalvaso, las García Diego, las Dávila, las Cortés y una Robles Gil. Por supuesto, no podían faltar las Leñero, las López Portillo, Espinoza, Carreón, ni las Rubio. Hubo varias apellidadas Olasagarre, aunque ninguna Prieto.

En 1856 tenía 15 años y seguramente no le pidieron su firma, pero todo indica que, de haberlo hecho, Maura se habría negado rotundamente.

Pedro, diputado por Jalisco en aquel Congreso Constituyente de 1856-1857, gestionó para que el Territorio de Colima fuera reconocido como estado, propuesta que fue aprobada. Uno de sus biógrafos cuenta que Pedro “recibió, el 25 de abril, un pergamino en donde los más caracterizados vecinos de Colima y de las más importantes poblaciones de esa entidad, le daban un voto de gratitud por las gestiones que había hecho para la rápida y feliz solución del asunto”.[84]

No eran épocas de tibiezas o zigzagueos. Eras de uno u otro bando, pero las mujeres todavía estaban muy influenciadas por la religión. En algunas

[84] Covarrubias, Ricardo. *Ibídem,* pág. 99

predominaba el temor a Dios, en otras el apego al cura; la línea entre el clero y el culto era difusa para muchas. La mayoría simplemente seguía lo que su pastor les indicaba. Pero también hubo muchas mujeres, de todas clases sociales que tomaron partido y fueron vocales respecto a la situación que se vivía, "tomaban participación en las discusiones políticas y algunas se presentaban en bailes y tertulias con calzado rojo para denotar que pisaban el emblema de la libertad, mientras que las de opiniones contrarias, calzaban de verde, adornando sus pechos las unas con cruces y las otras con hachitas de oro".[85]

Maura fue una de ellas.

Juárez en Guadalajara

Entre tanto del Palacio
Se relevaba en las guardias
Cuando retronante grito
Clamó vibrante: ¡á las armas!
¡Mueran los puros malditos!
¡Viva la religión santa!
…
Se oye el marchar de la tropa,
Ya se acercan las pisadas,
Los prisioneros tras muebles
Y tras puertas se resguardan,
Quedando solo en el quicio
De la puerta entre cerrada,

[85] Pérez Verdía, Luis. *Ibídem*

Juárez de pie y sin moverse
Como de mármol estatua,
Y Prieto también inmóvil,
Sobresaliendo á su espalda.
La tropa detiene el curso
Y frente á Juárez se para…

Guillermo Prieto[86]

En 1857, apenas dos años después de la muerte de Ramón, Pedro quedó a cargo de despachar la secretaría del particular del general Comonfort, cuando éste se hallaba en el sur de Jalisco. Tras la toma de Zapotlán el Grande, lo ascendieron a coronel y lo designaron secretario general del nuevo gobernador y comandante general, Santos Degollado.

Al año siguiente, Pedro figuró como candidato a la gubernatura de Jalisco, pero el autogolpe de Comonfort frustró las elecciones. Pedro abandonó la magistratura y regresó a Jalisco donde se organizaba un poderoso contingente militar. Los ejércitos de Colima, Aguascalientes, Querétaro, Michoacán, San Luis Potosí, Zacatecas y Guanajuato se habían unido bajo las órdenes del gobernador Anastasio Parrodi, quien propuso reconocer a Benito Juárez como Presidente legítimo de México.

A mediados de febrero de 1858, llegó a Guadalajara el presidente Juárez con sus ministros[87] y el joven Matías

[86] "Bello y sin par romance del 13 de marzo de 1858 en Guadalajara", en *Colección de poesías escogidas, publicadas e inéditas, de Guillermo Prieto,* pág. 164

[87] Que incluían a Ocampo, Degollado, Ruiz, Guzmán, Prieto.

Romero como secretario. En el local del Seminario se reunía la Junta Patriótica; más de quinientos ciudadanos tenían acaloradas sesiones y tomaban acuerdos. Allí, la Juventud Jalisciense decidió formar una guardia personal para el presidente Juárez, dividida en dos compañías. La primera quedó bajo el mando del coronel Pedro Ogazon.[88]

Sin embargo, Pedro se hallaba de camino al rancho del Álamo[89] cuando sucedió la célebre escena: conservadores armados irrumpieron en el Palacio exigiendo la vida de Juárez y sus ministros. Guillermo Prieto se interpuso gritando la frase que quedó para la historia: «¡Los valientes no asesinan!».[90] Cuando Pedro regresó, el peligro había pasado y Juárez ya partía rumbo a Colima.

Días después, ante la inminente capitulación de Parrodi, Pedro salió de Guadalajara casi solo y sin recursos. En Atotonilco pidió prestados dos caballos a un amigo de su padre.[91] Llegó a Colima y el gobierno de Juárez lo comisionó de inmediato para hacerse cargo del gobierno de Jalisco, que había quedado en manos interinas. Aunque algunos lo tacharon de

---

[88] Covarrubias, Ricardo. *Ibídem,* págs. 100-101

[89] ¿Se referirá Covarrubias a “La Merced” en Los Lagos?

[90] Cuando unos años después se procesó a Filomeno Bravo, de acuerdo al documento Serie penal, legajo 10, 1860, del Primer Juzgado Penal, el acusado declaró que a pesar de habérsele encomendado matar a Benito Juárez, no concretó el crimen. Nunca menciona la frase de Prieto. En el mismo documento se indica que en el juicio a Bravo intervinieron el jurista Ignacio L. Vallarta en su calidad de gobernador interino, y como declarantes estuvieron Pedro Ogazon, Melchor Ocampo y Guillermo Prieto.

[91] Pérez Verdía, Luis. *Ibídem,* pág. 41

anticonstitucional, eran tiempos de guerra: las decisiones se tomaban a tambor batiente.[92]

En abril de 1858, Juárez y sus ministros se embarcaron en un vapor rumbo a Veracruz, desde donde podrían ejercer mayor control del gobierno. Ese mismo mes, como gobernador interino, Pedro se reunió en el sur de Jalisco con otros jefes, incluidos Degollado, Rocha, Valle y Cruz Aedo. Esto era lo que mejor hacía Pedro, agrupar, coordinar y buscar la manera de financiar el movimiento.[93] El general Manuel Márquez de León lo resumió años después con palabras que nadie ha podido mejorar:

Sobre su desempeño en la Guerra de Reforma el general Márquez de León escribiría: "…si entre nosotros fuera más respetada la justicia, si *á* cada uno se le diera lo que por su mérito le corresponde, *deberiamos* confesar, que el héroe verdadero de aquella tenaz y sangrienta lucha de tres años, fue el modesto, honrado y desprendido general, D. Pedro Ogazon. Sin Jalisco con él, mucho dudo que hubiera triunfado la causa constitucionalista… porque allá se mantuvo siempre

[92] A Pérez Verdía le pareció "notoriamente anticonstitucional" que Ogazon pasara a ser gobernador provisional del estado. Sin embargo, de acuerdo a los relatos del General Manuel Márquez y de Ricardo Covarrubias, cuando Parrodi dejó la gubernatura en manos de Camarena en enero del 58, Pedro ya había sido asignado como gobernador suplente. *Ibídem*

[93] "Ogazon mandó una corta fuerza a las órdenes de don Fulgencio Hinojosa a recobrar el cantón de Autlán y Mascota; otra a las de los señores Félix Vega, Domingo Reyes y Tomás Ramírez Lazo a los cantones de la Barca, Sayula y Ahualulco, respectivamente que poco después volvieron con considerables guerrillas a las que pomposamente se daba el nombre de batallones". Pérez Verdía, Luis. *Ibídem,* pág. 46

firme la bandera de la libertad".[94]

Para Maura, de diecisiete años, aquellas semanas de febrero y marzo de 1858 fueron las primeras en que la historia dejó de ser algo que le contaban y se volvió ruido de botas en la calle, nombres que resonaban en la casa a todas horas y la certeza de que su hermano, su primo Nacho y los amigos de ambos podían no regresar una noche cualquiera.[95]

La política ya no era cosa de hombres lejanos. Era cosa de su sangre y, por ende, también cosa de su corazón.

El evento Carrington

Si 1858 fue brutal, 1859 trajo no solo batallas, sino un presagio celestial.

Luego de que Guadalajara fue tomada en diciembre, el

---

[94] La cita, que es mucho más detallada, concluye: "…12 mil hombres hemos llegado *á* estar reunidos en el sur de Jalisco, viviendo de los recursos que facilitados por Ogazon y las obligaciones de pago del gobierno del Estado, circulaban *á* la par como billetes de banco. Nada de esto se debió a D. Benito Juárez". Fuente: Márquez de León, Gral. Manuel. *Don Benito Juárez a la luz de la verdad,* pág. 15-16

[95] A mediados del siglo veinte, el fundador del Centro Bohemio de Guadalajara, el licenciado José Guadalupe Zuno Hernández insertó el personaje de Maura Ogazon en una breve obra dramática bajo el nombre de, *Los valientes no asesinan*. Cuando por fin pude localizar una copia, resultó un fiasco. Lo único que hizo Zuno fue colocar a Maura presentándose como "la hermana del gobernador" y lanzando un largo y aburrido monólogo introductorio para dar el contexto histórico de la escena. Zuno escribió la obra con obvios propósitos educativos. Quizás con la intención de hacerla más amena, en cierto momento Zuno interrumpe la diatriba histórica e introduce un brevísimo diálogo donde un supuesto miembro del público le hace una pregunta a *Doña Maura,* no sobre ella, sino sobre el *señor Don Ignacio Luis Vallarta,* a lo que ella responde —equivocadamente— que era su sobrino. El autor pasa de la perorata de Maura a la escena en que casi asesinan a Juárez, desarrollada, para ser honestos, con poca literatura. Zuno también redactó una semblanza de 27 páginas sobre Pedro donde comete el mismo error de parentesco, error que siguen cometiendo diversos historiadores.

general conservador Miguel Miramón fue designado presidente el 2 de febrero de 1859, y tres meses después, se dieron los sucesos trágicos en Tacubaya, por los que Leonardo Márquez consolidaría el apodo de "Carnicero".

Pedro —todavía gobernador suplente de Jalisco— se encontraba en Michoacán. En febrero recuperó Zapotlán, y en abril, Colima y Manzanillo, obteniendo para los liberales acceso al ingreso de las aduanas.

El 12 de enero había nacido otro hermano de Maura.[96] Cuando Arcadio estaba por cumplir los ocho meses de nacido, ocurrió un evento natural de varias horas que dejó boquiabiertos a la mayoría de quienes lo presenciaron.

Durante la noche del 1 al 2 de septiembre un arco de luz comenzó a elevarse y cubrió de carmín todo el cielo, extendiéndose hacia el noroeste con ráfagas de luz blanca que apuntaban hacia el ecuador. Los registros de testigos abarcan lugares tan distantes como Roma, Chile, e incluso Australia; y en México, desde Querétaro hasta Sinaloa. Algunos describieron el cielo como "un océano de sangre salpicado de estrellas".[97] Otros dijeron que "la noche era como el amanecer" y "se podía reconocer a las personas desde lejos". El globo del cielo era como un hierro candente, hasta que

[96] Rosario tuvo en total 11 partos, pero cuatro de los infantes no llegarían a los dos años de edad. Después de Arcadio (sexto hijo), sería hasta 1864 que nacería la última de las supervivientes: María Carlota.

[97] Cruz Acosta, Juan Tobías de la. "A 159 años del Evento Carrington", *Hacia el espacio*.

amaneció.[98]

Se conoce como Evento Carrington, en honor al aficionado astrónomo inglés que registró el acontecimiento. La todavía incipiente telegrafía colapsó en todas partes, y ese día no hubo manera de enviar mensajes. En México, las consecuencias fueron mayormente sociales. Se trató de la mayor tormenta solar de la que hay registro en la historia de la humanidad, de tal intensidad, que "saltaron chispas de las máquinas de telégrafo en París y uno de los operadores informó haber recibido una descarga eléctrica muy severa".[99]

Si una tormenta así ocurriera hoy, colapsaría el mundo moderno, pero en 1859 solo asustó a los vivos. Muchos se refugiaron en sus iglesias, y hubo quienes supieron aprovecharse durante semanas de las reacciones irracionales; tanto curas como líderes conservadores siguieron aludiendo al fenómeno como una clara señal de la "Ira Divina".

Maura, católica y obediente, no pudo evitar sonreír en privado ante el pánico de sus tías mochas. Durante los días inmediatamente posteriores al evento siguieron repitiendo día y noche que el mundo estaba por terminarse, y que se merecían el castigo que estaban por recibir, ¡por pecadores! Claro que a las pocas semanas se les olvidó a todos el espanto y todo volvió a la normalidad. En ese mes no solo se conmemoraba el

---

[98] Miles, Carlota. *Almada of Alamos. The Diary of Don Bartolomé,* págs. 35-6

[99] Aispuro Godoy, Benigno. "La aurora boreal de 1859 en Sinaloa"*, al100porsinaloa.com*

triunfo de la Independencia en todo el país; eran las fiestas de Guadalajara y eso se celebraba, fueras mocho o liberal.

Corridas de toros, bailes, y la 2a Exposición de Pintura de la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes, además de mucho pulque y argüende, borrarían de sus mentes la angustia sentida ante el espectáculo de la Aureola Boreal. La fiesta y la diversión eran el consuelo más efectivo y la mejor manera de combatir, o al menos evadir, el miedo. La guerra no daba tregua y las posturas se hacían cada vez más irreconciliables.

Durante los meses en que Pedro fungió como gobernador provisional, Maura conoció de cerca a muchos de los que, en años posteriores, serían recordados, como héroes, traidores o mártires.

De entre todos ellos, solo una era mujer.

Siguiendo los pasos de "La Richi"

…Chinaca atrevida tu vida es guerrear.
Catrines collones calzones comprad.
Al hombre que priva da nombre pelear.
¡Oh, México! Vive, recibe mi amor.
Mi gusto es quererte la muerte es mi honor.

Anónimo. Versos a la chinaca, 1862[100]

Los relatos de la época se concentraron en batallas y

[100] Pérez Monfort, Ricardo. "Apuntes sobre la lírica y la música en el México juarista", en *México durante la Guerra de Reforma. Tomo II. Contextos, prácticas culturales, imaginarios y representaciones,* págs. 358-360

proclamas, pero rara vez se detuvieron a contar lo que se decía, y sucedía, en patios traseros, cocinas, o tertulias entre mujeres que hablaban bajito y actuaban cuando nadie miraba.

Siendo huérfana de madre, Maura buscaba en las diversas mujeres que iba conociendo, modelos distintos a los que le ofrecía la Guadalajara de misas y rosarios. Y los encontró. El más desconcertante de todos fue Ignacia Riesch Mora,[101] "La Richi": hacendada, mensajera liberal, futura comandante y, para los muy conservadores, hereje con faldas.

Nacida en 1819, un año antes que Pedro, Ignacia había crecido entre caballos y libros prohibidos. No solo regenteaba la hacienda de Atequiza[102], cabalgaba sola de un rancho a otro, llevaba y traía mensajes de los puros, y escuchaba todo lo que los conservadores dejaban caer confiados, creyendo que una mujer no entendería ni recordaría. Se equivocaban.

En algún momento de 1858 o 1859 —las fechas exactas se perdieron—, Ignacia llegó a la casa de las Recogidas buscando a Pedro. El gobernador no estaba. La recibió la coqueta Maura, dieciocho años recién cumplidos, curiosa y ya harta de encierro.

---

[101] Entre los pocos que han investigado más allá del texto de Ríos, destaca el investigador Rubén Rodríguez García. Es él quien, al referirse a Pedro Ogazon lo describe como amigo de Ignacia. **Fuente:** Rodríguez García, Ruben. *Ignacia Riesch: Una mujer de honor, y bien templado corazón frente a la intervención francesa* (Conferencia en video) YouTube: Canal INEHRM, 16 de julio, México 2019

[102] "La señorita Ignacia iba y venía sola de una a otra finca de campo, revisaba los trabajos, cuidaba los peones y hacía en una palabra los oficios que pudiera hacer un administrador o un mayordomo". **Fuente:** Ríos, Enrique M. *Ibídem*

Imaginemos la escena: Ignacia, de cuarenta, musculosa y curtida por el polvo y el sol, quitándose el sombrero con gesto de hombre; Maura, con el vestido impecable y el corazón latiendo fuerte.

—¿Qué no has aprendido nada de tu hermano, muchacha?

Maura enrojeció. No estaba acostumbrada a que la hablaran duro y de frente. Le era difícil sostener la mirada de aquella mujer firme y decidida, una "solterona" a quien no le interesaban las modas ni los peinados ni los bailes; y que además de no ir a misa, era vigilada por la iglesia.

—Tú no te acuerdas de mí, pero yo te conozco desde antes de que nacieras —su voz áspera de tabaco y alcohol—. Quiero decir, cuando todavía te cargaba tu mamá en la barriga. Y después, siempre detrás de Pedro y de Luis, como perrito faldero.

Rieron las dos.

—¡Conociste a mi mamá!

—Bueno, conocer, conocer…

Y seguro hablaron. Horas, quizá. Pero Ignacia no perdería tiempo en cortesías. Sabía que Maura era vivaz y despierta y percibía en ella un potencial, aun si algo desdibujado. Le hablaría claro: de los hombres que prometen y mienten, de cómo protegerse de un embarazo no deseado con esponja y vinagre, de que el placer no tiene por qué depender de nadie.

Y añadiría, casi en un susurro:

—Nosotras nos bastamos.

Maura se ruborizaría de nuevo. La Riesch había sido muy clara de a qué se refería y Maura había empezado a sentir esa pulsión hacía unos años; en ocasiones apretaba un almohadón entre las piernas para intentar apaciguarla.

—No te cases con el primero que te diga “te amo” con cara de cordero degollado —le dijo Ignacia, prendiendo su pipa—. Déjalos que revoloteen. Obsérvalos cuando creen que nadie los ve. Así los mides de verdad.

Maura escucharía con los ojos muy abiertos, memorizando cada palabra prohibida.

—Y una cosa más… —concluiría Ignacia—. Tu hermano es uno de los hombres más leales que conozco, es brillante, tiene buenas intenciones y sabe juntar a su gente, todo eso, pero de nosotras y de lo que somos capaces, no entiende nada. Contigo, él intentará ser como tu padre porque es lo único que conoce, así que, ¡no te dejes niña!

Maura podría haber notado la tristeza oculta tras la potente voz; su profunda desilusión con una sociedad que la rechazaba. Pero no solo era joven, le faltaba experiencia. Sin embargo, esa tarde atisbó la posibilidad de otros caminos.

A la mañana siguiente, Pedro no soportó la curiosidad y le preguntó a su hermana de qué tanto había hablado con la Riesch la tarde anterior, mientras lo esperaban.

—Cosas de mujeres… —le habrá contestado Maura.

Pedro dejaría asomar una sonrisa que no pasaría desapercibida.

—¿Se puede saber qué es lo que te causa tanta gracia?

—Que Ignacia haya hablado contigo de cosas de mujeres, cuando es lo que más le aburre —diría Pedro.

Para él, una mujer debía ocuparse de la familia y de administrar su casa, y no entendía las provocaciones, pequeñas y grandes, de su hermana. No era suficiente que saliera a la calle con zapatos verdes y un listón colorado en la muñeca; cuando alguna mocha la increpaba en la calle, Maura respondía con una sonrisa afilada. Solo se callaba si iba del brazo de su padre o de Pedro.

En casa, Maura no dejaría de enfrentarlo.

—¿Por qué como mujer no puedo ser parte de la lucha? ¿Por qué ese afán de protegerme del horror?

—¿Y por qué querrías ser parte de él?

Pedro conocía de primera mano las atrocidades que acontecían en el campo de batalla. Estaba convencido de que en la guerra se enfatizaba lo peor —no lo mejor — de los hombres; por ello era que cualquier bondad se convertía en heroica.

Los Navarro —padrinos de Maura— viajarían a Europa con sus hijos. Propusieron llevarla. Pedro aceptó aliviado, y lo habló con su padre. No podía ejercer bien su trabajo como gobernador y general si además tenía

que estar preocupado de su incontenible hermana. Un país en guerra nunca sería un lugar seguro para una mujer.

—¡Yo quiero quedarme! —protestó ella—. ¡Puedo cabalgar, disparar, llevar mensajes como Ignacia!

—Cuando tengas la edad de Ignacia, tu marido se ocupará de ti —respondió Pedro, quien de inmediato se arrepintió de sonar igual que don José Antonio, pero estaba agotado de tanta discusión.

Maura lloró de rabia. Después lloró de miedo. Al final, empacó. Era más fácil amoldarse que romper con las expectativas.

Se marchaba con el corazón dividido. Admiraba tremendamente a Ignacia, pero también sabía lo que implicaba permanecer en ese México convulso y peligroso

Europa la esperaba. Sintió curiosidad por un mundo donde, aparentemente, una mujer podía ser algo más que hija, hermana o esposa de alguien.

Ignacia le haría llegar una nota que acompañaría a Maura durante los meses de su estancia en el exterior:

«Cuando regreses, México será libre. Y tú también.»

1860-1863

Un jeroglífico medio destruido, un monumento desfigurado, o algunas hojas de papel amarillentas y carcomidas pueden guiarnos en el laberinto de lo ya sucedido; en cuanto a lo venidero, sólo Dios lo sabe y él oculta su porvenir a los hombres, como a los pueblos con la misma sabiduría.

Algunos siglos en lo pasado, muy pocos años en lo futuro, cierran el espacio de las investigaciones humanas, espacio dominado todavía por la incertidumbre y el error.

Un día el porvenir habrá existido ya, y esta historia de los pueblos del nuevo mundo que se encierra ahora en tan pocas páginas y se limita a caracteres tan sencillos, ofrecerá un conjunto asombroso de riquezas, pues el camino trazado a estos pueblos, para su carrera, es tan vasto como magnífico.

Mariano Otero[103]

Carte de visite

El único indicio de que Maura estuvo en París es una carta de visita,[104] fechada en 1860, con el sello de Alexandre Ken. No hay registro alguno de dicho viaje ni se puede establecer las fechas de salida o de regreso, pero, por el abrigo que porta en la fotografía, la imagen

[103] *Guadalajara en 1842*

[104] Fotografía en la página 14.

debió tomarse en el invierno, a inicios, o quizás a finales de ese año.

Si Maura hubiera llevado un diario nos habría dejado sus impresiones de viaje, que deben haber sido muchas, variadas, e intensas: el traslado en diligencia hasta Tampico,[105] la parada en la elegante ciudad de La Habana o en la afrancesada Nueva Orleans, y la experiencia de ser trasladada por una isla metálica que atravesaba las aguas del Atlántico con un millar de personas a bordo. Llegar hasta París les tomaría como mínimo, un mes.

Si es que viajó con ellos, Maura habría contado detalles de sus acompañantes. Los Navarro tenían tres hijas: María Merced de 24, Concepción de 17 y María de los Ángeles, de 9, además de cuatro hijos varones entre los 12 y los 20 años de edad. Con dos niños pequeños, la familia viajaría con al menos una nana, pero no llevaba la servidumbre acostumbrada. Debió ser complicado para Maura y sus primas viajar sin la ayuda habitual. Las mañanas eran un caos de gritos y reclamos, peines y listones, teniendo que lidiar con el limitado espacio de los camarotes. Maura de por sí ya odiaba el miriñaque, nombre que le había dado la emperatriz de España[106] a la crinolina. Maura tenía una relación conflictiva con "la moda"; por una parte, le encantaba hojear las revistas y mirar los diseños, los nuevos peinados, etcétera, pero

[105] Habría sido complicado salir de Veracruz o de Mazatlán ya que estos puertos estaban tomados por los conservadores.

[106] En aquellos tiempos, Eugenia de Montijo era la mujer que dictaba la moda en toda Europa. Una *influencer,* junto con su amiga, la princesa Paulina Von Metternich.

por otra, se preguntaba a quién se le ocurrían algunas de esas "novedades", pues no solo se veían ridículas, sino que eran muy poco prácticas. Uno no podía moverse en ellas, eran vestimentas para maniquíes. Así se mira un poco Maura en la foto, como muñequita.

Maura encontró vertiginoso y cautivante el contraste de la modernidad que se le presentaba y la velocidad de los cambios que se anticipaban. Mientras Pedro combatía en los Altos de Jalisco, Maura paseaba por el Sena; se subió a un veloz ferrocarril y a los modernos omnibuses; visitó el Louvre y fue de compras a los inmensos almacenes donde se podían tocar las mercancías sin tener que pedirlas a un empleado al otro lado del mostrador. Todo era bullicio y abundancia. Las calles estaban tan iluminadas que en las tardes, aunque cambiara el tono y el ambiente, la actividad no parecía detenerse, todo lo opuesto a la oscuridad y resguardo de un país pobre, e inmerso en una guerra civil.

Lo de tomarse una fotografía seguro fue ocurrencia de Maura. Sabemos que a ella le gustaba posar, pues para entonces ya lo había hecho para pintores como Juan Cordero[107] y Gerardo Suárez[108], y, aunque ya

---

[107] Un retrato supuestamente de Maura Ogazon, perteneciente a un descendiente de la familia, lleva varios años a la venta en un Bazar de Ajijic. No se ha confirmado la autoría de Juan Cordero, pero se calcula fue pintado alrededor de 1860 (Fuente: Estrada, Sergio. *Ramón Sagredo Carreño: Pintor y fotógrafo (1834?-1870),* pág. 139).

[108] Es probable que uno de los rostros de las jóvenes retratadas por Suárez en los murales de La Moreña en 1859 sea Maura. La Moreña queda muy cerca de La Barca, donde residían los padrinos de Maura, y con quienes probablemente pasaba temporadas. Quizá de entonces venía el supuesto enamoramiento de Suárez por Maura al que se refiere el genealogista Lancaster-Jones, repitiendo una anécdota que, según él, le fue contada por el pintor José Vizcarra quien, a su vez, la escuchó del pintor Felipe Castro. Más en págs. 273-299 de esta obra. **Fuente:** Lancaster-Jones, Ricardo. "Dos retratos románticos tapatíos", *El informador,* págs. 4 y 6.

comenzaba a haber fotógrafos, eran muy pocos. Pero en el ultramoderno París de 1860, las *cartes de visite,* se habían vuelto muy populares; eran aproximadamente del mismo tamaño que las tarjetas de presentación que todavía se usan en la actualidad, excepto que aquéllas eran retratos impresos por un lado, con el sello del fotógrafo en la parte inferior o posterior, pero con suficiente espacio en blanco como para escribir una dedicatoria, o el nombre de la persona en la fotografía.

Los clientes acudían al muy concurrido estudio de Monsieur Ken en el cuarto piso, y salían a la calle de Montmartre con la promesa de que sus fotografías estarían listas en pocos días.





A la izquierda: Las cartas de visita se entregaban dentro de un paquetito como el que se muestra en la imagen. (D.P.) **A la derecha**: Álbum de cuero con broche de metal y aperturas especiales para insertar las cartas de visita. Tomado de publicación en internet del MAM-INBA.**(**D.P.)

Maura regresó a México con su paquete de *cartes de visite* y uno de esos álbumes forrados en seda

francesa,[109] además de su baúl desbordando de vestidos y sombreros.

Cruzó de vuelta el Atlántico, soñando con una Guadalajara transformada en una ciudad donde ella se sentiría tan libre como había comenzado a sentirse en París, como le había prometido Ignacia. En realidad, encontró un país en quiebra, y una ciudad semidestruída, donde apenas se podía respirar.

Los Navarro quizá recibieron aviso de que los liberales habían recuperado la capital tapatía a finales de 1860 y fue entonces que decidieron regresar, o acaso ya venían en camino cuando la guerra llegó a su fin. Sea como fuere, para abril del siguiente año, Maura ya estaba de vuelta en suelo tapatío. Y fue entonces —como Cenicienta que pierde la zapatilla al huir del baile— cuando una ocurrencia suya la hizo famosa de la noche a la mañana.

El baile de abril y la banda roja

El sábado 6 de abril de 1861, los comerciantes tapatíos organizaron un gran baile "como remate *á* las fiestas públicas que se hicieron en Guadalajara por la plausible pacificación de Tepic",[110] región que aún se

[109] Es el sueño de cualquiera que se encuentre hurgando en el pasado hallar, cual tesoro de pirata, un álbum como ése; pero el papel, la tela y la gelatina de plata desaparecen fácilmente a manos del tiempo, la humedad, el fuego, los insectos, los ratones y el olvido. Muy pocos quedaron resguardados en baúles apolillados, y en la actualidad son vendidos a altos precios en subastas al exterior del país. Si otros miembros de la familia con quien viajó Maura se retrataron, no hallé rastro alguno.

[110] Rivera, Agustín. *Reforma y Segundo Imperio*, pág. 181

resistía a reconocer al gobierno republicano. Los indígenas de la zona, bajo el liderazgo de Manuel Lozada, conocido como el *Tigre de Álica,* se habían aliado con los conservadores y mantenían la insurgencia. El propósito del baile era homenajear a los oficiales que, junto con el gobernador Pedro Ogazon, habían regresado aparentemente triunfantes luego del último enfrentamiento.



Plazuela de la Antigua Real Universidad de Guadalajara. 1880. El ex-Templo (a la derecha, hoy Biblioteca Iberoamericana) es la única estructura que permanece de lo que fuera la Universidad de Guadalajara. El baile del 61 se dio en el edificio entremedio, hoy derruido.
Fuente: El Informador / Archivo (D.P.)

Tras el cierre de la Universidad, el edificio quedó sin uso.[111] Se decidió aprovechar el amplio patio para la ruidosa celebración, así que fue "mejorado" y sus

[111] El gobernador Ogazon fue quien cerró la institución por considerar "que la educación de la juventud no
podía estar en manos del clero, enemigo por sistema de todo progreso y toda reforma y que por todos los medios
lícitos e ilícitos, ha sostenido la cruel guerra en que el país se ha visto envuelto", citado por César Gabriel Alfaro Anguiano, "Los beneméricos de Jalisco", págs. 129-132. El edificio fue derruido en 1938.

paredes fueron blanqueadas expresamente para el acontecimiento.[112]

Maura seguramente aportó todo tipo de ideas. Se dice que destacó "el buen gusto del adorno, por lo selecto y numeroso de la concurrencia, por el entusiasmo que provocó en todas las clases sociales, ávidas de solaz y distracción, después de tantos años de congojas, de aislamiento y de persecuciones".[113] Aún si tan solo por una noche, la gente pudo aplaudir a sus héroes, y admirar a las mujeres que los acompañaban. Eran lo mejor de la sociedad, los que llevarían al país a la libertad anhelada.

Años más tarde se escribirían algunas crónicas de la época y recuerdos posteriores:

"Esa noche, una multitud tumultuosa se aglomeraba desde los portales hasta el Templo de la Compañía y hacía remolino en torno de la Universidad iluminada con profusión y luciendo vistosos adornos de telas, follajes y rosas. Tropa de línea en uniforme de gala, formando doble valla, abría paso a los acharolados carruajes que desde antes de las diez habían comenzado a llegar. De rigurosa etiqueta descendían militares y civiles, damas soberbiamente ataviadas, y en la gran puerta central del edificio, con el negro de los trajes masculinos y los entorchados, se mezclaban las sedas de brillantes colores, gasas vaporosas, cabezas crespas y

---

[112] Laris, José Trinidad, *Ibídem,* pág. 137

[113] Pérez Verdía, Luis. ***Ibídem,*** pág. 210

relucientes, rostros apiñonados, ojos perturbadores, cuerpos gráciles desbordando a torrentes la belleza y la gracia tapatías".[114]

Azuela describió la triunfal entrada de los hermanos Ogazon:

"Gente de la clase media y proletarios… contemplaban el magnífico espectáculo de la riqueza y de la belleza aunadas; pero cuando apareció Maura Ogazon del brazo de su hermano el gobernador, no pudieron contener por más tiempo su entusiasmo. Llevaba sobre su pecho alto y combo una banda de seda roja, y la multitud aplaudió".[115]

No es descabellado imaginar que la entrada de Pedro y Maura haya sido planeada y que la ocurrencia de la banda no fuera una acción espontánea y ocurrente, ya que, en el momento en que Maura entró al patio del brazo de su hermano, la banda comenzó a tocar una polka-mazurca que quedaría dedicada *a la Señorita Maura,*[116] El título se prestaba para un obvio juego de palabras, puesto que la Banda del 5o Batallón que dirigía Clemente Aguirre era conocida como la *banda* de los *rojos* liberales. "La banda roja" se convirtió en una de las creaciones musicales más conocidas en la

[114] Azuela, Mariano. *Precursores,* pág. 83

[115] *Ibídem*

[116] Ver partitura en los Anexos, págs. 478-479

República[117] y fue por mucho tiempo la polka de moda que recorrería desde los salones más lujosos de Guadalajara hasta las alcaicerías más humildes.[118]

El resto de aquella estrellada noche de abril, la banda interpretó todo tipo de jarabes, danzas habaneras y valses. Estuvieron ahí las familias y amigos de los generales, coroneles y oficiales del ejército liberal jalisciense a quienes se festejaba. De entre estos, Mariano Azuela describe la llegada del admirado y temido coronel Rojas:

"De uno de los últimos carruajes descendió un militar de aspecto burdo, al que ostensiblemente estorbaban los guantes. Con su gesto inconfundible de palurdo levantó un rumor de risas prontamente contenidas.

Era el terrible Antonio Rojas, uno de los festejados en ese sarao".[119] Sumamente incómodo, Rojas no dejó de manifestar "con la rudeza de su carácter mil protestas graciosas contra esa exigencia de la etiqueta social".[120]

---

[117] A inicios de 1862, por órdenes de Pedro, la partitura fue enviada a Manuel Murguía, un editor musical en la Ciudad de México que publicó la pieza como "La bandera roja", es decir, abiertamente como un símbolo del liberalismo y acto de propaganda política, con el presunto beneplácito del presidente Juárez y sus ministros Guillermo Prieto y Francisco Zarco. En esa primera edición, Munguía dejó fuera el nombre de Aguirre como autor para no comprometerlo en aquel, pues Clemente ya tenía antecedentes. **Fuente:** Pareyón, Gabriel. *Clemente Aguirre (1828-1900). 1. Estudio biográfico e histórico*, págs. 52-3.

[118] Azuela, Mariano. *Precursores,* pág. 83

[119] *Ibídem,* pág. 84

[120] Perez Verdía, Luis. *Ibídem,* pág. XX



Antonio Rojas, elegante, e incómodo. (D.P.)

A pesar de que, días después, el periódico oficial solo diría: “puede decirse que ha sido el primero en su género que hasta ahora ha habido en Guadalajara”, tanto Maura con su banda roja, como Rojas con su roja fama quedarían en boca de todos. Los tapatíos comenzaban a elaborar sus mitos, y uno de ellos era el de aquella muchacha que regresó de París y, con una simple banda roja, hizo temblar de orgullo a todo un pueblo.

Vallarta enamorado

Es probable que haya sido en ese mismo baile de abril que Ignacio Luis Vallarta, el primo de Pedro y Maura, conociera formalmente a la que se convertiría su esposa. Francisca Lyon era hija de una de las familias francesas que en los cincuenta habían fundado fábricas de rebozos en Jalisco, y otros estados. Vallarta en realidad ya había visto antes a *Pachita*, como le decían

de cariño, y se aseguró no solo de que la invitaran, sino que le insistiesen para que fuese, pues Francisca seguía vistiendo de luto por la muerte de su madre hacía casi dos años ya. De hecho, así acudió al baile, vestida de negro.

No se sabe quién, le susurró al oído que el secretario del gobernador estaba enamorado de ella. Pachita pidió le mostraran quién era el susodicho. Cuando se lo señalaron, ella respondió, "¿Aquél que tiene ojos de loco?"[121]

Nacho y Pachita habrán bailado y conversado lo suficiente, porque un mes después, Vallarta le dirigió una carta a Alexandre Lyon, quien estaba a cargo de su hermana desde la muerte de su padre cinco años antes. En la misiva, Vallarta expresó su intención de ser pretendiente de Pachita, pidiéndole permiso a Alexandre de continuar visitándola en su casa.

Un año después del baile y semanas antes de la histórica batalla del 5 de mayo en Puebla, Nacho y Pachita contraerían matrimonio**.** Alexandre Lyon no solo fue padrino junto con Catalina, otra de las hermanas Vallarta, sino que además, "por no tener padres", tuvo que presentar una carta en la que otorgaba permiso a su hermana para casarse y una dispensa de ultramar con la que se confirmaba que no había impedimento para que Pachita se casara. También tuvieron que presentar una solicitud de dispensa de "vaguedad", debido a que Vallarta no podía comprobar domicilio permanente.

---

[121] *Alejandro Vallarta Papers*



Izquierda: Francisca "Pachita" Lyon, imagen extraída de una pintura de Primitivo Miranda. (D.P.)
Derecha: Ignacio Luis Vallarta, Extracto de fotografía que aparece en *Liberales Mexicanos del siglo xix*, Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, CNCA-INAH (D.P.)

El expediente del matrimonio[122] incluye amplias cartas de los testigos, el notario Emeterio Robles Gil y el magistrado Antonio Pérez Verdía,[123] en las que afirmaban conocer a ambos contrayentes desde su niñez.

Vallarta no tenía gran capital en esa época, así que es probable que el banquete y festejo hayan sido financiados por Alexandre, y también que tanto Pedro como Maura hayan estado presentes en la ceremonia religiosa y en la posterior celebración, que bien pudo haber sucedido en la Huerta de las Delicias, propiedad que Alexandre había heredado de su padre. Me

[122] "México, Jalisco, Registro Civil, 1857-2000", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QGQT-QB1V : Tue Mar 11 11:36:06 UTC 2025), Entrada para Ignacio Vallarta Ogazon, 24 de abril de 1862.

[123] Padre del historiador Luis Pérez Verdía, autor de la ya citada *Historia particular del Estado de Jalisco (1952)*

pregunto si esa huerta sería la misma que se conoció más adelante como la Huerta de las Pachitas.[124]

La Divina Comedia

El buen maestro dijo: "No preguntas
¿qué espíritus son estos que tú miras?
…
habitaron antes del cristianismo
y a Dios no adoraron, como se debe:
yo mismo formo parte del tropel.

Por estas faltas, no por otra culpa,
perdidos somos y es nuestro castigo
vivir sin esperanza en el deseo".

Dante Alighieri[125]

En 1861 Guadalajara quiso creer que el cese al fuego sería permanente. Y de este esperanzado deseo se dio una efervescencia cultural, al menos entre los tapatíos. Los artistas jaliscienses estaban "convencidos de que el papel del arte era civilizar a los pueblos",[126] y sentían la necesidad de elevar el espíritu, y encaminarse hacia la iluminación, a la búsqueda del conocimiento, en vez de proseguir en la oscuridad que el conflicto bélico

---

[124] José Trinidad Laris menciona este nombre en *Guadalajara de Indias,* pág. 276. Llama la atención la referencia, pues es verdad que existieron dos Franciscas Lyon Allard.

[125] Fragmento del IV Canto de la Divina Comedia, de Dante Alligieri. Traducción en español tomada de: Lumbreras, Ernesto. *Un relámpago Bermejo. El limbo de Dante en el Teatro Degollado,* pág.113

[126] Camacho Becerra, Arturo. *Los papeles del artista,* pág. 155

permanente generaba. Ya no querían vivir con el miedo que generaba la violencia, ni el que inculcaban los credos del clero y de los déspotas.

Durante su breve período como gobernador electo, quizá reconociendo lo efímero de su mandato, Pedro se dedicó a publicar decenas de decretos, aplicando las leyes de reforma de manera firme e inmediata. Decretó cerrar el seminario y la universidad por considerar "que la educación de la juventud no podía estar en manos del clero, enemigo por sistema de todo progreso y toda reforma, y que por todos los medios lícitos e ilícitos, ha sostenido la cruel guerra en que el país se ha visto envuelto",[127] y en su lugar volvió a instaurar el Instituto de Ciencias y el Liceo de Varones.

Pedro era consciente de la importancia de la propaganda cultural, porque además de promover las composiciones de Aguirre[128] y encomendar al pintor Felipe Castro un retrato de Don Prisciliano Sánchez,[129] también ordenó se retomaran las obras del nuevo teatro, el más importante de Guadalajara.

Hacia finales de 1861, el arquitecto Jacobo Gálvez inició el decorado de la bóveda con la ayuda de los pintores

---

[127] *Ibídem*

[128] En esos años, Clemente Aguirre compuso muchas otras piezas, incluidas un chotis llamado *La paz de Jalisco*, que le dedicó a Pedro Ogazon. Fue estrenado en enero del 62, luego de la firma de los tratados de Pochotitlán, en un concierto militar en el Palacio de Gobierno de Guadalajara, con la misma Banda del 5º Batallón de Infantería. Aguirre, además, participó en recitales de música de cámara donde tocaba la corneta de pistones, con acompañamiento de piano e instrumentos de arco. (Fuente: Pareyón, *Ibídem*, pág. 52-3)

[129] Fundador constitucional del estado de Jalisco.

Gerardo Suárez y Carlos Villaseñor.[130]

El diseño se basaba en escenas del canto IV del Infierno: los espíritus magnánimos que vivieron antes de Cristo y ahora habitan el Limbo. Para ello posaron ciudadanos, artistas y miembros de la bohemia intelectual, así como hijas de familias "importantes", incluyendo obviamente, a la joven hermana del gobernador.

Maura, los pintores, ayudantes y otros modelos reían o callaban por horas en el inacabado teatro, sin ningún tipo de mobiliario y con el escenario y los balcones inacabados. El vacío provocaba un eco en ese enorme espacio, donde trabajaban, debajo de la enorme bóveda ovalada por sobre sus cabezas, todavía en blanco.

Gálvez, Suárez y Villaseñor tendrían a la mano sus garrafas de vino o de pulque, y sobre las improvisadas mesas entremezclaban pigmentos, extendían los dibujos preparatorios y pinceles, y comían, todo en gran desorden.

Había caballetes, y un par de catres. Colgadas sobre algún taburete, telas, togas y diademas. Fuese de día o de noche, el interior estaba iluminado con velas y lámparas de aceite.

Eventualmente quedaría al centro del techo una gran araña como iluminación, lo cual haría que mucho de la obra plástica "quedara entre penumbras, por lo que el gran cuidado que pusieron sus autores en hacerla, se

[130] Ver fotos en los Anexos, pp. 558-559

destaca".[131]

En algún rincón estarían situadas las chaperonas de las señoritas, tejiendo, bordando, y chismeando entre ellas.

Algunos tapatíos afirman que Maura posó para la figura de Safo, cuya semblanza fue incluida por Gálvez. La poeta suicida, atormentada por un amor no correspondido, no es mencionada en la obra de Dante, pero se popularizó en el siglo diecinueve porque la representaban involucrada en "revueltas políticas". Sin embargo, además de su obvio parecido, existen dibujos preparatorios para confirmar que la poeta amazona quedó con el rostro de la poeta Esther Tapia. De la misma manera, y utilizando una fotografía de Isabel Prieto, se percibe su parecido físico con la representación de Electra.[132]

Dante menciona a Electra y a algunos otros personajes femeninos, pero cabe preguntarse si el arquitecto y pintor mexicano tuvo la intención de reconocer la importancia del papel de la mujer en la construcción de la nueva patria

Maura posaba recostada en un pedestal, envuelta en telas que imitaban túnicas griegas. No era Hera ni Safo ni Atenea: era la nueva Guadalajara republicana, la Minerva tapatía que los liberales soñaban.

El propio Gálvez se lo intentaría explicar:

---

[131] Vidaurre, Carmen V. *Neoclásicos y eclécticos,* pág. 159

[132] Madre del fundador de Troya, una de las guardianas del *axis mundi* y de los siete pilares de la sabiduría (Sofía).

—Recuerda que no eres tú, tu figura —más que representar a una diosa o una personalidad— simboliza…¡el futuro!

Maura, con su candor usual, sentiría que le ganaba la risa al verlo tan serio, pero al final escuchaba en silencio, inmóvil, con esa quietud que había aprendido desde niña, no porque fuese una virtud sino que, cuando se quedaba callada, los adultos la olvidaban y ella podía observar todo.

Tenía la disposición y el talento para modelar. Le gustaba el reto, y le divertía el desorden de los artistas, el olor a trementina y vino, la libertad aparente de aquella bohemia que contrastaba con los salones donde tenía que sonreír y callar de otra manera.

Entendía que no iba a posar para ser reconocida como *Maura*, pero aún así, la idea de quedar plasmada en la bóveda del gran teatro debió ser exaltadora. Una cosa era posar para una fotografía o un cuadro, ¡pero un mural donde todo Guadalajara la reconocería!

Allá arriba, a 22 metros, su rostro quedaría para siempre entre los grandes espíritus del Limbo dantesco.

Abajo, en la tierra, aún tenía que aprender a ser invisible de otra forma.

Años después, cuando se casó con otro pintor que vestía y peinaba exactamente igual que Gálvez,[133] Guadalajara ya sabía que su rostro estaba en el cielo del Degollado.

---

[133] Camacho Becerra, Arturo, *Los papeles del artista,* pág. 10

Nada dura para siempre

La bóveda del Degollado aún estaba a medio pintar cuando la paz se quebró.[134] En realidad fue una breve tregua para los liberales triunfante; los poderosos conservadores continuaban tramando maneras de recuperar el poder.

El 20 de octubre de 1861, en la montaña de Pachuca se dio un enfrentamiento entre los seguidores del sedicioso Márquez —acompañado del "reaccionario ex-general Mejía",—[135] y los hombres de una brigada mixta bajo el mando de Santiago Tapia.

Después del triunfo de la "Brigada Tapia", se preparó una celebración, para recibirla en la Ciudad de México, pensando en elevar el espíritu patriótico.[136]

Pocos días después, a inicios de noviembre, diversos periódicos replicaron una breve nota publicada originalmente por *El Monitor,* dando a conocer los nombres de las señoras y señoritas encargadas de las comisiones de recaudación, entre los que destacan: doña Margarita Maza de Juárez y el de la joven Maura

---

[134] El teatro se inauguraría, inacabado, en septiembre de 1866, pocos meses antes de que Guadalajara se liberara del ejército de la ocupación francesa.

[135] Leonardo Márquez (1820-1913) y Tomás Mejía (1820-1867)

[136] Tapia, Santiago. Secretaría de Guerra y Marina de México. *Detalle de la Acción que el día 20 de Octubre de 1861 la Brigada Mixta del Mando del Ciudadano General Santiago Tapia libró en la Sierra Intermedia de Pachuca al Mineral del Monte…,* págs. 13-14

Ogazon.[137]

Ante el continuo asedio de los que se negaban a aceptar el triunfo de los liberales, y la amenaza de una inminente invasión, a partir de marzo de 1862, en Guadalajara comenzaron a ofrecerse recitales, conciertos y tertulias.

Usualmente se destaca a las poetas Esther Tapia e Isabel Prieto, por haber encabezado el "fervoroso proyecto" de beneficencia en preparación para la defensa nacional, pero vale la pena recordar que, en realidad, se trató de un esfuerzo colectivo de muchas más mujeres, alguna de las cuales jamás serán nombradas.

¡A esconderla…!

El 26 de diciembre de 1861, don Bartolomé Almada anotó en su diario:

"Aunque se confirmó la derrota de los bandidos de Lozada, su muerte parece dudosa según las cartas que llegaron por el correo de hoy.

La campaña continuará, ya que el señor Ogazon (gobernador de Jalisco) ha llegado a Mazatlán, autorizado por el gobierno general para recaudar fondos, y disponer de los de la federación.

Hay rumores contradictorios sobre que hay guerra entre

[137] *La Unidad Católica,* Año 1, Núm 143, 2 de noviembre, 1861, pág.2

España y Francia".[138]

Almada era oriundo de Los Alamos, Sonora, pero viajaba seguido a Mazatlán, que era entonces la capital de Sinaloa, y el puerto mexicano más importante del Pacífico.

Pedro volvió a reunirse con Almada unos meses después. El sonorense iba camino a la Ciudad de México donde debía ocupar su asiento en el Congreso de la Unión.

Almada tenía el pendiente de pasar por Guadalajara por razones personales, y terminó sirviendo de mensajero entre los gobernadores de Sinaloa y de Jalisco.

Una vez en Guadalajara, Almada se reunió con Ogazon en relación a los asuntos del general Vega los días cuatro y cinco de esa primera semana de junio, y así lo registró en su diario.

Mencionó que Pedro no solo lo trató muy bien sino que le recomendó partir al día siguiente ya que el camino a Lagos estaría protegido por las escoltas que acompañarían a su hermana. Tal medida era necesaria porque el camino entre Guadalajara y Jalostotitlán estaba infestado de bandoleros y las diligencias eran saqueadas constantemente.

Mientras hablaba con Almada, Pedro recordó la discusión que tuvo con Maura luego de que él le informara que ella partiría escoltada rumbo al norte del

[138] Miles, Carlota. *Almada of Alamos,* pág. 57-58 (Traducción de la autora)

Estado.

Maura no podía creer que su hermano la estuviese obligando a salir de Guadalajara. Ella era parte del grupo de mujeres que, junto con las poetas Tapia y Prieto, organizaban actos benéficos en preparación para la guerra.

Maura había sido educada de la misma manera que Pedro y tenía un fuerte sentido del deber. Le habían inculcado cuán importante era cumplir con lo que uno se comprometía a hacer. Se podía perder todo, menos la palabra.

—Otras harán el trabajo por ti —contestó Pedro cuando Maura comenzó a reclamarle.

Él no tardaría en alcanzarla:

—Mi obligación y prioridad es protegerte, y esta es la única manera en que puedo hacerlo.

Maura no tuvo argumentos para rebatir, él tenía razón; tuvo que obedecer a su hermano, estaba acostumbrada a obedeceder cuando no había opción.

El viernes 6 de junio, Maura conoció a Don Bartolomé cuando éste arribó a La Venta de Pegueros, donde ella ya se encontraba descansando y charlando con el general Florencio Villarreal, viejo héroe de Ayutla y amigo de Pedro, que iba camino a Colima para asumir el gobierno.

Maura se retiró temprano a su habitación en la casa de huéspedes donde durmió a medias.

A la mañana siguiente Villarreal pasó a despedirse; el general había decidido viajar por su cuenta. Partiría en la misma diligencia que Almada hasta Jalostotitlán.

Maura le dijo lamentar mucho su decisión, pero, aunque agradaba el viejillo, la verdad es que ahora viajarían más cómodas ella y su sirviente, y Maura no tendría que escuchar sus aburridos relatos ni entretenerlo como había tenido que hacer el día anterior. Aunque, tenía que confesar que le había dado tranquilidad tener tan cerca a un militar armado. El camino entre Guadalajara y "Jalos" era un horror, tal como su hermano le había advertido era la realidad de la guerra. Fue una sensación muy impactante para ella observar la destrucción, percibir el olor a carne quemada y sentir el vacío de ese paisaje envuelto en humo y llamas. ¡No vio un alma viva en más de 40 leguas!

Maura hubiera preferido permanecer en casa que haber tenido que presenciar aquello que no había atestiguado antes. En algún momento le pidió a Queta que cerrara la cortinilla, no soportaba más la vista. Llegaron ese día a Lagos pasadas las diez de la noche.

Pedro la alcanzó tres meses después,[139] pero, como era su costumbre, no se quedaría por mucho tiempo.

Volvería a dejarla sola

[139] El periódico *La Iberia* publicó en septiembre de 1862 que Ogazon había salido rumbo a Lagos.

El amigo Rosas

En junio de 1862, cuando Maura llegó a Lagos, José Rosas Moreno se convirtió en su tabla de salvación. Sin él, los meses en que Maura tuvo que residir allí, habrían sido insoportables. Lagos era muy bello, pero podía ser el lugar más aburrido de Jalisco. ¡No había como Guadalajara!

Rosas tenía tres años más que ella, era espigado, portaba unos bigotes más largos que el ancho de su estrecho rostro y una barba que le llegaba a la base del cuello. No importaba cuánto se ocupara de su cuidado personal —y Rosas "era pulquérrimo"—, siempre parecía despeinado y fuera de lugar. Se quedaba mirando un punto fijo mientras buscaba en su mente una rima o la conclusión de alguna de las fábulas que en esos años comenzaba a redactar. Cuando se sentaba, cruzaba la pierna y la movía sin parar. En Lagos le decían Pata Borracha.[140]

En ese mismo año del 62, Rosas había iniciado su carrera como funcionario público en la cercana ciudad de León,[141] a unos 45 kilómetros al sureste de Lagos, en el contiguo estado de Guanajuato. Rosas residía ahí la mayor parte del tiempo, pero siempre que podía, galopaba durante tres horas a caballo, porque —dicen — los *laguenses* no pueden vivir alejados de sus lagos. La ciudad de León le daba a Rosas estabilidad

[140] Fuente: Ramírez Romero, María Guadalupe. "José Rosas Moreno, el gran fabulista jalisciense", *El Fulgor y la Flama*, pág. 43

[141] Fue regidor del Ayuntamiento, miembro de la Junta de Instrucción Pública, y presidente de la Sociedad de Enseñanza Popular de esa ciudad.

económica, pero Lagos le completaba el corazón. O al menos, eso le decía el poeta a su nueva amiga.

Solo en Lagos podías encontrar tantas redundancias en un solo lugar, como aquello de la “Panadería de pan” o el letrero que anunciaba: “Este puente se hizo en Lagos y se pasa por arriba”. Era precisamente sobre ese puente que a Rosas le gustaba quedarse un buen rato, mirando el agua pasar. El sonido rugiente de su cauce en época de lluvias lo acompañaba como una gran ópera, completa, imparable. Durante las secas, el río se tornaba en arroyo, y su tono suave, más humilde, invitaba a la reflexión y la moraleja, y permitía que pudiera escuchar las historias que contaba su gente.[142]

Al igual que los Ogazon, la familia Moreno estaba formada por hacendados y ricos comerciantes; su tío abuelo había sido el célebre caudillo Pedro Moreno.[143] En su casa de la calle del Curato, organizaba tertulias con los amigos y parientes.[144]

Las demás tardes, al caer el sol, Maura y él se sentaban a beber chocolate o agua fresca. Se contaban sus

---

[142] “Rosas Moreno, hace constante mención en sus poemas al agua, al río, al arroyo, ejes temáticos que enriquecieron su obra y el famoso sentimiento *provinciano*". *Ibídem*, pág. 54

[143] En su juventud, José Rosas tuvo como compañeros de estudio a Ignacio Ramírez y Vicente Riva Palacio, José María Iglesias y Sebastián Lerdo de Tejada. entre otros. Durante la guerra de Reforma fue perseguido por el gobierno de Miramón y encarcelado en Guanajuato. Fuente: Ramírez Romero, María Guadalupe. “José Rosas Moreno, el gran fabulista jalisciense”, *El Fulgor y la Flama*, pág. 37

[144] “Allí gustaban de hacer tertulia, el doctor don Jesús Anaya Hermosillo, el licenciado don Albino Aranda; don Espiridión Moreno… y el licenciado don Mariano Torres Aranda, todos ellos miembros del cuerpo constituyente que firmó la carta magna el 5 de febrero de 1857… *Éstas* reuniones se realizaron entre 1860 y 1870 y solamente se cuenta con algunas referencias a ellas”. Agustin Rivera, citado por Guerra Márquez, Irma Estela en *Escritores de una ciudad encantada. El grupo literario laguense de 1903*, págs. 57-58.

desgracias familiares y amorosas. Ninguno había tenido suerte en eso.

Maura se aburría rápido de sus pretendientes. Tenía la mente ágil y analítica, y aunque no la aplicaba a la ley y al orden como su hermano y primo, ambos abogados, sí lo hacía al observar los hábitos y personalidades de los demás, especialmente de los hombres que la cortejaban.

Rosas, en cambio, hablaba de lo que sentía sin vergüenza: lloraba en los conciertos, reía como niño, se emocionaba con una fábula recién terminada.

A Maura le fascinaba que un hombre pudiera ser así de sensible, y transparente. Ambos habían tenido una infancia solitaria, más triste que la de los demás, o al menos así les parecía, y por esa razón les gustaba rodearse de gente excitante e ilustrada.

Rosas continuaba participando como militar voluntario,[145] y a pesar de su carácter melancólico, tan "fiel a su tiempo", se mantenía optimista respecto al futuro.[146] Por eso escribía para la infancia.[147]

---

[145] En marzo del 63, cuando Lagos estuvo amenazada por una gran cantidad de gavillas, Rosas, junto con el coronel Florentino Cuervo, quinientos hombres, y cinco piezas de artillería, pelearon contra Juan Chávez y sus gavilleros que terminaron huyendo rumbo a Aguascalientes. Fuente: Ramírez Romero, Ma. Guadalupe. *Ibídem,* pág. 39

[146] Conde, José Francisco. "José Rosas Moreno: Quehacer y Olvido", *Tema y Variaciones 8,* pág. 143

[147] Fue el primer poeta de su época que escribió de manera constante y extensa para un público infantil. También fue un prolífico dramaturgo. Ese mismo año del 62, en que Maura llegó a residir a Lagos, se estrenó en León *Nadie se muere de amor*, y al año siguiente, *Una mentira inocente*. Fuentes citadas.

Una tarde, él le dijo que vendrían días mejores cuando triunfara la República y los poetas serían respetados.

Ella lo miró y, por primera vez, creyó que era posible.

Con él aprendió que con los hombres no todo era engaño y que en algunos era torpeza y timidez lo que les impedía acercarse, y no la aparente indiferencia que proyectaban.

Años después, cuando Maura se casó dos veces con hombres que no lloraban, recordaría aquellas tardes en Lagos y al amigo que le enseñó que algunos sí lo hacían.

Llegaron los franceses

No se sabe exactamente por cuánto tiempo estuvo Maura en Lagos, pero en Guadalajara continuaron los eventos de recaudación de fondos.

Hubo corridas de toros de aficionados con la intención de juntar recursos para socorrer a los heridos. Esther Tapia y Clemente Aguirre colaboraron en la composición del himno *A Hidalgo,* presentado en un concierto en apoyo a la causa republicana.[148] A fines de enero de 1863 se representó la obra *Un pedante como hay muchos,* de José María Delgado, y en marzo, *La intervención francesa en México*, una comedia en cuatro actos escrita por el señor don Juan José Castaños, en

[148] En ese mismo contexto, Aguirre creó el chotis *La hija de las musas* y el vals *Esther*, obras dedicadas, a las poetas Isabel Prieto y a la mencionada Tapia, respectivamente.

la que actuaron reputados ciudadanos tapatíos como eran los ya mencionados Emeterio Robles Gil y Antonio Pérez Verdía.[149]

El gobierno estatal, encabezado por Pedro Ogazon, dirigió sus esfuerzos “para apoyar la defensa del país de diferentes formas; se recortaron gastos para enviar fondos que ayudaran a sostener la guerra, se decretó el reclutamiento de 2,000 hombres en Guadalajara, que junto a otros 6,000 procedentes del resto del Estado, apoyarían al Ejército de Oriente en la lucha contra los franceses”.[150]

Se decretó instaurar una Escuela Militar para reclutar más hombres a la Guardia Nacional, que, además, “sería rearmada”.

Esta escuela “contó con el apoyo del gobierno por medio de concesiones que facilitaron su existencia”.[151]

En abril de ese año, nació Isabel, la primera hija de Vallarta. La alegría del suceso se vio empañada no solo por la situación en el país, sino porque un mes después, su cuñado, el hermano de Pachita, Alexandre Lyon, murió de una pulmonía grave que no le pudieron curar.

A finales de ese mismo mes de mayo, se ordenó establecer una junta patriótica popular que propusiera al gobierno medidas para enfrentar la invasión, “realizar

---

[149] Pérez Verdía, Luis. *Historia particular del Estado de Jalisco Tomo II.*

[150] Segura, Muñoz, Iván, *Los ejércitos en Guadalajara,* pág. 24

[151] Segura Muñoz, Iván. *Ibídem*, pág. 24

colectas para ayudar a las tropas en el frente de guerra y…sobre todo, fomentar el sentimiento patriótico entre los jaliscienses para apoyar a la causa republicana frente a la Intervención",[152] además de castigar a los traidores que apoyaran a los franceses. La junta estaba abierta para todos los tapatíos y la presidió Vallarta junto con Ramón Corona, Antonio Pérez Verdía, Gregorio Dávila, Jesús Camarena, Vicente Ortigosa, Sotero Prieto y José María Vigil. Todos ellos se reunían en el salón principal del entonces Instituto de Ciencias.[153]

En junio Pedro entregó la gubernatura a José María Arteaga, y para el 21 de ese mismo mes, ya se encontraba en San Luis Potosí, con el itinerante gobierno federal.

La noche del 22 de agosto, hubo un concierto en Guadalajara que "las señoritas jaliscienses dieron *á* beneficio" de los hospitales de sangre del Ejército Nacional.

Esther Tapia leyó un texto que compuso para la ocasión, realzando el trabajo de las mujeres enfermeras.

Ver a sus hijas que tristes, agobiadas,
Lloran al padre que en el campo espira;
Lloran al hijo amado
Y al amante adorado,

---

[152] Segura Muñoz, Iván. *Ibídem*, pág.25

[153] Aldana Rendón, Mario. *La junta auxiliar de Jalisco y su circunstancia política: 1864-1870,* pág. 8.

Por quien su ardiente corazón delira.

Llorando del tierno amigo la memoria,
Y arrodilladas piden
Para su patria la feliz victoria…

"¿Queréis," ella les dice,
"Ver completa mi gloria?
"Pues acallad el llanto y los gemidos.
"¡Vuestro puesto aquí está,"
la patria exclama
Y su mano señala á los heridos!

…La luz de caridad radiante y pura,
Os bañe siempre así.
Hijas queridas de mi patrio suelo,
De encantadora paz.
Hoy tiene vuestra voz algo del cielo,
¡La ardiente caridad![154]

En cuanto pasaron las fiestas de septiembre, los tapatíos comenzaron a evacuar y a exiliarse; abandonaron la ciudad, el estado e incluso el país.

La llegada de los *zuavos*[155] a Jalisco era inminente.

[154] Fragmento de la "Composición leída la noche del 22 de agosto de 1863, en el concierto que las señoritas jaliscienses dieron á beneficio de los hospitales de sangre del ejército nacional". Fuente: Tapia, Esther. *Flores Silvestres,* págs. 149-155

[155] "Zuavo" era el nombre de ciertos regimientos de infantería en el ejército francés. Eran soldados mercenarios, originarios de Argelia que alcanzaron la fama con su participación en las mayores campañas del Segundo Imperio francés. En esos años, en México se dio por llamar así, de forma despectiva, a los soldados franceses.

1864

Hoy Jalisco se levantará como un solo hombre para defender sus derechos, para disputar palmo a palmo el terreno al conquistador…¡Conciudadanos, ¡A las armas! Que este grito electrice los corazones; que haga temblar nuestros valles y nuestras montañas; que en cada jalisciense se encuentre el soldado extranjero un enemigo implacable, un campeón invencible de la libertad[…] El mundo tiene en este momento los ojos fijos sobre México; a nosotros toca hacernos dignos del respeto y de la estimación universal. Demostremos con los hechos que los mexicanos somos dignos de ser libres… ¡Mueran los invasores!

Pedro Ogazon[156]

Despedida

Después de ocupar Querétaro, Morelia, Guanajuato y León, para el 16 de diciembre los franceses ya estaban en Lagos, así que tanto Maura como Rosas ya estaban de vuelta en Guadalajara o en La Barca.

Luego de tocar a la puerta un par de veces, Queta asomó la cabeza antes de entrar a la habitación donde todavía dormía la señorita Maura. De inmediato se

[156] *El Siglo Diez y Nueve,* 16 de abril de 1862, p. 3. y Impreso suelto, 4 de mayo de 1862, en AHJ, Ramo Gobernación, clasif. G-2-862, exp. 4412. Citas incluidas en "Manifestaciones populares en Guadalajara contra la invasión francesa", artículo de Rubén Rodríguez García incluido en el libro *Derecho, Guerra de Reforma, intervención francesa y segundo imperio. A 160 años de las Leyes de Reforma,* de José Luis Soberanes Fernández, et.al., págs. 107-116

dirigió a la ventana para recorrer las cortinas.

—Llegó el Sr. Rosas, señorita Maura. Está esperándola en el salón.

—¿Rosas a estas horas? —y en cuanto lo dijo, Maura recordó que ese día ella y Pedro partían rumbo a Zapotlán. Se estaban trasladando los archivos y el gobierno del estado a esa ciudad, y aunque Pedro ya no era el gobernador, estaba inmerso en el proceso de evacuación. De Zapotlán, ellos seguirían su camino hacia el exilio.

Rosas era de los pocos amigos que se tomarían la molestia de ir personalmente a despedirse.

—Dile que no tardo en bajar, por favor —le dijo a la criada quien se detuvo al volver a oír su nombre—: ¡Queta!

—¿Sí señorita Maura?

—¿Y tú ya tienes todo listo, quiero decir, tus cosas?

—Sí señorita, no es mucho, llevo nomás lo necesario como dijo el señorito Pedro. Ya todo está empacado.

¡El señorito Pedro! —pensó Maura, conteniendo la risa — como a menudo hacía. Con sus cuarenta y tantos años, ¡y en casa lo seguían llamando el señorito!

La imaginaria Queta era unos cuantos meses mayor que Maura. La mamá de Queta había sido la nodriza de Maura y los primeros años de sus vidas los habían pasado juntas, casi como hermanas. Más tarde pasaron a ser compañeras de juego, y ahora, su relación como

señorita y criada estaría entremezclada con la amistad y la complicidad de tantos años.

Enriqueta López no era fea, aunque le faltaba gracia; solía hablar demasiado, pero nunca trabajaba de menos. Intentaba sonar tranquila y despreocupada, pero Maura la conocía y podía ver el nerviosismo que invadía a la muchacha con la idea del viaje que estaban a punto de emprender. Habría querido decir algo más, pero le ganó la apuración por bajar a recibir a su amigo.

—Bien, entonces, ve con Rosas, y asegúrate que le sirvan el chocolate bien caliente, ¡y pan fresco, no de ayer! Y después regresas a ayudarme.

La mañana era soleada y luminosa, contrastando con el sentir de Maura, a punto de partir nuevamente. Hacía un frío tolerable todavía, que más se sentía como un golpe de energía que como un aguijón de hielo, como sucedía en las madrugadas de enero

Para cuando Maura bajó, Rosas ya se había terminado su primera taza de la reconfortante cocoa**.** Antes de entrar al salón donde él la esperaba, Maura se detuvo un instante para observarlo desde el umbral. El fabulista no había cambiado mucho en esos dos años excepto por las canas que comenzaban a asomarse en su abundante cabellera. Maura recordó de golpe todas las veces en que ambos se enfrascaron en los temas políticos que dominaban sus vidas por completo, pero sobre todo, en los otros, los más íntimos de sus vidas, todo ese sufrimiento y abandono que ambos compartían. Aunque también habían sido salpicados por

la alegría.

A Rosas le pesaba mucho haber tenido que abandonar Lagos. Disfrutaba el ambiente de Guadalajara y el de La Barca, pero sentía nostalgia por su tierra. Como no podía volver, se ponía melancólico, al tiempo que se sentía sumamente indignado. Toda la situación le causaba náusea. El fabulista nunca se hubiera imaginado que sus compatriotas llegarían al grado de invitar a extranjeros a gobernar el país. ¡Las cosas que uno alcanzaba a atestiguar! ¿Cómo era posible que años de guerra para independizarse de España, no hubieran hecho mella en el alma de esos *entreguistas*?

Rosas detuvo su tren de pensamiento cuando vio a Maura entrar portando esa incomparable sonrisa que era su sello, estandarte e infalible escudo. Nadie podía adivinar lo que pasaba por su inquieta mente cuando con sus labios formaba esa curva que tanto la favorecía. Pero Rosas la conocía. Y por eso mismo, la admiraba. ¡Qué bien se escondía su amiguita del alma, su querida Maura! Claro que a él ya no lo engañaba, y hoy, Rosas notaría de inmediato que a su amiga le estaba costando trabajo disimular y contener su congoja. Ella partía esa misma mañana y quién sabe cuándo volverían a encontrarse.

Él tenía el corazón un tanto estrujado, pero ya había desahogado mucha de su tristeza en el poema que había venido a entregarle a Maura, con la timidez que siempre le embargaba cuando compartía sus textos.

—José, amigo mío, me daría más gusto verte si esto no

fuera una despedida —y al momento de decirlo, Maura sintió la garganta apretársele y una lágrima asomarse. Tragó saliva y caminó al ventanal que daba a la calle como si su intención fuera asegurarse de que no entrara demasiado sol, o al contrario, deseando que la intensa luz matinal alcanzara a secarle los ojos y calentar su corazón.

Rosas sabía que ella no soportaba que la vieran así. Era parte de su entrenamiento como miembro de la familia Ogazon.

—¿Un poco de chocolate, niña? Nada como algo de dulzura para levantar el ánimo.

—¿Tanto se me nota?

Sintiéndose al mismo tiempo derrotada por no haber podido esconder sus sentimientos, y reconfortada por el reconocimiento de su amigo, Maura se sentó a un lado. Entre ellos había una mesita de servicio con lo necesario.

—Raro sería que no mostraras sentimiento alguno, querida.

—Tú sabes que no me quiero ir.

—Pero debes obedecer a tu hermano.

Maura suspiró. Tomó la taza e instintivamente sopló el oscuro y espeso líquido antes de dar un primer sorbo. Rosas se sirvió su segunda taza y cogió otra pieza de pan dulce, al tiempo que miraba de reojo la reacción de Maura.

—Estoy cansada de siempre hacer lo que él manda —dijo Maura, entre enojada y llorosa. A pesar de sus casi 24 años parecía una niña que se había quedado sin palabras. No había perdido ese atractivo aire de inocencia que combinaba tan bien con su aguda inteligencia, pensó Rosas, mientras sorbía del ya no tan caliente chocolate.

—En este caso, él tiene la razón —dijo Rosas, quien sentía por Maura el cariño de un hermano—. Escuché que en las ciudades ocupadas están arrestando a las mujeres que se han quedado en sus casas, sobre todo si son familiares de algún oficial importante. La única opción que te queda es casarte conmigo, Maurita. Así no solo te protegería, sino que podrías hacer lo que te viniese en gana.

Rosas se dio cuenta de que casi había logrado hacer sonreír a su amiga.

—Te volvería loco a la semana, y además, ¿no me dijiste que en Léon habías conocido a la mujer de tu vida?

Como era su costumbre, la respuesta de Rosas fue un profundo suspiro. Era verdad. Cuando Maura recién había arribado a Lagos, él no salía de su eterna melancolía. La presencia de su amiga le había devuelto el ímpetu y la esperanza y en un inicio pensó que se había enamorado. Maura le hizo ver que no eran compatibles, y que en realidad él se había contagiado con la ligereza de espíritu y la capacidad de asombro de la simpática tapatía, a quien aprendió a querer tanto.

Nunca antes había tenido una amiga, y a Rosas le gustaba meditar sobre la diferencia entre la amistad de los hombres y la que podía darse entre un hombre una mujer.

Maura le ayudó a recuperar el deseo de vivir, y gracias a esa nueva disposición, supo que había conocido a la que llegaría a ser su esposa.[157]

—Amanda es una mujer realmente valiente…

—¿Por qué lo dices? —preguntaría ingenuamente Rosas.

—¡Porque debe ser muy brava para atreverse a besar esos bigotes!

Instintivamente Rosas se llevaría la mano izquierda a la cara para peinarse *esos bigotes* de los que se sentía tan orgulloso. No era la primera vez que Maura le hacía chascarrillo y es que, por más que se los peinara y engominara, parecían tener voluntad propia y las puntas acababan dando vuelta sobre sí mismas, y en vez de mantenerse como dos medias lunas hacia arriba, como era la intención original, acababan pareciendo estalactitas horizontales, negras y movedizas.

Rosas miró a su amiga, haciéndose el ofendido, y ambos acabarían riendo con la broma ya muchas veces compartida.

—No se estarán riendo de mí, ¿verdad? —dijo Pedro al entrar a la habitación, sintiéndose mitad intruso, mitad

[157] Amanda Obregón y Martín del Campo se casó con José María Rosas en 1865; tuvieron tres hijos. Fuente: Ramírez Romero, María Guadalupe. *Ibídem,* pág. 41

curioso y un poco envidioso al interrumpir las risas de Rosas y su hermana.

El fabulista levantó la vista y se sorprendió con lo ajado que se veía el rostro de su compañero en el congreso. Si Rosas apenas y había cambiado en esos años, aunque fuese porque desde siempre se había mirado viejo, Pedro en cambio, ya comenzaba a mostrar el paso de más de quince años de vida militar, a pesar de que, al contrario de su hermana, él solía mostrar una sólida e inexpresiva superficie por donde no parecía surcar la emoción. Todo en Pedro era así, duro y compacto, como su nombre. Rosas lo estimaba enormemente, pero no sentía envidia alguna. Un artista necesitaba sus sentimientos para crear mientras que un general debía ignorarlos, se fortalecía al mantenerlos resguardados y en secreto. Quizás por eso Rosas tenía su par de canas y Ogazon, una tonelada de añoranzas.

Pedro no contuvo el gusto de ver al bueno de Rosas. Ambos hombres se abrazaron con afecto sonoro. Esta vez Maura no rió como en otras ocasiones, cuando veía la curiosa y casi cómica pareja que ambos formaban: su hermano que aunque guapo, comenzaba a ponerse cachetón, a un lado del larguirucho y torpe de su amigo**.**

—Pues, no les quiero quitar tiempo, —dijo Rosas, como queriendo irse.

—Siéntate y sírvete otro chocolate, hombre, que yo apenas voy a tomar el mío. Dudo que podamos salir antes del mediodía.

Rosas se sentó de inmediato.

—¿Y Nacho? —le preguntó a Pedro, refiriéndose a su primo Vallarta.

—Quedó en alcanzarnos —dijo Pedro—. Creo que se siente protegido por estar casado con una francesa.

—Pachita tiene de francesa lo que yo tengo de oriental —intervino Maura.

—Bueno, legalmente lo es —dijo Pedro, mirando a Maura con severidad.

—Sus padres eran franceses, ¿cierto? Aunque nació en Jalisco —intervino Rosas, buscando limar asperezas, como siempre.

—De hecho, el padre era holandés y la madre francesa —dijo Pedro, y volvió a enfocarse en su primo Vallarta —. Nacho sabe que corre el riesgo de ser apresado, pero nunca me hace caso. No se apuraron para salir con nosotros. Quedamos en encontrarnos en Zapotlán o en Colima, para de ahí zarpar juntos a Mazatlán.

Maura ya conocía los detalles del viaje que estaban por iniciar. En realidad era una ruta de huida y no un recorrido “turístico”, como el de hacía unos años, cuando viajó —igualmente forzada— a Europa. Su mente había comenzado a divagar con imágenes de ese viaje, cuando escuchó que Rosas se dirigía a ella.

—¿Y dónde pasarás tu cumpleaños, querida?[158]

Maura miró a Rosas y se encogió de hombros, ladeando la cabeza hacia su hermano.

Pedro sonrió y le confió a Rosas que, para esas fechas, esperaba ya estuvieran en Colima.

—Maura piensa que no me acuerdo en qué fecha cumple años.

—¿Cuándo he dicho eso? —dijo ella, a la defensiva.

—Por eso dije que lo piensas, y para demostrarte cuán injusta eres al desconfiar de mi persona…

Pedro se levantó y caminó hacia el pasillo que llevaba hasta la entrada de la casa, donde se encontraban apiladas algunas cajas, maletas y un par de baúles, a la espera de ser cargados por los peones**.**

De una caja de tamaño mediano, Pedro sacó una pesada bolsa de tela.

—No veo porqué no podemos adelantar en parte la celebración —dijo, al tiempo que sacaba de la bolsa el inesperado regalo que entregó a una sorprendida, pero entusiasmada Maura—. Considerando además que aquí el Maestro Rosas puede estrenarlo —concluiría Pedro, exaltado.

---

[158] La despedida tuvo que ser en enero, ya que ambos poemas están fechados en 1864 y Maura y su hermano se embarcaron rumbo a la Alta California el primer día de febrero. Rosas pudo haberlos entregado a Maura en Guadalajara antes de que fuese ocupada el 5 de enero o en La Barca, que aún resistió un mes más. Ambos poemas fueron incluidos en una antología que, curiosamente, sería editada por el más famoso de los admiradores de Maura, el escritor y pensador guerrerense, Ignacio Manuel Altamirano (Rosas Moreno, José. *Ramo de Violetas. Poesías,* págs. 247-251 y 324-328)

Rosas quedó intrigado.

—¡Pedro! —chilló Maura.

—¿Te gusta?

—¡Es hermosísimo! —Maura volvió a exclamar—. Mira José, ¡un álbum!

Rosas ya se había puesto de pie y acercado por detrás de Maura para admirarlo. Era un álbum muy distinto al que Maura había adquirido en París.

—Laqueado con técnica japonesa —dijo Pedro.

En ese momento entró Queta con una humeante jarra de chocolate para servirle a Pedro, quien se veía sumamente complacido de ver cuán contenta se había puesto su hermanita.

—Pues, yo te traje un poema que puedes guardar en él —dijo Rosas, quien extrajo del bolsillo de su *saccó* varias hojas escritas a mano y enroscadas en una especie de tubo—. ¡Felicidades, y *bon voyage,* mi adorada Maura!

Maura sintió gran emoción. Pedro la había tomado desprevenida con ese regalo, y ahora Rosas, ¡con un poema escrito específicamente para ella! Sintió ese familiar nudo en la garganta que se le formaba cuando se aguantaba las lágrimas, pero no pudo contenerse y le dio un abrazo y un picorete en la mejilla a su hermano y luego hizo lo mismo con su torvo amigo.

—¿Sería mucho pedirte que escribas algo más, directamente en el álbum? —le pidió Maura con esa

mirada pícara que desarmaba a cualquiera.

Rosas aceptó, tan halagado que no pudo evitar sonrojarse. Maura tenía ese efecto en los hombres. Se sentó a la mesa que se ubicaba en una esquina del amplio salón. Maura de inmediato le indicó donde quería que el poeta escribiera lo que terminó siendo el segundo poema que le dedicaría y que intituló *Recuerdos de Jalisco.*[159] Mientras él escribía, Maura se aseguró de llevarle su taza y llenársela de nuevo, para que se sintiera a gusto.

Tras firmar el poema y entregarle el álbum a Maura, Rosas devoró su quinta pieza de pan, se bebió de un sorbo lo que quedaba de su ¿cuarta? taza de chocolate y se levantó para irse, ahora sí de veras. Para entonces, Pedro ya se había retirado a su habitación para terminar con su arreglo personal y supervisar lo que faltaba de empacar.

A Rosas le alegró poder despedirse en privado de su amiga.

—Prométeme que me escribirás, Maura. Ya sé que no es lo tuyo, pero haz el esfuerzo. Piensa en mi soledad.

—Lo haré, te lo prometo —le dijo Maura, sincera.

Rosas le tomó la mano y la besó como el caballero que siempre había sido.

—Nos volveremos a encontrar amiga —le dijo—. No tengo duda aquí en mi corazón de que este es solo un

[159] Ver Anexos para leer los poemas completos, págs. 480-482

paréntesis incómodo en nuestras vidas.

Al dirigirse hacia la puerta que daba a la calle, Rosas notó que la doncella de Maura, la Queta de toda la vida, lo esperaba a la entrada del salón.

—Don José, le vamos a extrañar.

—¡Olvidaba que tú también te vas! —le dijo Rosas, queriendo abrazarla, pero no haciéndolo sabiendo que no era lo apropiado—. Cuida a la señorita Maura y recuérdale que me tiene que escribir de vez en cuando. Y tú, ¡cuídate de los rubios, Queta, que en San Francisco hay pocas mujeres y andarán como moscas volando alrededor de dos morenas tan hermosas!

La criada se sintió más nerviosa pero emocionada con las palabras que le dirigió el poeta. Entre llorosa y sonriente lo acompañó hasta la puerta mientras Maura se quedó pensando en una de las frases de Rosas. No estaba muy convencida de que “paréntesis incómodo” fuera la mejor manera de describir lo que estaba sucediendo. El país ciertamente era un caos, con los franceses a punto de ocupar Guadalajara, el presidente Juarez en San Luis Potosí y la mayoría de los jefes liberales huyendo fuera del país o a zonas todavía no controladas por el enemigo. Era el movimiento de miles de hormigas cuyo hogar había sido invadido, sin saber si volverían pronto ni qué encontrarían a su retorno.

El viaje sería largo porque tendrían que rodear por el este y sur del Lago de Chapala. Maura no quería pensar mucho en ello, lo bueno era que Queta vendría con ellos. Ambas sabrían entretenerse. Tendría que

asegurarse de no olvidar la baraja, ni el abanico. A ver si podía rescatar algunos almohadones para que el viaje fuese un poco más llevadero. Aunque ya le había prevenido Pedro que en un par de días tendrían que viajar a lomo de caballo, y en largos trechos, caminar. Maura era buena jinete y su hermano obviamente lo sabía. Él mismo le había insistido que no se olvidara de empacar su traje de montar pues sin duda sería más cómodo. También le dijo que si así lo prefería, podrían cargarla con una litera. ¡Sólo muerta!, le respondió de inmediato Maura al escuchar tal ofrecimiento.

De vuelta al salón luego de haberse ausentado mentalmente con la aprensión de lo que se avecinaba, Maura alcanzó a ver por la ventana que Rosas seguía allá afuera. Se acercó para ver si algo le sucedía a su amigo, quien, no se había alejado ni un par de metros que había sacado de otro de sus bolsillos un pedazo de papel en blanco y ahora anotaba algo, seguramente una frase poética o alguna observación para sus fábulas en las que se hallaba trabajando. Maura estaba segura de que el lápiz ya casi no tendría punta. Siguió mirándolo sin que él se diera cuenta. Al terminar, Rosas guardó lápiz y papel, se arregló —según él— el imposible bigote, y continuó su camino.

Con cuidado, Maura colocó el poema que Rosas le había regalado entre las páginas donde había escrito el otro, y guardó el álbum en la bolsa de donde lo había sacado su hermano. Suspiró.

Nunca olvidaría tan agridulce despedida.

Cañadas, volcanes y mares…

Aunque Maura probablemente ya había viajado antes a Zapotlán el Grande, siempre había sido en carruaje y por la ruta directa desde Guadalajara, pasando por el lado oeste del *Mar Chapálico,*[160] por Tamazula, un camino que ahora se encontraba ocupado por soldados franceses y el ejército conservador.

De Guadalajara o de La Barca, Maura y Queta probablemente viajaron en algún tipo de carro hasta Jiquilpan, pero el resto del camino tuvieron que ir montando como Pedro y los demás. El equipaje lo llevaban cargado en mulas; en los valles, con cuatro de estos animales, armaban una litera y tomaban turnos para dormir.

Les tomaría cuatro o cinco días para llegar a Colima. Pasaron por haciendas y poblaciones donde la gente reconocía y daba una calurosa bienvenida al general Ogazon. En cada una, les ofrecían de comer y un lugar para descansar mientras bajaba el calor.

El paisaje era espectacular, pero de pronto desaparecía por completo, solo para emerger nuevamente de entre la densidad del bosque. El viajero encontraba a sus pies un océano de vegetación y, más allá, una multitud de cadenas ondulantes de montañas “como las olas de un mar irritado”,[161] formadas por hojas y ramas que se

[160] En ocasiones así se referían al gran lago de Chapala situado al sur de Guadalajara.

[161] Gutiérrez, Felipe S. *Viaje de Felipe S. Gutiérrez por Mexico, Los Estados-Unidos, Europa y Sud-América,* pág.223

mecían con el susurrar del viento. Al fondo, los volcanes de Colima presidían esa magnífica vista.

Para cuando llegaron a Zapotlán, no se habían recibido noticias de Vallarta, por lo que decidieron era mejor alejarse de Jalisco, seguir hasta Colima y esperarlos allá. A las pocas horas, no tenían más que maleza enfrente, por lo que dos de los peones tenían que ir delante con el machete, abriendo camino. Maura se preguntaba cómo sabían hacia dónde avanzar, pero se entregó a la seguridad que sentía al estar con su hermano. Era obvio no solo que Pedro conocía esa zona como la palma de su mano, sino que él a su vez confiaba totalmente en los peones y soldados que los escoltaban.

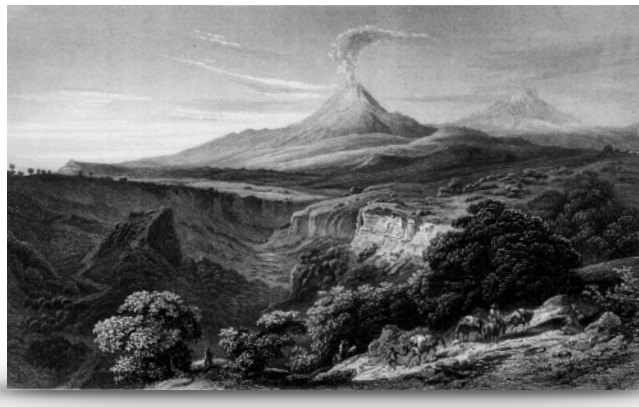
Pasaron la tercera noche en el Platanar y a la mañana siguiente comenzaron el descenso por las Barrancas de Atenquique y Beltrán. La profundidad era aterradora, un verde profundo de árbol y matorral. El volumen que alcanzaba el sonido de insectos y pájaros era monumental y poderoso, a la vez que apabullante y claustrofóbico. Por ratos, Maura sintió que recorría un infierno, húmedo y oscuro.

Al fin, llegaron al fondo de la primera barranca, y lo que encontraron fue una cantina donde los viajeros paraban a comer, y poco después, un riachuelo de agua fresca con la que saciaron su sed, llenaron sus cantimploras y refrescaron sus sudadas sienes.

La segunda barranca, la de Beltrán, era todavía más profunda y ancha que la de Atenquique. Ahí se encontraron a los pies de un cerro elevadísimo. Pedro

les contó a Maura y a los hombres que descansaban bajo la sombra que, durante la guerra de Independencia, los insurgentes habían subido piezas de grueso calibre y con ello habían ganado fuerza ante los españoles.

Maura por supuesto que no estaba interesada en dicha historia, y mientras Pedro proseguía con su relato, ella se alejó, buscando privacidad para sus necesidades fisiológicas, pero también para su sanidad. ¿Qué diablos hacía ella ahí? Recordó a la Riesch y en cómo ella había querido seguir los pasos de Ignacia y unirse a la guerra, ¡qué ingenua había sido! Apenas y había sufrido algo de incomodidad durante esos pocos días, pero tenía que reconocer que no le gustaba para nada esta clase de aventuras. Al menos podía hablar de madurez, pensó, y solita se rió. En su juvenil fantasía, cuando escuchaba a Ignacia hablar de su sueño de luchar en el campo de batalla, Maura se imaginaba cabalgando a toda velocidad, rifle y bandera en mano, y gritando “¡Patria o muerte!” No se le había ocurrido que la mayor parte de la lucha era esconderse, recorrer los recovecos más melindrosos de la tierra y pasar hambre, sed, y en su caso, hasta vergüenzas.



En esta litografía de "El volcán de Colima" se aprecian las barrancas y ambos volcanes mencionados. Obra de Johann Moritz Rugendas, publicada en: *Mexico, landscapes and popular sketches*, de C. Sartorius, en 1859, pág. 34 (D.P.)

Ascender y descender ambas cañadas debió haber sido sumamente fatigoso. Lo habrán tenido que hacer serpenteando el camino, lo cual alargaba el trayecto. La última subida fue penosa y difícil. No había otra forma de andar el angosto sendero. Todos tuvieron que apearse y recorrer el resto del trecho, en silencio y bañados de sudor, hasta que alcanzaron la cima, reencontrándose de nuevo con los impresionantes picos del Nevado y del Volcán de Fuego. Éste último era de menor altura, pero más humeante.

Esa misma tarde llegaron a Tonila, una población donde los Colimenses solían pasar los veranos y fines de semana, y al día siguiente, Maura y los suyos finalmente llegaron a la ciudad de Colima, a solo siete leguas ya.

Pedro envió a uno de sus soldados a Manzanillo para que averiguara sobre la situación en el puerto. Cuando regresó, le informó que los franceses no estaban a la

vista, aunque se sabía que rondaban las costas del Pacífico. El soldado también le comunicó que, en tres días, podrían abordar un clíper que usualmente se detenía en ruta a Mazatlán.

Pedro tenía la esperanza de que Vallarta, su esposa y su hija llegaran a tiempo. Los esperarían en Colima porque Manzanillo en esos tiempos era un pueblito pesquero, sin nada que ofrecer. Aunque al llegar todo parecía incierto, en algún momento recibieron confirmación de que Vallarta y su familia habían logrado salir con bien de Guadalajara y que venían en camino.

Colima le causaría a Maura una muy agradable impresión, "con su *jardin* Nuñez, con sus huertas de cocos, con sus calles llenas de concurrencia, con su hermoso río".[162] La ciudad les ofreció un respiro con su clima cálido y su tranquilidad momentánea. Todos estaban cansados y agradecidos por la comodidad de dormir en un colchón, aunque la mayoría acabó en la hamaca, no por lo pulguiento del catre, sino por el calorón que hacía a pesar de ser invierno.

Pedro se reunió con el general Florencio Villarreal, que seguía fungiendo como gobernador de Colima. Pero fuera de eso, no había mucho que hacer, así que los hermanos pasaron la tarde en alguno de los muchos balnearios de la ciudad. Por la noche, relajados por la fría agua del río, se retiraron temprano a dormir, al tiempo que los colimenses se preparaban para hacer todo lo contrario. Dado el intenso calor de esa región, era común que los habitantes de la pequeña ciudad

[162] Ireneo Paz, *Algunas campañas II,* pág. 18

esperaran el fresco de la tarde para salir de sus casas.

En su habitación, Maura se sentía feliz de estar de nuevo en algo parecido a la civilización. Queta la ayudaba a trenzarse el cabello. No lo tenía tan largo, pero era crespo, y si no lo cepillaba y trenzaba, se le anudaba y en las mañanas su cabeza parecía una araña peluda. Estaban en ello, cuando de la calle escucharon un feliz alboroto acercándose por la avenida. Curiosa como siempre, Maura se cubrió con la chalina que tenía a la mano y se asomó con sigilo, pues ya estaba en camisón. Desde el segundo piso podía esconderse detrás del cortinaje.

Las carcajadas y gritos de diversión ejercían una tremenda atracción para una joven como Maura, quien habría querido ser parte del jolgorio en vez de estar en la situación en que se encontraba, toda raspada luego de haber cruzado la maleza, y ahora, encerrada en ese cuarto, ¡muerta de calor!

Se sorprendió de lo numeroso que era el grupo de jóvenes que pasaba debajo de su ventana. Queta se acomodó juntito a ella para ver pasar el desfile de juventud y risas.

De entre la algarabía, Maura distinguiría los acordes de una guitarra que acompañaban una voz entonada y grata al oído. De inmediato reconoció la canción, pues ya comenzaba a sonar en todo el país.

Si a tu ventana llega una paloma,
Trátala con cariño que es mi persona

“No es profesional, pero le pone mucha pasión y sentimiento”, pensó Maura, dando un paso hacia el balcón para poder asomarse un poco más. Alcanzó a distinguir al pequeño grupo que acababa de pasar y que ahora se alejaba detrás de los demás. Además del que rasgaba la guitarra, iban un par de jóvenes caminando detrás del inspirado cantor, quien a su vez iba escoltado por tres o cuatro muchachitas que parecían revolotear a su alrededor. A Maura le pareció que el joven, muy consciente de su porte, parecía flotar en comparación del resto, por la forma en que se movía entre sus compañeros y admiradoras..

Cuéntale tus amores, bien de mi vida,
Corónala de flores que es cosa mía…

Desde donde estaba, Maura no pudo distinguir más detalle, pero sí pensó que habría podido escucharlo toda la noche, y suspiró.

Conforme se alejaban los jóvenes, la voz iba y venía por efectos de la brisa que afortunadamente había comenzado a soplar. Maura se arrulló recordando la melodía en la voz barítona del colimense que parecía haber aparecido como una especie de misterioso príncipe que la llamaba para que bajara a conocerlo. Si ella hubiese sido libre lo hubiera seguido, como ratón hipnotizado por Hamelin, hasta el abismo.

Todavía en la mañana, mientras se vestía, y sin darse cuenta, Maura comenzó a tararear la hermosa tonada. Queta nomás sonrió al ver que la señorita Maura había quedado cautivada. De pronto, ambas escucharon

mucho alboroto en la planta baja. ¿Qué estaría pasando? No tardaron en averiguarlo. Hasta arriba llegaron las voces de su primo y el llanto de un bebé. ¡Habían llegado los Vallarta! ¡Qué alivio! Si todo iba bien, zarparían juntos al día siguiente rumbo a Mazatlán.

Luego de los abrazos y de asegurarse de que Pachita y la niña ya estuvieran descansando, Nacho Vallarta se disculpó más de una vez con Pedro. Se sentía mal de no haber seguido el consejo de su primo. Nacho les contó como había sido su huida.

Cuando los franceses llegaron a Guadalajara el 6 de enero, los Vallarta continuaban en la ciudad. Una tarde, estaban ambos tranquilamente platicando, cuando su buen amigo Enrique Satler entró de manera precipitada y le preguntó a Ignacio si había manera de salir de su casa por la parte de atrás, a lo que Vallarta respondió que sí.

—Los zuavos vienen en camino con orden de apresarte —le dijo.

Mientras su esposo huía por la puerta que comunicaba a la cochera, Pachita tuvo que quedarse junto a Don Enrique tratando de no mostrar su angustia y sobresalto. Los franceses revisaron toda la casa y no se fueron hasta que quedaron convencidos de que Vallarta no se encontraba ahí. “La impresión que recibió [Pachita] con esto fue tan terrible, que le dieron unos fríos con calentura muy fuertes: quedó sola en la casa,

pues [Vallarta] tuvo que estar escondido unos días".[163]

Habiendo muerto su hermano Alexandre hacía menos de un año, no es de extrañar que Pachita cayera enferma luego de semejante susto. Desde su escondite, Nacho tuvo que hacer los arreglos necesarios para que la cuidaran, y en cuanto estuvo lo suficientemente fuerte, partieron con la pequeña Isabel, para alcanzar a Pedro y Maura.

Al día siguiente, la familia reunida salió de Colima antes del amanecer y luego de atravesar el bosque de palmeras que los separaba de la costa, el grupo de siete u ocho que continuarían viajando rumbo a Mazatlán sintió el alivio de haber llegado a tiempo a Manzanillo para abordar el clíper. Éste era un tipo de embarcación a vela diseñado para alcanzar grandes velocidades a pesar de solo depender del viento.[164]

Años más adelante, uno de los hijos de Pachita y Nacho Vallarta, relataría lo que a él le contaron, que durante la travesía tuvieron muy mal tiempo y que tanto su mamá como la nodriza de Isabel iban muy mareadas. Una señora, que también iba en el barco (seguramente Maura), fue a decirle a Pachita que revisara, porque estaban en peligro de hundirse. Pachita le contestó que ojalá y ya se hubieran ahogado, ¡así de fuerte era el mareo y el susto que llevaba! La nodriza gritaba

---

[163] *Alejandro Vallarta Papers*

[164] Además de veloces, eran económicos pues no requerían de carbón y fueron la manera más popular para transportar, de un océano a otro, té, opio, salitre, trigo, y pasajeros, rodeando el sur del continente, hasta que se inauguró el primer ferrocarril transcontinental en 1869.

desaforadamente con cada vaivén del barco: "¡San Antoñito de mi vida, que se voltea este animal!", y Vallarta sufría lo indecible al ver la situación de su familia sabiendo además que el buque francés *La Cordelière* andaba por esos rumbos. Temía que él y Pedro fueran a ser apresados.[165]

Por fin después del gran susto y la fatiga, pudieron desembarcar en Mazatlán.

En el lugar del venado[166]

Mazatlán era un puerto estratégico en esos tiempos de guerra. Para generar ingresos, a inicios de 1864, Juárez había dado permiso para la introducción de arroz del extranjero por aquel puerto, durante seis meses, pagando un derecho de doce reales por quintal.[167]

Para el 13 de enero, en cartas a Juárez que posteriormente fueron interceptadas por los franceses, se informaba que varios generales, gobernadores y otros *gefes* disidentes, "acababan de llegar *á* aquel punto, donde se aguardaba próximamente *á* Ogazon y

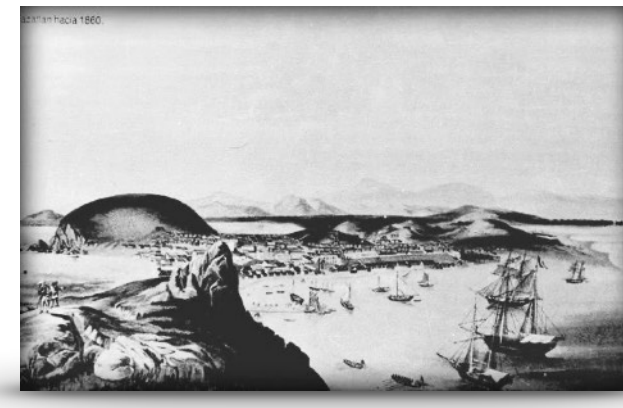
---

[165] *Alejandro Vallarta Papers.*

[166] El vocablo náhuatl "Mazatlán" significa "Lugar de Venado".

[167] *Eco del Comercio*, 1o de marzo, 1864, pág. 3. Un real mexicano equivalía a un peso y medio; un quintal era una antigua medida de masa que equivalía a 100 libras castellanas o 46 Ks; y la arroba era la cuarta parte de un quintal. En las aduanas se cobraban los aranceles y las tarifas por arrobas y quintales de mercancías.

Vallarta".[168] Entre ellos se encontraban Ignacio Ramírez y su tocayo y amigo, "el comunista" Altamirano,[169] el "diputado feroz que en cada sesión del congreso pedía la cabeza de las tres cuartas partes de sus conciudadanos".[170] Ramírez acababa de regresar de una breve estancia en San Francisco, California, y Altamirano se había reunido con el presidente Juárez en San Luis Potosí.



Mazatlán hacia 1860.
Fuente: Sitio web "Mazatlán Interactivo". D.P.

Se sabía que la escuadra francesa ya estaba en Acapulco, por lo que Mazatlán estaba "en armas". Todos los días, los hombres debían reportarse a los cuarteles a las 8 de la noche y quedarse ahí hasta las 7 de la

---

[168] Incluidos: José María Patoni, Antonio Carbajal, Aureliano Rivera, Anacleto Herrera y Cairo, y Urbano Gomez. La nota fue tomada del periódico francés *L'Estafette*, y añadía: "La goleta *San Francisco*, antiguamente *Lord Raglan,* ha sido capturada en las aguas del Manzanillo por la corbeta francesa de guerra *Cordelière* y traída á San Blas por una parte de la tripulación de este buque. Los franceses cogieron algunas comunicaciones de Juárez y apresaron a 10 oficiales". Fuente: *La Sociedad,* 21 de febrero, 1864, pág. 1

[169] También estaban Blas José Gutiérrez Ocadiz y Alfonso Chavero. Este último viajaría con Altamirano rumbo a Acapulco.

[170] *El Pájaro Verde,* 13 de febrero, 1864, pág. 3

mañana del día siguiente. En la zona de negocios muchas personas estaban levantando un segundo piso en sus casas, y no había suficientes trabajadores. Trenes de mulas salían constantemente hacia el interior del estado de Sinaloa y rumbo al estado vecino de Durango, cargando con maquinaria y todo tipo de mercancía, y regresaban con productos del campo, minerales y plata. La ciudad se encontraba llena de comerciantes realizando sus compras anuales, superintendentes de minería que habían ido a recoger o enviar su correspondencia a San Francisco, hombres de todas las naciones buscando trabajo o renunciando, inválidos recuperándose y personas enfermándose. Afortunadamente, había suficientes provisiones especialmente vegetales, y todo era barato.[171]

Pedro Ogazon e Ignacio L. Vallarta llegaron al puerto el miércoles 27 de enero, acompañados —aunque los periódicos no las mencionan— de Maura, Pachita y la bebé Isabel.[172] Para entonces, el general Plácido Vega había dejado la gubernatura de Sinaloa a cargo del gobernador de Sonora, el general García Morales, quien fue el anfitrión de Pedro y su familia durante los escasos seis días que duró su estancia, a la espera del vapor en el que Pedro y Maura partirían rumbo a San Francisco.

---

[171] "Carta desde Mazatlán", de un "corresponsal ocasional", fechada el 1o de febrero y publicada en el *San Francisco Bulletin*, el 10 de febrero de 1864.

[172] En la misma "Carta desde Mazatlán" el corresponsal afirmaba que el general y ex gobernador Ogazon había arribado de Colima "el pasado miércoles por la mañana", es decir, el miércoles 27 de enero de 1864.

La prima

Los días en Mazatlán pasaron aburridos y eternos para Maura pero rápidos y fatigosos para Pedro, aunque imagino que la noche antes de su partida no puede haber sido solo negocio y preocupación. Alguien trajo el mezcal o el aguardiente, otro la guitarra, y algunos de los locales aportaron el chilorio y las tortillas. Es probable que el estoico y disciplinado Pedro se retirara más temprano que los demás, y no permitiera que su hermana se quedara sola en el pequeño jolgorio que se armó en el patio de la casa estatal donde se alojaban.

Maura se habrá enfadado. Sabía que no podría dormir, entre el calor, la expectativa del viaje y el escándalo de los oficiales festejando. ¡No era justo que tuviera que retirarse temprano solo porque Pedro era un aguafiestas!



Detalle de tarjeta postal del Palacio Municipal de Mazatlán y del jardín alrededor del edificio.
Fuente: *mazatlaninteractivo.com* (D.P.)

Al entrar a la habitación, a Maura le molestó el tufo que producía la mezcla de humedad y calor encerrados. De

inmediato se dirigió hacia la ventana, que en realidad era una puerta que daba a un jardincito aledaño a la calle. En ocasiones, la brisa marina entraba de inmediato, pero en otras, Maura tenía que salir para sentir algo de alivio, en lo que se aireaba la habitación. Esa noche, eso fue lo que hizo para aplacar el bochorno.

Luego de respirar por unos minutos el aire fresco que, afortunadamente, soplaba esa noche, Maura estaba a punto de darse la vuelta para entrar a la habitación, cuando escuchó una voz inconfundible.

—¡Prima!

Era Nacho Vallarta. Maura volteó la cabeza y lo vio caminando hacia ella, acompañado de otros dos hombres. Uno de ellos, flaco, chaparrito y bastante tomado, le hizo eco de inmediato.

—¡Prima!

El tercer hombre, igual de flaco, de mayor edad y bastante más alto, le dio un codazo al bajito.

—No seas bruto, ¡es la hermana de Ogazon!

—¿Nacho? —preguntó Maura, cautelosa.

—¡Síííí! —los tres hombres respondieron al unísono, y luego, riéndose, se callaron unos a otros.

—Es que los tres nos llamamos Ignacio —diría Vallarta, quien quedó frente a Maura, al otro lado de la pequeña cerca que separaba la calle de la propiedad.

Maura se preguntó un poco tarde si no habría sido mejor haberse hecho la sorda, y haber entrado.

—¿Ya conoces al diputado Nacho Ramírez? —le preguntó Vallarta a Maura, a modo de presentación.

—¿Cómo está Don Nigromante? —respondió Maura, siguiéndoles el juego. A Ramírez lo había conocido unos días antes. Él la saludó inclinando la cabeza y levantando ligeramente el sombrero que llevaba puesto.

—¿Y a Nacho Altamirano? —prosiguió Vallarta.

—Somos "los tres tocayos" —intentó bromear el embriagado tixtlense.

Maura se rio ante la graciosa escena, con lo cual sintió aún más el rubor que le habían provocado las miradas admirativas de ambos hombres. Maura agradeció lo negro de la noche y lo embriagados que iban. Si alguno de ellos llegó a notar su sonrojo, para la mañana siguiente lo habría olvidado, o al menos, eso quiso pensar. Aunque estaba acostumbrada, se le quedaría grabada la intensidad en los ojos de Altamirano. Seguramente había oído hablar de él. Sin duda los tres Ignacios eran brillantes pensadores y enérgicos oradores, pero el temperamento del guerrerense, el más bajito del trío de Nachos, era fogoso y exuberante, y a Maura le resultaría sumamente atractivo.

—Sigan señores, que hasta acá me llega el elixir que emanan, y temo que con su cercanía, pronto me hará efecto a mí también —bromeó Maura, despidiéndolos.

—Buenas noches, prima ¡descansa! —contestaría

Vallarta—. Sigamos nuestro camino señores…

Y de nuevo, la risa simplona de los que en tiempos álgidos gozan la espontaneidad, simplemente porque se saben afortunados de estar vivos, aunque en el caso de Vallarta —al igual que la mayoría de los Ogazon— esa alegría irracional solo se evidenciaba cuando estaban bajo excesiva influencia etílica.

—¡Buenas noches, prima! —alcanzó a decir Altamirano, a quien *El Nigromante* ya había apodado con el sobrenombre de *Próspero.*

Los tres Nachos prosiguieron su camino, un tanto tambaleantes, pero felices de sostenerse entre sí.

Una carta

Desde su viaje a París, Maura acostumbraba a pegar los sobres de las cartas que recibía en al álbum que había adquirido en aquella ciudad. El poema que su amigo Rosas le había obsequiado al despedirse, venía en hojas sueltas escritas por ambos lados, por lo que, llegando al puerto, Maura envió a Queta a conseguir un sobre para guardar en él las páginas, y goma para pegarlo en el nuevo álbum, el preciado regalo que había recibido de su hermano Pedro.

Para entonces Maura tuvo oportunidad de leer más de una vez los dos poemas de Rosas. Hubo versos que le gustaron e hicieron mella en su interior. Aquello de: “Tú el olvido lamentas de la muerte; Yo lamento la muerte del

olvido…" la dejaba vibrando, pues era verdad. Ella lamentaba el olvido al que se caía en la muerte. De su madre, por ejemplo, ya nadie hablaba. Por otra parte, era obvio que Rosas escribía para, precisamente, no morir con el olvido.

Durante esos días que pasaron en Mazatlán, Maura debe haberle pedido a su primo y a Pachita que escribieran algo en el álbum para llevarse de recuerdo. ¡Cómo hubiera querido tener una fotografía de la pequeña Isabel para añadirla a las páginas!

La mañana del primero de febrero la pasó guardando las cosas que habían quedado desperdigadas por toda la habitación. Zarparían a las cinco de la tarde, y ya había pasado media mañana.

Maura estaba obedientemente sentada frente al pequeño escritorio de la amplia habitación que había ocupado y que ahora se veía desnuda, sin sus cosas y con la cama sin hacer. Intentaba escribirle a Rosas. Había sido Pedro quien le sugirió hacerlo antes de partir ya que tardarían una semana en llegar a San Francisco, y desde allá quién sabe cuánto tardarían las cartas de vuelta a México, si es que llegaban. Con la guerra, las comunicaciones se harían cada vez más difíciles.

Maura quería relatarle a Rosas la experiencia que había sido viajar hasta Mazatlán. Pero una cosa era vivirlo y otra muy distinta narrarlo. Maura sabía que ella no tenía madera de literata. Había escrito sonetos porque todas las señoritas lo hacían, pero, cada vez que se sentaba e intentaba expresar algo por escrito, ¡cualquier cosa!, ella lo

vivía como tortuoso, pues veía claramente la avalancha de imágenes y sentimientos que quería plasmar en el papel, pero su mano no se movía. Las palabras apenas se asomaban tímidamente y solo conseguía un esbozo mal hecho que en nada se parecía a lo que había imaginado. Si se esforzaba, lograba hacerlo mejor, pero ese era parte del problema, que no lo hacía. No era solamente su natural impaciencia lo que la impedía esforzarse, sino que, en algún momento de su vida, Maura había quedado convencida de su falta de talento.

Prefería mil veces ocuparse de decorar su álbum. Le gustaba recolectar artículos de revistas, o pedacitos de impresos, boletos, ¡hasta servilletas! A veces tenía que recortarlos, y luego de pegarlos, en letra pequeña anotaba la fecha y el lugar, aunque veces ni eso hacía, la verdad es que ella no era muy disciplinada. En todo caso, así guardó muchos de sus *souvenirs* de su estancia en Europa, experiencia que sentía tan lejana en el tiempo. Le hubiera gustado tener consigo el álbum de aquel viaje, pero se había quedado guardado en casa de su padre desde hacía dos años, cuando su hermano la había obligado a salir rumbo a Lagos.

Su padre y su segunda familia no habían huido como ella y su hermano, en parte porque Don José Antonio Ogazon era ya mayor, pero también un poco necio. Seguramente desdeñó todo tipo de recomendaciones y no quizo aceptar que podría estar en peligro siendo padre del ex gobernador juarista. Incluso añadió algo de que los padres no eran responsables de los pecados de los hijos, aunque Maura estaba segura de que el dicho en realidad era al

revés. En todo caso, ella ya no recordaba qué tantas otras cosas habían quedado bajo llave en su habitación, pero sí pensaba en el álbum y en el baúl donde lo había guardado.

No le preocupaba que lo abrieran, pero sí que su contenido desapareciese. Maura incluso tenía un sueño recurrente en el que llegaba de vuelta a Guadalajara, y luego de abrazar a su familia, corría a su habitación y abría el baúl, pero al extender la mano para tocar su contenido, todo se iba convirtiendo en polvo: el álbum, sus sombreros preferidos, el vestido que había comprado en París y que había usado en el baile de la universidad…

Maura despertó de su ensoñación, bajó la cabeza y se dio cuenta de que tan solo había alcanzado a anotar la fecha, así que tomó la pluma, remojó la punta en el tintero y comenzó a escribir.

Mazatlán, 1o de febrero de 1864

Querido amigo Rosas,

En estos días he leído y releído tus poemas. Apenas hoy partimos rumbo a California y ya siento la nostalgia por el Jalisco que describes.

Gracias por tu amistad, no sé qué haré sin ella en los próximos meses, porque sin ella no habría sobrevivido todas esos meses en que fui forzada a vivir en tu bella ciudad.

El viaje hasta aquí resultó mucho peor de lo

que pensé. Afortunadamente solo tuvimos un incidente en el camino, cuando perdimos una mula. Desde un principio me ofrecieron viajar en la litera, pero yo traía mis pantalones. ¿Te acuerdas cómo te reíste el día en que te los modelé? "Pareces una cantinera", me dijiste entre risas, ¡y yo no entendía de qué me hablabas![173] Sin duda, resultaron muy cómodos. Caminar en la selva con el miriñaque habría sido no solo ridículo, sino imposible. En realidad, aun vestida como iba, fue un fastidio. Lo único que me consolaba era escuchar a los peones decir que en el verano hacer ese trayecto era como intentar atravesar densas paredes de aire caliente, en las que parecía imposible respirar.

Pachita me contó lo horrible que fue viajar en la litera con la niña. Imagínate ir en un columpio, con todo el traqueteo, sin poder ver hacia afuera, solo escuchando los exorbitantes ruidos de la fauna y los gritos de los soldados. Aunque no sé que sería peor, porque yo podía ver lo impresionante del camino y a ratos hubiera preferido no hacerlo.

Lo importante, es que llegamos con bien.

Maura consideró compartir con Rosas la emoción que

[173] Así le llamaban a las mujeres que acompañan a los soldados franceses.

había sentido en Colima con la voz de aquel joven desconocido, pero no lo hizo. Quiso contarle la anécdota de los tres Nachos, pero tampoco se aplicó en hacerlo. De haber estado conversando como a menudo lo hacían en Lagos, habría sido distinto. No solo le habría contado todos los detalles de su recorrido hasta Colima, sino además, le habría compartido todo lo que sintió.

> *Aquí en Mazatlán, Queta y yo hemos estado prácticamente encerradas en el palacio de gobierno, que afortunadamente es muy grande y ofrece todos los lujos que uno puede tener en estos tiempos. Por las tardes, salimos a caminar hasta la bahía y luego regresamos á la plaza para merendar en el café del hotel, donde por cierto, sirven un chocolate y unos pastelitos muy sabrosos que te encantaría probar.*
>
> *Mi primo ya se recuperó del viaje aunque se nota preocupado. Mi hermano sigue insistiéndole para que él y Pachita viajen con nosotros a San Francisco, pero ellos han decidido quedarse en Mazatlán. La verdad, a mí me gustaría quedarme aquí con ellos, pero, para variar, nadie me ha preguntado qué quiero hacer.*
>
> *¿Cuándo podré tomar mis propias decisiones?*

En ese momento escuchó a su hermano, que con tono impaciente le avisaba que estaban listos para partir.

—¡Ya termino! —gritó Maura, en respuesta.

Me apuran, así que en mi próxima carta te contaré de dos encuentros curiosos que tuve en el viaje. Sí, adivinaste, hablo de hombres. ¡No te rías! Puedo ver tu sonrisa maliciosa debajo de tus locos bigotes, y ese gesto que haces para decirme que no tengo remedio. Puede ser que tengas razón, pero verás que algún día encontraré un hombre que me ame como yo quiero…

Tu amiga que te adora y te extraña inmensamente,



Antes de partir

Maura acababa de sellar la carta para Rosas y una breve misiva que le había escrito a su padre cuando Queta entró a la habitación, apurada, diciéndole que el señorito Pedro se había adelantado en una de las carretas y la había mandado a apurarla para subir al carruaje que les había prestado el gobernador de Sinaloa. Era cuestión de 6 o 7 manzanas llegar al pequeño muelle. En otras circunstancias podían haber hecho fácilmente el recorrido a pie.

Cuando Maura y Queta llegaron al muelle, Pedro supervisaba la carga del equipaje. Lo acompañaba Vallarta, quien no parecía haber dormido gran cosa; traía la ropa arrugada, al igual que su barba. Él mismo se veía igual de arrugado.

¿Hasta qué hora se la habrán seguido los Nachos?, se preguntó Maura. Con razón Pachita no parecía de buen humor cuando Maura se despidió de ella. Maura sonrió al ver que su primo, usualmente tan vanidoso, no había tenido la oportunidad de peinarse siquiera. Claro que no había a quién impresionar. Maura se alegró de que no se aparecieran ni Ramírez ni Altamirano, en parte porque a la hora de despedirse, Maura no pudo aguantarse las lágrimas al abrazar al buenote de su primo. Le entregó sus dos cartas pidiéndole el favor de enviarlas como mejor fuera.

—Cuídate Nacho, no te expongas.

—Ya me conoces prima, no tengo madera de valiente, pero sí de astuto —le diría Vallarta, apretándole los hombros con sus manotas y mirándola a los ojos—. No te vayas a enamorar ni te me vayas a *ayankar*, rompe todos los corazones que quieras, pero te queremos de vuelta y hablando español.

Maura optó por no reírse, porque de la risa al llanto no hay gran distancia. Se limitó a asentir y darle un beso en la mejilla. De inmediato se dio la vuelta y subió al lanchón donde ya la esperaban Pedro y Queta.

Mientras los marineros remaban lentamente llevando pasajeros y equipaje hasta el buque de vapor, Maura

miró como su primo se hacía cada vez más pequeño mientras ella se preguntaba cuándo lo volvería a ver. A su lado, Queta era un espejo de la angustia que ella misma sentía pero que procuraba no mostrar. En contraste**,** su hermano Pedro no miraba hacia la costa, sino hacia el buque. En su mente, iba repasando algunos de los acuerdos a los que había llegado con otros compañeros oficiales, intentando dejar delineado algo similar a un plan antes de que todos se dispersaran. Para él, lo más urgente era dejar instalada a su hermana en San Francisco. Una vez que ella estuviese a salvo, sería posible para él concentrarse en sus obligaciones, y pasar a lo siguiente, que era conseguir dinero y armamento, y regresar a Mazatlán antes de que los franceses atacaran.

Pedro volteó para mirar a Maura. En ese momento ella dio la vuelta y sus miradas se encontraron, y a pesar de lo incierto del momento, ambos sintieron la fuerza que cada uno le brindaba al otro.

Queta

Aunque el personaje de Queta, la supuesta hija de la nodriza de Maura, es un personaje imaginario, de hecho sí existió una sirviente que acompañó a Maura en su viaje de exilio a la ciudad de San Francisco, en la Alta California.

Arrival from the Mexican Coast.

The steamship *Sierra Nevada* arrived here last night from ports on the northwest coast of Mexico. She brings papers and correspondence from Mazatlan to 1st February. Following are the ship's memoranda and passenger list:

Left San Francisco January 13th, at 2 P. M. Arrived at Cape St. Lucas, January 18th, at 12 30 P. M.; landed passengers and freight; left same day at 9 P. M. Arrived at Mazatlan January 19th, at 8 P. M.; landed passengers and freight: left January 22d at 1 P. M. Arrived at Guaymas January 24th, at 3 P. M.; landed passengers and freight; left January 27th, at 5 P. M. Arrived at Loreto January 28th, at 10 A. M.; landed passengers and freight; left same day at 12 noon. Arrived at La Paz, January 29th, 7 30 A. M.; landed passengers and freight; left January 30th at 9 A. M. Arrived at Mazatlan January 31st, at 2 P. M.; left February 1st at 5 P. M. Arrived at Cape St. Lucas, February 2d, at 5 P. M.; sailed same day at 5 30 P. M. Arrived at San Francisco February 8th, at 8 P. M.

Left at Guaymas New Granadian bark *Sarsa*, Sutton, to sail next day for Carmen Island. Left at La Paz schooner *Mola*, from Mazatlan. Left at Mazatlan H. B. M. steamship *Charybdis*, English bark *Lancaster*, and the American bark *Clara B. Smit*, from San Francisco, January 31st.

January 19th, spoke whale ship *Thomas Dixon*, six week out; no oil; all well. February 3d, spoke whale ship *Onward*, of New Bedford, 8 months out; 600 bbls. oil; all well.

PASSENGERS.

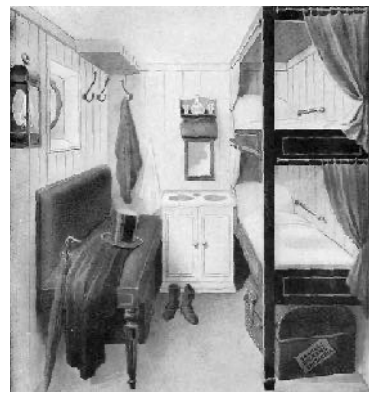
Guillermo H. Robinson,	J. W. Ladd and wife,
S. S. Murphy,	J. Newland,
C. P. Robinson,	L. Tichnor,
E. McGary,	John H. Penrose,
Miss M. McGary,	T. J. Burke,
Thomas Hosmer,	P. Gallagher,
D. J. Staples,	Charles Norris,
Smith Brown,	Andy Reed,
T. H. Thompson,	Col. A. J. Grayson,
John Tormey,	R. Alvarez,
O. P. Southwell,	C. Rockwits and wife,
A. Bustamente,	Judge Dent,
Charles Loaiza,	R. Degar,
C. E. Hale,	A. H. Phillips,
S. B. Ey[illegible]	[illegible]
J. Lago[illegible]	[illegible]
A. Gaya[illegible]	[illegible]
C. Haza[illegible]	[illegible]
William[illegible]	[illegible]
J. E. La[illegible]	[illegible]
J. Williams,	J. N. Bell,
G. F. Athearn,	William N. Bailey,
S. F. Butterworth,	J. Stevens,
C. Knetol,	G. Sturgis,
Col. Gray,	Amadu de Sanchez,
M. Murray and wife,	Gen. Pedro Ogazon,
W. H. Rountree, wife and 2 children,	Miss Maura Ogazon and svt,
Mrs. Bryant and child,	C. Castenada,
Col. Jack Hayes, wife and child,	Mrs. M. Gray, 4 children and svt,
M. Lacarra,	Miss Bettie Gray,
Chas. D. Oliver,	O. Solors,
J. Murphy,	James Denniston,
Samuel Myrick,	Thomas Wade,
William Melchers,	L. Davis,
E. Dunscomb,	G. A. Raymond,
J. Baylis,	C. C. Cassell,
Mrs. P. B. Cornwall and	S. C. Franklin,

Gen. Pedro Ogazon,
Miss Maura Ogazon and svt,

Arriba: Lista parcial de pasajeros del vapor *Sierra Nevada*. Gracias a este listado sabemos que el vapor partió de Mazatlán el 1 de febrero y llegó a Francisco ocho días después.

Abajo: Detalle de la lista que muestra el nombre del general Pedro Ogazon, la señorita Maura Ogazon, y sirviente.

Fuente: *San Francisco Bulletin,* 9 de febrero de 1864.



Arriba: Interior del camarote que supuestamente ocupó el escritor Charles Dickens en el transatlántico *Britannia*, en 1842. **Fuente:** Cunard Line Archive / Steamship Historical Society of America D.P.

Abajo: Dama y sirviente, circa 1880. **Fuente:** Internet. D.P



En una lista de los pasajeros que llegaron a San Francisco el 8 de febrero de 1864, se leen los nombres de Pedro y Maura, y anotado junto al de ella dice: *and svt.,* es decir, *and servant,* que en español significa “y sirviente”.

Una hora antes de la programada para zarpar, Maura y *su sirvienta* ya estaban en el camarote. Maura tuvo que insistirle a Queta para que se quedara con ella en vez de bajar a segunda clase con el resto de la servidumbre.

Enriqueta no estaba acostumbrada a tomar decisiones, ni que le pidieran decidir. Nunca había visto el mar, y mucho menos viajado en un barco de ese tamaño. El viaje de Manzanillo a Mazatlán en el clíper hacía una semana había sido horrendo, pero afortunadamente, breve. Ahora les esperaban siete noches en alta mar.

Al abordar el *SS Nevada*, Queta notó que la mayoría de los pasajeros ya estaban ebrios (aunque casi todos eran hombres, a ella le parecería que las pocas mujeres que había, también estaban bajo la influencia del ron). El vapor aún no se había movido, pero para muchos que venían desde Panamá, Cuba, Nueva York, o incluso Europa, la manera de entretenerse en el barco era mantener la fiesta continua, y lo mismo parecían pensar algunos que, conforme iban abordando, se unían de inmediato al improvisado festejo. Maura sabía lo que habría implicado para Queta quedarse con tanto rufián desesperado. Nada más caminar cerca de las escalerillas que llevaban al nivel inferior, llegaba un olor fuertísimo, no solo a alcohol, sino a una ofensiva mezcla de sudores, orina y excremento. Así había sido en todos los vapores en los que ella había

viajado hasta ahora.

—Donde usted me diga señorita, yo ahí me duermo. Si usted quiere que la acompañe, duermo en el suelo, claro que sí.

Maura le recordó a Queta que no tenía que dormir en el piso, pues estaba la litera de arriba. Al ver la altura, Queta de seguro sintió miedo de caerse, y aunque no lo dijo, Maura lo adivinó. ¡No en vano habían crecido juntas, por dios! Maura le dijo entonces que a ella le encantaba la idea de dormir en la litera superior, y que Queta podía dormir en la de abajo. Además, Queta se despertaba mucho antes que Maura, y le sería complicado bajar sin despertarla.

—Ya ves cuánto me gusta dormir.

Queta asintió, aliviada. Fascinada comenzó a abrir todas las puertitas y compartimentos, y a desempacar las cosas como siempre lo hacía cuando viajaban, sin pensar en el vaivén del barco, que a pesar de estar anclado ya se movía lo suficiente para que las cosas se deslizaran ligeramente, de un lado para otro. Queta no estaba de segura qué hacer. Maura le sugirió guardar todo de nuevo, sobre todo lo que pudiera quebrarse, y le mostró uno de los gabinetes donde podía guardar el maletín. La señoritinga le explicaría que casi todo tenía que estar asegurado de alguna manera ya que en cualquier momento los vientos podían cambiar, y todo podría caerse sin aviso previo.

En cuanto se oyó el aviso de que estaban por zarpar, Maura se apresuró a salir a cubierta, dejando a Queta

guardando todo de nuevo.

SS Nevada

Aunque ya tenía 14 años de haber sido construido, el vapor "Sierra Nevada"[174] era uno de los mejores y más rápidos de la línea *Oregon & Mexican Steamship Company.* Pedro de inmediato admiró su diseño y aunque no era hombre de mar, ni mucho menos ingeniero, su mente inquisitiva lo llevó a observar en detalle aquello que, no solo era novedoso, sino que apuntaba hacia el futuro. Luego de un primer recorrido del buque, Pedro se colocó desde donde podía ver a su hermana salir a cubierta.

A pesar de sus preocupaciones, se sentía más relajado desde que abordaron. Todavía existía la posibilidad de ser interceptados por los franceses, pero llevando la bandera de Estados Unidos era poco probable que lo hicieran.

Durante la semana que tomaría la travesía de Mazatlán a San Francisco Pedro tendría la posibilidad no solo de descansar, sino de meditar con calma sobre las conversaciones que había tenido en Mazatlán. Afortunadamente llevaba las notas que había hecho Vallarta, quién llevó un registro escrito de todo lo discutido así como lo había hecho cuando fue su secretario durante sus años como gobernador de

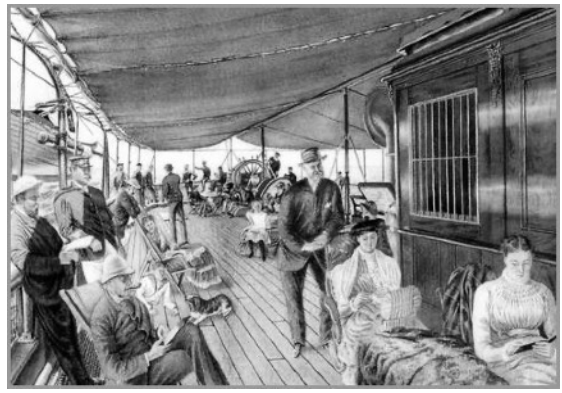
[174] Vapor en inglés se dice "steamer", de ahí el nombre de *SS Nevada,* ó, *Steamer Sierra Nevada.*

Jalisco. Vallarta se quedaba en Mazatlán y desde esa trinchera seguiría apoyando a Pedro, redactando cartas y realizando tareas de coordinación. Los demás oficiales republicanos partieron hacia las zonas del país donde se estaba luchando contra los invasores o regresaron a sus lugares de origen para fortalecer la resistencia. Algunos otros, de plano, se vieron obligados a exiliarse del país. Todos aguardaban el momento de regresar y atacar al unísono. Pero hasta que eso no sucediera, no tenía sentido preocuparse de más.

La mayor inquietud de Pedro en ese momento era que aún no le había dicho a Maura que él no se quedaría con ella en San Francisco. No había querido enfrentar a su hermana antes de tiempo. Él sabía que, aunque se resistiría en un inicio, ella al fin se adaptaría y encontraría distracción rápidamente.

Debe haber sido complicado para Pedro intentar protegerla. Las más de las veces no sabía cómo hacerlo e imitaba a su padre; Maura tan solo se rebelaba aún más. Y es que su hermana había sido siempre tan tenaz en su deseo de ser su propia persona que a veces se metía en dificultades al atraer personalidades que buscaban aprovecharse de su candoroso fervor. Desde la perspectiva de la familia, Maura no ponía de su parte, pero secretamente Pedro no solo la comprendía, sino que incluso la admiraba. Al fin y al cabo, desde niña había vivido en un ambiente de constante conflicto, entre asonadas y abiertas confrontaciones; había estado presente en las tertulias donde se discutían ideas, se distribuían panfletos y se componían

canciones. Decenas de veces escuchó a sus hermanos, tíos y primos discutir sobre la necesidad de reformar el sistema, y de luchar por la libertad y la igualdad. Incluso leía muchos de los libros y folletos que el mismo Pedro traía a la casa.



Cubierta de un barco de vapor del siglo 19, en ruta trasatlántica. Circa 1867
Fuente: Hasselisland.org **(**D.P.)

Pocos minutos después de que levaran ancla y comenzaran a moverse, Pedro vio a su hermana aparecer en cubierta. A su vez, Maura no tardó en localizar a Pedro y se apuró a unírsele. Su hermano había elegido un lugar magnífico desde donde apreciar la partida. El buque, cargado de pasajeros y marineros, se dirigía hacia el sol que ya comenzaba a apurar su descenso, coloreando el horizonte. A pesar del cansancio, o quizás era debido a la luz de esa hora dorada, pero Maura notó lo rejuvenecido que lucía su hermano, como si el mar lo hubiera transformado instantáneamente. Maura quería preguntarle mil cosas relacionadas con el viaje, pero sabía que tendrían tiempo, así que tan solo se colocó a un lado de Pedro,

en silencio.

Una vez que salieron completamente de la bahía, el capitán ordenó desplegar las velas, aprovechando el viento. Maura y Pedro percibieron el frescor de la brisa como una promesa de libertad, de frente a ese futuro incierto que se expandía ante ellos. Al tiempo que se ampliaba el infinito del bello horizonte se encogía la costa con su dolor y su pasado.

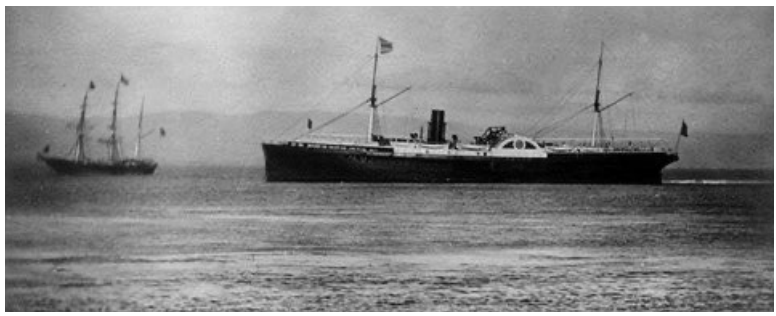
Ya sin sol, la tarde invernal reclamó todo el calor para sí, sacando a ambos de sus meditaciones. Maura sintió un leve escalofrío.

—Mañana, ¿a qué hora llegamos a San José del Cabo? —preguntó, antes de dirigirse al interior.

Esa primera noche ni Pedro ni Maura acudieron al comedor para la cena. Imagino que Pedro se quedó dormido aún más temprano que su hermana. Entre el trajín de la partida, el vaivén y el aire del mar, pero sobre todo, saber que no tenía que reunirse con nadie al día siguiente ni estar en ningún sitio a ninguna hora, le permitieron a Pedro relajarse como no recordaba haberlo hecho en años.

En cambio, Maura sentía los nervios avispados, y entre la incertidumbre y la emoción, tardó mucho en dormirse. Ella y Queta habían cenado juntas en el camarote y poco después se acomodaron en sus literas. Queta no tardó en roncar y Maura intentó leer, pero no lograba concentrarse. Salir del país sonaba estimulante, pero salir huyendo literalmente era más bien terrorífico. Con su habitual mutismo, Pedro no le había dado todavía

detalle alguno de lo que sucedería una vez que llegaran a California. Desde que partieron rumbo a Colima, y luego a Mazatlán, él le había dicho a Maura que entre menos supiera era mejor, en caso de ser capturados por los franceses, y que una vez que zarparan y se alejasen lo más posible de México, le contaría los detalles de sus planes. Para no frustrarse con lo que no sabía, Maura decidió pensar en lo que dejaba atrás y en los sucesos de los últimos días. Evocó la incisiva mirada de Altamirano y la voz del colimense, y se dejó arrullar por los recuerdos. Conforme se fue quedando dormida, en el entresueño, la voz cantante y los ojos del feroz diputado se fusionaron en una sola figura.



El vapor Sierra Nevada habría sido muy similar al Golden City, aquí en una imagen de 1867.
Fuente: San Francisco Historical Collection, SFPL (D.P:)

A la mañana siguiente, no tardó en encontrar a su hermano, totalmente absorto, ocupado en analizar el funcionamiento de la nave.

—¿Cómo ves el Sierra Nevada? ¡Una belleza de máquina, sin duda!

—Pues lo veo igual que todos Pedro… Tiene su rueda, sus chimeneas, velas, ancla.

—El secreto está en las turbinas, el tipo de motor, y sin duda, ¡el diseño! Muy distinto al clíper en que viajamos de Manzanillo a Mazatlán, ya ves que aquel no utiliza carbón. ¿Notas la diferencia entre ambos?

—Lo que noto, afortunadamente, es que no se avecina un mal tiempo como el que tuvimos, ¿te acuerdas cómo se puso la pobre Pachita?

Pedro no pudo evitar reírse cuando recordó, no la cara de Francisca, sino la de Nacho. Ya de por sí era pálido porque se la pasaba encerrado leyendo, pero durante la tormenta que atravesaron, la piel de Vallarta pasó de ser de color papel de arroz a ponerse verde, como sapo.

La graciosa imagen de su primo mareado no duró mucho tiempo en la mente más bien obsesiva de Pedro. Quería entender todo sobre el funcionamiento del Sierra Nevada.

—¿Cómo era el vapor en que viajaste a Europa?

—De ida viajamos en tres distintos vapores, todos muy parecidos en tamaño, aunque, creo que tienes razón, siento que vamos a mayor velocidad. Pero, también el océano es distinto, ¿cierto?

Pedro afirmó era posible que el capitán estuviera aprovechando alguna corriente que los impulsara aún más, además de que el vapor tenía la capacidad de generar su propia energía y mantener una mínima

velocidad, aunque no hubiese viento.

A Maura le aburría comparar los aspectos técnicos de los vapores, pero se entretenía mentalmente contrastando los viajes. Recordó que en el viaje de regreso desde Francia, su padrino había conseguido pasaje en un vapor que los llevaría directo hasta Tampico. Cuando se los comunicó a la familia, había sonado maravilloso. El trayecto de ida a Europa había sido un fastidio, empacando y desempacando cada vez que habían tenido que transbordar, ¡y luego en esos diminutos camarotes! Sin embargo, el clima había sido espléndido los quince días, cosa que no sucedió a la vuelta.

A mitad del camino, el Atlántico parecía no poder sosegarse, como si le molestara sentir el traslado del buque sobre su superficie. Para Maura y sus primas, fueron días de no poder contener alimento, todos abrazados a sus bacinillas, usándolas para vomitar e incluso peleándose por ellas, ¡y ninguna criada que les ayudase, porque todas estaban igual! El personal de la compañía *Cunard* a cargo de los pasajeros, no se daba a vasto, y fue el tío Ramón quien —imagino- llegó al rescate gracias a unas maravillosas pastillas de jengibre. Maura, también recordaba las palabras de un marinero o almirante con el que había coqueteado. Ahora ya no importaba su rango sino su consejo: a la menor sensación de mareo, lo mejor era mantenerse en cubierta mirando el horizonte, pues era lo único que se mantenía quieto. Hacerlo la ayudó a dominar esa horrible necesidad de vomitarlo todo, pero no sirvió para

amainar la inseguridad que sentía con el interminable vaivén. Uno no podía caminar sin tener que agarrarse con gran esfuerzo de los pasamanos, ¡o de lo que fuese! Había sido un viaje inolvidable, pero por todas las razones equivocadas.

Ahora, en cambio, el mar Pacífico la engañaba con su calma de invierno. No le molestaba. Maura prefería dejarse engañar por la naturaleza que por el ser humano. Los temperamentos cambiantes del clima eran mucho más tolerables que los de las personas. Pensó en su madrastra y en la mayoría de sus tías y primas. La Riesch y Esther, la poeta, eran verdaderos volcanes. Maura también conocía hombres temperamentales. Pensó en Rojas, y en su primo Bernardo, hijo del panameño Reyes y su tía Juana. El contraste era grande porque ni ella ni Pedro eran así. Su padre jamás aceptó un solo verraqueo de ninguno de sus hijos. Alabó la discreción y les inculcó la supresión de sus sentimientos. De eso no se hablaba; no había cabida para romanticismos de moda, ni para expresiones físicas de afecto, o presunciones.

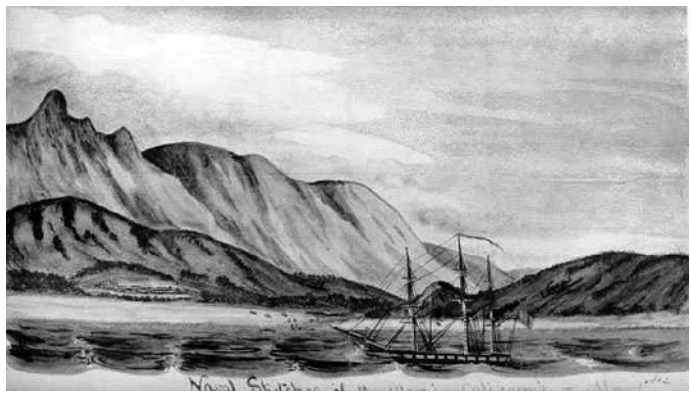
A Pedro le iba bien aquello de la parquedad, sobre todo en el congreso. Nunca le gustó el protagonismo, y no disfrutó particularmente el rol de gobernador. Es siempre una tarea difícil intentar complacer a la mayoría, sobre todo en aquel momento tan polarizado, violento y extremadamente crítico en que le tocó gobernar. Ogazon estuvo obligado a imponer y decretar, y eso le había ganado, entre sus opositores, los títulos de “César” y “tirano”. A pesar de estar acostumbrado a

las presiones, la personalidad de Pedro lo disponía más para la discusión y creación de leyes o para la planificación de estrategias y su aplicación en el campo de batalla, que para la política y la gobernanza.

Después del almuerzo, Pedro regresó a su camarote, "a leer", dijo, pero casi de inmediato, se quedó dormido. No podía creer cuánto cansancio llevaba acumulado en su cuerpo. Al igual que muchos otros militares, es probable que Pedro desarrollara una hernia que le molestaba cuando se quedaba sentado, o montaba a caballo por demasiado tiempo. En sus biografías se menciona una enfermedad, pero nunca la describen ni la nombran. En todo caso, durante su estancia en Mazatlán, Pedro no había alcanzado a descansar gran cosa y seguro que bebió más de lo que acostumbraba. De reunión en reunión, generó aun más preocupaciones. La verdad es que ya le pesaban los 18 años que llevaba de soldado, pero aún más como obediente hijo de familia. Siendo el primogénito, Pedro había sido el más vigilado por su padre y sabía muy bien lo que se esperaba de él. Rara vez traspasó los límites establecidos por las expectativas parentales, quizás porque, en favor de la lucha, se había gastado, y seguiría gastando, gran parte de la fortuna de su padre.

Como a eso de las cinco de la tarde, el *Sierra Nevada* ancló frente a San José del Cabo. Descendieron los lanchones al agua, y a remo, unos musculosos marineros llevaron a los pasajeros hasta la playa, para de inmediato traer de vuelta otro mismo tanto, o probablemente más. Los recién llegados abordaban el

vapor, entusiasmados, cargados de canastas con sus meriendas, mucho ruido y excitación. En su mayoría era hombres solos, viejos y jóvenes aventureros que buscaban fortuna, o regresaban a su país, derrotados por la misma.



"San José del Cabo y el USS Dale", acuarela de William H. Meyer, 1847.
Fuente: *The Webzine for Traveling and Living in Baja California,* via Wikimedia Commons (D.P.)

Conforme los lanchones regresaban, los hombres que venían en ellos saludaban a las muchachas y señoras, que se asomaban desde cubierta, como lo hacían Queta y Maura.

Durante el resto del viaje, la sirvienta intentó seguirle el ritmo a Maura, pero se mareaba con facilidad, sí que pasaría mucho tiempo en el camarote, indispuesta. Por eso fue que, a ratos, Maura se encontraba completamente sola, algo inusual para una señorita. ¡Cómo valoraba ella esos momentos, que duraban tan poco! Ya los había experimentado, sobre todo en los trayectos marítimos que había realizado durante su corta vida. Estar en un barco era como encontrarse en

una especie de isla mecánica donde la vigilancia paterna parecía diluirse.

Sin embargo, en esta ocasión, Maura no sentía la necesidad o el deseo de escabullirse, quizás porque, a fin de cuentas, no viajaba con ninguna figura de autoridad. Su hermano Pedro repetía muchas de las monsergas de su padre y sus tíos, pero en realidad era mucho más razonable.

Los que se quedaron

Para el tercer día, ya se había establecido una especie de rutina entre los hermanos. Por las mañanas se encontraban en cubierta y desayunaban juntos. A mediodía, cada uno se retiraba a su camarote para una siesta o se colocaba en algún rincón para leer. Ninguno de los hermanos sentía el deseo de compartir con mucha gente. Sin embargo, cuando el capitán se enteró de quién era el general Ogazon, él y Maura fueron colocados en su mesa todas las noches, y en ocasiones, tuvieron que cenar acompañados de personalidades un tanto “tiesas”, o así era como Maura las describía. Lo bueno fue que Pedro pudo agotar con el capitán toda su curiosidad sobre los detalles técnicos del Sierra Nevada y de los vapores en general. Pedro también mostró interés por las rutas entre San Francisco y Nueva York, y más adelante, pasaron a hablar de sus experiencias como soldado raso en la guerra contra los Estados Unidos y luego como jefe del ejército en Jalisco. Es probable que también hablara de

sus encuentros con el presidente Juárez.

Cuando la conversación dejaba de interesarle o se sabía ignorada, Maura se distanciaba mentalmente, como era su costumbre. Durante las cenas en el Sierra Nevada, lo que captaba la atención de Maura eran los detalles en la decoración del comedor, realmente lujosos y magníficos. Apreció el trabajo realizado con la madera en los armarios, empotrados entre los marcos de las puertas que daban a la cocina y a los pasillos. Las sillas y los asientos estaban forrados de un fino terciopelo. El servicio era espléndido: en una larga mesa presentaban cada día entre ocho y diez platillos, todos diferentes y exquisitos. Los pasajeros le indicaban al mesero de cuáles platillos querían, y éste se encargaba de llevárselos a su mesa. Era en ese bufet que contrastaban entre sí los distintos estilos de los viajeros, en su mayoría muy elegantes, aunque no faltaban los extravagantes y los chapuceros.

A mediodía, Maura por lo general comía con Queta en una esquina de la cubierta de la que se habían apropiado para no estar encerradas en el camarote. A cierta hora, el frío las obligaba a entrar, y pasaban el resto de la tarde con otras mujeres, bordando y jugando cartas en el caso de Maura, y sirviendo a las necesidades de las señoras y señoritas, en el caso de Queta y el resto de las criadas.

Antes de la cena, los hermanos se reunían de nuevo, y luego de uno o dos aperitivos, Pedro se relajaba aún más. Ese era el momento del día en que conversaban

con mayor profundidad. Maura no recordaba haber hablado tanto con él ni haber pasado tanto tiempo juntos.

Fue así que durante esa semana recuperaron algo de su antigua cercanía, como cuando ella era pequeñita y Pedro le había enseñado a montar. Se rieron recordando el primer día en que él la colocó sobre el enorme animal y luego vio la cara de su hermana Jesusita. Por poco le daba un infarto, o así le pareció a él. Maura tenía escasos tres o cuatro años, así que no se acordaba, pero no le costaba trabajo imaginar a Jesusita regañando a su hermano mayor, mientras se llevaba cargando a Maurita, quien lloraba desconsoladamente porque quería seguir cabalgando "el poni", que no lo era. También recordaron la yegua de color alazán que le había regalado su padre poco después. Luego compartieron anécdotas de la boda de Jesusita, pero poco después había sido el año del cólera y la muerte de su hermana, y se quedaron callados. Maura se sentía contenta de compartir con su hermano hasta los silencios, a los que ambos estaban acostumbrados.

Una de esas tardes, de la nada, o al menos así le pareció a Pedro, Maura le comentó que había estado pensando mucho en la Riesch.

—¿En Ignacia? ¿por qué?

—¿Crees que esté bien? —dijo Maura, encogiéndose de hombros.

Pedro suspiró; se había preguntado lo mismo más de una vez. Cuando llegaron los franceses, se negó a

ayudarla a formar su batallón de mujeres e intentó convencerla para que no regresara al campo de batalla, pero el general Refugio González y los coroneles Alatorre[175] y Rojas le ayudaron a conseguir el uniforme, las botas y el arma. Hasta Juárez le había dado su bendición, ¿qué podía hacer él para detenerla? Pedro estaba convencido de que nada bueno podía suceder de tener mujeres entre tanto hombre, todos fatigados y hambrientos, pocos de ellos virtuosos.

De nuevo, de la nada, Maura le haría otra pregunta.

—¿Alguna vez la pretendiste?

La pregunta de su hermana debe haber evocado muchas memorias en la mente de Pedro. Cuando adolescentes, él y la Riesch habían coincidido en días de campo y fiestas entre las familias de los hacendados y nacientes industriales. Ignacia siempre andaba con los hombres, batiendo a la mayoría, cuando a alguno de "los señoritos" se le ocurría retarla a una carrera a caballo. Pedro usualmente era el que calmaba los ánimos provocadores de ambas partes, tanto de la virago como de los varones.

La Riesch no le demostraba a Pedro ningún interés físico y se comportaba como otro compañero más. Ignacia no solo se sabía diferente, en opinión de Pedro lo más excepcional era que no parecía importarle lo que

[175] Aunque el investigador Rodríguez se refiere a él como "de la Torre", Ignacio de la Torre fue yerno de Díaz y no había nacido aún. Por otra parte, Don Ignacio Alatorre fue uno de los miembros fundadores de la Junta Auxiliar en Zapotlán que se formó en diciembre de 1864, eventualmente alcanzaría el grado de General, y de acuerdo al biógrafo de Ignacia Riesch, fue él quien le facilitó el arma.

pensaban de ella. Las otras hijas de familia se quedaban murmurando, criticándola, envidiosas de todo el tiempo que Ignacia pasaba con los “caballeros” mientras ellas tenían que obedecer, abanicarse y aguantar la respiración con lo apretado del corsé.

Ambos pasaban horas discutiendo ideas e intercambiando lecturas a las que se suponía que ella no debería tener acceso. No parece disparatado imaginar juntos a un muy serio e inexperto Pedro y a una arrebatada, y locuaz, Ignacia. Ambos con nula experiencia en el amor. De joven, él era muy atractivo, y dicen que ella no, pero compartían una inmensa devoción por la patria y la convicción de que el federalismo era el rumbo adecuado para México. Ninguno aceptaba términos medios.

Dado su carácter más bien taciturno y poco expresivo, Pedro debe haber sentido gran curiosidad por la nada convencional de Ignacia. En la dinámica de su amistad se mezclaría lo opuesto de sus personalidades con lo común de sus ideales.

—Ella nunca se interesó… Que yo sepa, nunca le interesó ningún hombre —respondió por fin a Maura.

—Ignacia una vez me dijo que eras duro de pelar, ¿qué quiso decir con eso?

Pedro recordaría cuánto le insistía Ignacia para salir a cabalgar cuando él tenía que estudiar. Desde los trece años, cuando Pedro inició sus estudios en el Seminario, ya demostraba su disciplina aplicada y su característica bizarría. Pero la Riesch le hacía burla de tanta seriedad.

—¿Eso dijo? —Pedro volvió a sonreír —. ¿Y a qué vienen estas preguntas?

Maura volvió a encogerse de hombros. Pedro comprendió que su hermana simplemente estaba preocupada por su amiga, e intentó consolarla.

—Ignacia tomó su decisión. Ella es muy valiente y sabe cuidarse. Esperemos que se mantenga a salvo como lo ha hecho hasta hoy. Tenemos que ser optimistas… Nos quedan años de lucha.

De nuevo guardaron silencio durante varios minutos, ambos pensando lo mismo, sin saberlo. Uno a uno, recordaron a los amigos, familiares, y a todos los que se quedaron.

Hermano y general

Quién sabe cuántos días pasaron antes de que Pedro por fin se animara a hablar con Maura sobre lo que sucedería una vez que llegaran a San Francisco.

Al general Ogazon le había tocado ser padre antes que esposo. Habían pasado más de 20 años de la muerte de su madre. Luego de no haber podido despedirse de ella, juró en sus oraciones que cuidaría por siempre de su hermanita. Pero Maura había resultado ser una enorme responsabilidad, ¡aunada a la de defender a la patria! Por eso mismo Pedro no se había casado, ni había buscado enamorarse. En eso se parecía mucho a su hermano Luis, pues vivía casi la misma vida ascética

que el fraile. No quería complicarse la vida ni complicársela a nadie.

En ocasiones Pedro se preguntaba cómo era que él había acabado a cargo de Maura siendo que aún vivía su padre, pero luego recordaba que José Antonio no era un hombre con el que se podía argumentar. Era buen cristiano, seco y exigente, se pensaba justo, pero pecaba de autoritario.

Recordó el día en que una jovencísima Maura se apareció en su casa con un atado de ropa, decidida a quedarse a vivir con su hermano luego de una de sus estrepitosas peleas con Rosario, la esposa de su padre. Rosario era apenas y diez años mayor que Maura y nunca logró que la obedeciera la rebelde y caprichosa muchachita. Se suponía que José Antonio y Rosario se habían casado en Teúl, pero Pedro sospechaba que su papá se la había robado, porque Rosario era apenas y una niña cuando la trajo a casa. Pedro la compadecía y no entendía por qué Maura no sentía empatía por ella. En ocasiones le desesperaba el carácter de su hermana; con las mujeres era intolerante, exigente, y en cambio, con los hombres le era muy fácil entablar amistad. En parte era porque Maura necesitaba esa atención masculina, pero también, Pedro tenía que reconocer que ella era muy inquisitiva, le interesaban muchas cosas y siempre tenía alguna pregunta con la que las conversaciones se reanimaban o tomaban giros inesperados. Eran pocas las mujeres que tenían ese don. Y aunque Maura solo leía lo suficiente para enterarse a medias de las cosas, era muy buena para

escuchar, parecía una esponja. Se aburría con la cocina, el piano o el bordado, pero eso sí, siempre estaba enterada de la última novedad en la moda o noticia sobre la guerra.

Pedro aprovechó una de esas largas pausas que a veces se daban en sus conversaciones para explicarle a su hermana lo que había planeado una vez que llegaran a San Francisco, y el porqué de sus decisiones.

—Hablando de continuar la lucha, necesito decirte, —necesito que sepas… que en cuanto yo me asegure de que tú y Queta están bien instaladas, y que yo obtenga lo que necesito, regresaré de inmediato a México.

Lo que Pedro necesitaba era armamento y municiones, eso ya lo sabía Maura. Sabía además, que no era realista pensar que su hermano se quedaría cuidando de ella, esperando tranquilamente a que terminase la guerra. En ese momento entendió por qué no se había atrevido a imaginar lo que le deparaba. Desde niña, Maura aprendió a navegar en la incertidumbre y a enfrentar la contradicción de tener que mantenerse obediente y dócil, negando su voluntad y capacidad propias, al tiempo que en el país se luchaba por la libertad.

Después de la discusión que se generó o quizá porque se quedaron en silencio y todo lo contuvieron, ambos se sintieron emocionalmente agotados. Ninguno quería tensar aún más los lastimados lazos, así que mejor se quedaron callados, uno al lado del otro, como era su costumbre.

Sin hablar, los hermanos aceptarían sus destinos divididos, al tiempo que el Sierra Nevada atravesaba “la entrada dorada”, la renombrada *Golden Gate*, y entraba lentamente a la bahía.

Ambos miraron la cadena de colinas alrededor, la naciente ciudad de Oakland a su izquierda, y a su derecha, la luminosa bienvenida que les daba la gran ciudad.

San Francisco los esperaba.

Yerba Buena

La llegada a la bahía de San Francisco siempre ha sido espectacular, “la entrada más hermosa a un puerto más hermoso”[176]. Es probable que el *Sierra Nevada* arribara por la tarde, que en febrero sin duda ya era de noche, así que les pudo haber tocado ver lo que, un par de meses antes, describió El Nigromante en una de sus cartas a su amigo Guillermo Prieto:

“Si los astros de la noche se convirtiesen en lunas y en cometas, representaran al vivo el manto espléndido con que la ciudad se engalana: es la magia, es un delirio de luces que se extienden caprichosas *é* innumerables entre el mar y el firmamento; la atmósfera es etérea, y entre su polvo de oro aparecen las casas como un festín de magas; bandadas de buques contemplan tan

[176] De los diarios de William H. Brewer, en una entrada fechada en diciembre, 1863. Traducción de la autora.

sublime espectáculo”.[177]



“Vista de San Francisco. Anteriormente Yerba Buena, en 1846-7”, acuarela.
Fuente: Sitio web *FoundSF* (D.P.)

Maura parecía absorta en el paisaje luminoso, pero en realidad la entrada no le parecía ni tan dorada ni tan incitante, y mucho menos, prometedora. Se sentía, una vez más, abandonada; profundamente traicionada por su hermano, y lo único que ocupaba su mente era la gran pregunta sobre qué le esperaría en aquella ciudad desconocida.

Pedro observaba a su hermana, procurando que ella no se diera cuenta, y aunque una parte de él se avergonzaba por lo que había decidido, estaba convencido de que no tenía alternativa. No se perdonaría jamás si le sucedía algo a su hermana, y al mismo tiempo, tampoco podía dejar de cumplir con su

[177] Ramírez, Ignacio. “Carta a Fidel (San Francisco de California, Enero 1º de 1864)”. *Obras de Ignacio Ramírez Tomo I*, pág. 368

compromiso patriótico. Maura tendría que elevarse a la altura de las circunstancias, y él sabía que ella lo conseguiría. Pedro quiso pensar que su hermana tendría la fuerza suficiente para sobrellevar la soledad que sentiría al estar alejada no solo de Guadalajara, sino de toda la familia. Ella tenía tan solo 21 años, quizás Pedro pedía demasiado.



Daguerrotipo de William Shew, circa 1852, mostrando la cantidad de barcos, muchos abandonados, en la bahía de San Francisco.
Fuente: Sitio Web *FoundSF* (D.P.)

El paso por la bahía fue dilatado. No solo había pequeños vapores y todo tipo de embarcaciones "semejantes á palacios ambulantes en todas direcciones", sino también una gran cantidad de barcas ancladas y abandonadas. Eran tan numerosos los mástiles y chimeneas, que creaban "el efecto de un espeso bosque".[178]

Lo más común era esperar hasta ocho horas para que los barcos pudieran desembarcar en el muelle, así que es probable que Maura, Pedro y Queta no descendieran

[178] Gutierrez, Felipe S. *Viaje de Felipe S. Gutiérrez por Mexico, los Estados-Unidos, Europa y Sud-América,* pág. 402

sino hasta la mañana siguiente.

En el muelle había una muchedumbre a la espera de familiares o clientes, pasajeros impacientes por abordar y un "sinnúmero de ómnibus y coches instalados".[179]

Era tremenda la animación de ese lugar; todo era "vida, inteligencia y movimiento".[180] Maura ya había visto algo similar en los puertos de Francia o Inglaterra, pero Pedro no, y quedó sumamente impresionado. Comparados con San Francisco, los puertos de México se veían abandonados.

Les costó trabajo abrirse paso por entre la multitud de curiosos para conseguir un carruaje que los condujera a su alojamiento. Aunque es posible que los haya esperado el bueno de José María Vigil, quien había llegado al puerto californiano desde diciembre. Vigil no solo era amigo cercano de los Ogazon, lo era también de la poeta Isabel Prieto.

La familia Prieto

Cuando leí que el general Ogazon había regresado a Mazatlán luego de haber dejado a su hermana en el puerto de la Alta California,[181] lo primero que me pregunté fue, ¿con quién la habrá dejado y cómo habrá sido la vida de Maura en aquella ciudad?

---

[179] *Ibídem,* pág. 401

[180] *Ibídem,* pág. 402

[181] *Eco del Comercio,* 9 de abril, 1864, pág. 3

Gran parte del esfuerzo del historiador es hilar los “datos concretos” que se tienen y darles un orden y sentido aparentes; de preferencia, sin que se noten las costuras. Y digo que el orden y el sentido son aparentes, porque en la realidad, ni la vida ni la investigación son así. En la vida, porque demasiadas cosas suceden a la misma vez y no somos capaces de asimilar ni comprenderlas en su totalidad en el instante en que están sucediendo. En la investigación, porque vamos encontrando la información a destiempo, y en ese (usualmente largo) proceso dividimos, catalogamos y deconstruimos el “todo” para luego intentar reconstruirlo en nuestras mentes y vaciarlo en el papel. La única manera de mantenernos alejados de una ficción sin fundamento, de la total invención y de atisbar algo de “veracidad”, es siguiendo esas pistas a las que los datos nos obligan, aunque éstos rara vez son rotundos, y casi siempre ofrecen múltiples ramificaciones y posibilidades.

Uno de los primeros documentos que leí al iniciar mi investigación, fue el certificado del segundo matrimonio de Maura. Por alguna razón mi madre tenía una copia. En él encontré que sus padrinos de boda habían sido José Prieto y Pedro Landázuri; el primero, hermano menor de la poeta Isabel, y el segundo, su primo y esposo. Conforme fui adentrándome en la historia de los Ogazon, mantuve en mente el hecho de que la familia Prieto tendría que haber sido cercana a Maura. Más adelante, cuando averigüé que, para cuando Pedro y Maura llegaron a San Francisco en febrero del 64, la familia Prieto ya estaba instalada allá, se tornó factible

el que Maura y su sirvienta se alojaran con ellos.

Tanto José como Isabel eran hijos de Don Sotero Prieto Olasagarre, a quien imagino como un hombre luminoso y fascinante. En la nota luctuosa que le dedicó José María Vigil en 1869, lo describió como "incapaz del mas *lijero* doblez, de *ningun* sentimiento que no fuera grande y generoso, íntegro hasta el escrúpulo, laborioso y activo como muy pocos, caballero en toda la extension de la palabra, no se *podia* tratar *á* aquel hombre verdaderamente virtuoso, sin sentir por él, cariño y *veneracion".*[182]

Nacido en Panamá, Sotero fue criado en Jalisco.[183] A los 17 años, fue enviado a la capital del nuevo e independiente país a estudiar en el Real Seminario de Minería. Se dice que "era un alumno brillante", pero no ejemplar, "por hallarse iniciado en el filosofismo".[184] Sus padres se fueron de vuelta a España para establecerse en Córdova y Sotero partió con ellos, pero regresó y se hizo socio de haciendas y fábricas textiles, desempeñando un papel protagónico en el comercio y mercado crediticio de Guadalajara. No fue de los más ricos, pero sí de los empresarios que más apoyaron al

---

182. Citada por Guzmán Muñoz, María del Socorro en "Sotero Prieto Olasagarre. Un visionario decimonónico". *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, pág. 125

183 Su padre era parte del grupo de "los panameños", mencionados en esta obra, pág. 34

184 Guzmán Muñoz, María del Socorro. *Entre la quimera y la realidad: cultura científico-tecnológica e industrialización en Jalisco en el siglo XIX*, pág. 298

gobierno y ejército liberales.[185] Fue, además, un destacado matemático a quien con frecuencia solicitaban en la escuela de minas donde había estudiado para que impartiera cursos y fungiera como sinodal de exámenes. Sobre todo, tuvo la sagacidad no solo de seguir sus convicciones, sino de aplicarlas en su entorno, incluyendo su propio hogar, como lo demuestra el hecho de haberle dado a sus hijas la misma educación que a los varones. Sabemos que la primogénita, Isabel, lo supo aprovechar y destacó desde muy joven por su talento natural para rimar, y aunque siempre fue muy tímida y modesta, para cuando la familia se exilió en San Francisco, ya era una reconocida poeta y dramaturgo. Había sido nombrada como su madre, Doña Isabel González-Vango[186], quien conoció a Sotero en España. Cuando Doña Isabel y Don Sotero llegaron a Guadalajara en 1838, traían a Isabel y José de la mano, y a Juan Luis en brazos. Isabelita y José tenían cinco y cuatro años de edad respectivamente, ambos nacidos en España, mientras que Juan Luis acababa de nacer en la Ciudad de México. Para cuando huyeron de la ocupación francesa a finales de 1863, los Prieto ya tenían un total de once hijos vivos: los más jóvenes, Sotero de 18, Pedro Jesús de 15, Ramón de 14, Vicente de 11 y Raúl de 8 años; y los mayores, además de Isabel de 31, José de 30 y Juan Luis de 26, eran Clarisa de 24, Carlos de 21, y

[185] Don Sotero Prieto se dedicó a diseminar las ideas del socialismo utópico. Participó en la Compañía Lancasteriana de Guadalajara, en la Compañía de Artesanos, y fue presidente del Ayuntamiento en 1862. Durante su gestión expidió prohiibó el "retrógrado espectáculo" de las "diversiones de toros" en esa ciudad. Fuente: *Ibídem,* pág. 204

[186] El apellido a veces se encuentra escrito como “Bango”, en vez de “Vango”.

Julia de 19 años.

No se sabe la fecha exacta de salida de la familia Prieto hacia su exilio voluntario. Tampoco se sabe si viajaron todos juntos. El hijo mayor, José Prieto llevaba menos de un año de casado, así que es posible que se quedara en Jalisco junto con algunos de los otros hermanos varones de mayor edad, quizás a cargo de las fábricas de la familia. En ese caso, la nueva esposa de José, Margarita Rivas, pudo haber viajado con su familia política o decidido quedarse con él. Los detalles no son lo de menos, pero ¿qué se le va a hacer? Al igual que un policía que investiga un crimen, en ocasiones los hurgadores de la historia nos encontramos en callejones sin salida. Solo nos queda especular sobre las distintas vertientes de posibles realidades y, aunque no haya mayor evidencia, mantenemos la esperanza de que algún día emerja y se haga visible. Lo que sí encontré publicado fue que el ex gobernador sinaloense, el general Plácido Vega había planeado su viaje a San Francisco al menos desde octubre de 1863,[187] así que, de igual manera, Ogazon y Sotero pudieron haber planeado su salida del país desde entonces. Es probable que Pedro haya conocido a Sotero desde que era estudiante, o incluso dentro de la logia. Con la invasión de los franceses, Pedro pudo haber compartido con Don Sotero y su esposa la situación en la que se encontraba. Quería continuar con su función como oficial del ejército, pero necesitaba saber que su hermana estaría a salvo y a Pedro no le

[187] Lerma Garay, Antonio. *Vida y obra de Plácido Vega,* pág.25

cabía duda de que así sería si Maura se quedaba con la familia de Sotero.

Primeras semanas

Con todo y su señorío y sus cientos de años de haber sido fundada, Guadalajara era apenas y una villa de 63 mil habitantes, mientras que, luego de la fiebre del oro, San Francisco había pasado de ser un pueblito de unas cuantas rancherías y 500 personas, a convertirse para 1864 en una moderna metrópoli de más de 130,000 habitantes, "densamente urbana, aislada pero cosmopolita, cruda pero culta",[188] donde ya no dominaba el vicio, sino el comercio. Las calles eran un festín auditivo donde confluían irlandeses, alemanes, italianos, británicos, escandinavos, franceses, hawaianos, chinos, australianos, indios, españoles, mexicanos, chilenos y peruanos. Era una civilización "infinitamente original" con su historia y hábitos únicos, una "fraternidad singular… viviendo libres de las ataduras del presidente en la otra orilla del mundo".[189] Hay que recordar que Estados Unidos llevaba casi tres años inmerso en una sangrienta guerra civil entre los confederados del sur y los republicanos del norte, aunque en realidad, el conflicto armado no llegó a la costa oeste, sino que, por el contrario, "hizo de California un estado todavía más rico. Las industrias del estado no tenían competencia. La manufactura de máquinas y la

[188] Tarnoff, Ben. *Los Bohemios,* pág.3. (Traducción de la autora).

[189] *Ibídem,* pág.21-22

agricultura se expandieron".[190]

A Pedro le asombró la original construcción de los edificios, su estructura "de mil caprichosas formas, sus torres góticas, las astas banderas, sus 10,000 carruajes, los transeúntes y al fin los bosques, el mar y costas fronterizas".[191] San Francisco era una ciudad heterogénea y cambiante, eminentemente moderna, sin duda atractiva y delirante, y sin embargo, luego de haber conocido París, a Maura le pareció una urbe "en construcción", ruda y con exceso de testosterona; no se dejaría seducir tan fácilmente.

Si Maura no se alojó con los Prieto, lo más lógico es que lo hiciera con otra familia, quizás con los Camarena. Lo cierto es que Pedro no hubiera permitido que su hermana residiera sola en un departamento. Seguramente alguien les recomendó llevar su propia sirvienta, porque en San Francisco era muy caro el servicio doméstico. Bajo los ojos de un hombre como Pedro, nunca sobraba el ser precavido. Además de darle apoyo con las exigencias cotidianas, Queta sería su compañía siempre que Maura quisiera salir a la calle. Sabía lo cercanas que eran, así que podrían desahogarse y darse consuelo, entre sí.

A la semana de haber llegado, les tocó a Pedro y a Maura sentir un temblor de tierra de 6.0-6.5 grados, uno de los más fuertes en décadas. En Guadalajara habían

---

[190] *Ibídem* pág.17

[191] Gutiérrez, Felipe S. *Viaje de Felipe S. Gutiérrez por Mexico, Los Estados-Unidos, Europa y Sud-América,* pág. 403

sentido movimientos sísmicos, pero nada como lo que vivieron ese martes 16 de febrero. A las 8:49 de la mañana hubo tres fuertes sacudidas, provocando que la gente saliera a las calles. El yeso de las casas se agrietó y se rompieran los vidrios de algunas ventanas. Pedro y Sotero bromearon, pensando que quizá no era tan mala idea que las casas fueran "de popotes y barajas",[192] y no de metal como supuestamente las estaban construyendo en Francia, o de piedra o adobe, como en México.

Diez días después, sin saber a ciencia cierta qué era lo que ocurría, Maura, Pedro, los Prieto y otros mexicanos, fueron testigos de otro suceso histórico: un enorme desfile de ciudadanos que acudieron al funeral del predicador Thomas Starr King, pastor de la Primera Iglesia Unitaria.



Daguerrotipo de Thomas Starr King. **Fuente:** Wikipedia, D.P.

King murió a los 39 años de edad, causando una profunda impresión en toda la ciudad y en el estado, pues era querido por todos, especialmente por los escritores de la época. Muchos edificios públicos fueron vestidos de luto el día de su funeral y algunas oficinas

[192] *Ibídem,* pág. 404

gubernamentales permanecieron cerradas.

20 mil personas se reunieron afuera de la iglesia de los unitarios frente a la plaza Union. A unas cuantas cuadras, se encontraba el área de la ciudad donde usualmente circulaban los hispano-americanos.

Se dice que las familias mexicanas “decentes”[193] vivían entre las calles de Stockton, Dupont y Market.[194] La familia Camarena vivía en la calle de Jackson número 902, mientras que Híjar y Haro ofrecía sus servicios en la calle de Pacific número 818, entre Powell y Stockton. Híjar era poeta y doctor en cirugía y obstetricia, habiéndose recibido en la facultad de México; era además catedrático del Instituto de Ciencias de Guadalajara. Su consultorio se encontraba en su misma residencia. Es probable que la familia Sotero, siendo tan grande, rentara una casa en alguna zona un poco más alejada del centro, quizá por Telegraph Hill*,* cerca de donde se encuentra en la actualidad el parque llamado Ina Coolbrith*.*

Vigil, cuya familia se había quedado en Jalisco, se habría alojado en una casa de huéspedes, no muy diferente de la que el pintor Felipe S. Gutiérrez describió unos años después: una casa en la calle de Kearny con “cinco departamentos o viviendas, todas para hombres solos”.[195] En el número 816 de esa misma calle, en la que había sido la oficina del consulado, se ubicaba la

[193] Gutiérrez, Felipe S., Ibídem*,* pág. 463

[194] Parte del Barrio Chino..

[195] Gutiérrez, Felipe S., Ibídem*,* pág. 510

"Agencia Mejicana" a cargo de Jesús F. Ávila, quien ofrecía servicios de ayuda con documentos aduanales, facturas consulares, etcétera. La oficina del Consulado de la *Republica Mejicana* en San Francisco se había reubicado en el número 525 de la calle Front, y sus horas de despacho eran de 9 a 4.

Conforme los mexicanos arribaban y se instalaban en San Francisco, aprendían de inmediato que no todos los hispanos eran iguales. Es verdad que entre los exiliados recién llegados habían muchos héroes, pero también algunos que se habían visto simplemente arrastrados por las circunstancias, huyendo del caos y la violencia. Obviamente, había quienes no estaban convencidos de que Juárez era la respuesta, e incluso, algunos de ellos regresaron a México cuando parecía que los franceses y el emperador austriaco habían llegado para quedarse.

Una tertulia[196]

A principios de marzo, Pedro zarpó de vuelta a Mazatlán. Para entonces, a Maura ya se le había pasado el coraje y el berrinche de haber sido extraída de México. Todos en la familia Prieto la habían recibido con su habitual afecto.

Un día, Clarisa y Julia llegaron corriendo a contarle a Maura que habían sido invitadas a una tertulia musical en casa de una arraigada familia local. Maura, quien

[196] Gran parte de los comentarios y apreciaciones incluidas en este capítulo han sido directamente tomadas de las cartas de Felipe S. Gutiérrez.

posiblemente se encontraba leyendo en algún rincón soleado de su habitación, se contagiaría de inmediato del entusiasmo que exudaban las hermanas de Isabel.

Durante días prepararon sus vestidos, luego de haberle rogado a Don Sotero para que les permitiera ir a comprar lo necesario a la gran tienda de Roos en *Montgomery Street***,** aunque no era el único almacén al que les gustaba ir. En esa misma calle había todo tipo de establecimientos tan modernos como los que Maura había conocido en París, y era divertidísimo poder deambular entre la ropa con Julia y Clarisa. En California no podían regatear, pero los precios usualmente eran bastante justos. Además, en los aparadores mostraban el costo de las mercancías, así que al entrar ya sabías cuánto ibas a gastar. A veces preferían ir a la tienda del señor Villanueva, en la Dupont, entre Broadway y Pacific, pues tenía los mejores *chales de cachimira,* además de sedas, *populinas* y muselinas de indudable calidad; se surtían cada mes, y anunciaban la llegada en el "último vapor" de los "*efectos* de la última moda de Paris, para señoras".[197]

Con el entusiasmo de las tres jóvenes, Isabel recordó su emoción los días antes de aquel baile cuando por primera vez sintió en su espalda la mano de su prometido. ¡Cómo le hacía falta su abrazo, sentir sus corazones latiendo al unísono! Isabel pasaba la mayor parte de su exilio componiendo sonetos para su amado Landázuri y su añorada Guadalajara. Cuando no podía

[197] *El Nuevo Mundo,* 2 de octubre, 1864, pág. 2

resolver el ritmo o rima en alguna estrofa, su mente no descansaba hasta lograrlo. Era su manera de evitar hundirse en la profunda melancolía que experimentaba con la distancia.

Esa tarde, mientras sus hermanas y Maura discutían sobre lo que vestirían, Isabel revisaba unas líneas que ya le parecían estaban acabadas.

Era una dicha sosegada y dulce,
Cual la sintió mi corazon un día,
Cuando tu voz su pena adormecía
Con tierna y melancólica canción;
Cuando un goce sereno, indefinible,
Penetrando en el alma con tu acento,
Calmaba poco á poco el sufrimiento
Del mustio y desolado corazon…[198]

El día de la tertulia, la casa de los Prieto fue desde temprano un arremolinar de vestidos, un constante despeinar y repeinar, olor a pelo quemado, gritos y risas. Maura no sabía qué esperar. Apenas había conocido a unas cuantas personas en San Francisco, aunque ya llevaba más de un mes en la ciudad. Le habían hablado de los *californios,* de los *ayankados* y otras variantes entre las familias mexicanas exiliadas, pero hasta entonces había pasado su tiempo mayormente en casa o visitando parques y almacenes con la familia, y en general, adaptándose a la nueva cotidianeidad.

El trayecto desde la casa que había rentado Don Sotero hasta el lugar de la tertulia llamó la atención de Maura,

[198] Prieto de Landázuri, Isabel. *Obra poética*…, pág 31

pues se trasladaron a un barrio más alejado y muy distinto, en los suburbios, donde habitaban las familias acomodadas. En el coche de caballos solo cabían seis personas, y con tanta enagua tuvieron que repartirse en dos, a pesar de que, en el último momento, Isabel decidió no ir, alegando un insoportable dolor de cabeza, a los que era tan propensa.

Al llegar a su destino, Maura notó que la mayoría de las casas eran sumamente parecidas. De la banqueta, una escalinata de dos o tres metros terminaba en la entrada principal. El señor Prieto tiró de la campanilla y todos quedaron algo sorprendidos cuando les abrió un chino, quien, usando un memorizado español de tres o cuatro frases, les dio la bienvenida y les indicó el camino hacia el salón.

Aquella noche, el frío viento del noroeste soplaba fuerte, pero dentro de la casa, el ambiente era todo lo contrario, ¡un exceso de calor, y olores! A diferencia de México, las casas en San Francisco no tenían un patio o zaguán interior y debido a la humedad y el frío usualmente mantenían cerradas la mayoría de las puertas y ventanas.[199]

Al momento de entrar, Maura y los Prieto vibraron la excitación de los presentes. La guerra civil en ambos países había prevenido eventos sociales, y por lo mismo, cualquier excusa se convertía en motivo de celebración. Esa noche, aparentemente se festejaba el

[199] Ese año de 1864 fue un año extremadamente seco en el que se rompieron varios récords de calor en la costa oeste de California. Al siguiente año, de nuevo se romperían récords de temperatura en California, pero debido al intenso frío.

cumpleaños de la anfitriona, quien, junto con su esposo, se encontraba a la entrada saludando a todos conforme iban llegando.

Alguien notó a la bella y risueña joven que había llegado junto con las señoritas Julia y Clarisa Prieto, a quienes ya había tenido el placer de conocer.

—¿Quién es ella? —le preguntó a uno de los anfitriones.

—Es la hermana del gobernador Ogazon…

—¡La de la banda roja!

—¿La que pintaron en el techo del teatro Alarcón? —preguntó otro de los presentes.

—Degollado.

—¿Cómo?

—El teatro, ahora se llama Degollado.

En unos cuantos minutos, casi todos los asistentes se habían enterado de que la desconocida era la hermana del exgobernador jalisciense.

Maura sabía que en Guadalajara, e incluso en el estado, habían hablado de ella luego del baile del 61, pero nunca se habría imaginado que seguirían haciéndolo tres años después, ¡a miles de kilómetros de distancia! Se ruborizó e intentó responder pacientemente a las preguntas de las y los jóvenes que se colocaron alrededor suyo. Querían saber todo sobre México y lo que estaba sucediendo, aunque no faltó

quien hiciera preguntas impertinentes.

—¿Es cierto que bailó con el asesino de Rojas? —le preguntaron.

Todos en el grupo que rodeaba a Maura quedaron en silencio. Mencionar a Antonio Rojas no había sido de muy buen gusto, y menos aún describirlo como asesino, pues ese era un tema que usualmente dividía a los liberales. Afortunadamente Maura ya estaba acostumbrada, y aprovecharía el momento para escandalizar levemente a los presentes.

—El coronel Rojas y yo bailamos, sí, claro, aunque debo confesar que después de los dos o tres pisotones que me dio, le pedí que me disculpara, le dije que me sentía algo sofocada y le solicité me buscara algo de beber. Cuando regresó, yo ya me había escabullido y creo que fue mi hermano, o quizás haya sido algún otro oficial, que lo llamaron a su lado. Como yo ya había cumplido, no tuve que repetir la experiencia y, afortunadamente, encontré mejores compañeros de baile.

Todos rieron al escucharla, y Maura se abanicó, aliviada.

—¿Y cuéntanos, cómo fue que te dedicaron “La banda roja”?

Para no mostrar lo fastidiada que comenzaba a sentirse, Maura respondió con una propuesta.

—Sería más divertido si la bailamos, ¿no creen? ¿Quién me acompaña a hablar con los músicos a ver si

se saben alguna pieza del maestro Aguirre?

Tanto a Maura como a Julia y a Clarissa Prieto les tocó bailar con más de un mexicano anexionista, de esos que negaban su patria y se dedicaban a hablar mal de su país; sus familias simpatizaban con los franceses, estaban abiertamente en contra de la reelección de Lincoln y se hacían pasar por españolas aunque detestaban el idioma. Por lo mismo, ya no comían tortillas, sino *pancakes,* y mucho menos chile y frijol si no era para acompañar el *steak* en todas sus versiones. Cuando estos traidores se delataban, Maura dejaba de hablarles. Terminando la polka o el chotis, hacía la inclinación apropiada en señal de agradecimiento y regresaba a su sitio junto a los señores Prieto, quienes seguramente conversaban animadamente: doña Isabel con las otras señoras que no dejaban de vigilar a las hijas mientras se regodeaban con la comida y el chisme y don Sotero con los varones de su edad que aprovechaban para informarse de las noticias de México, llegadas con los pasajeros del último vapor.

A Maura le hacían más bien gracia las expresiones *ayankadas*, como cuando decían “anda *á* la *grocería*” o “*á* la marqueta”, en vez de a la tienda o al mercado. En ocasiones ni siquiera castellanizaban la palabra, sino que la sustituían por el inglés, como en “Me compré un vestido *brown”,* en vez de decir “café”.[200] En Europa, Maura había conocido a muchos que no solo hablaban más de tres idiomas y que a menudo los mezclaban, no necesariamente por flojera, sino por facilidad,

[200] Gutiérrez, Felipe S. *Ibídem,* pág. 539

preferencia, o incluso por razones lúdicas, aunque siempre había alguno que lo hacía con el afán de impresionar.

Lo que Maura sí encontró difícil de disimular sería su asombro al darse cuenta de lo ignorantes que eran algunos de los californios y los pocos anglos que se encontraban allí. No solo no sabían nada de México, sino que hacían todo tipo de preguntas verdaderamente tontas como, "¿Conocen los pianos?" o, "¿Comen pan lo mismo que nosotros?" Quedó muda cuando cierta señora y sus hijas comenzaron a hacerle preguntas "envolviendo en ellas ese tono plañidero de todo *extrangero*, que se compadece de ese pobre país por su atraso, su pobreza, los ladrones, las revoluciones, etc."[201]

Por más que Maura les contara que en México había academias de arte, escuelas de medicina, de minería y ciencias, y hasta un conservatorio, se negaban a creerle y se reían cuando ella les hablaba de los monumentales edificios de piedra y de las catedrales que podrían lucir junto con las de Europa. Trataban de convencerla de que *Méjico* guardaba "un estado lastimoso y que solamente [ahí, en la Alta California] se vivía el paraíso".[202] Para entonces, Maura entendió por qué, a última hora, Isabel había decidido no venir, pues a pesar de que a ella le encantaba el jaleo, ya se sentía sumamente disgustada.

---

[201] *Ibídem,* pág. 545-6

[202] *Ibídem*

Afortunadamente, esa noche también conoció a otras familias ilustradas y *viajadas*,[203] como los Prieto, que no se alucinaban fácilmente y con quienes se podía estar a gusto —la mayoría miembros de las Juntas Patrióticas—.

De vuelta a Mazatlán

Para cuando Pedro Ogazon regresó al puerto sinaloense, Altamirano ya había partido semanas antes con Alfredo Chavero en una goleta rumbo a Acapulco; Nacho Ramírez —el Nigromante— se preparaba para salir en mayo rumbo a la península de Baja California, y Nacho Vallarta estaba instalado con su esposa —de nuevo embarazada— y su pequeña hija, en la casa que alquilaban desde su llegada en febrero.

Es probable que Pedro haya preferido alojarse con los Vallarta que con el gobernador, pues a pesar de que Mazatlán todavía no se encontraba en poder de los franceses, él necesitaba mantenerse lo más clandestinamente posible, ya que era buscado por el espurio gobierno imperial. Su intención era trasladarse al interior del país para reunirse con el presidente Juárez.

Ogazon viajó en vapor de San Francisco junto con Porfirio García de León,[204] y de acuerdo con las fechas, es probable que llegaran a Mazatlán antes de la partida del general Vega. Pedro y García de León traían consigo armamento que entregaron al gobernador García

[203] *Ibídem,* pág. 554

[204] *La Sociedad*, 18 de marzo de 1864, pág. 2

Morales**.** *La Sociedad* informó que el gobernador de Sonora y Sinaloa había recibido armamento desde San Francisco, agenciado por Vega, para defender Mazatlán. Se desconocen los detalles de cómo fue que Pedro consiguió el armamento o de cuánto trajo. Es posible que en febrero, cuando partió con su hermana a la Alta California, Pedro llevara consigo cartas del general Vega, aunque, de todas maneras tuvo escaso un mes para movilizarse y conseguir armas, munición y financiamiento. Dicho proceso pudo haber sido iniciado antes de su llegada a San Francisco por García de León o algún otro oficial, aunque, lo más probable es que haya sido una iniciativa de los californios miembros de las juntas patrióticas.



Fragata *La Cordelière,* 1860.
Fuente: Sitio Web *themazatlanpost.com* (D.P.)

Una nota del periódico conservador *Eco del Comercio* confirma que Pedro trajo "*algun* armamento",[205] el cual

[205] *Eco del Comercio,* abril 9, 1864, pág. 3

fue utilizado para la defensa del puerto. La corbeta de guerra *Cordelière* llevaba semanas rondando. Finalmente, el 26 de marzo ancló frente a la costa mazatleca y dos días después los franceses iniciaron su ataque, con 36 cañones, mientras que la tropa mexicana, a cargo del coronel Gaspar Sánchez Ochoa, solo tenía uno.

Se sabe que tanto Vallarta como Pedro Ogazon estuvieron presentes durante la batalla, que, a pesar de haber durado solo dos días, en la heroica Mazatlán es recordada con el timbre de orgullo que da la memoria del triunfo.

Entre los testigos del enfrentamiento, estuvo *El Nigromante*, quien relató lo acontecido en una de sus cartas a su amigo *Fidel*.[206]



Vista de Mazatlán, 1810.
Fuente: Sitio Web *mazatlaninteractivo.com* (D.P.)

[206] Para entonces, Guillermo Prieto ya se había separado de su cargo como ministro del gobierno itinerante, aunque seguía acompañando a Juárez en Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez, donde ejercía la administración de Correos y la dirección del Diario Oficial

"El miércoles santo, *á* las ocho de la mañana, corrió por la ciudad el rumor de que los franceses preparaban un ataque; la población se puso en movimiento; las señoras salían *á* la calle; los ciudadanos pacíficos se dirigían al dominante cerro de la Nevería; los soldados se concentraban en sus cuarteles; y yo me fui con la multitud *á* presenciar desde lugar seguro, como tú y yo acostumbramos, las peripecias de la guerra. Quise almorzar antes, por temor de los desmayos, y llegué un poquito tarde, pero, de veras, muy animado".[207]

Ocho días después de la batalla, el jefe de una escuadra inglesa que se había apostado para presenciar el combate, dio un convite a bordo de la fragata *Caribdis* en honor de Sánchez Ochoa y sus oficiales. Durante el combate, tanto la tripulación del *Caribdis* como la del vapor de guerra estadounidense *Lancaster*, habían celebrado las hazañas de los valientes mexicanos. A dicho convite asistieron, entre otros, Ramírez, Vallarta y Ogazon. Ciertos periódicos sugirieron que el general Plácido Vega no había sido invitado,[208] cuando la verdad era que él ya se encontraba en California, pues el 12 de marzo salió de Mazatlán rumbo a San Francisco en el vapor *Oregon*.[209]

Pedro extendió su estancia en Mazatlán, al menos

---

[207] Ramírez, Ignacio. *Ibídem,* pág. 275-76

[208] *Eco del Comercio,* 9 de abril, 1864, pág. 3

[209] Plácido acompañado de su esposa y de los generales Pedro G. Barraza y Juan José Ochoa, arribó el domingo 20 de marzo a la Alta California. Miller, Robert Ryal. "Arms across the Border: United States Aid to Juárez during the French Intervention in Mexico". *Transactions of the American Philosophical Society*, pág. 18

hasta mayo del 64. En junio, un periódico mexicano[210] informó que Ogazon continuaba en ese puerto, mientras que para julio, un periódico de Estados Unidos publicó que “el gobernador, D. José [sic] Ogazon”, residía en Sayula.[211]

A mediados del siglo diecinueve, las noticias alcanzaban al lector meses después de ocurridas; en México no había telégrafo y el teléfono tardaría muchísimo más en llegar. No solo eso, los errores e inexactitudes de la nota original se acumulaban, así que leer los periódicos era navegar por un océano de mentiras, inferencias, desmentidos e insinuaciones**,** aún peor que en la actualidad. Tal y como continúa haciéndolo la “comentocracia” del siglo veintiuno, a mediados del siglo diecinueve, se publicaban datos falsos o inexactos, con la presunción de que el lectorado creería y aceptaría sus afirmaciones como verdad absoluta. Además, hacían comentarios mal intencionados o usaban adjetivos personales para degradar a las personas ante la opinión pública. Al menos en ese entonces nadie fingía ser imparcial y era fácil reconocer las posiciones políticas.

En finales de marzo del 64, solo había dos opciones: ser intervencionista y estar a favor del imperio, o estar en contra, lo que implicaba arriesgarse al hacerlo público.

---

[210] *La Sociedad,* 21 de junio, 1864, pág. 2

[211] *Press,* 16 de julio, 1864

Agente secreto

Es muy probable que Pedro fuera uno de los comisionados confidenciales que, durante la ocupación francesa, se dedicaron a negociar préstamos y la compra de armas, todo bajo la coordinación de Matías Romero, el embajador plenipotenciario de Juárez quien residía en Washington desde 1859. “Entre otros poderes confidenciales, Romero tenía permiso de autorizar la creación de una fuerza voluntaria de varios miles de ciudadanos americanos, y de comisionar hasta cinco hombres como generales del ejército mexicano”.[212] Era una asignación difícil debido al embargo en la exportación de armas que se vivía en Estados Unidos a causa de la guerra civil. Además, era un trabajo complicado debido a lo lento de las comunicaciones, y muchas veces, los hombres a quienes Romero supuestamente coordinaba, se negaban a trabajar entre sí o a informarle de sus planes, logros y frustraciones.

El único investigador que ha estudiado a fondo el tema de los agentes secretos mexicanos fue Robert R. Miller, y lo hizo en los años sesenta del siglo veinte. Miller calculaba que además de los tres enviados especiales “oficiales” —Plácido Vega, Gaspar Sánchez Ochoa y José María Carvajal—, hubo al menos dos docenas de agentes secretos mexicanos. Algunos de estos agentes comisionados alistaron a voluntarios yanquis que tenían experiencia en el manejo de rifles de repetición y

[212] Miller, Robert R., *Ibídem,* pág. 11

artillería moderna. Los agentes fueron responsables de enviar armamento, munición, uniformes, equipo médico y otros suministros militares. Fue así que las bandas guerrilleras, que habían estado usando rifles obsoletos e incluso arcos y flechas, fueron tornándose en combatientes bien equipados y triunfadores. De acuerdo con Miller, cuando las fuerzas juaristas comenzaron a recibir equipo militar fueron capaces de desarrollar una mejor ofensiva y ganar batallas.[213]

La escasa información que hay sobre Pedro durante esos dos años podría ser un indicio de su éxito como agente secreto. Hasta donde he podido investigar, no existen cartas o documentos oficiales que confirmen dicha encomienda, excepto por una nota del *Picayune de Nueva Orleans,* que fue reproducida por diversos periódicos, entre ellos, *L'Estafette,* y en la que se afirmaba que Pedro pasaría por Nueva Orleans, de camino a Nueva York y que D. Benito Juárez le había conferido una misión muy importante al que había sido gobernador de Jalisco.[214]

Es probable que Pedro recibiera dicho encargo luego de su éxito en traer armamento a Mazatlán, y dinero para la causa. Su experiencia como abogado, secretario de estado y gobernador, así como su dominio del francés y conocimiento del inglés, lo convertían en un candidato aún más adecuado que los mencionados por Miller. Pedro además tenía la posibilidad de cubrir sus gastos,

---

[213] *Ibídem,* pág. 9

[214] *L'Estafette, 15* de octubre, 1864, pág. 1

lo cual era casi indispensable, pues había tal falta de fondos que los agentes diplomáticos juaristas sirvieron durante meses sin salario alguno.[215]

Se afirma que luego de haber estado con Juárez, Pedro cruzó el Río Bravo hacia *Estados Unidos del Norte* el 24 de agosto de 1864.[216] Desde la costa tejana se embarcó rumbo a Nueva York, donde se reuniría precisamente con Matías Romero, el incansable organizador de ese esfuerzo colectivo por conseguir lo imposible.

Juntas, afinidades y *El Nuevo Mundo*

Los hispanos eran una minoría en todo Estados Unidos, pero no en el estado de California; la región se mantenía bastante española en sus costumbres. Las viejas familias de californios habían vivido en relativa tranquilidad y un tanto alejadas de los avances políticos y culturales de las nuevas repúblicas que estaban en el violento proceso de forjarse a sí mismas. Después de la derrota de los mexicanos en 1848, esos mismos criollos y españoles que habían sido mexicanos durante escasos veinte años ahora se encontraban convertidos en *yankees*, ciudadanos de un país que no solo no hablaba su idioma, sino que ahora les imponía usar otro. Además, con la pérdida del territorio, muchos que habían sido propietarios fueron despojados, desplazados, y presionados a mudarse a las grandes

[215] Miller, Robert. R. *Ibídem,* pág. 12

[216] *Diario del Hogar,* "Una Página de Oro. Pedro Ogazon", 30 julio 1891

ciudades.

Durante los. años cincuenta, las políticas gubernamentales en general fueron negativas hacia los californios, y favorecedoras para los mineros "americanos". Quizá por este tipo de injusticias es que, a pesar de su nueva ciudadanía, los californios —en su mayoría, sobre todo en la ciudad de Los Ángeles— mantuvieron un sentido de lealtad hacia México y continuaron celebrando el día de la Independencia mexicana, para lo cual, se formaron muchas juntas y clubes. Aunque hubo muchas otras políticas antimexicanas, las juntas mantuvieron un perfil bajo, excepto durante las fiestas patrias.

Durante la fiebre de oro, al norte de California llegaron chilenos, peruanos, colombianos, argentinos y centroamericanos, pero fueron los mexicanos migrantes más recientes los que trajeron consigo la tradición de la junta patriótica a estas áreas de mineros. Las juntas se establecieron en los campamentos y en los primeros pueblos auríferos;[217] algunas se ocuparon de defender situaciones de injusticia hacia ciudadanos latinoamericanos, recaudando fondos, participando en filantropía y ayudando a ciudadanos que sufrían necesidades económicas mediante cooperativas y cajas de ahorros.[218]

Hay poca información sobre estas actividades políticas,

---

[217] Como Hornitos, Melones, Sonora, o Vallecito. Fuente: Hayes-Bautista, David E., "Empowerment, Expansion, and Engagement: Las Juntas Patrióticas in California, 1848-1869". *California History*, pág. 6

[218] *Ibídem,* pág. 19

sin embargo, todo cambió a raíz de la invasión y la batalla de mayo en Puebla en 1862. Las juntas patrióticas crecieron y se expandieron de manera vigorosa,[219] buscando contribuir al esfuerzo de los mexicanos en contra de la invasión francesa. La membresía no se limitaba a ciudadanos de México, también había indígenas Yaquis, estadounidenses y ocasionalmente inmigrantes europeos. Aunque hubo juntas patrióticas exclusivamente de mujeres, casi todas estaban conformadas por hombres, californios o latinos asalariados que estaban a favor del partido de *La Unión* y eran anti franceses. A pesar de los conflictos al interior del ejército federalista mexicano, las juntas patrióticas siempre expresaron su apoyo al presidente Juárez y su clara preferencia por Lincoln.

Para 1863, solo en la ciudad de San Francisco, se publicaban *La voz de Méjico*, *La bandera mexicana,* y *El semanario mejicano*. La guerra civil en ese país continuaba siendo una de las principales preocupaciones y temas de conversación; el clima era de expectación constante, y las noticias eran devoradas. Los exiliados juaristas necesitaban recaudar fondos y simpatías, y la mejor manera era mediante la palabra impresa.

No publicar al menos un panfleto habría sido como considerarse activista en el siglo veintiuno y no publicar en las redes sociales, por lo que no es de extrañar que Sotero Prieto y José María Vigil decidieran fundar otro periódico en español. Los franceses tenían sus propios

[219] *Ibídem,* pág. 5

operadores políticos, espías y propagandistas en el país al norte, así que los republicanos mexicanos necesitaban competir por atraer la atención de los hispano-americanos.

En esa década de los sesenta se estaba dando en San Francisco una "floreciente cultura de la publicación",[220] había multitud de impresos y todos leían, "hasta los carreteros y las cocineras".[221] Por lo mismo, es probable que Sotero consiguiera el equipo necesario a buen precio, además de que tuvo como socio industrial a un tal Ignacio Madrid. Se dice que, entre ambos, invirtieron "la suma de $1,578.50".[222] Aunque ambos socios negaron haber recibido dinero del gobierno de México, el general Vega afirmó haberles hecho llegar 400 pesos mediante el poeta Aurelio Luis Gallardo.[223]

Vigil quedó a cargo de la dirección de *El Nuevo Mundo,* el cual, sin duda, era un aparato propagandístico, en el buen sentido del término. Las oficinas de la nueva publicación quedaron instaladas en la esquina sudoeste de las calles Jackson y Sansome, en un 2o piso, y el primer número salió publicado el 28 de junio de 1864. Se autodescribía como un "*Periodico politico* y literario, consagrado a la defensa de los intereses *legitimos* de la

---

[220] Tarnoff, Ben. *Ibídem,* pág. 3

[221] Gutiérrez, Felipe S. *Ibídem,* pág. 510

[222] *El Nuevo Mundo*, Marzo 27, 1865, pág. 2

[223] *Ibídem.* El poeta había sido desterrado a San Francisco por haber escrito el drama "Los Mártires de Tacubaya". Cuentan que, cuando dicha obra de teatro se presentó en Guadalajara en 18659, los espectadores enfurecían a tal grado que el actor que representaba al "carnicero" Márquez tenía que ocultarse después de la puesta en escena. Fuente: Cornejo Franco, José. *Ibídem,* pág. 335

America".

Si uno revisa los avisos de conciertos y eventos celebratorios, uno se da mejor idea de las actividades de las juntas patrióticas, y de la vida social de los exiliados y californios. Entre los servicios que ofrecía, *El Nuevo Mundo* listaba los nombres de ciudadanos que recibían correspondencia para que pasaran a recogerla a sus oficinas. Se anunciaban eventos, como el "gran concierto vocal é instrumental", que tuvo lugar un viernes de junio por la noche en *Union Hall,* "*á* beneficio de la iglesia de San Francisco, en la calle de Vallejo".[224] En julio se invitaba a "solemnizar" el 42 aniversario de la Independencia del Perú,[225] y para septiembre se prometía que los organizadores de la celebración de la Independencia de Chile no omitirían "sacrificio alguno para corresponder a los deseos del público ilustrado, la música sería de lo mejor que se podía obtener en esa ciudad; se serviría una opípara cena a la una de la mañana",[226] que decían era gratis pero en realidad ya estaba incluida en el costo del boleto, que era de un dólar y lo expendían en la tienda de *La Unión,* o a la entrada, a partir de las ocho de la noche.

En agosto, *El Nuevo Mundo* informó que en la siguiente junta directiva de la *Sociedad Patriótica Mejicana* se

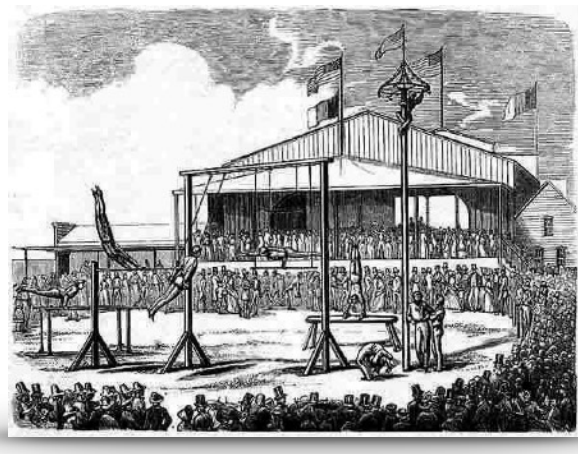
---

[224] *El Nuevo Mundo.* 29 de Junio, 1864, pág. 2

[225] La celebración fue el 28 de julio, y el 9 de agosto *El Nuevo Mundo* publicó las cantidades recaudadas, listando las aportaciones de: Jesús Camarena, Sotero Prieto, Jesús Alvarez, José María Vigil, José María Híjar y Haro y el Gral. Plácido Vega, entre otros.

[226] *El Nuevo Mundo,* 16 de septiembre, 1864, pág. 1

nombrarían las comisiones encargadas del aniversario de la independencia de *Méjico*. La junta fue convocada para el domingo 21, "*á* las dos de la tarde, en el *Philharmonic* Hall, Esq. Stockton y Jackson".[227] La celebración de la Independencia nacional tuvo lugar el 17 de septiembre desde la madrugada, en Telegraph Hill, iniciando con cañonazos. Aurelio Luis Gallardo leyó "poesía patriótica" en el evento que dio inicio a las 7 y media de la tarde, en el salón de *Turnverein*, situado en la calle de Bush, entre Stockton y Powell.



El Festival de Mayo en la Asociación Turnverein de San Francisco. **Fuente:** *rosamondpress.com/ 2014/11/26/the-turns/* (D.P.)

Es inevitable que las mentes y las luchas confluyan cuando hay objetivos comunes como era el caso de los mexicanos liberales y los alemanes que habían fundado

[227] *El Nuevo Mundo.* 16 de agosto, 1864, pág. 1.

los Turnvereins (salones Turner).[228] Los germano-americanos era el contingente étnico más grande que había peleado del lado Republicano durante la guerra civil: alrededor de 200,000 nacidos en Alemania, y 250,000 germano-americanos de primera generación.[229] Entre los que arribaron a San Francisco había una comunidad de librepensadores que migraron para vivir "libres del gobierno de la iglesia".[230] Este era un punto en común con los liberales mexicanos, dado que uno de los nodos de la lucha civil en México radicaba en la necesidad de separar los poderes del clero y del Estado.

Los mexicanos colaboraban no solo con las logias masónicas, sino también con la Sociedad Benevolente, los *Odd Fellows,* y ambos grupos, que eran en ese tiempo numerosos y prominentes en los Estados Unidos, con frecuencia celebraban bailes y otros eventos sociales, en los *Turnverein*. Y aunque Ogazon no asistió ese año a la celebración de la independencia mexicana en San Francisco, tuvo tiempo de conocer mejor la historia y la filosofía de estas organizaciones. Imagino que debe haber sentido gran admiración por estos alemanes, cuando meses más adelante visitara

---

[228] En Alemania, los *Turnvereins* estaban ideológicamente alineados con los socialistas liberales radicales, y colaboraban con organizaciones "de trabajadores y clubes democráticos con quienes compartían el deseo de reforma y el rechazo de las jerarquías tradicionales". Años más adelante, durante un tiempo, judíos y alemanes compartirían el mismo *Turnverein* en Berlín, hasta que Hitler persiguió a los librepensadores y prohibió dichos salones. Fuente: *https://rosamondpress.com/2014/11/26/the-turns/*

[229] Aunque menos, también hubo varios miles de alemanes que pelearon por la Confederación.

[230] Fuente: *https://rosamondpress.com/2014/11/26/the-turns/*

por primera vez sus instalaciones, las cuales incluían un gran gimnasio. “Debería venir a ejercitarme”, habrá pensado Pedro, a quien ya le pesaba el cuerpo.

Unas mexicanas

Elegante es la Francesa,
I la Española amorosa
I blanca como una rosa
Es la Alemana o la Inglesa,
Nuestra alma se embelesa

Al ver las Americanas,
Admiro a las Italianas,
Todas son flores i estrellas;
Pero yo entre tantas bellas
Prefiero las Mejicanas.

J.A. Quintero[231]

Mientras los hombres disparaban cañonazos en Telegraph Hill y brindaban en los *Turnverein*, las mujeres escribían y soñaban en voz alta la patria que todavía no existía del todo.

Las listas publicadas de las personas que aportaban dinero para los festejos, en ocasiones incluían donantes anónimos bajo seudónimos, como el de “Una mexicana”. Es posible que alguna de estas donaciones

[231] Fragmento de “*Brindis por las Mejicanas”,* publicado en *El Ranchero,* Julio 11, 1856. Quintero era el editor de dicho periódico, basado en San Antonio, TX. Citado por Perez, Vanessa O., “Toasting México in the American West: Brindis Poems and Political Loyalties of Women’s Mexican Patriotic Clubs”, *Letras Femeninas,* pág. 65

haya sido de Isabel Prieto, considerando que algunos de los poemas que publicó en *El Nuevo Mundo,* los firmó de la misma manera.

Desde pequeña, Isabel había sido muy precoz y siempre había asumido sus estudios con mucha formalidad, cosa que Maura nunca hizo, quizá porque nadie la guió, cosa que sí hicieron tanto el padre como la madre de la poeta.

Isabel ha sido descrita como una "hija tierna y hermana cariñosa", una "mujer instruida y hacendosa" de "carácter naturalmente retraído",[232] quien casi no salía de su casa, excepto al teatro, ni tampoco renegaba de su rol de mujer. Maura, en cambio, prefería estar en movimiento, pues se aburría con facilidad y todavía no había sentido el arrastre de emociones que sufría Isabel, ocho años mayor. A pesar de ello, desde que había llegado a San Francisco, Maura buscaba con frecuencia la compañía de Isabel. Con su natural perspicacia, la poeta razonaría que posiblemente tenía que ver con la orfandad de Maura y el que su padre se hubiera casado con una mujer que nunca supo ser madre para la joven. Aunque me gustaría pensar que hubo una amistad entre Maura y la poeta, no hay uno solo de los poemas de Isabel que la mencione.

La joven Ogazon carecía de paciencia y de interés en cultivarla y quizás por lo mismo, seguramente reconocía y admiraba la persistencia y capacidad intelectual de la escritora. Más ahora que convivía con ella y observaba

[232] Gómez Loza, Ma. Esther. *Isabel Prieto de Landázuri*, pág. 10

cuánto trabajaba en perfeccionar un solo soneto. Admiraba también su falta de interés propio y absoluta entrega al amor por su prometido. Maura incluso debe haber sentido un poco de envidia (uno de sus pecados más recurrentes) no solo de verla tan enamorada de Landázuri, sino de que él, además de encantador, estaba igual o más enamorado. Isabel recibía regularmente largas cartas de su amado, mientras que Maura, a pesar de haber tenido muchos pretendientes, solo recibía cartas de sus hermanos. No conocía aún lo que era amar o ser amada de esa manera y habría deseado sentirlo.

Claro que en ese mismo convivir, Maura también fue testigo del lado excesivamente taciturno de Isabel, quien prefería pasar horas a solas, leyendo o escribiendo, sin salir al sol ni hacer ejercicio, y entonces la joven Ogazon sintió más bien lástima. No sabía qué decir para intentar consolar a la poeta cuando la escuchaba llorar. Pensó que Isabel tendría mucho talento literario pero faltaba vivir en el presente. Ambas, tan apegadas a sus familias, sufrían y compartían la sensación agonizante del exilio como patriotas y románticas fieles a su época, pero Maura procuraba alegrarse el espíritu mientras que Isabel prefería hundirse en la nostalgia. Para una poeta, estos sentimientos son su materia prima más valiosa, sin embargo, en ocasiones, Isabel también sentía envidia de la capacidad de gozo de sus hermanas, y de Maura, quien reía y parecía disfrutar tanto a pesar de cargar con tanto sufrimiento y soledad. Isabel vivía pendiente de la llegada del cartero, y casi no conoció la ciudad de San Francisco.

Solo se interesaba cuando alguien mencionaba que iba a la librería, pero aún entonces, simplemente les daba una lista o les encargaba recoger un paquete que el Señor Payot ya tendría preparado para ella en su establecimiento de la calle de Washington.

Maura le rogaba que las acompañara, y en ocasiones, lo lograba.

Después de libros y escaparates, remataban con una soda helada y burbujeante en la fuente de la esquina. Isabel no soportaba la manera en que los hombres las miraban, mucho menos sus hoscos comentarios, que no entendía del todo, pero sabía que no eran piropos elegantes, sino halagos impropios y vulgares. Pero las demás mexicanas no se inmutaban. Les fascinaba la facilidad con que las mujeres podían moverse en aquella ciudad tan moderna y tan bárbara a la vez. Maura, Julia, Clarisa y hasta Queta seguían caminando, riendo, dueñas por primera vez de su propio paso.

Novedad, y nostalgia

En 1852, en California se había autorizado a las mujeres casadas a realizar negocios en su propio nombre, y mujeres nacidas en el extranjero, divorciadas, casadas y viudas aprovecharon esta nueva ley.[233] Se manejaban solas y no necesariamente eran prostitutas, meseras o bailarinas. También había solteronas,

[233] Terry, Carole Cosgrove. *Die Deutschen in Kalifornien: Germans in Urban California, 1850-1860*, pág. 140

religiosas, y algunas librepensadoras que administraban casas de huéspedes, o trabajaban como sirvientas o damas de compañía.

En el San Francisco de 1860 todavía dos tercios de la población eran hombres, pero, aún así, una joven por lo general podía andar sola de día, e incluso de noche hasta muy tarde, sin ser molestada. El pintor Gutiérrez también lo notó: "las familias enteras y las señoras más elegantes andan *á* pie o cuando más en los *wagones* que corren a todas horas en todas las calles".[234] Las mujeres no solo andaban de manera más libre, se comunicaban de manera más directa. En ocasiones, Maura se detenía a escuchar a las mujeres que en las esquinas pregonaban la necesidad de luchar por la igualdad de derechos, comenzando por el del voto. Vio también a más de una vestida en plena calle con abombados pantalones, aún sin tener caballo para montar. "¡Cómo habría gozado *la Riesch*!", pensaría Maura.

"Las señoritas aquí, salen solas *á* todas partes y van *á* los hoteles *á* comer: para andar por las calles, les da un pito que llueva o que nieve: traen sus túnicas *á* media pierna para no ensuciarlos con tanto lodo, y enseñan pies, bien grandes por cierto, y piernas, como se deja ver una mano. Si fuera posible que las señoras de Guadalajara vieran las costumbres de estas americanas, quedarían asombradas".[235] Pero aunque las vieran, no quiere decir que las tapatías adoptaran

---

[234] Gutiérrez, Felipe S. *Ibídem,* pág. 405

[235] Carta de Ignacio L. Vallarta a su esposa, desde San Francisco, 1865. *Alejandro Vallarta Papers*

dichas costumbres, o que sus padres se lo permitiesen.

Ciertamente, las cosas se hacían de forma diferente en aquel país. Maura tuvo que aprender a ser más puntual. Aunque le atraían el orden y la claridad del trato y sentía admiración por la obsesión yankee con el trabajo y el dinero, al igual que a otros mexicanos que dejaron registro escrito de sus impresiones de San Francisco en esos años, esa actitud utilitaria acabó por aburrirle. Ideológicamente, debió ser un tanto conflictivo residir en ese país que le había arrebatado a México la mitad de su territorio apenas y veinte años atrás, cuando Maura era una niña. Aquellos “yankees”, invasores y enemigos contra los que había luchado su hermano Pedro, habían dejado de serlo y eran ahora potenciales aliados; la política de Matías Romero se dedicaba a mantener viva la simpatía que el gobierno de Lincoln había demostrado hacia el gobierno de Juárez a través de su secretario Seward y trabajaba en procurar que el gobierno de los Estados Unidos no dejara de presionar al de Francia para que retiraran su apoyo a Maximiliano.

El simple hecho de salir de la casa, le causaba gran placer a Maura. Las compras que requerían hablar en inglés seguramente las realizaban la señora Prieto, sus hijas o incluso Maura. Iban siempre acompañadas de una sirvienta, y quizá un mozo que cargara todo. La plaza del mercado estaba cubierta por un techo de madera o zinc, y contaba con locales separados donde se vendían fruta, verdura, y pescado, todo encajonado. Nada que ver con las plazas tapatías atiborradas de mercancía, casi toda en montones de variados tamaños

y a ras de suelo. En una ocasión, todas quedaron hipnotizadas viendo bailar a un grupo de *africanos* en una bocacalle.

Para ciertos mandados, enviaban a los sirvientes a las tiendas donde se hablaba español, como era el caso de *La Unión,* cuyo dueño se anunciaba en *El Nuevo Mundo.* Estaba ubicada en la esquina noreste de las calles de Vallejo y Dupont, y ahí podían conseguir queso mejicano de primera calidad, caña dulce, y todo tipo de productos procedentes de la costa mexicana.

Maura extrañaba la sazón de la comida, las minucias del clima, el bullicio callejero, los ladridos de los perros y los pregones del aguador y demás vendedores que pasaban ofreciendo pan, leche o pulque. Le hacía falta la impertinencia del vecino e incluso llegó a extrañar ¡hasta al más patán de sus pretendientes! En parte tenía que ver con el lenguaje y el sentido del humor, pero sobre todo, con la idiosincracia del lugar y la humedad y frío costeros de San Francisco, nada compatibles con el temperamento tapatío, acostumbrado al sol extremo y a un frío seco de llanura. San Francisco era exuberante, ¡pero todos llevaban tanta prisa! Al tiempo que sentía añoranza por la calma tapatía, Maura echaba de menos los fandangos mexicanos. Seguiría yendo a las fiestas cuando le aseguraban que habría baile, aunque en ese país los borrachos se ponían torpes, en vez de románticos. Ni siquiera cantaban, ¡qué decir de mover sus largas piernas con algo de ritmo! Un día la invitaron a un fiesta cuáquera, era un baile de cuadrilla, ¡y eso sí que le pareció divertido!

Es probable que Maura tuviera contacto con personas cristianas no católicas y con el movimiento *anti-alcoholista* de la Temperancia. Esto explicaría, en parte, su acercamiento posterior a los establecimientos educativos de la iglesia episcopal en la Ciudad de México.

En todo caso, Maura hizo lo posible por adaptarse. La ciudad debe haberle ofrecido novedosas experiencias y oportunidades, y mostrado otras posibilidades en la vida. Y aunque no las pudiera apreciar ni aprovechar en ese momento, es posible que dicho atisbo haya influido en la manera en que educaría a sus hijas años más adelante. En retrospectiva, en el contexto de una vida de más de 70 años, ocho meses son nada, y aún así, cuando la distancia y la estancia fuera de la patria son forzadas, el tiempo se vive como una pesada eternidad.

La maestra de inglés

…¡Pero ah! que justa la feminidad
Dentro de cuyo gentil alcance se encuentran
Potencias tan maravillosas para siempre.

…
Y afines bajo los mismos cielos,
¡Tu tierra, mi tierra, sí, nosotras Hermanas!
Aquel que nos formó nos hizo una,
Por siempre unidas, por siempre libres;
Y el amor es ancho como lo es la tierra.

Un amor arco iris, de hebra en hebra.
Oh hermanas, hijas del sol,

¡Llego a mi corazón! ¡Levanto la mano!

Ina Coolbrith[236]

Ina Coolbrith era tan solo un año menor que Maura, pero, para 1864 Ina ya había perdido un hijo, pasado por un humillante divorcio y huido de Los Angeles, dejando atrás su estado de depresión y un abusivo ex-marido, y llevándose a San Francisco a su madre, padrastro y medio hermanos. De origen mormón, su verdadero nombre era Josephine Donna Carsley, pero lo cambió al de Ina Coolbrith; consiguió trabajo dando clases de inglés de 10 de la mañana a 3 de la tarde en una escuela de idiomas, de donde regresaba para ayudar a su madre con el trabajo de la casa. En algún momento, entre todo ese ajetreo, escribía. En diciembre de 1863 publicó su segundo poema en el periódico *Golden Era.*[237] Se burlaba de la domesticidad victoriana y se negaba a participar en el juego de *la esposa modelo.* Fue su insignia de orgullo no hacerlo, e incluso deseaba que algún millonario se enamorara de ella para tener la oportunidad de rechazarlo.[238]

---

236 Fragmento del poema "Mexico". **Fuente:** allpoetry.com/8561195

237 "La Era Dorada" fue un periódico editado por Bret Harte, para el que escribieron Charles Henry Webb y Mark Twain. Estos personajes, junto con Ina Coolbrith, entre otros, son conocidos como "Los Bohemios".

238 Ina se quejaba de haber quedado atrapada por cuatro paredes, en el trabajo y en la casa, a donde llegaba a comer y dormir, y todo por cuidar a la familia que nunca había deseado tener. Su vida se endurecería aún más. Diez años más tarde, Ina perdería a su hermana mayor y quedaría a cargo de sus dos sobrinos; era la proveedora del hogar, por lo que nunca pudo hacer lo que soñaba: vivir de publicar su poesía. Consiguió trabajo de bibliotecaria y sobrevivió gracias al apoyo de sus amigos y el deleite que le causaban los clientes de la biblioteca, entre ellos, un tal Jack London quien la recordaría "como una diosa".

Es probable que los más jóvenes de la familia Prieto estudiaran en casa, y posible que los mayores decidieran tomar clases de inglés. Al llegar a San Francisco se dieron cuenta de que no entendían todo lo que les decían y les resultaba aún más difícil decir lo que querían. La velocidad con la que les hablaban y la multiplicidad de acentos no ayudaba. En este imaginario de un pasado por recobrar, no sería tan descabellado pensar que Ina pudo haber sido contratada por la familia Prieto para ser la maestra de inglés de toda la prole, o que Maura, Clarisa, Julia, y alguno de los hermanos mayores asistieran a la escuela de idiomas donde Ina daba clases.

De haberse dado, la relación de amistad entre Ina y Maura habría sido breve. Ina habría compadecido la obediencia y pasividad de Maura y las hermanas Prieto, e intentaría compartir con ellas sus ideas sobre la mujer moderna.

Ina no tenía el tiempo ni el interés de imaginar la realidad de la vida en México. Escuchaba lo que le contaban de aquel país, pero no siempre era clara la imagen que Ina se formaba en su mente dado el limitado inglés de las mexicanas y su falta de comprensión del contexto. Lo que sí le ayudaron a entender fue el porqué tantos de los mexicanos que veía por las calles de San Francisco llevaban puestas fajas de color rojo, y los chilenos camisas azules. También aprendió a apreciar la comida mexicana. Pero eso sería todo. Quién sabe si se enteró de que la tapatía era una destacada poeta en su tierra, o si fue

Isabel quien no mostró interés en conocer a la poeta *yankee,* al menos no como lo harían las inseparables Julia, Clarisa y Maura.

En una de sus clases, Ina sacó con mucho cuidado de su bolsa un viejo volumen que traía envuelto en un paño.

—Este libro perteneció a mi abuela —dijo, dándole al volumen el respeto de un libro sagrado—. Lo escribió una mujer inglesa, Mary Wollstonecraft, hace más de 60 años. Para empezar, quiero leerles esta frase, donde habla de las mujeres, claro: "No quiero que tengan poder sobre los hombres; sino sobre ellas mismas".[239]

Ina compartió algunos fragmentos más, todos finamente subrayados en el viejo y atesorado tomo, y les habló de la hija de Mary Wollstonecraft quien también había sido escritora. Maura escuchaba y reflexionaba sobre lo que les leía su maestra e incluso copiaba algunas frases además de apuntar los títulos de las obras para intentar conseguirlas en la librería del señor Payot.

Al igual que Maura, Ina podía dejarse absorber por lo que sucedía alrededor suyo, gracias a su imaginación; esto les daba a ambas un aire de misterio. Soñadoras por vocación y pragmáticas por necesidad, ambas eran físicamente atractivas, de modo que muchos hombres se acercaban a ellas.Pero Ina era una especie de reflejo opuesto, mostrando una Maura que no existía: creativa, e independiente en todos los sentidos.

---

[239] Famosa frase de Mary Wollstonecraft, de su libro A *Vindication of the Rights of Woman,* publicado en 1792. Original en inglés: "I do not wish them [women] to have power over men; but over themselves".

Maura pudo haber sido como Ina, atrevida, rompedora y libre, pero era un camino demasiado alejado del destino que le tocó vivir. Fuese por crianza, necesidad o consciente decisión, Maura no podía asumir la vida bohemia; continuaría siendo una mujer obediente y conforme. *Era lo menos que Pedro esperaba de ella.* De hecho, Maura recién acababa de recibir desde Nueva Orleáns una carta de su hermano, avisándole que estaba con bien y que iba camino a Nueva York; al final y antes de despedirse, le rogaba a su hermanita que "se comportara".

Maura apretó la carta con rabia.

Mexicanos en Nueva York

> *Descendientes somos de aquellos hombres de hierro que sabian morir con la sonrisa en los lábios, en la hoguera del martirio, y de esos héroes que más tarde asombraban al mundo independiendo de la España caduca nuestras bellísimas regiones. Coetáneos somos de los hechos con que nuestros patriotas modernos han enaltecido el nombre de nuestra patria.*
>
> **Aurelio Luis Gallardo**[240]

Con su habitual manía, el domingo 11 de septiembre de 1864, el embajador Matías Romero anotó en su diario: "A las 7 me levanté, me bañé, leí, vestí y a las 9 1/2 almorcé. Escribí hasta las 11 1/2 que me

[240] Fragmento citado por Francisco Sosa en *Biografías de Mexicanos Distinguidos,* pág. 382

vinieron a ver Godoy, Ogazon y Zubiría. Estuve con ellos hasta que vino Noriega el ayudante de don Ignacio Mejía a hablarme de la manera de darle a su tío la noticia de la muerte de su hijo. A las 2 fui a ver a Berriozábal y estuve con él y con Ogazon y Godoy, quien me indicó que sería conveniente que solemnizáramos de alguna manera el próximo día 16 aniversario de nuestra independencia. Fui a comunicarles la idea a Navarro y Baz y la aceptaron. Comí a las 5. Fui en seguida a ver al doctor Pope. A las 8 fui a la casa de Navarro en donde tuvimos una reunión preliminar para convenir en la mejor manera de solemnizar el aniversario. Acordamos tener una comida en la fonda de Delmonico, que hubiera brindis, etc., se fijaron los brindis, las personas que deben responderlos y se nombraron las comisiones. A las 9 1/2 se levantó la sesión a la que asistieron más de treinta mexicanos. Me vine al hotel y escribí hasta las 11 que me acosté".[241]

Matias Romero no da detalles del contenido de sus conversaciones y reuniones, pero gracias a sus anotaciones, al menos sabemos que Pedro ya había llegado a Nueva York para esas fechas.

El viernes 16, el embajdor inicia otra entrada en su diario, casi de idéntica manera: "A las 7 me levanté. Me bañé, vestí y supe que [Manuel] Doblado estaba en el Hotel de la 5a. Avenida; fui a verlo, lo encontré en la cama y estuve con él hasta las 9 que me vine a almorzar. Lo invité para que fuera esta noche a la

[241] Romero, Matías. *Diario Personal (1855-1865),* pág.625

comida y respondiera a uno de los brindis del programa".[242]



El Delmonico en la esquina de Beaver y William. Imagen extraída del *King's Handbook of New York City,* 1893. Original en la Biblioteca Británica. **Fuente:** *wikimedia.org* (D.P.)

El Delmonico era "uno de los restaurantes más finos de la ciudad" donde servían "cenas de hasta ocho platillos".[243] A las siete de la noche se sentaron a la mesa, con Romero ocupando el lugar de preferencia.

"El comedor estaba brillantemente iluminado; innumerables bujías de cera ardían en la mesa principal y en las de los lados, y un torrente de gas que se desprendía de un inmenso candelabro sobre todo el

[242] Romero, Matías. *Ibídem*, pág.626

[243] Miller, Robert. R. *Ibídem*, pág.10

salón hacia los objetos tan distintos y palpables como en la plena luz del día. Los adornos eran todos sencillos, pero *espresivos*. En la cabecera norte estaban suspendidas las banderas americana y mexicana, esta última con el águila histórica en el nopal. En derredor de las paredes, cornisas y otros lugares salientes había guirnaldas de siempreviva, en que estaban artísticamente trabajados los nombres de Hidalgo, Morelos, Juárez, Guerrero, Zaragoza, la Llave, y algunos otros, que representan dos distintas épocas en la lucha de Méjico y la vida nacional. Las mesas estaban admirablemente provistas de lo más delicado en manjares, condimentos, pastelería, cremas, las más bellas frutas de la estación, y vinos de tal calidad, que tratar de ponderar lo excelente de ellos es superior a lo que la pluma pueda *espresar*".[244]

Romero se sentó entre el cónsul Juan Navarro y D. Ignacio Mariscal y, frente a él, se acomodaron los generales Doblado, Ogazon y Mejía. Los tres, junto con Juan José Baz se encargaron de responder a los muchos brindis que preparó Romero para esa noche.[245]

Los corresponsales de los otros periódicos llegaron al "espléndido salón" después de que comenzó la comida. "Al llegar al sorbete", Matías propuso el primer brindis por "la independencia de México", y lo contestó Ignacio Mejía; el segundo brindis de Romero, "por el triunfo de

---

[244] *El Nuevo Mundo*. 23 de octubre, 1864, pág. 1

[245] En ese tiempo se usaba que alguien fuera invitado para responder al brindis del orador principal. De la misma manera, entre los miembros de las juntas patrióticas de California habían adquirido la costumbre de dedicarse y publicar "poemas brindis". Pérez, Vanessa O. *Ibídem*

la causa nacional contra el invasor extranjero…", fue contestado por el general Doblado.[246]

A Pedro Ogazon le correspondió contestar el cuarto brindis de Romero, quien afirmó: "La historia, señores, es *á* veces injusta en sus juicios. Hace inmortales los nombres de ciertos caudillos, mientras que por la dificultad u otras razones deja desconocidos los nombres de millares de *heroes*, que modestamente sacrifican su bienestar, sus familias y sus vidas en defensa de una noble y justa causa, sin esperar ni recibir la recompensa de la fama. ¡Cuántos héroes desconocidos tenemos, señores, de la primera guerra de nuestra Independencia, de nuestras guerras *extrangeras*, de nuestra guerra de reforma, y ahora, de nuestra segunda guerra de independencia! ¡Cuántos más están ahora en vísperas de entrar en este humilde catálogo; y cuán dignos son todos ellos de nuestro respeto, de nuestra admiración y de nuestra gratitud! No es conveniente por lo mismo, que al celebrar este aniversario de nuestra patria, olvidemos aquellos de nuestros conciudadanos, que con las armas en la mano, como es propio de los libres que tienen conciencia de su dignidad, que prefieren la muerte *á* la esclavitud, y que no se intimidan por ninguna especie de sacrificios y privaciones, defienden la causa nacional, y *á* menudo sin paga, sin alimento, sin vestido y hasta sin armas, derraman su sangre y dan alegremente su vida por el honor *é* independencia de nuestra patria. Su imponente actitud conserva todavía libre del yugo *estranjero* una

[246] Romero, Matías. *Ibídem*, pág.626-7

gran parte de nuestro territorio, y es el fundamento en que reposa la esperanza de arrojar al enemigo del que ahora ocupa. Bebamos pues 'A los patriotas que defienden la causa nacional'. Yo invito a nuestro amigo el general D. Pedro Ogazon para que dirija la palabra sobre el punto que ha sido el objeto de estos brindis".[247]

Desafortunadamente, el *New York Herald,* y por ende *El Nuevo Mundo,* no reprodujo ninguna de las palabras de Pedro, y solo mencionó que el general replicó con un largo y animado discurso, en el que afirmó "ninguno debe temer por la causa de *Méjico* porque sus hijos no han perdido todavía la memoria de los primeros fundadores de la república". El discurso "*fué* estrepitosamente aplaudido".[248]

Matías dio al menos una respuesta y cuatro brindis más. Varios otros participaron en ese toma y daca de palabras y tragos por "el presidente de México", por "la prosperidad de los Estados Unidos", por "los amigos de México en los EEUU", "por la prensa de los EE UU", por el Perú y las Repúblicas Hispano Americanas, y otras causas más. Alguien propuso una sociedad americana y Romero contestó que estaba en vía de organizarse y continuaron brindando hasta que el plenipotenciario levantó la sesión.

El banquete fue cubierto por periódicos en todo el país que replicaron la detallada crónica del *New York Herald*. En San Francisco, *El Nuevo Mundo* poco más de un

---

[247] *El Nuevo Mundo.* 23 de octubre, 1864, pág.1

[248] *Ibídem*

mes después, publicó en partes la traducción al español, entre el 21 y 23 de octubre. El artículo concluye que al banquete asistieron mayormente mejicanos, con excepción de “algunos representantes especiales de otras repúblicas hispano-americanas, cuya causa es idéntica con la de Méjico, y cuyos corazones laten con verdadera simpatía con ella, en la noble resistencia que hace ahora contra los invasores de su nacionalidad e independencia”.[249]

Para cuando Maura leyera la traducción en *El Nuevo Mundo* ella ya se encontraría muy lejos de San Francisco, y de Nueva York, preguntándose si su hermano alguna vez volvería a casa.

Paseo a la Casa del Acantilado

Para cuando Sotero Prieto recibió la noticia de que el primo y prometido de su hija Isabel, el teniente coronel Landázuri, había caído prisionero en febrero del 64, ya habían pasado semanas si no es que meses, pero esa bien pudo haber sido una razón para que adelantaran su regreso.[250] También es probable que, al ser de nacionalidad española, el gobierno imperial le ofreciera a Sotero un salvoconducto para que pudiera reingresar a Jalisco y atender sus negocios. Lo cierto es que Sotero y su familia decidieron partir de vuelta a México

[249] *Ibídem*

[250] Pedro Landázuri cayó preso, junto con el general Ghilardi, el coronel Refugio González, otros dos ayudantes de campo y 70 hombres de infantería. Fuente: *La Sociedad*, 10 de abril 1864, pág. 2

después de las celebraciones de las independencias mexicana y chilena.

En el momento en que tomaron la decisión se les presentó el pendiente de qué hacer con Maura y su sirvienta.

—Lo mejor es que Maurita regrese con nosotros —dijo Sotero—, aunque dudo que su hermano esté de acuerdo.

—Debemos preguntarle a Maura para saber qué es lo que *ella* quiere —le respondió su esposa, con empatía femenina.

Sotero estuvo de acuerdo. Hablaría con Maura durante el paseo que tenía planeado para el siguiente domingo.

Para llegar a *Cliff House,* la Casa del Acantilado, tuvieron que contratar mínimo tres carruajes descubiertos para poder disfrutar del recorrido. En cada faetón, que era ligero y alto, cabían cómodamente cuatro personas, pero uno extra de entre los más pequeños podía caber en los asientos paralelos.



Vista de la Casa del Acantilado, o "Cliff House", y los establos para los caballos a la izquierda. **Fuente**: *Cliffhouseproject.com* (D.P.)

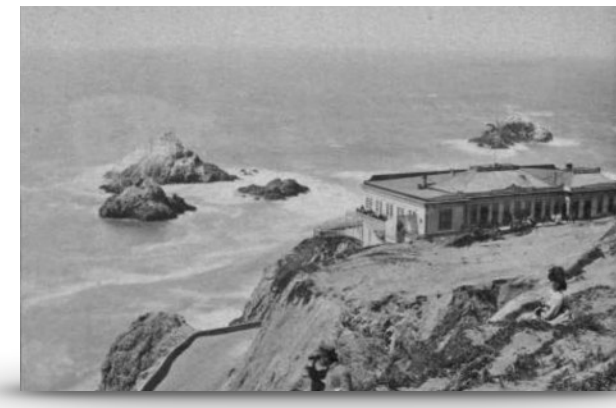
No era mala idea tener un cuerpo adicional e ir un poco apretados, pues las delgadas cobijas con las que cubrían sus piernas no eran suficientes. Todavía era temprano, y la neblina apenas comenzaba a levantarse con los rayos matutinos. En el camino, Maura sintió ese culposo piquete de envidia cuando vio unos carruajes más pequeños, para dos personas, que allá denominaban *buggies,* en los que iban las parejitas de novios, ¡sin chaperón! Incluso alcanzó a ver una joven que llevaba las riendas de un carro, ¡ella sola!

Luego de pasar frente al cementerio de los protestantes y al de los católicos, el océano volvió a desaparecer en una "especie de hondonada". Los faetones se detuvieron frente a una casa.

Al abrir la puerta principal, el efecto era "grandioso y repentino", pues de manera inesperada y *exabrupta* se les presentaba a los pies *el grande Océano.*[251] Los

[251] Gutiérrez, Felipe S. *Ibídem,* pág. 480

familia Prieto, Maura, y probablemente Queta y al menos otra criada que los acompañaba, se quedaron recargados en la barandilla del corredor, contemplando el mar y los dos peñones conocidos como las Piedras de las Focas, o *Seal Rocks*, donde habitaban lobos marinos de diversos colores. Los podían ver "ladrando o mugiendo", sentados o "en pie", saliendo del agua, trepando las peñas o arrojándose al mar.[252]



Las piedras de las focas y la casa del acantilado.
Fotógrafo: Gazeltine. **Fuente**: *Cliffhouseproject.com* (D.P.)

Mark Twain hizo ese mismo recorrido unos meses antes, en julio. Lo llevaron de madrugada en una mañana fría y con mucha más niebla. Con su habitual agudo sentido del humor, Twain describió su experiencia: "No tengo ninguna opinión sobre un viaje de seis millas entre las nubes; pero si alguna vez tengo que tomar otro, quiero dejar el caballo en el establo e ir en globo".[253]

Era tal la neblina que Twain y su acompañante apenas y

[252] Gutiérrez, Felipe S. *Ibídem* pág. 481

[253] Taper, Bernard. *Mark Twain's San Francisco,* pág.48.

podían “ver a las juguetonas focas en las rocas, retorciéndose y escurriéndose como exageradas larvas, y no había nada reconfortante en sus ladridos discordantes para un espíritu tan deprimido como el mío”.[254]

A pesar de lo negativo de la reseña de Twain, la primera versión de la Casa Cliff, construida en 1863, debe haber sido impactante. En el 64 recién habían terminado una carretera privada de cuota y era un paseo popular los domingos. Llegaban jinetes a caballo y cazadores, además de parejas y familias que iban de día de campo para comer o beber algo refrescante o caliente.

Luego de estar un rato frente al mar, el aire húmedo y helado obligaba a la mayoría a entrar de nuevo al edificio y dirigirse al restaurante o usar sus *toilettes*. Eso fue lo que seguramente sucedió cuando arribó la familia Prieto y compañía. Luego de absorber la vista, los más jóvenes quisieron entrar. Sotero pensó que era el momento apropiado para hablar con Maura y le pidió que lo acompañara un rato más allá afuera.

Durante algunos minutos, ni Maura ni Sotero dijeron gran cosa. A ninguno de los dos le incomodaba el silencio. El viento marino transportaba a Maura lejos de su frívola cotidianeidad en ese triste y doloroso destierro. Mientras observaba a las focas y leones marinos asoleándose en los promontorios, pensó en lo agradecida que se sentía con don Sotero. Maura tenía a su hermano Pedro y a su padrino Navarro como figuras

[254] *Ibídem*

paternas alternativas a su estricto padre, José Antonio. Pero ninguno de ellos había sido tan cálido y paciente como don Sotero, quien además era un excelente maestro pues tenía una manera clara de comunicarse. Se notaba cansado con la preocupación por sus once hijos, sus propiedades, el peso de los familiares y amigos, los vivos y los muertos. Todo eso que ocupaba sus mentes de exiliados pero que lo no hablaban para evitar sufrir aún más.

Maura sabía que él le quería decir algo; tenía la corazonada de que la familia Prieto se iba de vuelta a México. Había escuchado un pedazo de conversación, un cuchicheo, y tal vez había notado un intercambio de miradas entre el matrimonio Prieto.

—No sé si sabíais que están ofreciendo indultos y pasaportes para que exiliados como yo que no somos militares, y además somos extranjeros, podamos regresar a ocuparnos de nuestros negocios —Sotero no se detuvo hasta completar lo que necesitaba decir—. Doña Isabel y yo lo hablamos y hemos decidido regresar a Guadalajara lo antes posible.

Aunque lo presentía, Maura no había previsto su propia reacción, tan visceral, al escucharlo. ¡Se iban de vuelta a su amada Guadalajara! ¡Con razón había visto tan contenta a Isabel! Sintió entusiasmo y empatía, pero también envidia, y ansiedad.

—Vigil y Jesús, el hijo mayor de los Camarena, también están discutiendo la posibilidad del regreso aunque ellos se quedarán hasta diciembre —continuó Sotero—.

Pensamos que seremos más efectivos enfrentándonos al Imperio desde dentro.

—¿Y *El Nuevo Mundo*? —inquirió Maura.

—Vigil se encargará de venderlo. Ya incluso tiene un cliente interesado.

Maura no podía sentir total alegría. ¿Qué iba a hacer ella sola en San Francisco? Ansiaba tanto irse con ellos, pero su hermano Pedro no se lo permitiría. Dejó de escuchar a Don Sotero porque comenzó a sentir ese abandono tan familiar y esa hambre enfermiza que la embargaba. En oposición a la efervescencia de la soda que había querido beber cuando llegaron, Maura ahora sentía que comenzaba a caer, en picada.

—Doña Isabel y yo pensamos que no sería correcto que te quedarais aquí sola —dijo Sotero.

Sus palabras detuvieron el flujo de sentimientos que comenzaba a atormentar a Maura: la caída imaginaria. Se calmó y puso atención a lo que le decía don Sotero.

—Es vuestra la decisión. Podéis viajar de vuelta con nosotros, a menos que queráis hablar con el licenciado Camarena, que sería la única familia con la que consideraríamos dejarte. Pienso enviarle un telegrama a tu hermano para avisarle y me gustaría informarle de tu decisión cuando redacte el mensaje.

Maura volteó a ver a don Sotero con un rostro que expresaba magna alegría.

—*¿Cuándo nos vamos?*

Y mirando hacia el restaurante de la Casa del Acantilado, de inmediato preguntó:

—Don Sotero, ¿usted cree que sirvan *pop-sodas*? ¡Esas sí que las voy a extrañar!

Riendo ante la juventud de la muchacha, Don Sotero le ofreció su brazo, aliviado de lo rápido que habían saldado la cuestión. ¡El frío ya le había hecho doler hasta los huesos que no tenía!

De camino a la ciudad, el sol de la tarde resplandecía y no había ni rastro de neblina.

Lo mismo le sucedió a Mark Twain, quien concluiría que todo lo desagradable que había vivido aquel día le había sucedido por levantarse a una hora en la que todos “los cristianos temerosos de Dios” deberían estar en cama.[255]

[255] Taper, Bernard. *Ibídem*, pág.50.

El revuelo del regreso

…Abrumada de pena y desaliento
el sombrío paisaje contemplaba,
y el llanto que mi pecho sofocaba
dejé un instante en libertad correr.
Los recuerdos queridos de la patria
evocaba uno a uno en mi amargura…

Cuando vi en medio de la niebla oscura,
de súbito mi musa aparecer…
"Adiós", me dijo con acento blando,
poniendo un beso en mi abatida frente:
"Si sufre aquí tu corazón doliente
también mi corazón padece aquí.
…voy a esperarte en tus amados lares;
voy a sentarme a tu desierto hogar.
Yo no puedo vivir entre estas nieblas
que me sofocan en su denso velo;
de nuestra patria el trasparente cielo
siempre limpio y azul voy a buscar.

Voy a decir a los que tanto te aman
y lloran tanto tu penosa ausencia,
que si es triste y amarga su existencia,
triste y amarga tu existencia es…"

Isabel Prieto de Landázuri[256]

Tal como sucede al final de largas estancias o travesías, los últimos días pasaron con excesiva velocidad. Tres días antes de partir hizo un fuerte y extraordinario calor.

[256] Fragmento de *¡Oh, patria mía!,* publicado en *El Nuevo Mundo,* 8 de abril, 1864, pág. 2

A mediodía, el termómetro marcaba 27 grados centígrados a la sombra y más de 40 grados bajo el sol. Era domingo y bien pudo haber sido el último día en que Maura vio a su amiga y maestra de inglés.

Presenciar todo lo que Ina sufría para sobrevivir habría sido suficiente para que Maura desistiese de la idea de convertirse en una mujer *moderna e independiente*, si es que en algún momento lo consideró. Lo primero que Maura habría tenido que resolver era de qué viviría. Además de que había pocas opciones de trabajo para las mujeres, ella no tenía ni capital ni muchas habilidades. Había destacado en la organización de eventos de beneficencia, pero nadie pagaba por el trabajo de caridad. Podría haber buscado trabajo como institutriz y haberse encerrado a servir en casa ajena, lo cual seguramente no habría sido compatible con su temperamento. Y a sus 23 años seguía siendo virgen y demasiado escrupulosa para convertirse en modelo, ¡o en cortesana! Maura se reiría de su propio chiste, aunque volvería a pensar en ello años más tarde.

Ina acompañó a Maura a cortarse el pelo. La moda del pelo corto había hecho furor al inicio de la guerra civil en los Estados Unidos, aunque se decía que era cosa de las "damas del Norte", pues habían sido ellas quienes la adoptaron.[257] También es posible que Ina haya invitado a Maura a pasar la mañana en la Playa del Norte, o *North Beach.* Siempre que podía, Ina subía al tranvía

[257] El periódico *Southern Confederacy* en una nota concluía: "Estamos seguros de que ninguna dama sureña permitirá que le despojen de la cabeza *la gloria* de *su hermosa longitud",* 12 de marzo, 1861, pág. 4. (Traducción de la autora)

hasta el final de las vías para recorrer la playa (hoy inexistente) y luego escribía sobre sus reflexiones en dichas caminatas. Maura sintió esa punzada de envidia contra la que tenía que luchar constantemente. Esa libertad se le hacía tan apetitosa. Claro que era una ilusión. Ina no podía vivir la vida bohemia en plenitud, como ella quería, por la misma razón por la que Maura regresaba a México: ambas sentían la obligación de cuidar a sus familias. En el caso de Ina era más una necesidad que un sentimiento. Por más que en Estados Unidos había más derechos y oportunidades para las mujeres, en esencia, la responsabilidad de la familia seguía recayendo en ellas. Hacia el final de su vida, Ina acabó odiando a los californianos, aunque California la considera una de sus grandes escritoras.

Ina habrá pensado que Maura no era lo suficientemente valiente para tomar sus propias decisiones, pero tampoco alcanzaba a comprender cuánta valentía tomaba regresar a un país desgarrado por la guerra, sin saber qué encontrarías al regresar a tu casa. Las dos amigas compartieron una última soda de zarzaparrilla, y como sucede siempre, entre lágrimas prometieron escribirse, aunque lo más probable es que no lo hicieran**.** Ina no tendría tiempo de extrañar su incipiente amistad con Maura. Honestamente, le pesaba más perder a la familia Prieto como clientes que como amigos, aunque quedó muy agradecida con el *mister* Sotero cuando se dio cuenta de que él le había pagado un mes adicional de sueldo como compensación.

Lo que sí resultó inesperada fue la decisión de Queta.

Maura no supo qué decir cuando su acompañante de toda la vida le informó que no regresaría a México con ella porque se había enamorado de un californio que había conocido en el mercado del muelle. Su primera reacción fue intentar prohibírselo, y, pasada la sorpresa inicial, trató de convencerla de que cometía un gran error al quedarse. Pero cuando Queta le enseñó su sencillo anillo de compromiso, la mirada de Maura se trasladó del dedo anular al rostro iluminado de esa muchacha que, en su vida había salido de la ciudad de Guadalajara hasta aquel día en que, valientemente, viajó con Maura para acompañarla en el exilio. Se veía tan feliz y convencida, que Maura se infectó de su alegría y pasó de un irritado asombro a una genuina curiosidad. Le hizo a Queta todo tipo de preguntas sobre el hombre con el que había decidido pasar el resto de su vida y la regañaría cariñosamente por no haber confiado en ella.

Empacar fue todo un reto, con los libros que Maura había acumulado y no pensaba dejar. ¡Y los vestidos! No solo los que ya tenía, sino también los que había visto en *SALE* el otro día, además de las telas que quería adquirir en los mercados chinos donde el metraje de textiles maravillosos era increíblemente barato. También hizo lo posible por despedirse personalmente de la que resultó ser una considerable cantidad de amistades que, sin darse cuenta, había comenzado a cultivar en esos meses.

Durante los ocho días que les tomó el viaje en el vapor de regreso a Mazatlán, Maura, Julia y Clarisa hablaron

de todo lo que iban a extrañar de San Francisco pero que en realidad olvidaron durante el ajetreado y peligroso traslado desde la costa hasta Guadalajara.

Maura volvió a pensar más de una vez en Queta y en Ina. Se preguntaría si Queta sería feliz y recordaría a la poeta yankee con admiración, nostalgia y algo de arrepentimiento, especialmente cuando se encontró en la triste y asolada Guadalajara.

El telegrama

Dos semanas después del banquete en el Delmonico's, Matías Romero recibió una carta con fecha del 30 de septiembre de 1864, en la que Pedro Ogazon le informaba que don Sotero Prieto había enviado *un parte telegráfico* avisándole que había decidido regresar a Jalisco, y que por esa razón recomendaba ya no solicitaran el *exequatur,*[258] es decir, el proceso para que el señor Prieto se convirtiera en el cónsul de México en San Francisco.

Pedro no lo compartió con Matías Romero, pero en ese mismo telegrama, Sotero le había informado que su hermana Maura se iba con ellos, y que la sirvienta, *Queta,* se quedaba.

No hubo tiempo de detener la publicación sobre el exequatur y, por eso, a pesar de que Sotero y su familia se embarcaron el 5 de octubre de 1864, el día 7 la

[258] Romero, Matías. *Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención extranjera (1860-1868),* pág. 383

noticia salió impresa en el *Daily National Republican*.[259]

José A. Godoy fue rápidamente designado el nuevo cónsul mexicano en San Francisco.

De costa a costa

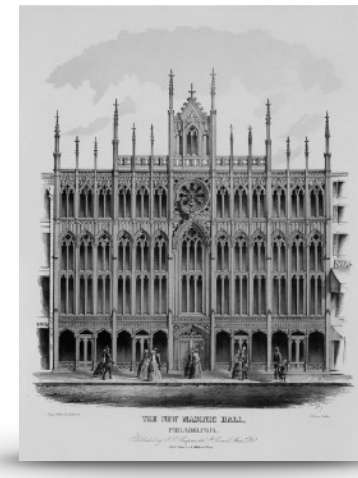
Ese mismo miércoles de octubre en que zarparon los Prieto en el vapor *J.L. Stephens*, el general Ogazon se encontraba en Filadelfia. Su habitación en el hotel Continental era amplia y muy cómoda.

Se sentía complacido y orgulloso de lo que había logrado en sus reuniones con hermanos masones yorkinos y mexicanos residentes en esa ciudad. Pero no dejaba de sentir un vacío lánguido.

Así sería el solitario andar de Pedro durante los siguientes dos años en que siguió en constante movimiento, de costa a costa, esperando las órdenes de Juárez para iniciar la avanzada y expulsar de una vez por todas a esos extranjeros indecentes que ocupaban el gobierno.

Del hotel en Filadelfia, Pedro se dirigió a otro en Nueva York y semanas después partió de vuelta a San Francisco, adonde ya no estaría su hermana.

[259] 7 de octubre, 1864, pág. 4



Izquierda: Salón Masónico en Filadelfia, donde probablemente estuvo Pedro Ogazon buscando inversionistas, y donativos. Litografía de Jacob Aub & Tholey, C. P. (1855). **Fuente:** LOC (D.P.)

Derecha: Nota de periódico del 5 de octubre de 1864 con la lista de los recién llegados al Hotel Continental en Filadelfia, en la que aparece el General Pedro Ogazon. **Fuente:** *genealogybank.com* (D.P.)

CONTINENTAL HOTEL.

C D White, N Y
F S White, do
J B Kerr, Md
J W Bird, N Y
S S Hepworth, Boston
E E O'Brien & fy, Wash
E F Watkins, N Y
J del Calvo, Havana
W M Claney, Pitts'gh
H N King, do
W P Worldridge, do
W S Hedges, N Y
E M Smith, do
L Jones, Hopkinsville
W M Wiley, Pa
J H Downing, Oil City
S M Rier, Pittsburgh
O W Richetson, do
Mrs J A P Allen, N Bed'd
J Allen, do
E List & wf
E Lee
J S Warner, Jr, N Y
J Birch Green & lr
Miss C Mitchell, Md
A P Gilbert, do
R P Gorman, Wash
E L Cushman, do
Mrs C P Chouteau & fy
L A Osborn & wf, N Y
L B Livingston & sn, Md
H T Willard, Vicksburg
Geo H Howes, Nashville
C O Gredley & wf, N Y
Henry J Rudisill & wf
Mrs J E Heil, Ind
O T Churchill, N Y
Jos H Barrow, do
J G Kenton, do
M H Hewms, Hartford
A Stephens, Cleveland
Charles A Shaw, Maine
Horace Woodman
H A Snow, Wash. D C
F W Plummer & wf, Balt
T J Carson, do
John M Moore, N J
D M Boyd, N Y
E B Deck, Meedville
J C F Finney, N Y
W B Farwell, Cal
R F Dunn, Ark
B W Clapp, N Y
E S Smith, Wash, DC
F Gimmel, N Y
C Toppan, Boston
A B Bennett, N Y
A K Coggswell, N J
P W Spader, do
Capt G W Curry, Md
A G Taylor, E Tenn
D G Youngling & la, Pa
J A Beyer & fy, N Y
S G Archibald, Halifax

E Faucett & wf, Pitts'gh
O Brinton, Jr, Ches co
R M Smyth, Md
Miss Ella Smyth, do
J M Call & wf, Boston
J S Roorg, N Y
M Treacyen, do
S Paguaga, do
E Knabe, Balt
Miss Kendall, Boston
J E Reeside, Wash
R Ashworth, Pittsburgh
A Reese, do
J M Kelly & wf, Cin
C T Sherman, Ohio
C A Moulton, U S A
H Ogievee, Mt Vernon
T J Oakley, N Y
J Caldwell, Boston
C F Manson, do
O H Baldwin, Vicksburg
C H Martin, N Y
R Huylis, Pittsburgh
D A Caldwell, Harrisburg
Chas Hovey, Lowell
Geo W Snyder, Pottsville
R W Shenk, Lanc
D R Bowker, N Y
Miss M B Thomas, Pa
Miss Jennie Brinton, do
Caleb Brinton, West Ches
A R Hazelton
R E Lazonby, N Y
W B Carter, E Tenn
J M Candal, U S A
M T O'Hern, Balt
W M Bates, N Y
Geo T Brown, Wash
F C Pitts, Balt
A C Translolt, N Y
Geo A H Blake, Wash
B L Foster & wife, Pa
S B Bentley, Wash, D C
Judge Hart, do
Wm Frick, Chester, Pa
Miss Emma B Frick, do
A N Dill&wife, Lewisburg
W H Dill, Wmsport
G W Smith, Marietta, Pa
L Sharpe, Providence
J R Bagwell & wf, N Y
W J Shreve, do
M H Perry, do
A Graves, do
Miss C E Grimson
Ed Lockman, Balt
Miss A Ballard, do
Gen Pedro Ogazon, N Y
Col F Millen, N Y
P Haldeman
Miss C E Haldeman
L P Haldeman
John Grove, Danville
Mrs J P Grove, do
Miss Grove, do

A su regreso a la costa oeste principios de diciembre, es posible que Pedro se quedara con la habitación que rentaba Vigil; para entonces, Maura y los Prieto ya estaban en Guadalajara.

Pedro sabía que Vigil tenía boletos para salir el jueves 22 de diciembre rumbo a Manzanillo en el vapor *Golden Age,*[260] así que se dedicó a escribir algunas cartas para

[260] De acuerdo a la lista de pasajeros publicada en el *San_Francisco_Bulletin.* 22 de diciembre, pág.5. Junto con Vigil viajaron a México los hermanos Castaños, y Jesús, el hijo de don Camarena.

que el editor le hiciera el favor de entregarlas a su padre, a Maura y sus hermanos cuando llegara a Guadalajara. Nunca se explayaba mucho en esas misivas familiares, pero les dejaba saber que estaba bien y les pedía se cuidaran en lo que regresaba. En realidad, su mente la tenía concentrada en la reunión que presidiría al día siguiente de la partida de Vigil, es decir, el viernes 23 en las oficinas de *El Nuevo Mundo*. La reunión se convocó *"*con el objeto de ir *á* ofrecer nuestros respetos al señor cónsul nuevamente llegado D. José A. Godoy".[261] El breve comunicado concluía: "Esperamos que todos los mejicanos *á* cuyo conocimiento llegue esta noticia, se sirvan obsequiarla con su puntual asistencia, en el local y hora indicada".[262] Las oficinas del periódico estaban ubicadas en el segundo piso de la esquina suroeste de Jackson y Sansome".

Pedro pudo haber conservado los servicios de la que había sido la sirvienta de Maura, sin embargo, si Queta se quedó en San Francisco, no fue para seguir viviendo a la sombra de los Ogazon. Además, lo más probable es que luego de casarse, Queta se dedicara a su hogar, o quizás consiguió trabajo limpiando la casa de algún californio adinerado. A Pedro no le hacía falta, durante los años que estuvo en el ejército, y a diferencia de otros oficiales, nunca tuvo quien le sirviera. Además, en la casa de huéspedes donde se alojaba o con su familia

---

[261] *El Nuevo Mundo,* 23 de diciembre, 1864, pág.3. Dada la coincidencia de las fechas, lo más probable es que Pedro y Godoy hayan viajado juntos desde Nueva York.

[262] *Ibídem*

anfitriona, le daban alimentos y servicio de limpieza. Tampoco había razón alguna para que Queta se pusiera en contacto con Pedro, aunque él pudo haberla buscado para asegurarse de que estuviera bien o incluso para ofrecerle alguna compensación económica.

Queta ya le había enviado una carta a su madre con la señorita Maura. Luego de la decepción de no verla llegar, la madre de Queta habría recibido la carta de manos de la niña Maura, sin saber que tardaría años en recibir la siguiente. En la carta, Queta le rogaba que la perdonara, y por supuesto, le pedía su bendición. Luego de explicarle su decisión, le contó que ahora recibía un salario mucho más alto de lo que ambas habían ganado en toda su vida sirviendo a la familia Ogazon.

A Pedro le parecía justo que los criados recibiesen salarios más altos. Por lo mismo, en San Francisco, muchas familias de clase media no tenían sirvientes, las personas estaban acostumbradas a ir al mercado y atenderse a sí mismas, sin sentirse degradadas. Además, el lechero, el panadero, y el carnicero ofrecían servicio a domicilio. Repartían muy temprano los artículos a las casas, y si no había nadie, dejaban las cosas en el porche.

Imagino que Pedro iba a comer a *La Estrella de America del Sur*, en la calle de Broadway, entre Kearny y Dupont, una fonda a cargo de la señorita Estefania Abello, quien desde su apertura en julio del 64 se anunciaba en *El Nuevo Mundo* afirmando que en su local no se omitía sacrificio alguno, "*á* fin que su buen

servicio y aseo [corresponda] al ilustrado público Hispano-americano. La comida será al uso de *Méjico*", y añadía: "Se preparan comidas particulares al gusto del interesado".[263] Lo mejor eran sus precios; la comida con vino costaba 50 centavos.[264] Pedro también disfrutaba comer en "las barras", como se decía en versión hispanizada al referirse a los bares, "donde al parroquiano se le ofrecía un bufete de ocho o diez guisos, como podían ser pavo asado, pierna de carnero, jamón en vino, macarrones, queso, aceitunas, etc".,[265] o en las muchas fondas italianas que había en la ciudad, ya que, "por tan solo cuatro reales le servían seis platillos abundantes, media botella de vino o cerveza, fruta o dulce, café con leche o cognac".[266] En ocasiones, se daba el lujo de comer o cenar con algún amigo, o compañero de la logia, en el restaurante francés de la calle Clay. Por la noche, si no tenía otro compromiso, salía a caminar.

Pedro no era de recorrer las calles atestadas de marchantes ni le gustaban los grandes almacenes inundados de luz. La ciudad ofrecía mucho entretenimiento nocturno con sórdidos salones de baile, casas ilegales de juego y barras que ofrecían espectáculos de chicas. La mayoría de estos cafés

---

[263] *El Nuevo Mundo*, 1864

[264] Un peso mexicano en esa época equivalía a ocho reales, así que 50 centavos vendrían a ser 4 reales, que parece era el promedio de lo que costaba una comida corrida en el San Francisco de 1864.

[265] *El Nuevo Mundo*, 1864

[266] Gutiérrez, Felipe S. *Ibídem, pág.* 435

cantantes y cantinas se encontraban en los sótanos de las casas que también eran utilizados como bodegas.

Pedro prefería asistir a lo que él consideraba espectáculos de calidad, es decir, a la ópera o al teatro, aunque por lo general se quedaba en casa a leer. Cuando iba a algún local era para reunirse con posibles patrocinadores de la causa liberal mexicana, es decir, con gente adinerada. El lugar para ello sin duda era la calle de Montgomery. Ahí, aunque no conocieras a nadie, podías conocer a todos aquellos que eran, creían o decían, ser *alguien*.



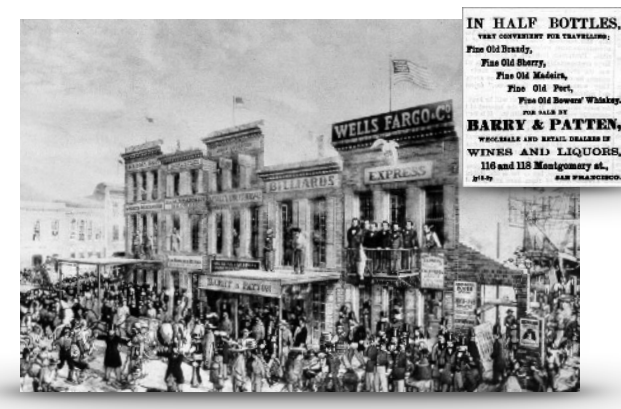


Izquierda: Templo Masónico en la calle Montgomery, San Francisco, CA. **Fuente:** HDL (D.P.)
Derecha: El Hotel Occidental, en la misma ciudad y calle. **Fuente:** SCL (D.P.)

Pedro debió haber sido uno de los muchos caballeros que, después de la reunión en la logia en el cercano Templo Masónico, acudían elegantemente vestidos a jugar billar en el Hotel Occidental. Éste “se elevaba por encima de todos los demás edificios en sus alrededores y era visible desde fuera de la ciudad. Sus habitaciones

eran elegantes y espaciosas"[267] y el restaurante, uno de los lugares de reunión informales donde se daban las discusiones políticas y de negocios más importantes de la ciudad. En ese hotel tenía sus oficinas centrales el semanario *Golden Era,* para el que escribía Mark Twain, por lo que es factible Pedro se cruzara con él más de una vez, sin saber quien era.

Sobre la calle Montgomery también se encontraba el palaciego *Lick's House,*[268] un bar para la alta sociedad, supuestamente modelado de acuerdo al salón de banquetes de Versalles, aunque Pedro preferiría el *Barry & Patten's,* mucho menos pretencioso, a pesar de que en ocasiones era demasiado ruidoso.



Arriba: Barry & Patten, Wells Fargo y otros negocios en la calle de Montgomery, 1852. **Fuente:** Sonoma Library Digital Collection (D.P.)

Inserto: Anuncio de Barry & Patten ofreciendo medias botellas, "muy convenientes para los viajeros". **Fuente**: *Virtual Museum of Historical Bottles And Glass* (D.P.)

---

[267] MacCrellish, Frederick, "The Montgomery Street Buildings*". Daily Alta California.* San Francisco. December 3, 1861, pág. 1.

[268] *Lick's House* literalmente significa Casa del Lengüetazo

Pedro no gustaba de beber demasiado, pero sí de conversar, y sobre todo escuchar. Sobrio, austero, honrado y trabajador. “¡Eres más chino que mexicano!”, un día le dijo en broma su hermana Maura. A Pedro no le molestó, reconocía que los chinos eran *extraordinariamente* trabajadores. No solo laboraban por la mitad del salario que exigían las demás nacionalidades, su trabajo era excelente y constante. No dejaban de laborar por andar bebiendo cerveza como la mayoría de sus compatriotas.

En todo caso, Pedro al menos tenía la certidumbre de que su hermana había llegado con bien a Guadalajara. Aunque luego se a Maura imaginó con su padre y Rosario, o peor aún, sola en su casa. La casa de Pedro se encontraba vacía desde su partida, y Pedro no dudaba que Maura asumiría posesión de la misma, lo cual no le molestaba, le preocupaba. Pero, sabía que era inútil hacerlo y mejor ocupaba su mente en observar y reflexionar sobre otras cosas, por ejemplo, lo que le fascinaba de aquel complejo país, especialmente la manera en que habían logrado el equilibrio social con tal mezcla de culturas y actitudes. No se engañaba, por lo que alcanzaba a ver, era una sociedad tan escandalosamente corrupta como la mexicana, pero en la que se sostenía una paz y crecimiento aparentemente más equitativos gracias a los efectos de la ley y del trabajo. O al menos, así lo percibía el ojo liberal del general. Lo que sí no soportaba era esa tendencia a la exageración. Todo tenía que ser inmenso, sobre todo los anuncios, que no solo eran coloridos, sino redactados de manera estruendosa. Aún

cuando las cosas eran un poco más moderadas en la costa este, donde había un mayor respeto por la tradición, la sensación seguía siendo parecida. En ambos extremos había "una tendencia natural a vestirse con excesiva elegancia, a excederse al decorar, y a exagerar en casi todo".[269] Le parecía que los estadounidenses empleaban el engaño para todas sus cosas.

Twain y los bohemios entendieron esta necesidad de "agrandar" lo cotidiano, y contarlo de modo que provocara la risa. "En cualquier zona fronteriza, la risa era el gran unificador. En una sociedad donde nadie se conocía, la risa creaba un sentido de comunidad. No se trataba del cortés mostrar dientes de los salones orientales, sino de la carcajada cómplice, la risotada purificadora de gente comprometida a diario en la misma lucha. Vivían vidas duras, en entornos extraños y a menudo aterradores. El humor les ayudaba a aliviar su tristeza y aislamiento. Tornaban los hechos poco divertidos de la existencia fronteriza en ficciones cómicas surrealistas —'cuentos chinos'— que les permitían reírse de sí mismos y vincularse por lo que tenían en común".[270]

Era parecido a lo que sucedía en la guerra, pensaría Pedro. En el campo de batalla, y sobre todo conforme se fue eternizando el conflicto armado en México, Pedro escucharía ese tipo de humor exagerado, en los

---

[269] Tarnoff, Ben. *Ibídem,* pág.38

[270] *Ibídem*, pág. 74

corridos y décimas, y en las historias alrededor de las fogatas. Pero era distinto, pensaría, dándose cuenta no solo de cuanto extrañaba el español, porque el humor es intrínseco al idioma y a la cultura, sino el simple hecho de estar con los compañeros descansando cerca del fuego, luego de haber ganado —o perdido— una batalla más, sintiéndose agradecidos de estar vivos y, por eso mismo, riendo a carcajadas. En algún momento pensó que en México, aunque se exageraba en los poemas y en las historias, se solía hablar en diminutivo, ¿por qué sería?

A Pedro se le ocurrían ese tipo de preguntas fugaces, para las que no siempre tenía la respuesta, y no era raro encontrarlo en cualquiera de las bibliotecas de las dos ciudades donde residió, intentando responderlas, y si no lo conseguía, hallaba algún otro tema con el cual alimentar su siempre ávida mente.

En casa, bajo el Imperio

¡Qué casita tan linda, fresca,
Mi bien, es la tuya!
¡Cuántas flores abriendo en la sombra
Sus vívidas urnas!
Enramadas, misterio, perfumes
Silencio y penumbra,
Cortinajes vistiendo de rosas
Las altas columnas.
Hay naranjos de copas floridas,
Racimos de frutas,
Y los plátanos verdes, sonantes,

Bordan sus cúpulas.
Madreselvas trepando en los arcos
Al aire columpian;
Los arriates entorno se ostentan,
Los insectos cruzan.
Las brisas cual olas de olores,
¡Cuán leves murmuran!
Y doquier hay parleros *zenzontlis*,
Palomas que arrullan
Corredor que los rayos solares
Apenas alumbran,
Un patio que baña en silencio
Romántica luna;
La sala, su mística alcoba,
Su vergel en suma,
¡Los vi en estático a robo,
Con santa ternura!

Aurelio Luis Gallardo[271]

Al arribar del largo viaje desde la Alta California y entrar a la casa de su padre en Guadalajara, Maura sintió gran alivio al ver que, a pesar del descuido y de la guerra, la propiedad seguía prácticamente igual. Quizá necesitaba un poco de mantenimiento y limpieza en algunas partes, pero no cesaba el movimiento, ¡con tanto niño! Dolores había cumplido los 15 años, el más pequeño de sus hermanos, Arcadio, tenía 5, y su madrastra, Rosario, estaba a punto de parir.

Además de los trabajadores, en la finca había perros, vacas, cerdos, burros, mulas, caballos y gallinas. Maura

[271] VV.AA. *Florilegio Jalisciense,* págs. 104-5

recorrió la casa de su infancia, volvió a admirar los altos techos y sus paredes de piedra, y escuchó el eco en los pasillos mezclándose con los sonidos tanto de los pájaros que mantenían en jaulas como de las aves que vivían en los frondosos árboles y pasaban volando por los aires. El patio de la casa de su padre era un paraíso en miniatura, fresco en las madrugadas y excesivamente soleado a mediodía, con plantas de todo tipo, incluidos árboles frutales y muchos rosales en macetas de distintos tamaños. Al medio, la fuente y, alrededor, las habitaciones y los amplios pasillos donde se sentaban durante las tardes en la época de calor. Cuando hacía frío, usaban constantemente el gran salón de la planta baja, donde cosían o practicaban música. El piano continuaba ahí, aunque un tanto desafinado; parecía que nadie practicaba ni tomaba clases en él.

El clima en octubre era seco y agradable. ¡Cómo había padecido Maura con la humedad y nubosidad constantes en California! Y eso que había sido el año más seco de la centuria, prácticamente sin lluvia. Respiró profundamente, apreciando los olores entremezclados del jazmín y de las rosas. Maura se sintió agradecida, incluso bendecida, de que, en general y a pesar de las precariedades, en casa de su padre, la vida no había cambiado gran cosa.

A Don José Antonio Ogazon le dio gusto ver a su hija. Se veía muy debilitado, lo cual no pasó desapercibido para Maura. Rosario no salió a recibirla, pues pasaba la mayor parte del día recostada. Quizá fue un momento de reconciliación para los tres, sobre todo para ambas mujeres; Maura aceptó ser madrina de la hija de su padre

y madrastra quien nacería un martes, 1º de noviembre, y a quien bautizaron tres días después, con el nombre de María del Carmen Carlota.

Pocos en casa se percataron del corte de pelo de Maura, pero debe haber causado gran revuelo en la comida que se organizó luego del bautizo de la pequeña. En realidad, ni el padre de Maura ni su esposa Rosario socializaban mucho. Entre los embarazos y partos de Rosario, la edad avanzada de José Antonio, la situación política y el caos en las calles, sus vidas cotidianas se limitaban a ir de una propiedad a otra, visitando mayormente a las pocas familias que se habían quedado, aunque poco a poco todas parecían estar regresando a pesar de que Guadalajara seguía ocupada por los franceses. Pedro y su primo Vallarta tenían enemigos variopintos en toda la ciudad, así que Maura tuvo que mantenerse resguardada, al menos los primeros meses. Sin duda se sintió sumamente aburrida y más de una vez se arrepintió de no haberse quedado en San Francisco. Siempre ingeniosa, Maura encontraría maneras de entretenerse. Por las tardes, o temprano al amanecer, recorría la finca a caballo. En el día se dedicaba al cuidado de sus hermanos más pequeños. Si no les enseñó ella personalmente a tocar el piano, consiguió quien lo hiciera. Finalmente aprendió a cocinar. Ayudó a Rosario a llevar la casa, y acompañó a su padre, quien ya no alcanzaba a leer los periódicos sin lupa y le costaba trabajo moverse.

Rosario también se veía excesivamente demacrada. Le llevaba escasos diez años a Maura, pero parecería que fueran veinte; ahora sí podría pasar por su madre. Por

sobre Maura pasaría la sombra de una intuición: las responsabilidades venideras. No podía evitar sentirse preocupada por el futuro de sus hermanas menores y el propio. Para las mujeres, la vida continuaba siendo una promesa de románticos desvelos.

A pesar de la limitada vida social que había en la capital de Jalisco, los jóvenes no perdían cualquier oportunidad que se les presentaba para divertirse. Era en esas funciones o bailes, o en alguna feria regional, que las solteras podían conocer a sus futuros esposos. La dependencia que sufrían era disfrazada con vagas ilusiones de una vida despreocupada en la que un hombre amable —y amador — cuidaría de su porvenir y se ocuparía de sus necesidades. El matrimonio era en realidad una fantasía que raramente se cumplía, pero eso no detenía a las jovencitas de seguir insistiendo en el sueño.

En algún momento el ejército francés dejó de apresar a las esposas e hijos de los militares liberales y Maura llegaría a sentirse cada vez más cómoda asistiendo en las funciones públicas de la capital tapatía. Los franceses tenían fama de “civilizados”, y el austríaco Maximiliano resultó ser más liberal de lo que a muchos conservadores mexicanos les gustaba, especialmente a los más retrogradas en el clero.

Y mientras Pedro seguía su ir y venir de costa a costa, la guerra en México continuó, ciega y cruel; ciertamente hubo muchos militares galos que se distinguieron por su crueldad, racismo y violencia.

1865-1867

Guerra es barbarie, matanza,
Es ceguedad, es desastre,
Y no hay que pedir al cuervo
Del chupamirto el plumaje
[…] Mientras ella grita erguida
Vale más el que más mate.
Así cobró su importancia
El hombre que va á ocuparme,
El terrible Antonio Rojas
Que es alma de mi romance.
[…] ¿Y por qué le soportaban
Los liberales más dignos? […]
-Porque la guerra es barbarie.
Porque es la fuerza delirio,
Porque el desorden domina
En donde sucumbe el juicio;
Y porque amando a su patria
Con ardiente fanatismo,
Infatigable, abnegado,
Le prestaba sus servicios
Despreciando conveniencias
Y olvidado de sí mismo.

Guillermo Prieto[272]

Las cabezas

El 27 de febrero de 1865, Alfredo Berthelin entró triunfante a la ciudad de Guadalajara, tras asesinar a

[272] Prieto, Guillermo. "Romance en el que duele el alma porque se trata de un chinaco pior que el mesmo demonio", *Colección de Poesías Escogidas*. págs. 247-249.

Antonio Rojas. Habían acabado con la vida de aquel que parecía invencible. Tan temido como respetado, el valiente coronel Rojas no despertaba sentimientos ambiguos o tibios: era desprecio o gran admiración, odio puro o lealtad absoluta.

"Se decía en todos los pueblos del sur de Jalisco que Berthelin era mil veces más bandido que Rojas".[273] Al menos el jalisciense tenía la justificación de su resentimiento de clase, su indignación ante la injusticia e, incluso, el hambre y la desesperación, como era el caso de la mayoría de sus "galeanos".[274] Pero el capitán Berthelin era "un racista sediento de sangre, un tigre incluso en la victoria. Se distinguía por su afeminada vestimenta, y se adornaba con joyas extravagantes tales como anillos, afeites y perfumes".[275] Le llamaban *La Hiena Roja,* aunque también recibió el apelativo de *La Avispa.*

Maura no solo conoció personalmente a Rojas, sino que sabía cuánto le debía su hermano a aquel hombre hosco y seco. También sabía que había sido el coronel Rojas quien, a pesar de la negativa del gobernador Ogazon, le regaló unas botas a *La Riesch* cuando ella decidió unirse a la lucha armada. A cambio, Ignacia le salvó la vida a Rojas.

---

[273] La cita continúa: "…Se contaban en más de 500 las víctimas que había hecho en sus correrías, habiendo días en que mandaba fusilar a cuantos mexicanos encontraba… se le veía como un monstruo salido del averno". Paz, Ireneo. *Algunas campañas, Tomo I,* pág. 204

[274] Galeanos era como se les conocía a los hombres de Antonio Rojas.

[275] Vanderwood, Paul. "El bandidaje en el siglo XIX: una forma de subsistir", *Historia Mexicana,* pág. 51

Sus vidas siempre entrelazadas por la muerte.

La tristeza de Maura se transformó en absoluta vergüenza, pero sobre todo en indignado espanto, cuando se dio cuenta de que, al desfilar en su entrada por Guadalajara, el pelirrojo Berthelin exhibía la cabeza de Rojas. Quizás por primera vez, Maura sintió verdadero odio hacia una persona en particular y hacia los franceses en general (al menos los imperialistas), al ver a *La Avispa* pasearse por Guadalajara como vanidoso matador luego de haberle dado la estocada mortal a un honroso animal que lo había embestido limpiamente durante una larga y fatigosa faena.

Llamado triunfador inmortal y pacificador del sur de Jalisco,[276] Berthelin fue ascendido y a los pocos días salió de nuevo para combatir y acabar de una vez por todas, según él, con la guerrilla.

Maura deseó tener un rifle, pero la venganza que anhelaba, no le tocaría a ella ejercerla.

Recordando a Antonio Rojas

> *Ogazon era un militar pundonoroso, humanitario, respetuoso de la desgracia del caído, incapaz de cometer el menor acto de pillaje, de ejercer la menor venganza, y sin embargo, el brazo derecho de Ogazon fue otro héroe, desgraciadamente el primer bandido del país: el coronel D. Antonio Rojas, que había nacido para gran soldado por su valor y su gran*

[276] Romero Pérez, Juan Francisco. “Antonio Rojas y el Güero Mónico Tepatitlenses”, Boletín del *Archivo General Municipal e Histórico de Tepatitlán.*

inteligencia guerrera.

Francisco Bulnes[277]

Pedro se enteró de los detalles de la muerte del chinaco Rojas probablemente en boca de su primo Vallarta cuando éste llegó a San Francisco en marzo de 1865.[278] Lo primero que le vino a la mente fue la inolvidable imagen del arisco y suspicaz coronel bailando con su hermana Maura. Sonrió por lo incongruente de la asociación, pero la entendió, pues en ese momento extrañó mucho a su hermana, no solo porque habría sido la primera con quien habría compartido la noticia, sino una de las pocas personas que comprendería su pesar.

En tiempos de guerra, era terrible cuando tus amigos y aliados dejaban de serlo, cuando te apuñalaban literal o literariamente por la espalda, pero era aún peor cuando tus compañeros de lucha, los más cercanos, los que te salvaron la vida y te acompañaron en la vigilia, se iban antes que tú. A esos sí que dolía perder y así debe haber sido para Pedro. No habrá dicho gran cosa, pero es posible que haya llorado la muerte de su aliado, aunque nadie le haya visto hacerlo.

Nacido en Mascota, Jalisco, Antonio Rojas era “alto, fornido, de ojos negros y grandes; la cara poblada de barba y el semblante feroz y terrible cuando se enojaba, y nada antipático cuando estaba contento y se

---

[277] Citado por J. Fernández Rojas, “El Nerón de Jalisco”, *La Prensa,* 22 de junio, 1944

[278] Carta de Vallarta publicada en *El Siglo Diez Y Nueve,* 28 de octubre, 1867, pág. 2

chanceaba".[279] Mestizo, "muy trigueño" y colorado, era un *Hombre Masa,*[280] "miraba de frente sin inmutarse" y "hablaba con suficiencia, como quien tiene la costumbre del mando".[281]

Rojas y Ogazon se conocieron en los cincuenta, luego de ser rechazada la solicitud de Rojas para unirse al ejército de Jalisco.[282] Para cuando Pedro pasó a ser secretario del entonces gobernador, Pedro había estrechado su vínculo con el guerrillero a quien apodaban "El Matacuras". No en vano Pedro había estudiado tantos años y conocía *de pe a pa* la historia militar mundial. Sabía que la guerra de guerrillas había sido esencial, incluso determinante, para que muchos pueblos sometidos lograran liberarse de sus opresores; este había sido el caso, sobre todo, de pueblos mal comidos y mal armados, como lo era el mexicano.[283]

Cuando Pedro, ya designado gobernador suplente en 1858, mandó a colgar al coronel Piélago y su

---

[279] Rivera, Agustin. *La Reforma y el Segundo Imperio,* págs. 32-33. El Dr. Rivera también describió a Rojas como "el bandido *mas* notable de los que ha habido en México desde 1821 hasta *hoi*".

[280] Así lo definió Mariano Azuela.

[281] Paz, Ireneo. *Algunas campañas,* pág. 93

[282] Beiza Patiño, José. "Antonio Rojas: bandido, guerrillero, y patriota. Parte I". *El Informador,* 17 de julio, 1988, pág. 12

[283] "El combate mediante guerrillas fue una táctica bastante socorrida en el México del siglo xix. Si bien era criticada por ser opuesta al enfrentamiento 'honorable' que imperaba en la doctrina militar de aquellos años, podía llegar a ser bien manejada por ejércitos compuestos por hombres con muy poca o nula disciplina militar… el principal objetivo de la guerrilla versaba en el hostigamiento a las tropas enemigas de forma irregular y sorpresiva, atacándolas desde puntos en los cuales una fuerza menor podía ocultarse para después escapar a caballo "impunemente". Segura Muñoz, Iván. "Las aventuras y desventuras de un guerrillero. Antonio Rojas y los Galeanos de Jalisco", *Revista BiCentenario Núm. 46*

achichincle Monayo, Rojas reconoció que el general "sí sabía lo que se traía entre manos"[284] y fue a reunirse con él para ver cómo podía ayudarle. Entre lo primero que Pedro dispuso fue "autorizar a Rojas y los otros jefes de gavillas a que organizaran guerrillas para hostilizar a los conservadores… Por este acto político, a partir de entonces se trabó entre Rojas y Ogazon una estrecha relación, el primero como subordinado y el segundo como jefe y protector de aquel".[285] Con su "petulancia e insolencia acostumbradas",[286] Rojas se consideraba el brazo derecho de Ogazon.

Era tan buena la actividad guerrillera de Rojas, "que para antes de que terminara aquel año de 1859 ya era jefe superior de toda una sección del ejército constitucionalista",[287] la llamada Sección Rojas. No solo era valiente, "no tenía un pelo de tarugo",[288] y de no haber sido tan violento, le habrían reconocido lo brillante: "aprendido de escuela era a firmar poniendo en la rúbrica una especie de calavera que siempre se tuvo como de mal agüero y que a muchos hizo temblar".[289]

---

[284] Azuela, Mariano. *Obras Completas,* pág. 417

[285] Beiza Patiño, José. *Ibídem*

[286] Azuela, Mariano. *Ibídem,* pág. 385

[287] Beiza Patiño, José. "Antonio Rojas: bandido, guerrillero, y patriota. Parte II". *El Informador,* 31 de julio, 1988

[288] Azuela, Mariano. *Ibídem*, pág. 409

[289] Ireneo Paz citado por Beiza Patiño, José. "Antonio Rojas: bandido, guerrillero, y patriota. Parte I", *Ibídem*

En octubre de 1858, Santos Degollado —para entonces secretario de guerra—, recuperó la ciudad de Guadalajara y capturó como prisionero al general Blancarte. A cambio de su rendición, Blancarte firmó unos acuerdos en los que Degollado aceptaba suspender hostilidades y liberar a jefes y oficiales del bando conservador. Esto causó muy mala impresión entre los constitucionalistas que deseaban sacrificar a Blancarte, sobre todo porque éste había asesinado al general Herrera y Cairo.

Cuando Degollado le perdonó la vida a Blancarte, el coronel Rojas le perdió totalmente el respeto. En su opinión, no eran épocas para ser *caballeros*. "Ogazon mismo con su carácter de gobernador, se permitió hacer una censura al general en jefe, interpelándolo para que le dijera si conforme a tales convenios tenían derecho Blancarte y los suyos para vivir en el estado sin que pudiera perseguírseles, cuando habían cometido crímenes, a pesar de lo cual se les había conseguido garantías".[290] En opinión de Pérez Verdía la nota de censura de Ogazon era improcedente y antipatriótica, y cuenta, además, que el Licenciado Emeterio Robles Gil, cercano a Pedro, se encontró con otro militar liberal, Don Julio García.

—¿Qué tales trataditos hizo don Santos? —supuestamente dijo García a Robles Gil—. Pero no hay cuidado porque ya tenemos orden de don Pedro para

[290] Pérez Verdía, Luis. *Ibídem*, págs. 61-62

matar a Blancarte.[291]

El 30 de octubre, junto con un pelotón de sus subordinados, Rojas entró a la casa donde se encontraban prisioneros Blancarte y otros oficiales. Antes de matarlos a balazos, Rojas supuestamente dijo: *¡No cambiamos el pescuezo por indulgencias!* [292] Degollado intentó proceder de inmediato en contra de Rojas, quien salió de Guadalajara supuestamente protegido por el general Rocha, "y con el disimulado apoyo del gobernador" Ogazon.[293]

En más de un sentido, Degollado era lo opuesto a Rojas: delgado, delicado y sumamente educado, con un sentido del honor más cercano al del aristócrata europeo que al del soldado común. En cambio, Rojas era "sesgo, torvo, desconfiado",[294] pero a la vez "bonito de veras… cuando estaba de buenas",[295] capaz de quitarse el bocado de la boca si algún soldado "se quedaba sin rancho".[296] Pedro Ogazon supo navegar entre ambos líderes, hombres de mundos separados y enfrentados, aunque en el mismo lado, el de la patria. Pedro tuvo siempre la habilidad de entender la posición del *otro,* fuese Lozada, Rojas, Vega o Juárez, y al

---

[291] *Ibídem*

[292] Rivera, Agustín. *Ibídem,* pág. 104

[293] Pérez Verdía, Luis. *Ibídem*

[294] Prieto, Guillermo. *Ibídem*

[295] Azuela, Mariano. *Ibídem,* pág. 411

[296] *Ibídem,* pág. 417

tiempo que intentaba resolver los conflictos mediante diálogos y acuerdos, también sabía mantenerse honesto y firme, como liberal puro que era. Pedro no solo compartía la posición de que no eran tiempos para andar con medias tintas, siempre valoró la lealtad, claridad y congruencia de Rojas, en cambio, Santos Degollado había resultado ser un tibio**.**

La lógica de Rojas era innegable, e Ireneo Paz lo ilustra mejor que nadie, en voz del mismísimo coronel: “Esta que estamos sosteniendo es una guerra nacional en que no puede haber mas que dos partidos: el de los imperialistas y el de los liberales. Los liberales son los que se hallan con las armas en la mano, como debieran hallarse todos los mexicanos, defendiendo la independencia. Todos los que se encuentran capaces de sostener un arma y no lo hacen, son traidores, aunque ellos vengan *á* engañarnos diciéndonos que son liberales. ¿Acaso nosotros tenemos más obligación que ellos de exponer nuestra vida y de estar pasando trabajos en la campaña? ¿Por qué hemos nosotros de estar luchando constantemente, hemos de estar haciendo toda clase de sacrificios, hemos de perecer tal vez en los combates, mientras que los demás que son tan mexicanos como nosotros están metidos en las poblaciones viviendo con toda tranquilidad? ¿Esos no han de sufrir nada? ¿Y qué resulta después de todo esto? Que nosotros, los que escapemos *á* la muerte, vamos *á* entregar *á* esos pacíficos el trofeo de la victoria, y ellos, que no han expuesto ni una uña en las contiendas, serán *despues* los que nos manden y los

que tengan derecho hasta de formarnos causa y de llevarnos al palo. Por eso ven ustedes que me ensaño contra estos pacíficos que dicen que son liberales y no lo prueban con los hechos, sino que esperan debajo de la cama *á* que pase la bola, para luego presentarse de los primeros *á* servir los mejores empleos. No, licenciado, esos no son liberales, esos son *convenencieros".*[297] Rojas no solo sabía leer a las personas, probablemente tenía muchos informantes. Siempre se negó a luchar o estar bajo las órdenes de *convenencieros*. Simplemente no confiaba en ellos y, la mayoría de las veces, el tiempo le dio la razón.

Luego del combate personal que el coronel tuvo en 1861 con Lozada "en una lucha a *lanzasos*" en la que Rojas lo derribó con "una pinchada" en la nalga, el apocalíptico coronel era visto "como un hombre temerario y de extraordinario valor".[298] No se escondió, ni huyó del país, ni dejó de luchar.

A mediados de 1863, meses antes de partir a San Francisco, Ogazon designó a Rojas "Comandante Militar de la Línea del Sur del Estado con poderes amplios" para combatir. Supuestamente a partir de ahí se volvió "un radical intransigente, jacobino"; para el año siguiente, sus galeanos eran unos 700 hombres, la guerrilla "más fuerte y la más dinámica" en el sur de

[297] Paz, Ireneo. *Ibídem*, págs.90-91

[298] Beiza Patiño, José. "Antonio Rojas: bandido, guerrillero, y patriota. Parte III". *El Informador,* 21 de agosto, 1988, pág. 14

Jalisco.[299] Las hazañas de Rojas llamaron la atención de los jefes franceses que se propusieron emplear los mayores recursos para exterminarlo, rodeándolo de contra-guerrillas.[300] Finalmente fue *La Hiena Roja* quien lo logró, de un balazo "en la mera medianía de las cejas".[301] Rojas había sido "el bandido más grande que ha habido en México; pero supo morir como héroe".[302]

En la batalla de El Guayabo, Jalisco en 1866 quedaron derrotadas las fuerzas imperiales y Julio García logró vengar la muerte de Rojas, dando muerte al despiadado Berthelin.[303] "Su cabeza fue cercenada después de un gallardo duelo a *espadazos* con el jefe republicano".[304]

Los vencedores colocaron a manera de trofeo la cabeza de la cruel y pelirroja *Avispa* en la Hacienda de Trojes, propiedad del general García,[305] "para que la gente supiera que el asesino franchute había muerto, su apestosa testa, empapada en perfume, fue clavada en una pica para escarmiento de los franceses, quienes

---

[299] *Ibídem*

[300] Paz, Ireneo. *Algunas Campañas I,* pág. 119

[301] Azuela, Mariano. *Obras completas,* pág. 417

[302] *Ibídem,* pág. 419

[303] Por su éxito en derrotar al enemigo, García fue ascendido a general. Posteriormente llegaría a ser gobernador de Colima.

[304] Basáñez Loyola, Alejandro. "Antonio Rojas y Alfred Berthelin, azotes de Occidente", *LiderLife*

[305] Ahí mismo en Trojes, los gobiernos de Colima y Michoacan erigieron un monumento al general Julio García, a su muerte en 1876.

aún seguían peleando en México".[306] Dicen que metieron la cabeza del militar francés en un vaso de alcohol y la enviaron a Colima, pero no se supo dónde acabó.

En cambio, el cráneo de Antonio Rojas fue adquirido a inicios del siglo veinte por el Instituto Smithsonian[307] en Washington, quedando bajo su responsabilidad con el número de registro 243967.

Vallarta vagabundo y perdido

Pocos días después del asesinato del coronel Rojas en enero de 1865, luego de un año de resistencia, Mazatlán finalmente fue ocupada por los franceses. Vallarta se encontraba todavía refugiado en aquel puerto: "Cuando en fines de 864 la invasión extranjera me encontró en aquel puerto, y me encontró, *lo diré de paso*, porque en esos calamitosos días tenía una persona de mi familia casi al borde del sepulcro, y yo no podía abandonarla".[308]

---

[306] Basáñez Loyola, Alejandro *Ibídem*

[307] A inicios del siglo XX el Smithsonian adquirió el cráneo de Antonio Rojas del *Army Medical Museum,* el cual, a su vez, se lo compró en 1887 a un antropólogo amateur francés llamado Eugène Boban que había hecho su fortuna aprovechando el caos de las guerras en México. Más adelante, Boban abrió un "museo científico" en la Ciudad de México, tuvo tiendas en Francia, y clientes en Nueva York, vendiendo piezas y artefactos antropológicos. En sus últimos años de vida, trabajó para el coleccionista francés Albert Goupil, quien compró la mayor parte de su colección. Boban convenció a la viuda de Goupil para que donara los 400 manuscritos, mayormente códices antiguos, que hoy conforman los "Fondos Mexicanos", la colección más grande de su tipo, alojada en la Biblioteca Nacional en Francia. Fuente: Walsh, Jane y David Hunt. "The Fourth Skull: A Tale of Authenticity and Fraud", *The Appendix.*

[308] Carta de Vallarta publicada en *El Siglo Diez Y Nueve,* 28 de octubre, 1867, pág. 2

Vallarta tuvo que huir rumbo al norte y envió a su esposa Pachita y a sus dos hijos, a cargo de su hermano Francisco Vallarta, de vuelta a Guadalajara. Pachita tuvo que ser cargada en una litera improvisada durante todo el trayecto de Manzanillo a Guadalajara. Durante el viaje murió el hijo de una de las nodrizas que los acompañaba, y que, al igual que la mayoría, habría estado viajando a pie. La mujer se negó a enterrar a su hijo en el trayecto, y quiso llevar el cuerpo a Tepic, en Nayarit. Así lo hicieron.

El hermano de Vallarta, al encontrarse en el territorio del temido Lozada, decidió escribirle para suplicarle ayuda, e incluso le prometió que iría personalmente a agradecerle una vez que llevara a su cuñada hasta Guadalajara. Parece la estrategia funcionó porque llegaron a la capital jalisciense sin problemas, solo para encontrar su casa en poder de los militares zuavos. A pesar de su salud debilitada, la señora Lyon de Vallarta confrontó a sus “paisanos” para que le devolvieran la propiedad.[309]

Ignacio no se enteró de nada de esto sino hasta muchos meses después. Zarpó rumbo a San José del Cabo y se quedó en Baja California Sur hasta principios de marzo. De ahí partió rumbo a San Francisco donde permaneció escasos cuarenta días.

En una de sus muchas cartas a su esposa, Nacho intentó explicar a Pachita las razones para su pronto regreso. “De San Francisco no te puedo dar ni idea,

[309] *Alejandro Vallarta Papers*

porque yo mismo aún no la formo. Se sorprende uno desde luego, al ver el increíble movimiento de esta población: ni idea se tiene en nuestro país de lo que es esto. Aturdido con el ruido de camiones, carruajes, máquinas, vapores, etc., ando en calles que no conozco y en medio de millares de gentes que todas corren tras el dinero con un afán inmenso. Figúrame andar de aquí para allá en esta Babel, solo y sin dirección alguna y sin saber el idioma, y te imaginarás qué papel tan tonto hago aquí. El clima aquí, es cruel: me he encontrado con un invierno tan crudo, que a los que viven aquí, les parece extraordinario: después del calor de Mazatlán, un intensísimo frío. Llueve mucho, hace un viento insoportable, las calles son un lodazal inmundo; pero aún cuando por estos capítulos estoy *molestado*, tengo la fortuna no sólo de no haberme enfermado, sino de estar muy bien aún de mi estómago, a quien, como sabes, le asienta el frío".[310]

Al menos Nacho encontró algo positivo en su breve estancia.

Vallarta partió de vuelta a México cuatro días después de la rendición del general Lee, fecha que marcó (simbólicamente) el fin de la guerra civil en aquel país. Lincoln había sido reelegido, y el ambiente en la mayor parte de los Estados Unidos era fervorosamente festivo; los ciudadanos seguían vitoreando, mientras disparaban al aire desde los fuertes que rodean la bahía.[311] Ocho

---

[310] Carta del 6 de marzo de 1865 desde San Francisco California. *Alejandro Vallarta Papers*

[311] *https://legacy.sfgenealogy.org/sf/history/he865.htm*

días después, Vallarta desembarcó en Manzanillo, y permaneció en Colima por varias semanas. A partir de julio se mantuvo escondido en Guadalajara durante meses, pero luego tuvo que salir huyendo y pasar otro tanto, él solo, en la Ciudad de México. En una de sus muchas cartas a Pachita hizo una breve referencia a Don Sotero Prieto, diciendo que se había portado con finura y que le parecía bien que Pachita lo visitara a él y a su familia, y enviaba saludos,[312] pero en ninguna menciona a su prima Maura, ni a Pedro. Las razones pueden ser múltiples. Es probable que no estuviera en contacto con ellos, o que ya no se llevara tanto con Maura, a quien habría encontrado cambiada a su regreso. Existe correspondencia entre Nacho y Pedro, pero de años anteriores o posteriores, y toda referente a asuntos oficiales. Es posible que Vallarta guardara discreción por seguridad, en caso de que las cartas fueran interceptadas.

Maura seguro se enteraba del ir y venir de su primo por lo que contaban las hermanas Vallarta. Maura había convivido con su hermano y su primo en una variedad de situaciones, los había observado toda su vida, y más de una vez debió de haber reflexionado sobre las diferencias entre ellos. Recordaba de su convivencia en Mazatlán que Nacho y su esposa no se cansaban de rogar o de culpar a Dios. Ni Maura ni Pedro habían dejado de ser creyentes, pero Nacho y su familia, incluyendo a sus hermanas, le parecían, a ratos, un tanto fanáticos. Pero, independientemente de su fervor

[312] Carta del 4 de enero de 1866. *Alejandro Vallarta Papers*

religioso, en opinión de Maura, la superioridad de Pedro sobre Ignacio radicaba, sobre todo, en su experiencia de vida. No solo era diez años mayor, llevaba 18 como soldado. Pedro era general de brigada, se había destacado por su heroicidad y arrojo, pero nunca se había sentado en sus laureles, mientras que Vallarta estaba habituado a que le sirvieran. Nacho era como un ratón de casa perdido y desorientado en medio del campo de batalla. No tenía mucha idea de qué hacer ni tenía estrategia alguna, pero sabía escabullirse; sin duda, su suerte era tan grande como sus barbas.

Del Platt al Cooper

Pedro tuvo que reconocer que sintió algo de alivio cuando, apenas y un mes después de haber llegado, Nacho le anunció que regresaba a México**.** En el trabajo legislativo se amoldaban y completaban muy bien, pero no era fácil convivir con su primo. Vallarta era demasiado sentimental, hipocondriaco y religioso para la manera de ser tan austera de Pedro. Tal vez fuera por tantos años en campaña, pero lo cierto es que al menos, él no se quejaba tanto. Pedro no era particularmente expresivo, pero tampoco era tímido, así que podía estar sentado en ambientes que no eran el suyo, esperando el momento apropiado, para interponer algún comentario, si era necesario. Pero, se sentía igualmente cómodo sin decir nada, disfrutaba escuchar y, claro, a diferencia de Nacho, él sí entendía el idioma.



Arriba: *Platt's Hall*, ubicado en la esquina noreste de las calles Montgomery y Bush en San Francisco. **Fuente:** SFPL (D.P.)

Abajo: Edificio Unión Cooper, Nueva York, 1850s. **Fuente:** Colección Digital NYPL, (D.P.)



El 15 de abril del 65, al día siguiente de la partida de Vallarta, llegó a San Francisco la noticia del magnicidio del presidente Lincoln. En ambas costas del país se enteraron casi al mismo tiempo del horrible asesinato ya que acababan de completar la línea del telégrafo. Es probable que ese suceso haya impulsado a los liberales a organizar la asamblea que se anunció en San Francisco y que tuvo lugar el 1º de junio en el Edificio Platt.



Interior del Gran Salón del edificio Cooper. 1861. **Fuente:** *https://www.printmag.com/daily-heller/the-daily-heller-voices-of-cooper-union/* (D.P.)

Inaugurado en 1860, el amplio espacio era utilizado por conferenciantes, místicos, partidos políticos, artistas, sociedades fraternales y organizaciones de diversas bases étnicas. El propietario, Henry B. Platt, era un contratista que además se dedicaba al negocio de los seguros, y vivía muy cerca de aquel gran lugar de espectáculos, en el número 204 de la calle Montgomery.

La reunión, denominada *A Meeting of the Friends of the Mexican Liberals,* tuvo como propósito expresar simpatía por la causa de la República Mexicana que luchaba por su libertad; así fue anunciada esta “reunión de los amigos de los liberales mexicanos”, que probablemente se celebró en el tercer piso del edificio que usualmente se "alquilaba como espacio de logia fraternal”.[313] Los oradores fueron los generales Ochoa, Vega y Ogazon.

Pedro volvió a dejar la costa oeste para participar en

[313] *https://sanfranciscotheatres.blogspot.com/2019/01/platts-hall.html*

otra asamblea de gran importancia, la cual tuvo lugar mes y medio después, en la ciudad de Nueva York.[314] La reunión fue celebrada el miércoles 19 de julio, en el Instituto Cooper. El fundador de este instituto era una versión neoyorquina de Henry Platt, aunque ciertamente más complejo e interesante.

Peter Cooper era un inventor, industrialista y filántropo, quien en 1859 había fundado el colegio de "La Unión Cooper para el Avance de la Ciencia y el Arte"[315] porque consideraba que la educación no sólo era la llave para la prosperidad personal, sino también para la armonía y virtud cívicas. Quería que la escuela jugara un rol en la vida cultural y política del país, por lo que estableció "el gran salón", *The Great Hall*, que sentaba a 900 personas; el salón secular más grande de Nueva York.[316]

Cooper abrió dicho espacio para este importante evento que permitiría a la sociedad neoyorquina conocer la situación en el país vecino del sur, tan alejado y de poca importancia para ellos.[317] Se invitó al Club Mexicano de Nueva York que consistía de unos 40 miembros,

---

[314] Publicado en diversos periódicos de San Francisco como fueron el *State Telegraph* y el *San Francisco Bulletin*

[315] *The Cooper Union for the Advancement of Science and Art.*

[316] Poco después de inaugurado, dicho salón fue el escenario de un hito en la historia de los Estados Unidos, cuando el 27 de febrero de 1860, un orador desconocido y no anunciado, senador por Illinois, llamado Abraham Lincoln, ofreció un discurso que lo llevaría a ganar la candidatura republicana y la presidencia.

[317] Peter Cooper iba más allá de la retórica. Su escuela era gratuita para los trabajadores, y tomó el revolucionario paso de abrir la escuela a mujeres tanto como a hombres. Tampoco había prohibición en relación al color de la piel; la única exigencia era una disposición por aprender y comprometerse con la excelencia. Entendía que no todas las personas podían tomar cursos, así que abrió un salón de lectura público. Era abolicionista, además de un fuerte defensor de los derechos de los indígenas.

eminentes por su carácter, cargo y servicios al Estado y al ejército. De ellos, se seleccionaron cuatro oradores. Entre los incluidos en la lista de exiliados y miembros de dicho club se encontraban seguramente muchos de los "comisionados secretos",[318] además de otros mexicanos que se habían refugiado recientemente en aquella metrópoli y que fueron invitados a hablar para dar a conocer lo que estaba sucediendo en México.

Los liberales necesitaban hacerle ver a los asistentes que si Francia tenía éxito en su empresa de establecer el imperio de Maximiliano, cabía la posibilidad de que decidiera seguir avanzando hacia el Norte. También existía el temor —bien justificado— de que los confederados que se negaban a rendirse se unieran a los franceses.[319]

---

[318] Las actas de aquella reunión del Club Mexicano de Nueva York fueron publicadas e incluyen una lista de Ciudadanos Mexicanos Exiliados preparada por el secretario del club, el señor Robert Cipriano. El listado incluye a comandantes, coroneles y capitanes, varios de ellos prisioneros que habían sido deportados, como era el caso de José Rivera, Rafael y Epitacio Huerta, *Ygnacio* Mejía, *Prisiliano* Flores, y Mariano *Escovedo*. También estuvieron presentes Pedro Ogazon, José. A. Godoy y Manuel Doblado, "general de división y gobernador constitucional de Guanajuato". José María Carvajal es identificado en la lista como profesor de idiomas, aunque en realidad era el gobernador de Tamaulipas, y supuestamente otro de los enviados especiales de Juárez. También se encontraba entre los presentes Pedro Santacilia, ex-secretario privado (y para entonces yerno) del presidente de la República, además de diputado y editor, quien acompañaba y cuidaba a la familia de Juárez que acababa de llegar a Nueva York. Fuente: *Proceedings of a Meeting of Citizens of New York, to express sympathy and respect for the Mexican Republican Exiles. Held at Cooper Institute, July 19, 1865*

[319] En mayo, el general E. Kirby Smith, a cargo de la división del Trans-Mississippi, publicó su deseo de que los confederados entraran en un acuerdo con el imperio mexicano para protegerse del "enemigo común", y le prometió a Maximiliano una fuerza de 19,000 hombres. Se reportaba que a diario se estaban registrando hasta 400 hombres dispuestos a unirse a expediciones filibusteras en México, y eso era solamente en la ciudad de Nueva York. A principios del verano del 65, un millar de confederados armados, llamada *La Brigada de Hierro*, un último batallón que nunca aceptó rendirse, entró a México para ofrecer sus servicios a Maximiliano; y en septiembre, se estableció un periódico editado por un exgobernador de Luisiana para promover la inmigración de refugiados confederados a México. Fuente: Hoy, Teresa Van. "Mexican Exiles and the Monroe Doctrine, New York and the Borderlands, 1865", *Camino Real: Estudios de las Hispanidades Norteamericanas, Núm. 7,* p. 50. Traducción de la autora.

La bandera mexicana fue colocada a la izquierda del edificio del Instituto Cooper y la de los Estados Unidos a la derecha. Nunca antes miembros valiosos de ninguna familia "de la raza española" habían tenido la oportunidad de expresar sus deseos, temores y esperanzas a un público estadounidense. Era la primera vez en que "verdaderos representantes de las repúblicas hispanoamericanas" se presentaban ante una asamblea y eran reconocidos como parte de la "fraternidad americana".[320]

La reunión fue presidida por el reverendo Joshua Leavitt, energético defensor de la causa mexicana, cuya posición era conocida gracias a su panfleto y conferencias sobre la doctrina Monroe. Fue uno de los fundadores de la Sociedad Americana Anti-Esclavitud[321] en 1833, y en el 39, defensor de los esclavos del barco *Amistad*. En su discurso, el Dr. Leavitt mencionó que los únicos países europeos que no habían simpatizado con la invasión francesa habían sido Rusia y Suiza, y que las razones para esta invasión se basaban en falsas pretensiones porque el verdadero objetivo era mucho más atroz. La ocupación del ejército de Luis Napoleón había coincidido con el momento más álgido de la guerra civil en los Estados Unidos y era tal el número de "coincidencias" que no podían ser "accidentales" sino que demostraban que existía una conspiración entre los defensores del absolutismo en Europa y los defensores de la esclavitud en los Estados Unidos. Leavitt concluyó

---

[320] *Proceedings of a Meeting of Citizens of New York*

[321] *Anti Slavery Society*

que esto unía a ese país con México y el resto del continente en la causa común por la libertad republicana. Era importante que se diera una condena de tan alto perfil porque en ese momento, los expansionistas estaban emergiendo como fuerza política relevante en los Estados Unidos.

Esa noche en el Cooper fue una tarea de relaciones públicas muy delicada. Balbontín y Rivera insistieron en que el gobierno de los Estados Unidos debía apoyar, o incluso intervenir, pero sin buscar recompensa; actuar desde la necesidad moral y fraternal de defender la causa republicana, sin intenciones territoriales expansionistas que amenazaran la soberanía mexicana. Esa noche, "la táctica de los exiliados consistió en promover la doctrina Monroe como un principio de solidaridad panamericana —un llamado a la conciencia más que un llamado a las armas".[322]

Las palabras de otro de los oradores, Francisco Zarco, hacen eco no solo en la compleja realidad del México actual, sino en la de muchos otros países del mundo que en pleno siglo veintiuno continúan sufriendo las consecuencias de la colonización, intervención e invasiones extranjeras: "Las revoluciones de México, que en el extranjero se pintan como los extremos de la confusión y el escándalo, como la prueba de la corrupción y de la incapacidad de una nación entera, como la demostración de que los mexicanos son incapaces de gobernarse a sí mismos, como la justificación de la intervención y conquista, no ofrecerían

[322] Hoy, Teresa Van. *Ibídem,* pág. 41. Traducción de la autora

tales indicaciones al observador justo e imparcial. Las revoluciones de México significan que la dominación española dejó gérmenes venenosos que no podían extirparse en un día; que la independencia de las colonias españolas era sólo el comienzo de un conflicto que necesariamente debía ser largo contra el fanatismo, contra los prejuicios, contra la ignorancia, contra los errores que se habían sembrado para perpetrar la servidumbre".[323]

Zarco admitió que el gobierno de los Estados Unidos había hecho bien al no reconocer el de Maximiliano, y ahora, en esa histórica noche, les solicitaba a los ciudadanos que siguieran requiriendo de su gobierno mantener dicha conducta tan honrosa y les recordaba porqué era vital hacerlo. En su opinión, la situación en México definiría el destino del resto del continente, se decidiría el antagonismo entre el despotismo y la libertad, la monarquía y el republicanismo, y por lo tanto, ninguna persona del nuevo mundo lo podía contemplar con indiferencia.

En sus intervenciones, Mariano Escobedo y José María Carvajal, quienes habían estado luchando en la zona fronteriza al norte de Tamaulipas, aprovecharon para unirse a la denuncia y condena de la alianza entre los confederados y los imperialistas. La campaña imperial se había mudado al norte de México, especialmente a lo largo del río Bravo, en Sonora. El puerto de Tampico y la ciudad fronteriza de Matamoros eran controlados por los franceses. Para inicios de 1866, Benito Juárez se

[323] *The Stockton Independent,* 1o de junio, 1865, pág. 3

encontraba incomunicado y listo para huir hacia el desierto, mientras Santa Anna intentaba aprovechar la caótica y desventajosa situación para conseguir financiar una expedición que él dirigiría. La intervención de los exiliados fue importante porque dieron a conocer las protestas públicas que los clubs patrióticos mexicanos en California estaban organizando luego de enterarse de las pretensiones del expatriado dictador Santa Anna, todo lo cual sirvió para que el secretario Seward se negara a recibirlo.[324]

Las perspectivas presentadas aquella noche hicieron eco en los medios informativos. El periódico *New York Times,* que había sido hostil hacia los mexicanos, publicó un artículo editorial que refrendaba las opiniones articuladas en el Instituto Cooper, y aunque no apoyara la intervención armada del gobierno estadounidense, por fin se contrarrestaban sus otras opiniones a favor de Maximiliano. A partir de la publicación en el *New York Times*, hubo un giro editorial a favor de la causa republicana mexicana, lo que contribuyó a su vez a un cambio en la opinión pública y oficial en los Estados Unidos.[325] Después de la reunión se notó una modificación importante en la frontera, y, de una supuesta neutralidad, se comenzó a dar un apoyo, aunque todavía pasivo, a los liberales mexicanos.

---

[324] Hoy, Teresa Van. *Ibídem,* p. 44

[325] Hoy, Teresa Van. *Ibídem,* pág. 58

Plácido y Pedro

Llamaría la atención la ausencia del general Plácido Vega en tan importante reunión, si no fuera que, desde su llegada a San Francisco, el militar sinaloense cometió una serie de imprudencias. Una de ellas fue abrir una oficina para centralizar las actividades de las juntas patrióticas, demostrando desconfianza y prejuicio hacia los nacidos en California. Vega consideraba que eran "menos mexicanos" y que no podían liderar las actividades a favor de México.

Es probable que Maura conociera personalmente a Vega y su familia, pues la comunidad de mexicanos exiliados en San Francisco era muy pequeña. Me pregunto qué opinión tendría de él. En sus retratos, Plácido se muestra atractivo y carismático, y se dice que era un gran negociador. Al igual que Pedro, Vega tenía la habilidad para comunicarse lo mismo con *el indio* Lozada que con el presidente de la República, aunque era obvio que Plácido era mucho más extrovertido y su temperamento más costeño, mientras que el de Ogazon se enraizaba en el duro y árido bajío.[326]

Pedro respetaba, quizás incluso admiraba, a Plácido. Ambos tenían a Lozada como enemigo común. Cuando Vega le pidió ayuda para vencer al Tigre de Álica, Ogazon le respondió que primero le ayudara a liberar a Guadalajara, cosa que Vega no pudo rehusar hacer.

---

[326] De ahí el nombre de Jalisco: lugar de arena, ó *xalli*, "menuda y bermeja". Fuente: Altamirano, Ignacio M. *Obra literaria,* pág. 185



General Plácido Vega Daza.
Fotografía de Bradley &
Rulofson, San Francisco.
Fuente: *Calisphere* (D.P.)

Si bien en ocasiones Vega anteponía a Sinaloa y el interés de algunos sinaloenses,[327] también era un hombre de gran arrojo. En junio de 1862, cuando Don Bartolomé, aquel diputado de Los Álamos, le había traído las comunicaciones de Plácido desde Mazatlán, Vega ya había abandonado la gubernatura del estado para ponerse al frente de la Brigada Sinaloa. Viajó en barco desde Mazatlán hasta Zihuatanejo y junto con sus soldados caminó hasta Acapulco. De ahí, continuaron a pie y a caballo hasta la Ciudad de México para unirse al Ejército del Centro. Bajo el mando de Comonfort, Vega fue nombrado comandante de la Tercera División, la cual se encargó de cubrir la retirada en la batalla de San Lorenzo en mayo de 1863. Por algo Benito Juárez lo designó como enviado especial, confiándole medio

[327] "A Ogazon, verdadero caudillo liberal, gobernante de relevantes miras, sin espíritu cacical y reformista frenético, no le importaba vencer a Lozada sino a la reacción, [en cambio] Vega no fué hombre de más principios que su ambición personal". Fuente: Fernández Rojas, J. "Mexicanos Prominentes", *La Prensa.*

millón de pesos en efectivo y crédito. No podía prever lo que sucedería años después.

En marzo del 65, tras una sesión en el *Dashway Hall* en la calle Post, Plácido tuvo un "encuentro personal"[328] con Francisco P. Ramírez, el californio que había adquirido *El Nuevo Mundo.*

Ramírez publicó una carta dirigida a Vega, en la que afirmaba el sinaloense había hecho pública "una comisión secreta, confidencial, del Supremo gobierno de la República,"[329] demostrando candidez e impertinencia. Vega "*á* nadie *debia* explicaciones sobre este negocio, sino al supremo gobierno constitucional", ya que, al llevarse a cabo, se violaban las leyes de los Estados Unidos. "Por lo tanto, todo boato, toda publicidad, todo aparato, eran en extremo grado imprudentes en un negocio, en que el secreto, el recato, el sigilo y disimulo, eran las condiciones principales para llevarlo a cabo con éxito completo".[330]

La larga misiva concluía en la siguiente página: "Se dice que las personas de que el Sr. Vega se rodeó no eran idóneas para *dirijirlo*. No tenemos gran embarazo en creerlo, pero sea de esto lo que fuere, es bien averiguado que del fracaso de un negocio no son responsables los criados ó dependientes que se emplean sino el amo que los *escoje".*[331]

---

[328] *La Voz del Nuevo Mundo,* 27 de marzo, 1865, pág. 1

[329] *Ibídem*

[330] *Ibídem*

[331] *Ibídem*

Pedro estaba de acuerdo en que Plácido y otros como Sánchez Ochoa habían sido descuidados e imprudentes, quizá por su debilidad hacia el alcohol y las prostitutas. En varias ocasiones perdieron cargamentos a manos de los franceses, quienes contaban con muchos espías y suficiente dinero para comprar y amenazar a mucha gente, sobre todo en las fronteras. En cambio, los liberales mexicanos tenían que rogar por obtener favores. Ogazon demostró que era más efectivo moverse *por debajo* y con discreción, como él, que además de reunirse privadamente con sus hermanos masones, evitaba, en lo posible, a los políticos y altos mandos militares que tendían a ser habladores y bastante sinvergüenzas. Pedro actuaba como hormiga y además de su intachable conducta, tenía la capacidad de asignarse el trabajo sin que nadie le dijera qué hacer y cumplía con sus funciones de manera disciplinada y sin llamar la atención hacia sí mismo, excepto cuando era el orador a cargo. Entonces se transformaba. No era el mejor, pero podía hacerlo bien. Pedro reconocía que en esos grandes eventos era cuando podía ampliar relaciones y conocer a otros simpatizantes, pero lo suyo eran las cenas y almuerzos donde se podía conversar y negociar con banqueros que extendían créditos o empresarios que participaban con fondos a cambio de concesiones. La guerra civil en los Estados Unidos había llegado a su fin con lo que no solo se levantaba el embargo para los cargamentos de armas a México, sino que, al haber un excedente de equipo militar en las fábricas y en las bases militares, se comenzó a dar una política de descuento por venta en

mayoreo que provocó que el precio de las municiones bajara radicalmente.[332]

En esos dos años de un constante ir y venir de la Alta California a Nueva York, Pedro se desvió más de una vez al centro del continente en El Paso del Norte, para entregar él mismo lo negociado de manera clandestina, sin hacer aspavientos y sin tener las pérdidas que tuvieron otros. No se conoce su paradero exacto entre agosto de 1865 y enero de 1866, pero, una nota publicada en el Weekly Alta California sugería que el general había estado en Europa.[333] Se sabe que Holanda fue una de las naciones europeas que contribuyó con dinero al gobierno de México,[334] pero no hay forma de confirmar ningún viaje a Europa ni mucho menos ningún acuerdo realizado específicamente a través de Pedro Ogazon. Es probable que él actuara como *liaison,* es decir, él establecía el contacto inicial y el resto de la negociación la concluyera el ministro Romero.

Lo que sí se sabe con seguridad es que, en enero del 66, Pedro emprendería su regreso a México para unirse al regreso triunfal de los liberales mexicanos.

La Paloma

Si a tu ventana llega una paloma,

[332] Miller, Robert. R. *Ibídem,* pág. 7

[333] *Weekly Alta California,* 6 de enero, 1866, pág. 7

[334] Miller, Robert. R. *Ibídem,* pág. 12

Trátala con cariño que es mi persona.
Cuéntale tus amores, bien de mi vida,
Corónala de flores que es cosa mía.
¡Ay, chinita que sí!
¡Ay, que dame tu amor!
¡Ay, que vente conmigo, chinita,
A donde vivo yo!

Sebastián de Iradier y Salaverri[335]

Al igual que todos los matrimonios importantes de Guadalajara, la boda de Isabel Prieto y José Landázuri tuvo lugar en el Sagrario Metropolitano, aunque lo más probable es que la celebración luego de la ceremonia religiosa haya sido algo muy íntimo: la familia y amigos cercanos, que en esos tiempos de ocupación, eran contados.

Aunque la lista de los invitados al festín no debió ser larga, imagino a Isabel y, sobre todo, a su madre ocupada con los detalles y preparativos del festín, asegurándose de que hubiera suficiente agua de limón y horchata de arroz para los niños, y chocolate para todos, sin olvidar encargar mezcal de Tequila, además de pulque, tepache de piña y chicha de maíz.

—Que el aguamiel sea fresco, del mismo día — le encargó al mozo.

—¿Y va a haber algo de comer o solamente vamos a beber? —habría preguntado don Sotero, con un tono ligeramente burlón—. ¡Cuidado, que se van a poner

[335] Fragmento de *La Paloma,* compuesta hacia 1863

todos muy mecos!

Ambas mujeres rieron con ganas.

Para entonces, Maura ya no pensaba demasiado en lo sucedido en los meses anteriores, incluidos la huida y exilio. Ni tampoco le preocupaba que las cosas quedaran en el limbo del olvido pues se estaba dando cuenta de que, en realidad se mantienen agazapadas, listas para reaparecer a la menor provocación, como cuando los músicos comenzaron a interpretar *La Paloma,* que para entonces era la canción de moda en todo México y la preferida de la emperatriz.

Al escucharla, Maura no pudo evitar el vívido y sensual recuerdo de aquella noche en que, desde su ventana, Maura escuchó la voz cantante del joven colimense.

¿Donde habrá sido la fiesta y quién más habrá asistido? ¡Ah, cuánto daría por un dron mágico del tiempo que pudiera lanzarse a tomar todas las selfies que no se tomaron y etiquetara a todos con una aplicación de reconocimiento facial! De todas formas, aunque existiera una invisible cámara al pasado que nos permitiera grabar lo sucedido, es cierto que nos tomaría la propia vida observar la vida ajena. Al final solo alcanzamos a capturar hilachas del tiempo, y con esos hilos sueltos —los más vistosos, algunos reciclados, otros replicados y unos pocos de nueva factura— es que entretejemos la continua narrativa e intentamos dar sentido a nuestras historias.

Los Pamplona de Colima

No se sabe con exactitud en qué fecha habría llegado José Pamplona a Guadalajara, pero una vez ahí, comenzó a moverse en los mismos círculos de Maura, quien siempre fue amiga de pintores y poetas, así que lo más probable es que se hayan conocido por la inevitable causalidad, que no es lo mismo que la casualidad. La ciudad no era tan grande, y el círculo de artistas e intelectuales liberales debe haber sido muy pequeño, durante la ocupación, después de la cual, *nada volvió a ser lo mismo.*

Los padres de José, Ramón Pamplona, de 17 años y Juana Velasco, de 15, se casaron en octubre de 1841 en la Capilla de San Joaquín, en San Felipe de Jesús, Colima.[336] Dos años después, se trasladaron a Guadalajara, donde, a los seis días de nacido, bautizaron a su primogénito, José Zacarías Pamplona Velasco el 11 de noviembre de 1843, en el Sagrario Metropolitano de Guadalajara.[337]

En algún momento, Juana y Ramón regresaron a Colima, donde permanecieron de manera definitiva. Tuvieron tres hijos después de José, aunque es probable que Juana hubiese tenido otros embarazos que no llegaron a término, ya que pasaron cuatro años antes del nacimiento de su segundo hijo, Francisco

---

[336] "México matrimonios, 1570-1950", base de datos, *FamilySearch* (https://familysearch.org/ark:/61903/1:1:JHR1-38M : 19 May 2021), Ramon Pamplona, 1841.

[337] "México bautismos, 1560-1950", base de datos, *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:NTSJ-Z8G : 10 January 2025), Ramon Pamplona en entrada para Jose Manuel Sacarias Pamplona Velasco, 1843.

Pamplona, nacido en Colima en 1847.[338] Del siguiente hijo, Ramón de San Camilo, hay registro de su nacimiento y bautizo en 1849.[339] Sin embargo, el pequeño murió a los 24 meses de edad a causa de una picadura de alacrán.[340] En 1852 nació el último hijo de Juana, a quien bautizaron como Ramón Aurelio. De acuerdo al acta de defunción, Juana Velasco falleció a los 28 años de edad, por "dolor de garganta" (difteria),[341] dejando a Ramón viudo con tres hijos.

Pamplona y Maura compartían la experiencia de ser huérfanos de madre, aunque José tenía once años de edad cuando perdió a la suya y aún guardaba muchos recuerdos de ella.

La muerte de su hermano Camilo, tan cercana a la de su madre, debió marcarlo profundamente. Quizá también le resultó traumático que su padre se casara nuevamente apenas cuatro meses después de enterrar a Juana. Eleuteria Osorio, la "madrastra" de José, era una colimeña de 20 años cuando se convirtió en la segunda esposa de Ramón Pamplona. Debe haber

---

338 Francisco Pamplona fue profesor de planta del Liceo de Varones de Colima luego de haber sido maestro de banquillo en escuelas elementales; tuvo notables discípulos en su breve actuación; murió a los 35 años de edad luego de 18 de docencia. Fuente: Sitio Web de Radio Universidad de Colima

339 "México bautismos, 1560-1950", base de datos, *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:JM21-C3Y : 11 January 2025), Ramon Pamplona entrada para Ramon de San Camilo Pamplona Velasco, 1849.

340 "México, Colima, registros parroquiales, 1707-1969", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6CBB-G54P : Mon Mar 04 19:09:22 UTC 2024), Entrada para Ramon Pamplona Velasco y Ramon Pamplona, 23 Jul 1851.

341 "México, Colima, registros parroquiales, 1707-1969", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6CBB-KQVG : Tue Mar 05 05:10:14 UTC 2024), Entrada para Da. Juan Ma. Velasco y D. Roman Pamplona, 29 Mar 1854.

tenido una constitución más fuerte que Juana, porque parió un total de nueve hijos, aunque pocos llegaron a edad adulta.[342]

Don Ramón Pamplona tuvo su pequeño rol histórico al ser uno de los protagonistas de la asonada del 5 de septiembre de 1852 que tuvo como propósito deponer al jefe político del entonces territorio de Colima.[343] Trabajó como escribiente, secretario del ayuntamiento y para la policía de la ciudad. En los setentas fue integrante del cabildo y participó en las comisiones de Abastos y Panadería, Sanidad y Alumbrado, y Cárceles y Diversiones. Un tal Ramón Pamplona estuvo a cargo de la construcción del Puente Matamoros, que, por un tiempo fue conocido como el Puente Pamplona, pero lo más probable es que se tratara del hermanito de José, Ramón Aurelio, ya que el puente fue inaugurado en 1910 y Ramón padre había fallecido en 1889. Eleuteria le sobreviviría hasta 1897. Ella falleció por consunción, mientras que Ramón murió de diarrea.[344]

---

[342] De entre ellos, María Engracia murió a los 13 años, e Yrene a los 27, de *ataques istéricos.* Fuente: *FamilySearch.*

[343] El 5 de septiembre de 1852 estalló en Colima una asonada encabezada por el teniente coronel Francisco Díaz Noriega, Ruperto Arzac, Santiago Cárdenas, Filomeno Medina, y Ramón Pamplona. El propósito era deponer a José María Gutiérrez de la jefatura política del territorio; pero éste, que recibió aviso oportuno, preparó a la policía y obrando con rapidez y energía hizo abortar la conspiración, tomando prisioneros a varios de los responsables, entre ellos a Díaz Noriega, mientras otros huían rumbo a Jalisco. Fuente: Sitio Web de Radio Universidad de Colima.

[344] "México, Colima, Registro Civil, 1860-1997", *FamilySearch:* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QL19-3X87 : Tue Mar 11 09:00:00 UTC 2025), Entrada para Ramon Pamplona y Joaquin Pamplona, 30 de septiembre de 1889, y, (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QL1M-8K8S : Wed Mar 12 01:45:39 UTC 2025), Entrada para Aurelia Pamplona y Ramon Pamplona, 3 de abril de 1897.

El maestro Felipe y el aspirante

Quién sabe cómo fue que José Pamplona decidió ser pintor, pero se dice que estudió con el maestro Felipe S. Gutiérrez. Este dato lo menciona Ventura Reyes y Zavala en 1882,[345] y lo repite Ricardo Lancaster-Jones en 1956, en un artículo para *El Informador*.[346] Lancaster-Jones afirma haber hablado con descendientes de los hermanos de José, en Colima, quienes le contaron que Pamplona se fue a *la capital* a estudiar con Felipe S. Gutiérrez , sin dar más detalles ni incluir fechas.

Gutiérrez dejó registro de su paso por diversas ciudades de "Mexico, los Estados-Unidos, Europa y Sud-América", en las cartas que le escribió a su amiga "María" y que fueron publicadas en 1883, en dos tomos, por *El Diario del Hogar*.[347] De acuerdo a dichas cartas, en febrero de 1864 Felipe arribó a la cálida ciudad de Colima desde Zapotlán, describiendo exactamente el mismo trayecto que seguramente recorrieron Pedro y Maura en su huida rumbo a Manzanillo, apenas un mes antes. Aunque el maestro Felipe de cierta manera también huía de la guerra y de la presencia de los franceses, su viaje era principalmente experiencial. Eventualmente llegó a San Francisco, desde donde partió hacia Nueva York y Europa para ampliar sus estudios. Aún antes de

---

[345] En su libro *Las bellas artes en Jalisco: apuntes para formar un catálogo de los artistas que, ó han nacido en el estado, ó han vivido en él dejando obras de sus manos*, publicado en 1882, Ventura se equivocó al afirmar que José Pamplona había nacido en Colima.

[346] Lancaster-Jones, Ricardo. "Dos retratos románticos tapatíos", *Ibídem*

[347] Gutiérrez, Felipe S. *Ibídem*

graduarse de la Academia de San Carlos, donde estableció una relación cercana con su maestro y director de la academia, el catalán Pelegrín Clavé, Felipe fue contratado para dar clases de pintura y dibujo entre 1848 y 1854 en Toluca, en la que hoy conocemos como la UAEM.[348] Durante esa década, recibió diversos premios y, al graduarse en 1862, un reconocimiento de manos del presidente Juárez. Ese mismo año, Felipe dejó la academia y comenzó a recorrer el país.

De su estancia en Colima, Felipe escribió sobre el clima, la vegetación y las "ardientes, insinuantes y seductoras" hijas de esa tierra. Incluso narró un viaje a las salinas, pero no ofrece detalles sobre su día a día durante los dos años que residió ahí. Es probable que Felipe fuera contratado para pintar retratos de la sociedad burguesa colimense[349] y para impartir clases privadas de dibujo y pintura.

José Pamplona tendría escasos veinte años, y no es difícil imaginar lo que era para él vivir en una villa tan pequeña, aislada por la sierra y la pobreza. La principal industria eran la sal y el coco, que había sido traído de algún lugar del Pacífico. La llegada de un artista de la talla del maestro Gutiérrez habría estado en boca de todos, al menos de los que sabían de esas cosas. El joven aspirante a pintor debió haber buscado a Felipe en

[348] Universidad Autónoma del Estado de México.

[349] De las ocho pinturas que Felipe S. Gutiérrez expuso en Guadalajara en septiembre de 1865, seis eran retratos y dos, "cabezas de estudio". Los retratados eran, de acuerdo al catálogo, "la señorita Melitina Viamonte, don Macario Llamas, don Antonio Álvarez del Castillo, don Ramón J. González, la señorita Rosario Ramírez, y don Lauro Guzmán", todos desconocidos. Fuente: Camacho Becerra, Arturo, compilador. *Catálogo de las exposiciones de la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes.*

cuanto se enteró de que estaba dando cátedra.

A pesar de lo publicado por Lancaster-Jones, no hay rastro de que José haya estado en *la capital* del país, ni de que haya estudiado o participado en alguna exhibición de la Academia de San Carlos. Si Pamplona hubiera estado residiendo en la Ciudad de México, no habría tenido sentido alguno que abandonara sus estudios para irse a Guadalajara, ciudad que no le ofrecía la preparación artística que habría estado recibiendo en la Academia o las oportunidades que habría tenido residiendo en el Distrito Federal. Al decir *la capital*, lo más probable es que los parientes de José repitiesen lo que oyeron de sus padres o abuelos, y que éstos, a su vez, se refirieran a *la capital* tapatía, y no a la del país. Aunque es verdad que José partió rumbo a Guadalajara, el maestro Felipe S. Gutiérrez solo estuvo de paso en esa ciudad en abril de 1866, de camino a San Francisco.

Unos meses antes, en septiembre de 1865, ocho de sus obras fueron exhibidas en la que fue la última muestra organizada por la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes.[350]

El nombre de José Pamplona también figura entre los artistas que participaron en dicha exposición. Las bienales se habían realizado desde 1857, durante las celebraciones de la independencia, pero en el 65, el evento estuvo bajo la dirección del gobierno estatal simpatizante del imperio.

Pamplona debe haber partido de Colima rumbo a la

[350] *Ibídem*

ciudad donde nació, cargando con sus pinturas y materiales de trabajo y quizás una carta de recomendación de su maestro Felipe, quien además, pudo haber enviado con él los cuadros para la exhibición y el encargo de entregarlos a sus propietarios una vez concluida. José tuvo que haber salido a finales de agosto o incluso antes, considerando que para llegar le tomaba, como mínimo, una semana. De seguro iba ilusionado, como cualquier joven ingenuo, lleno de entusiasmo, convencido de que conquistaría Guadalajara.

Es probable que se hospedara bajo la tutela de algún pariente de su madre, los Velasco, o algún conocido de su padre. De inmediato habrá buscado (carta en mano) a los pintores miembros de la agonizante Sociedad Jalisciense de Bellas Artes como lo eran Suárez, Gálvez o Felipe Castro, y de paso habrá conocido al resto de sus miembros fundadores, incluidos el editor José María Vigil y los músicos González Rubio y Clemente Aguirre.[351]

Te conocí...

A ese tipo de acontecimientos artísticos se presentaban no solo la clase adinerada y privilegiada, sino también aquellos que creían firmemente que el conocimiento

[351] Dos meses antes de la exhibición, Vigil había comenzado a editar el *Boletín de Noticias*, abiertamente crítico del régimen monárquico y poco después, Ireneo Paz publicó *El Payaso*. Ambos periódicos cerraron en 1866, luego de que las autoridades reforzaren la vigilancia policiaca e incrementaron las medidas de censura contra la prensa que se oponía al régimen monárquico. A pesar de ello, tanto Vigil como Paz reanudaron su labor crítica periodística. En septiembre de 1866, Vigil inició la circulación del periódico *La Prensa*, mientras que en octubre Paz publicó *El Noticioso*. Muy pronto ambos periódicos fueron suspendidos. Ireneo Paz fue ingresado a la cárcel hasta la llegada de las tropas republicanas a Guadalajara. Fuente: Aldana Rendón, Mario. *Ibídem*, pág. 57

podía combatir la tiranía, es decir, los artistas, los bohemios, y los doctos de la ciudad. En ocasiones anteriores la bienal se había expuesto en el palacio de gobierno o en alguna casa particular, y aunque no hay datos que especifiquen en qué edificio se exhibió en 1865, sí se sabe que fue distribuida en tres salas. En la primera sala se exhibieron obras de dibujo natural y arquitectura; en la segunda, pintura; y en la tercera, se presentaron obras de todas las secciones. Pamplona, al igual que el maestro Felipe S. Gutiérrez, expuso un total de ocho pinturas, aunque dos de ellas eran copias de originales realizadas por el mismo Felipe.[352]

A la exposición de Bellas Artes debe haber asistido la poeta Isabel Prieto de Landázuri, quien fue condecorada por el imperio pocos días después. Ella iría acompañada de su nuevo esposo y de otros miembros de su familia, probablemente sus hermanas Julia y Clarisa, y también, ¿por qué no?, la misma Maura.

Maura se divertiría esa noche cuchicheando con Julia y Clarisa, burlándose de las señoras conservadoras que se sentían aristócratas porque mascullaban algo de francés, y que solo habían acudido al evento para ser vistas por los artistas, sin prestar atención a las obras exhibidas.

En algún momento, Maura debe haber recorrido la exposición. Algo la llevó a detenerse frente a uno de los

---

[352] Camacho Becerra, Arturo, *Catálogo de las exposiciones de la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes,* págs. 92-95. Ver Anexo para la lista completa de obras que se sabe pintó José Pamplona.

óleos de José Pamplona. El colimense había representado a "La Poesía"[353] como una joven de tamaño natural sosteniendo una lira en una mano y una pluma en la otra. De pie, su cabeza estaba coronada de laureles y sus cabellos le caían sobre los hombros. Aunque parecía mirar al cielo, la atmósfera etérea del fondo de un azul tenue con algunas nubes livianas, daba la impresión de que ya flotaba en él.

Mientras meditaba frente al sugerente cuadro, Maura escuchó detrás de ella una voz que le resultó sumamente familiar. Era una suave ola sonora, con una frescura líquida, pero cálida como el aire de Colima. Le tomó unos cuantos segundos reconocer la misma voz que había escuchado hacía casi dos años. En aquella ocasión Maura solo había alcanzado a ver de espaldas la silueta del joven que cantaba con una pasión que la arrobaba. Recordaba su porte, su timbre de barítono y que luego de haberse alejado, ella se había quedado evocándolo en el vaporoso silencio de aquella noche. No había alcanzado a ver su cara, así que no lo habría reconocido al llegar a la exhibición. Además, desde su llegada a Guadalajara, Pamplona había adoptado el estilo de Gálvez y Castro: el uso de la capa y el peinado con "el pelo debajo de la oreja", la barba crecida y recortada "sólo en la piocha o marcando el óvalo de la cara".[354]

---

[353] La descripción del cuadro y de la exhibición se basan en el citado *Catálogo de las exposiciones de la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes,* compilado por Arturo Camacho Becerra.

[354] Camacho Becerra, Arturo, *Los papeles del artista,* pág. 10

Sin embargo, José sí sabía quién era aquella joven; alguien debe haberle dicho que su hermano era el ex-gobernador Ogazon, quien se encontraba aún en el exilio. Observó que Suárez no dejaba de mirar a Maura, pero era incapaz de acercarse; se veía dolido. José supuso que había sido rechazado, lo cual no le sorprendería. Era obvio que el problema con Suárez era que carecía de confianza en sí mismo. No podría haber causado mayor impresión ni dejado huella alguna en una mujer como Maura, quien obviamente necesitaba estar con un hombre a quien admirara. No que José pensara en ese momento que él era ese hombre, aunque, seguramente deseó serlo. A él sí que le sobraba confianza propia. No dudaba de su habilidad para hechizar a las mujeres, aunque el encantado, como usualmente sucedía en el caso de Maura, resultaría ser él.

El joven pintor era dos años menor que Maura y no había viajado más allá de Guadalajara, pero era culto y educado con una agradable presencia y una característica animación costeña. Moreno, de nariz ancha y frente amplia, tenía una hermosa melena y ojos seductores, pero amables. A Maura le atrajo el asomo de poeta que llevaba dentro y que le dejaría conocer más adelante.

José no intentó disimular su admiración por ella ni dejó de observarla toda la noche. Maura solo se ruborizaría; seguía siendo pudorosa a sus veinticuatro años. Ella observaría la manera en que él se desenvolvía cuando alguien se detenía para hablar sobre su obra.

Seguramente él explicaba su técnica o hablaba de sus estudios, pero ella no podía oírlo. Veía la boca de José moviéndose, y lo que escuchaba era su voz cantando *La Paloma.*

Cuando por fin fueron presentados, José resultó ser, no solo alegre, sino muy platicador. Le hizo mil preguntas a Maura sobre su viaje a París y los museos que visitó en Europa. Sus comentarios le parecieron inteligentes o inusuales, de alguna forma distintos a los que Maura acostumbraba escuchar. Quizás tan solo quedó fascinada con su don de gentes.

El resto de la noche, José se mantuvo cerca, observándola. Cada palabra o gesto suyo eran una invitación silenciosa para que Maura permaneciera a su lado. Él no la forzaba, era ella quien no quería moverse de ahí. Algo en él la instaba a habitar un lugar distinto al acostumbrado desde su niñez. Percibió cómo se detenía en ella el girar eterno de sus pensamientos y se sintió como tela en bastidor, preparada y en blanco, a la espera, ansiando el toque del artista.

Llevaba toda su vida soñando con sentirse enamorada, pero sobre todo, lo que más ansiaba era *ser amada*. Estaba cansada de tanta soledad, ¿por qué la habían encomendado a esa virgen?, a menudo se preguntaba.

Quizá fuera por esa misma soledad, que, por primera vez en su vida, Maura dejó de tenerle miedo al deseo.

Franco y misterioso

Pamplona no obtuvo ningún premio en la exhibición, pero sí algunos encargos, como fue el retrato de D. Juan José Matute y Arróniz,[355] que apenas logró terminar unos días antes de la muerte del ingeniero. José también trabajó en más de un retrato del arzobispo Pedro Espinoza, además del retrato que le hizo a la que se convertiría en su esposa, fechado en ese año del 65.[356] ¿Habrá sido él quien le pediría a Maura que posara, o ella quien solicitara sus servicios? ¿O acaso la pintó más adelante, en base a una fotografía que ella le regaló cuando se vio obligada a pasar cerca de un año en la Ciudad de México?[357]

Acaso posando, o simplemente paseando, Pamplona y Maura comenzaron a pasar más tiempo juntos. Hablaron, rieron en cantidades y fueron conociéndose. Aún si Maura y José sintieron que los arrasaba una pasión desbordante, él tuvo que pretenderla

---

[355] Este cuadro forma parte de la colección del Museo Regional de Jalisco, sin crédito a Pamplona.

[356] El retrato de Maura también se encuentra resguardado en la colección permanente del Museo Regional de Guadalajara, junto con el autorretrato de Pamplona. Aunque el retrato de Maura lo acreditan como "anónimo", ambas pinturas fueron donadas por el investigador Hugo Aranda Pamplona, en 1956. No se sabe si el año de 1865 sea el año exacto en que fue realizado, o tan solo una aproximación. Fuente: Lancaster-Jones, Ricardo. "Dos Retratos Románticos", *Ibídem*

[357] "México, Jalisco, registros parroquiales, 1590-2022," base de datos con imágenes, *FamilySearch* (https://familysearch.org/ark:/61903/3:1:939L-539Z-6T?cc=1874591&wc=3JFG-PTP%3A171935001%2C182938601%2C190778101 : 9 August 2021), Guadalajara > Sagrario Metropolitano > Matrimonios 1854-1867 > imagen 489 de 500; parroquias Católicas (Catholic Church parishes), Jalisco. En el acta de matrimonio quedó registrado que Maura afirmó haber residido un año en San Francisco y ocho meses en la Ciudad de México. Es probable que haya sido al revés, que viviera ocho meses en California (de acuerdo a registros confirmados de su viaje en febrero de 1864 y de padrinazgo de su hermana menor en noviembre del mismo año) y un año en *la capital*, aunque, de ser cierto este dato, no se indican las fechas ni con quién residió allá.

pacientemente y ella contenerse y corresponderle con recato y disimulo, como era lo debido.

Ambos tenían en común el gusto por la música y el baile. Con cualquier pretexto, él comenzaba a menearse rítmicamente, en ocasiones escuchando una melodía en su cabeza. Donde estuviera, aún solo, se ponía a tararear todo tipo de melodías incluyendo *La Paloma* que, para entonces ya se había convertido en su canción.

De haber leído la descripción que el maestro Felipe S. Gutiérrez hizo de los colimeños, Maura la habría compartido, pues José Pamplona era un "alma sensible y apasionada", rebosante de sentimiento y de "la

majestad de la creación y la sociabilidad", un joven de "francas maneras", que parecía impregnado de los aromas de esa "vegetación colosal y siempre lozana". Él le hablaría a Maura de su añorada Colima donde la alegría se daba "más *extrepitosa*" y había "una tendencia por todo lo que sea el pasatiempo y el placer".[358]

Pero el colimense también había sufrido. Entre todo lo que José le contó a Maura, estaba su vívido recuerdo del entierro de su hermanito Ramón. A pesar de tener tan solo 6 años, mantenía clarita la imagen de su padre invitando a la multitud para que los acompañaran en la procesión.

—Había flores por todas partes —José relató la escena

[358] Gutiérrez, Felipe S. *Ibídem,* pág. 260

como si la acabara de vivir—. Vistieron su cuerpecito con traje de santo y lo colocaron sobre una tabla con andamios. Todos llevaban en la mano cañas o banderas y caminaban con sus rostros iluminados por velas. Aún puedo escuchar la música de cuerda sonando en la procesión detrás del cuerpo de mi hermano muerto.

José no le compartió a Maura la manera en que se sintió cuando inició la salva de cohetes ni cómo brincaba *su corazoncito* cada vez que explotaban en el aire, arribita de él.

—A veces todavía sueño que estoy en el funeral. De nuevo soy niño y estoy rodeado de adultos, que cada vez dejan pasar menos la luz… —Pamplona no había compartido sus pesadillas con nadie.

Durante su noviazgo, José viajó a Colima con regularidad. Le decía a Maura que, cuando la llevara conocer a su familia, bailarían al son del violín y del arpón, un sonido que en Guadalajara no se conocía.[359] De sus viajes, José le traía a Maura pequeños regalos: perfumes o tés importados del Asia que los marineros vendían por su cuenta en Manzanillo. José disfrutaba sus visitas al pequeño puerto, sus playas eran un deleite y el ambiente, relajado. Es probable que consiguiera su medicamento con esos mismos marineros o con algún comerciante de la zona. O quizás, había una botica en Colima donde él ya era cliente frecuente.

[359] *Ibídem,* pág. 254

Muerte tras muerte

En diciembre de ese mismo año, falleció don José Antonio, el padre de Maura. En el acta de defunción se indicó que tenía 71 años, y que murió de un ataque coronario; fue sepultado “en *gabeta* en el camposanto de Guadalupe”.[360] Doña Muerte, siempre rondando, no tuvo suficiente. Unas semanas después, llegaría la noticia de que Ignacia Riesch se había suicidado el 15 de enero, el mismo día de su cumpleaños.

Maura sintió una tristeza muy particular al recordarla. Repasó en su mente las veces en que la Riesch había llegado toda sudorosa luego de haber cabalgado desde Atequisa, recordó una tarde en que la encontró sentada en casa de su hermano Pedro, fumando. Pero lo que más recordaba, eran sus expresiones.

—Pareces una muñequita —le decía Ignacia, riéndose de ella, como era su costumbre—. ¿Cuándo vas a comportarte como mujer?

No sabía si seguía siendo aquella jovencísima Maura o ya había madurado lo suficiente, le habría gustado saber la opinión de Ignacia, pero ya no la volvería a escuchar nunca más.

Lo peor era que la habían enterrado en el lugar de su muerte, en Zitácuaro, Michoacán. Que la familia Mora no enviara a nadie a recuperar el cuerpo fue para Maura aún más perturbador.

---

[360] "México, Jalisco, registros parroquiales, 1590-2022", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:684J-LX46 : Mon Jan 20 01:20:55 UTC 2025), Entrada para D. J. Antonio Ogazon y Da. Rosario, 7 Dec 1865.

No tenía facilidad con las palabras como para escribirle un poema**,** ni colores para pintar su retrato, así que decidió rezar por su alma, a ver si Dios perdonaba el gran pecado de la comandante.

—Seguramente tuvo una buena razón —Maura intentaría negociar con el silencioso divino—. Tú sabes, Dios mío, que este mundo es cruel con todos aquellos que son distintos o rebeldes… —E Ignacia había sido ambas cosas, rebelde, y distinta. Pero más que eso, ¡una verdadera heroína!

Esto y más argumentaría Maura en su dialogo interno y lo reiteraría en sus plegarias a otros santos y vírgenes a quienes convocaba cuando se sentía sola y angustiada. Todos los días, Maura prendía dos veladoras en la capilla de la finca o quizá caminaba a alguna de las muchas iglesias cercanas o incluso hasta El Sagrario para hacerlo. Encendía una por su padre, y otra por *La Riesch*.

Aunque no era supersticiosa, a Maura debió afectarle el hecho de que alguien que ella había conocido desde niña y a quien admiraba, hubiera elegido su cumpleaños para quitarse la vida. Además, ese día Maura cumplía 25 años, pasaba a ser mayor de edad y supuestamente ya no necesitaba el permiso de nadie. ¿Se sentiría lista para tomar sus decisiones? ¿Pensaría siquiera en ello? No tenía un solo peso a su nombre, así que todo eso de que ahora era “libre de decidir”, era solo eso, un decir. De seguro, Maura deseaba al menos ser libre de enamorarse y casarse con quien quisiera. Quizás fue

poco después que ella y Pamplona decidieron casarse, aunque la muerte de su padre obligaría a Maura a mantener luto durante un año antes de poder matrimoniarse.

Me pregunto si alguna vez Maura consideró lo que significaba ser tan libre y valiente —como la comandante Ignacia Riesch— o sentirse tan desesperada, como para darse un tiro en el corazón.

La vieja pistola

Después de la muerte de su padre, Maura continuó viviendo con su madrastra, ayudándola con la bebé y sus otros hermanos, y acompañándola en su duelo. La salud de Rosario no era la mejor.

José Pamplona siguió cortejándola. En los bailes, no permitía que ningún otro hombre bailara con ella y, gustosamente, Maura se dejaba acaparar por el colimense. Cuando él se le acercaba, su olor la habitaba de inmediato. Sus sentidos se tornaban extrañamente alertas, a la expectativa de algo más. Cada roce de su mano le recordaba lo inexorable de su deseo y cada día se sentía más inclinada a experimentar un poco más esas nuevas sensaciones, aunque fuera incapaz de nombrarlas.

¿Qué sería lo que le atraía tanto a Maura? ¿Por qué no había sentido algo parecido cuando la pretendió Suárez, en aquellos tiempos ya tan lejanos, cuando pasaba temporadas con sus padrinos en La Barca?

Maura pensó en las similitudes y diferencias entre ambos pintores. Ambos eran sensibles y talentosos, aunque casi opuestos en cuanto a educación, pero sobre todo, personalidad. Aunque de pronto Pamplona le parecía a Maura un tanto flemático y excéntrico —en ocasiones se desaparecía por uno o dos días en los que nadie sabía de él— en general era tranquilo y alegre. Él decía que la razón de sus ausencias era el trabajo. Y es probable que eso fuera lo que más le atrajera a Maura, que él no estuviera encima de ella todo el tiempo. Aunque era celoso, no era posesivo y eso debe haber sido refrescante. Un tanto intrigante. Pamplona no era un hombre fácil de descifrar, había algo misterioso en él, excepto que no era lo que ella imaginaba.

Maura pasaba mucho tiempo en la casa de su hermano Pedro que permanecía vacía. Asegurarse de que todo estaba en orden, sería su excusa. No buscaba solamente silencio y privacidad, sino también un refugio de la soledad que sintió con más intensidad después de la muerte de su padre. Era ahí que en ocasiones recibía a Pamplona.

Una noche de mayo, José pasó a visitar a Maura. En algún momento, él le preguntó si tenía un arma con qué defenderse, considerando el tiempo que pasaba sola en esa casa. Claro que había servidumbre, pero no a todas horas y la mayoría estaban en “la casa grande”, cuidando de Rosario y los niños, mientras que los peones y trabajadores que vivían en la finca se encontraban en otras áreas de la propiedad.

—De hecho, hay un arma —recordó Maura en voz alta—. Hace años que no se usa. Mi hermano me mostró dónde la guardaba por esa misma razón, en caso de que me encontrara sola y ¡Dios no lo permitiera! la necesitara usar.

—¿Y dónde está? —preguntó Pamplona.

—Si mal no recuerdo, estaba en este gabinete.

Del mueble extrajo un pequeño bulto envuelto en un paño que desenvolvió, dejando ver una vieja pistola.

—¿Hace cuánto que no la limpian? —preguntó José.

—Uf, si nadie más la ha usado, no sé, ¡en años!

Al responder, Maura gesticuló de tal manera que el arma se le resbaló. Intentó agarrarla, pero se le fue un tiro. Del susto, acabó soltando la pistola que, al tocar el suelo, se disparó de nuevo, al tiempo que se desarmaba.

Desde la calle, un agente de policía oyó los disparos y *ocurrió a informarse del hecho*. El señor Pamplona y la señorita Ogazon le aseguraron al gendarme que las detonaciones habían sido una casualidad. Le entregaron las piezas que encontraron, que eran básicamente un cañón y un cilindro, y que el agente dibujó en su informe judicial.

Luego de lo sucedido esa noche, Pamplona tardó ocho días en ir a declarar ante el jefe de la policía. Me pregunto qué razones tendría para tardar tanto en regresar al juzgado. Como buen bohemio, es

probable se levantaba a mediodía, se ponía a pintar —y a beber— y olvidaba que tenía que ir a declarar hasta que ya era demasiado tarde en el día.

Por fin, el miércoles 30 salió de casa. Con el calor de mayo, José debe haber caminado sin prisa, recordando los detalles de lo acontecido la noche de la pistola averiada. Él y Maura ya se habían puesto de acuerdo en lo que dirían. No que hubieran cometido delito alguno. Es posible que ambos hubieran bebido de más, pero eso no lo podían declarar. En realidad ambos se habían asustado de verdad, no solo por los disparos, sino con la llegada del policía.

José recordó el rostro exageradamente compungido de Maura, quien parecía no poder aguantarse la risa aquella noche.

—¿De qué se me acusa? —le preguntó José al guardia.

—De nada Don Pamplona, pero me tiene que acompañar a declarar.

—¡Pero si son pasadas las doce de la noche buen señor, yo ya iba a retirarme a descansar! ¿Es esto necesario? Nadie ha resultado lastimado…

—Lo siento Don Pamplona, pero tiene que venir conmigo.

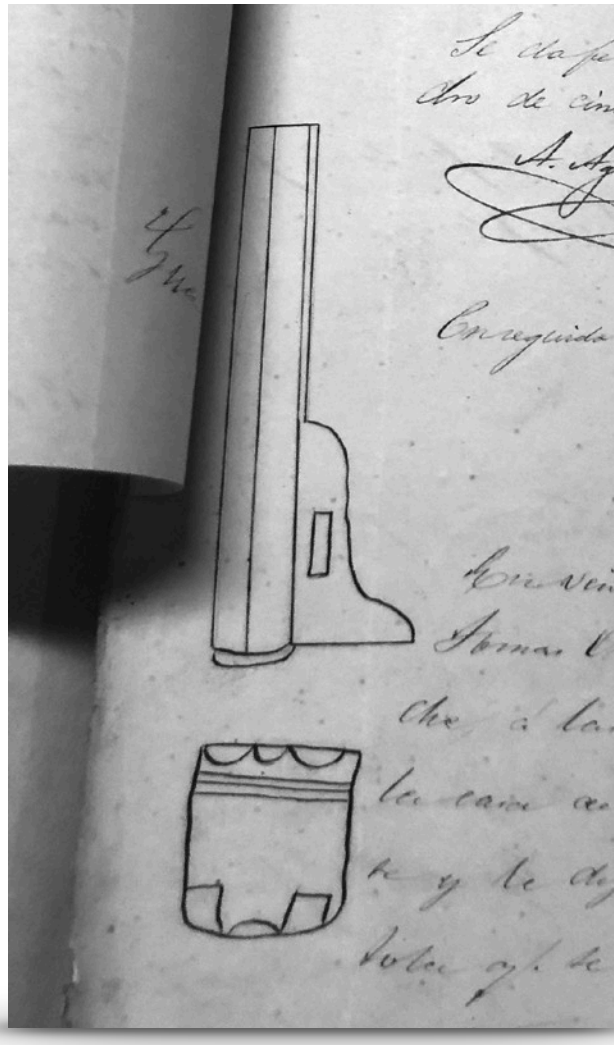
Y no saldría de la misma cantaleta el buen gendarme. José alcanzó a decirle a Maura que no se preocupara, que todo se aclararía.

A Maura lo que le preocupaba eran los vecinos. ¡Ay! ¡Así empezaban los chismes! José parecía ser capaz de escuchar sus pensamientos, porque ella alcanzó a oír como el colimense le decía al gendarme que, como caballero, contaba con su discreción. Vio cómo, al recorrer el pasillo que daba a la calle, José le pasaba el brazo sobre el hombro al poli, con ese gesto que tienen las personas de bien cuando quieren agraciarse con alguien de menor rango, ofreciendo cierto grado de confianza, pero al mismo tiempo afianzando su autoridad y dejándole sentir al otro lo bien que cargan con el peso de su posición. Debe haber sido difícil resistirse al encantador —y quizás un tanto manipulador— de Pamplona, con esa voz que modulaba a la perfección, aunque también es posible que fuera genuino en su trato y aparente entrega.

Esa misma tarde en que José presentó su declaración, el juez Agraz pasó a casa de Maura para recabar la de ella. Agraz escribió que la señorita Ogazon, había sido "*ecsaminada* con las formalidades legales" ratificando todo lo dicho por Pamplona. Maura añadió "ser de esta vecindad *niña* de veinte y cinco años de edad y firmó".

La carpeta del caso 121 se encuentra en la Biblioteca Judicial del Archivo Municipal de Guadalajara. El archivo incluye el dibujo de la pistola que hizo el gendarme.[361]

[361] Todas las expresiones en cursiva o entrecomilladas en este capítulo así como la imagen de la pistola, fueron tomadas del Caso 121. Archivos Judiciales, AHJ



Dibujo del gendarme de la pistola, incluido en el reporte judicial.
Fuente: Archivos Judiciales, Caso 121. AHJ. Foto de la autora

Fake News: Entre barbas e instrumentos musicales

De vez en cuando, Maura recibía noticias de su primo Nacho, pero de Pedro nada. Había rumores de que el general había llegado a la costa y que se había incorporado a la lucha armada.

En una curiosa nota publicada el 6 de enero de 1866,[362] el semanario *Weekly Alta California* afirmaba que Pedro Ogazon ya había partido de San Francisco, mientras que en otra nota periodística del 22 de enero se afirmaba que estaba a punto de hacerlo.[363] En todo caso, Pedro partió "rumbo a Guadalajara, la capital de su Estado, con la autoridad y medios para levantar una fuerza en contra de los Imperialistas".[364] El 14 de marzo, el *New York Tribune* confirmó que Ogazon había desembarcado antes del 11 de febrero,[365] y el *New York*

---

[362] "Salida hacia México.— Su Excelencia el Señor Don Pedro Ogazon, Comandante del Departamento de Jalisco, México, bajo la República, que ha estado ausente en Europa y los Estados del Este durante más de un año, llegó aquí desde hace algunas semanas y ha estado tranquilamente ocupado en hacer preparativos para su partida a México. Ahora ha abandonado California y tenemos la libertad de afirmar que espera estar en Jalisco y al mando de las fuerzas Liberales de ese Departamento, dentro de un par de semanas. Su prolongada ausencia se ha debido a la necesidad de satisfacer la gran demanda que surgió en México por instrumentos musicales de mejor calidad, y profesores competentes, desde la innovación de los franceses. Entendemos que las exigencias en este sentido ya están en la medida cumplidas, y la llegada del General Ogazon probablemente será celebrada por sus compatriotas con algunos conciertos de primer nivel en las cercanías de Guadalajara, una gran ciudad, cuyos habitantes tienen gustos musicales fuertemente desarrollados, y se oponen enormemente a las escuelas de arte francesas en las que se han visto obligados a estudiar desde hace algún tiempo. Como los profesores franceses distribuyen entre ellos las fotografías del general y lo colgarían si cayera en sus manos, no es necesario decir que viaja de incógnito, y no pasará por Acapulco ni Mazatlán". **Fuente:** *Weekly Alta California*. 7 de enero, 1866, pág. 7

[363] *The Evening Telegraph (Philadelphia, Pennsylvania).* 22 enero, 1866, pág. 1

[364] *Ibídem.* Traducción de la autora.

[365] *New York Tribune,* 14 de marzo, 1866, pág. 5

Daily Herald informó el 24 de marzo que "a principios de mes se celebró un consejo de guerra, en el que estuvieron presentes Corona, Rubi y Ogazon y otros".[366] Tanto *La Sociedad* como *La Sombra* reportaron en ese mismo mes que Pedro Ogazon había llegado en el vapor norteamericano *Fischer.* [367]

A través de la maraña de fechas y desinformación de esos meses, se puede deducir que Pedro, tras salir de San Francisco a principios de enero, se encontró con oficiales norteamericanos en San Lucas, Baja California Sur. Desde allí, desembarcaron en Altata, un puerto localizado cerca de Culiacán, o "Cooliacan",[368] en la costa de Sinaloa. Una fuente dice que llegó a Santa María, y podrían estarse refiriendo a Santa María Navolato, a 26 kilómetros de Altata, tierra adentro; y en otra fuente, afirman que arribó a San Ignacio, que está a unos 200 kilómetros al sur. Quizás eran referencias más conocidas en la época.

Además de traer armamento y un gran suministro de municiones de guerra, Ogazon llegó acompañado de oficiales americanos. El periódico conservador *La*

---

[366] *New York Daily Herald (New York, NY),* 24 de marzo, pág. 5. La nota fue escrita por su corresponsal en San Francisco y fechada el 23 de febrero, 1866

[367] *La Sociedad,* 21 de febrero 1866, pág. 2, y *La Sombra,* 20 de marzo, 1866, pág. 3. En los registros históricos marítimos, no se encuentra registrado ningún vapor con dicho nombre, pero sí un bergantín goleta *Fisher,* construido en los cincuenta, cuyo dueño o consignado en 1866 era un capitán llamado T. Ward. Fuente: *American Lloyd's Register of American and Foreign Shipping,* de 1865 y 1866.

[368] Así lo escribió el periódico *Utica Daily Observer (Utica, NY)* en abril. No era inusual este tipo de errores. En otra nota, publicada en Wilmington, Carolina del Norte, reproducían la información, pero decían que Altata ("Allata") estaba en "Quaddajora" (Guadalajara), y se referían a Tlaxcala como "Tiascala", y a Mazatlán como "Mazetton". Fuente: *Wilmington Daily Dispatch,* 16 de marzo, 1866, pág. 2

Sociedad relató los hechos a su manera: “El elemento norteamericano comienza *á* mostrarse en las filas del enemigo. Corona ha logrado organizar una guerrilla *esclusivamente* compuesta de aventureros de esa nacionalidad *á* quienes la perspectiva de la rapiña ha reunido bajo la bandera de los malhechores. Otra banda reclutada en San Francisco ha desembarcado en el cabo de San *Lúcas* y se ha aparecido en estos días en Altata, reunida por el general Lic. Don Pedro Ogazon. La lancha en que César y su fortuna atravesaban el golfo de la California se halló un momento al alcance del “Lucifer”, que procedente de Guaymas, siguió *hácia* este puerto sin sospechar qué clase de *embarcacion* era aquella. Ogazon sólo salió perdiendo el susto, arrojó al mar sus papeles *é* hizo *á* la causa de Juárez el sacrificio de su barba”.[369] En realidad, la nota era una traducción de otra, publicada originalmente por *L’Estafette.*[370]

Es probable que Maura haya leído, e incluso reído, con aquella noticia de “las barbas de Ogazon”; alguien debió haber confundido a Pedro con su primo Vallarta. *El Payaso* respondió a un mes después, en marzo del 66: “Así son todas las correspondencias; ya supondrán nuestros lectores lo que debe creerse de todo lo que aquí así se escribe, cuando saben que el señor Ogazon no tiene barbas, y que precisamente la manera de

[369] *La Sociedad*, Febrero 21, 1866

[370] *Daily Evening Bulletin,* 4 de abril, 1866, pág. 1

disfrazarse hubiera consistido en ponerse unas".[371]

En todo caso, una vez que llegó a Jalisco el general Ogazon se unió de inmediato a las fuerzas del general Ramón Corona, quien había comenzado a hostigar la ciudad de Mazatlán, y declarado su capacidad para tomar la ciudad por asalto en una hora. En la reunión que sostuvo a principios de febrero con Ogazon y Rubí, Corona "instó a que no se hiciera ningún ataque general contra las trincheras de los franceses" para evitar la destrucción de aquel puerto.[372] De acuerdo a lo publicado en abril por el *Sacramento Daily*, fueron los franceses quienes salieron de Mazatlán y se dirigieron al presidio. Junto con gente de Lozada decidieron atacar a los liberales que se encontraban sitiándolos. Corona había dividido sus fuerzas, por lo que los zuavos habrán pensado iban a derrotarlo fácilmente. Sin embargo, los franceses fueron sorprendidos a tres millas de la ciudad. De los 1,100 franceses reportados, solamente regresaron 400, 50 de ellos, heridos. Se notaba que los liberales estaban mejor armados que antes del regreso de Ogazon.[373]

Buscando desprestigiarlo, hubo publicaciones que aseguraban Pedro se había autoproclamado presidente de México, aunque es probable lo hayan confundido

---

[371] *El Payaso,* marzo 1866

[372] *New York Daily Herald,* publicado el 24 de marzo, aunque la nota del corresponsal en San Francisco está fechada el 23 de febrero de 1866.

[373] *Sacramento Daily Union.* 19 de abril, 1866

(¿intencionalmente?) con González Ortega[374].

En todo caso, esto fue desmentido posteriormente por el cónsul Godoy,[375] y por las acciones del mismo Pedro, quien, luego de luchar con Corona, se unió a las tropas que pelearon ese mismo año en los sitios de Zacatecas, de Querétaro y en la toma de la Ciudad de México.

Entre barbas falsas y lanchas fantasma, Pedro Ogazon volvió a México para ganar la guerra, mientras Maura, sola y sin saberlo, iba en camino de perder la suya.

Media onza de láudano

El licenciado Don Jesús Agraz, juez primero de la primera instancia en Guadalajara, no supo qué pensar cuando, por tercera vez en el transcurso de medio año, volvió a encontrarse con el nombre del joven Pamplona.

En marzo, José había estado en su juzgado, aunque en esa ocasión había sido Pamplona quien presentó una denuncia en contra del ciudadano Manuel Riebeling, por robo, o al menos, por no pagarle los diez pesos que le debía.[376]

En un almanaque mexicano de la época aparece listado

---

[374] Jesús González Ortega era presidente de la suprema corte, y desde Nueva York anunció en febrero de 1866 su reclamos de ser legalmente el presidente interino, alegando que Juárez había cumplido el límite de su mandato. Fuente: Miller, Robert R. *Ibidem,* págs. 33-34

[375] *Natchitoches Times,* 28 de abril, 1866, y *La sombra,* 4 de mayo, 1866*,* pág. 3

[376] Caso 113, Año 1866, Caja 67. Delito: Robo. Ofendido: José Pamplona. Supremo Tribunal. Ramo Criminal. De 1851 hasta 1870. AHJ

un comerciante de nombre Manuel *Riebelin*, cuya mueblería se encontraba en la calle de la Aduana número 50, y que posiblemente era el padre de Manuel y de las señoritas Carolina y Dolores.[377]

Si Pamplona era joven, Manuel era tres años menor que él. Al final, parece ser que se arreglaron entre ellos, y la demanda no procedió. “Cosa de borrachos”, habrá pensado el juez Agraz.

En mayo, el asunto de la pistola le tocó a su pariente, el licenciado Amado Agraz, juez cuarto y alcalde mayor, aunque Jesús se enteraría de los detalles, porque además, uno de los hijos de Amado —Salvador Agraz— era también aspirante a pintor.

Ahora, primer viernes de agosto, Jesús Agraz tenía frente a él un oficio con el caso número 210, acusando al pintor colimense “por indicios de envenenamiento”. Esa tarde, el doctor D. Ygnacio Fuentes se presentó ante el juez Agraz.

De acuerdo con su testimonio, el médico había sido llamado a casa de Pamplona, “porque éste estaba enfermo; que fue y lo halló con síntomas de un narcótico *provocante* por alguna sustancia que contuviera opio”. José en efecto le confirmó al facultativo que había tomado un poco de láudano para embriagarse; y le aseguró que tenía costumbre de

[377] La discordancia en la ortografía probablemente se deba a un error del tipógrafo del almanaque. En 1862 Carolina y Dolores Riebeling participaron en eventos de beneficencia, como pianistas y cantantes, acompañadas, por cierto, de José Prieto, hermano de la poeta Isabel e hijo de Sotero. (Fuente: Pareyón, Gabriel. *Ibídem,* pág. 54).

hacerlo, pues se le dificultaba dormir.[378] El pomito ya estaba vacío, así que José tuvo que indicarle al doctor Fuentes qué tan lleno había estado el vial antes de beberse todo el contenido. El doctor calculó que Pamplona había ingerido media onza de láudano.

Habrá que recordar que el opio no solo se ha usado médicamente desde los tiempos del Antiguo Egipto y continúa usándose para una variedad de afecciones, mayormente como analgésico y tranquilizante, sino que, a comienzos del siglo diecinueve, su consumo era masivo en la Gran Bretaña. De 1830 a 1860, su importación se había más que cuadriplicado.

El láudano era una tintura compuesta de vino blanco, azafrán, clavo, canela y otras sustancias, además del opio. Originalmente preparado por Paracelso desde el siglo dieciséis, se convirtió en una sustancia comúnmente prescrita en la medicina de la época. Se vendía sin receta y era utilizada tanto para tratar diversas dolencias como para ayudar en el proceso hacia la muerte. Una de las presentaciones comerciales más conocidas eran las “Gotas del Abate Rousseau”, o “Láudano de Rousseau”. La tintura se prescribía tanto en adultos como en niños y la mayoría lo tomaba de manera ocasional. Se recomendaba que todo hogar tuviera una botellita de láudano, al igual que hoy todos tenemos aspirina en nuestro botiquín. Al menos en Inglaterra, el láudano era más barato que la cerveza o la ginebra, y debido a su fácil acceso, se usaba

[378] Caso 121, Año 1866, Caja 47. Delito: Envenenamiento. Supremo Tribunal. Ramo Criminal. De 1851 hasta 1870. AHJ

comúnmente, no solo para obnubilarse, sino también para cometer suicidio.

Cada preparación de láudano variaba, y en general, era difícil calcular la cantidad de opiáceo que contenía. En las gotas de Rousseau, por ejemplo, el opio se hallaba en una cantidad mucho más considerable que en otros preparados: siete gotas contenían un gramo de opio. Fumado resulta más fácil dosificar el opio, ya que el fumador experimenta al instante el efecto de cada aspiración, mientras que, al ingerirlo de manera líquida, uno tiene que esperar varias horas para apreciar la ebriedad en su punto culminante, y aunque la espera queda compensada por el hecho de que el efecto intoxicante dura más tiempo (6 a 8 horas, a diferencia de 3 a 4 horas, fumado), también se presta más fácilmente a la sobredosificación.

Otra forma de ingerir el opio había sido inventada en 1805 por un alemán, quien había logrado extraer la morfina, nombrándola en recuerdo del dios griego de los sueños.[379] 50 años más tarde, se inventó y perfeccionó el procedimiento de la jeringa hipodérmica; para entonces, se había aceptado que la morfina tenía propiedades somníferas. Gracias a la jeringa se podía establecer una dosis más precisa, por lo que creían haber encontrado un poderoso medicamento que no producía adicción, y empezaron a recetarlo, incluso para deshabituar a los adictos al láudano.[380] En Francia,

---

[379] Alvarez, Yolanda y Magi Farré. "Farmacología de los opioides", *Adicciones, Vol. 17, Supl*. 2, Barcelona 2004

[380] García Ventura, Guillermo. *Opio,* Tesis, págs. 56-58

se administraron grandes dosis de morfina entre los heridos de las batallas militares hacia finales de los sesenta, y su uso se extendió entre los soldados para combatir el agotamiento de las batallas. Se dice que el emperador Maximiliano era un morfinómano empedernido. En 1865 le enviaron desde Francia varias jeringuillas Pravaz, y para aliviar sus nervios, el austriaco "era inyectado con morfina tres veces al día. Y después la dosis pasó a siete inyecciones diarias. La valerosa actitud mantenida por el emperador en el momento de su fusilamiento se la debió a una dosis especialmente alta de la nueva droga".[381]

Al final de su declaración ante el juzgado de Guadalajara, el facultativo confirmó que el paciente se encontraba bueno y sano, que había tomado "expontáneamente" el destilado de opio, pero no con intención de suicidarse. No sabía en qué botica Pamplona había comprado el láudano, ni si había sido despachado con receta. La preocupación de la alcaldía de Guadalajara no era la salud pública, ni la de Pamplona, sino la posibilidad de que algún boticario hubiera vendido una cantidad excesiva de láudano, y así lo expresó el alcalde en su oficio dirigido al juez para que éste se sirviera practicar "las diligencias correspondientes, inquiriendo *á* la vez en *que botica* se ha vendido tal sustancia venenosa, en cantidad tan excesiva, *á* fin de que ese juzgado tome contra el dueño las providencias de su resorte".[382]

---

[381] Behr, Hans-Georg. *La droga, potencia mundial: El negocio con el vicio,* Pág. 90

[382] Caso 121, *Ibídem,* AHJ

Por conducto del *gefe* de policía, Pamplona fue citado a declarar, pero al igual que la vez anterior, se tomó su tiempo y se presentó al juzgado nueve días después. José le ratificó al juez que desde hacía un tiempo experimentaba "una falta notable de sueño", por lo que acostumbraba ayudarse con una dosis de opio; para ello había traído de Colima un pomo, del que tomó, ignorando la dosis. Luego de confirmar su declaración, José Pamplona agregó que no había tenido, "ni *tubo* tal intento de *embenenarse*: que es de aquí soltero, de *veintidos* años de edad, pintor y firmó".[383]

Ese mismo día, el licenciado Agraz mandó archivar las diligencias, ya que no había "*merito* para proceder, ni por intento de suicidio... ni por la receta del *Laudano* por no haber constancia de *donde* ni *como* se compró".[384]

Nunca sabremos si José comenzó a tomar el láudano debido a sus nervios y si lo hizo por indicaciones de un médico. Quizá haya conocido a un *comedor de opio*, algún marinero filipino u otro artista como él, y lo haya probado para experimentar. Aunque Colima había dejado de ser parte del Estado de Jalisco desde 1857, la distancia lo mantenía provinciano. El elemento cosmopolita llegaba por la actividad proveniente del puerto de Manzanillo, donde llegaban todo tipo de mercancías desde el Asia, incluidos pigmentos, libros prohibidos, especias, y opio.

En su declaración, Pamplona dijo que el láudano era

---

[383] *Ibídem*

[384] *Ibídem*

para poder dormir, pero bien pudo haber sido la versión que le dio a la autoridad. “En México, desde la segunda mitad del siglo pasado el opio, la morfina, el láudano, los polvos de Dover, la codeína, el clorhidrato de morfina, además de la mariguana, el extracto de cannabis, la coca de Perú y hasta el Toloache estaban catalogados como sustancias medicinales”.[385]

Con apenas veintidós años y media onza de láudano, José Pamplona ni idea tenía que estaba firmando su sentencia de muerte.

El novio calavera

Cuando Pamplona afirmó haber querido embriagarse, ¿habrá sido por alguna razón en especial? Quizás se había peleado con Maura o sentía que ella lo había abandonado. Se supone que vivió en la Ciudad de México meses antes de casarse, ¿sería que la enviaron a la capital luego de lo ocurrido con la pistola en mayo? ¿Era José Pamplona el “pretendiente calavera, pero de buena familia”,[386] ese que don Pedro Ogazon no aprobaba?

En las crónicas tapatías, existen varias versiones de una misma anécdota que cuenta sobre Maura y un joven que le insistía en que ambos debían suicidarse, a lo que supuestamente ella accedió.

---

[385] Gutiérrez Ramos, Axayácatl. “Drogas: la historia que hace falta”. *Revista de la Universidad de México*, págs. 45-53

[386] Laris, José T. *Ibídem,* pág. 287

En la versión del padre Laris, publicada en 1945, se cuenta que Maura, supuestamente le hizo una broma al joven novio encargándole al boticario dos redomas distintas. El muchacho llegó a las diez de la noche luego de haber recogido el supuesto veneno. Maura se aseguró de beber del recipiente que llevaba su nombre. La del melancólico pretendiente resultó ser "una purga que llevaba candelilla y aceite de *croto*… A los pocos instantes sintió los efectos y quedó bañado en chorros fecales que le hicieron comprender la broma y lo determinaron a *calabaciar* a Doña Maura".[387] En lo particular esta versión me parece sensacional. Haberle dado una purga dice mucho del sentido del humor de Maura.

Nueve años después, en 1956, Ricardo Lancaster-Jones narró la anécdota con algunas variantes.[388] Aunque dice haberla leído en una de las columnas de Alberto Santoscoy, el suceso no aparece en las obras completas de éste. Lancaster-Jones parece haber recurrido más a su imaginación que a su memoria. Incluso le da nombre y profesión al novio, el poeta "José Castro", y relata que los enamorados se encontraron en una fiesta que tuvo lugar en la Huerta de Tolsá. Supuestamente ahí acordaron suicidarse con un frasco de láudano, "que vertieron en una copa de cognac, apurando ella la mitad superior y él la inferior, subiendo

---

[387] *Ibídem,* pág. 288. El aceite de crotón es un líquido viscoso que se obtiene de las semillas de un arbusto; se usaba como purgante y catártico, pero era peligroso y podía causar la muerte. Calabacear, o dar calabazas, era la expresión para rechazar una petición amorosa

[388] Lancaster Jones, Ricardo. "Dos retratos románticos tapatíos", *El informador.*

luego al carruaje del Gral. Ogazon". El cochero supuestamente dejó a Maura en su casa donde la atendió un facultativo, pero José Castro no alcanzó a ser salvado. Quién sabe en qué momento o por qué, de ser una graciosa ocurrencia, el relato se tornó en trágico.

Busqué alguna referencia a la huerta que menciona Lancaster-Jones. En Guadalajara existe la Capilla de Tolsá, en el Hospicio Cabañas, pero en realidad, Tolsá ni siquiera viajó a esa ciudad sino que simplemente envió los planos para su construcción. Por otra parte, en la Ciudad de México, el taller del famoso arquitecto se situaba en la huerta del colegio de San Gregorio.

"José Castro" es también un misterio. Según un cronista tapatío, era hijo del pintor Felipe Castro, pero no hay registros de bautizo que lo confirmen. Otros han sugerido que era un poeta de Guanajuato, aunque aún no hay nada que lo certifique, ni siquiera un poema. ¿Lo habrán confundido con el guanajuatense José Rosas Moreno, el amigo de Maura?

En el panteón de Belén de Guadalajara existe un nicho donde fue enterrado "José G. Castro", cuya edad y de acuerdo con las fechas de su deceso, bien pudo haber sido el pretendiente de Maura al que alude Lancaster-Jones. A los turistas que visitan el camposanto les cuentan que el joven Castro nació con una enfermedad y que se dedicó a estudiar medicina para intentar curarse a sí mismo. En ningún momento mencionan que fuera poeta, que tuviera una novia famosa (¡la hermana

del gobernador!), ni mucho menos, el suicidio. De hecho, de haberlo cometido, no lo habrían podido enterrar en campo santo.

Regresando a las versiones de la anécdota, según Lancaster-Jones, luego de la muerte de su novio, la "enloquecida" Maura "se sintió viuda".

Un cronista posterior, en una tercera versión y con floritura de su cosecha, añadió que Maura iba a su tumba "todas las noches a recitarle versos de amor".[389] En una de esas ocasiones en que Maura visitaba la tumba de José Castro, unos estudiantes de medicina se escondieron para asustarla, y uno de ellos, introduciéndose en una de las gavetas vacías pretendió ser la voz del muerto.

"¡Pronto estaré contigo, Maura!", dijo la voz, en la versión de Lancaster-Jones, mientras que en la de Villaseñor, tan solo gritaba: "Mauraaaa…" Entonces, ella sacó una pistolita que supuestamente "siempre llevaba consigo", aunque Lancaster-Jones detalla que la llevaba "con su traje ecuestre de larga cauda". En una versión Maura dirige la pistola hacia el sepulcro donde se había escondido el bromista, en otra, dispara al aire, y en otra más, Maura agarra a los estudiantes a fuetazos gritándoles, "¿No ven que los muertos no hablan?"[390]

Otra anécdota, que Lancaster-Jones narró sobre Maura, fue que Gerardo Suárez recorrió la ciudad de

---

[389] Villaseñor y Villaseñor, Ramiro. *Las Calles de Guadalajara,* pág. 181

[390] *Ibídem*

Guadalajara con un retrato que él había pintado de ella, portándolo "como un estandarte" y "acompañado por música callejera que llevaba en serenata a su ídolo". Supuestamente, Maura "lo repudiaba".[391] Imagino al pintor, bebido, con su capa y su pinta de bohemio. ¿Podrían haber confundido a Suárez por Pamplona? Bien pudo haber sido José quien desfiló por Guadalajara con el cuadro que conocemos. A esta misma anécdota alude el renombrado Alfonso Reyes en el párrafo que ocupa para mencionar a su tía Maura: "me han dicho que fue muy hermosa… y que un pintor tapatío, enloquecido por ella, le hizo un retrato y anduvo por toda Guadalajara cargándolo a la espalda, para que todos la admiraran... y lo admiraran. Aunque temo confundirla con otra damita de aquellos tiempos que fue amiga fraternal de los míos. En fin, también pertenece a la legitimidad de las tradiciones esto de mezclar, en uno, dos o tres mitos… Al corazón le importa acordarse, aunque sea con errores de aproximación*".*[392]

Algo en común entre estas y otras anécdotas que se cuentan sobre Maura es que los pretendientes siempre resultan ser las víctimas *pasivas* de la *letal* hermosura de la tapatía (me da hasta risa escribirlo, y sí, las itálicas son mías), como en la historia del albañil que se mató al quedar prendado de ella y no fijarse por donde pisaba. En realidad, ¿cuántos hombres pueden haber fallecido a causa de la belleza de Maura? De ser verdad toda esa habladuría, ella tendría que haber terminado en un

---

[391] Lancaster-Jones, Ricardo. *Ibídem*

[392] Reyes, Alfonso, *Paternalia,* págs. 35-6

convento del trauma de estar provocando tanta muerte a su paso.

Me parece que, a la distancia del tiempo, tanto la hermosura como el supuesto fatídico encanto de mi tatarabuela han sido amplificados, lo cual funciona para el drama y la narrativa, pero no para la vida real. Con los años, entre los datos reales y los omitidos (en ninguna de las anécdotas dan fecha alguna), es muy probable que diversas historias oídas y contadas a medias acabaron mezcladas en una misma.

En cuanto a su belleza, es mi impresión que esta se veía realzada por su personalidad, y también, porque Maura no se la creía. Aunque le gustara adornarse y que otros le asegurasen que era hermosa, al mirarse al espejo, ella era la primera en reconocer la mascarada. No se veía ni se creía fea, pero tampoco percibía nada que físicamente la diferenciara de otras. Conocía mujeres mucho más guapas, comenzando con algunas de sus primas. Lo de Maura era una rara combinación de inteligencia, simpatía y voluntad de agradar. Tenía un temperamento alegre y sabía provocar la risa en los demás.

No hay nada más erótico que la risa y nada que provoque más envidias —o chismes— que ver a otros dar la impresión de ser felices. Lo cierto es que Maura Ogazon se enamoró de un pintor, de nombre José, un tanto calavera y consumidor de láudano, quien nos legó un retrato de Maura y que, además, escribía poesía.

La ironía y el cáncer

Es probable que durante sus últimas semanas de vida Rosario, la madrastra de Maura, consumiera algún preparado de opio para soportar el dolor provocado por el cáncer que finalmente la llevó a la muerte. La vida no carece de ironía.

No se sabe nada de su tratamiento, ni qué tipo de cáncer era. Tan solo tenía 37 años de edad.

Luego del forzado exilio, Maura había regresado un poco más madura y, a raíz de la muerte de su padre, sintió más empatía por la joven viuda, madre de sus siete hermanos.

Rosario había parido cinco hijos más, que no pasaron de los tres años de edad. Atestiguar dichas pérdidas debe haber preparado a Maura para las pérdidas similares que ella sufriría, años más tarde.

Probablemente fue ella quien acompañó a su madrastra en esos últimos meses de sufrimiento. Rosario Robles fue enterrada en el Camposanto de los Ángeles, el *31 de agosto de 1866*.[393]

[393] El Panteón de los Ángeles estaba situado en los terrenos donde se encuentra actualmente la Antigua Central Camionera.

El sueño de la unión perpetua

La búsqueda de la intoxicación no es más anormal que la búsqueda del amor.

Ronald K. Siegel[394]

Guadalajara estuvo de fiesta continua durante días luego de haber sido liberada de los franceses por el general Corona, el 14 de enero de 1867. Es probable que para entonces Maura y Pamplona ya estuviesen comprometidos. Si aceptamos la tesis de que José era el "novio calavera" que Ogazon no aprobaba, y considerando que Pedro continuaba en el campo de batalla,[395] es posible que Maura decidiera no esperar el regreso de su hermano ni su posible desaprobación. Casarse con José habría sido entonces la segunda decisión importante que tomaría sin el permiso de su hermano.

La presentación en el Registro Civil de Guadalajara tuvo lugar el miércoles 13 de marzo, dos días después de que las últimas tropas francesas salieran del territorio nacional y un día antes de que iniciara el sitio de Querétaro, donde se rendiría el emperador espurio.

El juez del registro civil dejó constancia en la presentación que ambos novios: "dijeron que desean

---

[394] De *Intoxication: Life in Pursuit of Artificial Paradise,* citado por Alethea Hayter, en *Opium and the Romantic Imagination*

[395] Pedro participó en la defensa de Zacatecas en enero de 1867, luego en la toma de Querétaro en mayo y continuó militando hasta julio bajo las órdenes del general Silvestre Aranda. **Fuente:** Alfaro Anguiano, César Gabriel. *Ibídem*

contraer matrimonio conforme *á* las leyes y que de su libre y *espontaneo concentimiento* se presentan *á* este juzgado *á* fin de que autorice el contrato que tienen celebrado".[396] Finalmente, y "*á* nombre de la sociedad", el juez "los declaró *perpetuamente unidos* en legítimo matrimonio".[397]

Clemente Cambre, había sido cuñado de Maura, esposo de su hermana Jesusita, fallecida 16 años antes, por lo que llama la atención que Cambre fuera testigo de la boda.[398] Para entonces se había vuelto a casar; pero es obvio que mantuvo vínculos afectivos con la familia Ogazon, o al menos con la joven Maura.[399]

Un mes después, tuvo lugar la boda religiosa en el

---

[396] "México, Jalisco, Registro Civil, 1857-2000", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QGWV-S89Y : Tue Mar 11 12:43:10 UTC 2025), Entrada para José Pamplona Velasco y Ramon Pamplona, 13 de marzo de 1867.

[397] "México, Jalisco, Registro Civil, 1857-2000", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QGWV-CMJ6 : Tue Mar 11 02:42:01 UTC 2025), Entrada para Jose Pamplona Velasco y Ramon Pamplona, 13 de abril de 1867.

[398] Otros testigos incluyen a un tal Genaro Velasco, que por el apellido pudo haber sido pariente de José por parte de su madre, y que en el acta se afirma era sastre, soltero, de 21 años de edad; también, a un comerciante de nombre Mauricio Nuñez, casado, de 53 años. Ambos apellidos aparecen entre los más antiguos de Guadalajara. Del tercer testigo, Mateo Olazavalegui, además de tener 20 años de edad y un apellido inusual, imposible de enunciar y deletrear, se sabe que su padre, Juan Lopez Olazavalegui, fue preceptor del Colegio de San Juan desde su reapertura en 1841 y que a él se le encomendaba "la enseñanza primaria, consistente en los ramos de doctrina cristiana, lectura, escritura, urbanidad, gramática castellana, aritmética y principios de álgebra y de geografía".

[399] Los Cambre eran de Tlaquepaque, que en ese entonces se conocía como San Pedro y era donde los tapatíos pasaban los veranos y fines de semana. Manuel Cambre, hermano de Clemente, fue el autor de *La guerra de tres años* y *Hablemos de Tlaquepaque*.

Sagrario Metropolitano.[400] Clemente volvió a ser padrino junto con Dolores Ogazon, una de las jóvenes hermanas de Maura.[401] La ceremonia se celebró el 14 de abril, que era domingo, lo cual sugiere que después habrán disfrutado de una agradable tarde, celebrando.

Sin embargo, lo más probable es que haya sido un evento discreto y con pocos invitados.

Un problemita

En la genealogía que don Ricardo Lancaster-Jones publicó en 1951 sobre los Ogazon, él menciona que Maura tuvo tres hijos con José Pamplona: Adán, Abraham y Judith. Sin embargo, no vuelve a mencionar ni a Adán ni a Abraham en el artículo que escribió cinco años después para *El Informador*. Tampoco encontré ninguna acta de bautizo ni de defunción para ninguno de los dos niños. Decidí ignorar el hecho, pensando que quizás Ricardo decidió lo mismo que yo, que había tanta habladuría alrededor de Maura, que debía ser un error.

Sin embargo, ya prácticamente acabado este libro, resulta que conocí en línea a un descendiente de Pamplona (Alejandro). Su familia guarda fotografías y documentos, entre ellos, un cuaderno sobre la historia

---

[400] "México matrimonios, 1570-1950", base de datos, *FamilySearch* (https://familysearch.org/ark:/61903/1:1:JCDJ-7TP : 17 February 2020), Maura Ogazon en entrada para Jose Pamplona, 1867

[401] Dolores se casaría cinco años después con Manuel Zea Domínguez, nieto de Da. Josefa Ortiz de Domínguez.

de su familia, iniciado por nuestro tras-tatarabuelo, el padre de José, don Ramón Pamplona. En dicho cuaderno, hay un párrafo escrito por doña Isaura Pamplona,[402] en el que se mencionan las bodas civil y religiosa de Maura y José, con las fechas correctas, y en el párrafo siguiente, el nacimiento de un niño, apenas y siete días después de la ceremonia eclesiástica.

De acuerdo a estas notas, Adán Pamplona nació el 21 de abril de 1867, pero falleció escasas semanas después, el 10 de mayo. No hay mención de otro embarazo. Con esos datos, volví a buscar en los archivos, pero nada. Es probable entonces que no hayan tenido tiempo de bautizarlo, y que incluso hayan mantenido secreto el embarazo de Maura. ¿De qué otra manera explicar que se casaran escaso un mes antes del parto? Eso explicaría porqué en una de las actas se afirma que ella vivió en la Ciudad de México, pues habría sido una manera de esconder el hecho de que Maura no era virgen.

Si Adán nació a término, quiere decir que Maura quedó embarazada entorno a agosto de 1866, es decir, poco antes o poco después de la muerte de Rosario, su madrastra. No hay mención de ningún Abraham, así que sería difícil afirmar si quedó embarazada antes, lo cual parece improbable, dadas las fechas, o incluso, si

[402] María Isaura (1888-1975) era sobrina de José, hija de su hermanastro, Ignacio Pamplona Osorio.

habían sido gemelos y uno de ellos murió en el parto[403] Lo que me llama la atención es que no se haya casado antes, y la única explicación a la que puedo llegar es la necesidad de guardar el luto el mayor tiempo posible, luego de la muerte de su madrastra.

Alejandro Pamplona también tiene una copia de la foto original que apareció en el artículo de Lancaster-Jones, y que yo siempre he pensado fue tomada alrededor del tiempo en que se casaron. El hecho de que ella tuviera una capa no me había extrañado, pues en su foto de 1860 tomada en París, ella llevaba puesto un enorme abrigo, así que uno podría pensar que a Maura le gustaba mostrarse a la moda, o quizás simplemente hacía frío. Pero ahora, al examinarla en detalle, puedo distinguir una curva ligera en su vientre, que antes yo había pensado era debido a su ancha falda, pero que en realidad podría estar delatando su embarazo. De hecho, aún en la versión anterior que era apenas una fotocopia del microfilm, se puede distinguir.

Es fascinante como cierta información puede alterar la mirada de esa manera. O, simplemente, yo no había mirado con suficiente cuidado.[404]

---

[403] Mi abuelo Hugo Aranda Pamplona, nieto de Maura y José, tuvo gemelos en dos ocasiones. En la primera instancia ambos murieron, pero en la segunda sobrevivieron ambas niñas.

[404] He llegado a preguntarme si el viaje a San Francisco pudo tener algo que ver con otro embarazo no deseado. Curiosamente, su estancia allá duró 8 meses. Es obvio que todo es especulación, y esta última posibilidad nos llevaría a concluir que Maura conocía a Pamplona antes de exiliarse, o que el niño —Abraham— no era su hijo.



Imágenes de microfilm de Maura y Pamplona que Lancaster-Jones incluyó en su artículo sobre la pareja, publicado en *El Informador*, GDL, 1956 (D.P.) y fechadas en 1866. No sabemos si la fecha es exacta o aproximada, pero Octaviano de la Mora bien pudo haberlas tomado el día de su boda, en 1867. Foto original de Maura, en Anexos.

Otro problemita más

> *Uno de los efectos más obvios de la adicción al opio sobre los poderes de un [artista] es que induce a la indolencia, la ausencia de sentimiento, un estado en que la capacidad para observar se ve alienada de la capacidad para simpatizar con lo que se observa.*
>
> **Alethea Hayter**[405]

¿Cuál habrá sido la realidad de su matrimonio? ¿Cuándo comenzarían a ir las cosas mal entre Maura y Pamplona? ¿Cuánto tardaría Maura en caer de la nube en que andaba?

---

[405] *Opium and the Romantic Imagination* pág. 335. La cita original habla de escritores, pero yo he sustituido la palabra por la de "artistas": "One of the most obvious effects of opium addiction on a *writer's* powers is that it induces indolence, absence of feeling, a state in which the power to observe is detached from the power to sympathize to what is observed". Traducción de la autora.

No hay forma de comprobar si Pamplona era adicto al opio, aunque todo apunte hacia ello. Quién sabe si José era consciente de su adicción y, de ser así, si lo mantenía en secreto. ¿Habrá pensado que podía esconderlo para siempre? Si fue descubierto, él le habrá quitado importancia y se habrá dicho que lo podía dejar cuando quisiera, a fin de cuentas, su consumo estaba justificado con aquello de su insomnio.

Aún si José no hubiera sido un adicto, era artista y bohemio, ¿se adaptaría a la vida de casado? Es claro que le gustaba embriagarse. ¿Qué tanto le gustaba experimentar? Con algo de disciplina, es decir, consumiendo la droga de manera controlada, sin dejar de comer y ejercitarse, José podría haber sido un usuario habitual, como lo fue el escritor Thomas De Quincey.[406] Pero lo más probable es que José no hiciera ninguna de esas cosas. Me lo imagino como un niño consentido y achacoso; quizá era una disposición genética o un comportamiento aprendido al seno de la familia.

A Maura en realidad no la molestaba su cambiante temperamento, pero detestaba su apatía y desidia. Cuando consumía láudano, José parecía perder la voluntad, y se volvía perezoso. Ella pretendía no verlo cuando estaba bajo los efectos, embobado, totalmente distanciado de lo que sucedía a su alrededor, incapaz de reaccionar. Incluso hubo una ocasión en que se colocó frente a José, pero él no la reconoció y comenzó

[406] El británico Quincey (1785-1859) es mayormente conocido por su relato autobiográfico *Confesiones de un consumidor de opio,* publicado en 1812.

a hablarle como a una extraña.

Una razón para pensar que la adicción estaba afectando a Pamplona es la poca producción que le sobrevivió. Es posible que haya carecido de autocontrol y que el placer y el escapismo hayan sobrepasado la bohemia y el arte. Dado que el consumo de láudano era algo usual, José debe haber disminuido su importancia. Y no hay que olvidar las cantidades de alcohol que ingerían en esas épocas. Un ensayo publicado por el periódico de la Sociedad de Medicina reportaba que "se recetaba el opio para contener la diarrea y la dispepsia causados por la "alcoholosis".[407]

Por lo mismo, quién sabe qué tanto serían capaces José y Maura de entender la dependencia al opio de Pamplona. La ausencia del narcótico era insufrible para él. En esa época, en respuesta a los síntomas de abstinencia, muchos se automedicaban mayor cantidad de láudano, sin darse cuenta de que empeoraban su situación. Por otra parte, estando en apogeo el imperio, ¿habrá conocido Pamplona el jeringazo de la morfina? Debe haber sido mucho más caro que el láudano .

Adentrarse en la realidad del adicto ayuda también a comprender un poco más a quienes tienen que convivir con esa persona, quizás amada, sin entender lo que ésta sufre. Es probable que el problemita de Pamplona no solo haya afectado su capacidad para pintar, sino los sentimientos de Maura hacia él, porque, sin admiración,

[407] Publicado en abril de 1866. Jimenez, Miguel F. *Gaceta Médica de México*, Tomo II, Núm. 7, pág.97-99

el amor se acaba.

También poeta

En septiembre, Maura y José llevaban escasos seis meses de casados. D. José María Vigil era uno de los organizadores de las celebraciones de Independencia. *El País*[408] publicó una crónica de las celebraciones que iniciaron desde el domingo 15 de septiembre, gracias a la cual, sabemos que José Pamplona participó con la lectura de un poema de su autoría.



Fachada inacabada del Teatro Degollado en 1866, el año de su inauguración. **Fuente:** Archivo Histórico del Teatro Degollado (D.P.)

La crónica detalló que "el 17 desde las seis de la mañana se dejó oír el cañón cada media hora, anunciando su melancólico estallido el día consagrado *á* la memoria de las víctimas de la patria. Por la noche, el Teatro Degollado volvió *á* ser el punto de reunión, y

[408] *El País* era el periódico oficial de Jalisco, cuya dirección editorial había retomado desde diciembre de 1866.

aunque esta vez la lluvia se propuso obsequiarnos con desatados torrentes, el vasto edificio estuvo bastante lleno y la festividad no desdijo de las anteriores… la decoración puesta con tal motivo, *fué* la más *á* propósito: tumbas y grutas; destacándose *á* lo lejos una perspectiva sombría tristemente alumbrada por la luna. El C. Sabás Sanchez Hidalgo pronunció un discurso y el C. José Pamplona una composición en verso".[409]

En espera de su turno, Pamplona se sentía bastante ansioso. No era lo mismo cantar en una borrachera, que leer algo escrito por él enfrente de cientos de personas. Tal vez haya compartido sus incipientes poemas en tertulias, y en alguna de ellas lo haya escuchado el maestro Vigil, quien había conocido a Pamplona como pintor en la bienal del 65. Vigil pudo haberle ofrecido algunas sugerencias al pintor y poeta en ciernes, y quizás fue entonces que lo invitó a ser parte del evento.[410]

El 17 era el último día de celebraciones y, a pesar de la lluvia, el fervor patriótico se mantuvo como en las noches anteriores. Luego de que el ciudadano Sabás terminara su discurso, hubo una intervención musical. Don Vigil se preparaba para presentar a Pamplona, cuyas manos le sudaban de nervios. Se secó las palmas antes de sacar de uno de sus bolsillos las hojas con su poema; Maura le había ayudado a pasarlo en

---

[409] *El País*, 19 de septiembre de 1867, pág. 4

[410] Lo que es seguro es que Pamplona le dio a Vigil una copia del poema terminado, porque fue publicado días después en *El País* (26 de septiembre, 1867, pág. 4). Ver el poema entero en los anexos, págs. 483-485

limpio para ayudarlo con su lectura. José se preguntó cómo iba a ocultar la tembladera. Desde donde se encontraba, a la espera de escuchar su nombre para entrar al gran escenario, Pamplona pensó lo curioso que era tener a su esposa retratada allá arriba, en la bóveda del teatro, estática y a la vista de todos, al tiempo que estaba ahí abajo, sentada con el resto del público, presente e inquieta, pero igual de lejana que la figura del mural.

¿Por qué vivían en ese limbo?, se preguntó José. ¿Dónde había quedado el paraíso entre ellos? ¿Cuándo comenzó el descenso al infierno en que se habían convertido sus vidas? Sus pensamientos se desdoblaban contemplando el gran techo del Degollado donde el averno parecía extenderse por encima de su cabeza, como si él se encontrara al fondo del mismo.

Sentada en primera fila, Maura se abanicaba, sintiéndose acalorada y aprensiva, aunque orgullosa de José. Sabía que esta era una oportunidad importante para él: leer su poema en una noche que marcaba la independencia de México, apenas unos meses después de la derrota y de la ejecución de Maximiliano, un hecho que había vuelto a dividir las opiniones en todo el país. La dominaba un sentimiento ambiguo y contradictorio, quería sentir furia y enojo, pero amaba a Pamplona con locura. Maura no podía imaginar estar con nadie que no fuera él, y al mismo tiempo, conforme pasaban los días, no podía negar lo que era cada vez más obvio. Ella misma no sabía cómo volver a la que era antes.

Seguramente Maura había oído hablar de Baudelaire, incluso es probable que ambos lo leyeran juntos. Una pregunta sería si esto la ayudó a entender el aspecto creativo o espiritual que aparentemente daba la experiencia. Otra pregunta sería si la vivió, es decir, ¿habrá Maura probado alguna vez el láudano, por necesidad, o al igual que lo hacía José, *para embriagarse?* Puedo imaginar que esa era una de sus diferencias. Pamplona no sabía contenerse, ni quería hacerlo. No tenía la fortaleza de carácter para limitar sus excesos, ni para domar sus ansias, ni para detenerse en su búsqueda de la gratificación instantánea. Luego de la muerte de su hermano y de su madre, y quizás de una grave enfermedad durante su infancia, Pamplona solo supo de mimos. Le daban lo que quería y hacía lo que deseaba. Por eso no era ni militar ni trabajaba para el gobierno. El dilema no radicaba en que fuera artista o tuviera “alma de poeta”. La simple realidad pudo haber sido que José era un irresponsable.

José bebió un par de vasos de pulque antes de la lectura. El alcohol le ayudó con los nervios, y lo distrajo de sus ansiedades. El tiempo que le tomó a Vigil presentarlo le pareció eterno. Cuando fue su turno, intentó ignorar su sudor y el eco de su propia voz, que lo confundía. El sonido rebotaba en la magnífica bóveda del teatro, que en se veía lúgubre a la luz de las velas. El teatro no estaba tan lleno como cuando un año antes había estado ahí la famosa soprano Ángela Peralta para la inauguración, pero aún así sintió que el calor era

insoportable. Conforme avanzó en la lectura de su texto, el pintor y poeta dejó de sonar vacilante y comenzó a proyectar mejor; su voz se volvió más firme y segura. Era un poema de largo aliento, en el que Pamplona intentaba resumir la historia reciente de la ocupación francesa.

Suena el clarin; el genio de la guerra
Tenaz en desolar mi patria amada,
Alza terrible su fulmínea espada
Para llenar de luto nuestra tierra…

En uno de los palcos alguien preguntó en voz baja

—¿Cómo se llama el que está leyendo?

—Un tal José, no caché su apellido. Parece que además de poeta, es pintor.

—¿Castro? ¿Es hijo de Felipe?

—A lo mejor…

Un tercero intervino.

—Creo que es el mismo que hace un par de años andaba bien tomado por toda la ciudad, cargando una pintura de la hermana del gobernador Ogazon, ¿se acuerdan?

—Ese creo que fue Suárez —comentó otro más, que parecía conocer los pormenores—, el mismo que la pintó allá arriba, en el techo.

El chismosos miraron en la dirección que señalaba.

—¿Dónde?

—Allá, a la izquierda del escenario, la que está recargada en el pedestal y tiene ese edificio atrás suyo.

—¿El Partenón?

—¡Ése!

—Sí, la veo, pero como que no se parece tanto, ¿no? Ella tiene mejor percha.

—¿Cómo sabes?

—Pues porque está ahí mismo, sentada al frente… ¡Mírala!

Ajeno a la conversación, Pamplona continuó relatando en verso los acontecimientos desde la batalla de mayo de 1863, en Puebla, hasta la reciente victoria.

Hacia el final del poema, llama la atención la siguiente estrofa:

Nuestro gefe, al estruendo de su fama,
Adormido en los humos de la gloria,
No escucha de la patria en su victoria
La voz doliente que venganza clama.

¿Se refería a Juárez cuando dice el *gefe*? En su composición Pamplona parece reafirmar un sentimiento que parece compartían muchos, luego de una guerra tan larga y tan sangrienta.

De mi patria á los viles opresores,
¡Maldito el que perdona y compadece
Y la justa venganza no obedece!
¡¡¡¡Traidor el que perdona á los traidores!!!!

Pamplona alcanzó a escuchar los aplausos, quizá no de todos, porque había quienes no estarían de acuerdo en seguir buscando venganza, y mucho menos en señalar a Juárez o a cualquier otro "jefe" como "traidor". Entre los asistentes había varios que habían aceptado colaborar con el imperio, como fueron Jesús López Portillo o Vicente Ortigosa. Ahora que la pesadilla de la guerra había terminado, intelectuales y artistas estaban formando nuevas sociedades artísticas. No querían encender de nuevo el sentimiento bélico por el afán del desquite.

En cuanto José terminó, el maestro Vigil apareció en el escenario para avisar al público asistente que tendrían unos minutos para refrescarse en lo que se acomodaban en el escenario los músicos para el último número de la noche. Los que desde el palco habían comentado sobre la hermana del ex gobernador y el poeta de cuyo apellido nunca se acordaron, de inmediato se olvidaron del asunto ante la oportunidad de salir a tomar un poco de aire y alguna bebida animosa.

Maura se quedó en su asiento durante la pausa. ¡Cuánto placer le había provocado escuchar la voz de su amado! Era agridulce el dolor que Maura había sentido al mirarlo, en el escenario, tan guapo, como solo a ella le parecía, con su porte costeño y barba de perilla. Maura se había tornado aún más retraída luego de haber confirmado que estaba preñada**.** La alegría que esto debió haberle causado se había mezclado con la confusión que sentía compartiendo la cotidianeidad

con alguien como Pamplona. En los meses que llevaban de convivir como marido y mujer, Maura habría tenido que reconocer que él no estaba bien de salud. Ya no habría podido ocultárselo a sí misma. No solo había dejado de pintar, José no dejaba de consumir el láudano.

Cuando Pamplona bajó despacio del escenario, visiblemente agotado y ojeroso.

Maura lo miró con amor, porque aún lo amaba, pero su mirada delataba la tristeza que guardaba y que le era cada vez más difícil esconder.

Altamirano en Guadalajara

"¡Adiós!" mil veces os diré cantando
y estos adioses ni escuchéis siquiera,
ni penséis que mi voz es lastimera,
ni digáis que de pena estoy llorando;
es un adiós tranquilo, un adiós blando,
es una despedida placentera,
pues ni llorar ni enternecerme puedo
porque se va mi sombra y yo me quedo.

Catalina Coronado[411]

Si Maura no era capaz de entender lo que sufría José, mucho menos alcanzaba a definir su propia infelicidad, pero ahí estaba, tan tangible como cualquier otro objeto de la casa. Es posible que no pudiera ni tan

[411] Fragmento del poema "Se va mi sombra pero yo me quedo". Dominio Público

siquiera aceptar su dolor sino hasta que llegara un tercero a señalárselo. Altamirano pudo haber sido ese "tercero", una especie de disparador.

Tres años más tarde, en 1870, Ignacio M. Altamirano mencionaría en su diario un viaje y una "intimidad" compartida con Maura en 1867, sin ofrecer más detalles. Este dato impone una importante interrogante. Si el matrimonio civil de Maura con Pamplona había sido en marzo y la ceremonia religiosa en abril, ¿a qué mes del 67 se refería Altamirano, y qué entendía él por "intimidad"?[412]

Encontré la respuesta a la primera parte de la pregunta en el periódico que dirigía Vigil. El 3 de octubre, *El País* anunciaba que había arribado a Guadalajara "el elocuente orador, el sabio publicista" y candidato a fiscal de la república: "Deseamos que le sea agradable su permanencia entre nosotros; pues si en nuestra pacífica *poblacion* no halla el movimiento y distracciones de la gran Tenochtitlan, en cambio encontrará corazones sinceramente republicanos, que aun antes de conocerle han fraternizado con el ardiente *campeon* de la democracia *mejicana*".[413] La nota continúa, describiendo al "intrépido *suriano*" como un "guerrero" cuya firmeza de principios "justamente le colocan en las líneas mas avanzadas del gran partido

[412] En el Segundo Libro (pág. 362) de la presente obra desarrollo con más detalle los encuentros y la relación entre el maestro Ignacio M. Altamirano y Maura Ogazon.

[413] *El País,* 3 octubre 1867, pág. 3

progresista".[414]

Altamirano recién acababa de fundar el periódico *El Correo de México*, junto con Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, "invirtiendo en esta aventura las cantidades recibidas como pago de sus haberes de coronel".[415] Se había pronunciado en contra de la reelección de Juárez y "su actividad como periodista político hostil al jefe del Estado fue tan notoria que el presidente Juárez lo saludó en un brindis oficial como al 'jefe' de la oposición".[416]

A pesar de haberme imaginado la escena de los tres Nachos, en realidad, no hay manera de comprobar que Altamirano y Maura se conocieron en Mazatlán entre finales de enero y principios de febrero de 1864. Si coincidieron, es probable que ni siquiera intercambiaran palabra. Maura era mucho más joven y a la mañana siguiente, Altamirano quizás ni se acordara del encuentro,[417] que habría sido sumamente breve y en un contexto político muy tenso. Sin embargo, se perdieron los diarios de Altamirano de ese año, así que eso permite desbocar un poco la imaginación.

En todo caso, lo que sí parece más probable es que Altamirano y Maura se conocieran —al menos formalmente— tres años después, en esa visita de

---

[414] *Ibídem*

[415] Giron, Nicole. "Ignacio Manuel Altamirano", págs. 260

[416] *Ibídem*

[417] En 1870, en otra entrada de su diario, Altamirano narra que le habían dicho se había puesto *inconveniente* con su amiga Concha Méndez, pero él no recordaba lo sucedido.

diez días a Guadalajara, en la que el guerrerense no solo promovió su candidatura para fiscal, sino también la de su amigo Porfirio Díaz, para presidente.

No he encontrado más detalles sobre lo que hizo ni qué lugares visitó, pero para el 10 de octubre, Altamirano ya había partido de regreso a la Ciudad de México. Ese día, el mismo diario reprodujo lo dicho la noche anterior por "el Marat de los puros",[418] quien, a modo de despedida, se había desbordado al describir la llamada *Perla de Occidente* "Es la tierra del sol, como dijera Byron; es la tierra de los bosques de limoneros, como dijera Goethe; es una tierra divina, desde sus praderas esmaltadas y sus cordilleras de lapislázuli, con su brisa tibia y perfumada, hasta su cielo azul y sereno, hasta esa *region* que limitan la luz y el amor, como dijera el Dante".[419] No podemos ignorar la alusión de Altamirano, ni olvidar que la bóveda del Degollado —donde aún habita el rostro de Maura— estaba inspirada en la más grande obra del poeta florentino.

El País continúa citando a Altamirano, en su alabanza a Guadalajara: "Es la tierra de los hombres valientes como leones y de las *mugeres* bellísimas como ángeles. En los ojos atrevidos de los unos fulguran el valor generoso, el talento precoz y todos los sentimientos nobles. De los negros y rasgados ojos de

---

[418] La prensa apodó a Ignacio M. Altamirano como "el Marat de los puros" o "el Marat mexicano", por la exaltación con que combatía a sus enemigos en la tribuna. Fuente: Altamirano, Ignacio M. *Obra Literaria, pág.*421

[419] *El País,* 10 octubre 1867, pág. 2

las segundas, se desprenden mortales é irresistibles rayos del amor ardiente y apasionado, de ese amor cuya hoguera se ha apagado en todas partes; pero que en alma de las jalisciense, Vesubio eterno de la *pasion*, arde *inestinguible* y poderoso, por un privilegio concedido por los dioses".[420]

Sin duda, Ignacio Manuel quedó prendado de la ciudad, o ¿acaso fue Maura quien realmente lo cautivó? Es posible que ambos pasaran tiempo juntos, en conversaciones y paseos. Altamirano se daría cuenta, al observarla, que ella "necesitaba música enérgica para traducir los sentimientos de su alma ardiente y poderosa. Necesitaba el desorden, la inspiración robusta y atrevida, el delirio en la armonía".[421] A pesar de su edad y de ser un hombre casado, Ignacio Manuel parecía conocer "a la mujer por las novelas y no por el trato del mundo". Sería años más tarde, cuando él entrara "completamente en la vida real" y tratara "a las mujeres de México", que comprendería que Maura "era una excepción".[422]

En su despedida, Altamirano habló de su encuentro con Isabel Prieto, mencionó a Vallarta, a Cruz Aedo, a Prisciliano Sánchez y equiparó a Corona con Bolívar. No hizo mención de Esther Tapia, quizás porque ella vivía en La Barca y no la conoció en esa visita. Lo notorio fue que tampoco mencionó a Pedro. Es

---

[420] *Ibídem*

[421] Altamirano, Manuel I. *Obra Literaria,* pág. 220

[422] *Ibídem*, pág. 68

probable que el general Ogazon se encontrara en la Ciudad de México o viajando, porque él también era parte de la terna en las elecciones. Aún así, no solo era un héroe jalisciense, era uno de los puros, "comunista", como lo definían también a él. ¿Fue una omisión deliberada, evitar mencionar el apellido de la mujer cuya belleza lo había turbado de tal manera? Altamirano sabía aterrizar y encontrarse de frente con la realidad. Aún si se sentía despechado y ligeramente vilipendiado, vertía el sufrimiento en su literatura. Era otra forma de adicción. Quizás por eso mismo, nunca pudo dejar de soñar con aquellos "ojos negros, dulces y apasionados".[423]

Hay que imaginar al intenso escritor, bajito, delgado, feo pero seductoramente filoso con las palabras, declarando ardorosamente su amor por Guadalajara ante intelectuales y admiradores, quizás mirando de soslayo a la que en más de una ocasión habría de idolatrar, para luego negarla, como un amante Judas.

"Yo la he visto, *á* la musa jalisciense, superior *á* sus rivales de la Grecia al calzar el coturno y aparecer en la escena, realizando *á* Talia y embelleciendo con su figura juvenil y hermosa el Parnaso de mi Patria".[424] Al leer la información sobre Talía, me pareció que describían, en parte, a Maura. Talia fue hija de Zeus y Mnemosine y una de las dos musas del teatro, representada generalmente como una joven risueña,

---

[423] *Ibídem*, pág. 406

[424] *El País,* 10 de octubre, 1867, pág. 2. El coturno era una sandalia que usaban los griegos, llegaba hasta la pantorrilla, y estaba hecha de piel y corcho.

de aspecto vivaracho y mirada burlona, llevando en sus manos una máscara cómica como su principal atributo, pues con ella ocultaba la tragedia.

En más de una ocasión, y a pesar de la brevedad de sus anotaciones, Altamirano dejaría ver que había algo en la tapatía que le hacía sentir que ella actuaba, o al menos se resguarda detrás de, precisamente, una máscara. Quizás era su propio intento por racionalizar sus sentimientos y desencantarse de ella, o resultado de sus conversaciones. Él sabía que Maura no era ninguna diosa sino una mujer común y, sin embargo, en más de una ocasión, le pareció divina.

Maura llevaba seis meses de casada, y cuatro de embarazada cuando Altamirano visitó Guadalajara. Es probable que en esos días de octubre haya habido entre el maestro guerrerense y la beldad tapatía un juego de seducción, expresado en un velado y disimulado coqueteo. No olvidemos que él también era casado y era figura pública, así que, es probable que entre Maura y Altamirano no haya habido un intercambio carnal, ni besos apasionados, ni nada por el estilo. Hay que tener en cuenta que el lenguaje también evoluciona y que, en ese entonces, hablar de "intimidad" no necesariamente significaba lo mismo.[425]

Si pensamos en las circunstancias de Maura con relación a su esposo y su embarazo, y si era cierto que había sucedido algún rompimiento entre ellos,

[425] De hecho cuando Maura y Altamirano se reencuentran en 1870, ellos se hablan de usted, mientras que, en sus poemas que José Rosas Moreno dedicó a Maura, él la tutea.

entonces, cuando en octubre se encuentra con el diputado, ella estaba sufriendo de amor. Independientemente de si Altamirano quedó o no prendado de ella, él era mayor y capaz de percibir que la joven Ogazon se sentía desgraciada. Era una mujer de esas que saben amar.

Altamirano usó fragmentos de su discurso de despedida de la capital tapatía y los incluyó en su novela *Clemencia*, que sería publicada dos años después, en 1869. En ella plasmó las emociones que Maura despertó en él. El personaje principal, Fernando Valle, al llegar a Guadalajara, visita a *su prima*, de quien se enamora perdidamente. En la novelita se reafirma su sentimiento de inferioridad e incapacidad para escapar de la fascinación que ejercía esa mujer inalcanzable que nunca olvidaría.

La noche de su despedida, Altamirano confesó: "… conozco que mi alma se nubla y yo sentiré las primeras espinas de la ausencia desgarrarme el corazón, cuando oiga el chasquido del látigo anunciando la salida del carruaje que me conduce lejos de aquí; yo apuraré la amargura de la despedida cuando atraviese por última vez las calles silenciosas de esta querida Guadalajara".[426] No bastándole sus propias palabras, Ignacio Manuel sintió la necesidad de concluir, citando la línea que una poeta española escribió en 1848 para despedirse de sus amigos de Madrid:

Se va mi sombra pero yo me quedo.

[426] *El País, Ibídem*

Distancias e hipótesis

Según los relatos familiares, en diciembre de 1867 Maura residía en la Ciudad de México y Pamplona se encontraba en Guadalajara terminando un compromiso laboral con la diócesis. Si Altamirano y Maura se conocieron en octubre en Guadalajara, ¿en qué momento se mudó Maura a la Ciudad de México? Parecería curioso que Altamirano se despidiera de manera tan velada y efusiva de Guadalajara y que, a final de cuentas, Maura acabara viajando con él. Pero esas cosas suceden. Quizás Maura tuvo que viajar a la capital para consultar a un obstetra recién llegado de Inglaterra o para ayudar con la crianza de sus hermanos menores, quienes se habían quedado huérfanos el año anterior. Incluso es posible que Maura le pidiera a Altamirano que la "escoltara" en su traslado a la Ciudad de México, sabiendo que el diputado era un hombre de honor, amigo y compañero de su hermano Pedro en el congreso.

Si Maura viajó a la ciudad acompañada del maestro Altamirano, entonces ese pudo haber sido "el viaje" al que alude en sus diarios. En términos dramáticos, funciona el que Maura partiera en la misma diligencia. Por supuesto que ella viajaría con al menos una sirvienta, y es probable que Altamirano también viajara acompañado, aunque nadie se haya molestado en mencionarlo. De manera consciente o no, Maura pudo haber utilizado su naciente amistad

con Altamirano para alejarse de Pamplona e irse a refugiar con Pedro y el resto de sus hermanos. Maura seguramente era consciente de que José no podía viajar y de que Altamirano se sentía sumamente atraído hacia ella, al grado que no pudo negarse a ayudar a la candorosa Maura, tal su personaje Julián, ayuda a la desconsolada Julia: él enamorado de ella, ella enamorada de otro.

Maura sería muy coqueta, pero no trasgresora; era mujer de principios y debió ser grande su desilusión respecto a Pamplona. Tener que aceptar que su matrimonio no era lo que ella había soñado, podría haberla llevado a actuar de manera impulsiva. Las emociones que Altamirano despertó en Maura probablemente tuvieron que ver más con la excitación que provoca ser el objeto de la admiración y el halago por parte de un hombre tan relevante. El amor se confunde fácilmente con el deseo, porque en realidad son inseparables, aunque no sean lo mismo. Quizás Maura aprovechó el poder que esa atracción sexual le otorgaba, aunque, a la larga, el escritor también se beneficiaría.

En el largo trayecto de Guadalajara a la Ciudad de México, Maura, embarazada, y confundida, le pediría consejo al fulguroso Altamirano, quien posiblemente se vio obligado a actuar como doctor del corazón, tal como sucede en su relato "Julia", y aunque las circunstancias y anécdota de la historia son distintas, los sentimientos son similares. Al igual que Julia, Maura no puede dejar de amar a Pamplona, porque,

como escribiría Altamirano, “para el amor que nace poderoso, los minutos y las horas son siglos, y en las almas enérgicas la vehemencia suple al tiempo”.[427] Por su parte, quizá haya sido cierto que Altamirano “no pensaba ya más que en ella; ni quería ni podía hacer otra cosa. ¡Amarla!” [428]

Durante ese viaje compartido por Maura y Altamirano es que pudo haberse dado esa “intimidad” a la que él aludiría en sus diarios. También es posible que él y Maura mantuvieran algún tipo de correspondencia en las semanas posteriores, aunque no existe carta alguna para probarlo ni sobrevivieron los diarios de Altamirano de ese año (1867). Esa intimidad a la que el escritor aludiría en el futuro no pudo haber durado más de dos meses, que fue lo que podemos suponer duró la separación entre Maura y su joven marido.

En su relato “Julia”, Altamirano parecería transferir sus sentimientos al acomplejado Julián: “Cuando iba a verla experimentaba una sensación desconocida, monstruosa: mezcla de felicidad y de amargura; brebaje envenenado que, sin embargo, era el único que parecía alimentarlo. Dejar de verla hubiera sido morir”.[429]

Al igual que su personaje, es posible que Altamirano hubiera intentado confesar su amor a Maura y que ella le hubiera respondido algo similar a lo que Julia

---

[427] Altamirano, Manuel I. *Obra literaria,* pág. 64

[428] *Ibídem,* pág. 78

[429] *Ibídem*

le contestó a Julián: “Nuestras almas no pueden unirse con los lazos del amor; pero sí pueden estarlo con los lazos de amistad. Seré amiga de usted; seré su hermana… ¿Acepta usted esta amistad tierna? ¿Quiere usted ser mi amigo único?” [430]

Altamirano le respondería que sí, pero en su silenciado interior rechazaría esta posibilidad y en el papel se sinceraría: “¡Amistad! Esta palabra, tan dulce y tan consoladora en la boca de un amigo, es áspera y amarga en los labios de la mujer a quien se ama. Es de preferirse la indiferencia o el odio. La amistad es entonces la limosna de la compasión, así como la compasión es la limosna del alma”.[431]

Quizá por esa frustrada confesión, el embarazo de Maura, y porque en realidad ella estaba muy enamorada de Pamplona, la cosa es que, Altamirano y Maura dejarían de verse.

Maura Ogazon rechazaba al único hombre que supo nombrar su dolor. No podía saber que pocos años después, volverían a encontrarse.

---

[430] *Ibídem,* pág. 82

[431] *Ibídem*

Sueños y circunstancias

La mujer que él tomó por Musa, o que era Musa, se convirtió en una mujer doméstica y quería que él se convirtiera igualmente en un hombre domesticado… a medida que la Musa se desvanece, también lo hace el poeta.

Robert Graves[432]

Solo y miserable, así se sentía Pamplona por las noches, luego de trabajar en la sacristía. ¿Qué tenía que ir a hacer Maura en casa de su hermano, si su obligación era estar con él?, se preguntaba, y bebía.

José era un soñador, un hombre que buscaba complacer a los demás y que carecía de orden y estructura. Le gustaba andar como flotando por la vida. Él de inmediato resintió la vida doméstica, siempre había vivido bajo sus propias reglas, que, en su caso, eran inexistentes. Su matrimonio debió verse afectado por su incapacidad para adaptarse a las expectativas y responsabilidades de la vida conyugal. Amaba y admiraba a Maura, pero necesitaba algo más. Ansiaba su cercanía, pero al mismo tiempo la culpaba —injustamente, lo sabía— de distraerlo de su pintura. Quería recorrer el mundo, viajar a destinos exóticos, pero ahora se sentía atrapado. Recordó sus escapadas a Manzanillo, donde gustaba de pasar lánguidamente las horas, nomás mirando el ir y venir de los lanchones hasta los grandes barcos anclados en la bahía. A

[432] Citado por Francine Prose en *Lives of Muses,* pág. 15. Traducción de la autora.

menudo sentía ese anhelo de ser uno de esos pasajeros que partían, deseo que nunca logró cumplir. Al mismo tiempo, sus necesidades emocionales eran abundantes. No había manera de saciarlas. Quería huir, pero nunca partía. José no quería enfrentar lo vulnerable y abandonado que en verdad se sentía. Por eso prefería embriagarse.

Cuando comenzaron a vivir juntos como marido y mujer, también comenzaron a discutir más a menudo. Cuando alzaba la voz, José luego se regañaba a sí mismo por haber perdido la paciencia con ella, aunque era cierto que en ocasiones ella también se encaprichaba. Como ahora, que decidió ir a la ciudad para "cuidar de sus hermanos". Ella sabía que él no podía dejarlo todo para ir detrás de ella, como perrito faldero. Tenía que ganarse la vida y sus clientes estaban en Guadalajara. Tampoco era su culpa si había sido el padre Espinoza quien había creído en su talento y no otro cura más liberal.[433] El arzobispo había fallecido el año anterior, pero gracias a los retratos que había realizado de él, aparentemente lo habían vuelto a llamar. José presentía que no sería fácil trasladarse así nomás a la gran ciudad, donde él era un total desconocido entre decenas de pintores mejores que él. Ciertamente con más estudios y carrera.

Entendía que Maura ya no soportara estar Guadalajara, pero no aceptaba la posibilidad de que ya no lo

[433] ¿Qué tanto le importaría a Maura que Pamplona tuviera como "cliente" a Espinoza? En 1861, el entonces obispo había sido expulsado del país por Juárez, pero regresó en marzo de 1864, convertido en arzobispo.

soportaba a él.

¿Se habrán enviado cartas entre ellos durante ese par de meses de separación? Quizás ella lo castigó con su mutismo y fue entonces que él salió a la calle con aquel cuadro, embriagado e inmerso en la desesperación.

Si mantuvieron el contacto, ¿qué se dirían? No habían podido celebrar juntos el cumpleaños de José en noviembre, así que planearían festejarlo cuando él llegara a la Ciudad de México. Maura le escribiría con entusiasmo, soñando en su primera Navidad y Día de Reyes juntos, como matrimonio. Maura y sus hermanas estarían planeando una pastorela, como en los tiempos cuando vivía su papá, y habrían elegido una de las preferidas de D. José Antonio, *La bella Judith triunfante en los campos de Belén.*[434] Maura le compartiría a Pamplona cuánto le gustaba el nombre de Judith para su hija, si era niña, y él habría estado de acuerdo, preguntándole cómo iba con *su enfermedad*. Quizá le dedicó uno o dos sonetos. ¿Habrá alcanzado a avisarle que iba en camino, y a darle fecha de arribo?

Pamplona tiene que haber salido de Guadalajara en la diligencia del 10 u 11 de diciembre, pues el viaje a la Ciudad de México tomaba entre siete y ocho días. No sabemos a ciencia cierta por qué él y Maura no se encontraban juntos, ni las circunstancias exactas que condujeron a su muerte. De lo que no hay duda es que la fecha de su llegada, el 18 de diciembre de 1867, marcaría su último respiro.

---

[434] Pastorela de José Soledad Aycardo, publicada en 1770.

¿Cólera o fiebre biliosa, suicidio o sobredosis?

Sólo Dios, sólo la muerte,
De tu amor me apartarán,
Porque vivos no podrán
Privar mi amor de quererte
…
Mandan que de ti me ausente
Responderé evidente
Que no te puedo olvidar,
Que de ti me ha de apartar
Sólo Dios, sólo la muerte…

Anónimo[435]

Mi bisabuela Judith le contaba a sus hijos y nietos que su padre —a quien ella nunca conoció— llegó enfermo de cólera y murió a su llegada de Guadalajara.

Aunque no he localizado el documento original de registro de inhumación de José Pamplona, en otro de registro se menciona que José falleció en el Hotel Iturbide y que fue el doctor Frías y Soto quien constató que la causa de muerte había sido "fiebre biliosa".[436]

---

[435] Décima del siglo XIX. Fuente: Mendoza, Vicente T. *Glosas y décimas de México,* pág. 22

[436] "México, Distrito Federal, Registro Civil, 1832-2006", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QG4V-9FBK : Tue Mar 11 15:38:05 UTC 2025), Entrada para Eduardo S Herrera Cortés y José Rafael Herrera, 29 de mayo de 1871.

Aunque Hilarión Frías y Soto estudió medicina, algunos dicen que no ejerció la profesión. Sin embargo, es probable que la haya practicado en el campo de batalla y además, existen registros de que ofreció sus servicios como médico.[437] En todo caso, alrededor de esas mismas fechas de diciembre de 1867, de acuerdo con su biógrafa, las cosas comenzaron a definirse para él, ya que Vicente Riva Palacio le ofreció "el cargo de redactor en jefe y responsable de *La Orquesta".*[438] Curiosamente, en un directorio de 1869 quedó registrado el Hotel Iturbide como el lugar de residencia del Dr. Frías y Soto,[439] aunque no se sabe si también lo era dos años antes.

El Hotel Iturbide, llamado así por haber sido el palacio del primer emperador del México independiente, también era conocido como "el hotel de las diligencias" porque a un lado arribaban y partían los carruajes a distintos puntos de la República. Ubicado sobre Avenida Francisco y Madero, quedaba a pocas cuadras de la casa que habitaba Pedro Ogazon, dos calles atrás de la catedral metropolitana.[440]

---

[437] Maillefert, Eugenio. *Directorio del Comercio de la República Mexicana para el año de 1869,* pág. 267

[438] Frías y Soto acababa de integrarse a la redacción del *Boletín Republicano.* El queretano había sido miembro de la Academia de Letras y del Liceo Hidalgo. Al año siguiente, en 1869, como legislador, estaría impulsando la ley del divorcio. Fuente: Cano, Beatriz Lucía. *Andanzas de un liberal queretano: Hilarión Frías y Soto,* pág. 74

[439] Maillefert, Eugenio. *Ibídem,* pág. 215

[440] El Hotel Iturbide ocupaba el actual edificio de la Biblioteca del Banco de México.



Patio interior del Hotel Iturbide. 1898.
Fuente: NYPL (D.P.)

Las diligencias no siempre llegaban a tiempo, así que el retraso de Pamplona probablemente no fue razón de preocupación inmediata, pero, eventualmente, un posible escenario habría sido que Pedro o la misma Maura, enviaran a alguno de sus sirvientes a averiguar si ya había llegado la diligencia proveniente de Guadalajara. El mozo pudo haber regresado con la noticia de que, efectivamente, la diligencia había arribado y que el señor Pamplona había tomado una habitación en el hotel, pero nadie había respondido a su llamado cuando fue a tocar a la puerta. Al oír esto, las alarmas —que en ese tiempo serían campanazos — comenzaron a sonar al interior de Maura. Quiso ir ella misma a buscarlo, pero sus hermanos no le permitieron salir de casa, recordándole su embarazo. Ella protestó, pero no se atrevió a rebelarse. ¿Sería Pedro quien buscara al Dr. Frías y Soto sabiendo que residía en ese mismo hotel?

La hora de muerte quedó registrada a las once de la

noche, así que otro escenario podría haber sido que la joven y encantadora Sra. Pamplona hubiera estado divirtiéndose en alguna tertulia, a la que también habría acudido Hilarión.[441] A mediados de diciembre hubo una tertulia en casa de un tal Agustín Lozano.[442] Aunque no se conoce el día exacto, es factible que Maura y su hermano Pedro se encontraran aquella fatídica noche en alguna de aquellas reuniones y que Frías y Soto, se hubiera ofrecido a acompañarlos.

El cólera es veloz y fulminante. Para cuando la diligencia en la que viajaba José llegó a la ciudad, él habría estado sumamente débil y enfermo, probablemente con vómito y fiebre, síntomas evidentes para quienes lo acompañaban. El miedo al contagio los habría obligado a detenerse antes. ¿Por qué no lo hicieron? ¿Llegó con vida? Si se encontraba inconsciente, habría sido difícil saber a quién avisar, hasta que llegara el mozo de la familia o el mismo Pedro. De haber sido cólera, como lo contaba la bisabuela, habría incluso sido noticia, pero no existen registros de brotes de cólera ese año, ni en Guadalajara ni en la capital. No solo por esa razón es que pongo en duda el diagnóstico de muerte de Frías y Soto, pues no era común morir por una fiebre biliosa. Conociendo sus actividades como legislador y

---

[441] De acuerdo con la investigadora Beatriz Lucía Cano, entre noviembre de 1867 y abril de 1868, Hilarión Frías y Soto asistió a las veladas literarias de Luis Gonzaga Ortiz, donde acudían Riva Palacio, Altamirano y Ramírez, todos cercanos a los Ogazon. Fuente: Cano, Beatriz Lucía. *Ibídem,* pág. 17

[442] **Fuente:** *Las asociaciones literarias mexicanas, de Alicia Perales Ojeda.* (2ª ed. Corregida y aumentada. México: Universidad Nacional Autónoma de México [Al siglo XIX Ida y Vuelta] / Coordinación de Humanidades / Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000). *(elem.nx/estgrp/datos/132)*

autor, es entendible que Hilarión no estuviera muy actualizado, pero también es verdad que había mucho desconocimiento de las causas virales y bacteriales de distintas enfermedades y que los mismos expertos las confundían.[443] Cuando el calor era pronunciado, aún *los naturales* sufrían del "vómito", e incluso morían de ello. Sin embargo, era invierno, José había vivido toda su vida en Colima y sobrevivido al calor y a *otras miasmas.* ¿Podía su "fiebre biliosa" haber sido resultado de una enfermedad hepática? El abuso en el consumo del alcohol era común. Si el pintor Suárez murió por dipsómano, no habría sido inusual que José hubiera desarrollado algún tipo de enfermedad del hígado, a pesar de ser mucho más joven.

Una tercera posibilidad es que lo que sufrió Pamplona fuera una grave infección intestinal causada por un parásito, un "absceso hepático amebiano", es decir, una vulgar —y mortal— amebiasis.

La diarrea, la fiebre y el dolor abdominal son todos síntomas de la fiebre biliosa, la amebiasis y el cólera, pero también lo son de la abstinencia del opio. Es posible entonces que lo que José sufrió de camino a la Ciudad de México hayan sido síntomas de abstinencia y que, al reconocerlos, en vez de buscar a un médico en cuanto llegó, Pamplona vio la manera

[443] En una sesión del 14 de julio 1861, el doctor Nicolas José Gutierrez presentó su ensayo: "Relaciones entre la fiebre amarilla y la fiebre biliosa de los países cálidos". De acuerdo a este documento, "algunos médicos ingleses, no ven en la fiebre amarilla y en la biliosa grave de los países calientes, sino una *sóla* y única enfermedad". **Fuente**: *Anales de la Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales de la Habana: Índice analítico, Tomo 2,* p. 458.

de conseguir el láudano para medicarse. No podía llegar con Maura en esas condiciones. Si no lo llevaba con él o se le hubiera acabado, Pamplona pudo haber enviado a algún encargado del hotel a la botica para que comprara el remedio y rentado una habitación para limpiarse, descansar y ponerse a tono, antes de encontrarse con su mujer.

Por otra parte, si José y Maura se habían separado enojados dos meses antes, y pensando en la anécdota del pintor embriagado recorriendo las calles de Guadalajara con el retrato de su amada, es factible pensar que ese mismo impulso de amor lo llevara a buscarla en cuanto descendió de la diligencia, y que ella se negara a recibirlo. La angustia del rechazo luego de tan largo y agotador viaje, pudo haberlo empujado a consumir láudano de más, para embriagarse. Ya lo había hecho antes, pero esta vez José no tendría a la mano el aguarrás para propiciarse el vómito. Quizás no le dio tiempo de darse cuenta que necesitaba hacerlo, o en su apuro por sentir mejoría, simplemente decidió beber otro sorbito.

¿Cuál de todos estos escenarios sería la versión más plausible de ese trágico momento en la vida de mis tatarabuelos? ¿Habrá muerto solo, con sus pensamientos, en esa habitación del gran hotel? La sobredosis de opiáceos se caracteriza por la disminución progresiva de la conciencia, lo que puede llevar a un paro respiratorio o cardíaco, resultando en la muerte. Si Pamplona consumió más láudano de lo

habitual, eso explicaría la rapidez de su deceso.

En todo caso, es poco probable que lleguemos a aclarar si la muerte de Pamplona se debió a una enfermedad, una sobredosis, o incluso, un suicidio. Pedro, acompañado quizá de su hermano Antonio, se encargaría de que no hubiera investigación policial y alguno de ellos se aseguraría de esconder el vial de láudano. Cualquiera de las dos últimas posibilidades explicarían el que Pedro o Maura necesitara la ayuda de su amigo Hilarión. ¿Qué podría haber hecho el Dr. Frías y Soto para salvar la vida de José? ¿O acaso era demasiado tarde? ¿Será posible que Hilarión aceptara participar en una mentira para encubrir el incidente?

La alternativa era socialmente injusta, y no modificaba el hecho de que el joven marido de Maura había fallecido.

1868

Ya no busquéis la espléndida hermosura
Que en mi semblante un tiempo fulguró;
Cual flor por el invierno deshojada
En medio del pesar palideció.

Desatados se agitan mis cabellos,
Y guirnaldas y gasas destrozó;
¿De qué me sirven hoy galas y flores
Si no las mira ya mi dulce bien?

¡Ay! no me preguntéis por qué mi frente
—Mustia se inclina al peso del dolor,
Que el girasol así triste se inclina
Cuando triste en el cielo expira el sol.

Yace en el polvo el arpa abandonada;
Mudos están mis labios al placer;
¿De qué me sirven ya los tiernos cantos
Si no los ha de oír mi dulce bien?

José Rosas Moreno[444]

Mea, mea culpa, mea maxima culpa

En la inhumación, Maura observaría la escena, como siempre lo hacía, distanciada, aunque ese día se sintió todavía más alejada de lo que sucedía a su alrededor, como si se hubiese sentado en la parte más alejada de

[444] Rosas Moreno, José. **"**La viuda" *(*Escrito en León, Guanajuato, noviembre 1868). *Ibídem,* pág. 55

un enorme teatro y alguien hubiera apagado el sonido de la película, aunque este símil no significaría nada para ella, porque en 1867 aún no se había inventado el cine. Haya sido suicidio o simplemente se trató de un “accidente" —un error de cálculo con la dosis—, la súbita muerte de José debió haberla sacudido enormemente.

Durante el velatorio, muchas personas se le habían acercado, aunque Maura no sabía quiénes eran ni qué le decían. En su mente solo había cabida para preguntas, que eran demasiadas. En algún momento tendría que aceptar que no llegaría a responder la mayoría, pero eso tardaría en suceder. Durante días se encontraría sumida en obsesivos cuestionamientos que no podía detener. ¿Cómo era posible que tuviese tan mala suerte? Maura no solo había sido castigada con el fallecimiento de su madre unos minutos después de que ella naciera, ahora no llevaba ni un año de haberse casado, y ya era viuda. ¡Y embarazada! Sentía que la habían maldecido.

—¡José! —le reclamaría en silencio—. ¿Qué has hecho? ¿Por qué nos has dejado solas?

Se sentía agotada. Durante los últimos meses de su embarazo, doña Soledad —esa insoportable e inseparable de su parca comadre, doña Muerte— sería su más fiel compañía, a pesar de que en el vientre de Maura se hacía cada vez más presente la bebé. Ella había querido que fuera niña aunque, por supuesto, José había preferido que fuera varón. Ahora ya no le

importara, niño o niña, ¿qué le iba a contar cuando creciera? ¿Cómo iba a educar a esta criatura sin un padre a su lado?

Sintió una enorme lástima por sí misma lo que, de inmediato, la hizo resentir de nuevo a José, al tiempo que le embargaba la culpa. ¿Qué podría haber hecho ella para evitar ese desenlace? Tendrían que haber estado felices, brindando con la venta de cada cuadro, ¡viviendo el romance! ¿Por qué se había dejado llevar por sus emociones y había intentado provocar los celos de José al viajar acompañada de Altamirano? Tendría que haberse quedado en Guadalajara, pero ella ya no soportaba muchas cosas. Lo amaba, pero Maura se sentía profundamente desilusionada, y enojada, con José. Es importante recordar que, en esos años, además de creer que la morfina podía curar la adicción al láudano, muchos conceptos psiquiátricos sobre las enfermedades mentales ni siquiera habían sido definidos mucho menos nombrados. Es así que uno comienza a atisbar cuán incomprensible era todavía la dependencia a las sustancias. Es posible que, con el paso de los años, Maura llegara a entender algunos aspectos de lo sucedido. Treinta años más tarde, sería miembro de una sociedad de *Templanza*. Quién sabe si las conoció en sus meses de residir en California, pero sin duda sus experiencias de vida la llevaron a simpatizar con este grupo que exigía mayor control —incluso la prohibición— en la venta del alcohol y más severas consecuencias para los que caían en su dependencia.

Luego del entierro, los cuatro meses que restaban antes del parto deben haber sido un acumulado tormento para Maura, quien no habría querido salir, embargada por el luto, el cansancio, la hinchazón y, sobre todo, el dolor emocional. Siendo católica debe haber navegado largo tiempo en el mar de la culpabilidad. Su hermano Pedro le habrá dicho que él no creía en un dios cruel que juzgaba y castigaba; la naturaleza divina no podía ser igual a la humana: ambiciosa, despiadada, e irreflexiva. Maura estaría de acuerdo. Pamplona también se habría reído del concepto del cielo y del infierno.

—Esos solo existen en esta tierra —le habría dicho—. Y tú, tú eres mi cielo… —Y la habría calmado a besos.

Le era difícil acostumbrarse a la idea de que nunca más volvería a sentir los labios ni los brazos de José. No volvería a escuchar su voz.

Al final de la novela de Altamirano, *Clemencia* se refugia en un convento, por lo que uno podría imaginar que Maura hiciera lo mismo. Bien pudo haber pasado los últimos meses de su embarazo con su otro hermano, el fraile Luis, en su parroquia en Sultepec,[445] lo cual tendría sentido porque, ¿acaso no querría aislarse Maura ante las preguntas que habrán emergido relacionadas con la intempestiva muerte de su esposo? No importaba si habían logrado acallarlas. Sin embargo, Sultepec quedaba demasiado lejos y el viaje era largo y complicado. Así que, es más probable que Maura

[445] En el Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de 1866 aparece un Luis Ogazon como dueño de la Hacienda Los Reyes, de beneficio por fuego de la mina Las Ánimas. Si se trata de la misma persona, confirmaría su arraigo a la zona.

pasara el resto de su embarazo en casa de su hermano Pedro, con el resto de sus hermanos: Antonio de 20, Dolores de 18, José de Jesús de 15, Mercedes de 12, Felipa de 10, Arcadio de 8, y María de 3.

Si Pamplona hubiera sido rico y la hubiese dejado en mejor posición, la historia de Maura habría sido distinta. Que ironía. Al quedar viuda, Maura alcanzaba su "independencia" definitiva en términos jurídicos, pero no económicos. La realidad es que, con la muerte de su joven esposo, Maura quedó tan desprotegida como antes. No se sabe si José tenía otro ingreso. Su padre aún vivía, así que herencia nunca recibió. ¿Cuánto le habrían podido pagar por sus pinturas y cuánto tiempo le habría durado el dinero? Además de no poder sostener su peso económicamente, literalmente el cuerpo de Maura pesaba cada día más.

Huérfana, viuda y embarazada, volvió a sentir esa maldita autocompasión al darse cuenta cuán poco preparada estaba para enfrentar un mundo diseñado por y para hombres. Lo único que le quedaba era su reputación, y esa también había quedado bastante vilipendiada, más por la mala fe que por la realidad de las cosas. En eso, Pedro y Vallarta coincidían, Guadalajara era un pueblo de chismosos.[446]

Si Pedro estuvo en contra de que Maura se casara con José, es probable que ella se sintiera culpable de haber desobedecido a su hermano, pero también, debió

[446] Vallarta expresa esta opinión más de una vez en sus cartas a Pachita. *Alejandro Vallarta Papers.*

sentirse igualmente culpable de no haberse quedado con su joven esposo en Guadalajara. Era su obligación y ella había prometido estar con él, “perpetuamente”.

No hubo nadie que le dijera que había hecho bien actuando de la manera en que lo hizo, porque ella, simplemente estaba intentando no traicionarse a sí misma.

Se sentía morir

¡Feliz madre! siente el alma
De emociones conmovida;
¡Que aquel amor es su cielo
y es su aliento aquella niña!
…
“Como lo que hay de aquí al cielo
Así te amo, madre mía
y á nadie amaré en el mundo
Como á tí que eres mi vida!”

Con tristeza indefinible
La madre la oye y suspira,
Recordando que á su madre
Lo mismo contó de niña.

Refugio Barragán de Toscano[447]

Aun si Pamplona no hubiese muerto, de todas maneras no habría podido estar a lado de su esposa, como se usa ahora, que los papás estén presentes a la hora del

[447] “Amor Filial”, fragmento. Fuente: Velasco, Sara. Selección y presentación. *Bajo el purísimo cielo de jalisco. Cuatro escritoras del siglo XIX,* págs. 191-2

parto. A Maura le habría gustado tener la certeza de que él se encontraba al otro lado de la puerta, como cuando había nacido Adán, aquella criatura que tan solo alcanzó a tener en sus brazos durante 19 días.

“¿Por qué tuviste que morirte, José?” En su cabeza, todavía le hablaba, a veces enojada, aunque cada vez menos. Eventualmente lo perdonaría.

Ese mes en que Maura paría, habría sido su primer aniversario. Maura no podía llorar por ello porque los dolores la forzaban a estar presente, en la exigencia del momento; eran brevísimos los instantes en que se perdía en el rebujo de su nostalgia y resentimiento.

Se sentía morir, pero en ese momento, tenía que dar vida.

Cuando volvieron las contracciones, las más fuertes que había sentido hasta ese momento, hizo lo que le indicaban.

—Ya falta poco, niña, ahora sí, a pujar como si de ello dependiese tu vida —le diría la partera que la atendía, junto con un facultativo.

En respuesta, y preparándose para la siguiente contracción, Maura apretaría la mano de Dolores que sería la única de sus hermanas a quien le habrían permitido estar ahí. ¿Quién más podría haber acompañado a Maura durante el parto? La mayoría de los descendientes de la familia Ogazon Velázquez se habían quedado en Jalisco. Si Maura viajó hasta Sultepec y allá parió, la habría acompañado al menos

una monja, pero si se quedó en la ciudad, ¿habrá ido a México su madrina, la tía Ignacia, para estar con ella? Ya era demasiado vieja, y quién sabe si continuaran siendo cercanas. ¿Quién le habrá aconsejado sobre los mejores cuidados en las primeras semanas posteriores?

Maura y Pamplona habían tenido la ilusión de criar en Guadalajara a sus hijos y tal vez incluso fantasearon con la posibilidad de irse a Colima cuando los hijos crecieran. ¡Tantas cosas que habían imaginado realizar juntos! Visitarían Europa y recorrerían el Mediterráneo hasta Egipto, para luego perderse en el Lejano Oriente, decían. Sus hijos todos serían artistas, uno sería pintor, la otra poetisa; se reían. Viajar y reír, ese era su plan de vida.

Con Pamplona había colmado su hambre y encontrado otra manera de bailar el son de la vida, de rodear la herida, incluso de sobarla. José sería para siempre su más loca esperanza y la más breve.

Ahora su vida se había tornado en tristeza inacabable, como si en ella hubieran estado practicando doña Muerte y doña Soledad. Maura sentía que ella era una mera creación de su costura.

Parecía asomarse una amarga sonrisa en el rostro de Maura, pero al momento de abrir la boca, lo que emergió fue un sonido agudo y violento. Gritó como nunca lo había hecho. Gritó con furia, abrumada por el dolor y la impersonal crueldad de su destino. Sin entender del todo lo que sucedía dentro de ella, de pronto sintió una enorme necesidad de cagar. Sí,

literalmente, eso había sentido.

—¡No dejes de pujar, ya veo la cabeza!

Maura sentía que luchaba, no con el dolor físico del parto, sino con el peso emocional acumulado durante años. Como si al parir, Maura fuese a liberarse de ese sufrimiento que la había aguijoneado desde su propio nacimiento. No bastaba la sangre para purificarse, por eso Maura se entregó al alarido. Sintió cómo la vida arribaba, resbalándosele entre las piernas, al tiempo que alcanzó a oír su propio aullido, con toda la desesperación, melancolía y aflicción sentidas en sus 26 años de vida. No solo rogaba por que el dolor la abandonara, rezaba para evitar que ocupara ese cuerpecito que emergía del suyo. Fue entonces que escuchó a la partera.

—¡Es niña! —dijo la mujer, sus palabras como seda para Maura, quien ya no pudo sostener más las lágrimas, porque, además, no eran de dolor. Se dio cuenta de que éste había cedido.

La mezcla del olor de su sangre y su placenta le resultaría familiar. No podía saber que era el recuerdo de su propio y doloroso nacimiento. Así es toda memoria que no podemos evocar, la llevamos en nuestro inconsciente, como tatuada, sin lenguaje. Innegable y profunda.

Sus lágrimas marcaban el comienzo de su nueva vida. Ambas, ella y su hija, quedaban limpias de pasado, al menos en un sentido figurado. Maura respiró hondo y dio las gracias a su creador. Minutos después le

colocaron a la pequeña Judith entre sus brazos, en un gesto igualmente conocido, excepto que ella había ocupado el lugar de la criaturita que ahora la miraba con enormes ojos.

¡Qué peluda era!, pensó Maura, sorprendida.

La nombraría Juana por el santoral,[448] Julia, por su querida amiga, y Judith, para que fuera una mujer bella, valiente y atrevida como el personaje de la pastorela.

Ojalá fuera suficiente con desearlo para dictar el destino de nuestra prole.

Maura ya no lloraba. Se dio cuenta de que ahora reía. Miraba los ojitos de su niña y respondía. Dejó de pensar en José y en su mamá y en su pena que le había parecido eterna. Dejó de sentir que se moría mientras Judith se abrazaba a su pezón, sintiéndose satisfecha y bienvenida.

Post partum

El bautizo de Judith se celebró en Iztacalco,[449] un islote donde convergían los lagos de Chalco y Texcoco, y que por lo mismo, se había convertido en el paso obligatorio para las embarcaciones provenientes de los pueblos cercanos y una zona clave para el abastecimiento de verduras y hortalizas. Era un hermoso pueblo a un lado del canal de la viga donde muchos iba a pasear y

[448] Judith nació el 8 de marzo, día de San Juan de Dios.

[449] Específicamente en el Templo de la Asunción.

quizás fue por ello que eligieron una capilla tan alejada del centro de la ciudad.

Usualmente, los niños eran bautizados lo antes posible, y la madre rara vez estaba presente en la ceremonia. Sin embargo, en el caso de Judith, se demoraron seis semanas para celebrar su bautizo. Si Maura se refugió con su hermano en aquel monasterio del Estado de México, Maura y su hermano Luis habrían regresado a México terminada la cuarentena. De igual manera, quizá simplemente esperaron al fin de la misma, ya que Judith era huérfana de padre y Maura habría querido estar presente.

De hecho, fue Fray Luis quien ofició la ceremonia en el antiguo convento franciscano. En el registro de bautismo no se menciona que el padre hubiese fallecido, pero sí que sus padrinos fueron Pedro y “la niña María Ogazon”.[450] Las cuatro hermanas de Maura habían sido nombradas María: María Dolores, María Mercedes, María Felipa y María Carmen Carlota, pero fue la más pequeña la que mantuvo el nombre.[451]

El día del bautizo, Maura hizo el intento por no mostrar la apatía y tristeza en las que había vuelto a sumergirse luego del nacimiento de Judith. La mudanza a la ciudad, la muerte de su esposo, el embarazo y el parto, todas eran experiencias estresantes y desestabilizadoras.

---

[450] "México bautismos, 1560-1950", base de datos, *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:NK5V-1W5 : 10 January 2025), Julia Judit Juana Pamplona, 1868.

[451] Como confirmación de esto,, en los registros del Colegio de las Vizcaínas de los años de 1870, se encuentran los nombres de las más jóvenes de las Ogazon: Felipa, Mercedes y María.

Aunque en los siguientes meses Maura se hundiría en el oscuro remolino de la depresión, ese día, durante la ceremonia, Maura recuperó algo de su antigua entereza. De pie, junto a la enorme pila bautismal hecha de cantera, Maura escuchó en su mente una ristra de arengas imaginarias de ancestras y coetáneas que le hablaban en una especie de susurro indistinguible. Esa memoria acallada, ese secreto legado de fortaleza y resistencia de las mujeres que la habían precedido. Sus palabras le permitieron sentir algo de regocijo en su desolado duelo.

La comandante Riesch le concedía a Maura el hecho de que la joven Ogazon había perdido algunas batallas, pero intentó hacerle ver que le quedaban bastantes más por enfrentar.

—Así que más te vale volver a ponerte los pantalones para aguantar el trayecto —le diría la Riesch en ese tono del bajío, brusco y directo—. ¡Es hora de demostrar tu valentía, m'ija!

Maura también oyó la voz de Ina Coolbrith, cuya vida había sido diez veces más dura que la de ella. Ina aceptaría que Maura no había alcanzado su ansiada libertad, pero le haría ver cuan afortunada era de tener más de un hermano que cuidaban de ella.

—Acuérdate de lo que dijo Mary Wollstonecraft —le diría en su mente su amiga y maestra quien la había introducido a las escritoras europeas, incluyendo a George Eliot—. Las mujeres debemos esforzarnos en adquirir fortaleza, tanto en la mente como en nuestro

cuerpo. No podemos continuar siendo esclavas de la opinión…

Con una voz que le recordaba el sonido de las mañanas en Guadalajara, Doña Merced, la madre que nunca conoció, le aconsejaría agradeciera que tanto Maura como su hija estuvieran vivas.

—Aprovecha cada instante. Nunca podrás dominar el presente, mucho menos conquistar el futuro —Maura le escuchó decir, clarito—. Hija, tanto que quieres elegir tu propio destino, al menos escoge lo que harás, el día de hoy, por ti, y por tu niña.

Maura respiró profundamente. Le parecían tan lejanos sus juveniles y felices años de vanidad y banal coquetería. Había posado como la gran Minerva, la diosa Hera, la inmensa Atenea, pero todo eso era un pedazo de ficción fijado al techo que para nada mostraba la dura realidad de su existencia.

—No todo es sufrimiento —le susurró una voz anónima.

Su hermano Luis tenía todo preparado para iniciar el ritual del bautizo. Pedro sostenía a la bebé y su hermana María intentaba mantener la larga manta a salvo del agua bendita de la pila.

La chiquita lloraba. Ya desde entonces se notaba en Judith su fuerte personalidad, una mezcla de la determinación y testarudez de los Ogazon con la nerviosa excentricidad de los Pamplona.

—No tienes derecho a hundirte — volvió a escuchar la voz que le decía—, otros dependen de ti.

Entonces Maura reconoció la voz. Era ella misma, despertando a la realidad, diciéndose—: Judith te necesita.

Epílogo no es

México se había librado de los zuavos, Juárez había entrado triunfante a la capital y luego de las elecciones de diciembre, en el país dominaba un ambiente de esperanza y de relativa paz; todos querían mantener vivo el sueño de que ésta floreciera.

Su hermano Pedro continuó siendo un padre para ella. Maura tuvo en él más que un amigo, un ancla; una verdadera piedra angular. Pronto, sus vidas se bifurcarían, cada uno con sus respectivas familias, pero no dejarían de ser cercanos. Nunca regresaron a vivir a Guadalajara, aunque es probable fueran de visita los primeros años, cuando los lazos familiares todavía eran fuertes y aún vivían las tías, hermanas de su padre.

Maura se hizo cargo de su hija, y de sus hermanos. Tanta lucha, tanta muerte, y su vida, como mujer, no había cambiado un ápice.

No tenía más libertad ahora que antes. Tenía, eso sí, muchas más responsabilidades.

Aunque no alcanzó la autonomía individual que tanto apreciamos las mujeres en el siglo veintiuno, no podemos considerar las circunstancias de Maura como una derrota. Ella demostró una fortaleza inquebrantable,

algo que transmitiría a Judith como una lección de supervivencia y coraje. A pesar de los escándalos y de los rumores, ella había sido una buena hija, una hermana obediente, una mujer con principios. Fue también musa, pero sobre todo, una patriota.

Maura seguiría siendo la misma a la que le gustaban las fiestas y las tertulias, y eventualmente recuperaría ese aspecto esencial de su ser, pero seguiría siendo la hermana del general, la prima del diputado, la viuda del pintor, la madre de sus hijas. Eso no quiere decir que en su interior, Maura no se transformara. Terminada esta primera etapa de su vida, a Maura pronto se le presentaría la oportunidad de comprender que no solo era totalmente dependiente en términos económicos, lo era aún más de la mirada y la aprobación masculina. Sería muy importante ese proceso de conciencia, pues le permitiría no solo enseñar a sus hijas el valor de la autonomía, sino de facto, darles —hasta donde fue capaz— los medios para conseguirla. Dejaría de creer en la suerte y de temerle al olvido. Se haría amiga de la muerte y de su soledad, aquellas viejas doñas.

Y al final de su vida, Maura ya no temería más nada.



Esta fotografía no fue rescatada de entre las pertenencias de Maura, sino del archivo de la Colección Fototeca Antica, con los siguientes datos: *Dama con perro echado.* Circa 1868. Carta de Visita. La mujer fue identificada como Maura por el historiador de arte Sergio Estrada, cien años después de que la imagen fuera capturada. (Fuentes: Estrada, Sergio, *Ibídem*, pág. 139).(D.P.)

LIBRO 2

NI MUSA NI MESALINA

1869 — 1871

1869

La historia es a menudo una ventana distorsionada al pasado; la perspectiva de quienes tienen el poder de contarla.

Elizabeth Lesser[452]

Momentánea en Guadalajara

Cuando Maura cruzó el umbral de la casa que había sido su hogar toda su vida, un perro feo y desgreñado se le acercó rápidamente. Había otros perros que resguardaban la finca a cambio de las sobras de comida, pero este animal se aferró a ella con un cariño inmediato. Encontrarlo en una calle oscura habría causado miedo, pero en realidad, el perro era tierno y tímido. Quedó prendado de Maura, y desde ese momento no se separó de ella. *Fue un amor a la primera olisqueada.* Cuando una tía preguntó qué hacía ese "chucho" dentro de la casa, se le quedó el nombre.

El olor de los animales —gallinas, vacas y puercos— la transportó a su niñez, cuando su hermano Pedro le enseñó a montar y ella jugaba escondiéndose en los rincones de la finca. Ahora, esa finca parecía mucho más pequeña de lo que recordaba. Ya no podía esconderse, pero encontraba consuelo en cabalgar, como en sus días de niña. El cariño intempestivo de

---

[452] *Cassandra Speaks,* pág. 100

Chucho y el estar de nuevo en contacto con los caballos fueron una suerte de terapia. No podía salir sola, debido al temor que la sociedad de esa época inculcaba en las mujeres, pero siempre había alguien —un mozo o uno de sus hermanos— que la acompañara.

Cuando regresaba de sus cabalgatas, el perro la festejaba como si se hubiese ausentado por años. Le lanzaba lengüetazos, que ella hábilmente evitaba, pero que le deleitaban. Agradecería la espontaneidad y sinceridad del perro, conforme se enfrentara a la hipocresía de la sociedad tapatía.

Ya llevaban varias semanas y pronto sería hora de regresar al Distrito Federal. Su hermano mayor, Pedro, general de brigada y ex gobernador de Jalisco, ya había partido de vuelta, pues tenía que regresar a sus labores como magistrado de la corte. Él se encargaba económicamente de Maura y sus hermanos tras la muerte de su padre y madrastra. Desde la más pequeñita, de cinco años, hasta el cuarentón de Pedro, estaban unidos por su orfandad.

Pedro intentó estar presente tanto como pudo para su hermana Maura tras la muerte de su esposo. Sin embargo, el peso de su trabajo y su responsabilidad con la patria lo mantenían constantemente ocupado. Entre ellos reinaba un silencio palpable, más profundo aún por el escándalo que usualmente armaban el resto de sus hermanos. Para 1869, ya llevaban más de un año compartiendo responsabilidades, actuando como padres sustitutos para sus hermanos. Pedro había sido

el padrino de Judith y era la figura paterna más sólida que Maura había tenido en su vida, pero él se encontró impotente al ver que su hermana casi no hacía caso a la bebé y se hundía aún más en su dolor. La melancolía de su hermana lo abrumaba.

En Guadalajara, Pedro tuvo poco tiempo para ella, pues estuvo absorbido por parientes, amigos y políticos, pero sí alcanzó a notar que algo en ella se transformaba. No sabía si era el aire seco y fresco de la llanura, la calma del mar Chapálico, el calor de la parentela o la empatía natural del perro que la había adoptado. La combinación parecía haberla ayudado a sacudirse tanta tristeza.

A pesar del intento de sus parientes por ocultárselo, Maura no pudo evitar enterarse de los rumores que corrían sobre ella. Decían que los hombres morían a su paso, que había envenenado a uno de sus pretendientes, que se había casado embarazada, que había tenido un hijo con otro hombre. La acusaban de ser una Mesalina, una viuda alegre. ¡Pura fantasía! Apenas salía de casa, y su vida se reducía a la oración y a la obediencia.

A ella le tocaba parte del golpeteo porque había sido una figura pública durante la gubernatura de su hermano mayor, hacía diez años. Ella entendía que muchos de los chismes provenían de los enemigos políticos de Pedro y sus primos, Vallarta y Bernardo. Entre los Ogazon debieron haber hablado mucho sobre esto. De la tía Juana, por ejemplo, no solo decían que le gustaba el tequila y era mal hablada (que bien pudo

haber sido verdad); también decían que “era voluptuosa y de temperamento linfático y que había tenido más amantes que dedos”.[453] La tía Juana hacía tantos chascarrillos al respecto y se reía tanto que acababa contagiando al resto de la familia. Era un humor negro, pero gracias a ello Maura conoció desde pequeña el poder de la risa. Convertir lo negativo y oscuro en algo de qué reírse era un buen ejercicio, un reto intelectual que los Ogazon gustosamente aceptaban. No se podía hacer gran cosa ante la ola de rumores; medias verdades tornadas en mentiras, pero que lo entendiera no significaba que no le afectara.

Al principio, Maura sintió su visita a Guadalajara como un retorno al hogar, pero pasando los días, confirmó que, en realidad, se había convertido en un lugar ajeno. Físicamente todo parecía igual que antes, pero, ni la casa ni la ciudad lo eran.

En la finca seguían trabajando muchos de los peones y sirvientes que habían servido a su padre desde que ella tenía memoria, sin embargo, ahora la administraba Jesús Leandro Camarena, el esposo de su prima Concepción Navarro Ogazon. Es probable que la madre de ésta, la tía Ignacia, viviera con ellos, pues recientemente había quedado viuda.[454]

Los Camarena, al igual que Pedro y Maura, vivieron exiliados en la Alta California. Cinco años habían pasado desde aquella experiencia, parecía otra vida.

---

[453] Garza, C.E., citado en Katz, Friedrich. *Porfirio Díaz frente al descontento,* pág. 88

[454] Ramón Navarro murió el 10 de marzo de 1863. Fuente: *familysearch.org*

Todo había quedado trastocado desde entonces.

A escasa una cuadra de la casa situada en la antigua calle del Carmen, residía Bernardo Reyes Ogazon, hijo de su tía Juana, hermana de su padre. Bernardo había dejado los estudios por una carrera militar. Era coronel en activo bajo las órdenes del general Corona. Si Bernardo coincidió con su prima, debe haber sido harto amable con ella. Se sabe que no dejó de apoyar a Maura y a sus hijas, ni a sus sobrinos, los hijos de Pedro, hasta su propia muerte en 1912.

De niña, Maura pasaba temporadas en la casa de sus padrinos, los Navarro, en La Barca, propiedad que probablemente quedó bajo la supervisión de algún otro hijo de la tía Ignacia, la otra hermana de su padre que aún vivía. Es posible que Maura haya ido de visita a ese poblado en el sureste de la capital tapatía. Estando allá, también es factible que visitara a la poeta Esther Tapia y se reencontrara con su querido amigo José Rosas Moreno, pues ambos escritores eran parte del mismo grupo de intelectuales que mantenían sana y boyante la vida cultural laguense.

Tanto la tía Juana como la tía Ignacia le habrán dado a Maura todo tipo de consejos sobre la mejor manera de educar a Judith, quien ya comenzaba a convertirse en una personita.

A la niña le habría hecho mucho bien el aire de provincia y tanta gente a su alrededor; además de las tías, primas y vecinas, en Guadalajara había un excedente de brazos de mujeres al servicio, procurándole cuidados. Esto le

daría a Maura tiempo para sí misma. Era soledad y sosiego lo que necesitaba para recuperarse.

Sin embargo, la ciudad ya no era lo que había sido antes de la guerra. El clero había perdido propiedades y algo de su poder económico, pero no así su influencia sobre los más pobres, quienes no vieron beneficio alguno con los cambios. Los tapatíos de "linaje" que habían aceptado colaborar con el gobierno francés se sumieron en un conservadurismo que Maura encontró sofocante. La ocupación de los zuavos había sido violenta, y su imposición cultural, definitiva. Sus amigas se habían casado con hombres de apellidos que habían fundado la ciudad, y lo único que les interesaba era ser las esposas y las madres que la sociedad continuaba exigiendo de ellas, como si nada hubiera cambiado. Maura no comprendía totalmente el rechazo que la sociedad guadalajarense parecía sentir hacia ella y su manera libre de pensar. Lejos habían quedado los tiempos de la Banda roja, y la ingenuidad colectiva que los inspiraba, inmersos en la lucha.

Si en Maura quedaba algo de esa ingenuidad —algunos la llamaban optimismo—, desaparecería en esas semanas en que vivió inmersa en la realidad provinciana.

Posar o no posar

Ese día que se reencontró con Octaviano, su amigo de la niñez, Maura no pudo evitar pensar en la tragedia de la tía del fotógrafo, la comandante Riesch, quien se

había quitado la vida después de años de sacrificio y desdén. A pesar de haber luchado con valentía contra el ejército francés, sus compañeros no dejaron de menospreciarla hasta que, finalmente, Ignacia cayó en un abismo emocional del que no pudo salir. Ese funesto recuerdo, tan cercano a Maura, la atravesó mientras miraba al fotógrafo con la misma desazón que sentía bajo la sombra de la muerte. Viuda y madre, Maura seguramente accedió a conocer el local de Octaviano, no solo por su deseo de volver a posar, sino el cariño que sentía por la Riesch, quien había sido tan cercana a su hermano Pedro.

Octaviano ya llevaba varios años dedicado al oficio que tan hábilmente había aprendido. Acondicionó su primer taller en la calle de Agustinos, cerca del Teatro Degollado, aunque luego se mudó a otro local en el portal Matamoros número 9.[455] Maura se dirigía hacia allá aquella tarde. La última vez que Octaviano la había fotografiado, había sido luego de su boda con Pamplona.[456]

La caminata desde la finca de los Ogazon no era larga. La acompañaba más de una hermana, prima o tía, a las que también les gustaba aquello de “posar”, como era la tía Juana. El perro, fiel como siempre, caminaba atrás de Maura.

Mientras fijaba su atención en la cámara de Octaviano, recordó de la vez que posó en París para el fotógrafo

---

[455] VV.AA. *Octaviano de la Mora: fotógrafo,* pág 12

[456] Ver pág. 259

Ken Alexandre, pero también de cuando lo hizo para pintores como Juan Cordero y Jacobo Gálvez, o incluso su difunto esposo. La quietud ante el lienzo era diferente a la de la cámara, que exigía permanecer inmóvil durante más tiempo. En ambos casos, el reto no era solo físico, sino emocional.

Al posar de nuevo, Maura sintió que algo despertaba en su interior, como una memoria olvidada en su cuerpo. Recordó el cosquilleo de ser el centro de la mirada, un tipo de coquetería que no iba dirigida a un hombre, sino a la vida misma. Desde que su madre había muerto en el parto, Maura había sentido una necesidad constante de ser mirada, de atraer la atención. A diferencia de ella, Merced Rubio nunca fue retratada.

Al nunca haber conocido el rostro de su madre, Maura había jurado que a ella no le pasaría lo mismo.

Octaviano le indicó cómo posicionarse, pero en cuanto lo hizo, Chucho se echó a sus pies. Al principio, tanto él como las acompañantes de Maura intentaron retirar al animal, pero no podían. Apenas intentaban apartarlo, volvía a acurrucarse junto a ella. Maura no pudo evitar reírse ante la terquedad del animal, que parecía querer vivir adherido a sus faldas. Octaviano estuvo a punto de pedir que lo sacaran, pero, al observarla, el fotógrafo comprendió que el perro, con su presencia, parecía acentuar la tristeza de Maura, una tristeza de la que no podía escapar.

¿Quieres salir en la foto, verdad?, Maura diría en voz baja, acariciando al perro con ternura, mientras éste la

miraba con su natural inocencia. Se sintió aceptado y se mantuvo quieto, como si consciente de que era parte de una imagen que él mismo estaba ayudando a crear.

Está feúcho el pobre, pensó Octaviano, pero no dijo nada. Reconoció la autenticidad del momento y lo capturó con su lente: la nostalgia de la viuda, el acompañamiento del animal.

La mirada del fotógrafo no podía evitar percibir la belleza que Maura irradiaba, y que no estaba en la distribución equilibrada y agradable de su rostro, ni en los adornos o el maquillaje; tampoco en su porte o el vestido. Maura proyectaba algo etéreo que fascinaba a quienes la rodeaban. Quizás, sería más preciso decir que eran los artistas quienes idealizaban su atractivo como parte de su proceso creativo: una fusión entre lo percibido, lo imaginado y lo deseado. Esa tarde, lo que Maura dejó ver fue su vulnerabilidad que la hacía ver profundamente humana.

Al aquietarse bajo la mirada de Octaviano, Maura sintió que afloraban los recuerdos que su cuerpo y ánimo habían reprimido por tanto tiempo bajo el dolor de la pérdida. Sin embargo, en medio de esa quietud, se dio cuenta de que el dolor ya no era tan lacerante. Ya no lloraba al instante. Dolía, sí, pero era un dolor que podía soportar, como si por fin hubiera aprendido a convivir con él. Sintió al perro moverse ligeramente.

De aquella visita al estudio fotográfico de Octaviano, quedó una imagen que simbolizaría un hito en la vida de Maura: el cierre de una etapa y el comienzo de nuevas

relaciones y decisiones que transformarían su futuro. Además de capturar una mezcla de tristeza y fortaleza, elementos que resumían su esencia, esta fotografía, aparentemente, fue la última de ella que ha sobrevivido. Todas las imágenes que representan a Maura son anteriores a esta foto que es un reflejo, no solo de lo que fue, sino de las pasiones y contradicciones que despertaba en quienes la rodeaban.[457]

Lejos de los antiguos mitos del Mictlán, el chucho no la había guiado a través del río de los muertos, pero sí la había ayudado a encontrar su camino de vuelta al cauce de la vida.

Había pasado mucho tiempo desde que Maura había sonreído de verdad.

Mirada que mira

¿Qué habría pasado por la mente de Maura al verse a sí misma, tan triste, con el perro a sus pies? ¿Para qué querría una imagen de sí misma sumida en la melancolía? Tal vez por eso no le gustó la fotografía y la dejó con Octaviano, a fin de cuentas había sido idea de él. Y sin embargo, ella había aceptado. No se atrevería a decírselo a nadie, pero aquella hora que pasó frente al lente la hizo sentir que volvía a la vida. Tras meses de aislamiento, de percibirse como una madre inadecuada que no podía cuidar de sus hermanos, ese instante de

[457] Incluso una que fue subida al internet por el Tec de Monterrey luego de terminar este libro. Una tarjeta de visita con la firma de Maura atrás: «Maura Ogazon de Pamplona». [Espero poder usar para portada: Repositorio Tec).

conexión con su propia imagen fue como un respiro luego de un largo y penoso ahogo.



Dos detalles de la fotografía tomada por Octaviano de la Mora.
Ver imagen completa en la pág. 360 de esta obra

A pesar de todo, en Guadalajara, sintió de nuevo lo ligera y gozosa que podía ser la vida, y esa pausa, aunque breve, debió haber sido curativa para todos los hermanos Ogazon. Quizás fue Mercedes, la más atrevida, quien hizo la pregunta que todos los hermanos temían hacer en voz alta.

—¿Y qué va a pasar con Chucho? —preguntó.

—No creo que podamos llevarlo con nosotros —respondió Maura, como la hermana mayor que siempre se preocupaba por lo práctico. Sabía que Pedro no vería con buenos ojos que trajeran al perro a la casa. Era una despedida inevitable.

—Pero entonces, ¿y si, cuando regresemos, te pones triste otra vez? —insistió Mercedes, con la misma

sinceridad y curiosidad que siempre había mostrado. Su voz, tan parecida a la de Maura en su juventud, sonaba llena de inocencia, pero también de una preocupación que Maura no podía ignorar.

Maura no supo qué contestar. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de cuán visible era su tristeza, de cómo se había filtrado hasta sus hermanos y seguro hasta su hija, quien dormía la siesta en alguna de las habitaciones. La tranquilidad de la casa la rodeaba, pero en su interior todo seguía agitado, por la pesada carga emocional que llevaba.

Aunque no era regocijo lo que sentía, en la finca recuperó pedazos de sí misma. Durante la visita dejó de ser la viuda, la hermana del magistrado, la madre recién parida. Se reencontró con la joven Maura que alguna vez había sido. Finalmente, se había cansado de habitar ese vacío tan amargo, y comenzó a sentir de nuevo esa hambre por la vida, esa hambre que había sentido desde que nació, huérfana de madre.

Apenas tenía diez años, pero Arcadio ya mostraba una notable empatía, aún así a Maura le sorprendió lo maduro que sonaba cuando intervino en la discusión.

—Si nos llevamos a Chucho, seguro que todos estaremos más contentos, hasta Pedro —dijo Arcadio con su voz firme, como si estuviera tomando el peso de la situación, intentando aligerar el ambiente con su inocente solución.

Los interrumpió el llanto de la pequeña Judith, como un llamado a la realidad. De inmediato, el feúcho se

levantó, moviendo levemente la cola, mirando a Maura con esos ojos tan llenos de expectación. El perro, como si entendiera la aflicción de Maura, parecía decirle que él también sabía lo que era estar perdido, necesitando consuelo. Sin pensarlo, Maura se levantó tras él, para ver qué pasaba con Judith. Al hacerlo, una sonrisa se asomó en su rostro.

En ese instante, se dijo que haría lo posible porque el animal viajara con ellos de vuelta a la Ciudad de México.

Pedro no tendría más remedio que aceptarlo.

Despedida de Guadalajara

El viaje de regreso a la Ciudad de México fue largo y tedioso, con interminables horas de trayecto. Afortunadamente transcurrió sin incidentes, aunque en esos tiempos abundaba el bandidaje. No había conexión ferroviaria ni se establecería hasta veinte años más tarde, así que la única opción era trasladarse en diligencia. Maura se esforzó por evitar que los más pequeños, Arcadio y María Carlota, se lastimaran mientras brincaban de un lado al otro del carruaje, que avanzaba lentamente. Casi todo el trayecto, los dos hermanos varones, siendo los mayores, viajaron sentados afuera, conversando con el chofer o mirando tranquilamente el paisaje. Mientras tanto, la mayor de sus hermanas, Lola, todavía adolescente, fingía estar dormida y mareada. Maura no pudo evitar sentir que,

una vez más, la responsabilidad del cuidado recaía únicamente sobre ella.

A pesar de ello y del alboroto constante de viajar con tanto niño, Maura tuvo oportunidad de dejar que su mente viajara también, rememorando los días en que, en 1867, había hecho ese mismo recorrido, en compañía de Ignacio Manuel Altamirano, entonces aspirante a fiscal de la Suprema Corte. Revivió en su mente aquellos días en que el gran escritor estuvo en Guadalajara, y recordó esa mirada tan intensa, que la devoraba por completo, como si tratara de entenderla en su totalidad. No era un mero observador. Altamirano parecía querer absorberlo todo, así de intenso era, y eso era lo que más le gustaba de él. Con su luto y la espera del nacimiento de su hija, Maura había dejado de estar en contacto con Altamirano, aunque su presencia permanecía vívida en sus recuerdos. De vez en cuando se enteraba de él a través de su hermano Pedro, pero el impacto de aquellos días seguía allí, latente.

Pensar en aquel viaje y en su naciente, aunque interrumpida, amistad con Altamirano, la llevó inevitablemente a recordar a su difunto esposo. José Pamplona, tan lleno de vida y ambición, quien también realizó ese mismo trayecto con la esperanza de encontrarse con ella, solo para morir el día de su llegada. Aquel viaje que había sido para él la promesa de un nuevo encuentro, para ella se convirtió en un símbolo de lo que nunca llegó a ser.

Casi siempre que evocaba a José, volvía a envolverla el sentimiento de culpa. Sentía como si todo su dolor se concentrara en su garganta al intentar contener sus emociones y no saber cómo, ni tener con quién, verbalizarlas. Quería liberar todo lo que llevaba guardado, pero la melancolía se le quedaba pegada, atorándolo todo, impidiéndole avanzar en ese proceso natural de la pérdida hacia la aceptación. De alguna forma, sentirse castigada la hacía sentir viva. Poco a poco, la culpa que la consumía, enredada con la desazón de sus pensamientos, se había transformado en ira, una ira que la llenaba de energía, pero que la hacía sentirse más vacía por dentro. La ira era una compañía más amarga que el dolor. Era el peso de no haber podido evitar la tragedia, de no haber podido salvar a José. Esa ira, como un fuego que no se apagaba, no la dejaba descansar.

La estancia en Guadalajara la había ayudado a apaciguar su ira y su pena, pero se sentía aliviada de haber dejado atrás a la conservadora Guadalajara y las opiniones críticas, tan típicas de sus tías. Se descubrió feliz de regresar a la casa de su hermano, el único lugar donde ella tenía control, donde era la mandamás, sin la constante presión de juicios ajenos.

La gran y bulliciosa Ciudad de México se había convertido en el hervidero cultural del país. Todo parecía renovarse, cambiar. A Maura, esa ciudad vibrante, llena de ideas y posibilidades, le habría recordado los meses inmediatamente posteriores a la Guerra de Reforma y antes del conflicto con los

franceses. “¡Qué tiempos aquellos! Y qué tiempos los que vivimos hoy”, pensaría, reconociendo lo mucho que habían cambiado, no solo el país y la ciudad, sino ella misma.

Al final, no pudieron llevarse al Chucho con ellos. El chofer de la diligencia, tajante, se negó a permitirlo, incluso cuando Maura ofreció pagar un boleto adicional. Atrapados en la impotencia, casi todos llorando, los miembros de la familia se despidieron del animal. No tuvieron más remedio que confiarle al caporal de la finca la responsabilidad del perro. Mientras se alejaban, Maura sintió la culpa por dejar atrás un pedazo de felicidad. Chucho quedó atrás, ladrando hasta que su voz se perdió en el polvo del camino. Maura no volvió a mirar. Ya no podía permitirse más despedidas.

Sin embargo, a pesar de la ausencia canina, Maura no dejaría de reír. Ahora sabía que la alegría también se puede decidir. Y aunque la tristeza seguiría rondando, se dio cuenta de que su abatimiento afectaba a las personas más cercanas de su familia. Durante el viaje de regreso, tomó la firme decisión de hacer algo al respecto. Luego del chispazo que sintió en su ciudad natal, Maura quiso de nuevo salir, reintegrarse a la vida cotidiana, disfrutar de la ciudad. Sintió de nuevo las ganas de asistir al teatro, pasear por las tiendas, ¡incluso ir a los bailes! Decidió comenzar por algo sencillo: llevar a su hija y a sus hermanas al Parque de la Alameda, tan cercano a su casa. Era un paso pequeño, pero suficiente para avanzar en restablecer su vínculo con la alegría.

1870

> Hay otro tipo de profundidad que se consigue al moverse despacio, al ver de cerca, al detenerse, al vivir en los detalles. No estás intentando llegar a otro lugar, sino saber dónde estás.
>
> **Rebeca Solnit**[458]

Territorio de encuentros

Maura salía casi a diario al parque de la Alameda. Le gustaba caminar despacio, detenerse ante los escaparates, saludar a quien se cruzara, respirar el aire nuevo de la ciudad que ya no percibía de la misma manera que unos meses antes.

Para llegar a La Alameda, seguía hacia el sur por Cordobanes y luego continuaba por Tacuba hasta alcanzar el gran parque.[459] Disfrutaba enormemente esos paseos, sobre todo cuando no tenía que cargar con todas las niñas, y eran solamente ella, Judith y la nana. Podía entonces detenerse ante los escaparates, conversar con quien se encontrara de camino o

---

[458] "In Praise of the Meander. Rebecca Solnit on Letting Nonfiction Narrative Find Its Own Way", *Literary Hub.* Traducción de la autora.

[459] Es gracias al diario de Ignacio M. Altamirano, que conocemos parte del recorrido de Maura, aunque él menciona la calle de Santa María, inexistente en mapas de 1865 y de 1909. Es posible que haya querido decir Sta. Clara, pero anotó Sta. María. Lo mismo sucede cuando nombra a la hija de Maura como "Eva". Años después, Maura tuvo dos hijas con ese nombre, así que imagino ella pudo haber expresado su gusto por el nombre, provocando la confusión de Altamirano, pues en otra entrada del mismo diario menciona correctamente a Judith.

relajarse en el parque. Pero, la mayoría de las veces, al menos una de sus hermanas quería acompañarlas.

En el siglo diecinueve e inicios del veinte, casi todas las calles del centro de la Ciudad de México, solían cambiar de nombre en cada manzana. Así, rumbo al oeste, Cordobanes se convertía en Donceles, una cuadra después pasaba a ser la calle de la Canoa, y luego la de la Puerta Falsa de San Andrés. Muchos nombres correspondían a los oficios de los artesanos que se concentraban en cada cuadra, en tiempos de la colonia. El cordobán se dedicaba a curtir la piel de cabra.

Maura y sus medio hermanos compartían con Pedro la casa de Cordobanes número 18, que él comenzó a habitar una vez concluida la guerra e iniciadas las labores de reconstrucción. Su hermano Antonio trabajaba de escribiente, y de acuerdo con uno de los directorios, Pedro mantenía un despacho de abogado en el número 8 de esa misma calle,[460] donde además vivió el Hilarión Frías y Soto.[461]

Eran tan variados los oficios que Maura pensaba la calle debería ser renombrada. El cordobán estaba casi extinto y, en cambio, los carpinteros y los expendios de

---

[460] Maillefert, Eugenio. *Ibídem,* pág. 237. También vivía ahí el jalisciense Jesús Castañeda, miembro del Cuerpo Legislativo, y se encuentra listado Agustín Madrid (y Cía.), aunque no está claro si residía ahí o rentaba un despacho para su agencia como comisionado. *(Ibídem)*. Tanto él como Castañeda, eran liberales de Guadalajara y antiguos aliados políticos, amigos de Pedro.

[461] Pérez, Juan E. *Ibídem,* pág. 231. En ese edificio también se encontraba el taller del escultor José M. Miranda, además del despacho del Sr. Enrique Baz, corredor especializado en "toda clase de cambios, descuentos, bonos, créditos y agencias gubernativas". **Fuente:** Maillefert, Eugenio. *Ibídem,* pág. 195

tabaco predominaban en esa cuadra, donde también residían pintores, un sastre, y un tal Zerón tenía su fonda.[462]

Hasta 1906, la Suprema Corte de Justicia de la Nación ocupó el Ex Convento de la Enseñanza Antigua, en la misma calle de Cordobanes. Pedro podía desplazarse rápidamente en un carruaje a todas partes y caminar a la corte[463] o al zócalo, dos cuadras al sur, donde se encontraba el Palacio de Gobierno, que servía como sede del Congreso.[464]

Al pasar frente los almacenes Bennett, Maura siempre volteaba a ver la intensa actividad en la Plaza de Santo Domingo, famosa desde tiempos virreinales por los escribanos públicos que se establecieron bajo los portales y se ocupaban de los trámites y contratos que requerían documentos notariados. Maura se persignaba ante el templo, y observaba el ir y venir de los comerciantes en la Casa de Aduanas y los estudiantes del Colegio de Medicina.[465]

---

[462] *Ibídem*, pág. 261. El Colegio Hispano-Mexicano se situaba en el número 19, frente a la casa de los Ogazon, y estaba bajo la dirección de J. B. Galán y ofertaba cátedras especiales de Idiomas, Contabilidad, Gimnasia, Taquigrafía, Música, Dibujo, Pintura y Litografía. **Fuente:** Maillefert, Eugenio. Ibídem, pág. 166. De esa época, de entre los vecinos destacan D. Gabriel Mancera y su familia, en el número 5. Años más adelante, en 1900, Mancera se construiría una casona en el número 15 de la misma calle de Cordobanes, hoy Donceles 94. **Fuente:** Sitio Web: Grandes Casas de México, D.P.

[463] Pedro fue magistrado en la SCJN desde 1867 hasta su retiro, con excepción de los años en que fungió como Ministro de guerra para Porfirio Días (Anotar AÑOS).

[464] Ahí se reunían los diputados hasta que el Teatro Iturbide, ubicado en la esquina de las calles de Canoa y Factor, se incendió en 1876. A partir de entonces, se convirtió en la nueva sede del Congreso.

[465] Hoy sede de la SEP y e Museo de Medicina de la UNAM, respectivamente.

En ocasiones, Maura y sus hermanas visitaban los cajones de ropa y lencería de los señores Gassier y Reynaud, en la esquina de Tacuba y El Empedradillo,[466] donde adquirían telas, hilos y otros materiales para sus bordados. A unos metros, se encontraban varias mercerías y sederías, enfrente del mercado de flores junto a la catedral. Tras realizar sus compras, enviaban los paquetes a casa con algún mozo o a través de los tenderos, si eran voluminosos, y luego retomaban rumbo a la calle de Tacuba.

Maura debió saber que en la esquina de San Andrés y Puente de la Mariscala, residía Ignacio Manuel Altamirano.[467]

A unas cuantas cuadras de su casa, y de su vida.

Y aunque Altamirano no lo menciona en sus diarios, imagino que desde alguna de las ventanas de esa casa que habitaba con su esposa e hijos, él podía apreciar los álamos del gran parque.

Preámbulo: Una nueva tentación

El honor femenino es más fácil de definir: consiste en conservar la honra sexual y la reputación de virtud.

---

[466] De seguir por El Empedradillo, hoy Monte de Piedad, luego de cruzar la 5 de Mayo, uno llegaba hasta el portal de los mercaderes, frente al zócalo, entre las calles de los Plateros y de los Tlapaleros.

[467] El diputado habitaba la hoy conocida como *Casa de Tacuba*. Allí tuvieron lugar algunas de las famosas tertulias organizadas por Altamirano. La casa perteneció previamente a Manuel Tolsá, escultor y diseñador del Palacio de Minería, y a José Ives Limantour, padre del ministro de hacienda de Porfirio Díaz. **Fuente:** Figueroa Salgado, Melina Paloma. “Casa de Tacuba: una esquina, mil historias”. *Revista Viejos Rumbos*, pág. 48

Sencillo de explicar pero difícil de vivir, pues presupone coartar la libertad de movimiento, de palabras, de acción y, obviamente, de elección.

Françoise Carner[468]

Maura acababa de cumplir los dos años de luto, y decidió que ya no iba a coartarse más. La sociedad imponía a una viuda un comportamiento estricto. Además de que tenía que vestir de negro, un color que —en su crítica opinión sobre sí misma— no la favorecía, no le era permitido mostrar emoción ni pavonearse, mucho menos asistir a bailes o a eventos sociales similares. Ahora, libre de esas restricciones, podía bromear, explayarse y coquetear un poco, permitiendo que su alegre desfachatez volviera a florecer. Por fin era aceptable que se arreglara para resaltar su belleza al tiempo que se reincorporaba a la vida social y Maura cumplió su resolución de asumir con más voluntad y alegría sus responsabilidades cotidianas.

Una vez más, los hombres comenzaron a cobrar presencia e importancia en su vida, y sintió que su hambre de aventura se avivaba a través de las miradas masculinas, tal como era el destino de toda mujer en ese entonces. No es que no estuvieran ahí antes, simplemente, ella no les daba apertura, no les prestaba atención ni coqueteaba. Ahora volvía a aprovechar cualquier circunstancia para ello. Siendo viuda, algunos hombres confundirían su natural extroversión y pensarían que sería fácil seducir a la bella Maura. Más de uno se

---

[468] "Estereotipos femeninos en el siglo XIX" en, Ramos Escandón, Carmen. *Presencia y transparencia: la mujer en la historia de México,* pág. 101

sintió injustamente desairado, como si ella tuviera la obligación de responder a los avances de cualquier hombre que se dignara darle atención, simplemente porque ya no era virgen.

No hay dxuda de que los humanos nos equivocamos, una y otra vez, no importa cuántos sonetos, dramas o tragedias son narradas y vueltas a narrar, siglo tras siglo. Y aunque es verdad que aprendemos al escuchar consejos o leer anécdotas, en lo que respecta al amor y a las relaciones, el aprendizaje es mayormente experiencial, y no es inusual cometer los mismos errores que otros intentan prevenirnos o que incluso ya habíamos cometido, si es que enamorarse puede considerarse un error.

Maura no podía haber sido distinta. Era tan imperfecta como cualquiera, y aunque desde que nació ya había conocido la soledad de la orfandad y la frialdad de la muerte, también conoció la esperanza de la lucha y el calor de la pasión. Su relación con Pamplona terminó demasiado pronto, pero su huella seguía muy presente en Maura, igual de viva que la niña de dos años que había nacido de esa unión. Pero ser madre no lo es todo, como todas las mujeres sabemos. La idea de la madre entregada a su descendencia, negándose a sí misma, es solo eso, una idea; una construcción del romanticismo, que sigue siendo parte de la visión patriarcal del mundo. No basta con tener hijos para dejar de soñar, de sentir, de desear. Y fue así que, de manera inesperada, Maura se vio envuelta con otro melancólico artista.

Nunca sabremos cómo se conocieron el pintor convertido

en fotógrafo, y la desraizada tapatía. Es posible que sucediera en alguna tertulia, entre amigos comunes. Algunos historiadores creen que fue en 1863, cuando Ramón Sagredo participó en la bienal de la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes; sin embargo, dada la situación política, es probable que Maura ni siquiera residiera en Guadalajara ese año, además de que solo se exhibió una de las pinturas de Ramón.[469] Lo más probable es que la Academia de San Carlos enviara una muestra de obras de alumnos premiados y no que el artista se hubiera trasladado hasta la capital de Jalisco, un viaje largo y costoso.

Es plausible que se conociesen cinco años después, cuando en 1868 Sagredo abrió su propio taller de fotografía y pintura en la Plaza de Santo Domingo, casi esquina con Cordobanes, en la actual calle de República de Brasil.



Domingo 19 de Abril de 1868.

LA IBERIA.

RAMON SAGREDO

PARTICIPA AL PÚBLICO

haber abierto un taller de fotografía y pintura en la calle de Santo Domingo Nº 2.

2,177

Fuente: *La Iberia,* pág. 4

[469] La pintura es descrita como una cabeza de estudio de 61 por 49 centímetros, incluida en la lista de las obras "remitidas de fuera de la sociedad". Fuente: Camacho Becerra, Arturo. *Catálogo de las exposiciones de la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes* , pág. 67.

Maura ya había notado la apertura del establecimiento en la vecina plaza. Pero su hija Judith estaba recién nacida y ella estaba recuperándose de sus pérdidas. Habría sido un par de años después, cuando, pasado su luto, Maura reiniciara su vida social, y, quizás, pensara que necesitaba una nueva tarjeta de visita, como la que se había tomado en París diez años antes, o deseara le hicieran un retrato a la pequeña Judith.



Plaza de Santo Domingo 1869. Litografía de C. Castro y J. Campillo.
Fuente: NYPL (D.P.)

Primer encuentro: Sagredo, el fotógrafo

La Plaza de Santo Domingo era un amplio espacio que ocupaba casi dos manzanas. Los escribanos atendían a amantes, familiares o burócratas que esperaban pacientemente en los portales. En esa época eran muy pocos los que sabían leer, y mucho menos escribir, por

lo que los clientes acudían para que les redactaran todo tipo de cartas y contratos. Rodeado de ese bullicio era que Sagredo laboraba desde 1868. Era un pintor sumamente talentoso, pero se había visto obligado a aprender el nuevo medio de la fotografía para sostenerse. Criado en Hidalgo, Sagredo provenía de una familia —posiblemente metodista— con suficientes recursos para solventar los estudios de pintura del joven Ramón en la Academia de San Carlos.[470]

A pesar de que concluyó sus estudios de manera brillante, tuvo que abandonar "el divino arte de la pintura" porque "sus pies pisaban los abrojos de la miseria".[471] Sagredo trabajó con los hermanos Valleto antes de iniciar su propio negocio. Seguramente comenzó pintando los fondos fotográficos, pero, con el tiempo, fue reconocido como uno de los mejores fotógrafos de la Ciudad de México, y aunque no era tan famoso como Cruz y Campa, quien tenía su taller en la calle del Empedradillo, Ramón llegó a "hacer grandes descubrimientos muy útiles" para quienes se dedicaban a este arte, o al menos así lo contaría Manuel Ocaranza, otro destacado pintor, amigo de Sagredo.[472]

La melancolía que embargaba al pintor hidalguense era distinta de la que sufría Altamirano. El guerrerense

---

[470] Y los de su hermano Eduardo, quien "recibió su nombramiento de *Profesor de Dibujo Topográfico y Geográfico* en la Escuela Nacional de Ingenieros". Fuente: Estrada, Sergio. *Ramón Sagredo Carreño: Pintor y fotógrafo (1834?-1870)*, pág. 18

[471] Ocaranza, Manuel. "Ramon Sagredo", *El Siglo Diez y Nueve*, 29 de junio 1870, pág. 2

[472] *Ibídem*

tendría sus problemas económicos, pero en realidad tenía un buen trabajo que complementaba dando clases y publicando, pues era un escritor reconocido. Su malestar anímico estaba más relacionado con su débil constitución. Ramón, en cambio, era de la misma edad que Maura, así que, aparentemente no era un problema de fortaleza corporal lo que le acongojaba. La personalidad de Sagredo apunta a un espíritu atormentado por las presiones de la modernidad que se avecinaba. Llevaba varios años de casado y tenía un hijo, pero a menudo se le dificultaba llegar a fin de mes. Además, el artista fue discriminado dentro de la Academia, probablemente debido a sus creencias religiosas, ya que ser protestante era visto con desconfianza en muchos círculos. A pesar de sus premios y las buenas reseñas, nunca logró que lo contrataran como maestro en San Carlos.

Al escucharle, Maura habría encontrado en él una extraña similitud con José. El dolor que él expresaba, aunque distinto en circunstancias, debió haberle recordado a su difunto esposo. Era obvio que Ramón también cargaba con sus fantasmas, parecía ser un hombre atrapado en sus propios dilemas existenciales. Ella llegaría a lamentar haber cruzado el umbral del taller fotográfico. Tal vez fue su vanidad lo que la impulsó a esa situación en la que pronto se encontraría atrapada sin saber cómo salir.

Sagredo recordaba perfectamente aquella mañana en que Maura entró acompañada de su hija, la nodriza y una o dos de sus hermanas. Quedó boquiabierto

cuando vio la sonrisa de la tapatía o quizá fue la intensidad de sus ojos lo que lo desarmó.

Maura debe haber reconocido de inmediato la atracción que Sagredo sintió hacia ella, pero no era algo nuevo, estaba acostumbrada. Le habrá entregado, generosa, otra sonrisa, y Ramón habrá sentido que su alma vibraba con la belleza que se le develaba.

En algún momento Maura notó el libro que Sagredo había estado leyendo antes de que ellas entraran, y comentó al respecto, lo cual acabó de derretir a Sagredo. Maura demostraba no solo ser bella y muy simpática, sino inteligente. Además de haber reconocido el título y autor, había leído otras de sus obras, ¡y tenía una opinión al respecto!

—No es mi autor preferido, pero sus historias son muy enigmáticas —diría, usando el tono coqueto que usaba con todos, pero eso, él no lo sabía.

Ramón resultaría más interesante de lo que Maura hubiera pensado de primera vista. Él le contaría sobre su niñez en Real del Monte, cómo había llegado a la ciudad, alcanzando a su hermano mayor, quien había estudiado arquitectura. Le hablaría de su religión.

—¿Eres metodista? En San Francisco conocí a varios protestantes, incluso tuve una maestra mormona. Allá nadie se espanta con las diferencias de credo.

Y sonrió.

Su respuesta tomó por sorpresa al deprimido Sagredo. Al enterarse de que ella había vivido en los Estados

Unidos entendió que estaba ante una persona distinta, abierta y sin prejuicios (o al menos, no tantos como el resto de los capitalinos). Eran esos prejuicios y no su falta de talento la causa de su mala situación, o así se lo decían sus amigos cuando él caía en la desesperación. El mismo Ocaranza le había sugerido, al igual que su esposa (ella le habría rogado), que partieran de vuelta para Hidalgo, donde vivirían con menos carencias, pero Ramón no quería. ¿Cómo podría abandonar la vibrante capital del país? ¿Qué haría en aquel pueblucho frío y alejado de todo? Preferiría matarse antes que morir del tedio hablando de minería y del clima, habrá pensado Sagredo con dramática y efusiva convicción. Encontrarse con Maura le daría más razones para negarse a abandonar la ciudad.

Afuera, la nodriza y las niñas esperaban impacientes a Maura. Antes de que ella saliera del pequeño estudio, sin pensarlo dos veces, Ramón le dijo que quería hacerle unas fotografías. Él no podría pagarle más que con los retratos, pero aludiendo al carácter caritativo de toda mujer, le aseguró que de esa forma ella le ayudaría a promover su negocio y a aumentar su clientela. Maura no pudo evitar sentirse alarmada por lo audaz que había sido el hidalguense al pedirle —casi suplicante— que regresara para más sesiones, pero de alguna manera la convenció.

¿Qué habría llevado a Maura a decir que sí, en vez de negarse? Maura debió considerar en algún momento si no era mejor enviar a la criada a recoger las fotos, en vez de recogerlas personalmente, como prometió. Era

viuda, y supuestamente libre. Además, no habría sido la primera vez que cometía una “indiscreción”, pero por eso mismo, en ella uno pensaría que habría una contención nacida de años de luto y responsabilidades. Aceptar la invitación de Sagredo, no solo significaba desafiar sus barreras internas. Pero era joven, y él, apasionado. Es probable que Maura cruzara la línea sin detenerse a preguntar si realmente estaba lista para lo que aquello implicaba. El deseo de ser vista y admirada fue más fuerte que el temor al atrevimiento de su propuesta. Lo inapropiado de su insistencia pudo haber sido un elemento que elevase la excitación. Sin duda, Ramón le pareció muy atractivo y ella se sintió como polilla atraída por la flama de la tentación.

Maura era una mujer de carne y hueso. Sabía que lo correcto era alejarse, pero se dejó atrapar por los susurros de la vanidad, como si, por un instante, pudiera recobrar lo que había perdido: su derecho a sentirse deseada. Ser musa era no solo halagador, sino adictivo; ser el centro de atención saciaba su inmensa hambre de vida, ese huequito de orfandad que tanto daño le hacía.

En Sagredo, Maura reconocía un eco de José, pero también veía las diferencias que los separaban. Nunca fue su intención consolar a ninguno de ellos. En realidad, Maura tenía más en común con las cortesanas que con las enfermeras. Luego de meses de llanto y soledades, del peso de expectativas familiares, Maura estaba cansada de ser la que procuraba los cuidados. Buscaba consuelo, y diversión, para ella. En un arrebato

de negación, decidió que no había daño en dejarse llevar y aceptar la invitación de Sagredo.

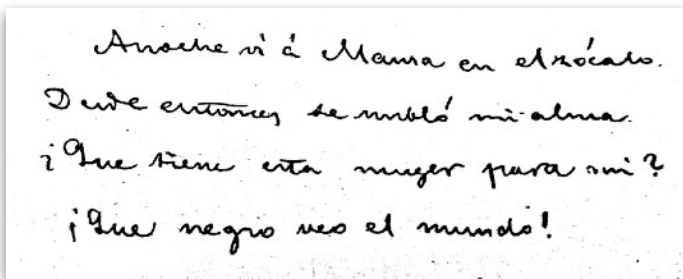
No pensó en las consecuencias, y, por una vez, decidió ser egoísta

¿Qué tiene esa mujer…?

El secreto que descubrieron las cortesanas es una paradoja: los que dominan pronto se aburren de sus propios poderes. Y paralelamente, el deseo se excita por la presencia de un alma valerosa, independiente, impredecible, incandescente ante los misterios de un ser libre.

Susan Griffin[473]

El 30 de marzo de 1870, Ignacio M. Altamirano anotó en su diario: “Anoche vi a Maura en el Zócalo. Desde entonces se nubló mi alma. ¿Qué tiene esta mujer para mí? ¡Qué negro veo el mundo!”


Anoche vi á Maura en el Zócalo.
Desde entonces se nubló mi alma.
¿Que tiene esta mujer para mí?
¡Que negro veo el mundo!

Detalle de fotocopia de los diarios de Ignacio Manuel Altamirano.
Fuente: Biblioteca del INAH. (D.P.)

[473] *Las Cortesanas: un catálogo de sus virtudes, pág.* 33

A primera vista, cualquiera que leyera tan solo esas líneas supondría que el escritor sentía esa oscuridad debido a Maura, e incluso podría convencerse de que estaba enamorado de ella. Sin embargo, ya antes de verla y sentir que se le nublaba el alma, Altamirano ya escribía que sentía morirse, y hacía referencia a su apatía por la vida.

En todo caso, no da más detalles de esa tarde en que la vio. Quizá Maura había asistido a misa en la catedral y, al terminar, se detuvo a platicar con otros feligreses bajo los árboles que antiguamente se encontraban enfrente de la iglesia. Cerca de ahí, sobre la calle de Plateros[474] se encontraba el Café de la Concordia, "descanso obligado de dandys, de gomosos, de lagartijos, de elegantes, de damas de abolengo".[475] Es posible Maura se dirigiera allí con quien la acompañara esa tarde.



Zócalo, 1869. *El paseo de las cadenas en una noche de luna,*
litografía de C. Castro, G. Rodríguez y J. Campillo.
Fuente: Wikimedia Commons (D.P.)

[474] Actualmente calle Francisco I. Madero.

[475] Díaz y de Ovando, Clementina. *Los cafés en México en el siglo XIX,* pág. 61

El año anterior, Ignacio Manuel había dedicado sus esfuerzos a *El Renacimiento,* un periódico literario cuyo lema era “fe en lo bello y el porvenir”. Antes de eso, había invertido capital en *El Correo de México,* pero ambas publicaciones resultaron ser un fracaso financiero. A finales de enero de 1870, Altamirano anotó en su diario que *El Renacimiento* había llegado a su fin.

Aunque quizá ya supiera que padecía diabetes,[476] Altamirano seguramente no comprendería cuánto contribuía esta enfermedad a la melancolía que alimentaba su literatura. Con intensidad, él proyectaba en Maura su estado, que era una fuente inagotable de frustración y anhelos no cumplidos.

Aunque Altamirano se definía como librepensador, era profundamente supersticioso. No se consideraba a sí mismo una persona afortunada, y en los diarios menciona constantemente sus desgracias. Se sentía gravemente enfermo y es probable que esto amplificara su sensación de que traía la desventura a otros, incluso a su esposa e hijos.

Es probable que Ignacio Manuel se sintiera culpable e incluso el causante de la muerte de su amor de juventud. Dos meses después de su encuentro con Maura, en octubre de 1867, había muerto el esposo de Maura, Pamplona, y ahora, luego de haberla reencontrado, moría Sagredo. Quizás por eso, en algún momento Altamirano le mandó decir que él era el

[476] Uno de sus biógrafos afirma que los síntomas de disentería y diabetes le comenzaron durante el sitio de Querétaro, en 1867. Fuente: Aguilar Razo, Antonio. *Ignacio Manuel Altamirano: Soldado de pluma y espada,* pág. 139

causante de sus desgracias, un “jettatore”.

De mayor edad, originario de “tierra caliente” y físicamente poco agraciado, Ignacio Manuel era un candidato perfecto para ser considerado un jettatore: una criatura dañina, un animal venenoso. En realidad, si se analiza en profundidad, uno se da cuenta de que todo eso de evitar el “mal de ojo” era una manera de evitar mirar de frente lo prohibido: esos objetos obscenos relacionados con el sexo.[477] Ni Maura ni Altamirano podían reconocer abiertamente la atracción sexual que debe haber existido entre ellos. Aunque es probable no haya habido ni un beso ni un acercamiento físico, no dudo que Maura sintió la electricidad de su mirada. Sin embargo, las rígidas normas sociales y el peso de sus responsabilidades la obligaban a mantenerse distante.

Sin embargo, no era el rechazo de Maura o que Altamirano se sintiera feo e indigno la razón de que sus personajes femeninos fueran una mezcla de idealización y expectativas inalcanzables. Estas figuras encapsulaban la mirada de una generación atrapada entre el romanticismo y su incapacidad de comprender la realidad femenina.

Tomaría más de un siglo para descolonizar esa mirada y

---

[477] Aunque Altamirano se sentía un *jettatore,* al mismo tiempo, en ocasiones y de manera contradictoria, él acusaría a Maura de haberle causado “mal de ojo”. Entre los clásicos, se pensaba que la *jettatura,* o fascinación, era causa de todos los males. Altamirano, en sus obras, alude al tema de la “mágica ilusión de los sentidos”, ese engaño en que uno incurre al quedar “fascinado”, en su caso, por una bella mujer. Bien me imagino al escritor llevando en uno de sus bolsillos clavos de hierro, o extendiendo el dedo medio como forma de amuleto contra la ambivalente fascinación. Fuente: Alvar Nuño, Antón. *Envidia y fascinación: El mal de ojo en el Occidente Romano,* pág. 212

cuestionar la ensoñación del amor romántico.

Las virtudes de una cortesana

> *las feministas… planteamos preguntas diferentes, distinguimos otros problemas, buscamos secretos y tomamos en serio cuestiones del deseo y la pasión.*
>
> **Blanche Wiesen Cook**[478]

Maura, "reputada como una de las mujeres tapatías más bellas que se han conocido",[479] sabía que la belleza era un arma filosa. Si bien esta belleza le otorgaba admiración, también alimentaba envidias que daban lugar a habladurías. Un claro ejemplo de ello es un artículo en el que la comparaban con Mesalina.[480] Esta comparación con la emperatriz romana, famosa por sus infidelidades, resalta lo compleja y paradójica que fue la figura de Maura en la percepción social de la época.

Lo que obviamente no mencionaba dicho artículo era que Mesalina tenía tan solo 15 años cuando fue desposada por el emperador Claudio, ni tampoco que vivió en un contexto donde las leyes morales eran contradictorias. Si bien en la Roma del siglo I las

---

[478] Citada por Francie Chassen-López, "Biografiando mujeres: ¿qué es la diferencia?", p. 147

[479] Benítez, José C. *Como me lo contaron te lo cuento,* pág.57

[480] Artículo escrito y publicado veinte años después, incluso traducido al inglés en periódicos de EEUU (*Austin Weekly Statesman, 1891)* el objetivo del artículo era dañar políticamente a su primo Bernardo Reyes Ogazon. Citado en Katz, Friedrich. *Porfirio Díaz frente al descontento,* pág. 88

mujeres vivían bajo una tutela perpetua, sin derecho a decidir sobre su cuerpo o comportamientos, también existía una cierta libertad que les permitía tener amantes, divorciarse, e incluso interrumpir su embarazo. A pesar de ser casi una niña, la sociedad la condenó con dureza, ignorando por completo su juventud y vulnerabilidad.

Luego de darle dos hijos a Claudio, Mesalina fue arrastrada a un mundo de excesos y promiscuidad, que la convirtió en un símbolo de lo degenerado. Debido a su belleza y sus caprichos, la sociedad la condenó como la "meretriz augusta" y su historia cruelmente interpretada como una caída de la virtud, una lección sobre las consecuencias de desafiar las normas sociales.

A diferencia de Mesalina, Maura vivió bajo reglas sociales aún más rígidas, que dictaban lo que debía hacer y cómo comportarse, dejando poco espacio para la libertad, reservada solamente para las más audaces, dispuestas a aceptar los sacrificios que ésta implicaba. Si bien hubo muchas mujeres librepensadoras que se separaron de sus esposos, o incluso vivieron con sus amantes y tuvieron hijos, pocas de ellas pasaron a la historia. La mayoría fueron excomulgadas y señaladas como indignas. "Ser libre" implicaba, en realidad, vivir en la pobreza extrema, estar socialmente aislada y sentirse constantemente despreciada .

Hubo un momento en la vida de Maura, cuando su hermano era gobernador de Jalisco, que su vida llegó a

parecerse a la de alguna famosa cortesana. Brevemente Maura llegó a ser una “abeja reina” y alrededor de ella “se desarrollaban incontables mundos sociales… en bailes, fiestas, salones, cafés, óperas o teatros, se tejían notables mundos de ricos, aristócratas, artistas y escritores, que giraban en torno” de su presencia, pues aportaba “un ingrediente esencial catalítico para esa alquimia misteriosa: su alegría".[481]

“Ser visto por otro, sobre todo por un amante, es literalmente iluminador”.[482] Eso era lo que Suárez, Pamplona, Sagredo y otros, habrán percibido en Maura, por eso Altamirano escribió en su diario: “con mujeres como ella, todo puede suceder”.[483] Debe haberse sentido iluminado, como con otras mujeres que él admiraba, en las que podía reflejarse, y sentirse reconocido. Mujeres que sabían provocar el deseo, no solo con sus carnes, sino con su inteligencia, que no solo dominaban el placer sexual, sino el de la psique.[484]

No imagino que Maura fuera de las que perdiera el control y se dejara llevar por la pasión, aunque sí la imagino preguntándose, luego de haber leído alguna atrevida —y prohibida— novela, cómo sería experimentar la vida de una cortesana como las famosas Marie Duplessis o Lola Montez, mujeres “caídas”, aunque de alguna manera “libres”, pues —al menos en apariencia—

---

[481] Griffin, Susan. *Ibídem,* pág. 143

[482] *Ibídem,* pág. 110

[483] Altamirano, Ignacio M. *Diarios,* pág. 78

[484] Griffin, Susan. *Ibídem*

podían elegir cómo vivir y decidir qué hombres tener cerca, de entre tantos que las rodeaban, sin estar atadas a uno de ellos. Para que Maura hubiese decidido vivir de sus atributos como lo haría una cortesana, no solo habría tenido que verse obligada a hacerlo —hallarse sin opciones—, sino que habría tenido que vivir en otra época, o en otro país. El México independiente, y más aún posterior a la guerra de Reforma y la ocupación francesa, era un país pobre donde los aristócratas habían sido expulsados o despojados de sus títulos. Claro que había todavía hombres muy ricos y poderosos, pero ni el escritor guerrerense ni el pintor hidalguense lo eran, y aparentemente, ese era el tipo de hombres que a ella le gustaban: bohemios, artistas, y pobres. Además, todos los ricachones que Maura conocía eran muy poco generosos con sus mujeres, las oficiales y las que no. No era como en las novelas.

Maura en verdad era una “buena muchacha”[485] y una "niña bien”, es decir, educada y sometida a las normas de la sociedad, pero era imaginativa y tenaz, y desde pequeña había aspirado a su propia independencia, aunque sin saber cómo lograrlo. A medida que crecía, Maura aprendió una amarga lección: nada le pertenecía, ni siquiera su propio corazón. Fue una joven vigilada y controlada, lo que la hizo sentir como si estuviera atrapada en una vida que no le pertenecía. Ahora, como viuda, el control externo se había reducido, pero la mujer que ya era había sido moldeada por las expectativas sociales de la época.

---

[485] Así la define Altamirano en sus diarios.

En Guadalajara, las mujeres se presentaban, supuestamente, de forma franca y risueña, conscientes de que no era necesario ser mojigatas para ser virtuosas.[486] Aún así, desde joven, la belleza e ingenuidad de Maura ya le habían traído problemas. Era católica, obediente y nada tonta, aunque en ocasiones parecía un imán para los escándalos. Para Maura, la visión de la mujer libre era tentadora, pero, aunque tuvo las virtudes necesarias para elegir otro camino y no le faltaba el valor, lo más seguro es que ni siquiera lo hubiera considerado. Es probable entonces que su risa y franqueza se interpretaran erróneamente, y que el escándalo que caracterizó la juventud de Maura se debiera a la misma razón que a Mesalina: *su inexperiencia*.[487]

Maura y Sagredo

Todos los días, Maura se preparaba para salir con Judith, quien jugaba con su nodriza en el patio, inquieta y emocionada por las aventuras que prometía el día. Maura le aseguraba a Ramón que llegaría temprano a su taller para su siguiente sesión de fotografía, antes de que la animación cotidiana se intensificara, pero rara vez lo lograba. Casi siempre, la culpa recaía en la mayor de sus medio hermanas, debido a su tardanza en arreglarse. Aunque en ocasiones la acompañaban Mercedes de 15 o Felipa de 13, ambas tenían que

[486] Altamirano, Ignacio M. “Guadalajara“, en Iguíniz, Juan B. *Guadalajara a través de los tiempos,* pág. 279

[487] Carrano, Patricia. *Las escandalosas,* págs. 15-22

cumplir con sus estudios en las mañanas, así que usualmente era Lola la única disponible para acompañarla. A sus veintiún años, a Lola le irritaba tener que ir todos los días con su hermana al mismo lugar, aunque fuera por tan solo una hora. Lo hacía porque Maura, a su vez, le devolvía el favor cuando ella quería encontrarse con algún pretendiente sin que sus hermanos mayores se enteraran. Tener que pedir permiso y no poder salir sin chaperón para comer un helado o simplemente caminar era algo que las hermanas sufrían juntas. Esas pequeñas complicidades las unían, aunque a menudo también las irritaban. Como ahora. Lola no soportaba al pintor-fotógrafo. Aunque era guapo, su comportamiento dramático y empalagoso le resultaba insoportable, y no dudaba en expresar su desdén, lo que tensaba aún más las salidas obligadas con Maura.

Mientras esperaba a su hermana, Maura se preguntaba cuándo comenzó a torcerse todo lo referente a Sagredo. ¿Fue cuando descubrió que era casado? Ramón había intentado convencerla de que su unión había sido un error, que vivía en crisis y se sentía completamente infeliz. Con cada encuentro, la insistencia de Sagredo se volvía más asfixiante, mientras el interés de Maura se desvanecía rápidamente. Sentía una presión emocional imposible de colmar, atrapada en un vínculo que la desbordaba más de lo que hubiera imaginado. Seguía viéndolo más por piedad o culpa que por deseo. De todas maneras, Maura perdía la paciencia con su hermana y amenazaba con dejarla.

Una vez que ya estaban en el taller, antes de que Sagredo pudiera tomar la primera foto de la sesión, la pequeña Judith ya se había aburrido y pedía salir del apretado local para jugar en la fuente de la plaza. Maura le daba dinero a su hermana y toda clase de recomendaciones a la nana antes de que salieran a disfrutar del exterior.

Cuando Maura se quedaba sola con el fatigoso artista, él no desperdiciaba el momento y de inmediato le dispensaba champaña.

—Pero si no puede gastar en estas cosas —lo amonestaba Maura.

—Ayer vendí un cuadro, quería celebrar con usted —respondía Sagredo, aunque lo más probable es que a Ramón le gustara “celebrar” por cualquier pretexto.

Con la excusa de arreglar algo en su posición, Sagredo se acercaba a Maura, a veces, demasiado. Ella podía esconder su rubor ni evitar sentir cómo la perturbaba el olor almizclado del artista.

Conforme pasaban los días, el tono de Ramón era cada vez más angustioso. Su chantaje emocional parecía funcionarle con la ya de por sí culpabilizada Maura. Ella intentaba razonar con él, hacerle ver que la situación marital de Sagredo hacía imposible la relación. Quería ayudarlo pero nada de lo que hacía parecía ser suficiente. Él se negaba a aceptar sus negativas.

—No puedo más Maura, necesito verla, en privado. No sé de lo que soy capaz si me sigue rechazando, siento

que muero en vida.

—No diga tonterías, Sagredo, nadie se muere de amor —respondió Maura, recordando el título de una obra de teatro que había escrito su amigo de Lagos, el fabulista Rosas Moreno.

Cuando no podía asistir al taller, Maura le enviaba algún mensaje o carta. En esas líneas, o quizás fue en sus conversaciones, ella intentó explicarle lo que había vivido con su primer esposo. Pamplona había sido una revolución en su vida, con su contagioso júbilo y sus demonios ocultos: sus dolores de cabeza, su mal humor, su consumo excesivo del láudano que lo paralizaba. En otras palabras, le confesaba a Ramón sus miedos más profundos. Ella lo hacía en parte con el afán de que él entendiese por qué no podía corresponderle, pero Ramón malinterpretaría esas confesiones como señales de confianza e intimidad. Pensaba que era cuestión de tiempo para que ese vínculo se convirtiera en el amor que él tanto anhelaba. La tapatía había puesto de cabeza su mundo, y por primera vez en mucho tiempo, creyó que podía alcanzar la felicidad.

Sagredo ya se había cuestionado su relación matrimonial desde antes de conocer a Maura. Tal vez su matrimonio fue un error precipitado por un embarazo inesperado, o su esposa nunca logró adaptarse a la ciudad. Es posible que Sagredo no encontrara en ella lo que creía haber descubierto en Maura. Pero, en el fondo, era probable que las causas de su angustia

fueran más profundas y ajenas a las mujeres con las que se relacionaba.

Todo comenzó a empeorar con las notas constantes que Ramón le enviaba. No podían llamarse cartas: eran ruegos desesperados, promesas de amor eterno, amenazas y súplicas. Al principio, a Maura le habían parecido halagadoras, pero pronto se convirtieron en una carga insoportable. Las guardaba entre sus cosas más privadas, intentando asegurarse de que ninguno de sus hermanos las encontraran.

Aunque ellos estaban al tanto de su relación con Sagredo, no la cuestionaban directamente. Antonio, mucho menor que ella, la respetaba demasiado para intervenir, y Pedro, ¿qué podía decirle a una mujer viuda, mayor de edad, libre pensadora —según su propia declaración—, y terca como era su hermana? Si Pedro le hizo alguna alusión o pregunta al respecto, Maura seguramente le respondió con la verdad. Sagredo era un amigo, que le solicitaba su presencia para su arte. Pero dudo le haya mencionado, al menos no de inmediato, que el pintor había comenzado a amenazarla. Primero, sugirió que se quitaría la vida si dejaba de visitarlo. Después, le aseguró que lo haría si no le correspondía.

—Si usted me rechaza, me mataré, aquí mismo, ¡a sus pies! —gritó Ramón una mañana, lleno de desesperación.

Fue entonces que Maura supo que tenía que dejar de verlo. Se había prestado “a ciertas condescendencias

sin importancia",[488] pero en lugar de calmar la pasión del artista, solo la alimentaron hasta enloquecerlo. Finalmente comprendió que era la única manera de cortar de tajo con esa obsesión.

No se lo dijo. Temía las consecuencias de su rechazo. Sin saber qué responder y aparentando no sentirse perturbada, Maura se asomó a la ventana. Aliviada, vio que la nana y las niñas caminaban hacia el taller. Poco después, Lola, o quizás fue Mercedes, asomó la cabeza y ruidosamente le advirtió que era hora de irse a casa. Maura tomó sus cosas e intentó sonreírle al pintor asegurándole que regresaría al día siguiente. Una parte de ella no quería dejar de verlo; quiso pensar que aún podría amarlo. Sin embargo, al cruzar la puerta, un inesperado alivio se instaló en su interior, como si su cuerpo hubiese decidido lo que su mente se negaba a admitir. Que ya no volvería nunca.

Quién sabe si esa fue su última visita, o si tardó algunas días más en decirle finalmente a Sagredo que ya no volvería, pero la ruptura parece haber sido el último golpe por el que sucumbió la voluntad de vida del desafortunado pintor.

Ortigosa, el intrigoso

Altamirano se enteró del suicidio de Sagredo por boca de Vicente Ortigosa, a quien en sus diarios menciona solamente por apellido, pero cuyo contexto permite

[488] Altamirano, I. M. *Diarios,* pág. 72

identificarlo.[489] Nacido en Nayarit, el joven Ortigosa se mudó a Guadalajara para inscribirse al Instituto de Ciencias de Jalisco y luego viajó a Europa para estudiar química orgánica, en Alemania.[490] En París se especializó como ingeniero civil, profesión que ejerció principalmente tras su retorno a México. En 1847, Ortigosa contrajo matrimonio y, al año siguiente, obtuvo un puesto como profesor de química en el Liceo de Varones.[491] Evitaba afiliaciones partidistas, pero se mantuvo activo en la política. Era un firme pacifista. Afirmaba que ni las revoluciones ni las guerras mejoraban la condición de los individuos, y que solo "la asociación" permitiría "la propagación de las luces".[492] Fue además, presidente del Congreso de Jalisco y miembro de la Junta de Agricultura del estado. Como impulsor del desarrollo técnico de la agricultura de Jalisco, en 1852 desarrolló una propuesta para una escuela que tendría diversos planteles en el territorio jalisciense y cuyo eje central sería la aplicación "de la química a la industria y la agricultura", pero la propuesta no prosperó dada la situación política del país. Presentó también un proyecto que exhortaba a los artesanos a crear una Sociedad Filantrópica de Jalisco, inspirada en

---

[489] El investigador Arturo Camacho Becerra coincidió conmigo en la conversación que sostuvimos el 2024.

[490] Ortigosa fue el primer mexicano en especializase en dicha área en la Universidad de Giessen, en Alemania. Gracias a sus investigaciones llegó a la conclusión de que la nicotina era sumamente adictiva, resultados que serían convenientemente desestimados por la industria del tabaco. Fuente: Arrechedora, Iraima. "Vicente Ortigoza: biografía y aportaciones a la química", *lifeder.com.*

[491] Torre, Federico de la. "Ciencia, industrialización y utopía social: notas sobre Vicente Ortigosa de los Ríos, 1817-1877", *Letras Históricas*, pág.8

[492] *Ibídem*, pág. 12

el socialismo utópico.[493]

Ortigosa era vecino de don Sotero Prieto, pues era propietario de varios terrenos en El Salto, donde mantenía una fábrica de ácidos. Juntos, Sotero y Vicente, presentaron propuestas relacionadas con la Compañía de Artesanos que se formó cuando no prosperó la Sociedad Filantrópica. Ortigosa también propuso una nueva ley electoral y abogó porque hubiera actividades lucrativas para las mujeres; incluso desarrolló un método para reemplazar el metate, que eventualmente se convertiría en la harina de maíz que se usa actualmente. En el gobierno de Pedro Ogazon, Ortigosa fue director de Rentas del estado de Jalisco (1863), así que no hay duda de que se conocían de tiempo atrás.

El afán pacifista de Ortigosa pudo haber sido lo que le llevó a ser integrante del Consejo de Estado del Imperio durante la intervención francesa. Esta decisión lo marcó con un estigma que tuvo que cargar hasta su muerte.[494]

No hay evidencia concluyente de que el científico y activista residiera en la Ciudad de México en 1870, pero lo hace posible que sus biógrafos no mencionan nada de él hasta 1872, y para entonces ya estaba de vuelta en Guadalajara. Lo cierto es que, en un par de entradas de 1870, Altamirano menciona a Ortigosa en su diario.

Por alguna razón que no se explica, pero sobre la que

---

[493] *Ibídem,* pág. 9

[494] *Ibídem*, pág. 75

se puede especular luego de establecer su relación con Pedro y Sotero, Ortigosa fungiría como mensajero entre la hermana de Ogazon y el diputado guerrerense. Vicente tenía 52 años, Ignacio Manuel, 36, y Maura, 29.

Es posible que, el día en que Altamirano la vio de lejos, Maura ya hubiese iniciado su tormentosa relación con Sagredo. Las anotaciones de Altamirano no son precisas. Luego de haberla visto en el zócalo aquella tarde de marzo, la siguiente entrada en la que menciona a Maura comienza el 23 mayo y termina el 7 de julio. Ni siquiera al revisar el original escrito a mano se distingue el motivo ni el momento exacto en que se detuvo o retomó el relato de lo sucedido. No hay pausa o espacio entre los párrafos y es solo al leer el contenido completo que uno se da cuenta del paso del tiempo en su relato. Es comprensible esa falta de atención o descuido en cuanto a la precisión de nombres, fechas o hechos, pues era un diario privado y a Altamirano le servía como un espacio de desahogo, pero siendo esa nuestra única fuente, nos deja en vilo.

Parece difícil explicar cómo es que Ortigosa llegó a conocer tantos detalles sobre la relación entre Ramón Sagredo y Maura Ogazon. Es difícil imaginarla contándole estos detalles a Don Vicente. Es más probable que a él se lo contaran Pedro o Antonio, o que Vicente residiera con los Ogazon durante su breve estancia en la Ciudad de México, y así, escuchara y dedujera lo sucedido. En todo caso, fue Ortigosa quien, entre cafés y murmullos, le contó a Ignacio Manuel, que Maura estaba desesperada, pero no por amor.

El último acto de Sagredo

La tardxe en que el futuro autor de *El Zarco* se enteró de lo sucedido entre Maura y Sagredo se transformó en una de esas raras noches de julio, cálidas y sin lluvia. Ya se distinguía la luna llena cuando se encontró con "los amigos" en el Zócalo. Ahí estaban Pedro y Antonio Ogazon, junto a Vicente Ortigosa. Altamirano veía a los hermanos Ogazon casi todos los días, así que le prestó más atención a Ortigosa, quien, de manera *confidencial,* le contó todo sobre el suicidio del pintor y la reacción de Maura.

El jueves 2 de julio Ramón Sagredo se bebió "una dosis considerable de cianuro" y terminó con su existencia. La noticia salió en varios periódicos locales, aunque la mayoría omitió los detalles más jugosos**.** En círculos cercanos, se murmuraba que "la causa de su locura" había sido una "pasión desordenada". Estos calificativos no solo reflejan los prejuicios de la época, sino también el estigma asociado a los problemas de salud mental, desestimados bajo el término simplista de "locura". Los que le conocieron esperaban que dios lo perdonara por su gran pecado. Días después, el asunto quedó olvidado. La prensa ni siquiera mencionó que el fotógrafo también había sido pintor.[495]

—Una desgracia —comentó el escritor al ingeniero—. Además de ser un artista magnífico, destacaba por su

[495] Estrada, Sergio. *Ibídem*

originalidad.

—Maura estuvo desesperada toda la semana.

Vicente parecía deseoso de referirle lo sucedido. Juzgar a las mujeres era parte de la cultura masculina de la época. Tal vez sabía de la antigua amistad entre Altamirano y Maura, y eso explicaría por qué hablaría sobre ella con el diputado.

Según éste, Maura fracasó en evitar otro escándalo. ¿A qué escándalo se referiría? No lo comparte ni lo aclara. Es una lástima que, como diarista, se centrara tanto en sí mismo, y no profundizara más, dejándonos con más preguntas que respuestas. En su diario, Ignacio Manuel escribió que las respuestas de Maura a las insinuaciones de Sagredo habían sido ambiguas, “de un género equívoco”, y que habían mantenido una intimidad similar a la que él mismo compartió con ella en 1867.[496] Como era su costumbre, Altamirano no aporta detalles precisos sobre la supuesta intimidad, pero se alcanza a percibir un tono celoso en el tixtlense.

Ortigosa le relató a Altamirano que Maura estaba “llena de lágrimas”, lo que refuerza la suposición de que Ortigosa estaba alojado con los hermanos Ogazon, y presenció situaciones que Maura hubiera preferido mantener en privado. Sus lágrimas sugieren una profunda angustia, no solo por la tragedia que acababa de ocurrir, sino por la carga de culpa que probablemente sintió al saberse la causa de la desesperación de Sagredo. Ya había habido otros intentos previos de

[496] Altamirano, Manuel I. *Diarios*, pág. 73

suicidio, y nada de esto podría haber pasado inadvertido por Maura.

El calificativo de “comedianta” que usó Altamirano en su diario refleja no solo una falta de empatía, sino también el prejuicio masculino que minimizaba las complejas emociones de las mujeres de su tiempo. Los cambiantes sentimientos de Altamirano hacia Maura reflejan el vaivén típico del despechado, aunque él fuera lo suficientemente mayor e inteligente para saber que no tenía ningún derecho a aspirar “poseer” esa flor, por más tentadora o disponible que pareciera.

También llama la atención que el escritor no se adentrara más en ese inefable misterio que es cualquier suicidio. Quizás tuvo miedo de hacerlo dada su propia tendencia a la aflicción. La reflexión de Justo Sierra[497] sobre la “lucha entre la luz y la sombra” en la “grande alma” de Sagredo quizás podría alinearse con un diagnóstico moderno de bipolaridad. Un suicidio es resultado de múltiples elementos psicosociales mucho más complejos que un corazón herido y sin embargo, Altamirano parece ocuparse más de la supuesta hipocresía de Maura.

Es sorprendente que ni Ortigosa ni Altamirano muestren indignación hacia Sagredo, considerando que era un hombre casado, con una hija pequeña, ¡y que apenas podía mantenerlos! Lo mismo con el biógrafo de Sagredo, quien lo define como “espíritu atormentado,

[497] Citado por Estrada, Sergio. *Ibídem,* pág. 142

soñador y romántico".[498] No hay manera de saber si la depresión de Sagredo era genética, resultado del rechazo social, de su fracaso económico o de todo ello combinado, pero vale la pena hacer notar que, en pleno siglo veintiuno, los historiadores continúen reforzando la idea del "romanticismo de la época" como causa de suicidio, sin por lo menos analizar lo que esto significaría.[499]

Sumada a la situación de rechazo y falta de recursos materiales que atormentaban a Sagredo, hay que recordar la cantidad de alcohol que se consumía en esa época. No es difícil imaginar que ingerirlo, junto con otras sustancias de las que no se habla, ayudaba a crear ese fantasioso escenario del amor eterno, imposible, todo abarcador; ilusiones que los mismos artistas exaltaban, quizás por su natural susceptibilidad al dolor.

Cuando Ramón conoció a Maura, tan distinta y sin tantos prejuicios, debe haber sentido algo parecido a la esperanza y a la "transfiguración". Proyectó en esa bella y alegre mujer lo que para él parecía ser su única y última posibilidad de alcanzar la felicidad. No era consciente de la confusión que su estado emocional provocaba en su mente. Sencillamente, la realidad resultaba insoportable para él.

---

[498] Estrada, Sergio. *Ibídem,* pág. 3

[499] Los romanticistas celebraban lo heroico y sublime, rechazaban las convenciones sociales de su tiempo y favorecían la perspectiva moral —y reduccionista— del individualismo, el cual, llevado a un extremo, puede tener consecuencias psicológicas como son, la soledad, el aislamiento social y el victimismo. (Fuentes varias.)

Ortigosa le contó a Altamirano que, luego del suicidio, Maura fue a la casa de Sagredo en persona para intentar recuperar las placas e impresos fotográficos y todas esas cartas donde le había revelado tanto de su vida. Por supuesto, le negaron la entrada, aunque me parece curioso que haya podido acompañar el cadáver hasta el cementerio protestante donde fue sepultado. La única explicación que se me ocurre es que la viuda fuese católica y se hubiese negado a asistir.

En todo caso, luego de fracasar en su empeño, la desesperada Maura supuestamente le encargó al mismo Vicente que le hiciera el favor de recoger todo lo que tenía que ver con ella y su "infortunado amante". Así lo escribe Altamirano y podemos afirmar que lo era, en tanto que él la amaba. Sin embargo, quién sabe si se relacionaron *sexualmente*, en los términos actuales. Probablemente no. ¿Por qué usa ese término Altamirano? ¿Era común en su tiempo, o eran sus irrazonables celos transformados en frases que lo delatan? Parece imposibilitado para simpatizar con Maura quien no solo quería evitar más escándalos, sino que intentaba borrar lo que para ella se había convertido en un peso insoportable.

El paradero de las cartas y fotos sigue siendo un misterio. Es probable que la viuda, el hermano o algún criado se encargaran de deshacerse de todo, de modo que el rastro de sus sentimientos se desvaneció tan rápida y definitivamente como la vida del pintor.

En el interior de Maura permanecería un torbellino de

emociones contradictorias, aunque sus hermanos se ocuparían de consolarla. Quizá mediante la confesión y el acto de contrición que tuvo que hacer logró despojarse de la culpa y tristeza, o tal vez cargó con ellas hasta que, finalmente, llegaría a su vida el hombre que la comprendió y amó de verdad. Mientras tanto, en casa de Maura, todos caminaban de puntillas, intentando no alterarla. Los días posteriores a la muerte de Sagredo fueron de silencio. El silencio que puede haber en una casa con niños, una de dos, otra de seis y uno de once años.

Judith, María y Arcadio jugaban igual que siempre, aunque reaccionaran —sin entenderlo— a la extraña atmósfera que se habría apropiado de la casa. Lola, Felipa y Mercedes susurraban entre ellas, mientras que Antonio y José de Jesús, por su cuenta y en la calle, comentaban todo el asunto con su Pedro. Ninguno sabía qué decir ante la desesperación de Maura, temerosos de sus consecuencias, recordando los recientes años de luto y tristeza.

En medio de la atmósfera de tensión y tristeza que reinaba en la casa, Arcadio, con la espontaneidad propia de su edad, intentó aliviar el dolor de su hermana.

—Hermana, ¿por qué no vamos a Guadalajara y traemos a Chucho? Yo sé que con él aquí volverás a ponerte contenta —le soltó una tarde el futuro aspirante a poeta, mirándola con inocente esperanza.

Maura sintió tanta ternura que abrazó a su hermanito

tan fuerte, que casi lo rompe. Y lloró, sin esconderse.

Arcadio se dejó abrazar, pero solo por un instante; a su edad ese tipo de expresiones físicas ya le eran incómodas. Todavía era un niño, pero a diario le repetían que ya era un hombrecito.

De entre las hermanas, la más impactada habría sido Dolores. No solo era quien acompañaba más a menudo a Maura al taller del desgraciado artista, sino que había sido testigo de lo atormentada que era la relación entre ellos, si es que se podía nombrar así al juego de chantaje emocional en el que ambos habían caído. Lola tenía la edad suficiente para entender y empatizar con su hermana

—¿Lo amabas? —le preguntó Lola una de esas noches, cuando el silencio de la casa no permitía esconder sus apagados sollozos.

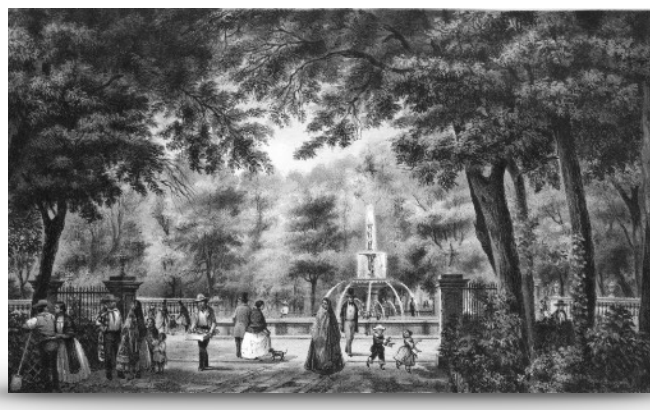
Maura no respondió de inmediato. ¿Era amor lo que había sentido por Sagredo? Pudo haberlo sido. Casi lo fue. Pero, no hubo tiempo. Además, ella había comenzado a desencantarse de Ramón con su acoso, sus amenazas y su egoísmo. Maura había desafiado a todos, una vez más, con tal de ver al fotógrafo y posar para él, pero ahora, aparentemente su mayor falta había sido no haberle amado como él a ella.

A pesar de la culpa y el dolor de perder a Sagredo, Maura comprendió que el impulso de revivir los reflejos del pasado era una ilusión insostenible. Ese deseo de ser vista y deseada, que antes le brindaba consuelo, se había desvanecido, dejando solo la certeza de que

algunos caminos no deben recorrerse dos veces.

Amigos, otra vez

A pesar de los charcos y las ocasionales inundaciones, el inicio del verano era una de las mejores estaciones para pasear por la encantadora Alameda. Esa tarde, nadie tuvo que correr de la lluvia. Los árboles rebosaban de aroma con sus ramas en flor y no había una sola nube que amenazara la tranquilidad de los paseantes ni a los vendedores callejeros. El gran parque desbordaba de visitantes a pesar de que ya casi anochecía.



La Alameda, 1869. Litografía de V. Debray. (D.P.)

Maura entró por la entrada de la Mariscala, que daba a la que hoy conocemos como Avenida Hidalgo, seguida de la nodriza, quien empujaba el carrito con la impaciente Judith, que ya pataleaba para que la bajaran y la dejaran correr. Maura no se dio cuenta de que Altamirano ya la había divisado. Él se encontraba de

pie, hablando con Lucrecia y Lupe Sarabia, ambas sentadas. Desde su posición, podía ver lo que sucedía alrededor mientras escuchaba a las “parlanchinas” y “maldicientes” hermanas.[500]

Luego de despedirse de las Sarabia, Altamirano se dirigió a la glorieta principal, decidido a abordar a Maura, quien se había sentado sola en una banca y veía jugar a su hija con otros niños.

Ese día no la acompañaban sus hermanas, y Maura pudo sentarse en silencio con sus pensamientos, que probablemente no estaban tan lejos de la muerte aún reciente de Sagredo, ese pintor que la había hostigado tanto. Claro que en ese tiempo no habrían definido su comportamiento de esa manera; era ella quien cargaba con la culpa. Él era un artista y seguía sus impulsos. Si ella hubiera “caído” en la tentación, ¿se habría sentido menos culpable? ¿Y qué tal si Sagredo se hubiera matado de todas maneras? Esa era su intuición, probablemente certera, pero la sociedad no lo entendía. Él era visto como víctima de un amor no correspondido, y así lo repetían todos, pero, ¿cómo sabían lo que ella había sentido cuando él le dijo que la amaba?

Maura sabía que era mejor dejar de pensar, y miró a su hija, quien no dejaba que los otros niños metieran sus manos al agua de la fuente. “Es una mandoncita”, pensó Maura, “como su mamá”, y rió para sí misma al darse cuenta de que su hija se estaba comportando

[500] Este tipo de detalles, así como los diálogos en este capítulo y las citas sin pie de página, fueron tomados de los diarios de Altamirano, citados anteriormente.

como ella lo hacía en casa con el resto de sus hermanos.

Altamirano se quedó de pie, en la entrada de la glorieta, “pensativo y vacilante”. Como ya iban a cerrar, “los *guardas* con su farol advertían a la gente que era hora de retirarse”.

Cuando Maura fue a avisarle a su criada que era hora de irse, se detuvo unos segundos al notar a un hombre vestido de ranchero que parecía observarla. Quizá algo en su porte le hizo pensar que lo conocía, pero casi de inmediato el hombre miró hacia el lado opuesto y se alejó rápidamente sin mirar atrás.

Fue entonces cuando Maura vio a Altamirano, quien también había estado observando al ranchero. Sus miradas se encontraron y, por fin, él se acercó a saludarla**,** con una mezcla de alivio y expectación.

—Señora —le dijo—, bajo los auspicios de la bondad de usted vengo a darle explicaciones de mi conducta, pues sé que tiene resentimientos conmigo e ignoro si se habrá interpretado mal algún hecho mío o se me habrá calumniado.

—No tengo resentimiento ninguno —le contestó Maura, sonriente—. Se me dijo que usted refería que yo hago mal de ojo y me propuse por broma perseguirlo. Por eso debe usted haber recibido un recado con Torroella.

Maura seguramente se refería al poeta Alfredo Torroella y Romaguera, cubano que había llegado exiliado en 1868 desde Cuba y era vecino de Altamirano pues

habitaba cerca del Hospital de San Hipólito.[501]

—En efecto —le respondió Altamirano—. Torroella me lo dio, y añadió que estaba usted colérica.

—¿Colérica? ¡Qué mentira! ¿Y por qué había yo de estar colérica?

Altamirano no le respondió, o al menos no lo menciona en sus diarios. ¿Se habría molestado Maura al saber que el diputado la acusaba de provocar la mala suerte en los demás? ¿Habrá sentido que lo dijo en referencia al suicidio de Sagredo? ¿Qué diría exactamente el recado que ella le envió y de qué manera se habrá propuesto *perseguir* la broma para darle una lección al diputado? Parece ser que Torroella le añadió de su cosecha.

—Le envié a usted recado con Ortigosa —le dijo el tixtlense a Maura, sin explicar por qué eligió a Ortigosa y no a Torroella—. Deseaba sondear su ánimo antes de hablarle. Tenía miedo.

—¡Qué tímido es usted! —respondió Maura, con sincera ternura y paciencia—. Y le contesté a Ortigosa…

—Que ni me quería usted ni me aborrecía, sino que le era indiferente —Altamirano completó rápidamente la frase.

¿Era importante que ella lo quisiese? ¿No era un poco atrevido por no llamarlo arrogante pretender algo más de ella?

---

[501] Sobre Avenida Hidalgo.

—No —le aclaró Maura—. Le dije que yo, a usted, ni le odio ni le deseo mal alguno. Y que usted tampoco me hacía mal, ni bien. —Maura aprovechó para recriminarle —. Me ofende que usted piense que soy tan mojigata como para creer que usted me hace mal de ojo y considerarle la causa de mis desgracias.

Altamirano no cuenta más, tal vez no supo qué más decir.

—Bueno. ¿Seremos buenos amigos otra vez? — fatigada del tema.

—Sin duda —respondió él, con una sonrisa.

Maura enseguida le preguntó si estaba escribiendo algo nuevo y él, visiblemente halagado, le contó sobre su última obra, *Clemencia,* que había sido publicada por fascículos en *El Renacimiento.* Maura no había tenido oportunidad de leerla, y él prometió regalarle una copia.

Hablaron de muchas otras cosas, a pesar de que ya estaban por cerrar el parque.

—Sin duda usted sigue igual de hermosa —algo por el estilo le habrá dicho el poeta.

—Y usted con ese carácter tan versátil, no hay forma de aburrirse —Maura le devolvió el cumplido, y era sincera; seguramente esa versatilidad era algo que le encantaba a la volátil Maura.

Se hizo de noche, así que Altamirano le dio su brazo a “la buena e inteligente muchacha” (así la describe), y la acompañó Cordobanes 18. En el diario, no se molesta

en mencionar de nuevo a Judith ni a la nodriza.

Al llegar a la puerta de su casa, Maura lo invitó a pasar, pero él “naturalmente” se rehusó, aunque le protestó su lealtad como amigo.

Después de que ella entrara, él se quedaría largo rato mirando la puerta cerrada.

En sus notas, Altamirano realiza una curiosa y contradictoria danza con la que disimula y se esconde de sus propias emociones. No estoy segura si se contiene porque en algún lugar de su conciencia sabía que lo que escribía en sus diarios —a pesar de ser privado— algún día sería leído. ¿Será posible que algunos de sus diarios hoy desaparecidos los haya quemado él mismo? No sería el primero en destruir páginas que pudieran haber perjudicado no solo a su autor, sino también a terceros. Sin embargo, dejó las suficientes páginas para provocar más preguntas.

Luego de anotar en su cuaderno la anécdota de esa tarde en que reanudó su amistad con Maura, en tono dramático, Altamirano se pregunta: “¿Qué irá a sucederme? Yo no tengo ya preocupaciones, ni las he tenido nunca, pero me pregunto por qué, con mujeres como ella, todo puede suceder". No dice: “esa mujer me vuelve loco, la deseo”, sino que la coloca en una categoría denominada “Mujeres como ella”.

No creo sea arriesgado conjeturar que la relación de Altamirano con su esposa parecía más de amistad; sus hijos, en realidad, eran los hermanos de ella, adoptados por él. Al igual que el resto de los hombres de esa

época, Altamirano no era capaz de reconocer que era él quien deseaba que todo sucediese. Era más aceptable ser víctima de mujeres como Maura, capaces de provocar esos pensamientos.

De acuerdo a sus diarios, Altamirano siguió encontrándose con Maura casi todas las tardes. A finales de septiembre, un aguacero los sorprendió. Corrieron, pero a pesar de ello, quedaron empapados "hasta los huesos". Él fue en busca de un carruaje, y luego de dejar a Maura en su casa, se fue a la suya para cambiarse de ropa. Ignacio Manuel inicia esa entrada con las palabras: "Tristeza, fastidio, malestar", y luego menciona la muerte, sin explicar qué siente ni por qué. Lo más probable es que le aquejaran síntomas físicos, pero, aunque él no culpa explícitamente a Maura, también debe haber habido una confusión interior o una sensación de frustración al no poder confesar su amor ni dar el paso para consumar su deseo. Ella ya se lo había dicho, era sumamente tímido. Se sabía feo y nada le convencería de que su inteligencia o su carácter "tan versátil", podían resultar atractivos a una mujer sapiosexual como fue la joven Maura.

Su condición diabética le hacía sufrir, y aislarse, pero una parte de Altamirano gozaba al experimentar esos sentimientos, aunque fuesen de "tristeza, fastidio, malestar". Su pesar físico se entremezclaba con ese amor pasivo y silenciado, que, aunque negado, era amor. Y era mejor que nada porque era materia prima para su literatura.



Fotografía de Ignacio Manuel Altamirano, circa 1870. Coección. Carlos Román Celis. Aparece en el libro: *Ignacio Manuel Altamirano. Iconografía*, México, p. 185 (D.P.)

Es posible que, luego de haber perdido trágicamente a su primer amor, Ignacio Manuel cargara con la culpa de haber seguido viviendo, que nunca superara la pena y que, como penitencia, se ocupara de revivir el dolor de la pérdida. Quizá por eso en sus historias los amores siempre son ideales e imposibles. La escritura como velada confesión, con la que el escritor ocultaba sus inseguridades y vergüenzas y creaba un reflejo de sus deseos no cumplidos.

Fue la única forma que tuvo de tocarla, sin hacerlo.

Mujer de corazón

En cuanto a las mujeres , en mi concepto, no sólo son hermosas sino divinas, y y tienen además de los encantos físicos, que el cielo les otorgó con mano pródiga, una cualidad que no es común, que va siendo rara de día en día, que va a desaparecer del mundo si Dios no lo remedia: El corazón, amigos míos, el corazón…

Ignacio M. Altamirano[502]

Altamirano se quedó en casa varios días debido a sus achaques y dolencias, y fue hasta inicios de noviembre que volvió a encontrarse con Maura.[503]

Ese día, Ignacio Manuel salió del Ministerio de Justicia, ubicado en la misma calle que la casa de los Ogazon. Salió con la intención de dirigirse a la Alameda, pero "en las cadenas del Empedradillo" se encontró con el artista Alberto Martínez.[504] Mientras hablaba con Martínez, Altamirano vio a Maura caminando con una de sus hermanas, en dirección a Plateros.

—Va rumbo a la Alameda —dijo Alberto, notando la mirada de Altamirano—. No creí fuera conveniente acercarme.

---

[502] "Guadalajara". Iguíniz, Juan B. *Guadalajara a través de los tiempos*, pág. 282

[503] Al igual que en el capítulo anterior, la mayor parte de los diálogos y todos los entrecomillados sin pie de página incluidos en este capítulo son inspirados o replicados en base a los diarios de Altamirano ya citados.

[504] La única referencia que pude encontrar a un Alberto Martínez, fue en una tesis de maestría en la que la autora menciona brevemente a un Alberto Martínez Peñalvert, quien supuestamente se distinguió entre los estudiantes de la academia de dibujo del Instituto Literario en Toluca. Fuente: Badia Muñoz, Graciela Isabel, *Breve reseña histórica del Instituto Literario de la Ciudad de Toluca hasta la conformación de la Universidad Autónoma del Estado de México,* pág.24

—¿Por qué no, amigo mío? —preguntaría Altamirano, inquisitivo.

—La otra noche me hizo un terrible desaire.

Parece ser que Alberto no entró en detalles sobre la ofensa porque Altamirano no los confió al papel. Lo que sí notó y anotó, fue que, poco después, las hermanas regresaron por la misma “acera del Empedradillo”, tomaron rumbo a Tacuba, y él, entonces, se despidió de Alberto y las siguió.

En vez de alcanzarlas, Altamirano dejó que se alejaran, y como ya era noche, decidió esperar a que salieran por la ya referida puerta de la Mariscala. Observó la salida de los asiduos al parque, hasta que detrás de todos ellos apareció Maura hablando alegremente con su hermana, una simpática joven de quince años.

La tapatía no ocultó su gusto al verlo y no dudó en alargar “una mano cariñosa”.

—Le presento a mi hermana Mercedes —le dijo.

Luego del saludo de cortesía, Maura le reclamaría, con natural coquetería.

—¿Y por qué no había venido a pasearse como es su costumbre?

Altamirano murmuró algo sobre sus obligaciones, evitando hablar de sus dolencias a las jóvenes. Cambió el tema y les ofreció su brazo a ambas para acompañarlas a casa.

Maura aprovechó para contarle que su hermano Antonio se encontraba desempleado, y Altamirano le respondió que lo colocaría con él al día siguiente.

—Gracias, usted siempre tan amable —le dijo Maura, sincera.

¿Se habrá preguntado qué tan desinteresado era el diputado? ¿Sería ella tan cándida?

—La última vez que nos vimos fue la tarde que me regaló su novela, ¿se acuerda?

—*Clemencia* —interrumpió Mercedes—*,* ¡yo también la leí!

Altamirano lo recordaba claramente.

—Pues, ¡me desvelé leyéndola! —dijo Maura—. No pude dormir hasta terminarla. ¡Sentí una emoción que nunca había experimentado! —Y mirando de reojo a su hermana, con una sonrisa traviesa, añadió—, Mercedes lloró al final.

—¡Y tú también! —respondió de inmediato Mercedes, reaccionando a la indiscreción de su hermana mayor.

—Sí, por supuesto que yo también lloré —confirmaría Maura, y alzando las cejas, en un gesto conocido entre ellas, Maura le indicó a Mercedes que se aplacara, aunque su rostro esbozaba una sonrisa resignada luego de su confesión.

Altamirano se sintió profundamente conmovido y halagado, las palabras de Maura tocaron una fibra personal en él.

—Le dedicaré mi pobre novelita, *María*[505] —declaró impulsivamente el sonrojado guerrerense.

Altamirano no se lo dijo, pero lo reveló en sus diarios:

---

[505] Altamirano nunca escribió una novela llamada *María*. Quizá estaba pensando en *Julia*, y *María* fuese el título provisional.

era la primera vez que una mujer hermosa le confesaba haber llorado con sus palabras. No que ninguna mujer lo hubiera hecho antes, sino una mujer "con la que todo podía suceder". Y añadió que pensaba perfumar su novela "con el aroma de ese nombre acariciado tanto tiempo en mis sueños de poeta".

La deseaba, aún sin mayor esperanza.

Como en un suspiro, Ignacio Manuel concluyó al final del párrafo: "¡Cómo vuelven mis días de 1867!" Y con esa nostalgia, abrazaba de nuevo la sensación efervescente del enamoramiento, que lo llevaba a ignorar una vez más sus circunstancias. Hasta en su privada escritura Altamirano evitaba reflexionar sobre la imposibilidad, prefiriendo sumergirse en la ilusión y asignándole a Maura el rol de la mujer ideal, como él mismo lo confirma: "Oh, Maura es siempre la mujer de corazón, la mujer tanto tiempo soñada".

L'Amour

> *…lo que se llama hoy corazón… es un privilegio, y consiste en saber amar bien y cumplidamente, con ternura, con lealtad, sin interés, sin miras bastardas, sino en virtud de un sentimiento tan exaltado como puro.*
>
> **Ignacio M. Altamirano**[506]

El cuaderno donde Altamirano mantenía su diario en 1871, incluía una lista de los libros que prestaba. La mayoría de los renglones están tachados, lo que

[506] Altamirano, I. M. "Guadalajara" *Ibídem,* pág. 282

seguramente significa que dichos títulos fueron devueltos. Entre los que no le fueron devueltos, estaba el libro “El amor”, de Jules Michelet, y a un lado, el nombre de Maura Ogazon.

L’Amour es una peculiar guía marital que mezcla las características de un tratado médico, un poema en prosa y una escritura religiosa.[507] El narrador del libro se dirige a los hombres y pretende desentrañar, desde una perspectiva masculina, los misterios del amor y la naturaleza femenina. Aconseja la empatía, aprender a cuidar como una madre, y por ende, a ser mejores esposos. La mujer “por naturaleza” está enferma, pues cada 28 días pierde sangre, control y hasta conciencia. El marido debe comprender este ciclo con paciencia, observándola sin ejercer presión, protegiéndola sin insistencia.

Michelet también analiza el significado que tiene el hogar para la mujer. La casa es un escenario que debe ser construido de modo que permita al hombre, en su rol de escritor y director, moldear a la protagonista para que se ajuste a su idea de felicidad. Aparentemente, los libros de Michelet fueron muy populares, pero provocaron rechazo entre los literatos y sus contemporáneos, pues los percibían como una mezcla incómoda de misticismo y ciencia, aunque con un toque poético.[508]

Habría sido interesante conocer la opinión de

---

[507] Allen, James Smith. “A Distant Echo: Reading Jules Michelet’s ‘L’Amour’ and ‘La Femme’ in 1859-1860”, pág. 34“

[508] *Ibídem,* pág. 35

Altamirano sobre el libro, especialmente considerando sus sentimientos —expresados veladamente— por Maura. Es probable que coincidiera con algunas ideas, como aquello de "la alcoba" como el escenario de pureza que simbolizaba el matrimonio, ya que en una ocasión escribió que entró a la alcoba donde su mujer dormía, como un hombre de corazón impuro.[509]

Es posible que después de leer algunas páginas, Altamirano perdiera interés. No obstante, debe haber considerado que Maura encontraría valiosas las reflexiones del libro. A pesar del título, no se trataba de una indirecta, sino lo contrario. *L'Amour* es un libro moralista y el contenido no da pie a interpretaciones erróneas. Quizá Ignacio le prestó el libro específicamente por el capítulo final en el que Michelet aborda cómo el amor puede rejuvenecerse en la viudez.

Cuando el libro fue publicado, madame Angelique Arnaud lo reseñó en *La Gazette de Nice,* felicitando a Michelet por sus sensibles consideraciones sobre la educación de las mujeres antes del matrimonio, por realzar sus fortalezas únicas y distintas de las del hombre y su habilidad para pensar y actuar de manera constructiva.[510] Pero cualquier lectora astuta concluiría, luego de leer *L'Amour,* que las mujeres deben buscar hombres capaces de ofrecerles un nido perfecto y que no solo deben tener dinero suficiente, sino tiempo libre

---

[509] Altamirano, Ignacio M. *Diarios,* pág. 60

[510] Allen, James Smith. *Ibídem,* pág. 38

para mimarlas cuando les “llega la enfermedad”.[511]

Es probable que Maura intentara leer el libro completo, aunque es una incógnita su nivel de francés. Hubo segmentos que le interesaron, y otros que le provocaron risa, como aquello de que la mujer es tan delicada y entregada que apenas hace ruido en su entorno. En su familia, las mujeres —particularmente las tías Ogazon— no encajaban con el ideal de Michelet. Eran bastante escandalosas, opinaban de todo y mostraban una presencia contundente. A Maura a veces le parecía chocantes sus expresiones, pero apreciaba su sinceridad. La pureza como virtud era mencionada constantemente en aquellos tiempos, y para entonces Maura sabía cuán subjetivo era dicho juicio.

El enfoque moral del libro probablemente le resultó familiar a Maura, evocándole las enseñanzas que había escuchado repetidamente, tanto en la iglesia, como en otros espacios, acerca de la virtud, la pureza y la entrega absoluta que se esperaba de las mujeres. Por lo poco que le habían contado, es posible que su madre haya sido más como la mujer que describía Michelet, tan entregada y delicada que nunca dejó huella, concluiría Maura.

Pero Maura no era como Merced, no era una Rubio, era una Ogazon. Cerró el libro, y pensó era obvio que el autor nunca había conocido a ninguna de ellas.

---

[511] Al final del tomo, Michelet desarrolla los supuestos fundamentos científicos, como los recientes estudios de “ovología” o las observaciones de veterinarios, con los que intenta reivindicar a la mujer al demostrar que la sangre menstrual no era impura como se creía.

La mirada del artista

> *Las musas son pasivas, por lo tanto pasadas de moda… Las musas no eligen ser musas; son elegidas… La musa es solo un hombre que habla a través de una mujer, no la mujer misma. Lo que los artistas masculinos llaman Mujer es un constructo diseñado para mantener a las mujeres en su lugar.*
>
> **Arlene Croce**[512]

A Maura Ogazon, la historia (por definición patriarcal) la ha reducido a la figura de "musa": pasiva, elegida y confinada a dicho lugar. Esta concepción, tan vinculada a las nociones románticas de la mujer, resuena con la interpretación de Maura como símbolo de belleza e inspiración, pero limitada por los ojos de los hombres que la idealizaron y construyeron (o destruyeron).

Para Altamirano "la aurora del amor" era el deseo[513] y a él le gustaba bañarse de esa dolorosa y punzante, aunque gozosa, expectativa. No era un seductor, sino más bien una especie de colibrí que se embelesaba con su interpretación romántica de la libertad femenina. Volaba de flor en flor, sin comprometerse ni complicarse, tan solo absorbiendo la experiencia de sentirse atraído al dulce jarabe, sin beberlo, para luego revivir las emociones por escrito, y vaciarlas en sus relatos. Se protegía en su posición de hombre casado,

---

[512] Citado por Francine Prose en *Lives of Muses,* pág. 300. Traducción de la autora.

[513] Altamirano, I. M. *Obra Literaria,* pág. 339

pero era asiduo admirador y visitante de actrices y otras damas a las que se refiere en sus diarios. La irresistible atracción que sentía por las mujeres libres estaba más relacionada con su deseo de mantener su propia libertad que con una genuina comprensión de la autonomía femenina. Con su "timidez rústica" y su constante idealización de lo inalcanzable, Ignacio Manuel, se nutría de amores imposibles, que le servían de inspiración. Era mucho más fácil moldear a la mujer ideal en su ficción, que moldear su ficción a la realidad de las mujeres: "mujeres como ella no esperan, se adelantan; no se conceden, permiten… Eso está muy conforme con su naturaleza de reinas".[514]

Maura ocupa un lugar especial en el imaginario de Altamirano, pero su libertad, aunque admirada, queda teñida por la misma idealización que la reduce a un objeto de deseo, en lugar de reconocerla como una persona compleja. Releyendo sus breves novelas *Clemencia* y *Julia*", y la inacabada *Atenea*, encontramos que las tres protagonistas tienen cierta "independencia de carácter" que les permite ignorar las calumnias y "el qué dirán". Como ejemplo, Clemencia afirma que en Guadalajara se le acusaba de coqueta, pero, le dice a Valle —*alter ego* de Altamirano—: "no encontrará usted a nadie que pueda asegurar que ha obtenido de mí ninguna prueba de afecto",[515] dando a entender que se ha mantenido pura a pesar de lo que afirman de ella. Por su parte, Julia se define a sí misma como

[514] *Ibídem,* pág. 227

[515] *Ibídem,* pág. 236

impetuosa, pero firme: “Soy de esas mujeres excepcionales que no necesitan de su familia para defender su virtud, porque les basta su dignidad. Soy de esas mujeres que piden, para vivir tranquilas, la aprobación de su conciencia y que desprecian lo demás”.[516]

El enamorado de Julia parece hacer eco a las mismas palabras que usó Ignacio Manuel en sus diarios al referirse a Maura: “…era la mujer de mis sueños… mi ideal… Una belleza poética y majestuosa; una inteligencia magnífica y elevada; un corazón ardiente y resuelto”.[517] Altamirano sin duda admiraba la originalidad y resolución de Maura pero, sobre todo, esa franqueza que la hacía “incapaz de velar sus sentimientos. Esta última cualidad la hacía más adorable aún, porque la alejaba de esa pobre y vulgar coquetería que obliga a las mujeres a fingir una amabilidad que no tienen, y también de esa reserva gazmoña y antipática que las obliga a ocultar sus afectos bajo una máscara de nieve”.[518]

Altamirano percibía también que “en el fondo de su carácter” había una “dulce y sublime tristeza, eterna compañera de las almas elevadas y de las naturalezas enérgicas”.[519] Es probable que no solo hable de Maura, y que en los personajes que describió haya mezclado

---

[516] *Ibídem,* pág. 67

[517] *Ibídem,* pág. 69

[518] *Ibídem*

[519] *Ibídem,* pág. 70

las distintas virtudes que encontró en ella y en las mujeres que admiraba y frecuentaba, aunque de ninguna se expresa en sus diarios como lo hace de la tapatía de “labios de granada”.[520]

Maura ya no quería ser vista. Quería ser entendida.

El hombre colibrí

El corazón es como el diablo, sólo existe en las leyendas.

Altamirano[521]

En 1870, Maura todavía ocupaba el rol de mujer ideal, y quizá prueba de ello sea que Altamirano en ningún momento menciona, reflexiona o se refiere a su viudez. Aunque la haya mirado de manera muy distinta a como la miró en Guadalajara, tres años antes, cuando supuestamente se conocieron, Maura seguía siendo la hermana del magistrado Ogazon, razón suficiente para mantener su distancia. Esa misma distancia era la manera perfecta de mantener viva la ilusión. A Altamirano le bastaba con revolotear en la cercanía, como colibrí, contenido, deseándola.

En la tradición romántica, “las aves en general tenían una vinculación semántica con la pasión que un hombre sentía hacia una mujer [y eran] frecuentes las alusiones

[520] *Ibídem,* pág. 407

[521] *Ibídem,* pág. 205

literarias al respecto".[522] Un ejemplo es el personaje apellidado Flores*,* en la ya mencionada *Clemencia.* El guapo militar era como un ave que no tenía reparos en succionar de cualquier cáliz que se prestara (¿y qué flor puede defenderse del pájaro?).[523] El otro ejemplo son dos obras que exhibió el pintor y amigo de Sagredo, Manuel Ocaranza, en la Escuela Nacional de Bellas Artes. La publicación de *Clemencia* y la exhibición de las pinturas sucedieron en el mismo año de 1869 y muestran, en dos ámbitos artísticos distintos, la visión de la mujer que compartían la mayoría de los intelectuales.

Los cuadros a los que me refiero son *El amor del colibrí* y *La flor muerta.* En ambos, Ocaranza retrató a una bella mujer frente a una azucena. En *El amor del colibrí*, la joven, con expresión de inquietante inocencia, observa a un colibrí alimentándose de la flor. En *La flor muerta*, la joven —no es la misma, pero podrían serlo— mira asustada la azucena que cuelga, casi arrancada de su tallo. Las dos mujeres parecen todavía esperanzandas a pesar, o quizás a razón, de seguir creyendo el mismo engaño. Habrá que recordar que las azucenas —o lirios— simbolizaban pureza, amor sincero y eterno, y virginidad.[524] Ocaranza entonces

---

[522] Gámez de León, Tania. *Rostro reflejado ante un espejo. Manuel Ocaranza, pintor 1841-1882*, pág.69

[523] Considerando además que, de acuerdo a la RAE, la segunda acepción para "pájaro" es la de una persona astuta y con muy pocos escrúpulos: un cuco, un cócora. un ladino, un taimado.

[524] En general, las flores también simbolizaban maternidad e iluminación espiritual, y los pájaros, cualidades aspiracionales, como la elevación, la ascensión, la ligereza, la pureza y el predominio del espíritu sobre la materia.

retrata a las mujeres vestidas de blanco, aludiendo a su virginal inocencia, ambas etéreas e inalcanzables, como las azucenas, flores vanas de belleza efímera, atadas a un tallo que es su único sostén, en apariencia inamovibles, pero que en realidad pueden ser arrancadas con el mínimo esfuerzo. Esto refuerza la visión que los hombres del tiempo sentían: querían que la mujer fuera libre, pero no sabían cómo enfrentar la paradoja de desear esa libertad mientras perpetuaban estructuras que la restringían. El romanticismo "ostentaba una particular atracción por la tragedia; siempre había una situación que impedía la realización de un estado ideal, de ahí que las mujeres románticas no pertenecían al mismo mundo que el amante".[525]

Tanto Altamirano como Ocaranza evocaban "una sensación de nostalgia", pero se basaban en experiencias reales, lo cual ayudaba al público a conectarse con sus obras. "Ocaranza trasladó a sus pinturas la diversidad de ideas que confluían en su época, y tal vez debido a la asimilación de este escenario social, el pintor constantemente expresaba dualidades contrastantes pero, al mismo tiempo, armónicas".[526] Retrató, quizá de manera inconsciente, la tragedia de la mujer atrapada entre la pureza idealizada y la deshumanización.

Ocaranza, Altamirano, Pamplona, Sagredo, ¿se sentirían atraídos por estas mujeres que intentaban ser

[525] Gámez de León, Tania. *Ibídem,* pág.77

[526] *Ibídem*, pág. 88

libres, pero que la sociedad las aplastaba? Seguramente, aunque no pudieran expresarlo abiertamente. Abogaban por la libertad de las mujeres, aunque solo fuese para tranquilizar su culpabilidad ante su propia transgresión de las regulaciones morales.

Pero, la mayoría de los hombres liberales y supuestamente modernos, aunque empatizaran con, o les preocupase, la falta de derechos de las mujeres, al final del día, no cuestionaban la prostitución, ni otras formas de explotación, a menos que afectaran sus negocios o su reputación. La revolución y el cambio estaban enfocados en la realidad de los hombres, y ni siquiera de todos ellos.[527] Había resultado triunfante la República, pero en su fundamento yacían todavía ideas paternalistas y enajenantes que negaban a la mujer, a los indios, y a los indigentes sin educación, y los condenaban a una vida de dependencia e infancia obligatoria. Pocos se cuestionaron su posición privilegiada como hombres educados, ni por qué eso les otorgaba derechos distintos. Incluso la ciencia médica reforzaba los mitos de la debilidad de la mujer ("enferma" cada 28 días, ¿cómo imaginarla en alguna posición de mando, derramando sangre por doquier?).

De alguna manera, de ser vistas como niñas débiles e inocentes, delicadas flores que necesitan protección, en un parpadeo, las mujeres pasaban a ser consideradas malvadas hechiceras, capaces de envenenar a los hombres. Resulta obvio que la idealización de las

[527] La mayoría carecía de derechos. Por ejemplo, tenías que saber leer y escribir y tener un ingreso para poder votar y ser votado.

mujeres no ayudó a los hombres a comprenderlas verdaderamente, ni a enfrentarse a su propia realidad.

Quién sabe cómo habrá sido Ramón Sagredo antes de casarse o de enamorarse de Maura. En cambio, de Altamirano sabemos un poco más. Es probable que hubiera podido tener más mujeres de lo que él hubiera imaginado, pero no tenía la seguridad propia para sentirse convencido de ello. ¿Les temía? Con las mujeres perdía el aplomo que sí tenía cuando escribía, cualquier cosa, fuese un artículo o un discurso. Ahí no sentía dudas, ni le fallaban las piernas y lo mismo cuando subía a tribuna en el congreso. Pero si recibía la atención de una mujer como Maura, por quien él se sentía tan atraído, simplemente no sabía cómo aplacar su deseo mas que intentando arrancarle su poder. No solo no las podía entender, tan solo las podía poseer a través de su literatura. Como colibrí, Ignacio Manuel picoteaba con sus palabras y poesía, pero de inmediato volaba a otro lado a saborear la posibilidad de otros sabores, sin él comprometerse. Era una especie de mirón, y le bastaba con sorber una gotita derramada sobre uno de sus pétalos para sentirse colmado.

Un año después de la muerte de Sagredo, Manuel Ocaranza terminó un cuadro muy particular, titulado, *Travesuras del amor*.[528] Se trata de un niño desnudo y alado, de apariencia femenina, recargado contra una silla de patas muy ornamentadas. El cuadro captura el momento en que el malicioso cupido está dejando caer

[528] Óleo sobre tela de 142 centímetros de altura y un metro de ancho, forma parte de la colección permanente del Museo Nacional de Arte de la Ciudad de México.

unas gotas de veneno sobre una blanca rosa que sostiene en su mano izquierda. Detrás suyo hay un mueble en el que se encuentra el libro *El arte de amar,* de Ovidio, además de objetos y detalles que se relacionan simbólicamente a la hechicería, la seducción y el engaño.

Entre los griegos, Cupido era conocido como Eros, el dios del amor, un adolescente alado que, en manos de los artistas, fue transformándose en un niño pequeño a quien le agregaron un arco y una flecha. En *Travesuras del amor*, un ornamentado arco destensado y una flecha yacen sobre el piso, ignorados por el Cupido. A sus espaldas carga con un montón de flechas, listas para ser lanzadas, pero el pícaro alado ha optado por un arma más letal. La botellita de donde vierte el líquido veneno recuerda a los frascos que contenían el láudano de las boticas.

No dudo que Ocaranza supiera de “los escándalos” de Maura, dado que, gracias a sus diarios, Altamirano nos ha demostrado que a los hombres también les apasiona el chisme. Supuestos amigos de Sagredo u otros artistas e intelectuales, incluyendo a Ignacio Manuel, le habrán relatado a Ocaranza toda clase de menudencias, ciertas e inventadas. Estos hombres “románticos”, vistos a la distancia de más de un siglo, en realidad eran producto de una sociedad inmadura que no había desarrollado una conciencia sobre la condición jurídica y educativa de la mujer, no solo desigual, sino sumamente injusta. La idealización romántica de la mujer no es un acto de admiración, sino

una distorsión. Al final, la mujer real nunca podrá coincidir con esa imagen perfecta, y la violencia inherente a esa contradicción es lo que las mujeres, como Maura, debieron soportar.

Una situación similar sucedió un par de años después, en México, cuando el poeta Manuel Acuña, a los pocos días de conocer a la bella Rosario de la Peña, le declaró su amor. Ella, al igual que supuestamente hizo Maura con Sagredo, no le dio un "no" rotundo, alimentando así sus esperanzas. Poco después, ella se enteraría de las andanzas del pícaro de Acuña, dándole razones para rechazarlo.

Llevando al extremo el romance shakespeariano, Acuña le propuso a Rosario beber cianuro con él. Esta anécdota inevitablemente me recuerda a aquella otra que se cuenta —en diversas versiones y con distintos detalles— sobre Maura, en la que su "novio calavera" le propuso suicidarse.[529] Rosario, a diferencia de Maura, no era bromista ni impulsiva, pero eso no la eximió de ser acusada de egoísmo

Curiosamente, a pesar de haber sido el mismo Altamirano quien le relató a Rosario que Acuña tenía otras queridas, al comunicarle su suicidio, lo hizo con un tono de reproche, insinuando que su rechazo había provocado la tragedia. Como en el caso de Maura, la culpa recayó en la mujer, sin importar las acciones ni las faltas del hombre. Este patrón, tan arraigado en la sociedad de la época, mostraba cómo el poder que los

[529] Ver capítulo "El novio calavera" en al Libro 1, pág. 252 de esta obra.

hombres atribuían a “mujeres como ellas” se volvía un arma de doble filo: primero las idealizaban como musas o símbolos de perfección, y luego las culpaban como responsables de su propia desgracia. La musa inspiraba, es decir, daba el soplo de vida, pero también te lo arrebataba.

Tanto Maura como Rosario enfrentaron este juicio, en un contexto donde los hombres, a pesar de sus errores, eran rápidamente exonerados, mientras ellas cargaban con el peso de las expectativas y la condena social. El veneno del amor que pintó Ocaranza, en realidad provenía de esa maraña de ideas no examinadas, y de su limitada y limitante concepción de la mujer.

Rosario nunca se casó ni se dejó amedrentar por las habladurías, pero la realidad era que, en las clases más pobres y desprotegidas —que constituían la mayoría de la población—, hubo decenas de mujeres desconocidas que, por razones diversas, vivían sin casarse y bajo un juicio constante. Para esas mujeres, la supervivencia implicaba superar carencias y violencias aún más visibles y brutales. De ellas solo tenemos unas cuantas historias y algunas estadísticas. Sería acertado afirmar que esas obsesiones con colibríes y azucenas eran distracciones propias de “los de arriba”, los leídos, los “cultivados”. La mirada de los artistas rara vez alcanzaba a conectar con las realidades socioeconómicas más complejas de la época.

Antes de llegar a la edad del arrepentimiento, el romántico Altamirano tuvo que pasar por el desencanto

como única forma de sanar su dolorido corazón. La figura de Maura como mujer ideal no podía evitar verse enfrentada a una realidad incómoda: la mujer real nunca cumple con las expectativas de los hombres. O es demasiado libre o demasiado pura, o demasiado irreal: un fantasma.

No fue capaz de comprender los matices femeninos y, en su escritura, siguió representando a las mujeres a través del lente de la poesía y la literatura, no de la vida cotidiana.

Altamirano quedó atrapado en su propia idealización. Nunca entendió a Maura. Solo la sorbió. Y voló.

¿Caída (o) libre?

> *¿O es que ya caída podía despertar entonces la simpatía paternalista y los sentimientos de compasión de la mirada masculina? ¿O se le representa más hermosa que su coqueta y veleidosa pareja, porque ya caída la posibilidad de poseerla se incrementa?*
>
> **Velázquez Guadarrama[530]**

Cuando la mujer "caía" —es decir, cuando era seducida y se convertía en "la amante de…"— dejaba de ser vista como un ser etéreo para volverse terrenal. Poco se podía hacer con un tallo roto, como en el cuadro de Ocaranza. ¿Cómo podría la flor ser libre después de haber sido arrancada? La mujer no era como el ave,

[530] Velázquez Guadarrama, Angélica. "Castas o marchitas 'El amor del colibrí' y 'La flor muerta' de Manuel Ocaranza", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, pág.157

que podía volar; ella no tenía escape. Ya no se la consideraba un ser vulnerable que requería la protección de un dedicado jardinero. Ya no merecía buena tierra o una hermosa maceta con sol, ni mucho menos la promesa de una vida matrimonial perfecta como la que proponía Michelet en su libro.

Mientras vivió en San Francisco, Maura fue testigo de una mayor libertad para las mujeres, aunque en el México católico todo eso era inconcebible. Las mujeres estaban obligadas a cultivar su pureza como virtud indispensable. Pero, ¿cómo describir la pureza de una viuda? Ser viuda no era lo mismo que ser mujer "caída", aunque, al perder la virginidad, cabe suponer que los hombres te miraran y abordaran de manera distinta. Para una viuda, la pureza ya no se definía por la virginidad, sino por la castidad. Pero también por las apariencias. Como viuda, Maura descubriría que podía ser un poco más atrevida, pues sus hermanos varones no la controlaban como cuando era soltera. Las mujeres adineradas, o sin familiares que las subordinaran, podían ser medianamente libres, aunque incluso ellas debían mantener su vida sexual en la privacidad de su esfera social. Si las veían actuar con demasiada libertad, pronto se les acusaba de lujuriosas, colocándolas así en el extremo opuesto, como le sucedió a Maura.

Aunque la mayoría de las veces era por necesidad que las mujeres se convertían en "queridas", "mantenidas" o, abiertamente, en trabajadoras sexuales, había aquéllas que lo hacían por un deseo de liberación. Las mujeres

enfrentaban limitaciones severas, aún si seguían las normas sociales. En su libro *Las Cortesanas: un catálogo de sus virtudes,* Susan Griffin —ensayista nominada al premio Pulitzer— analiza las siete virtudes comunes entre las cortesanas más famosas de la historia.[531] Algunas fueron consideradas musas, pero todas fueron vistas como mujeres "caídas", aún si ellas se consideraban libres. Y lo eran, si se las compara con las demás mujeres y lo restrictivas que eran las normas sociales de su tiempo. Para ellas, la pureza ya no tenía importancia. Sin embargo, como señala Griffin, "la idea de la pureza femenina siempre ha tenido implicaciones eróticas", pues el deseo "no se limita a la inocencia, sino también a la renovación espiritual que se asocia a un cuerpo casto. En definitiva, los dos extremos, lujuria y castidad, se pertenecen mutuamente. El uno implica la existencia del otro".[532] Esta dualidad, tan distante en la teoría, parece haber moldeado la experiencia de Maura como viuda en su contexto social. El final del luto y la ausencia de una figura masculina que la controlara le permitiría desplegar virtudes que antes habían estado medianamente restringidas. Maura poseía la mayoría de las virtudes que Griffin describe en su libro, aunque de manera contenida y adaptada a su contexto.

Por ejemplo, Maura ciertamente dominaba "el sentido de la oportunidad" y sabía cómo, cuándo y seguramente hasta dónde, practicar el coqueteo. Coquetear no solo

---

[531] Dichas virtudes, de acuerdo a Griffin, son: encanto, gracia, alegría, brillantez, descaro, belleza, y un sentido de la oportunidad.

[532] Griffin, Susan. *Ibídem,* pág.170

era una habilidad cultivada desde la infancia en las mujeres, sino un instrumento esencial de poder social. En las clases altas era casi una necesidad, una habilidad que Maura perfeccionó para adaptarse y manejar las expectativas que recaían sobre ella.

Aunque era lo suficientemente bella como para no depender únicamente del coqueteo, esto no le impidió afinar "el arte de la sugerencia". Todos sabemos que la belleza física es efímera; no solo es el paso del tiempo lo que nos lo recuerda, sino las propias madres y abuelas, esos espejos del futuro.

La intimidad era su arte y, al igual que el pintor, como modelo, y musa, Maura sabía crear de sí misma "una composición emotiva con algunos elementos verdaderos".[533]

Cuando Griffin describe la belleza de ciertas cortesanas, bien podría haber estado hablando de Maura y de los pintores que la retrataron en su juventud: "Sin duda se trataba de una cualidad que poseía la retratada. Una cierta honestidad. Se detecta en la complejidad de la presencia que el pintor supo captar… Y sin embargo, incluso esa presencia… no está libre de artificio".[534] La belleza natural no solo necesita ser construida y resaltada, sino que alcanza su máximo no gracias a la ropa o los accesorios, sino a través de la sugerencia. La capacidad de insinuar sin revelar era probablemente lo que fascinaba a los pintores e intelectuales que

---

[533] *Ibídem*, pág.86

[534] *Ibídem*

conocieron a Maura. Su sofisticación era única, capaz de equilibrar la belleza natural con una sutileza que pocas mujeres en México igualaban. Tal como Julián lo dijo de Julia, en el relato de Altamirano, Maura era una "mujer superior".[535] De joven, Maura experimentó el rechazo social, en parte debido a las políticas anticlericales de su hermano el gobernador, pero también por los escándalos que se amplificaron en voz de los mal intencionados y envidiosos. A raíz de estas experiencias, es probable que haya desarrollado lo que podríamos llamar "un cierto descaro".[536] Aunque forzada, una soledad bien llevada "se revela como productora de nuevas ideas"[537] y Maura era muestra resiliente de ello.

Ciertamente, era brillante. "Proyectaba libremente sus percepciones hacia dominios que, se suponía, las damas de buena cuna debían ignorar".[538] Maura no podía evitar dejar entrever esa chispa tan particular, "como si poseyera dentro de sí una poderosa fuente de luz que emanaba no sólo de su belleza, sino también de lo que ella sabía… su brillantez no se ocultaba ni se veía limitada". Quizás por eso en Guadalajara aún la recuerdan como el "alma de la fiesta". La alegría de vivir que irradiaba era genuina y contagiosa. Por algo los griegos creían que el aire de la risa se elevaba hasta el

---

[535] Altamirano, I. M. *Obra Literaria,* pág. 60

[536] Griffin, Susan. *Ibídem,* pág. 93-4

[537] *Ibídem*

[538] *Ibídem*, pág.109-110

cielo y que, al hacerlo, el alma se volvía inmortal.[539]

Bromista e ingeniosa, sin duda generaba una atracción inevitable para los modernos e ilustrados románticos que la conocieron. Es probable también que con su atrevimiento Maura provocara una excitación en sus admiradores, quienes, al sentirse rechazados, respondieran acusándola de haberles hecho un desplante, como sucedió con más de uno. Su encanto no era suficiente para apaciguar las lenguas viperinas. Esto contribuyó a la construcción de su "manchada" reputación, aunque la mayoría de las acusaciones fueran infundadas. A pesar de ello, Maura supo equilibrar su gracia natural, adaptándose a las expectativas de una sociedad tan injusta y exigente con el "sexo débil".

Aunque Maura parecía sentirse atraída por bohemios y artistas, eso no quiere decir que no fuese consciente de que tanto Altamirano como Sagredo tenían una familia que sostener y una renta que pagar, y que a ninguno de los dos les habría alcanzado ni en sueños para mantenerla como amante. Para Maura, no se trataba de "atraparlos" bajo el hechizo de la seducción ni que quisiera "dejarse picotear" por un persistente colibrí. Maura era codiciosa de la vida, pero no lujuriosa; deseaba experimentar, pero no de esa manera. Elegir amar sin ataduras requería una pasión arrebatadora o una compensación material que lo justificara. En ambos casos, las consecuencias de una decisión como esa eran abismales. Luego de todo lo que habían vivido juntos, no imagino a Maura alejándose de sus hermanos o cortando

[539] *Ibídem*, pág. 52

los lazos con Pedro, solo por escapar y vivir una aventura sexual. Porque de haberlo hecho, habría tenido que romper con su familia. Ni su educación ni su historia de vida la habían predispuesto a seguir sus pasiones con desenfreno. Su crianza, rígida y fundamentada en la contención de los impulsos, la hacía más cercana a la disciplina protestante que a la católica. Aunque hubiera poseído todas las virtudes necesarias para ser una exitosa cortesana, mantenerse en esa profesión habría sido un desafío agotador. Una decisión así implicaba enfrentarse a una vida difícil. De haber optado por ese camino, habría tenido que ser una verdadera apasionada por su libertad o no haber tenido opción alguna.

Maura era una mujer que apreciaba el arte, conocía secretos ajenos y sabía lo que se esperaba de ella en cuanto a su presentación, vestimenta y comportamiento moral. Durante su juventud, había marcado la pauta en la moda de su ciudad natal, pero jamás cayó en el descaro absoluto ni fue una seductora, como la acusaron en ocasiones.

Al describirla como “comedianta” cuando supo que Maura lloró durante el entierro de Sagredo, Altamirano demostró compartir un prejuicio profundamente machista. A fin de cuentas, él mismo reconocía que el suyo era un corazón impuro. En su matrimonio, Altamirano era experto en el juego de la simulación. Aún así, no fue capaz de apreciar la habilidad de Maura para navegar las tensiones sociales que enfrentaba, viéndola solo desde su perspectiva superficial, de hombre resentido.

Por otra parte, aunque en momentos mostraba audacia, a Maura le faltaba la "exagerada autoestima"[540] y la "extraordinaria voluntad"[541] necesarias para ignorar o enfrentar las humillaciones que se habrían acumulado si hubiera decidido convertirse en la concubina de hombres casados, como Altamirano o Sagredo. Además, en una ciudad como México, con cientos de doncellas más bellas, jóvenes, coquetas y libres que ella, la competencia era feroz. A pesar de su adaptabilidad, se acercaba a los treinta años, y sus sueños de independencia y libertad se habían ido estrechando con el peso de las circunstancias.

Era consciente de lo que implicaba una vida de transgresión.Su único consuelo era que el destino no la estaba forzando a seguirla.

El desencanto de Altamirano

> *El amor es como el vómito —se cura la primera vez y no vuelve a atacar nunca.*
>
> **Ignacio M. Altamirano[542]**

Hacia el final de su vida, en su exilio en Italia, casi veinte años después de sus encuentros con Maura en La Alameda, Ignacio Manuel tuvo la claridad para escribir que el amor ideal, como sentimiento "casto" e

---

[540] Griffin, Susan. *Ibídem,* pág. 105

[541] *Ibídem,* pág. 99

[542] Altamirano, Manuel I. *Obra Literaria,* pág. 102

“inefable”, era una gran aspiración, pero que en realidad, “el amor vive de los sentidos, ellos suministran su savia al árbol; ellos soplan el fuego de la hoguera. Sin ellos, el árbol se seca y la llama se extingue… el amor no puede ser más que sensual”.[543] En estas palabras se refleja una madurez emocional que contrasta radicalmente con los ideales románticos que marcaron su juventud. Altamirano parecía haber puesto los pies sobre la tierra, forzado quizás por sus caídas emocionales o sus circunstancias.

Pero en los setenta, todavía no alcanzaba esta madurez, tal como lo refleja el protagonista de *Julia* afirma estar seguro de que ella lo odia mortalmente, pero que él ni la amaba ni la aborrecía. Dicha reflexión parece resonar con el diálogo que Altamirano tuvo alguna vez con la inalcanzable Maura.

—Le estoy agradecido porque me curó en mis primeros años de esa horrible enfermedad del amor que acosa mucho en la edad madura —Altamirano concluye en voz del desilusionado Julián.

Esta afirmación nos remite a la nota de pie de página que Ignacio Manuel añadió en su diario el 16 de noviembre de 1871: “Tengo momentos de estupidez en que suelo tomar, como *Yxion*, *á* una nube por la diosa Juno. Hoy me dan vergüenza estos renglones”.[544] Para cuando escribió esto, Maura ya llevaba ocho meses de casada y casi cuatro embarazada, aunque Altamiran no

---

[543] *Ibídem,* pág. 620

[544] Ortografía de Yxión tal como la escribió Altamirano en sus *Diarios,* pág. 82

lo menciona. No había vuelto a nombrarla en sus diarios desde hacía un año, cuando la había descrito como “la mujer tanto tiempo soñada”, a quien incluso había prometido dedicarle su novelita. Ahora se encontraba reconociendo su propia estupidez. Para él, las mujeres siempre fueron musas de alturas imposibles y era así que había alimentado su obra literaria. Al anotar en su diario su error y desencanto, es probable que lo hiciera que atisbara a Maura tal como era.

Considerando sus altibajos de ánimo y salud, tampoco sorprende que Altamirano se sintiera como Ixión[545], condenado a girar eternamente con la rueda de su destino, cumpliendo una penitencia perpetua. Pero, a diferencia del rey transgresor, Altamirano se sentía un cobarde incapaz de enfrentar su propia condena. Es curiosa la referencia a Ixión, pues su historia incluye a Hera, uno de los personajes que se piensa representa la figura para la que Maura posó en 1861 en Guadalajara. También llama la atención que para su última e inacabada novela Altamirano haya elegido el título de *Atenea*.[546]

El relato de *Atenea* tiene lugar en la mítica Venecia, donde Ignacio Manuel crea una historia de amor protagonizada por una figura femenina —una vez más, idealizada— que buscaba expresar su independencia emocional y no

---

[545] Ixión fue rey de Tesalia y personaje de la mitología griega, Intentó violar a la esposa del poderoso y bien informado de Zeus, quien entonces transformó una nube en una etérea copia de Hera (Juno, en la mitología romana) para que copulase con Ixión. Cuando Ixión no mostró arrepentimiento, Zeus lo mató de un rayo, ordenó que lo ataran de pies y manos a una rueda ardiente, y lo condenó a girar en el fondo de la tierra por toda la eternidad.

[546] El Templo de Atenas está ligado a la figura de Maura retratada en 1861 en el techo del Teatro Degollado, en Guadalajara. Ver pág. 88 de esta obra.

quería ser definida por sus relaciones con los hombres, manteniendo así un sentido de pureza y autonomía. ¿No era eso lo que había deslumbrado al guerrerense cuando conoció a la tapatía veinte años atrás? Cuando Beatriz habla sobre el amor idealizado, tal vez en él hacían eco las respuestas que Maura le había dado, si es que alguna vez él fue directo y le expresó lo que realmente sentía por ella, o quizás solamente alcanzó a imaginar lo que ella le habría respondido. Si tan solo él se hubiera atrevido…

Se percibe también cierto tono de arrepentimiento cuando el personaje Jorge le dice a la bella e inalcanzable mujer: "¿Qué cosa es el amor ideal, Atenea? Si es un amor que nace y se desarrolla en el cerebro, todo amor es ideal. Si sólo debe darse este nombre al amor que en el estilo místico se llama puro, y que por una abstracción incomprensible se desliga de los sentidos, entonces el amor ideal es una quimera, cuando no una locura… Se necesitaría no ser humano para creerlo realizable".[547] Esta perspectiva del personaje pareciera indicar que el colibrí había cambiado de plumaje, y que el autor reconocía su propia tendencia a la idealización y aceptaba por fin que el amor debía descender al ámbito de lo humano y carnal para ser verdadero: "Posesión en el amor, es la conciencia de ser correspondido, y de haber fundido en otra alma los sentimientos de la nuestra",[548] afirmaría Jorge, quien, sin saberlo, se había enamorado de un fantasma.

Es natural que con la distancia de los años y desde su

---

[547] Altamirano, I. M. *Ibídem,* pág. 617

[548] *Ibídem,* pág. 619

exilio en Italia,[549] a Altamirano le pareciera que la llama de su amor por Maura se había apagado al quedar su árbol sin savia, y su fuego, sin madera. El siempre inseguro Altamirano había navegado más cómodamente en la noción romántica de los hombres, no como activos agresores y cazadores, sino como presas de sus pasiones y víctimas del engaño de "las comediantas". En sus propias palabras, la quimera de la castidad había "producido extrañas aberraciones y… dado lugar a no pocos errores".[550]

En este pensamiento, Altamirano parece aceptar la fragilidad de sus ilusiones pasadas. También hace pensar que, en el ocaso de su vida, uno de sus más caros lamentos fue el no haberse "fundido" en Maura, quien quedaría atrapada en su imaginario, y él, en su frustración y admiración, se mantendría por el resto de su vida incapaz de verla como la mujer real que fue.

Nunca estuvo en sus cartas. Altamirano fue víctima de su tiempo, pero sobre todo, de sí mismo. Su debilidad fue esa ceguera que, embadurnada de una culpa opaca, no le permitía asumir su propia participación en esos "errores". Quizás por eso no logró terminar el relato, pues aunque intentó hacer una crítica de la idealización del amor, irónicamente, no fue capaz de analizarse a sí mismo ni de ver en sus acciones el reflejo de una sociedad patriarcal que construía y fortalecía al máximo estas ilusiones. Ignacio Manuel acabó creando, de nuevo, un personaje

---

[549] Altamirano escribe el esbozo de *Atenea* en 1889, ya en Italia, donde finalmente muere tres años más tarde, sin dar fin al relato.

[550] Altamirano, I. M. *Ibídem,* pág. 617

femenino incomprensible e inalcanzable. Su debilidad e incapacidad para ver a Maura tal como ella era, eran suficientes razones para no enamorarse de él.

Ella nunca entendió la timorata inmadurez de Altamirano.

Y él nunca entendió por qué Maura nunca habría sido suya.

Maura escucha consejo

> *…ese amor del alma, casto e inefable, existe como sentimiento, cualquiera que sea la clasificación psicológica que se le atribuya, y como principio. Pero hacer consistir en él toda la aspiración del alma y todo el objeto de la existencia, es una utopía.*
>
> **Ignacio M. Altamirano**[551]

Es probable que, después de la experiencia con Sagredo, Maura perdiera el gusto por posar o ser retratada. Al menos, hasta hoy no se han localizado fotografías o cuadros posteriores a la imagen de Maura con el perro, capturada por Octaviano de la Mora.

Maura siguió siendo complaciente y coqueta con quienes lo merecían, y continuó cultivando su inteligencia, picardía y sentido del humor. Su transgresión no había sido tan grave ni su culpa tan pesada, una vez que cumplió su acto de contrición. La muerte de Sagredo no había sido un castigo, sino un aviso preventivo. Ya no podía seguir cometiendo los mismos errores. Sus

[551] *Ibídem,* pág. 618

responsabilidades eran muchas y no estaba dispuesta a renunciar a ninguna de ellas.

Necesitaba a un hombre que la supiera apreciar. Su hermano Pedro se lo dijo de manera muy directa.

Él no se había casado todavía. No había tenido ni el tiempo ni la disposición de hacerlo. Si se enamoró de joven o en algún otro momento de su vida anterior, nunca lo sabremos, ni tampoco lo que pensaba de "los escándalos" de su hermana. ¿La habría visto como una mujer débil que necesitaba ser guiada? No es difícil imaginar que se atreviera a juzgarla, pues, a fin de cuentas, él era el proveedor de la familia, y el patriarca. Aunque reconociera en ella su inteligencia y agudeza, sabía lo voluntariosa que podía ser. Seguramente sentía que su presencia era necesaria para que ella se ubicara en la vida y encontrara el hombre adecuado.

—Busca un marido que pueda mantenerlas y darles estabilidad, a ti y a Judith. Ella necesita un padre, y tú alguien en quien apoyarte —le aconsejaba Pedro.

—Prefiero uno que me quiera —le respondía Maura, a la defensiva, aunque sabía que su hermano tenía parte de razón.

—Busca un hombre que haga las dos cosas hermanita —le habría dicho Pedro, con algo de impaciencia, antes de añadir.

—Pero, por favor, olvídate de los guapos, los casados y sobre todo… ¡de los pintores!

1871

Los Mauricios son salados,
los Manueles, altaneros;
los Patricios, embusteros;
Y los Dionisios porfiados;
los Félix, enamorados;
los Anselmos, muy barberos;
los Pablos tratan primero
de engañar y no cumplir;
de leño podrá servir
el hombre más verdadero.

Anónimo[552]

Eduardo

No podemos ubicar en el mapa el primer encuentro entre Maura y Eduardo Santos Herrera, aunque sí el resto de sus vidas. Bien pudo haber sucedido en alguna tertulia a la que Pedro Ogazon —o algún otro de los hermanos— llegó acompañado de su hermana.

Cuando se lo presentaron, Maura probablemente no le prestó mucha atención. Había conocido ya a tantos hombres de diversas índoles: celosos, charlatanes, melosos y fatales; groseros y callejeros, inmundos e iracundos, insolentes y malcriados. Curiosamente, en la lista del espinel “Defectos de los hombres sacados por

[552] Fragmento de “Defectos de los hombres sacados por las mujeres”, en Mendoza, Vicente T. *Glosas y décimas de México*, pág. 283

las mujeres",[553] se nombra a los Antonios, a los Ramones y a muchos otros, pero no a los Eduardos.

Ella lo miraba con disimulo, evaluándolo de forma sutil y comparándolo inconscientemente con los hombres de su pasado. Eduardo, por su parte, no se resguardaba: se acercaba a hablar con Maura cada vez que tenía la oportunidad. Esa noche, la tensión sexual entre ellos fue innegable. Intentaron disimularla, pero Pedro la percibió enseguida.

Maura ya no era una jovencita, pero tampoco lo era Herrera. Nacido en 1832, le llevaba ocho años, pero, a diferencia de otros hombres que Maura había conocido, era un hombre moderno. Si bien mantenía ideales románticos, su mirada estaba desprovista de los fantasmas de un idealismo vacío. No cargaba con las imposibles expectativas que tanto daño causan a las relaciones, y en lugar de soñar con lo inalcanzable, apreciaba lo tangible. Quizá haya sido por su edad, su realidad, su experiencia de vida, su crianza, o una combinación de todo ello.

El abuelo paterno de Eduardo fue un comerciante sevillano que se estableció en el puerto de Veracruz.[554] Tras la guerra de independencia, durante la expulsión de los españoles, logró evitar el exilio gracias a sus conexiones y a una dispensa que solicitó alegando

---

[553] *Ibídem, págs.* 282-4

[554] No se sabe si estaba relacionado con la poderosa familia Herrera asentada en el norte del estado.

problemas de salud y su rol como jefe de familia.[555] Del padre de Eduardo, en cambio, solo se conoce su nombre. Por otra parte, se sabe que su madre, María Gutiérrez-Zamora, provenía de una familia de notable influencia política y su tío Manuel fue gobernador de Veracruz entre 1857 y 1861.

Desde joven, Eduardo tuvo acceso a una educación que le permitió dominar el inglés, el francés y el alemán, habilidades esenciales en el entorno cosmopolita de negociantes y viajeros que caracterizaba al Veracruz de la época. Provenir de una familia que entendía tanto de comercio como de política, le dio a Eduardo las herramientas necesarias para navegar las tensiones de un México en transformación. Esta capacidad de adaptación, se convirtió en una clave para prosperar, permitiéndole conectar fácilmente con personalidades diversas, como Maura, y desenvolverse exitosamente en múltiples profesiones. La misma influencia familiar que lo hacía actuar de manera pragmática también le brindó un profundo entendimiento de las complejidades de las relaciones sociales y cómo estas se entrelazaban con los negocios en el Veracruz de su tiempo.

La postura liberal de Eduardo se notaba firmemente arraigada, no solo por su vínculo familiar, sino también

---

[555] La expulsión de españoles se dio entre 1827 y 1828. Las certificaciones de enfermedad y buena conducta que presentó el abuelo de Eduardo fueron avaladas por el Administrador de Rentas del estado, D. Antonio Juille y Moreno, militar y político de Xalapa llamado Antonio Juille y Moreno, quien resaltó la honradez de Herrera, asegurando que jamás se había mezclado en asuntos políticos. Fuente: AGN. *Instituciones Gubernamentales. Gobernación Siglo XIX.* Expulsión de Españoles. (130) Volumen 34. Expediente 14, Fojas 280-288 y Volumen 35. Expediente 8. fojas 114-116. En: Blázquez Domínguez, Carmen. *Políticos y comerciantes en Veracruz y Xalapa 1827-1829*, págs. 125-126.

por sus acciones durante los momentos decisivos. Por ejemplo, mientras los franceses se apoderaban del país, Eduardo se destacó en su apoyo a la causa de la independencia, como cuando fue comisionado en la Junta Patriótica de Veracruz. Su entusiasmo por la libertad y la independencia se reflejaba en sus palabras, que fueron reproducidas en la prensa local: “Señor prefecto: os dirijo la palabra en el nombre de la R. Junta patriótica de esta ciudad: ella os felicita en este día, aniversario glorioso de la entrada del ejército trigarante en México, y hace votos sinceros porque, consolidándose la *nacion* y marchando con paso firme por la *via* de la paz y el progreso, no sean en lo futuro vanas palabras la Independencia y la Libertad de México".[556]

En mayo de 1858, D. Benito Juárez había establecido su gobierno en el puerto de Veracruz, donde residió durante tres años. No sorprende que Herrera le hubiera conocido entonces y que le sirviera de proveedor.[557] Años más tarde, en 1865, Juárez le escribió a su yerno, Santacilia, comentándole que había puesto en venta las acciones que había adquirido de Herrera pues estaban perdiendo su valor.[558] Santacilia y Juárez mantuvieron el contacto con Eduardo pues les servía de informante

---

[556] “Festividad del día 27”, *La Sociedad,* 27 de octubre de 1863, pág. 2

[557] En 1861, Eduardo S. Herrera y Cía recibió del licenciado Matías Romero, un pago por 2,300 pesos. Fuente: Romero, Matías. *Correspondencia de la legacion mexicana en Washington durante la intervencion extranjera 1860-1868,* pág. 362

[558] Las acciones a las que D. Benito Juárez se refería eran de la línea de ferrocarril de Veracruz a Medellín, de la que Eduardo fue activo promotor. Durante 1863, Eduardo S. Herrera aparece regularmente en el *Eco del Comercio* como miembro, comisionado, secretario e incluso director de la Junta de Accionistas.

sobre la situación política en el estado de Veracruz, al menos hasta que Herrera se mudó, pues para 1867, los *Anales del Ministerio de Fomento* indican que ya era residente de la Ciudad de México. Sin embargo, es probable que viajara constantemente entre la capital y su estado natal dado que se ocupaba no solo de los negocios de la familia, sino de los propios.[559] En las páginas dedicadas a Veracruz del *Directorio de Comercio de la República Mexicana* publicado en 1869 por Eugenia Maillefert, hay registro de unos almacenes pertenecientes a E. S. Herrera y Cía.

Eduardo no le habría contado a Maura todo esto el día en que se conocieron. Poco a poco ella se iría enterando de los detalles de su vida y carácter. Herrera había tenido experiencias similares y, a la vez, muy distintas a las de Maura y Pedro. Luego de haber sido munícipe en Veracruz y perdido en las elecciones del 67, no le quedaron muchos deseos de continuar por el camino de la política. Herrera habría preferido ser lo que hoy denominamos como *académico*: su pasión era la literatura, su traducción e interpretación.[560] Sin embargo, a Eduardo le tocó vivir en un país y en un momento histórico en el que las estructuras sociales y económicas estaban resquebrajadas y ser profesor universitario no ofrecía seguridad económica alguna. Su principal forma de generar ingreso siempre fueron el

[559] Su tío José, el único otro hermano del gobernador y de su madre, se suicidó en 1859 y Herrera pasó a ser uno de sus albaceas testamentarios. Fuente: Blázquez Domínguez, Carmen. *Veracruz: textos de su historia Tomo I,* pág.709

[560] En su nota luctuosa de 1907, la publicación *El Entreacto* describió a Eduardo como un “intelectual” (25 de mayo, 1907, pág. 4)

comercio y la negociación, aunque no dejó de ofrecer y ejercer sus servicios como traductor.

Gracias a su habilidad con los idiomas y a que era muy sociable, Eduardo tuvo éxito como representante legal, pues en esa profesión era importante el *don de gente*. No era bohemio ni buscaba una musa; tenía una vida relativamente estable, centrada en su trabajo y sus estudios. Y aunque, como buen veracruzano, seguramente disfrutaba de la música y el baile, su mirada práctica y moderna le impedía caer en los excesos de una vida ociosa y desordenada, tan común entre los artistas.

Herrera debió haber conocido a todo tipo de mujeres en sus años como estudiante en el extranjero, y probablemente tuvo amoríos con jóvenes educadas de aquellos países. Lo mismo habrá ocurrido en Veracruz, puerta de entrada al país, donde ciudadanos de todo el mundo llegaban y en sus cafés se escuchaban conversaciones en diversos idiomas. Eduardo se movía en ese ambiente como pez en el agua. Sin embargo, en la Ciudad de México no había conocido a ninguna mujer del calibre de Maura. El veracruzano quedó prendado de todas las virtudes que asomaban de la coqueta hermana del magistrado Ogazon.

A Maura, el liberalismo de Eduardo, su interés en el arte sin ser artista, y su habilidad para ganarse la vida, todos debieron haberle parecido aspectos favorables y atractivos. En su primer encuentro, ella le habrá mencionado que había viajado a Europa y vivido en San

Francisco. A él le gustó que ella no hablara de ello con presunción. Maura sabía de política, no temía dar sus opiniones y, al igual que él, odiaba la hipocresía de ese ambiente. Maura, además, le confió a Eduardo que le encantaban las novelas de Alexandre Dumas,[561] quizás queriendo ver qué reacción provocaba en él y así medirlo.

Es claro que Eduardo no solo se sintió físicamente atraído por la tapatía, debe haberlo cautivado su personalidad. Maura no solo vestía a la moda, y brillaba al conversar porque, además, sabía escuchar. Pero lo que seguramente acabó por conquistar al experimentado Herrera fue esa risa que Maura nunca contenía. Cuando bailaron por primera vez y él la hizo girar, sorprendiéndola con sus habilidades para el baile, fue en ese momento que la oyó reír con deleite, y él sintió su carcajada como un manantial de vida que emanaba de manera casi mágica e invisible y que, del mismo modo, lo empapaba.

Por su parte, Maura estudiaría al hombre que le acababan de presentar. No era particularmente guapo, pero algo en su porte y en su sonrisa le pareció sumamente agradable. No era la excitación que sintió con el encantador de Pamplona, aunque ambos hombres tenían en común el ser costeños y haber nacido en el mes de noviembre. Sin embargo, Eduardo

---

[561] Dumas fue autor de novelas de corte romántico-sentimental, "género al que se oponían un buen número de escritores y periodistas encargados de orientar, a través de la prensa, la educación y "el deber ser" femenino" (Velázquez Guadarrama, Angélica. *Ibídem*, pág. 142). En México, un tema de gran actualidad era "el terrible problema de la rehabilitación de la mujer manchada por una falta", según palabras de Altamirano (*Obras completas. Crónicas, tomo 3*, págs. 148-151)

se mostraba seguro y avanzado, tenía otro temple. Le parecería sólido, un cambio refrescante después de sus experiencias con los inestables artistas.

Si Eduardo había oído hablar de la joven Ogazon antes de su encuentro, y sabía de los escándalos a los que se refería Altamirano, es obvio que no les dio importancia alguna. Al igual que Maura, la madre de Eduardo había sido la hermana del gobernador, y él, su sobrino, así que debe haber estado acostumbrado a las habladurías. Le constaba de primera mano que la gente exageraba, y cuando no, inventaba. Haber sido sobrino del gobernador permitía a Eduardo comprender mejor que nadie las vivencias y el sentir de Maura respecto a su hermano Pedro. La lealtad que era necesaria al tiempo que se vivían las contradicciones y fricciones naturales de cualquier familia.

Sí. Eduardo y Maura tenían mucho en común, y lo irían descubriendo durante el cortejo, que no pudo haber sido excesivamente largo.



Retrato de Manuel Gutiérrez Zamora, gobernador de Veracruz en 1857. Litografía de Santiago Hernández y Jesús Martínez Carrión, 1890. **Fuente**: Wikimedia Commons (D.P.)

Aún no he podido ubicar ni una fotografía de Eduardo Santos Herrera. **A la izquierda** se muestra a uno de los hermanos de su madre, quien fue gobernador de Veracruz. ¿Acaso se parecía a él?

La mirada (realista) del amor

> *El corazón no debe darse sino como precio de un amor probado mil veces. El que resiste a estas pruebas y sale airoso de ellas, ese es el merecedor de nuestro cariño.*
>
> **Ignacio M. Altamirano**[562]

Desde el primer momento en que conoció a Maura, Eduardo sintió el impulso de pedir permiso a su hermano Pedro para cortejarla. Este impulso era comprensible dentro de las normas sociales, pero, aunque era una práctica común, contradecía el carácter independiente que definía a Maura. Aunque Herrera era un hombre moderno y pragmático, conocía los protocolos sociales y no deseaba cometer un error ni comenzar de forma inadecuada una relación que, sin saberlo aún, lo estaba transformando. De haberle preguntado, Pedro habría respondido que Maura era mayor de edad y no necesitaba su permiso ni su visto bueno.

También es posible que, impulsado por su naturaleza directa y sin pretensiones, Eduardo cometiera la imprudencia de comentárselo a Maura

—¿Quizá debería hablar con su hermano? —le preguntó Eduardo.

—No requiero permiso de nadie para ver a quien yo quiera — respondió Maura, indignada—. Pedro no es mi

[562] *Obra Literaria,* pág. 250

padre, aunque insista en actuar como tal.

De inmediato Maura se arrepintió de lo dicho, consciente de que sus palabras podían interpretarse como ingratitud hacia Pedro, quien siempre había velado por ella. Temió que Eduardo la viera como egoísta, algo que, en parte, no habría sido tan erróneo. Pero no pudo evitarlo. A Herrera le quedó claro el tipo de mujer que tenía frente a él, alguien que valoraba profundamente su independencia.

A pesar de ser dos años mayor que Altamirano, Eduardo tenía una predisposición muy distinta. No tenía nada que esconder, excepto sus sentimientos. A los hombres como él se les enseñaba a ocultar sus emociones, a guardarlas bajo llave y a no prestarles demasiado atención. Ante Maura, intuyó que su vida no sería la misma y le mostró su naturaleza abierta, sin pretensiones y genuina. Reconoció que Maura valoraba la honestidad emocional, y encontró en ello un terreno común donde construir una relación basada en mutua autenticidad.

La primera visita de Eduardo a casa de los Ogazon en Cordobanes causó revuelo. No era usual que Maura tuviera visitantes de esta índole. Si bien había tenido admiradores toda su vida, recibir a un hombre como su pretendiente era algo fuera de lo común para ella. Siempre había sido muy privada, y solo después de meses de trato, como sucedió con su esposo Pamplona, abría por completo las puertas de su casa, confirmando que estaba abriendo las de su corazón.

Maura se ocupó de su apariencia, de que los criados

estuviesen preparados y sus nervios en orden. Las jovencitas se peleaban por el espejo restante, todas querían verse bien, incluyendo a María Carlota, de seis años, junto con su inseparable sobrina Judith, de apenas dos. Antonio y José de Jesús, observaban en silencio; habían aprendido de Pedro la importancia de evaluar antes de intervenir. No había que mostrarse hasta no conocer al enemigo ni entregarse ciegamente al amigo sin haber comprobado su lealtad.

—¿Y está guapo? —le preguntaría Mercedes, con juvenil curiosidad.

—Eso no es lo importante —le respondería Maura.

—¿Cómo no lo va a ser? —intervendría Lola, quien tenía esa edad en que lo primero que valoraba era el aspecto físico de sus pretendientes y andaba activamente buscando marido.

—Me gustó su gallardía —confesó Maura finalmente.

—¿Y eso qué es? —le preguntaría Mercedes a Felipa en voz baja, las dos inseparables a pesar de sus diferencias. Felipa se encogería de hombros. Maura sonreiría para sí. Si esta escena hubiera sucedido en el siglo veintiuno, Maura podría haber dicho que Eduardo le parecía “sexy”, pero no de la misma manera que Sagredo, con su atractivo peligroso, ni como Pamplona, con esa pinta de hombre irresistible. Eduardo tenía un tipo más conservador, que contrastaba con la modernidad de su pensamiento.

Antes se había visto atraída por la aparente libertad de

los artistas que la amaron, una libertad que se acercaba más a la locura y al exceso de fantasía. Ahora, había conocido a un hombre que no se ufanaba de ser distinto. Simplemente lo era. Eduardo no simulaba ni intentaba "ganarse" a nadie, era generoso con su atención. A Maura le parecería cada vez más encantador.

Al igual que Pedro, Eduardo había sido el hijo mayor, pero su carácter era mucho más social y esto le permitió entablar plática con cada uno de los hermanos de Maura, y con los criados, desde la doña que llevaba la casa hasta la nodriza de Judith. La atención que le prestó a la hija de Maura no pasó desapercibida. Fue cálido y afectuoso, algo que a Maura le pareció genuino y terminó por cautivarla.

—¡Es muy agradable! —le diría Lola. Y lo era. No solo eso, no parecía tener secretos ni andaba con asuntos pendientes. Tampoco parecía deprimido, al contrario, en las subsecuentes visitas, siempre llegaba de buen humor, y a menudo hasta le cantaba a las más pequeñas, causando la risa de todos con su desafinada soltura.

En la carta astral de Herrera aparece una insistente necesidad de libertad e independencia. Era un signo de su generación, pero particularmente marcado en él. Se sabía leal ante todo, pero no soportaba que intentaran controlarlo. Al conocer a Maura, sintió una fascinación inmediata al descubrir que ella era igual en ese aspecto. Ella tampoco soportaba las prohibiciones ni los celosos interrogatorios que la mayoría de los hombres gustaban de imponerle. Por lo mismo, ella procuraba no ejercer

control sobre los hombres que se acercaban a ella. Su relación con Eduardo sería, desde el principio, más equitativa y libre.

Es probable que por esa misma razón Eduardo no se hubiera casado antes. Maura desconfiaba de esto al principio. ¿Cómo era posible que un hombre como él no se hubiera interesado en ninguna mujer? O por el contrario, ¿por qué las mujeres no querrían casarse con él? Aunque lo mismo pensaba de su hermano Pedro, que también permanecía soltero, atrapado en su rutina de trabajo y responsabilidades, apartado de la vida social.

En realidad, Eduardo era celoso, pero su confianza propia le permitía controlar esa emoción con madurez. Daba el mismo respeto que él requería. La intensidad de sus sentimientos contrastaban con la de hombres frágiles como Sagredo o Pamplona, cuyas pasiones se desbordaban y los hacían perderse en sus propios tormentos interiores. Eduardo, por el contrario, era equilibrado, sin las carencias emocionales que caracterizaban a aquellos dos hombres.

Dudo que Herrera se hubiera animado a pedir la mano de Maura si no hubiera tenido, precisamente, esa capacidad para ver las cosas tal y como son. No era cualquier cosa casarse con una madre viuda, aunque como Maura, no hubiera otra igual. A sus casi cuarenta años, más que una mujer que lo atendiera, Herrera buscaba compañía y comprensión, lo cual suena fácil, pero no lo es cuando tienes un intelecto inquieto y un alma curiosa. Así que, no solo era cuestión de

sentimientos, aunque fueran importantes. Eduardo en realidad era tan apasionado como cualquiera. Y Maura, con toda su emocionalidad, no carecía de realismo en su perspectiva.

Herrera se llevaría muy bien con su futuro cuñado, a pesar de las diferencias entre ambos. Pedro había sido héroe de guerra y Eduardo no había disparado ni un solo balazo. Ogazon continuaría toda su vida al servicio del estado, mientras que Herrera abrazaría la modernidad, ejerciendo nuevas profesiones que exigía el capitalismo, algunas que todavía ni nombre tenían. Para sostener a su futura familia, Eduardo trabajaría como traductor, lobista, operador en la bolsa con acciones ferrocarrileras, y representante legal de inversionistas extranjeros, desde disfrazados imperialistas hasta ingenuos utopistas.

El 29 de mayo de 1871, Maura y Eduardo se presentaron ante el juzgado y la boda religiosa tuvo lugar casi un mes después.[563] Muchos cambios se avecinaban para los hermanos de Maura, pues un año después, Pedro también contrajo matrimonio.

Cualquier pareja que perdure podría confirmar que, si no tienes una mirada realista, el invento del amor, no logra perdurar. La vida de Maura no fue un “felices para siempre” de cuento de hadas. Los Herrera experimentarían muchos cambios de residencia y vivirían

[563] "México, Distrito Federal, Registro Civil, 1832-2006", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QG4V-CZCM : Tue Mar 11 20:00:58 UTC 2025), Entrada para Eduardo S Herrera Gutierrez y José Rafael Herrera, 23 de julio de 1871, y "México, Distrito Federal, registros parroquiales y diocesanos, 1514-1970", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6DL8-9F43 : Sat Jul 20 14:26:21 UTC 2024), Entrada para Don Eduardo Santos Herrera y José Rafael Herrera, 15 Aug 1871.

con los años el decaimiento de haber pertenecido a una clase social dominante, descendientes de españoles hacendados, pasando a ser empleados asalariados, miembros de la aspiracionista clase media "acomodada". Sin embargo, se encargarían de preparar a sus hijas y de asegurarse de que las tres tuvieran, si no ya una herencia, al menos una profesión.[564]

La mirada hacia las mujeres no se tornaría más amable, ni sus vidas serían más fáciles que las de su madre, pero las historias verídicas no se cuentan para satisfacer nuestro afán de conclusión y cierre.

Ni muerta, ni marchita; ni musa, ni Mesalina

Las musas no son mujeres ausentes.
No son cuchillos en los dientes.
No son canciones urgentes.
No son asuntos pendientes.
No son Martes de Carnaval en Brasil.

Andrés Calamaro[565]

Justo tres días antes de la nota de desencanto que Altamirano escribió en su diario, había sido cumpleaños. Es factible que alguien organizara una celebración en su honor e imaginable que Maura y Eduardo estuvieran entre los invitados. La invitación le habría parecido a Maura un eco lejano e irreal de los días en que había sido musa idealizada. Aceptarla no solo representaba

[564] Sus historias se amplían en el Libro 3.

[565] Fragmento de canción: *Carnaval de Brasil*

un acto social, sino también una manera de reafirmar su nuevo lugar en la vida. Al ver a Altamirano aquella noche, Maura confirmaría lo que ya sabía: su vida había cambiado irremediablemente y él no tenía cabida en su presente.

Eduardo, por su parte, sentía gran admiración y respeto por Altamirano, conocido por sus novelas, su labor como periodista, y por su papel como diputado y fiscal. Herrera era traductor y estudioso de Shakespeare, y pronto empezaría a colaborar en revistas importantes como *El Correo Germánico* y *El Artista*. Si percibió o supo de la atracción que Ignacio Manuel sentía por Maura, lo disimuló y superó, como hombre civilizado y moderno que era. Sabía que el amor verdadero no se alimentaba de quimeras, sino de comprensión, respeto y la simple alegría de compartir una vida juntos. A pesar de que ambos se movían en los mismos ambientes, no había razón para que Eduardo se sintiera celoso de ese hombre, tan tímido con las féminas y con hombres como él.

Maura no mostraba aún su embarazo, pero seguramente ella y Eduardo no hablaban de otra cosa. Se sentían completamente enamorados, y eso era evidente en cada gesto. Cuando Altamirano observó a Maura en la celebración, se dio cuenta de que la mujer inalcanzable que había imaginado era una mujer de carne y hueso. Ella ahora pertenecía a un mundo distinto, más allá de los mitos que él mismo había tejido en su mente. No solo ella lo ignoraba completamente (al menos así lo percibiría), sino que reía y acariciaba a su

esposo con muestras de cariño que él mismo habría deseado experimentar. Ese no era el regalo que había esperado recibir en su aniversario 37, aunque quizás recibió otros que, de alguna manera, compensaron su desilusión.

Sin embargo, Altamirano no pudo evitar la necesidad de repasar lo que había escrito en sus diarios sobre Maura, y añadir aquel pie de página, en un vano intento por exorcizarla de su alma.

Después de esa noche, Eduardo pronto olvidaría a Ignacio Manuel, no era rival para él, y Maura, no tuvo interés ni razón para atizar sus celos.

En abril de 1872 nació María Herrera Ogazon. Judith se llenó de emoción con la llegada de su hermanita, pero comenzó a enfrentar, sin embargo, una nueva inseguridad: temía perder su lugar como hija única y en su corazón se despertaron celos que, a veces, se mostraban de forma exagerada. Eduardo reconoció ese sentimiento y su solución fue traer un cachorrito a casa para que Judith tuviera con quien jugar y, según él, aprendiera también a dar cuidados. Con este gesto, Eduardo no solo intentó aliviar la inseguridad de su nueva hija, sino que también demostraría su manera práctica de manejar los afectos en la familia, buscando maneras de equilibrar las emociones.

El perrito, flacucho y mestizo, pero lleno de vida, le trajo recuerdos a Maura de Guadalajara y de Chucho, el perro que se había encariñado con ella en aquella visita,

dos años atrás. Se preguntaría qué fue del animal y recordaría la fotografía que Octaviano le había tomado, arrepintiéndose de no haber guardado una copia.

Todos en la familia de Maura tomaron rumbos que, aunque parecían separados, nunca les impidieron seguir cuidándose mutuamente. Sus hermanos Pedro y Lola se casarían un año después que Maura.[566] Sus hermanos Antonio y José de Jesús, ya se bastaban a sí mismos. Las hermanas menores fueron inscritas al Colegio de Vizcaínas, y es probable que Arcadio también fuera enviado a una escuela residencial para varones. A pesar de que Maura sentía el peso emocional de esas decisiones, comprendía que no podía pedirle a Eduardo que se encargara de todo. Ni a Pedro, él ya había hecho lo suficiente, y además, se hacía cargo de las colegiaturas.

Hacía años que Maura había dejado de ser “la hermana del gobernador”. De ser brevemente esposa, se había convertido en viuda. Ahora que volvía a casarse, pasaba de nuevo a la invisibilidad histórica como la “Sra. Herrera”. Más que ‘ocultarse’ tras la figura de su esposo, esta identidad le ofrecía un nuevo tipo de

---

[566] Fuentes: Matrimonio civil de Pedro (La ceremonia religiosa sería siete días después.): ” México, Distrito Federal, Registro Civil, 1832-2006", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QGH7-QL2K : Tue Mar 11 21:28:25 UTC 2025), Entrada para Gral. Pedro Ogazon Rubio y Jose Antonio Ogazon, 5 de febrero de 1872. Matrimonio religioso de Lola: ”México, Distrito Federal, registros parroquiales y diocesanos, 1514-1970", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:JHLW-V1T : Sat Aug 02 08:58:44 UTC 2025), Entrada para Manuel Zea y Dolores Ogazon, 3 Mar 1872.

libertad personal que Maura asumiría en los pequeños gestos cotidianos, en la maternidad y en el amor genuino que ahora compartía con Eduardo. Sus aventuras se tejerían alrededor de sus hijas y de los negocios de su esposo.Ya no necesitaba la aprobación paterna o fraterna para sentirse valorada. Había dejado atrás su rebeldía de juventud. Ya no sentiría esa hambre de afecto que tanto la atormentó desde su nacimiento. Si algo había logrado Maura era que, por fin, la había saciado.

Ya tampoco sentía más la necesidad de ver su semejanza en el papel o en la tela para sentir que existía ni para confrontar a la familia. Con la edad y la realidad de las responsabilidades cotidianas, las prioridades de Maura se transformaron. Dejó de ocuparse de vanidades y descubrió un reflejo más auténtico en las risas de sus hijas y en la mirada comprensiva de Eduardo. Sabía que con él no necesitaba aparentar ser para complacerlo. Le era suficiente y enormemente placentero continuar elaborando la fantasía de su belleza, pero ahora de manera privada, solo para él. Con Eduardo, había encontrado una seguridad que la vida nunca antes le había dado.

La muerte continuaría siendo una constante de su vida. Maura y Eduardo sufrieron pérdidas insoportables: la de tres de sus hijas. Sin embargo, encontraron consuelo centrándose en las sobrevivientes: Judith, María y Alba,

quien llegaría casi de sorpresa, años más tarde. Para Maura, ellas representaban una culminación: sus “Tres gracias”, testamentos de ese amor que finalmente estaba viviendo.

Con la mirada fija en el horizonte del futuro, solo quedarían vestigios de la musa, el símbolo, la flor caída y la meretriz. Su legado, en apariencia invisible como el de toda madre, perduraría más allá de su singular vida. Sus hijas seguirían sus propios caminos, y cada una de ellas representaría una nueva vertiente de lo que Maura había logrado en su propio tiempo. No podía saberlo, pero cada una de ellas encarnaría una versión diferente de lo que ella siempre anheló: independencia, autonomía y libertad.







Arriba izq.: Judith Pamplona Ogazon (s/fecha).**Izq**.: Judith con su esposo José María Aranda y dos de sus tres hijos. De pie, Hugo Eduardo, y sentada, Maura Josefina Aranda Pamplona. Sin crédito. Fecha aproximada: 1909. Fotógrafo desconocido. **Fuente**: Archivos familiares de la autora.

Arriba der.: Copia de microfilm. Profesoras del Instituto Keener. Es probable que una de ellas sea María Herrera Ogazon. **Fuente:** *Evangelista Mexicano*, 1907 (D.P.) **Detalle**: ¿Podría ser María la mujer de pie en el extremo derecho.

Abajo: Alba Herrera Ogazon (1890-1900). Fotógrafo: F. E. North Sr. y E. Osbahr. Fuente: Fototeca digital del INAH (listada como Aeba Herrera y Ogazán). **Abajo der**.: Alba (1919). Fotografía de Guillermo Kahlo (D.P.)





LIBRO 3

ENTRE HIJAS Y FUNERALES

1890 - 1919

1890

El amor a la libertad es la fuente de todo lo grande y noble que se ha hecho sobre la tierra… Toda mi vida estará consagrada a trabajar porque se consoliden en mi patria las instituciones democráticas, como único medio de hacer comenzar para ella una época de paz y de civilización.

Pedro Ogazon[567]

Frente a Palacio Nacional

El sol de marzo se dejaba sentir como piedra y más si una estaba vestida de negro. Aún sentada a la sombra, Maura tenía que abanicarse a cada rato, quizás eran los nervios y la tristeza que se le agolpaban. A unos metros de ella se encontraban Eduardo y sus hijas, pero su atención estaba en la entrada al Palacio Nacional.

Frente al imponente edificio de gobierno estaban estacionados siete *wagones*,[568] algunos con sus conductores sentados, o de pie, cepillando a los caballos o fumando bajo la sombra creciente del edificio, un alivio ante el calor sofocante.

Dentro de una de las berlinas notó a su cuñada, Rosa,

---

[567] Proclama al Ejército de Oriente, 2 noviembre 1858, citado por Barba González, Silvano. *Ibídem*, pág. 95-98

[568] El término de "wagones" es utilizado en la nota publicada el 5 de marzo de 1890: "Mas acerca de los funerales del Señor General Ogazon", *Diario del Hogar,* año IX, Número 147, pág. 1

ahora viuda. Maura ya había estado en el mismo lugar que ella, aunque este funeral era muy distinto. Era todo un acontecimiento. Todos ahí se encontraban a la espera de la comitiva oficial, encabezada por el presidente, para partir hacia el Colegio Militar donde había sido velado el cuerpo de su hermano Pedro que había sido traído de Orizaba, luego de que su cadáver había llegado la noche anterior, a las ocho. Una vez que subieran hasta el cerro de Chapultepec, la guardia realizaría los honores antes de trasladar los restos al panteón.

Sentada junto a Rosa estaba su hija, Margarita, espejo fiel de su madre, quien intentaba no llorar. Fuera del carruaje, a unos metros, Pedro Luis,[569] un jovencito desgarbado y mustio, pero que al piano se transformaba en un prodigio de expresión, se hallaba de pie, mirando al piso, sin hablar con nadie. Pobres chicos, quedaban solos con esa madre tan dependiente y posesiva, pensó Maura. Los Escobar eran una familia de gran abolengo, todos músicos excelentes, buenas personas, pero que tenían la seguridad que solo da el exceso de dinero y una educación aristocrática.

Maura se regañó a sí misma, si alguien la oyera, diría que ella solo pensaba mal de las personas.

Ver a Rosa tan ajada le hizo recordar otro tiempo,

[569] El sobrino de Maura fue bautizado Tomás Pedro Antonio, y en sus primero años como pianista usaba solamente el nombre de Pedro. De acuerdo a los registros encontrados, la primera vez que públicamente se presentó como Pedro Luis fue en 1891, un año después de la muerte de su padre. Aparentemente añadió el nombre de Luis durante su estancia en los Estados Unidos, quizás para evitar ser confundido con el general.

cuando aún era una joven radiante y su hermano estaba a punto de casarse. El día de la boda, Maura se había burlado afectuosamente de Pedro, quien no paraba de sudar, ¡estaba tan nervioso! Maura le señaló la ironía de que el gran General Ogazon, el exgobernador de Jalisco y héroe de la Guerra de Reforma, le tuviera miedo al matrimonio. Logró hacerle reír, y con eso bastó para que él se relajara.

Aquel año del 72 había sido pura alegría. Un mes después de la boda de Pedro y Rosa, su hermana Lola también se había casado y para entonces, Maura ya no podía más de lo pesada que se sentía con sus ocho meses de embarazo. En abril nació María, su primera hija con Eduardo, su adorado veracruzano.

Pensar en él la obligó a voltear a verlo desde su posición, bajo los árboles sembrados frente a catedral. Era lunes, así que la cantidad de transeúntes y comerciantes era moderada en comparación a los domingos cuando venían a misa. Hoy no estarían los vendedores de juguetes ni los músicos, pero María y Judith se habían entretenido buscando un abanico y Eduardo le había comprado a la más pequeña un atole, pero como era de esperarse, ya se lo había echado encima. Ahora, con paciencia, él le limpiaba la boca y el vestido.

Sonriendo, Herrera la buscó con la mirada, como siempre que sentía los ojos de Maura sobre él. Maura nunca había entendido cómo lo hacía, pero siempre lo notaba, aun en la multitud, como si supiera cuándo ella pensaba en él.

Maura le devolvió la sonrisa antes de voltear a ver de nuevo a Rosa y agradecerle a la Virgen no estar en el lugar de su cuñada. Se veía tan cansada la pobre, y cómo no iba a estarlo, si habían viajado con el féretro desde Orizaba hasta Buenavista. Afortunadamente, los hijos ya no eran tan chicos y además, los había acompañado Felipa, otra de las hermanas de Maura, que luego de casarse en el 81 se había ido a vivir allá. Pedro y Rosa habían ido a parar a esa ciudad veracruzana, luego de que su estancia en Morelos no había sido suficiente para mejorar la salud de su hermano. Las aguas sulfurosas de Cuautla habían amainado los síntomas, pero al final, años de presiones, enfermedades no entendidas y mal atendidas, y una dieta nada sana, el cuerpo de Pedro ya no daba para más. Durante sus últimos meses de vida fue atendido en el Hospital Militar de Orizaba.

Maura y Eduardo iban a verle lo más a menudo que podían mientras estuvo en Cuautla, pero a Orizaba habían ido tan solo una vez. Maura se sentía culpable de no haber estado al lado de su hermano mayor, haberlo acompañado en su muerte. No era su papel, pero, a fin de cuentas, Pedro había sido más que su hermano; prácticamente había sido su segundo padre, mucho más cercano que el de verdad. Comenzó a sentir las lágrimas atorársele en la garganta, y mejor miró a Eduardo y las niñas.

Sintió alivio al verlos caminar hacia ella. Judith y María caminaban a su lado, mientras Eduardo llevaba cargando a Alba, la más pequeña, quien estaba quedándose dormida en los brazos de su padre.

Luego de colocar con cuidado a la pequeña en el interior de la calesa que les correspondía, se oyó una conmoción que provenía del interior del Palacio. Eduardo se acercó a un conocido suyo del congreso para averiguar qué sucedía y no tardó en regresar para informar a Maura y a las hijas mayores.

—Parece que el presidente ya está por salir.

—¿Ya es hora?

Apenas esa mañana la familia había distribuido cartas mortuorias citando a las tres de la tarde para salir rumbo a Chapultepec. Hubo gente de la prensa que apenas las recibió una hora antes.

—Son quince minutos antes —le dijo Eduardo luego de checar su reloj de bolsillo, un regalo de su amigo Owen.

—¡Faltan muchos por llegar!

Maura no pudo evitar pensar en lo taimado que era Porfirio. Salir antes de tiempo era uno de esos caprichos típicos del presidente, pero que en realidad tenía como objetivo boicotear la asistencia al funeral. Díaz no soportaba la oposición, ni que lo opacara nadie, mucho menos un muerto. Nunca le perdonó a Pedro que renunciara a su puesto como Ministro de Guerra ni que apoyara a Vallarta en sus aspiraciones presidenciales.

Maura pensó en el artículo de El Tiempo, publicado recién en febrero, que describía a Pedro como parte de la "Galería de los Olvidados". La prensa lo enterraba junto con sus ideales, reduciéndolo a una nota breve, como si su papel en la historia hubiera sido prescindible.

Pero lo que más le enfadó fue que dijeran que Pedro nunca había estudiado derecho formalmente, como si quisieran despojarlo hasta de su formación. Lo más irónico fue que ningún liberal salió a corregirlo. El único en hacerlo fue un conservador: Remigio Tovar, quien, en una carta que envió al diario, rectificó que Pedro había completado sus estudios de abogacía en Guadalajara antes de alistarse en 1846. Maura esbozó una sonrisa amarga. ¿Cómo era posible que alguien como Tovar, cuyo partido tantas veces había sido enemigo de Pedro, fuera el único en corregir la historia? Esa era la política: llena de ironías, traiciones y alianzas inesperadas. En otra nota publicada en el 87 lo habían incluido entre los "muertos políticos". Pobre Pedro, pensó Maura, había terminado tan decepcionado de la política y, sobre todo, de Díaz. Porfirio, el más hipócrita de todos los hipócritas. Un verdadero *convenenciero*, como lo habría definido el coronel Rojas.

Al menos, en la muerte, le daban los honores que en vida le negaron.

En ese momento salió el presidente, acompañado ni más ni menos que por Vallarta. La primera reacción de Maura fue de indignación, ¿qué hacía a un lado de Porfirio? Pero, a pesar de todo, comprendía que Ignacio tenía el deber de estar allí.

Su primo se veía visiblemente afectado. Su semblante reflejaba más que el duelo de un colega; era el dolor de quien había compartido una vida de ideales y lucha con el difunto. Maura se fijó en él por un momento, notando

cuánto había envejecido en los últimos años. De la misma edad que Porfirio y diez años menor que Pedro, Ignacio parecía haberlo alcanzado de la noche a la mañana. Era obvio que estaba pagando las consecuencias de sus decisiones. Maura percibía que su primo cargaba con el peso de una leve vergüenza y una silenciosa culpa. Aún así, Nacho nunca dejó de ser cercano a Pedro. La relación entre los primos Ogazon solo la entendían aquellos que conocieron la lucha que se sostuvo en Jalisco, cuarenta años antes. Parecía desde siempre. Ambos habían sido aliados de Díaz cuando éste se opuso a que Juárez se reeligiera, y fueron ministros de su gobierno interino, aunque luego se dieron cuenta de que la ambición de Porfirio rebasaba por mucho la de cualquiera, quizá con excepción de Santa Anna.

Lo que Maura nunca le perdonaría a Vallarta era que, siendo Nacho mucho más extrovertido y expresivo que el modesto Pedro, nunca dijo o hizo nada por darle crédito a quien había sido su padrino político de toda la vida. Vallarta recibió mucha atención pública gracias a sus escritos sobre jurisprudencia. Era triste que hubiesen olvidado la manera en que Pedro supo mantenerse firme en sus ideales, trabajando como primer magistrado de la suprema corte años antes de que Vallarta ocupara ese mismo puesto. Además, Pedro había sido piedra angular del liberalismo en Jalisco y en el país, aunque les costara reconocerlo. Vallarta había alcanzado la fama. Pedro, el olvido. Pero ninguno de los dos había evitado ser una pieza más en el juego de

Porfirio.

Con la mirada Maura buscó a la esposa de Nacho Vallarta.

—¿Y Pachita? —preguntó en voz alta, sin querer.

—Dudo que haya venido —respondió Eduardo quien estaba a su lado. Las hijas mayores ya se habían acomodado al interior del carro, donde seguía bien dormida Alba—. Ya ves lo enfermiza que es.

Enfermiza y quejumbrosa, pensó Maura y se sintió ofendida con la actitud de la esposa de Vallarta, con quien nunca fue cercana a pesar de que habían compartido varios días viajando, o mejor dicho, huyendo de Guadalajara en el 64. Francisca Lyon no podía evitar ser igual de mocha y prejuiciosa que las hermanas Vallarta. Maura no había querido volver a verlas luego de que se enteró que, en vez de defenderla, ellas habían alimentado los chismes contra ella y Pedro. Aunque dudo que Maura lo hubiera puesto en esos términos, pero parecía karma el hecho de que Vallarta no fuera apreciado en su gestión como gobernador, y que él y Pachita se vieran obligados a abandonar de nuevo Guadalajara.

Maura concluyó que era mejor que ni Pachita ni las Vallarta estuvieran ahí. Ya había suficiente hipocresía en el aire, suficientes máscaras ocultando los verdaderos pensamientos de todos los presentes. En eso había acabado tanta lucha, tanta muerte.

Al que sí vio a punto de subirse en otra berlina fue al

tercero de los hijos de Vallarta, a quien habían nombrado igualito que al padre. Maura no se había formado una opinión de Ignacio Vallarta Jr., pero sabía era relativamente cercano al hijo de Pedro, el pianista, y por ello se lo había encontrado algunas veces en casa de su cuñada y otros eventos sociales. Los jóvenes habían sido compañeros de juerga, aunque Ignacio, unos años mayor, ya había sentado cabeza, o parecía, mientras que Pedro Luis apenas comenzaba a experimentar "la buena vida".

Díaz y Vallarta caminaron hasta el primer carruaje, y de inmediato, los demás asistentes, militares, políticos y los pocos miembros de la familia, comenzaron a distribuirse en el resto de los wagones, sin dificultad para encontrar asientos.

En el carro detrás de ellos, Maura alcanzó a ver a sus hermanas Felipa, Lola y Mercedes, acomodándose. Les había tocado un landó, que era un carruaje bastante más amplio, pero no lo suficiente, así que Carlota,[570] la única de sus hermanas que aún no se había casado, caminó hasta donde se encontraban Maura y Eduardo, y se subió a la berlina con ellos, quedando en medio de sus sobrinas, Judith y María. Carlota había tenido que

[570] En realidad, María del Carmen Carlota usaba el nombre de María, pero en este relato, para evitar confusiones con su sobrina María, hija de Eduardo y Maura, utilizo su tercer nombre.

pedir permiso de las Vizcaínas[571] para atender el Funeral. Era raro que las pensionistas salieran del Colegio, pero Carlota no era una estudiante más, para entonces ya ayudaba dando clases. Desde niñas, ella y Judith habían sido muy cercanas y era natural para ellas reconfortarse mutuamente. María, como siempre, se veía un tanto relegada, pero su tía no la olvidaba y también la abrazaba.

Maura y Eduardo se acomodaron frente a ellas, intentando no despertar a Alba quien en su sueño profundo ya ocupaba todo el asiento. Todos en el interior sintieron cómo se mecía levemente el carruaje conforme el conductor ajustaba las riendas. Maura desvió la mirada y suspiró con resignación.

Sintió el cambio en el peso de su cuerpo al inclinarse ligeramente hacia atrás, al tiempo que el sonido de los cascos de los caballos comenzaba a llenar el aire.

La comitiva se ponía en marcha.

El traslado

El par de caballos que jalaban de la elegante berlina de cuatro ruedas se veían saludables y aliviados de poder moverse. La gente desde las aceras se detenía a

[571] El Colegio de las Vizcaínas fue abierto durante la época colonial como una institución de beneficencia, hasta 1861, que, para no suprimirlo como establecimiento eclesiástico y con la ayuda de Melchor Ocampo pasó a ser considerado un establecimiento privado. Durante el porfiriato se le conoció como Colegio de la Paz (y al internado como Colegio de San Ignacio) y recibió gran apoyo financiero del gobierno. Fuente: Torres Septién, Valentina. *La educación privada en México (1903-1976).* Felipa y Mercedes Ogazon, hermanas mayores de Carlota, residieron ahí hasta que se casaron, en 1881 y 1883, respectivamente.

observarlos y saludarlos como si se tratara de un desfile.

En el interior, los asientos forrados en terciopelo oscuro reflejaban el paso del tiempo, con algunas marcas de uso en los reposabrazos. El aroma a cuero y barniz aún persistía, mezclado con el leve perfume que emanaban las damas a bordo. El trayecto del Palacio al Colegio Militar tomaría una media hora. La berlina era más o menos cómoda, pero estaba diseñada para cuatro personas, y ellos eran cinco adultos y una niña inquieta.

Eduardo había acomodado a la adormilada Alba sobre sus piernas, pero con el ruido y ajetreo de los caballos, la niña comenzaba a despertarse. Su padre, le iba señalando cosas que notaba para distraerla. Herrera le hablaba a su hija en inglés, como lo había hecho desde que nació y la esponjita de Alba ya lo hablaba con más fluidez que cualquiera de sus hermanas. Maura no era dada a hablarlo, pero entendía todo.

Ahora que la niña había despertado, Maura le puso de vuelta los zapatos. La avenida Juárez desembocaba en la amplísima y elegante avenida Reforma, y pronto pasarían enfrentito de su casa. Alba no quería perdérsela. De recién casados, los Herrera Ogazon se habían mudado constantemente, o al menos así le había parecido a Maura. Apenas recientemente se habían mudado a su propia casa en la moderna avenida, un área en desarrollo, habitada principalmente por la clase alta emergente, profesionistas, comerciantes exitosos y algunos funcionarios gubernamentales. Maura había

ansiado estabilidad y ahora por fin parecían haberla conseguido.

—¡Mamá, mamá! ¡Mira, la casa, mamá! ¡María, Judith, tía, miren! —la niña quería brincar, pero Eduardo era lo suficientemente grande para contener la emoción de la pequeña. Sus hermanas y tía se asomaron como mejor pudieron, siguiéndole el juego. En realidad la casa era estupenda, con tubería moderna, jardín propio y lo suficientemente cerca del centro de la ciudad.

Luego de pasar frente a varias elegantes casonas recién construidas y mucho más opulentas que la de ellos, de pronto, la ciudad parecía haber desaparecido y frente a ellos solo quedaba una línea de álamos negros sembrados a la orilla de la calzada. Detrás de los árboles, era campo abierto, olía a ceniza. En marzo se quemaba lo que quedaba de hierba en preparación para la siembra. A Maura, ese paisaje le recordaba la frase, “Patria desdibujada”; no se acordaba quién la había dicho, pero en su opinión definía bien lo que estaba sucediendo en el país. A muy pocos les gustaban los nuevos trazos, se habían desviado del esbozo original. Sus mudanzas reflejaban las oportunidades y las nuevas ofertas de vivienda de la dinámica —y caótica— capital. Con Eduardo había hablado muchas veces de lo rápido que estaba cambiando la ciudad.

—No tardan en construir más casas por acá —comentó Eduardo.

—¡Mira papá, una vaca! —interrumpió Alba.



Paseo de Reforma, 1883 (D.P.)

El traqueteo del carruaje acompañaba el ir y venir de sus pensamientos. Maura recorrió con la vista el ancho de la avenida, trazada para imitar los Campos Elíseos, la principal arteria de París. Maximiliano la había mandado construir para unir su residencia con el corazón de la capital. Aquel imponente edificio en la cima del cerro, desde donde se podía ver todo el valle de Anáhuac, era ahora ocupado por el Colegio Militar.

La berlina se sacudió levemente al comenzar el ascenso. Desde la ventanilla, Maura pudo ver el camino empedrado que subía serpenteando por el Cerro de Chapultepec. Al fondo, la ciudad quedaba envuelta en una leve bruma vespertina.

Cuando el carruaje se detuvo frente al imponente edificio, un escalofrío recorrió a Maura.

Un joven militar abrió la portezuela. Las primeras en descender fueron María, Judith y su tía Carlota.

—¿Ya vamos a ver a mi tío Pedro? —preguntó Alba, con demasiado volumen. Se oía impaciente y deseosa

de verlo, pero también un tanto temerosa.

Maura sintió un dolor agudo en el pecho. Sabía que Alba aún no entendía lo que significaba la muerte y sus palabras se clavaron en ella con un peso que no podía ignorar. La última vez que habían ido a visitar a Pedro, la niña no se había separado de su tío, quien la inundaba de cariño y la consentía, pero sobre todo, le hablaba y escuchaba. Habría sido un abuelo maravilloso. ¿Sabría Pedro cuánto lo habían querido? ¿O acaso lo había supuesto, como tantas otras cosas? No recordaba habérselo dicho nunca. Notó la mano que le ofrecía Eduardo para que descendiera. Maura miró a su esposo e intentó recordar cuántas veces le había dicho que lo amaba. No sabía cuando se había vuelto igual de parca que el difunto Pedro. Maura sintió una tristeza aún más profunda. El peso de los recuerdos amenazaba con desbordarla, pero se obligó a apartarlos, al menos por ahora.

Afuera, la niña la miraba con ojos grandes y expectantes, de pie junto a sus hermanas y su tía Carlota. Maura tragó saliva. Sintió la presión de la mano de Eduardo en su brazo, pero no logró moverse de inmediato.

Su cuerpo quería retrasar lo inevitable. El momento en que tendría que mirar a su hermano, por última vez.



Colegio Militar en el Castillo de Chapultepec.
Fuente: Sitio Web "México en fotos", del libro *México, Bosquejo General,* editado por The Pan American Union. Washington, D.C., 1911. (D.P.)

Los honores y el entierro

La imponente sala de dibujo donde Pedro había sido velado la noche anterior, estaba decorada con cortinas negras, velas y por supuesto, la bandera mexicana. El cuerpo había sido colocado sobre un catafalco y rodeado con una gran cantidad de coronas de flores, más banderas y otros símbolos militares. Se respiraba solemnidad y respeto.

Soldados y oficiales formaban la guardia de honor, de la que era parte su hermano José de Jesús, Mayor del ejército y maestro en el Colegio Militar. Como buen Ogazon, al inicio de los honores de ordenanza,[572] apenas dijo tres frases de adiós, pero en ellas logró expresar una simple verdad. Sólo los militares, y su familia, podían entender completamente la grandeza de

[572] Este capítulo y los anteriores se basan en las crónicas publicadas en: *El Tiempo*, 5 de marzo de 1890, pág. 2 (¨Los Funerales del cadáver de un Ex-ministro de la Guerra") y en el ya citado *Diario del Hogar,* de la misma fecha.

Pedro porque aquéllos que le conocieron en la cotidianeidad de la lucha, fuese en el campo de batalla o como jefe de familia, sabían que el más importante legado de Pedro, había sido su ejemplo de vida. Completamente de acuerdo con su hermano menor, Maura respiró con orgullo, agradecida de sus palabras.

Inmediatamente después, el capellán militar dirigió lo que le pareció a Maura una bella oración, después de la cual se dio la formación de tropas (soldados y oficiales) en posición de saludo. Excepto por esas palabras y el sonido de las órdenes militares, la ceremonia había sido casi silenciosa, aunque poderosa. Maura imaginó a su hermano Pedro mirándolos desde arriba y alegrándose de que todo hubiera sido tan breve. Su modestia, aún ya muerto, era casi molesta.

Maura recordó las palabras del acta de defunción, "Bronco-neumonía". Aunque no estuvo con él en Orizaba, sabía que Pedro había muerto con la conciencia tranquila y en paz, a pesar de toda la turbulencia política de sus últimos años. Tal vez sí haya habido resabios de amargura por la derrota y la incertidumbre de sus últimos años. ¿Cómo saber? En su mente, Pedro aún estaba de pie, hablándole con esa calma que lo caracterizaba, planeando el futuro de una nación que ahora avanzaba sin él. Apretó los labios y volvió a fijar la vista al frente. Hoy, el duelo era suyo. La historia se encargaría de juzgarlo, o simplemente olvidarlo.

La familia había quedado situada cerca del féretro, a un

lado del presidente y demás autoridades militares. Eduardo se había llevado a la inquieta Alba de vuelta a la berlina y tanto Judith como María se habían ido con él. Carlota se había quedado acompañando a Maura, su madrina y hermana mayor que, en realidad, había sido como su madre, así como Pedro había sido el único padre que había conocido. Carlota ya no recordaba ni a don José Antonio ni a doña Rosario, pues ambos habían fallecido antes de que ella cumpliera los dos años de edad. Maura siempre estuvo ahí, al pendiente de ella, a pesar de tener a su propia hija que cuidar. Carlota era consciente de que ella tenía otras hermanas y hermanos mayores que también la habían cuidado, pero Maura solo tuvo a Pedro. Por lo mismo, Carlota se mantuvo a su lado. Conocía lo suficiente a su hermana para saber que era de las que se guardaba todo aunque luego le venían unos bajones bárbaros con explosiones de ira inexplicables, su manera de desfogarse cuando sentía que ya no podía cargar con más.

Carlota miró el cuerpo de su tío, y luego volteó a ver al resto de sus hermanas. Todas tenían a sus esposos de quien depender y sobre quien recargarse, pero ella nunca se casaría. Lo tenía muy claro. Disfrutaba demasiado la placidez de su retiro y la rutina de la enseñanza. Siempre había sido la más pequeña y el colegio estaba lleno de hermanitas a quien cuidar. Se sentía la hermana mayor de todas ellas, tal como le sucedía con su sobrina Judith, con quien le gustaba jugar el rol de tía, aunque en realidad solo era cuatro años mayor. A Carlota le habría gustado pasar más

tiempo con Maura y sus sobrinas, pero hacía años que había aceptado su vida, enclaustrada con las Vizcaínas. De todas maneras no pudo evitar sentir una especie de repentina nostalgia y sin darse cuenta se aferró al brazo de su hermana. Maura respondió, llevando su brazo izquierdo sobre el derecho para apretar, por un instante, la mano de su hermana y, en respuesta, Carlota colocó su mano derecha sobre la de Maura, reforzando el gesto de apoyo mutuo. En silencio, ambas miraban la escena pensando en su hermano mayor y rezando para sí.

Maura se separó suavemente de Carlota y se acercó a su hermano para verlo de cerca por una última vez. El cuerpo embalsamado e hinchado parecía sonreír. Pero sus ojos permanecían cerrados. Deseaba que Pedro reaccionara, que los abriera y la mirara, pero no lo hacía. No había movimiento, ni alma ni nada emanando de ese cuerpo. En ese instante, miembros de la guardia se acercaron para cerrar el féretro y fue entonces que Maura sintió que a su alrededor todo perdía nitidez. Reinó el silencio, sintió hundirse en una reconfortante oscuridad.

Cuando volvió en sí, le tomó unos minutos recuperarse. De alguna manera la habían ayudado a sentarse. Carlota no la soltaba y Rosa le ofrecía un vaso de agua, ¡la viuda cuidando a su cuñada! Maura se sintió avergonzada, pero se lo agradeció con la mirada. Si algo tenían en común era su amor por Pedro. Se dio cuenta que la guardia de honor había completado el cierre del féretro, y se preparaban a cargarlo hasta la

carroza. Maura respiró profundamente, necesitaba recuperar su temple.

La guardia cerró filas. El sonido de las botas retumbó en el suelo cuando comenzaron a movilizarse. Poco a poco, los asistentes comenzaron a salir del recinto, siguiendo el solemne paso de los militares. Notó que alguien escoltaba a Rosa y sus hijos hacia el exterior. Maura observaba sin prestar atención a lo que le decían. Carlota no la soltaba. Sus otras hermanas habían dejado a sus esposos para procurarla y seguían zumbando a su alrededor.

—¡Maura! ¿Ya te sientes mejor? —le preguntó Lola, la mayor, al tiempo que le quitaba el vaso, ya vacío, que Maura aún sostenía entre sus manos vacilantes.

Felipa la abanicaba mientras Mercedes y Carlota completaban el medio círculo que formaban las cuatro hermanas, acongojadas.

Maura volvió a respirar pausadamente. Sintió que el aire colmaba sus pulmones del valor que necesitaba. Tenía que ser fuerte y dar el ejemplo. Se puso de pie, extendió sus brazos y las cinco hermanas se abrazaron como solo lo habían hecho contadas veces. Las emociones se arremolinaban al interior de ellas y ese momento les hizo recordar que se tenían entre ellas. Agradecidas, luego de separase, se encaminaron al exterior. Fueron las últimas en hacerlo.

Al salir del recinto, Maura sintió la presión de las manos de sus hermanas, pero su atención estaba en la carroza que en ese momento partía lentamente de la explanada

del Colegio Militar. Era una de esas tardes cuando todavía no es primavera. A esa altura y con el viento fresco, enfriaba con rapidez. Maura se obligó a caminar hacia la berlina donde su esposo ya la esperaba con la chalina que había dejado en el coche.

Una vez adentro, Maura sintió las miradas de preocupación de Eduardo, las niñas y su hermana. No soportaba que la miraran así, mucho menos sus hijas. Maura no quería volver a caer en esa melancolía que la había albergado antes, con tantas otras muertes que había vivido.

Alba, que estaba bien abrazada a su papá, estiró el brazo para tocarla.

—No estés triste mamá. Tío Pedro está descansando y no quiere verte así.

Maura le sonrió. Esta niña parece mi mamá, pensó. Miró a Eduardo. Alba seguramente repetía algo que su papá le había dicho para consolarla. Quería responder pero tan solo apretó la manita de su hija, se la besó y luego desvió la mirada hacia Carlota y sus otras dos hijas, sentadas frente a ella en la berlina. Les ofreció una media sonrisa que pareció aplacarlas.

Afuera, uno a uno, los carros salieron en procesión para acompañar el cuerpo de Pedro hasta el cementerio. Pero el paso era lento. En los primeros cien metros después de salir de la explanada, a lo largo del camino que descendía de nuevo, se habían alineado algunas de las tropas dando el saludo con armas. Al pasar entre ellas, Maura alzó la barbilla, con un antiguo orgullo

patriótico.

Durante el resto del trayecto al Panteón de Dolores, varios ciudadanos que pasaban por ahí, se detuvieron ante el cortejo. Los hombres se quitaban el sombrero y todos se persignaban, pero nadie sabía de quién se trataba. Solo asumían que era alguien importante, dada la elegancia de la carroza fúnebre y la presencia del presidente.

Al llegar a la entrada del panteón, desde la berlina, Maura vio al general Negrete descender de un coche de sitio. En cuanto la comitiva se detuvo, él se acercó para darle el pésame, mencionando que algunos intentaban llegar en los trenes a Tacubaya, pero que aún así, eran pocos. De camino a la Rotonda, Maura notó a Filomeno Mata quien colocaba una corona de flores. El hijo del general Corona, otro antiguo aliado jalisciense, se acercó a saludarla. Al menos hacían presencia algunos leales, con memoria, pensó Maura. Los demás estaban muertos, o demasiado viejos y enfermos para llegar. Eran más los ausentes. Por supuesto, no llegaría su primo Bernardo, que gobernaba Nuevo León, ni Altamirano que iniciaba su exilio en Europa, ni su hermano Luis, el fraile, viejo y tan aislado, allá en Sultepec. Seguramente por eso se había emocionado con la presencia del general.

Maura observó el sitio donde Pedro sería enterrado. Recorrió con la vista las lápidas cercanas, y entonces la vio: la tumba de Lerdo de Tejada. Sintió un escalofrío. Otra broma pesada de Díaz. Pedro pasaría la eternidad

junto a uno de sus mayores opositores. Porfirio lo había logrado. Ni siquiera en la muerte Pedro podría librarse de los espectros de la política.[573]

Volteó a ver a sus hermanas que ya se encontraban alrededor de la fosa.

Lola, la más emotiva, entre sollozos murmuraba palabras a su hija, que era de la misma edad que María —¡dieciocho años ya!— pero más cercana a la familia de su padre, los Zea Domínguez, abogados y distantes.

Mercedes había viajado desde Cuautla con su marido y su hijo de seis años. Su temperamento artístico le ayudaba a mantenerse en silencio, mostrando el peso de la pérdida en su postura o mirada mientras que, con exagerado disimulo, se secaba los llorosos ojos cada cierto tiempo.

Felipa se mostraba mucho más contenida, quizás por haber sido la que ayudó a cuidar a Pedro en sus últimos meses. Aún así, los ojos rojos delataban su tristeza.

Como si se hubiesen colocado a propósito en el orden de su nacimiento, la más pequeña de sus hermanas, Carlota, seguía sin despegarse de Judith y María. Todas lloraban, o habían llorado, excepto Maura. ¿Por qué no tenía lágrimas?

Maura evocó las muertes de sus hermanos: Ramón y Jesusita, en los cincuenta y más recientemente, Antonio y Arcadio, mucho más jóvenes. Los extrañaba. El dolor

---

[573] Posteriormente enterrarían a Agustín Aragón León (1870-1954) entre Sebastián Lerdo de Tejada y Pedro Ogazon. Ver foto de su tumba en Anexos, pág. 487

era intenso, aunque a veces le parecía placentero. Tal vez era tan solo la costumbre. En cierta forma, llevaba los últimos años preparándose para este desenlace.

En ese instante entró a la rotonda el cortejo fúnebre seguido por una división militar que marchaba detrás.

Solo los vivos pueden cargar con los muertos, hasta que, tarde o temprano, ellos también son olvidados, le había dicho su hermano, y ahora sus palabras volvían a ella, resonantes. De vez en cuando le gustaba hablar, pero lo suyo no era narrar. Por eso Pedro nunca escribió sus memorias. Para sus adentros, Maura de nuevo le recriminó a su hermano no haber sido más expresivo. Años de historia pasarían al olvido porque nunca contó su versión de las cosas. Solo dejó sus cartas oficiales, su informe como ministro de guerra, y lo que otros decidieran recordar de él.

Maura miró de reojo a su primo Ignacio quien continuaba a un lado del presidente. En silencio le reconoció haber sido mucho más paciente —y astuto— para navegar en la política mientras que Pedro nunca estuvo dispuesto a participar en el juego.

Ver a Pedro reducido a una caja de madera comenzaba a hacerla consciente de la inmensidad de su ausencia. Al centro de la rotonda habían encendido el pebetero. Maura se distrajo un momento con la llama que comenzaba a lucirse conforme llegaba, inevitable, el crepúsculo. Qué apropiado.

No hubo más discursos ni palabras de despedida en el panteón. Maura no supo si agradecerlo o si alimentar la

indignación que había sentido toda la tarde. Se sentía tan cansada, pero de nuevo contuvo la ira.

Se preparaban para hacer descender el féretro. Con un movimiento suave y controlado, los militares se concentraron en su importante tarea. Por un instante, todos los presentes en la ceremonia parecían haber aspirado al unísono y en silencio. Solo el viento entre los árboles y el murmureo de los curiosos rompían la quietud. Maura sintió un nudo en el estómago.

El peso de la tierra cayendo sobre la madera atrajo un recuerdo de infancia que cruzó por su mente: Pedro subiéndola a un caballo por primera vez. Entonces, el primer cañonazo hizo vibrar el suelo y Maura sintió la onda de choque en el pecho. Un segundo disparo retumbó en sus oídos. Algo dentro de ella se rompía. Para cuando la tercera salva estalló en el aire, el féretro ya se hallaba en el fondo y los ojos de Maura estaban tan húmedos que no podía ver más nada.

El estruendo se disipó con el viento.

Maura susurró su adiós. A pesar suyo, sabía que no había tiempo para detenerse, la vida no funcionaba de esa manera.

Dejó que las lágrimas cayeran.

Después, no quedaría más que seguir adelante, como siempre.

En familia

Ya era de noche cuando Maura, Eduardo y sus hijas llegaron a casa del hermano de Rosa, quien los había invitado a cenar en familia luego del funeral. Habían dejado a Carlota en la residencia de las Vizcaínas, y ahora, los Herrera Ogazon tocaban a la puerta, fatigados, tristes, y hambrientos. Maura habría preferido estar sola e irse a descansar, pero no habría sido ni aceptable ni justo para el resto de la familia.

Cuando les abrieron la puerta, lo primero que oyeron fue el mitigante sonido del piano. Maura identificó la pieza de inmediato. Era la *Consolación No. 3*, de Liszt. El aire dentro de la casa estaba impregnado de comida recién servida y del murmullo de conversaciones apagadas. Maura se quitó la chalina y respiró hondo. Apenas se acomodó el cabello cuando vio que Alba se echaba a correr hacia al piano al darse cuenta de que era su primo Pedro Luis quien tocaba. Judith reaccionó de inmediato y salió corriendo tras de su hermanita, deteniéndola a tiempo para evitar que interrumpiera al concentrado jovencito en ese final tan suave y delicado. Maura sonrió, aliviada. La melodía que Pedro Luis interpretaba era realmente la apropiada para el sentimiento que albergaba a los presentes. Sabía que el final era muy emotivo, engañosamente sencillo, y requería toda la concentración del pianista.

Apenas y unos segundos después de concluir, Pedro Luis reinició, sin esperar el aplauso, como indicando que no era eso lo que buscaba, sino el desahogo. Había

aprendido el piano de su tío Escobar, hermano de su madre y anfitrión de esa triste noche. Él les había abierto la puerta personalmente y había ido a servirle a Maura y Eduardo algo de beber.

Pedro Luis eligió continuar con un nocturno de Grieg. A simple vista, el muchacho pasaba desapercibido, pero frente al piano se convertía en un intérprete casi místico, canalizando la emoción contenida en cada nota. Eso sí, practicaba horas y horas para perfeccionarse. Mientras sus padres y su hermana andaban de Morelos a Veracruz buscando mitigar los síntomas de su enfermo padre, el joven se había quedado a vivir con la familia de su tío en el Distrito Federal pues había ingresado al conservatorio. En cinco años había avanzado tremendamente en sus estudios y tenía a todo el salón en silencio, incluyendo a Alba.

Maura notó que la niña no se había movido, seguía ahí, de pie, lo más cerca que podía del piano. Detrás de ella estaba Judith, quien había colocado sus manos suavemente sobre los hombros de su hermanita, como conteniéndola, aunque realmente era innecesario. Alba ya había escuchado practicar a su primo, pero esa noche quedó cautivada. Movía su cabecita, fascinada con la progresión armónica de la pieza. No era un movimiento rítmico, sino complejo. Alba no solo prestaba atención a la música, la vivía. Sus ojos brillaban y reaccionaban como si las notas le susurraran historias, inaudibles para los demás.

Maura tampoco había apreciado realmente a su sobrino

hasta esa noche. Tomó conciencia de cuánto la aliviaba el sonido del piano. Era un gusto adquirido, un reflejo de sus vivencias en Guadalajara, y de los Rubio, la familia de su madre. Sus hijas mayores, Judith y María, también habían aprendido a tocar y de vez en cuando, por las noches, tomaban turnos para interpretar sonatas y canciones, pero nada que ver con el nivel que había alcanzado Pedro Luis. Claro que la circunstancia era única y sumamente emotiva. La composición llenó el aire con una paz melancólica. De alguna manera, la interpretación tan íntima y magnífica de Pedro Luis, era una especie de prueba necesaria, previa a lo que sería su debut dos años más tarde. Cuando terminó el nocturno, el naciente pianista apenas y permitió que la audiencia respirara profundamente, como captando el último resuello, para prepararse y continuar ese viaje sonoro, y espiritual. Pedro Luis ahora interpretaba una de las piezas favoritas de su padre. Alguien le ofreció una silla a Maura, que ella agradeció pues ansiaba dejarse llevar por esa dulce tristeza que solo sentía con Chopin. La ya conocida tonada, en manos del joven Ogazon, fluía como nunca antes la había escuchado Maura.

Al concluir, el joven se veía transformado. Hubo un breve silencio de duda, pero al ver que Pedro Luis se ponía de pie, los presentes, mayormente familiares aplaudieron con sincero aprecio. El jovencito se inclinó en agradecimiento, y luego alzó la vista hacia su madre, como pidiendo permiso para retirarse. Vio que Rosa sonreía y asentía, así que de inmediato se abalanzó

hacia la mesa donde habían servido un generoso bufet frío. Maura recordó que su sobrino cumpliría los 17 en un par de semanas, estaba en pleno crecimiento. El virtuoso se convertía en niño de nuevo.

En esos tiempos recaía en la mujer la responsabilidad de la crianza, pero con la enfermedad de Pedro y la ausencia de sus padres, el joven había quedado un poco a la deriva. Quizá por esa separación, parecía ser tan apegado a su madre siempre que se les veía juntos. De joven, Rosa también había demostrado gran potencial como pianista, pero siendo mujer, su talento había sido apreciado como una cualidad adicional para una bella esposa en potencia. Rosa le había parecido mucho más divertida a Maura durante su noviazgo con Pedro. Cuando recién la conoció, Rosa le dedicaba horas de su día al teclado. Pero una vez casada, de buenas a primeras, un día dejó de tocar. Quizá por ello siempre había empujado un poco demasiado a Pedro Luis. Recordó lo orgulloso que su hermano Pedro se sentía de su hijo, ¡el pianista! Pobre muchacho, pensó. Ahora su madre se dedicaría de cuerpo entero a impulsarlo hacia la fama, estaba segura, tan bien la conocía. Se preguntó si Pedro Luis no la resentiría en el futuro. Los hombres eran los que debían salir a enfrentarse al mundo, pero en el caso de su sobrino, Maura se preguntaba cómo le haría. Era demasiado sensible para el mundo en que le tocaba vivir, demasiado etéreo, como si su verdadera naturaleza solo existiera en el sonido del piano.

Con su plato lleno con un poco de todo, Pedro Luis se

fue a sentar junto a su madre y su hermana, que ya se habían acomodado, francamente agotadas, en uno de los sofás del elegante salón. Ambas tenían un plato y un vaso medianamente servidos, pero no le prestaban atención a la comida. Rosa le decía algo a su hijo mientras él devoraba y le contestaba con la cabeza.

Mientras que Rosa presionaba —y mimaba— a su hijo a más no poder, en cambio, le había dedicado poca atención a Margarita, quien se la vivía pegada a las faldas de su madre. Con 15 años, la chiquilla le parecía aún más apocada y tímida que su hija María. Los segundos hijos parecían ser siempre así, sombras de los primogénitos. Margarita nunca quiso estudiar, al menos prepararse para profesora de piano. Pedro nunca insistió. Maura alguna vez se lo recriminó.

—En lo que respecta a Margarita, las decisiones las toma Rosa —dijo Pedro, como cerrando la cuestión.

—En lo que respecta a Pedro Luis, también —no pudo aguantarse Maura.

No volvieron a hablar del tema. Maura entendía que Pedro tenía un buen sueldo, pero sabía que durante todos esos años de guerra y exilio habían perdido la mayor parte de lo que su abuelo y su padre habían acumulado como mineros hacendados. Pedro tenía que trabajar. Rosa en cambio, con la riqueza de los Escobar, no valoraba la necesidad de que su hija tuviera una carrera profesional, a diferencia de Maura que siempre insistió en ello. Tanto Judith como María habían estudiado para convertirse en profesoras, y aunque

ninguna tenía la necesidad de salir a la calle para ganarse la vida, al menos estaban preparadas para hacerlo. Además de ser bastante independientes, ambas tenían sus propios gustos e intereses. En cambio, Margarita era la muñequita de Rosa, quien la estaba acicalando para el matrimonio. Y ahora que estaban de vuelta en la ciudad, Rosa asumiría su rol de matriarca absoluta.

Al pensar esto de su cuñada, de inmediato se sintió culpable. Era tan fácil juzgar. Maura se preguntó cómo la verían a ella, como madre. Observar a Judith, Alba y María entre los suyos la hizo recordar lo difícil que había sido llegar hasta ahí.

Con Judith fue complicado. Había llegado a este mundo sin padre, y Maura, viuda tan joven, tuvo que aprender a ser madre sin más guía que su instinto. Desde chiquita, Judith había mostrado un carácter voluble, como el de su padre biológico, y rebelde, como el de su madre. De las tres, físicamente era la más parecida a Maura. Pedro había sido su padrino de bautizo, pero en esos años él pasaba todo el día en la corte, y por las tardes, cortejaba a Rosa. Fue hasta que Maura y Eduardo se casaron que la niña conoció lo que era tener un padre. Eduardo realmente la adoptó como tal. A la fecha, era el único que podía suavizar el fuerte temperamento de la joven de 22 años que en ese momento parecía otra, sentada ante el piano, a un lado de Alba, enseñándole pacientemente el do-re-mi, mientras que el tío Escobar le aconsejaba sobre la manera de alentar a la niña para que ejercitara y siguiera aprendiendo. Él también había

notado la intensa reacción de la pequeña, que ahora insistía en tocar fuerte para que su tío Pedro la oyera hasta el cielo.

A un par de metros, la segunda hija de Maura también escuchaba con atención las indicaciones de su tío. María siempre mostraba más interés en los detalles pedagógicos que su hermana mayor. Maura recordó como todo había sido distinto cuando María nació. Desde bebé, incluso se atrevería a decir que desde antes de parir, María fue siempre afable. Era raro que causara alboroto y nunca trataba de imponer su pequeña voluntad como lo hacían Judith, y ahora Alba. En ese tiempo vivían en San Juan de Letrán, y Eduardo, además de las actividades de comercio que mantenía en Veracruz, comenzaba a dar clases y a conseguir le publicaran sus traducciones literarias. Maura había vivido esa época como prometedora, y aunque para entonces ya sabía que la alegría era, inevitablemente, fugaz, ahora sabía cuánto había que valorarla.

María casi cumplía los dos años y Judith tenía cinco cuando nació María Eva, en diciembre del 73. Desde pequeña fue enfermiza y a los seis meses comenzó a sufrir una fiebre que captó toda la atención familiar y generó celos y confusión en la hermana mayor. Con la bebé enferma y María tan pequeña, Judith se sintió ignorada y salió a la calle, tal como Maura lo había hecho a esa edad cuando su hermano Pedro partió rumbo a la guerra. Pero en aquella ocasión, la ausencia de Maura había sido de un par de

horas, mientras que Judith se había esfumado casi dos días enteros. Hasta anuncios en el periódico colocaron. Maura recordaba que ella y Eduardo comenzaban a perder la esperanza de encontrarla. Resultó que la niña de alguna manera se había subido al tranvía hasta la casona en San Ángel donde habían residido un tiempo. La propiedad era en realidad, de Rosa y Pedro, su casa de fin de semana, y habían permitido que Maura y Eduardo residieran en ella mientras Eduardo se estabilizaba. Judith había sido muy feliz ahí. Maura ahora podía admirarse de cómo su hija había sabido llegar hasta allá y mantenerse escondida hasta que por fin la notaron, agazapada como ratoncita. Se había acomodado sobre un pedazo de sarape, detrás de los grandes costales de azúcar mascabado que guardaban en la bodega de la cocina. Pensar en las travesuras de Judith era mejor que pensar en lo que sucedió escaso un mes después, cuando la condición de la bebé empeoró drásticamente y comenzó a sufrir convulsiones culminando en su muerte, por "congestión cerebral" a finales de junio.

Fue la primera estacada en el corazón de Maura y el inicio de los peores años de su existencia. Ni con la muerte de su primer esposo ni ahora con la de su hermano sintió el dolor que la embargó cuando perdió a María Eva. Aún así, pronto quedó embarazada de nuevo y a su cuarta hija, la nombraron igual. La pequeña ya caminaba cuando enfermó de meningitis. Después de una semana de terribles síntomas y un tremendo sentimiento de frustración por no poder hacer

nada por ella, la segunda Eva[574] murió un mes antes de que naciera Clemencia. Afortunadamente, si es que así podría uno describir tal circunstancia, Maura no tuvo tiempo de doler por la dulce Eva porque Clemencia reclamaba toda su energía. El nombre lo habían elegido a partir de la novela de Altamirano cuyo personaje tapatío supuestamente retrataba a Maura en una época que parecía excesivamente lejana. Pero en abril de 1880, Clemencia murió también, esta vez la causa fue una pulmonía.[575] Para entonces vivían sobre la calle Real de Santa Ana,[576] del lado del barrio del Tecpan de Santiago. Maura apenas y recordaba aquella casa. Un mes antes, Pedro había sufrido su primer ataque de apoplejía y un par de meses después fallecería su hermano Antonio. Maura tardó en recuperarse y solo recordaba la bruma que, si antes solo se había asomado y alejado con el vaivén de sus embarazos y sus pérdidas, ahora se había instalado alrededor suyo, contundente. Maura tampoco tenía una imagen clara de Judith o María en los meses posteriores. Deben haber estado con ella, pero su memoria le jugaba trucos.

Sintió los ojos llorosos y buscó el pañuelo que llevaba en su cartera para secárselos. Doña Muerte andaba de insistente, pensó. Al menos la otra doña, la tantas veces

---

[574] Es algo confuso el asunto de las dos Evas. A la primera, Maura y Eduardo la alcanzaron a registrar días antes de que muriese, pero, no así a la segunda Eva. De ella solo se tiene el registro de defunción. Fuente: *familysearch.org*

[575] "México, Distrito Federal, Registro Civil, 1832-2006", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:QGHQ-623D : Wed Mar 12 11:22:22 UTC 2025), Entrada para Clemencia Herrera Ogazon y Santos Herrera, 6 de abril de 1880

[576] Hoy, Avenida Peralvillo.

maldecida Soledad, ya no la molestaba. Maura miró hacia donde estaba su esposo y se dio cuenta de que Eduardo la miraba, con desasogiego, al tiempo que conversaba con los esposos de sus hermanas. Ella quiso sonreír pero fue más una mueca lo que ofreció a su esposo, intentando decirle que no se preocupara. Herrera pareció entender, aunque no se veía convencido. Sin él, Maura quizás no habría superado esa tercera pérdida. Cuando lo logró, se dedicó totalmente a sus dos hijas vivas.

Cuatro años después, con 42 años, Maura volvió a quedar embarazada. Eduardo ya había comenzado a trabajar como representante legal para Albert K. Owen[577] y se habían mudado a aquel departamento que tanto le gustaba, sobre la avenida Juárez, a unos metros de La Alameda. Realmente inesperada, Alba llegó como un torbellino, bulliciosa, fuerte y precoz.

Aunque físicamente —al igual que María— era más parecida a su papá, a Maura le recordaba mucho a Pedro, por su carácter decidido y disciplinado. Podía estar horas concentrada en una misma tarea, mucho más tiempo que lo usual para una criatura de su edad. Como esa noche en que Alba no se había separado del teclado. Ya había reconocido las diversas posiciones del do-re-mi-fa-sol, y ahora reía con su tío que le había enseñado el juego de "forte, piano, pianissimo…"

—Ahora toca... —decía el tío y dejando a la niña a la expectativa con las manitas preparadas para la

[577] Topolobampo Collection. MSS 106. Special Collections & Archives, UC San Diego

siguiente tanda de instrucciones—: ¡fortissimo!

Maura recorrió con la vista la amplia sala. Quedaban pocos. Vio a sus hermanas sentadas, conversando entre ellas, a los sobrinos dormidos y los que insistían en no hacerlo, y observó la interacción de sus hijas con sus primos. Solo se veían en las reuniones familiares como esa: bautizos, bodas, funerales. Su mirada acabó posándose de nuevo en Eduardo, quien continuaba, de pie, con los señores. Estaba inclinado ligeramente sobre la mesa, con una copa en la mano, atento a la conversación, aunque ella podía notar su impaciencia por irse. ¿Habrá comido algo? Maura se dio cuenta que no había hecho nada por atenderlo. Se había quedado ahí, postrada en la silla que le habían ofrecido casi desde que llegaron, mientras que Eduardo había estado todo el día al pendiente de ellas cuatro. Así era de atento en todos sus emprendimientos, y eran bastantes; por necesidad y por gusto. Maura se conmovió al pensar en la manera desinteresada en que él siempre la acompañaba y consolaba. Era, además, cariñoso y por lo general, muy alegre.

Un estremecimiento le recorrió la espalda al imaginar su vida sin Eduardo. Era como observar un piano abandonado, en silencio, conteniendo el eco de tantas pérdidas acumuladas. No, no podía permitirse pensar en su ausencia. Era suficiente por esa noche.

Se puso de pie y caminó hacia él, para avisarle que comenzaría a despedirse.

Interludio: Memoria y olvido

Casi dos semanas después del funeral, Maura y Eduardo se encontraban en el salón de su casa en avenida Reforma. Era domingo y usualmente, luego de misa y la comida, si no había algún concierto o invitación, pasaban las tardes leyendo las publicaciones de la semana y conversando. Eduardo traía de la oficina los diarios que se habían quedado sin leer, apilados en alguna mesita en el área asignada para la relajación de los abogados que laboraban ahí. En el despacho no tenía casi tiempo de leer, entre llamadas y citas constantes a las que tenía que acudir, las conversaciones con los otros oficinistas, los almuerzos con los clientes y el papeleo que había que completar antes y después de cada una de esas reuniones.

Maura se dedicaba a llevar la casa, claro, pero también salía mucho en la semana. Le gustaba hacer la mayoría de las compras y luego organizar todo con las criadas que trabajaban para los Herrera. Tenía, además, sus actividades de voluntariado con la iglesia, y sobre todo, la necesidad de estar al pendiente de sus hijas mayores. Alba era como un relámpago, aprendía sin dificultad y pasaba a lo siguiente con una rapidez inusual, pero tenía una nana excelente, jovencita e igual de dinámica. María era, en apariencia, más tranquila que sus hermanas, aunque Maura procuraba acompañarla a menudo, pues no le gustaba verla sola en la calle, la sentía vulnerable. Sin embargo, era Judith, que estaba por cumplir los 22, la que en verdad le preocupaba. Tenía gracia para atraer a los

muchachos, pero no el carácter para mantenerlos cerca.

En todo caso, era una de esas tardes tranquilas en que todos se encontraban juntos, sentados. Maura y Eduardo leían, bebían café y fumaban. Bueno, él era el del puro, pero en ocasiones ella le robaba unas probadas cuando se le antojaba y pensaba que las niñas no la veían.

El piano resonaba en la casa, como todas las tardes. Los deditos de Alba repetían el do-re-mi-fa-sol-la-si, recorriendo el teclado. Desde el funeral de Pedro, además de la usual pero breve práctica de las hermanas mayores, a diario Judith le dedicaba las tardes a Alba, quien seguía aprendiendo con celeridad.

—¡Vaya, al menos algo! —reaccionó Maura en voz alta.

Eduardo alzó la vista y la miró por unos segundos. En los últimos años, después de que naciera Alba, Maura había comenzado a ganar peso. Estaba por cumplir los cincuenta, aunque a ella no le gustara recordarlo. Eduardo la seguía encontrando atractiva. Y aunque en ocasiones sentía que su mujer era un constante desafío, no había nadie más con quien él quisiera pasar sus domingos, tranquilamente, como esa tarde con sus tres hijas.

—La legislatura en Jalisco declaró a Pedro benemérito de Jalisco. Hubo luto oficial de nueve días —leyó Maura, quien seguía buscando información en el resto de las páginas—. Eso es todo lo que publicaron.

—Mejor que nada —respondió Eduardo.

Maura cerró el diario a un lado y tomó una copia de *El Tiempo*. Antes de seguir leyendo, miró de reojo a las niñas. María también leía en un sillón, mientras Alba balanceaba sus piernitas, sentada en el banco frente al piano, intentando seguir las instrucciones de Judith, quien parecía estar perdiendo la paciencia.

Maura bajó de nuevo la cabeza y reanudó la lectura. El silencio de Maura hizo que Eduardo levantara la cabeza de nuevo. De inmediato supo que lo que estaba leyendo no era de su agrado.

—¡Cómo es posible que escriban estas mentiras! ¡No respetan ni a los muertos!

—¿Qué cuento se echaron ahora los mochos de *El Tiempo*? —preguntó Eduardo, quien durante la semana por lo general no leía más allá de la primera página. No le daba importancia alguna a la mayoría de las cosas que publicaban, pero Maura no reaccionaba de igual manera.

—No sé si reír o llorar —respondió ella—. Dicen que murió crucifijo en mano y con el sacerdote a su cabecera.

Eduardo soltó una risotada a pesar suyo. Su cuñado no era ateo, pero hacía años que no iba a la iglesia, salvo bodas o bautizos, y eso, solo si él era padrino, de otro modo, acudía solo a la celebración posterior. Nada de misas ni confesiones. Eduardo se imaginaba que Pedro rezaba, pero su fe no necesitaba de iglesias y mucho menos de crucifijos. Además, Pedro siempre desconfió de los curas, con alguna que otra excepción.

La risa de su esposo no molestó a Maura. En realidad, era ridículo. Cualquiera que conociera a Pedro sabría que la historia era una vil mentira.

—"Se nos refiere que habiendo ido a verle un personaje que ocupa en la política una categoría elevada le preguntó qué significaba aquello"—leyó Maura en voz alta, preguntándose quién sería el susodicho personaje —. Que ella supiera, habían sido muy pocos los que visitaron a Pedro en Orizaba. Tendría que hacerle una visita a Rosa para que le contara quién fue.

Sin poder esconder su indignación creciente, Maura continuó leyendo.

—"El general contestó: Soy cristiano y quiero morir en el seno de la Religión". ¡Basura! —exclamó Maura, lanzando el diario a la mesa, con ganas de hacerlo trizas—. ¿Por qué compras esa basura?

—No lo compro yo. El despacho tiene suscripción a todos los periódicos. Yo traigo lo que queda de la semana.

—¡Ni *El Abogado Cristiano* se atrevió a tanto! —dijo Maura, luego de verificar que no habían reproducido la ofensiva nota de *El Tiempo*.[578]

—Ya sabes cómo son —le dijo Eduardo, quien ya estaba acostumbrado a que Maura se molestara por lo que a él le parecían nimiedades. No había manera de controlar todo, mucho menos a los conservadores y su prensa.

---

[578] "El Sr. Gral. Ogazon", *El Tiempo,* 12 de marzo, 1890, pág. 1

Pero Maura ya no lo escuchaba. No podía aceptar que Pedro fuera recordado de una manera ajena a la realidad. Era importante desmentir esa publicación humillante. Hablaría con Filomeno, quien dirigía el *Diario del Hogar.* Hacía tres años, una de las veces en que Pedro había estado muy grave, el diario publicó una detallada biografía. Ni siquiera Maura sabía cuántas batallas había ganado ni cuántos reconocimientos militares había recibido hasta que la leyó. Era una crónica excelente. Para lo poco que había valido todo, pensó amargamente. Y seguramente serviría de muy poco desmentir lo publicado, pero había que hacerlo.[579]

Mientras pensaba en el recuerdo y la distorsión, se preguntó cómo la recordarían a ella. Fuera de ser la hermana del gobernador o alguien que posó para el techo en el Teatro Degollado, ¿qué había hecho ella de relevancia para el país además de cuidar a su familia? Nunca nadie sabría todo lo que ella había vivido en su juventud, ni les interesaría saber lo que realmente pasaba por su mente y su corazón cuando presenció el sinsentido de la guerra o cuando fue obligada a salir del país. Si a Pedro ya lo estaban olvidando, sin duda, de ella jamás hablarían.

De inmediato se regañó a sí misma. Tanta vanidad. No

---

[579] *El Diario del hogar* publicó el desmentido el 21 de marzo. El artículo en la pág. 2 fue intitulado "El Sr. Gral. Ogazon y *El Tiempo",* y asentaba que "*á* nombre y por encargo de la honorable familia del Sr. Ogazon, manifestamos que tal *version*, careciendo completamente de fundamento, es del todo inexacta" y que "al tratarse de una persona que *fué* y es objeto de toda nuestra *veneracion* por sus relevantes prendas, su honradez y acreditada virtud", pedían los colegas católicos y a *El Tiempo*, "una rectificación en el sentido de la verdad que hemos dejado asentada", concluyendo que "los prosélitos de cualquier gremio religioso tienen que ser voluntarios y no inscritos por el sistema de reclutamiento".

eran ejemplares, ni sus pensamientos ni sus sentimientos. Como cuando sintió envidia de su cuñada Rosa al saber que recibiría una generosa pensión como viuda de un general. Cuando ella quedó viuda, de no haber tenido a Pedro, habría quedado desvalida. Y ahora que Pedro moría, ¿qué habría sido de ella si no hubiera conocido a Eduardo? Tenían una buena vida. La casa era magnífica y no les faltaba nada. Pero si algo le pasaba a su esposo, ¿cómo afrontaría ella esos gastos? Ella volvió la cabeza para mirarlo.

Él sintió la mirada de Maura. Siempre parecía sentirla, así como siempre parecía saber lo que ella pensaba. Eduardo era consciente de que tenía que pensar en ese futuro donde él ya no estaría, por eso trabajaba tanto, por eso hacía cuentas en silencio. Quería dejar protegida a Maura a toda costa, esa era su prioridad, que si a él le pasaba algo, ella no tuviera que preocuparse. Todo parecía estar en orden, pero los vientos de la política eran caprichosos. No se podía confiar en ellos. Levantó sus ojos de la carta que había estado leyendo. Sus miradas se encontraron. Se tenían uno al otro. Sabían que para vivir era necesario borrar preocupaciones y vivir el instante. Ambos sonrieron.

Maura suspiró antes de levantarse, dejando atrás los periódicos y las noticias falsas. Se acercó al piano. Judith se alegró de verla, necesitaba el relevo. Alba, emocionada, le tomó la mano a su mamá y le insistió para que se sentara. Quería mostrarle cómo repetía la escala de ida y vuelta sin equivocarse.

Luego de tomar el lugar de Judith en el banco del piano, Maura escuchó la voz de su otra hija, que se había mantenido en silencio, como era su costumbre.

—Mamá, ¿cuándo tendremos teléfono? —preguntó María desde el sillón.

Maura sonrió una vez más.

Siempre habría algo más en qué pensar.

1907

Es hora de que seamos las escribas y maestras de una nueva forma de vida: "soñar un poco antes de pensar", como dijo Toni Morrison, y de volver a unir el mundo a través del cuidado y la inclusión… Lo que me importa es que dejemos de venerar el espíritu de dominación y, en cambio, elevemos el alma del cuidado.

Elizabeth Lesser[580]

Humo y soledad

El silencio no era lo que abrumaba a Maura. Al contrario, siempre lo había apreciado. Entre escandalosas tías y demasiadas hermanas, en ocasiones había preferido la compañía de su padre o la de su hermano Pedro, ambos parcos y adustos. Era un descanso. Con ellos aprendió a escuchar lo que no se dice y a comprender lo que se calla. Sin ruido ni chorcha, se apreciaba mejor la sutil tonada de la vida. Pero ahora era distinto. Lo sentía permanente.

Desde la muerte de Eduardo, no había permitido que la criada limpiara su habitación. Quería preservar cada objeto en su lugar, como si así pudiera detener el tiempo y evitar que su recuerdo se desvaneciera. Su chaqueta colgaba en el respaldo de la silla y sus

[580] *Cassandra Speaks,* pág. 14 y 237. Traducción de la autora.

zapatos esperaban inútilmente debajo de la cama que aún tenía el último pliegue que él había hecho. No se trataba solo de nostalgia, sino de un temor profundo a la pérdida definitiva, a que un acto tan simple como ordenar pudiera borrar los últimos rastros de su presencia. Quería mantener las cosas como eran, resguardar el olor de su cuerpo, no olvidar su voz. Sabía muy bien cuán traicionera era la memoria, porque, ¿a cuántos de sus muertos recordaba? Ya había olvidado la mayoría de sus rostros y sus voces; a su mente acudían imágenes borrosas o los retratos que guardaba en sus álbumes, pero no la persona real. Claro que con ninguno de ellos vivió lo que había vivido junto a su marido durante veinticinco años. No todo había sido, como decían, un lecho de rosas. En realidad, ambos tenían su mal carácter, pero Eduardo era igual de inquieto e inquisitivo que ella, quizás hasta más. Su matrimonio había sido una gran aventura, no debía haber terminado de esa manera.

Aún podía escuchar su respiración entrecortada. Una peritonitis fue lo que acabó con la vida de Eduardo de manera inesperada, rápida y dolorosa. Comenzó con un dolor abdominal intenso y luego, una diarrea que no lograron controlar. Maura no se separó de él durante esos días en que Eduardo intentó aferrarse a la vida. Ninguno quería pensar que ese sería el final, apenas la noche anterior habían hablado de viajar, de que querían más nietos… Pero en cosa de segundos todos los planes se desmoronaron. Desesperada, Maura le exigía respuestas y resultados al médico, quien tan solo

alcanzó a adivinar que Eduardo debió haber comido algo contaminado —a saber dónde—, pero no tenía manera de detener la enfermedad. Aún no se conocían los antibióticos hoy tan comunes para tratar una infección bacterial ni los métodos de hidratación para controlar la pérdida de líquidos. El doctor intentó aliviar con opiáceos el intenso sufrimiento de Eduardo, quien además de vómito y fiebre, sufría de calambres y agotamiento. Luchó como si su espíritu se negara a soltar los hilos de la vida. Siempre había sido un hombre robusto, pero en escasos días la piel apagada le colgaba, era hueso puro. Ya ni hablaba. Lo único otro que hizo el médico fue preparar a la familia para el inevitable desenlace. La sensación de impotencia había sido insoportable para alguien como Maura que, no solo estaba acostumbrada a tener todo ordenado y bajo control, sino que lo hacía para calmar sus ansias e inseguridades.

Su temor más grande se había cumplido, que Eduardo muriera antes que ella. Y ni siquiera tenía el consuelo de saber que lo alcanzaría en poco tiempo. Ella se sentía físicamente fuerte, a pesar de lo regordeta que se había puesto. Rara vez se enfermaba. No padecía más que los achaques propios para su edad, suponía; todo en ella parecía crujir y doler, sobre todo en época de lluvias.

Había terminado su arreglo personal, pero le costaba trabajo salir a enfrentar el día a día. Maura recordó la primera vez que quedó viuda, se había sentido tan indefensa. Su duelo y melancolía habían durado

demasiado. La muerte del papá de Judith, cuando esta ni siquiera había nacido, había sido un evento sumamente trágico para el cual no estaba ni remotamente preparada. Pero había sido una muerte amable y veloz en comparación con la de Eduardo. Pensó en cómo cada muerte tenía su propio peso, su propia sombra.

Como autómata, inmersa en sus recuerdos, Maura salió de su recámara y descendió las escaleras. La ausencia de Eduardo parecía llenar cada rincón de la casa con un vacío imposible de ignorar.

La mañana en que falleció, estaban en casa Maura, Alba y María. Judith se había casado un par de años antes y vivía a dos casas, sobre la misma avenida. Esos últimos días, llegaba temprano cargando con la nana y el pequeño Hugo, nacido el mes anterior. Traían consigo el barullo de la vida que se expresaba particularmente en el llanto del pequeño. Sufría de cólico y lloraba todo el tiempo. Había estado igual de molesto en su bautizo.

—Yo estaría igual de molesto si me hubieran bautizado con ese nombre —le había bromeado Eduardo en voz baja.

Hugo Jalisco era el vivo retrato de su padre, Don José María Aranda. Había sido él quien insistió en ponerle al niño ese excéntrico segundo nombre.[581]

El silencio de la casa contrastaba con el jolgorio del

---

[581] "México, Distrito Federal, registros parroquiales y diocesanos, 1514-1970", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:N5ZQ-68B : Fri Mar 08 01:45:43 UTC 2024), entrada para Hugo Jalisco Aranda y José María Aranda, 1907.

bautizo. Así era la vida, reflexionó Maura. Un vaivén constante entre el sufrimiento y la banalidad, la risa y la tristeza, la vida y la muerte. En esos días, lo único que rompía el letargo de Maura era la presencia del nieto.

Maura no quería pensar en el matrimonio de su hija mayor. Judith no se había casado enamorada, como Maura de Eduardo. A ninguno de ellos les gustaba Aranda como yerno, pero aún así, la llegada del nieto los tenía extasiados, especialmente a Eduardo. Maura tenía que aceptar que la presencia de Hugo había aligerado sus vidas, aún cuando llorara tanto.

De pronto sintió una enorme compasión por su hija mayor al recordar aquella mañana en que se derrumbó completamente al enterarse de que su padrastro había fallecido en su ausencia. Parecía la más afectada de las tres hermanas. Quizás porque ella había adoptado a Eduardo como padre, y él nunca la defraudó.

El eco de sus propios pasos sobre el piso de parqué del gran salón devolvió a Maura al presente y acallado entorno. Era su lugar favorito de aquella casa que hoy le parecía inmensa. De inmediato se dirigió al piano que recién habían traído unas semanas antes.

Como cada año, el presidente de la república —el eterno Porfirio— entregaba premios a los alumnos de las Normales y Preparatorias, incluyendo la Escuela de Artes y Oficios y el Conservatorio. Alba había concluido triunfalmente el Grado superior de piano y le había correspondido el gran piano, aunque no había quedado

contenta.[582] Ella habría preferido el viaje a Europa. Se decía que se lo habían otorgado al único otro premiado del conservatorio, no porque fuera mejor que Alba, sino porque él sí lo aprovecharía, pues era hombre. Maura intentó advertir a su hija que ese era el mundo que la esperaba, que no sería más fácil conforme creciera, sino todo lo contrario. Alba apenas y le hizo caso.

No sería fácil para ninguna de sus tres hijas, aunque al menos tenían el apoyo que ella nunca recibió. Pensó en ese futuro incierto en un país que parecía retroceder más que avanzar. Solo había que ver el estado de la política mexicana. Díaz había traicionado todos los principios republicanos por los que se había luchado a muerte durante tantos años. El país se hundía en la pobreza y el Estado respondía con violencia. Hacía años que Maura ya no pensaba en la necesidad de cambiar el gobierno, ni en la libertad del pueblo, ni en nada de eso que había sido su único tema de conversación cuarenta años atrás. La familia Ogazon había hecho más de lo que les correspondía, pero la batalla por la justicia no parecía tener final.

De manera abrupta, Maura pasó la página de sus pensamientos y regresó al momento presente. A pesar de todo, el piano era verdaderamente hermoso. Con cuidado se sentó en el banco, acomodando su larga falda y su amplio cuerpo. Maura acarició la tapa del teclado antes de alzarla. Vino a su mente la cara de orgullo de Eduardo cuando premiaron a su hija, y luego, cuando trajeron el instrumento a casa. Ese día entre

[582] En la ceremonia de ese año también fue premiado el pintor Saturnino Herrán.

ellos hablaron de ver la manera de conseguir el dinero y apoyar a su hija con sus estudios fuera del país.

Sobre el atril del piano había un par de partituras. No eran de Alba, sino de María, la hija que no decía gran cosa, pero a la que nada parecía atemorizarle. Llevaba ya unos años dando clases de piano y primaria en el Instituto Keener. Desde niña había decidido su vocación y no se había desviado de su intención. Estaba en su mejor momento. Casi no se le veía en casa. Maura sospechaba que estaba enamorada o tenía un amor secreto, pero había fracasado en cada uno de sus intentos por enterarse. María no soltaba la sopa y sus hermanas no tenían ni idea.

Maura sabía que María era igual de inteligente que su hermana menor, pero nunca fue constante ni tan precoz. Alba avanzó con tal velocidad que a María comenzó a darle pena tocar cuando su hermana estaba en casa. Maura no entendía por qué competía con ella. En lo que sí se parecían era en que ninguna de ellas hablaba de hombres. Maura no estaba segura de si eso debía brindarle alivio o preocuparle.

Aunque no habían llorado tanto como Judith, Alba y María seguían igual de tristes luego de perder a su padre. En realidad las tres hijas adoraban a Santos, como a Maura le gustaba llamarlo, en privado. Eduardo era mucho más paciente y cariñoso que ella. Las circunstancias la habían obligado a convertirse en una madre un tanto posesiva y exigente, en ocasiones igual de rígida que su propio padre. Maura sintió que su

garganta se apretaba de nuevo. Tragó saliva. Estaba harta de llorar.

De nuevo fue agudamente consciente del silencio. ¿Dónde estaban las criadas? Seguramente en las compras. La cocinera siempre se llevaba al mozo para que cargara con todo, el ama de llaves y la mucama habrían tenido alguna excusa para acompañarlos, dejándola sola. Qué alivio. Maura se preguntó por cuánto tiempo iba a poder mantener el nivel de vida al que se había acostumbrado.

¡Mi!

El sonido de la nota la sobresaltó. Sin darse cuenta, había colocado su mano derecha sobre las teclas. Dejó que su memoria sensorial la guiara y comenzó a tocar: Mi, Re#, Mi, Re#, Mi…, Si, Re, Do, La. Eran las primeras notas de su pieza favorita desde niña. Las repitió varias veces, intentando interpretar el resto de la melodía. Recordaba el inicio, eso era todo. Sus dedos torpes e hinchados no le obedecían, sobre todo los de la izquierda. Sonaba terrible.

Impaciente y perfeccionista como siempre lo había sido, Maura no intentó seducir a la memoria con suavidad. A su edad se desesperaba aún más que antes y prefirió dejar de tocar.

—Si tanto disfrutas de la música, ¿por qué no retomas el piano? —le había preguntado Eduardo en alguna ocasión, años atrás.

Su respuesta había sido la típica de siempre. Maura se

había encogido de hombros, ese gesto físico e inconsciente que hacía cuando no tenía palabras para responder o simplemente no quería ahondar en el tema.

¿Por qué no había persistido y seguido el consejo de Eduardo?, se riñó a sí misma. Nunca se consideró "artística". No consideró entonces que la sugerencia de su esposo le podría ofrecer una salida a una frustrada sensibilidad que nunca supo encauzar. Seguía igual de rebelde, pero en ocasiones su rebeldía se expresaba en tonterías que, al final, a ella no la beneficiaban en nada. Ahora ya no podía ni siquiera interpretar la "Para Elisa". Quizás, si hubiese tomado en serio la música, podría llenar el silencio con algo más que suspiros.

Con cuidado cubrió el teclado con la novísima tela de fieltro con que había llegado el piano y bajó la tapa. No quería que nadie se diera cuenta de su malogrado intento.

Se puso de pie y caminó hasta la mesa donde lucían enmarcados los retratos de su familia. Los vivos y los muertos, reunidos. Al ver el retrato de su hermano Pedro, Maura pensó en cuánto había cambiado su vida desde su funeral, 17 años atrás. Dos años después había fallecido su hermano Luis, seguido al año siguiente por su primo Vallarta, y Altamirano de quien no había sabido más luego de su exilio voluntario en Italia y de quien, por obvias razones, no tenía su retrato. El rostro de su hermana Mercedes atrajo su atención. Con cuidado cogió el pequeño marco que mostraba a su dulce hermana, la más creativa y alegre de todas, quien

había muerto de tifo hacía cinco años. Besó su imagen y volvió a colocarla donde estaba. Los retratos hablaban de tiempos pasados, de conversaciones interrumpidas, incluso de confianzas traicionadas. Entre ellos no se encontraban los de sus padres ni los de sus hijas fallecidas. Sus pequeñitas...

—Ya deja esos pensamientos mórbidos —Maura escuchó clarita la voz de Santos. Miró el sillón que él usualmente ocupaba los domingos, cuando regresaban de misa y luego de comer, compartían la semana, leían y observaban a las niñas con la nana.

—Tienes razón —dijo Maura, bajito.

Si Eduardo la podía escuchar, no necesitaba hablarle en voz alta, pensó Maura. Su hija María juraba que el espíritu de Eduardo la visitaba todas las noches, como lo había hecho en su niñez, para acompañarla hasta que se quedara dormida. A pesar de ser tan fuerte y espartana, María sufría de pesadillas. Llevaba tiempo acudiendo a sesiones de espiritismo y seguramente ahora iría más seguido para intentar hablar con su padre. Maura había intentado disuadirla, pensaba que eran puras patrañas. No creía en la vida después de la muerte. Sin embargo, estaba segura de que no dejaría de hablarle a Eduardo, y no dudaba de que seguiría escuchando sus respuestas. Necesitaba hacerlo. Siguió entonces su consejo y desvió su mirada a los marcos que mostraban a sus hijas vivas, las tres inmersas en sus vidas mientras que Maura parecía estar enfocada en la muerte. Las fotos que tenía de ellas eran de los

noventas. Ya le habían reclamado las tres por no tener enmarcadas imágenes más recientes, sobre todo Alba, pues en la suya, era una niñita. ¡Pero Maura adoraba esa fotografía! Captaba el genio de su mirada y desbordaba una energía muy similar a la de su padre. Ay. Otro suspiro. ¿Así sería su vida de ahora en adelante? ¿Un suspirar constante?

A Maura le aburría el sufrimiento y sentía vergüenza si lloraba, se quejaba o, incluso, si suspiraba, como lo hacía ahora a cada rato. Dio la vuelta y se dirigió a la habitación donde Eduardo solía trabajar cuando se encontraba en casa. Se sentaba horas, con la puerta cerrada cuando no quería ser interrumpido o abierta para dejar saber que estaba disponible, o porque quería escuchar a la incansable Alba perfeccionar su interpretación. Solo alcanzó a oírla tocar una vez en el piano nuevo.

Maura comenzó a recorrer el despacho. Sus manos tocaban la orilla de los muebles, el respaldo de la silla marcada por el peso de Eduardo. Imaginaba sentir su tacto y volvía a escucharlo. En casa y en las fiestas era dicharachero y despreocupado, pero se tornaba sumamente serio cuando se trataba de negocios, o de literatura.

Maura acarició el lomo de las revistas en las que Eduardo había colaborado, ahora encuadernadas en elegantes tomos: *El Correo Germánico*, *El Artista*. Maura sonrió para sí al recordar el día en que Eduardo llegó henchido luego de que Gutiérrez Nájera expresó

públicamente la admiración que sentía hacia él por su dominio del inglés. En el 81 publicó una gramática inglesa que se había vendido en su totalidad. Eduardo también conocía a fondo el alemán y el francés, y había publicado traducciones de Flaubert y Victor Hugo, pero la literatura no daba para vivir. Y, luego, con la inesperada muerte de Jorge Hammeken en el 84, Eduardo la abandonó por completo. El abogado, editor y escritor de reseñas había sido el compañero de farra de Eduardo, pero sus juergas consistían en conversaciones interminables sobre Shakespeare y Thackeray, acompañadas de fiambres, pan y jarras de buen vino.

Al menos continuó con la traducción. Fue la necesidad que nunca lo alejó de dar clases. Además, le transmitió su amor por los idiomas a sus hijas, aunque la única que realmente lo aprovechó fue la más pequeña. Cuando no practicaba el piano y si Eduardo estaba en casa, la perinola de Alba no se despegaba de él. Entre ellos hablaban en inglés. A los dieciséis años, Alba no solo ayudaba a su padre con las traducciones cuando él tenía demasiado trabajo, sino que incluso anunciaba sus servicios como traductora en el *Blue Book*. En esa época incluso escribió un libro —¡a máquina!— sobre la atrevida escritora inglesa, George Eliot. Eduardo la había guiado en el proceso. Maura temía mostrar favoritismos, pero admiraba en secreto a la más pequeña de sus hijas.

Junto al librero, había un gabinete de caoba, cuyo origen no recordaba con certeza. ¿Lo habían traído

desde Filipinas o desde Veracruz? Eduardo solía guardar ahí los papeles que ya no requería tener a la mano. Maura lo abrió y sacó un par de cajas. No sabía bien lo que buscaba. Las destapó de manera descuidada, pero en una de ellas algo captó su interés. Eran cartas, folletos y fotografías relacionadas con el asunto de Topolobampo. El ambicioso proyecto contemplaba una línea de ferrocarril desde los Estados Unidos, que, entrando por Chihuahua, sería una ruta más corta hasta la costa del pacífico, sin problemas de nieve y heladas. Además, construirían una ciudad utópica, de la nada, con ciudadanos americanos que habían invertido todos sus ahorros en la búsqueda de libertad e idealismo. El lugar era un puerto natural y Owen tenía la visión de su potencial, pero no el capital para llevarlo a cabo.

En una de las fotografías, el amigo de Eduardo cuya empresa tanto había ayudado a las finanzas de la familia, sonreía a la cámara, todo enlodado y sonriente junto otros esperanzados colonos. Había sido el mismo Hammeken, que trabajó como director del gobierno junto con Francisco Bulnes, quien introdujo a Eduardo y al norteamericano Albert Owen, sin duda un hombre muy carismático. Eduardo fue representante legal y secretario, del lado mexicano, de *Credit Foncier*, la compañía fundada por Owen y sus socios. Precisamente, una de las principales responsabilidades de Eduardo era traducir lo que parecía una tonelada de documentos, entre cartas a los principales socios y todas las comunicaciones oficiales entre Foncier y los

distintos representantes del gobierno mexicano con quienes Owen tenía que negociar permisos, reformar concesiones y asegurar subvenciones.

El proyecto de Topolobampo cobró fuerza pocos meses después de la muerte de Pedro. Las cosas pintaban espléndidas. Aunque en realidad, Maura no recordaba bien todos los detalles del asunto porque Eduardo tenía la tendencia a guardarse las cuestiones relacionadas con los negocios, sobre todo cuando se tornaban negativas.

Mister Owen visitó la casa de los Herrera en las diversas ocasiones en que estuvo en la Ciudad de México. Eran muy entretenidas las anécdotas que contaba sobre sus penurias en el incipiente y utópico Topolobampo. Hasta el nombre sonaba exótico y ensoñador. Owen era carismático y quizás realmente era un visionario, pero por lo mismo, demasiado idealista. Cuando por fin el gobierno mexicano le había otorgado la concesión a su compañía para iniciar la construcción del ferrocarril, Owen aparentemente no pudo hacer el depósito de 10 mil pesos en bonos, parte del requisito para que el contrato surtiera efecto. No era que el americano no quisiera pagar, pero le había tomado tantos años navegar entre políticos, inversionistas y oportunistas, que para cuando recibió la concesión, ya se habían retirado muchos de los fundadores del proyecto, y la mayoría de los fatigados y empobrecidos colonos habían abandonado la selva sinaloense. Eduardo le había aconsejado a Owen no regresar a México, pues estaba siendo amenazado con

multa y meses de cárcel.

La otra caja contenía folletería, mayormente traducciones al inglés. Afortunadamente, en los últimos años Eduardo había conseguido otro trabajo bien remunerado con Jesús Galindo y Villa, quien dirigía el nuevo Museo Nacional y requería que sus textos fueran traducidos al inglés, para los turistas e investigadores extranjeros. Además, Eduardo había seguido como empleado de la compañía *Mexican Central Rail Road*, aunque luego, cansado con la politiquería, aceptó el cargo que le ofrecieron en 1903 como secretario del nuevo Colegio Dental. Era otro trabajo de oficina, pero mucho más tranquilo.

Entre los folletos que Eduardo había guardado en esa caja, Maura notó que había algunos de la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza.[583] Maura había comenzado como voluntaria en la organización desde su fundación, pero durante poco más de un año había trabajado como secretaria correspondiente.[584] Tenía que atender toda la correspondencia y comunicaciones con otras organizaciones e individuos fuera de la WTCU, y además debía mantener informado al resto de la membresía de todo cuanto les concernía. El pago había sido más simbólico que real y no le había gustado mucho asumir más responsabilidades, pero no era un trabajo difícil y ella había disfrutado socializar. La comunidad protestante, en verdad era pequeña;

[583] En inglés, *Women Temperance Christian Union*, W.T.C.U., fundada en México en 1898.

[584] *Blue Book*, 1901

muchos eran clientes de Eduardo y otros, conocidos desde la época en que su hermano Pedro aún vivía y tenía tratos con Matías Romero quien se había convertido al protestantismo luego de casarse. Los metodistas le parecían personas más solidarias que los católicos, que dios la perdonara. Además, la doctrina evangélica les reconocía a las mujeres igualdad espiritual frente a Dios.[585]

La mujer a cargo de la organización era una norteamericana, seria y comprometida, muy distinta a las señoras mexicanas, que, aunque más divertidas, también se pasaban de mochas y se asustaban con todo. Cuando Miss Jones[586] fue enviada a otra ciudad, el grupo en el Distrito Federal se había dividido entre las norteamericanas y las mexicanas. Sin darse cuenta Maura se alejó poco a poco de ese ámbito, aunque sus hijas mantuvieron algunos vínculos. Ambas, Alba y María se consideraban feministas y si podían, acudían a las actividades, conferencias y asambleas en las que se discutía y promovía el voto de la mujer. ¡Tanto por cambiar, y tan poco tiempo para vivir…! Suspiró. Todo era política y fracasos.

Ya no había más que ver, o mejor dicho, Maura había perdido el interés. Cerró las cajas y las puso de vuelta en el gabinete. Eran suficientes recuerdos para una

---

[585] Carner, Francoise. “Estereotipos femeninos en el siglo XIX”, *Ibídem,* pág. 104

586 Susana E. Jones aparece como la presidenta de la W.C.T.U. mexicana, en el Blue Book, 1901. Listada como una de los mensajeros de las iglesias bautistas fundadoras de Aguascalientes, se integró a la primera mesa directiva de la Convención Nacional Bautista de México en 1903 en Mérida, Yucatán como secretaria de estadísticas. Fuente: Montemayor, Dr. David L. “Historia de los bautistas en México”, *reformedreader.org*

tarde.

Se acercó al enorme escritorio donde Eduardo trabajaba y notó la caja de puros. Al abrirla, el aroma del tabaco cubano la envolvió de nostalgia. Era un objeto tan masculino, y sin embargo, Eduardo había sido feliz en esa casa de mujeres.

Como si en respuesta a sus pensamientos, en ese instante Maura escuchó voces femeninas al exterior. Con disimulo se asomó a la ventana que daba a Reforma. Eran los criados que llegaban de vuelta a casa. El mozo empujaba una carretilla con la compra para la semana detrás de las mujeres que reían y sudaban, acaloradas luego de cargar con su propio peso desde la plaza de mercado. Maura los vio desviarse hacia la entrada lateral de la casa, que llevaba directamente a la cocina y bodega.

Minutos después, entró la mucama.

—Ya estamos de vuelta señora, ¿se le ofrece algo? —preguntó.

—No, niña, estoy bien.

La joven estaba por darse la vuelta para salir, cuando escuchó de nuevo a la señora de la casa.

—Ya puedes entrar a limpiar mi recámara —le dijo—. La cama necesita una buena oreada.

—Claro que sí señora, ahorita mismo —respondió la mucama, alegrándose de ver que su patrona parecía estar recuperándose de su duelo.

Era verdad que Maura sintió alivio de haber tomado la decisión. No podía resguardar la memoria de Eduardo encerrada en un apestoso cuarto. Aún quedaban tantas cosas por resolver. Con las hijas. Con la casa. Con ella misma.

—Ya te quieres olvidar de mí, ¿tan pronto? —En su mente Maura escuchó una vez más la voz de Eduardo. Él la había acusado más de una vez no solo de ser inconstante, sino de tener un corazón veleidoso.

—¡Tonto! —Maura le respondió, sin decir palabra, tal como se lo había dicho en voz alta en más de una ocasión, pero con la misma sonrisa interior que siempre le causaba percibir los celos de Eduardo.

Era verdad que había sido descuidada en cuestión de amores, pero en ese entonces, ella era muy joven y sabía poca cosa del amor. Le gustaba sentir el halago de sus admiradores pero nunca entregó ni su corazón ni su cuerpo a nadie, hasta que se casó con Pamplona. Una vez viuda, los pretendientes reaparecieron, y ella se había entusiasmado con aquel otro pintor. Pero, solo más tristeza había surgido de aquella malograda y breve relación. Durante algunos meses, se había refugiado en aquella amistad tan particular que llevó con Altamirano. Casi a diario se encontraban en la Alameda, pero, una vez que supo que Eduardo la cortejaba, Altamirano no hizo más esfuerzos por buscarla, aunque no dejaba de mirarla con esa intensidad tan característica cuando coincidían en tertulias u otros eventos sociales. Era entonces que Eduardo la celaba,

medio en serio, medio en broma.

Maura esperó a que la criada saliera del salón. Minutos después la escuchó subir las escaleras y fue entonces que cerró la puerta del despacho. Lo pensó un segundo, y dio vuelta a la llave. Regresó al escritorio y se sentó en la enorme silla. Era bastante cómoda.

Volvió a abrir la caja de puros pero esta vez sacó uno y se lo llevó a la nariz, tal como había visto a Eduardo hacerlo a diario. Cortó la punta, se lo colocó en la boca y lo encendió. Aspiró, dejando que el humo recorriera sus viejos pulmones. Luego tosió bastante.

—A ver si así te alcanzo más pronto —dijo, esta vez en voz alta.

Pero Eduardo no le contestó.

—¿Dónde andas, Santos? —preguntó Maura y se rió. Ni siquiera podía contar conque los muertos estuvieran siempre disponibles. Eduardo le hablaba solo cuando a él le daba la gana.

A Eduardo nunca le había hecho gracia verla fumando, pero a ella le hacía sentir más cercana a él. Entre el humo y la soledad, Eduardo le haría compañía de vez en cuando.

Fumar a hurtadillas la hizo sentir joven de nuevo, como cuando se encontraba en secreto con alguno de sus pretendientes o de niña se escondía en la hacienda luego de haberse robado algún dulce de la despensa. Era un placer furtivo, e ingenuo. Un pequeño acto de rebeldía que, sorpresivamente descubrió, estaba

disfrutando al doble.

Volvió a aspirar, con más cuidado. Dejó que el humo llenara el vacío en su pecho. Supo que había encontrado algo que le pertenecería solo a ella.

La próxima vez, se aseguraría de tener una jarra de agua, pensó, previsora como siempre.

Las tres gracias

> *Una mujer debe ser buena y parecerlo; la buena reputación es el bien más frágil que posee y puede perderlo tanto por una conducta aparentemente ligera o inconsciente que provoque murmuraciones, como por los peligros más reales de ceder a la seducción, el rapto y el adulterio… El rapto, que destruía la honra sexual de la muchacha, obligaba a los padres a aceptar como marido de su hija a un hombre que antes no hubieran aprobado.*
>
> **Francoise Carner**[587]

Para la hora de la comida, Maura ya se había refrescado con el agua de rosas y enjuagado la boca con la de menta y se encontraba en la cocina con la cocinera, probando todo lo que había preparado, como siempre lo hacía, ya más por costumbre que por un afán de supervisión.

La primera en llegar a casa fue Alba. Aunque ya había concluido sus estudios en el conservatorio, el maestro Meneses la había contratado como asistente, ella

[587] *Ibídem*, pág. 101-102

incluso daba la cátedra en su ausencia. A menudo se quedaba a ensayar con él y otros músicos, pero no había sido el caso ese día. Seguramente practicaría en casa. A Eduardo le habría dado enorme alegría, pensó Maura, al tiempo que volvía a sentir ese terco pinchazo al recordarlo, aunque hoy, el dolor era más dulce y sabía a tabaco.

Alba seguía desilusionada de no haber ganado el viaje a Europa, aunque entendía la lógica del jurado. Era verdad que muchas de las mujeres concertistas que se graduaban del conservatorio pronto abandonaban la profesión para casarse y tener hijos. Se daba cuenta que la mayoría de sus profesores pensaban que ella pronto haría lo mismo y lo abandonaría todo. Por supuesto que esa no era su intención. Para nada. Habían cometido una injusticia. Ella hubiese dado cualquier cosa por tener la oportunidad de ir a estudiar al viejo continente. Aunque todavía no lo había hablado con su madre, era consciente de que, con la muerte de su padre, las posibilidades de viaje eran, ahora, mucho menores. Aunada a la pérdida de quien proveía para todas ellas, Alba pronto dejaría de recibir la pensión que le había conseguido su tío Bernardo desde que había iniciado sus estudios en el conservatorio a los nueve años. Eran unos cuantos pesos, que Alba —ya mayor— gastaba en libros, comidas y transporte sin tener que estar pidiéndole a sus padres. Ahora se arrepentía de no haberlo ahorrado.

No le preocupaba tener que trabajar para ganarse la vida. Ya había tenido la experiencia de generar ingreso

con las traducciones, como lo había hecho su padre, y el maestro Meneses la compensaba por el trabajo que realizaba para él. Seguramente podría conseguir empleo como maestra, aunque el sueldo era bastante miserable. En realidad, lo que más le entusiasmaba, era que había comenzado a publicar sus escritos sobre música, ¡y le pagaban por ello!

Entró a la cocina, saludó a las criadas y se acercó para darle un beso a su madre. Alcanzó a oler el tufo del puro, pero no dijo nada. Observó a Maura y de inmediato notó un cambio en ella, parecía resignada, con más ánimos. La muerte de su padre había afectado a su madre más de lo que Alba habría esperado, con lo inexpresiva que podía ser Maura, tal y como lo era ella misma.

Ni tiempo le dio a hablar porque en ese momento llegó su hermana Judith con todo el ruido y la agitación que implicaba moverse con el carrito del bebé, la nana, y todo lo que cargaba consigo para no estar enviando a la criada de una casa a la otra. Todos los días era lo mismo.

Alba se daba cuenta de que su madre se ponía tensa siempre que llegaba Judith, aún sin su marido. Maura la ametrallaba con preguntas que su hija mayor siempre evadía. Hacía lo mismo con Alba y María, pero ésta ya había confrontado duramente a su madre. Judith y Alba se habían quedado boquiabiertas aquel día, aunque por dentro Alba sintió gran admiración por el coraje que había demostrado su hermana, la que nunca decía

nada y parecía tan apagada. Esto había sucedido apenas la semana pasada, pocos días después de la muerte de papá. Todas estaban un poco fuera de sí desde entonces.

Maura también interrogaba a Alba, aunque mayormente le preguntaba sobre Judith y María. ¿Qué iba ella a saber lo que pasaba por la mente de sus hermanas mayores? Ellas le confiaran nada, y aunque lo hubieran hecho, hacía años que había dejado de ser la pequeña que le contaba todo a su mamá. Además, procuraba no opinar pues, ¿qué sabía ella de matrimonios y relaciones? Alba entendía a su mamá, eran otros tiempos y eso era difícil de aceptar para Maura. María había intentado hacerle ver cuán contradictorio resultaba que, a pesar de todo lo que les había enseñado sobre ser mujeres independientes, Maura seguía queriendo inmiscuirse en la vida de sus hijas, y luego, se quejaba de que la iban a volver loca: Judith con sus malas decisiones, María con sus misterios y Alba con sus frustraciones profesionales.

En cuanto Judith y su comparsa llegaron hasta la cocina, Alba arrancó a Hugo de los brazos de la nana. Siempre se entusiasmaba de ver a su sobrino, a veces hasta lo sacaba de la carriola, despertándolo y haciendo enojar a su hermana, lo cual, de por sí, no era difícil.

Adoraba a su sobrino, quien no tenía culpa de nada. ¿Qué haría ella con un muñequito como él?, se preguntaba, al tiempo que lo abrazaba, era tan suave y pequeño. Pero Hugo no era un muñequito. Como

sucede con los bebés y las mascotas, cualquier cosa que hacía, despertaba ternura y provocaba un deleite espontáneo. Era un gozo natural, una distracción bienvenida, pero, a decir verdad, después de unos minutos, Alba ya no sabía qué hacer con la criatura. Trató de imaginarse a sí misma todo el día en casa cargando al bebé, yendo al mercado y preparando de comer. Sin darse cuenta se rió, pues no sabía cocinar ni un huevo frito. Su risa asustó al pequeño Hugo que parecía a punto de llorar. Agradeció a la nodriza quien de inmediato se hizo cargo del niño. Alba no sabía si además se había ensuciado el pañal o si tenía hambre, ni quería saberlo. Recordó que esa tarde habría una conferencia a la que quería asistir, y decidió subir a arreglarse en lo que servían de comer.

Alba no se equivocaba, la presencia de Judith le causaba a Maura mucho pesar. Se sentía culpable de haber permitido que se casara, pero, ¿qué otra opción había? Judith ya era grandecita —pasaba de los treinta y cinco— cuando Aranda comenzó a cortejarla, pero, aún así, en comparación con él, ella era una ingenua con muy poca experiencia. Toda su vida había sido tan exigente con los galanes que todos se fueron quedando atrás. Su carácter terco no la había ayudado gran cosa.

En realidad, ninguna de sus hijas se habían mostrado interesadas en el matrimonio. Ni Eduardo ni ella les inculcaron que ese era un objetivo indispensable para ellas. Nunca entraron en la dinámica de presentar a las hijas en sociedad, eso ya nada más era cosa de los burgueses o los muy ricos que mantenían costumbres

obsoletas. Ambos se consideraban personas modernas, de los que apoyaban a las feministas cuando la mayoría las consideraban una locas alborotadoras.

Eduardo había sido el que más había prevenido a sus hijas de lo que los hombres traen entre manos. Había pocos como él y no era una exageración. Claro que había buenos hombres, pero muchos sin dinero. Bohemios soñadores sin futuro que ofrecer. De eso, Maura sabía lo suficiente.

Quizás eso fue lo que atrajo a Judith en un inicio. Aranda era un hombre ya hecho, que, aunque aparentaba estar mejor posicionado y no era un gran conversador, tenía un negocio sólido y propiedades, le traía flores y chocolates y se portaba como se supone debía portarse un caballero. Al principio.

Su papá se lo advirtió, pero Judith nunca hacía caso. Aranda la cortejaba como nadie más lo había hecho antes. Además de las serenatas y los regalos, la llevaba a andar en caballo a su hacienda. En verdad se divertía. Aunque viudo, Aranda era un hombre con suerte. Recién el año anterior había ganado 12,500 pesos en la lotería de Beneficencia de Querétaro. Pero, también era apostador, bebedor y seguramente mujeriego. Maura podía percibir en él una veta violenta. Incluso sospechaba que había llegado a pegarle a Judith, pues había habido un par de ocasiones en las que ella no fue a casa, alegando estar enferma, lo cual era cosa rara en ella. Intentó preguntarle, pero Judith se negaba a contestarle. Incluso Eduardo le recomendó que no se

metiera en la vida de ellos, que quizás estaba equivocada. Pero Maura no creía estarlo, y sabía que Eduardo también tenía sus dudas, aunque no las comunicara. Era obvio que Aranda era un hombre sin mucha educación y aunque podía ser encantador, solo lo era cuando quería algo. Originalmente de Guanajuato y de una familia muy tradicional, José María era un hombre de esos que la cantante Bishop presenció en Guanajuato, entrando a caballo a las cantinas. De hecho a eso se dedicaba. tenía una famosa pensión ecuestre sobre Avenida Reforma, además de una hacienda en Tacubaya, sobre la calle de *Schola,* a lo largo del río del mismo nombre.[588] Pero más allá de su posición económica, y a pesar de la alegría que le había dado tener un nieto, ni a Maura ni a Eduardo les convencía el marido de Judith.

Cuando Judith conoció a José María, a ella le había parecido atractivo. Ella todavía era virgen aunque no tan inocente, ¿por qué se dejó seducir? Era verdad que se divertía con él. Se portaba tan distinto a los rígidos oficinistas y maestros que ella había conocido toda su vida. Aranda la llevaba a bailes y en ocasiones, al Tivoli de Cartagena — el "Monte Carlo de México"—, en el mismo Tacubaya. También la pasaban bien jugando al dominó o a las barajas. Aranda nunca había jugado con una dama, pero Judith era ágil para calcular y nada tímida para apostar. Claro que jugar en casa, apostando monedas de centavo no era lo mismo que apostar en el

[588] Actualmente, Avenida Xola (también conocido como "Eje 4"). Su hacienda se ubicaba en el número 169 y medio de dicha avenida.

casino. Sí, a ambos les gustaban los números, pero parte del problema —y Judith lo descubriría más adelante— era que Aranda usaba más esa capacidad para apostar que para ahorrar.

Sí, disfrutaba su compañía, pero no estaba convencida de querer pasar el resto de su vida con él. Él la persuadió a punta de pistola, amenazándola, no con suicidarse, como en tiempos de su madre, sino con matarla. No la había raptado, como era la usanza, pero era casi la misma cosa, ¿o no?[589] Si Judith había quedado embarazada. Aranda no habría permitido que sus hijos nacieran fuera del matrimonio. Sin embargo, de ser cierto esto y dadas las fechas, no habría estado preñada de Hugo Jalisco, sino que ese primer embarazo, de haberlo habido, resultó malogrado.

Judith era tenaz. La imagino aceptando casarse con él con la condición que le permitiera terminar sus estudios de contaduría, que ella había iniciado antes de conocerlo. Le faltaba poco para recibirse de la recién inaugurada Escuela Superior de Comercio y Administración. Él habría aceptado, seguramente pensando que con el bebé ya no tendría tiempo para boberías. Cuando el embarazo quedó interrumpido, Judith habría retomado sus estudios de contaduría aunque pronto quedaría embarazada de nuevo, esta vez sí llegando a término y resultando en el nacimiento de su primogénito.

Siempre que llegaba a casa de su madre, Judith temía

[589] Al menos, así se lo contaría Judith a sus hijos y nietos.

que esta comenzara con sus injerencias, y por ello se alegró de ver que Alba ya estaba ahí. Ese día, ella también percibió algo distinto en Maura. Se alegró. Eso de perder a un esposo por segunda vez, no podía ser fácil. Y Eduardo no solo había sido un buen hombre, padre y esposo, sino un gran domador de la fiera que podía ser su madre cuando perdía los estribos. Judith no le tenía miedo, en parte porque era igualita a ella, pero en estos últimos años, se habían alejado. Maura esperaba que su hija le contara todo lo que le sucedía mientras que Judith no quería compartir con su madre la realidad de su vida. Su lucha interna era enorme, y desde la muerte de su padrastro, discutían con demasiado frecuencia. Y sin embargo, no dejaba de venir todos los días. Necesitaba su cercanía.

Para cuando María entró a la casa, cansada y acalorada, Alba seguía en su habitación, mientras Maura y Judith hablaban en la sala. Huguito yacía entre ellas como tamalito, comido y a gusto, dentro de un moisés de palma fina colocado sobre el sillón, mientras en la cocina se oía el rumor del cuchicheo y las risitas de las empleadas. Los olores le hicieron recordar su hambre.

María continuaba dando clases en el Instituto Keener. Definitivamente, lo suyo era estar al frente del salón de clases, con las miradas de las niñas, algunas inquisitivas, otras igual de calladas y cerradas que ella, todas expectantes de sus palabras de aliento o reprimenda. Ese era su oxígeno, sabía que en ello debía su entrega. Esa era la diferencia entre ella y su

hermana mayor, pues, aunque Judith también había estudiado para profesora, no tenía la paciencia para manejar un grupo entero. Sin duda ella era más feliz haciendo cuentas.

Otra diferencia entre ellas era su inseguridad. Cuando María nació, Judith no sintió los celos que supuestamente sienten los hermanos mayores, quizá porque se sentía sola y quería tener una compañera de juego o porque Eduardo, su padrastro, la ayudó mucho con esa emoción tan complicada. Pero María, la hija sandwich, fue quien, más adelante, resintió el tiempo que su padre le dedicaba a Alba desde que esta nació, y más aún cuando demostró lo lista que era. María siempre había sido muy capaz y había requerido de poca atención, lo que no significa que no la necesitara. Su intelecto era brillante, era una líder nata, y aunque no era particularmente curiosa no carecía de imaginación. Le gustaba leer y adoraba discutir libros, sabía inglés y era una pianista bastante apta, pero no tenía el talento ni la personalidad de la precoz Alba. Tampoco sentía la pasión que su hermanita demostraba tener por la música, la escritura o los idiomas. Lo suyo era la enseñanza.

María sabía que era un tontería estarse comparando con Alba, pero no podía evitarlo. Con Judith había sido distinto, habían crecido juntas y eran más cercanas de edad. A pesar de que se peleaban a menudo, se entendían y eran más cómplices que competidoras, cosa que no sucedía con la más joven. María era tan solo cuatro años menor que Judith, pero trece años

mayor que Alba. La muerte de sus otras tres hermanas debe haberle afectado de una manera que no podríamos entender sin conocer lo que en realidad cruzó por su mente y corazón infantiles. Quizás pensó que seguiría siendo la menor para siempre. Debe haber sido muy mimada, hasta que llegó Alba. Entonces María se refugió en Judith, y siempre fueron confidentes, hasta hace poco, pues a raíz de su matrimonio había comenzado a asumir algunos de los mismos prejuicios que el antipático de su marido. Lo único bueno de ese casamiento había sido el nacimiento de Hugo, en eso coincidía con Alba y con Maura.

Dejó sus cosas en la entrada, aliviada con el fresco que sintió al interior. Saludó a su madre y hermana mayor con un beso, se asomó a la canastilla y le sonrió a Hugo con ternura.

—¿Ya pronto vamos a comer? —preguntó.

—¡Te estábamos esperando! —exclamó Alba, que en ese momento bajaba por las escaleras que daban a la sala.

—¡Shhh! —de inmediato reaccionó Judith, temiendo que despertaran al niño.

Y sin decir más se dirigieron al comedor. Se sentaron a la mesa, cada una en su sitio de siempre, dejando desocupada la cabecera, donde usualmente se sentaba Eduardo.

Maura miró a sus hijas, y se alegró de tenerlas con ella ese día en que, a pesar de su profunda tristeza, por fin

había aceptado que tenía que seguir adelante. Volvería a visitar el despacho de Eduardo mañana, y todos los días. Tendría su ritual privado, su escondite del recuerdo, pero también tendría su vida de madre, de abuela, de señora de su hogar.

Estaba viva, y sin duda, ¡moría de hambre!

Rumbo al futuro

Terminando de comer, las cuatro se enfrascaron en una discusión sobre la situación política del país. Judith repetía lo que decía su marido, partidario de Porfirio. Alba la contradecía con argumentos, renegando de los hombres en el poder, fueran presidentes, dictadores, o directores del conservatorio. María renegaba de los hombres en general. Ninguna de sus hermanas se atrevió a preguntarle si hablaba de alguno en particular. Después del arrebato de hacía unos días, le tenían miedo. Maura escuchaba y asentía. Al final solo dijo que no todos los hombres eran iguales.

—Su padre no era así…

Las tres se quedaron en silencio.

Alba miró la hora en el viejo reloj cuyo enorme péndulo colgaba y marcaba cada minuto del día con un tic tac que ya ninguna de ellas escuchaba. Tenía que irse, no quería llegar tarde a la conferencia.

—¡Que te ayude el mozo a conseguir taxi! —le dijo Maura, al tiempo que Alba azotaba la puerta tras de sí.

El ama de llaves ya había alertado al mozo para que estuviese al pendiente de la señorita Alba, pues había visto lo emperifollada que se había puesto cuando bajó a comer. El estilo de Alba estilo era casual y moderno. No era bonita, pero su delgado porte, talento y personalidad, además de su juvenil ímpetu, eran sumamente atractivos. Irradiaba inteligencia. Despertaba admiración y curiosidad.

En cuanto Alba se fue, María se dirigió al piano y preparó sus partituras preferidas. Judith, sonriente, y cargando a Hugo, que ya había despertado, se sentó a su lado.

Con Alba ignorándola y las risas de las otras hijas, ajenas a ella, por unos instantes, Maura se sintió desplazada en su propio hogar. No parecían necesitarla ya más, en cambio ella las necesitaba más que nunca. Siempre había disfrutado ver a sus hijas haciendo cada una lo suyo, pero sabía que estos momentos de rara felicidad, no durarían. Quizás no debía preocuparse tanto por ellas, sino por sí misma. ¿Qué iba a hacer sin Eduardo que había sido el encargado de cuidarla, hasta ahora?

—Lo que siempre has querido hacer —Maura escuchó la voz de Eduardo, en su mente—. Bastarte a ti misma.

Era verdad. Eduardo la conocía. De sentirse abandonada, por unos cuantos segundos pasó a sentirse liberada. Quizás no lo pensó en esos términos, ni siquiera lo razonó como “liberación”, pero se dio cuenta de que, a pesar de que ahora tendría que

atender a los asuntos que antes solo le competían a su marido, no sentía miedo, sino una especie de excitación. Casi de inmediato, la culpa la embargó. No se alegraba de la muerte de su esposo, pero por primera vez en su vida no solo iba a poder tomar sus propias decisiones, estaba obligada a hacerlo. Nunca se hubiera imaginado que tardaría 66 años en tener la oportunidad de ser dueña de su presente.

El legado de Eduardo

Días después, Maura se encontró en la oficina del licenciado que había llevado los asuntos de Eduardo de toda la vida.

—Su situación es bastante sólida, Sra. Herrera —le dijo el elegante y sudoroso hombre que la miraba cordialmente desde el otro lado de su amplio escritorio —. Sería aconsejable reducir algunos gastos, y de ser posible ahorrar más que antes. Como usted bien sabe, siempre se dan situaciones para las que uno nunca parece estar preparado.

Se refería a la muerte de Eduardo. Maura lo miró, agradeciéndole que no dijera más. El calor era insoportable, y más con ese vestido oscuro y pesado que llevaba. Maura detestaba vestirse de negro y tan solo tenía un par de vestidos de ese color. Serían dos años de luto. De nuevo. Tendría que ir de compras o mandar traer a la costurera que en ocasiones le cosía los vestidos que a ella le gustaban de las revistas y que

tardaban en llegar a los almacenes de la Ciudad de México. Claro que no había tenido deseos de salir a una tienda, a pesar de que, en su entorno social, no tener qué ponerse era algo “grave”. Sin embargo, esa era la menor de sus preocupaciones. En realidad, se había esperado hasta hablar con el contador antes de ponerse a gastar en frivolidades. Sabía que debía ser cuidadosa con el dinero. Recordó el susto que se había llevado su cuñada hacía dos años cuando le robaron, ¡en plena iglesia! Rosa acababa de recibir un pago por la venta de una propiedad y la tonta llevaba el dinero en una bolsa colgando de su cinto. ¿A quién se le ocurre?, pensó Maura. Ella siempre había sido dura con su cuñada y su hija. El día en que Rosa y su hija le contaron lo sucedido, en vez de reconfortarlas, las regañó.

—¡Deberían haberse ido directo a casa, o al banco!

—Pues sí Maurita —así siempre le había llamado Rosa, aunque Maura en su vida le habría llamado “Rosita”. A su sobrina sí, cuando era pequeña, pero ya tenía más de treinta años, ya no era una niña y prefería la llamaran por su otro nombre—. Era demasiado tarde para ir al banco, nos habían invitado a la ceremonia y la iglesia nos quedaba de paso.

—Es en los templos que se esconden muchos delincuentes. Ya deberías saber eso Rosa.

—¡Fue mi culpa tía! —intervino Margarita—, yo le insistí. Me dolían los pies y no quería caminar hasta la casa y regresar a la iglesia…

Estaba a punto de llorar de nuevo. Maura se arrepintió

de su arranque, aunque no pudo evitar pensar que Pedro la había consentido demasiado.

—No es cuestión de culpas, niña. Lo importante es que están bien.

—¡Y que no alcanzaron a llevarse todo el dinero! —intervino la viuda.

—En el periódico decía que te habían robado los quince mil pesos —respondió Maura, sorprendida de oír que no había sido así.

—Se enteraron de cuánto llevaba y asumieron, pero lo cierto es que extrajeron solo la mitad —le aclaró su cuñada, obviamente aliviada—. Además, la policía ya tiene idea de quién fue.

Y era verdad, a los pocos días, agarraron a las ladronas, una banda de siete mujeres "romanistas".[590]

Rosa tuvo suerte, pero pudo haber sido un desastre. Maura era mucho más precavida, era raramente impulsiva en cuestión del dinero y —hoy lo confirmaba — Eduardo la había dejado bien protegida. Ya él se lo había dicho, pero había sido reconfortante escucharlo de alguien más. Aunque su ingreso sería menor, era suficiente para mantener un cómodo estilo de vida. No tenía que darle dinero a sus hijas, en incluso, el esposo de Judith le había ofrecido una mensualidad, aunque

[590] Sin explicar el uso del término "romanista", la redacción del periódico añadió: "una de ellas declaró que robaba para mandar decir misas, en tanto que otras dijeron que habían ido al templo para ver lo que Dios les daba" (*El Faro*, Agosto 15, 1906, pág. I-3-D). Algunas de las rateras tenían sobrenombres como "La güera", "La chata", "La Coja" y "La Venada" (*El Popular*, 20 de julio 1906, Primera plana. Año X. Núm. 3.4IC), y aunque las capturaron relativamente pronto, tardaron un año en enjuiciarlas.

ella no quería recibir nada de su yerno. Además de que no estaba segura de que podía depender de él.

Cuando salió del despacho, Maura decidió que se merecía un postre y un café. Le pidió al chofer que la llevara al café de la Concordia. Una vez que estuvo bien instalada en un rincón cerca de uno de los ventanales que daba a la calle, Maura repasó su visita con el licenciado, quien le había sugerido vender la casa pues requería mucho mantenimiento y a la larga eso mermaría su ingreso. Maura pensó que era una buena idea. Podría mudarse a un departamento amplio o una casa más pequeña. Le gustaba la nueva colonia Roma donde estaban construyendo elegantes edificios frente a agradables placitas. La zona era arbolada, con amplias aceras y alejada de la avenida, que ya comenzaba a ser una molestia, con el incesante transporte que pasaba por ahí. Además, así no necesitaría un jardín. Pagar un jardinero era uno de los muchos gastos que ella ya no quería tener. Una vez que se mudara, podría vender el carruaje, que ya resultaba obsoleto y el chofer también resultaría innecesario. A Maura le encantaba salir a caminar. Apreciaba la naturaleza en general, aunque la prefería en los parques, o en el campo. Lo que ella añoraba era el ruido de la gente, la algarabía de las familias, el cuchicheo de los jóvenes coqueteando o sus gritos cuando jugaban entre ellos.

Era a Eduardo a quien le encantaba tener plantas en la casa. Quería que derramara de verde y oliera a flores. Sentía una nostalgia permanente por su tierra veracruzana. De repente le atacaban unas ganas de

dejarlo todo. Seguramente era su forma de escapar de la presión que sentía, con cuatro mujeres que mantener. Solo lo compartió una vez en voz alta, pero Maura recordaba muy bien la tarde en que Eduardo les dijo a ella y a las hijas que su sueño era retirarse a la costa y ser parte de aquella ilusión compartida llamada Topolobampo. En su mente, recreó la imagen cotidiana de la familia alrededor de la merienda. Había sido en los noventas, cuando Alba era una niña todavía. Maura había respondido al comentario de Eduardo con una sonrisa sarcástica.

—¿No creen que sería estupendo vivir a la orilla del mar? —Eduardo insistió al ver que ninguna de sus hijas había reaccionado con excitación. Probablemente no entendían del todo de qué hablaba su papá.

Al oír la palabra “mar”, a Alba de inmediato se le iluminó su carita, pero la hija mayor no escondió su espanto ante la propuesta.

—¿Para hacer qué exactamente? —preguntó Judith, que en esa época solo pensaba en bailes y vestidos.

Lo mismo pensó Maura. ¿Qué harían en ese lugar donde no había ni electricidad ni calles ni casas, tan solo promesas?

María, se sentía dividida, aunque ya no era una niña, la idea de vivir junto al mar le parecía atractivo y hasta divertido, pero que no hubiera luz ni teléfono, le preocupaba. Fue entonces que Maura sugirió pasar las próximas vacaciones con la familia de Eduardo, con lo cual tanto las hijas como el padre se entusiasmaron,

quedando saldado, por ese día al menos, el asunto del lejano e imposible Sinaloa. Poco tiempo después fueron a bañarse al mar de Veracruz y tuvieron una vacación inolvidable, pero Eduardo no volvería a sentir esa misma exaltación con ninguna otra locura como la de Topolobampo. De suerte, Eduardo tan solo había invertido su tiempo y, quizás, algo de su alma.

Maura había conocido a muchos hombres igual de idealistas que Owen, la atraían como la luz a las polillas y se había casado con dos. Eduardo no era un iluso como había sido su primer marido, pero en ocasiones perdía el enfoque y se distraía de lo que era importante. Se enganchaba fácilmente en empresas modernas y emocionantes. Motivado por la adrenalina y la posibilidad de la ganancia fácil, se dejaba llevar por la excitación de otros. Maura lo había detenido varias veces para que no arriesgara sus ahorros en alguna novedosa propuesta. Afortunadamente, Eduardo la escuchaba, lo cual era inusual en una sociedad donde son los hombres los que toman las decisiones, pero él reconocía que ella era mejor administradora que él.

Desde siempre, una parte de sus ingresos dependía de lo que recibían gracias al comercio de los productos que salían de la hacienda familiar y que eran transportados desde Veracruz para su distribución en la capital del país. Pero ese ingreso también se había mermado en los últimos años debido a la competencia. Había ayudado mucho el que su cuñado Landero y Cos renunciara como secretario de hacienda y se retirara de vuelta a Veracruz. Así tuvieron a alguien de confianza al

tanto de los asuntos en aquel estado, pero ahora se ocupaban los sobrinos. Ya nada era lo mismo. El licenciado le aconsejó vender sus intereses en el negocio de la familia Herrera e invertir el dinero, o ahorrarlo, y a Maura le había parecido otra buena recomendación.

No sabía cuánto tardaría en juntar el dinero, pero quería que Alba tuviera la oportunidad de salir del país. Su sobrino Pedro Luis recién había regresado luego de vivir algunos años en Nueva York. Recientemente habían estado en casa de Rosa y él les platicó de su vida por allá. Maura no pudo evitar notar la excitación en los rostros de Alba y María. Ambas era igual de curiosas e inquietas, solo que María no lo expresaba de igual manera. Quizá podrían viajar juntas.

Pensar en su sobrino le hizo pensar en la manera en que se entremezclaban las herencias de las familias. Los hijos de Pedro no eran para nada como él, y en cambio, sus sobrinas habían heredado varias de sus características. Judith, igual de pragmática, y María y Alba, igual de persistentes, estoicas y brillantes, cada una a su manera. De Maura, las más jóvenes heredaron ese afán por comerse el mundo. En cambio, Judith nunca fue soñadora como su madre, aunque sí igual de necia. Maura también podía distinguir en ella algo del carácter de su primer marido.

Y de Eduardo, ¿qué habían heredado las niñas? No estaba segura. Su sensibilidad, probablemente. Su gusto por festejar. Y de ambos, su afán por ser tan

independientes. Maura se preguntó como resultaría ser Hugo cuando fuera mayor, con lo dura que podía ser su hija, y con ese padre. ¿Tendrían más hijos?

Eduardo había querido tener una casa llena de nietos. Otro afán que no alcanzó a cumplirse para él. ¡Ay, su Santos! Cómo extrañaba su voz, su aroma y los detalles que antes le irritaban. Maura ya no podía enojarse con él, y eso la molestaba. Quería recordar todo, lo bueno y lo malo, porque era lo único que le quedaba. Esos recuerdos eran el verdadero legado que había heredado de Eduardo, y eran solamente suyos.

Terminó el último sorbo de su segunda taza de café. El pastelito se lo había zampado con demasiada rapidez, no sabía si por el hambre o los nervios. Sabía que no debía comer cosas dulces, pero a veces sentía la necesidad de algo que la llenara de placer, aún sabiendo que era una sensación momentánea, y dañina. Suspiró, disfrutando el regusto y la euforia que le daba el azúcar y la ayudaba a sacudirse las culpas.

1919

La muerte te arrebata el control incluso sobre quién fuiste, dejándote en manos de los que te narran, te explican, te definen. Estamos hechos de palabras, propias y ajenas. De amor y tiempo y palabras. El amor nos da vida, el tiempo nos mata, las palabras nos hacen ser lo que somos y permanecer en el recuerdo de los demás. O morir para siempre.

Elia Barceló[591]

Con M de Maura

La casa estaba en silencio. Esa quietud fue lo que despertó a Maura, quien respiraba con dificultad.

Agosto era el mes más cálido del año, pero también el más lluvioso, así que refrescaba por las noches y amanecía fresco aunque el sol no tardaba en evaporar de inmediato toda la humedad acumulada. Maura no tenía forma de saber qué hora era, las gruesas cortinas no dejaban pasar la luz.

Olía a encerrado, pensó Maura, olvidando por un momento que era ella la que estaba de alguna manera encerrada en su enfermedad, en su cuarto y en sus recuerdos.

En octubre del año anterior había pegado “el trancazo” a

[591] *El Eco de la Piel,* pág. 13

la Ciudad de México, así se sintió la llegada de la influenza, la gripe española. Primero cerraron la basílica y las escuelas, y aunque tardaron en cerrar los cines, sí prohibieron la venta de comida callejera, los besos y los escupitajos.[592] Todas habían sido cuidadosas durante los meses que duró la pandemia, pero Maura acabó contagiándose, y aunque la sobrevivió, nunca quedó del todo bien. Su puro cotidiano no ayudó a que sus pulmones se recuperaran.

En julio, cuando iniciaron las lluvias, su estado físico comenzó a deteriorarse. Llevaba semanas sintiéndolo. No quería aceptarlo y mucho menos decirlo en voz alta. Primero se sintió sumamente cansada, le era cada vez más difícil respirar. Cuando salía a la calle, en ocasiones olvidaba por qué lo había hecho y no sabía hacia dónde se suponía que debía caminar. Ahora llevaba días con una fiebre, baja pero constante. Igual de persistente que esa su tos “de perro”, como ella la llamaba.

Llevaba en cama más de una semana. Estaba segura de que pronto terminaría todo. No olía a encerrado, sino a muerto. Doña M, aquella vieja conocida, se encontraba cerca, rondando, a la espera.

¿Qué seguiría después de esta vida tan rara?, se preguntó.

---

[592] El gobierno “amenazó con aplicar multas de 500 pesos a los enfermos que salieran de su domicilio y con llevar a la cárcel a quien lanzara escupitajos en la vía pública”. Las recomendaciones dadas incluían usar mascarillas y no saludarse de mano; caminar en vez de subirse a los omnibuses, tomar mucho sol, taparse con su pañuelo al estornudar o toser; y lavarse las manos y la cara al regresar a casa y limpiarse la boca y nariz con antisépticos mínimo dos veces al día. Fuente: Gómez-Dantés, Octavio, “El ‘trancazo’, la pandemia de 1918 en México“, *Salud Pública de México*, pág. 594

Sí, rara. Así había acabado por definirla. Nada sucedía como te decían o te habían enseñado y mucho menos como lo esperabas**.** La vida no era una línea recta de causas y consecuencias. No había razones para pensar que la muerte sería distinta. ¿Qué nos hacía creer en una justicia divina?

Maura no creía en el infierno ni en un paraíso sobre las nubes. Desde que nació, se aferró a la vida porque era la única otra certeza. Aunque la certeza se limitaba a saberse vivo, porque, en realidad, el camino de los vivos carece de claridad, al igual que el de los muertos. Nada de lo que ella había soñado en su juventud sucedió, pero lo que vivió era irrepetible, y memorable. Una le da su valor a las cosas, al final del camino. Para eso es la balanza de la memoria y el olvido. Maura intentaba aferrarse al hilillo de fuerza que le quedaba porque temía que la muerte iba a ser una larga y aburrida pausa, que en nada le atraía.

En ese momento comenzó a escuchar una tonada muy popular. Debe de haber llegado Alba a casa, imaginó. Cuando no practicaba el piano o escribía, a la más pequeña de sus hijas le gustaba escuchar a otros concertistas en el gramógrafo que Eduardo había traído sorpresivamente a casa, para deleite de todas. Aquel día, Maura lo regañó en privado por el gasto, Eduardo lo había comprado a crédito unas semanas después de la muerte de Pedro. Pensó que les ayudaría a llevar el obligado luto, y tuvo razón. No solo lo disfrutaron las hijas. Con los años, se convirtió en un gusto privado entre Maura y Santos, uno de sus “pequeños secretos”.

¡Cómo gozaron bailando en ese amplio salón de la casa donde vivieron sus últimos 17 años juntos!

La música comenzó a alejarse. Ni siquiera había atinado a nombrar la melodía. Conforme el sonido se apagaba también se desvanecía la sonrisa de Eduardo. Maura dejó de sentir en su vieja y ancha espalda la mano firme de su amado.

—¡Eduardo! No te vayas, ¿por qué te vas? Quiero seguir bailando. No me dejes sola, quiero ir contigo.

Debió haberlo dicho en voz alta, porque casi de inmediato apareció la mucama.

—¿Necesita algo Doña Maura? —dijo la chica, acercándose para acomodar las almohadas que sostenían a la anciana regordeta que parecía desorientada—. ¿Se siente bien?

—¿Ya llegaron las niñas?

—No señora, es temprano todavía.

—Entonces, ¿quién puso en marcha el gramógrafo?

—Nadie, señora.

—Pero lo escuché…

—Quizá oyó al organillero que recién pasó por aquí. Con la ventana abierta, y entre sueños…

Maura miró entonces la ventana y se dio cuenta de que la muchacha tenía razón. Nunca acabó de acostumbrarse a vivir en ese amplio departamento sobre la calle de Durango.

Recordó el ajetreo de la mudanza. ¡Había tenido que deshacerse de tantas cosas!, suspiró. Las fotografías que estaban a la vista de todos en el salón de la casa de Reforma, se encontraban ahora en su habitación, y desde que cayó enferma, le había pedido a su fiel criada que las colocara de forma que ella pudiera verlas desde su cama. Con la mudanza había aprovechado para cambiar los retratos a unos más recientes.

Se detuvo a mirar primero la imagen de Judith de pie junto a su esposo el día en que recibió la medalla de manos del presidente Díaz.[593] Esto había sido meses después de la muerte de Eduardo, por eso Judith estaba vestida de negro. A Maura no le gustaba la fotografía, no sabía ni porqué la había enmarcado.

Juntito había otra fotografía de su hija mayor, donde igual salía el marido, pero también sus dos primeros hijos: Huguito, de dos años, vestido de manera casi femenina y adorable, y junto a él, sentadita, Maura Josefina, ambos sobre una mesa.[594] En algún lado había quedado la fotografía de la tercera hija, Lucía Judith. Maura no recordaba dónde la había guardado ni porqué no estaba enmarcada con las demás. A veces olvidaba todo,

[593] Uno de mis tíos me contó que su abuela Judith recibió una medalla de manos del mismísimo Porfirio por haber sido la primera mujer en México en tener dos profesiones. No se sabe qué fue de la medalla, ni en qué año la habrá recibido. No hallé registro de las personas que recibieron medallas a lo largo de los años en que gobernó Días, ni de que Judith estudiara en la Escuela Superior de Comercio y Administración, fundada en 1905. Lo que sí se sabe es que la primera contadora de México, María Guerrero, se recibió en 1908 (FUENTE: Gracida Romo, Juan José y Ma. Eugenia de la Rosa Leal, "La contaduría pública en México y Sonora", *Trascender, contabilidad y gestión*, pág. 16). Porfirio dejó de ser presidente en 1911, así que podemos suponer que, de ser cierto, la entrega de la medalla fue entre 1908 y 1910.

[594] Ver foto página 432.

incluso que sus nietos habían crecido, hasta que entraban ruidosamente —a pesar de ser advertidos de no serlo— para saludarla, Hugo de 12, Maurita de 10 y Lucía de 9 años ya.

Desde la muerte de Eduardo, Maura apoyó a Judith lo más que pudo en esos difíciles años en que Aranda iba y venía, y sus maltratos habían aumentado y sucedían cada vez más a menudo. No había sido fácil confrontar a su hija mayor.

—¿Por qué no lo dejas? —un día por fin se atrevió a decirle.

—¿Por qué me obligaron a casarme?

—Nadie te obligó —Maura respondió, aunque se daba cuenta de que era una verdad a medias—. Y aunque así haya sido, a lo hecho, pecho. El pasado no se puede cambiar, pero sí puedes hacer algo por tu futuro, y el de tus hijos.

Le insistió durante meses.

Al final, le hizo caso. Judith se fue a vivir un tiempo con su madre y sus hermanas, hasta que Aranda por fin dejó de aparecerse cuando le daba la gana. Seguramente no se atrevía a enfrentar a Doña Maura, quien, a sus 70, tenía a la mano una pistola parecida a la que, dicen, tenía de joven. Quizás amenazó a su yerno con ella, para que no volviera.[595] Judith eventualmente regresó a su casa en Pino Suárez porque en verdad que no cabían en

[595] En realidad, yo no sé si Maura guardaba aún su pistola, o incluso se habría comprado una escopeta. O la heredó de Eduardo. Nadie contó esta anécdota, pero me habría gustado que así fuera. (Nota de la autora)

ese departamento. Pero se habría llevado el arma con ella.

Aún entonces, Judith continuó siendo el sostén emocional de las tres hermanas. A pesar de haber sido abandonada por Aranda, o quizá por eso mismo, sus hermanas la admiraban. Se veía entera, de hecho, más contenta desde la desaparición de su marido. Maura estaba segura de que en cuanto ella se ausentara, Aranda volvería a aparecer en la vida de Judith. Le tocaría a su hija lidiar sola con él. Suspiró, y el esfuerzo le hizo toser.

Había un vaso con agua en la mesita junto a la cama, pero era demasiado esfuerzo intentar alcanzarlo. Cuánto daría por fumarse un cigarro, pensó y se rió de sí misma, ¡con trabajos y podía respirar!

Ni Alba ni María se habían casado, y en todos esos años desde la muerte de Eduardo, Maura no les había conocido ni siquiera un novio. Sabía que ambas le ocultaban muchas cosas de sus vidas, pero nunca atinó a saber qué, ni quería saberlo. Las tres hijas habían logrado ser profesionales y eso colmaba a Maura de orgullo y satisfacción. Pero también las notaba solas. En particular Alba, quien a pesar de todos sus logros, quedaba visiblemente afectada con la más mínima de las derrotas.

Miró la fotografía que tenía de la menor de sus hijas en su actual colección de retratos. La había tomado míster Clarke,[596] trece años atrás, y había sido publicada más

[596] Frank L. Clarke, conocido por su famoso retrato de Porfirio Díaz, de 1910.

de una vez en *El Mundo Ilustrado*.[597] La imagen se había vuelto una de sus favoritas, aunque a decir verdad, el proyectado futuro de Alba como concertista nunca llegó a concretarse. Su primo Pedro Luis había llegado a ser el más solicitado pianista de su tiempo, su éxito había sido espectacular desde el primer concierto en 1892, cuando Alba recién había cumplido siete años de edad, aunque incluso entonces, ella ya destacaba.

Había querido emular a su primo, pero el mundo era injusto con las mujeres profesionales. A pesar de haber ganado más de un concurso,[598] de ser favorecida por Castro, Carrillo y Meneses,[599] y de haber sobresalido en su examen de graduación, todos le habían advertido que, como mujer tendría que sacrificar muchísimo si quería dedicarse a dar conciertos en todo el país.

Desde pequeña, Alba no solo aprendió técnica de Pedro Luis, sino que, con el paso de los años, pudo observar de primera mano lo difícil que era para él ganarse la vida como pianista, conseguir dónde tocar y que le pagaran lo justo. Por supuesto que las giras generaban ingreso, pero eran desgastantes, y a pesar de sus triunfos y talento, Pedro Luis siempre requirió el apoyo del secretario Limantour, hasta que llegó la revolución y todo cambió. Tuvo entonces que dedicarse a la enseñanza de tiempo completo.

---

[597] *El Mundo Ilustrado,* Año XIII, Tomo II, Número 5, 29 de julio 1906, y Año XIV, Tomo I, Número 8, 24 de febrero de 1907

[598] En el conservatorio obtuvo 1er premio por unanimidad en 1904 y 1907. Fuentes: *El Tiempo,* 21 de diciembre, 1904, y 5 de marzo, 1907.

[599] Ricardo Castro, Julián Carrillo, y Carlos J. Meneses

Lo que no sabía Maura es que Alba se había desilusionado de su primo hacía tiempo. Había sido testigo de su transformación en *dandy*, y apostador. Ya no practicaba como antes ni parecía interesado en seguir perfeccionándose. Sus composiciones no había generado interés. Maura tampoco querido darse cuenta de que el interés de Alba por Pedro Luis iba más allá de un cariño entre primos o de una admiración profesional. Sabía que a su sobrino no le interesaban las mujeres, y no puso atención a lo que sucedía al interior de Alba. Prefirió asumir que a su hija no le interesaba casarse ni ser la secretaria de nadie. Lo cual, era verdad, hasta cierto punto.

Alba había aprendido a tocar el piano de la misma forma que aprendió a hablar y a caminar, sin pensarlo. Le era natural. Lo que no era natural era el modo patriarcal y autoritario que dominaba las instituciones de la época. Ni las expectativas y demandas de los que las dirigían —todos hombres. Intentó enfrentarse al juicio de la sociedad, pero acabó en un lugar entremedio, al optar por la educación y la escritura. Y aún en ese ámbito, nunca fue completamente aceptada. En 1909 Alba formó parte del Ateneo de la Juventud —una de las dos únicas mujeres incluidas—. El grupo había sido formado por Alfonso Reyes, sobrino de Maura, hijo de su primo Bernardo.[600] Pero a diferencia de su padre, Alfonso no era cálido y protector. A pesar de estar casado y de haberlo visto pocas veces, a Maura le había parecido que

[600] Bernardo Reyes Ogazon, primo hermano de Maura y Pedro, mencionado anteriormente.

ese muchacho odiaba a las mujeres. Sin duda llegaría a ser un escritor destacado y un brillante pensador, pero era pedante, y con su esposa, muy grosero. A su prima Alba, nunca le ofreció una palabra amable o animosa sobre sus textos. Al contrario, inició chismes con Ureña, el otro fundador del grupo. Maura entendía perfectamente por qué Albita acabó alejándose lo más que pudo de ellos.

Aunque mayormente se dedicaba a la enseñanza, continuó dando conciertos. Ese año en que Maura moría, junto con el maestro Carrillo, estaba preparando la presentación del ciclo completo de sonatas para violín de Beethoven. Para entonces, Alba llevaba seis años publicando artículos y reseñas musicales en decenas de revistas y periódicos, además de haber publicado su primer libro el mismo año en que había muerto su padre, y en 1910, traducido un manual de piano del reconocido Josef Hofmann. En el otro lado de la habitación Maura tenía apilados todos los periódicos y revistas donde habían aparecido las reseñas sobre los conciertos de Alba, pero sobre todo los artículos escritos por ella.

No era la primera vez que Maura repasaba la vida y logros de las hijas. No se molestaba con la propia, porque, a fin de cuentas, ellas se habían convertido en su vida, no debiera extrañarnos. Siempre procuró apoyarlas, y aconsejarlas. Aún si ellas lo veían como injerencia, necesitaba dejarles saber su opinión cuando le parecía estaban equivocadas.

Fue una fortuna que, precisamente en el verano de 1910,

Maura tuvo por fin la oportunidad de enviar a Alba a Nueva York, junto con María. Había sido Pedro Luis quien les había hablado de un novedoso método de enseñanza,[601] pues él había tomado ese mismo curso durante su larga residencia en aquella ciudad.[602] A Maura le pareció que sería una inversión prudente para el futuro de ambas hijas. Además, para ella era importante que sus hijas viajaran. Quería que vivieran esa sensación de experimentar algo nuevo, de atestiguar maneras distintas de vivir. Por eso se había alegrado tanto de verlas partir.

Sobre todo ahora que estaba tan vieja, había muchas cosas que Maura recordaba de sus viajes, muchas de ellas banales, como su afición a las “pop-sodas”. Eso había sido en los 60s, en San Francisco ¡hacía más de 50 años! En la Ciudad de México de 1919 ya se podían conseguir sodas, así sin el “pop”, pensó. Parte de lo que recordaba era precisamente ese sonido que hacía la botella al destaparla. A Maura, las sodas de México nunca le supieron igual que las de su recuerdo. Por eso enviaba a la criada al Mercado Americano[603] para que comprara las sodas importadas de los Estados Unidos. ¿Habría alguna en casa todavía? No estaría mal tomarse una, con mucho hielo, pero le tenían prohibido beber cosas frías.

Sí, había sido una gran fortuna haber podido costearles

---

[601] El método Virgil consistía en el uso de un teclado insonoro desarrollado por Antha y Almon Virgil en 1883. La Escuela de Piano Virgil de Nueva York abrió en 1891.

[602] Pedro Luis estuvo en EEUU entre 1904 y 1905.

[603] El “American Market” se localizaba en la calle 2a. Independencia, #1.

por fin ese viaje. La situación en México había sido difícil durante años, y en 1910, se dio el giro decisivo, el que ya se venía cocinando desde hacía tanto. Más avanzada la guerra le habría sido aún más complicado solventar un gasto como ese. Apenas y un año después del viaje a Nueva York, Díaz aceptó su derrota y partió exiliado a Europa, dejando el país en una cruenta y caótica guerra civil. Y aunque quince días no podían compararse con los meses que Maura vivió fuera del país, eran mejor que nada.

María ya no era una jovencita, pero Alba todavía guardaba su entusiasmo juvenil aunque —era obvio para Maura— estaba comenzando a perderlo. Maura temía que su hija perdiera la ilusión y la capacidad de asombro, que se endureciera, y por un tiempo quedó convencida de que había logrado su objetivo. Ambas parecían haber regresado fortalecidas e inspiradas, sobre todo Alba, quien se dedicó totalmente a sus clases y conciertos, y se involucró activamente en la creación de la Universidad Popular Mexicana. Se creía incansable. A pesar de la admiración y asombro que sentía por ella, Maura también podía ver lo poco que Alba se ocupaba de sí misma. Solo pensaba en la música y en la política. No tenía ni idea de lo que era llevar una casa, apenas y había aprendido a cocinar un par de cosas. Alba quería cambiar el mundo, tal y como Maura lo había deseado de joven, pero había otra gran diferencia entre ellas. Alba no sabía divertirse, nunca armaba relajo. Era demasiado seria, y eso le preocupaba. Era igualita que su hermano Pedro. Él era hombre, y aún así, había acabado aislado y olvidado. Al

mismo tiempo, reconocía que Alba había alcanzado… otro nivel.

Maura sentía que había fallado como madre. Seguramente hice todo mal, pensó. Era fácil ejercer y hasta disfrutar la autoflagelación. Ya se lo habían dicho más de una vez. Incluso el cura, en una de sus raras confesiones. Sentía que había hecho tanto por ellas, y sin embargo, sus hijas se habían convertido en un misterio. Y de las tres, la más misteriosa era María.

Un mes antes de que Alba y María partieran y luego de un bombardeo que destruyó parte de sus instalaciones, el Instituto Keener finalmente cerró sus puertas. María estaba desolada. Maura consideró que el viaje la ayudaría a resignarse y que, una vez de vuelta en México, María no solo podría buscar trabajo en otra escuela y aplicar la nueva técnica con sus alumnas, también podría dar clases privadas como en ocasiones lo hacía Alba.

A María no le gustaba tomarse fotografías. Maura tan solo tenía una fotografía de grupo que le habían tomado a todas las profesoras del Instituto Keener, y eso, porque lo había requerido la escuela. Había sido publicada en *El Evangelista Mexicano Ilustrado.*[604] Maura consiguió una impresión de la foto original y, aunque consideró recortar el rostro de su hija, acabó colocando la imagen del grupo tal cual, pues se ajustaba perfectamente a un marco que ya tenía. A María no parecía molestarle que su madre tuviera ese recuerdo a la vista, aunque Maura había

[604] Tomo XXIX, Núm. 4, del 15 de febrero, 1907, pág. 33

notado que su hija en ocasiones miraba la fotografía con excesiva nostalgia.

En realidad, al regreso de Nueva York, todo fue cuesta abajo para María, y luego de la muerte de su primo Bernardo, cuesta abajo para toda la familia. Con la revolución en las calles, las escuelas privadas continuaron cerradas, así que María se dedicó un tiempo a dar clases a domicilio, pues nadie quería salir a ningún lado. También comenzó a hacerse cargo de la casa y a cuidar de Maura. Pero la rutina doméstica no favorecía a María, quien pasaba cada vez más tiempo encerrada. Ya ni siquiera disfrutaba tocar el piano, como antes. Ahora prefería escuchar la radio o el gramófono mientras comía unos deliciosos chocolates de *Sanborns*. Con tal de que saliera, Maura la pedía que fuera a comprarlos. Era lo único que parecía motivarla en esos días. A Alba y a Maura también les encantaba la variedad de dulces y garapiñados que tenían en la moderna cafetería y compartían el deleite con María, pero sabían moderarse, o eso pensaban ellas. En comparación con María, sí lo hacían.

Con el cierre del lugar al que le había dedicado su vida y al verse alejada de las niñas y ese ambiente escolar que le había dado sentido a su vida, María perdió no solo la brújula, sino su motor. Con las clases particulares hacía algo de dinero, pero ella necesitaba estar en grupos grandes, extrañaba la dinámica del salón de clases, el murmullo constante de las alumnas, sus gritos agudos en el recreo. Para María, su época favorita del año era cuando preparaban los recitales de fin de curso, pues

además de dedicarse más al piano para presentarse junto con las alumnas, tenía que ayudarlas en sus prácticas y coordinar todo el evento. Era una adrenalina magnífica.

Su tía Carlota, la hermanita de su madre, también era maestra, pero era distinto en el Colegio de las Vizcaínas. Allí todas, maestras y alumnas, se encontraban aisladas del mundo. María no lo habría tolerado. Aunque no saliera mucho a la calle, tampoco habría podido quedarse enclaustrada, y sin embargo, era precisamente eso lo que hacía, quizá sin darse cuenta. Lo que nunca dejó de hacer fue acudir a sus sesiones de espiritismo. Maura en un inicio había intentado evitar que lo hiciera, pero luego se dio por vencida. Para María, era el equivalente de ir a misa. Era ahí donde hablaba a gusto con su padre.

Solo él conocía su mayor secreto, porque era el único que podía leer sus pensamientos. Sucedió poco antes de que cerraran el instituto. Su primer beso. O quizás, el primero con el que se había emocionado de verdad. Quizá había sido la excitación de lo prohibido, pues se lo había dado una de las otras profesoras, una antigua compañera del Instituto. Fue el día en que se enteraron del cierre de la escuela. Quizás por eso mismo se atrevieron. Había sido un accidente, se dijo más tarde, un arranque de tristeza. Tan inaudito que era inimaginable seguir por esa senda. Obviamente, no se habían vuelto a llamar, ni a ver. Aunque de haber sido honesta, María habría tenido que aceptar que moría por hacerlo.

Al igual que Alba, María no era bonita. De muy joven intentó aprender algunos trucos para hacer resaltar sus mejores atributos, o esconder los peores. Pero nunca se atrevió a usar, por ejemplo, los enormes sombreros que se ponía Alba, ni a usar los cosméticos que anunciaban en las revistas. Tampoco le importó mucho cuando, años después, comenzó a ganar demasiado peso. Parecía ser el caso de casi todas las mujeres que conocía, así que pensaba era “natural”, dada su edad.

Maura nunca se enteró de la historia del beso aunque debe haberse preguntado más de una vez por qué sus hijas no parecían interesadas en atraer a los hombres. Una cosa era que fueran independientes y tercas, como lo había sido Judith, que se casó a los 36, y otra que no tuvieran un solo pretendiente. Siempre había algún roto para un descosido, como decían. Lo había visto con las más feas y desagradables de sus amigas, y sus hijas, aunque no eran guapas, eran simpáticas e inteligentes.

Si Maura sospechó algo, no se permitió ahondar en ello. Prefirió concentrarse en sus sentimientos: de orgullo, por verlas como profesionales cosa que ella nunca había conseguido realizar, pero, sobre todo, de agradecimiento. Ninguna de las tres había dejado de estar al pendiente de ella.

Quizás en verdad había sido buena madre.

A pesar de que nunca conoció siquiera el rostro de la suya.

La nota final

Maura no se dio cuenta en qué momento se había quedado dormida. Con la ayuda de la sirvienta tomaba puntualmente sus medicinas, ¿que era lo que le daban? No quería saber. No preguntaba.

Abrió los ojos. De nuevo escuchó música. Pero era otra la melodía. No era el cilindrero ni tampoco el gramófono. Era el piano, estaba segura.

No tardó en reconocer la tonada, era *La Banda Roja*. Qué extraño, nadie en casa tocaba esa pieza. No era parte del repertorio de ninguna de las hijas. Consideró llamarlas, pero se quedó escuchando. Ese chotis siempre la transportaba a Guadalajara, al baile del 61, a la banda roja sobre su pecho y a la banda roja de Clemente interpretando la pieza mientras entraba al patio de la antigua universidad del brazo de su hermano, el gobernador. Recordaba haber bailado con el Rojas, lo ocurrente que era y cuánto la había hecho reír el coronel con su incomodidad. No había sido cierto aquella historia de los pisotones, pero mucho se había reído contándola. De hecho el coronel era buen bailarín. Sin poder mover su cuerpo, en su imaginación Maura bailaba mientras a su alrededor todos celebraban, y podía escuchar los vivas y los vasos de los que brindaban, el trote de los meseros, incluso el vaivén de los abanicos. Pero de pronto, Maura escuchó disparos y una explosión. Dejó de bailar. Y abrió los ojos.

Se encontró en casa de su padre, cuando por primera vez escuchó cañonazos y sintió el miedo que en su

juventud la paralizaba, pero que luego aprendió a dominar y a esconder para no alarmar a sus hermanas y hermanos. ¿Dónde estaban todos? Los buscaba, y no podía encontrarlos. La preocupación la obligó a despertar de su ensueño. Agitada, recordó entonces que, de todos sus hermanas y hermanos, ya solo vivía la más pequeña, su ahijada, Carlota. Miró hacia la ventana que seguía abierta y se dio cuenta que sus sentidos la engañaban de nuevo. No habían sido disparos ni cañonazos lo que oyó, sino algún moderno automóvil que había pasado, escupiendo y tosiendo al detenerse en la esquina donde se ubicaba el edificio. Y sin embargo, la música continuaba. ¿Por qué no habían subido a saludarla sus hijas en vez de ponerse a tocar el piano? Fuera de su cuñada y su sobrina, ya casi nadie la visitaba. No le sorprendía. Era más larga la lista de los muertos que la de los que quedaban vivos. A Maura no le gustaba pensar en la muerte, pero parecía inevitable. En realidad, no era muy consciente de su presente. Volvió a sumirse en el delirio y recordó a su madrastra y a sus tías en Guadalajara. A la Riesch y a otros coroneles y generales. Pensó en los poetas, a su amigo Rosas, a Isabel y a Esther, por supuesto a Altamirano. Como si se rebelara ante la mórbida insistencia de su mente, desvió su mirada y la invadió una ola con imágenes de los felices instantes vividos: los paseos en La Barca, las tardes en Lagos, las horas posando para retratos, su rostro en el techo del Teatro Degollado. De joven había sentido una gran necesidad de ser recordada, de quedar plasmada de alguna manera en el tapiz de la historia. Ahora, ya vieja, se

daba cuenta de que, en el futuro conocerían lo que había sido su rostro, mas no lo que éste escondía detrás. Esa imagen de sí misma, captada en su juventud, vibrante y lejana a la vez, no podía comunicar ni sus recuerdos ni sus tristezas ni ninguno de sus arrepentimientos. Maura se sintió incómoda. Volvía el dolor. ¿Por qué no dejaba de sonar el piano? No recordaba que aquella pieza fuera tan larga. Con el opiáceo, el tiempo viajaba lento. La imaginación era vívida. Los sueños lúcidos. La realidad, cada vez más distante.

Con gran esfuerzo, Maura se obligó a abrir los ojos. Esta vez, despertó de veras, aún si por un instante. Alba, María y Judith estaban ahí, junto a ella, sollozando, aunque al ver que su madre abría los ojos, intentaron disimularlo. Al verlas, Maura se preguntó quién estaría tocando, ¿Pedro Luis? Porque el piano no dejaba de sonar. Parecía haber quedado atrapada en un interminable bucle sonoro, y fue entonces que Maura comprendió. Ese recorrido de su vida era en realidad el trayecto final. Desde su propio nacimiento, provocando el deceso de su madre, Maura Ogazon había considerado a doña Muerte su compañera permanente, a diferencia de la señora Soledad, cuya presencia era más bien intermitente. La primera la acompañaba con esa M, que aniquilaba la suerte, y por años vivió convencida de que así sería siempre su existencia. Pero ahora sabía que esa permanencia, estaba apenas por llegar, y que la M también había sido de madre, de moda, de malvas y de moles. M era la letra con la que

iniciaba su nombre, y el mañana. Sabía también que, a pesar de todo, Maura había logrado llegar a sí misma. Sonrió en su mente, complacida.

Sintió una inmensa fatiga. Escuchó las voces de sus hijas, y agradeció, por la que sería la última vez, su existencia, porque en ese instante sintió un dolor insoportable que la obligó a cerrar de nuevo los ojos. Entonces vio una luz intensa que la cegaba y atraía al mismo tiempo. Parecía provenir de muy lejos. A contraluz distinguió una silueta, y escuchó la voz de Eduardo, llamándola.

—Maura…

El piano comenzó a acallarse. Por primera vez en su vida, Maura sintió miedo del silencio. ¿Sería eterno?

—Es hora, Maura. ¡Ya no tardes!

Miró que su esposo se alejaba. Quiso gritarle para que se detuviera, pero no pudo emitir sonido alguno. A pesar de su miedo, intentó caminar hacia él, pero no avanzaba. Quería alcanzarlo, estar con él, pero su cuerpo se negaba. Algo en ella seguía resistiendo. En ese instante, la inacabable melodía llegó a su nota final. El dolor se intensificó, esta vez fulminante como rayo, y todo se tornó en una especie de hipnótico remolino que atraía a Maura hacia sí, con gran fuerza. Eduardo estaba a punto de desaparecer de su vista, y ella comprendió lo que tenía que hacer para llegar hasta su amado Santos. Se desprendió de su cuerpo y se tornó ligera. Por fin, pudo moverse libremente y con premura se dirigió hacia él.

En realidad, Maura no se había movido un ápice, pero sí había vuelto a sonreír. Y clarito, el doctor, las criadas y sus hijas, vieron cómo esa última sonrisa suavizaba y rejuvenecía su arrugado rostro, al tiempo que Maura dejaba de respirar.

A MODO DE EPÍLOGO

Alba Herrera y Ogazon (1885-1931)

La más joven de las hijas de Maura fue la primera en desgastarse. Murió en 1931, dos años después de que falleciera su primo Pedro Luis, por quien quizás sintió un obsesivo afecto, que con los años —pienso— se convirtió en resentimiento. Él no fue quien pudo haber llegado a ser: ganó el dandy sobre el genio, el ladino sobre el maestro, las deudas sobre el hombre que nunca supo ser un proveedor. No alcanzó las expectativas que ella tenía de él. Pero ella tampoco cumplió con lo que esperaba de sí. Siempre fue demasiado dura con ella misma.

Alba nunca dejó de escribir y publicar. Continuó dando clases e involucrándose con los cambios políticos y sociales que se reflejaron en la transformación de la educación pública de México: el nacimiento de la SEP y de la Escuela Nacional de Música de la Universidad. Es considerada la primera musicólogo de México, y existe una calle en su nombre, aunque su nombre está mal escrito y nadie sabe ni quién fue.[605] En 2017 el conservatorio fue dedicado a Alba y reeditaron su libro

[605] La calle de Alba Herrera se encuentra en la colonia Santa Cecilia, entre otros músicos desconocidos, cruzando la Avenida Sonido 13. Pedro Luis de hecho tiene dos calles bajo su nombre, una en San Ángel y la otra en Vallejo. Hay una vía dedicada a su padre, el Gral. Ogazon, erróneamente nombrado como Pedro Luis.

Puntos de vista, ensayo de crítica, originalmente publicado en 1921. Alcanzó lo que Maura nunca pudo, ser recordada en la Historia —aún si de manera incompleta e injusta—, no por su físico o sus ocurrencias, sino por su talento y tesón.

Alba merece su propio libro.

Judith Pamplona y Ogazon (1868-1956)

Dos años después de la muerte de Maura en 1919, Judith acudió al registro civil: Hugo Jalisco quedó registrado como Hugo Eduardo, Maura perdió el Libertad de su acta bautismal[606] y recibió el nombre de Josefina, mientras que la más pequeña, Lucía, perdió el Lúcia[607] y fue nombrada como Lucía Judith, en honor a su madre.

Judith no supo más del paradero de su esposo. Aparentemente, Aranda murió en 1933, en Aguascalientes, donde se había arrejuntado (o quizá casado, convertido en bígamo) con otra mujer. Ese mismo año Judith interpuso una demanda contra su hijo, exigiendo una pensión de su parte. Gracias a los documentos judiciales resguardados en los archivos nacionales, supe que Judith trabajó como Ayudante de Glosador de la Tesorería de la Federación y que, con lo

606 "México, Distrito Federal, registros parroquiales y diocesanos, 1514-1970", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6Z6W-GXH4 : Tue Apr 22 11:38:51 UTC 2025), entrada para Maura Libertad Aranda Pamplona y José María Aranda, 8 de mayo de 1909.

607 *Ibídem FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6Z6W-3GDK : Tue Aug 19 17:03:39 UTC 2025), entrada para Lucía Lúcia Aranda Pamplona, 19 de marzo de 1912.

que le quedaba de su sueldo (luego de la considerable cantidad que le descontaban para pagar préstamos, hipoteca, y la cuota del partido), mantenía a su hermana María y a su tía Carlota. La hipoteca imagino era para la casa que Judith en San Pedro de los Pinos gracias a los créditos ofrecidos en ese tiempo a las maestras.[608]

Su nieta de mayor edad —mi madre, hija de Hugo— me contó que de niña visitaron poco a la severa abuela, aunque vivía cerca, en la misma colonia donde crecieron ella y sus hermanos. La recuerda con una falda larga y negra, hasta los pies. “Nunca nos quiso. No quería a mi mamá”. Mi tío Pepe, la menciona con más afecto. Judith lo sentaba en sus rodillas y le regalaba dulces. Un día, él dijo que se identificaba con la figura de José Pamplona, el bohemio padre de Judith. Quizás ella le dejó impreso ese recuerdo. “Te pareces a tu bisabuelo”, la imagino diciéndole, a pesar de que ella nunca lo conoció.

Tanto el retrato que Pamplona hizo de Maura, como un autorretrato que probablemente sea una de sus primeras obras y que muestra una imagen romántica y alterada de sí mismo, colgaron en casa de mi abuelo Hugo Aranda hasta la muerte de su madre en 1956. Ella no quedó enterrada junto a su madre y sus hermanas en el panteón civil de Dolores, sino en el Panteón Jardín. Hugo llevó los cuadros a Guadalajara y los donó al Museo de esa ciudad.

---

[608] La maestra Laura Méndez de Cuenca también compró terreno en esa misma colonia. Fuente: Bazant, Mílada. “Laura Méndez de Cuenca: Mujer indómita y moderna (1853-1928)”, *Vida cotidiana y entorno educativo,* págs. 219 y 221

María Herrera y Ogazon (1872-1949)

De Alba quedaron muchos rastros, aunque ninguna confesión personal. De Judith, algunos retratos y los relatos de mi madre y tío. Pero de María, solo quedó el más puro de los silencios. Jamás fue nombrada, como si no hubiera existido. Y sin embargo, estuvo siempre ahí, compañera y testigo.

No se casó y nunca sabremos si fue por falta de oportunidad, o de interés. Al inicio de mi investigación, en el censo de 1930, apareció una María Herrera residiendo en Oaxaca, e imaginé que ella podría haber huido e intentado comenzar una vida que tampoco fue la que soñaba, por lo que luego regresó, avergonzada, pero sabiendo que su hermanas nunca le darían la espalda. Sin embargo, lo más probable es que María no haya ido a ninguna parte más allá del entonces llamado Distrito Federal, y que su vida terminara como la de miles de mujeres solteronas: en casa, con su madre, sus hermanas, o quien sea que les tuviera simpatía.[609] Seguramente ella cuidó de Maura mientras Judith y Alba se enfrentaban al mundo, pero, luego de que su madre falleciera, solo queda la pregunta: ¿qué habrá hecho María durante los siguientes 25 años de su vida?

La única otra certeza es que quedó enterrada en la misma fosa que Maura y su hermana Alba. La placa con su nombre es la única que se mantiene legible.[610]

---

[609] Como ya se mencionó, en un documento judicial de 1933 se menciona que Judith mantenía a su hermana María. Fuente: AGN

[610] Ver fotos en Anexos, pág. 573

NOTA Y AGRADECIMIENTOS

Maura fue, durante la intervención y el Imperio, el alma tapatía, graciosa, noble pícara, sutil, llena de sal y encanto de la vida.

José R. Benítez[611]

Pedro y Maura tuvieron un apasionado sentido del deber patriótico. No solo fueron parte de una generación de grandes hombres y mujeres; fueron líderes de esta. Y, sin embargo, ahora se encuentran casi ignorados, al margen de la historia. En Guadalajara casi no queda huella del gobernador Ogazon: su calle ya no existe, no hay estatua suya y su nombre tan solo se menciona como hombre ilustre de Jalisco y héroe de la Reforma.

Al iniciar este proyecto, yo residía en la frontera norte de México, es decir, a miles de millas de la capital del país, donde se ha centralizado todo el saber histórico de la nación. No me di cuenta en qué me estaba metiendo, como dicen. En un giro cruelmente afortunado, la pandemia del COVID aceleró la digitalización de archivos, aunque todavía queda mucho por hacer en cuanto al acceso digital a las bibliotecas públicas de este país, con sus plataformas obsoletas y problemas en la indexación. La gran Hemeroteca Digital de la UNAM resulta muy limitada en comparación con otras hemerotecas del mundo. Una de mis fuentes más esclarecedoras fueron los periódicos de Estados Unidos

[611] *Como me lo contaron te lo cuento: por la calle de Juárez,* pág. 58

de esa época, y no solo los impresos en español. Para mi fortuna, Pedro Ogazon, junto con otros generales mexicanos, era una de las figuras que recibían gran atención "mediática" en aquellos tiempos.

En 2022 viajé a la Ciudad de México y a Guadalajara para profundizar en mi investigación. En mayo de ese año todavía había demasiados lugares cerrados al público. En esa ocasión quise visitar las tumbas de Maura, Pedro y Alba, pero me lo negaron porque, según ellos, no llevaba prueba de parentesco. Tampoco se podía acceder a la Rotonda, así que en ese primer viaje ni siquiera pude rendirles tributo. Lo hice dos años después, cuando tuve la oportunidad de regresar.

En Guadalajara tuve mejor suerte y hallé información nueva y relevante. Mi intención era empaparme de la ciudad para ayudarme a imaginar la vida de Maura en esa joya que es la Perla Tapatía. Pude, en esa visita, leer la publicación original del documento genealógico escrito por Ricardo Lancaster Jones, quien, a pesar de los datos inexactos que incluye, sigue siendo una de las fuentes más importantes para conocer la historia de Maura y de la familia Ogazon. Es una pena que no se sepa dónde quedó su archivo, pues entre sus fuentes citadas, Lancaster Jones menciona un libro, ahora desaparecido, de apuntes realizados por el padre de Maura. También pude ver el acta de registro original de la boda civil de Maura y José Pamplona, con las firmas originales de mis tatarabuelos, además de los dos retratos que todavía se encuentran en la colección del Museo Regional de Guadalajara.

De los primeros documentos en los que se hacía referencia directa a Maura fue la tesis de Sergio Estrada sobre el pintor Ramón Sagredo. Estrada realizó un gran trabajo al reunir y narrar mucha de la información disponible sobre Maura hasta ese momento. Su escritura reflejaba una especie de enamoramiento por parte del historiador hacia la musa de su objeto de estudio. Había caído bajo el encanto de la hermana del gobernador e incluso me expresó su deseo de escribir una ópera sobre la relación entre ambos, Sagredo y Maura. Desconozco si lo habrá realizado; ojalá lo haga. Sin embargo, luego de leer su trabajo, me quedó claro que yo quería ir más allá de la construcción de la musa. Algunos cronistas de Guadalajara, que se han asumido como herederos de sus "ilustres" apellidos, tienen mucho de culpables al mantener y depurar esa imagen romántica. Les encanta relatar las anécdotas que supuestamente le sucedieron a Maura, y hablan de ella como de un figurín bello e intocable, que les perteneciera.

Como Maura, ha habido centenares de mujeres nunca nombradas, pero que aún así fueron activas partícipes de nuestro proceso histórico como mexicanas. Merecen no solo nuestro reconocimiento y respeto, sino muchos más intentos por narrar cómo vivieron, e imaginar lo que pensaron y sintieron, porque ellas no supieron lo importante que sería para nosotras —sus descendientes— saberlo. La historia nunca será precisa ni exacta, ¡pero es tan necesaria!

Pedro Ogazon también merece ser revisitado, de modo que se exploren sus aciertos y desaciertos políticos de manera seria y sin prejuicios ideológicos. En parte es por ello que en el primer libro de esta obra le di tanto espacio y me aferré al documento y a la cita literal, no solo para darle fundamento a mi relato, sino para dejar su historia un poco más al descubierto, para lectores y descendientes.

Agradezco a mi madre, Pilar, y a su hermano José, hijos de Hugo Aranda Pamplona, por compartir sus vagos recuerdos. Mi tío Pepe fue el primero en mencionarme que teníamos un antepasado que había sido gobernador de Jalisco; pero, en mi ignorancia, al realizar una primera búsqueda entonces, no hallé a ninguno con el apellido Aranda. ¡Cuánto he aprendido de genealogía desde entonces!

Estoy agradecida con todos los bibliotecarios y trabajadores de instituciones culturales que me ayudaron, algunos de manera presencial y otros mediante correos electrónicos, reproduciendo y enviando documentos, libros enteros y cartas. Entre ellos, me gustaría mencionar a:

- Phyllis Kayten, bibliotecaria en la Universidad de Stanford (quien me facilitó la imagen de la portada con el cuadro realizado por Pamplona).
- David Woken, Latin American and Caribbean Studies Librarian.

• Lourdes Quiroa, bibliógrafa para el Centro de Estudios Internacionales, Biblioteca Daniel Cosío Villegas, El Colegio de México.

• Rodolfo Frías Arizpe, bibliotecario referencista de la UDMX (por las fotocopias del libro sobre Pedro).

En Guadalajara:

• A José Manuel Ramos López, del Archivo Histórico Municipal de Guadalajara, por mostrarme el documento original del matrimonio civil de mis tatarabuelos y permitirme fotografiarlo.

• De la misma manera, a la entonces directora del Museo Regional de Guadalajara, Blanca Alicia Martínez Cano, por darme la oportunidad de ver las pinturas de José Pamplona (que no se encontraban en exhibición) y fotografiarme con ellas. Ojalá algún día les den el crédito debido.

• A Jorge Baraona, de la Biblioteca del CIESAS, por su generosidad con todas las copias de obras que enriquecieron este trabajo.

• Al personal en general de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco “Juan José Arreola”, por todo su apoyo, por registrarme como investigadora y entregarme una credencial para tener acceso a los documentos judiciales.

• A Kamuel Zepeda, por su tiempo y conversación. Pianista y músico interesado en la época de la Reforma, grabó un CD que incluye la pieza La Banda Roja y que generosamente me ha permitido usar para

mis proyectos multimedia relacionados con esta obra.

- Al Bazar en Ajijic, que me permitió fotografiar la pintura que supuestamente hizo Juan Cordero de mi tatarabuela.

En la Ciudad de México:

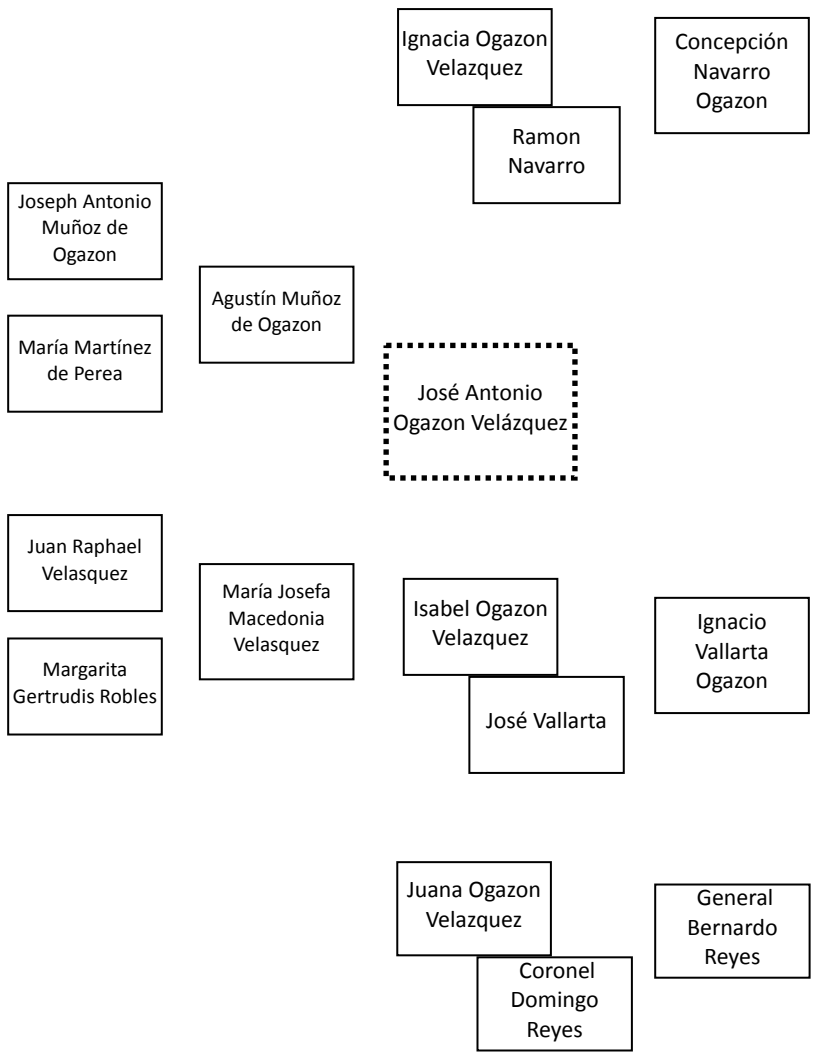
- Al personal del AGN, del INEHRM y del Colegio de las Vizcaínas; especial agradecimiento a la Dra. Elena Sánchez Cortina, coordinadora del acervo cultural.
- A Yael García Beltrán, del Conservatorio, quien ha rescatado el trabajo de Alba Herrera.
- A Celia del Palacio Montiel, quien además de ayudarme a contactar al profesor Arturo Camacho, me inspiró con sus trabajos de investigación y novelas históricas. Por supuesto, al Dr. Camacho por su generoso tiempo.
- A Carolina Rodríguez Alzza, la proxy que me asistió para acceder a documentos y libros de la Biblioteca Benson en la Universidad de Austin, Texas.

La presente obra será donada a varias de estas instituciones, como compromiso cumplido y agradecimiento por su apoyo, pero también para que, entre tanto libro sobre guerras y hombres valerosos, quede también un testimonio femenino; al menos un atisbo de quién en verdad fue Maura Ogazon Rubio, mi tatarabuela, cuyo espíritu seguirá bailando eternamente: patriota mexicana, madre implacable, mujer inolvidable.

ANEXOS

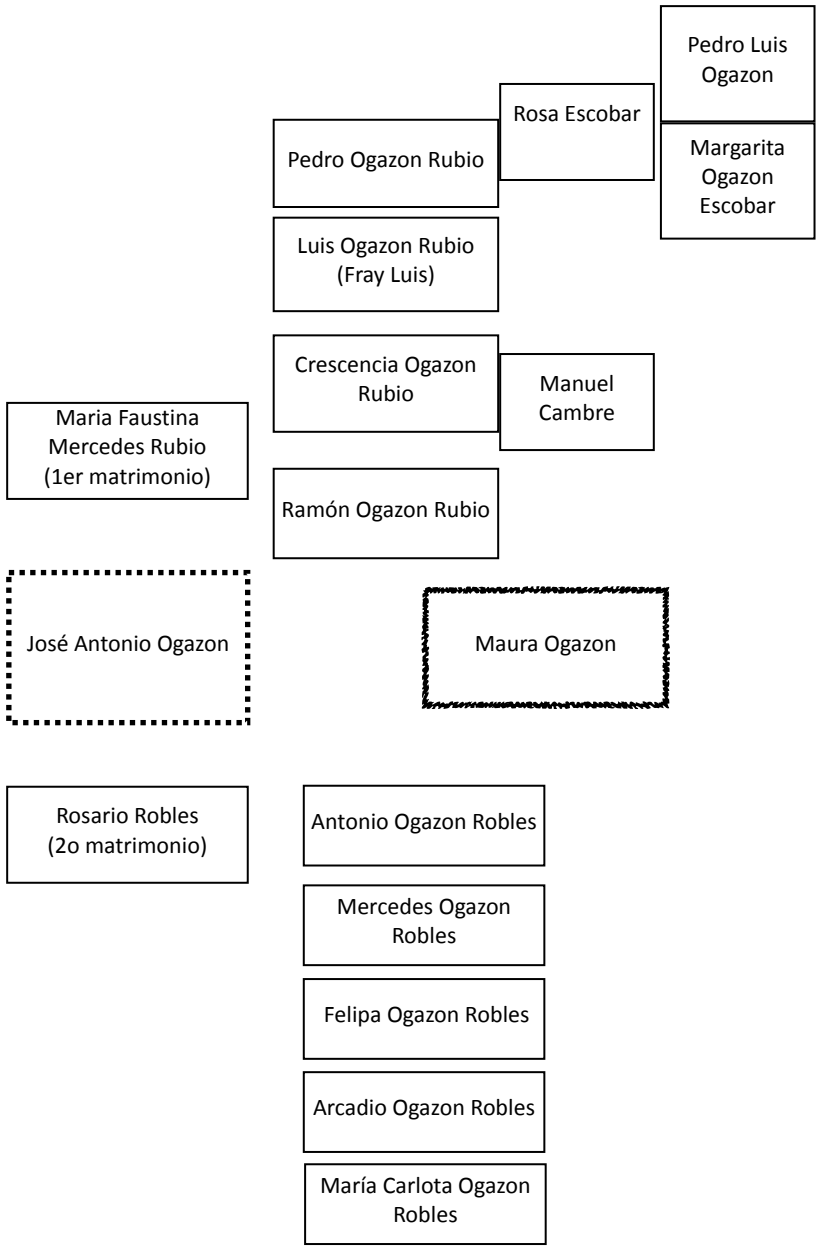
Árbol Genealógico de Maura Ogazon ~ 1

(Primos y ascendencia paterna relevante)



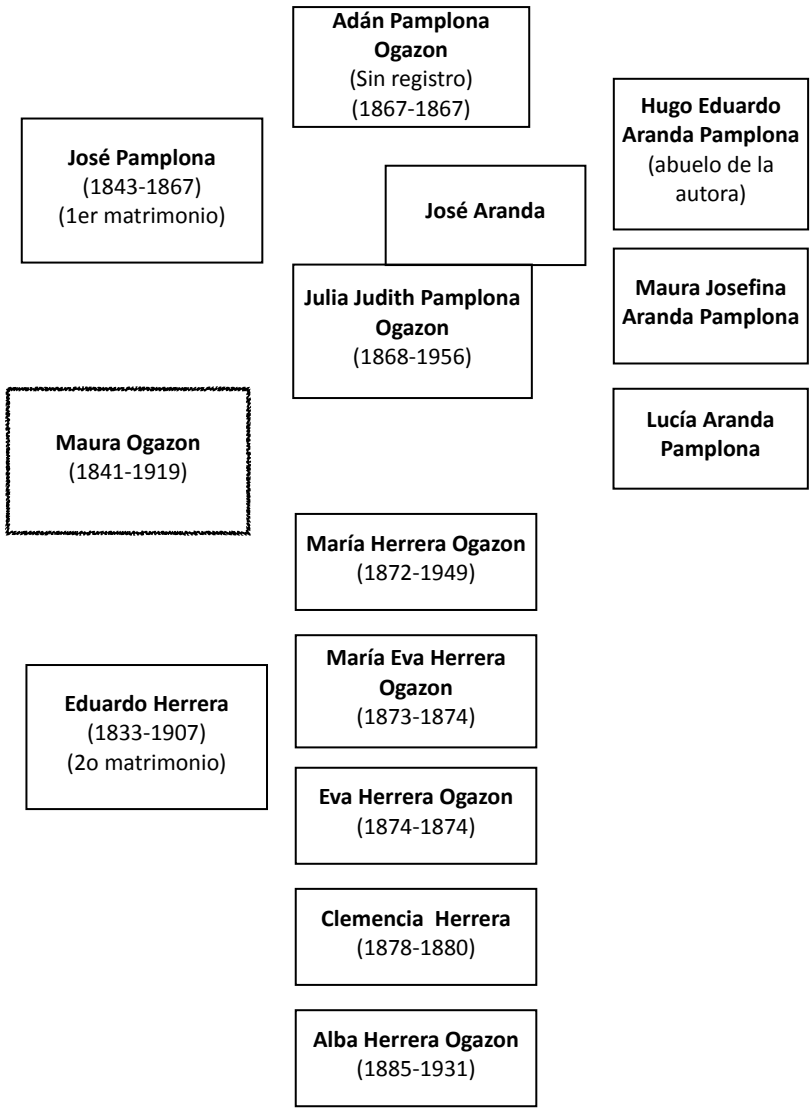
Árbol Genealógico de Maura Ogazon ~ 2

(Hermanos, y sobrinos y medio hermanos relevantes)

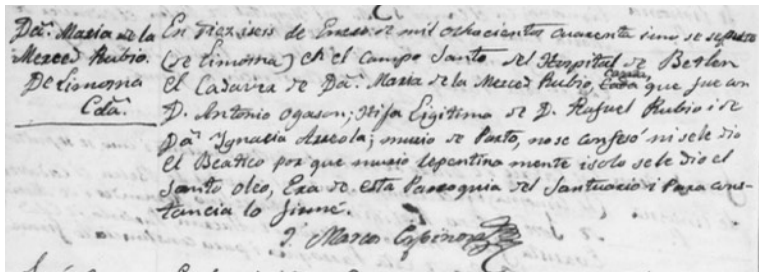


Árbol Genealógico de Maura Ogazon ~ 3

(Descendencia)



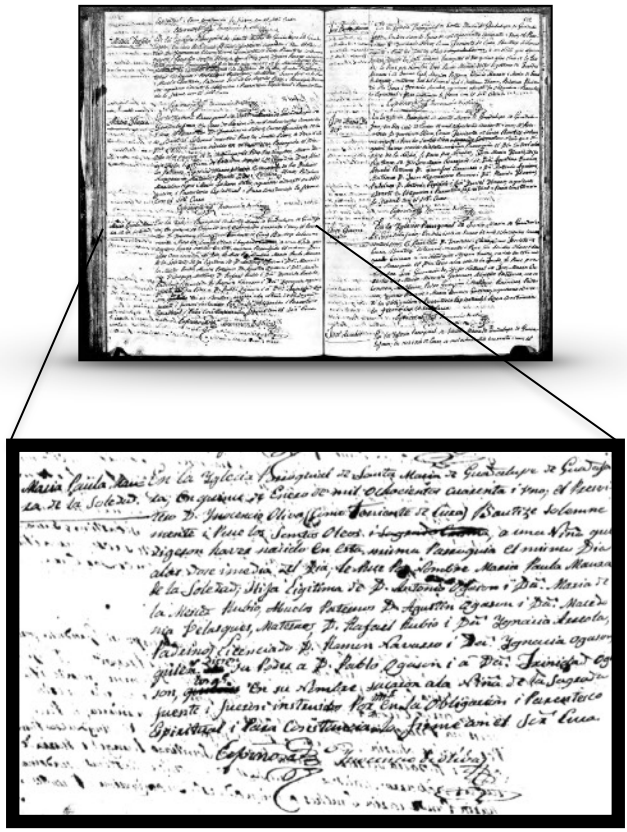
Registro de defunción de María de la Merced Rubio



“En 16 de enero de 1841 se sepultó (de limosna) en el campo santo del hospital de Belén, el cadáver de doña María de la Merced Rubio, casada, que fue con Antonio Ogazon; hija legítima de don Rafael Rubio *i* de Doña Ygnacia Arreola; murió de parto, no se confesó ni se le dio el Beático porque murió repentinamente i sólo se le dio el Santo óleo, Era de esta Parroquia del Santuario i para constancia lo firmé. I. Marcos Espinoza”.

Fuente: "México, Jalisco, registros parroquiales, 1590-2022", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/

Registro de bautizo de Maura Ogazon Rubio



Transcripción: En la Yglesia Parroquial de Santa María de Guadalupe de Guadalajara, En quince de Enero de mil ochocientos cuarenta i uno; el presbítero D. Ynocencio Oliva, (como Teniente y Cura) Bautize solemnemente i Puse Los Santos Oleos [tachado], a una niña que dijeron haver nacido en esta misma Parroquia el mismo Día a las Doce i media del Día, le puse Por Nombre Maria Paula Maura de la Soledad, Hija Legítima de D. Antonio Ogazón i Dã. Maria de la Merced Rubio, Abuelos paternos Don Agustin Ogason y Dña Ygnacia Arreola, Padrinos Licenciado D. Ramon Navarro y Dña Ygnacia Ogason; quien dieron su poder a D. Pablo Ogason y a Dña Trinidad Ogason los que en su nombre sacaron a la niña de la sagrada fuente y fueron instruidos por mí en la obligación y Parentesco Espiritual y para constancia la firmé con el Señor Cura. FIRMAS: Espinosa Ynocencio de Oliva**.**
Fuente: "México, Jalisco, registros parroquiales, 1590-2022", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/

Registro de bautizo de Pedro Ogazon



Transcripción: Pedro de Jesus E.h.l. En el Sagrario a diez y ocho de Sep. de mil ochocientos veinte, yo el Br. D. José Ma. Rincón, asistí al R. V. Fr. José María Días Religioso de la Merced, quien — con mi licencia bautizo y puso los santos oleos a Pedro de Jesus; nació lunes diez y siete, hijo legitimo de D. José Antonio Ogazón y de Da. María Merced Rubio; abuelos paternos D. Augustín Ogazón, y Da. Macedonia Velázquez; maternos D. Juan José Rubio, y Da. Ygnacia Topete; fueron sus padrinos el Presbítero D. Juan Lucas? Robles y Da. María Andrea Ogazón, quienes quedaron entendidos de la cognación espiritual y su obligación; y lo firmé como cura encargado. Facultado por el Gobierno Eclesiastico.

Fuente: "México, Jalisco, registros parroquiales, 1590-2022", *FamilySearch* (https://www.familysearch.org/ark:/

Partitura de Clemente Aguirre (1861)

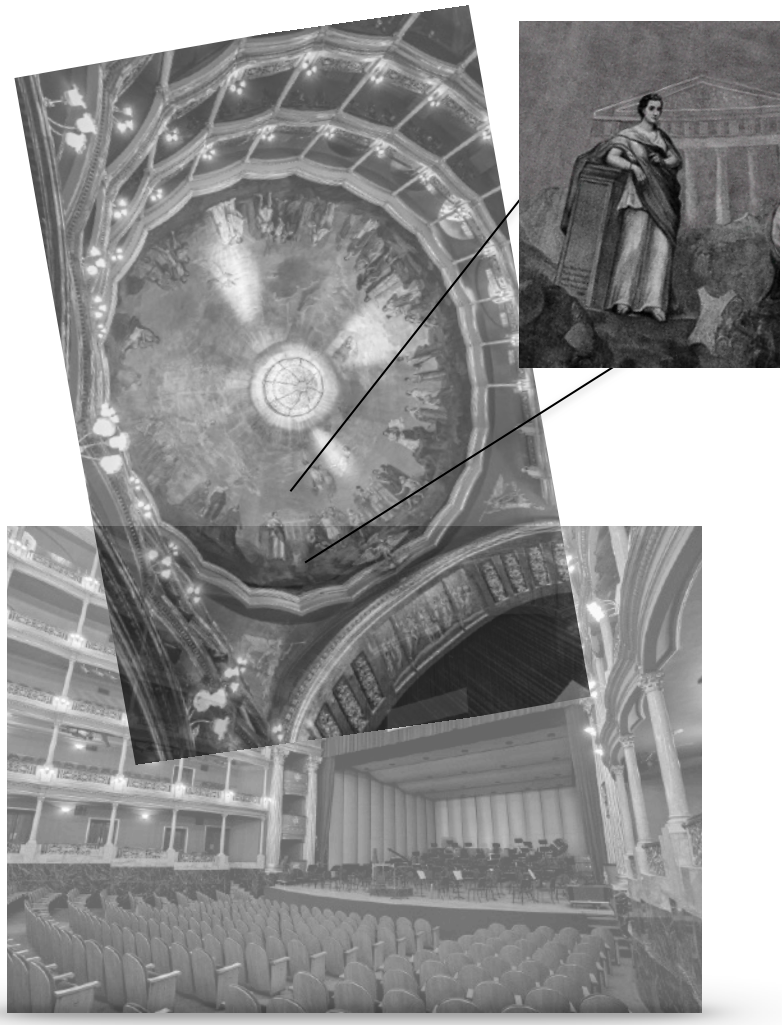


© 1995–2018, Gabriel Parcyón, ed.; CENIDIM-INBA, México.



Fuente: Pareyón, Gabriel. *Clemente Aguirre (1828-1900). Compositor, maestro, director musical y compilador de música tradicional. II. Colección de Piezas para piano.* México: Secretaría de Cultura, INBAL, Cenidim, México 2023

Teatro Degollado (1861)



Arriba izquierda: Bóveda completa, interior del Teatro Degollado, en Guadalajara.

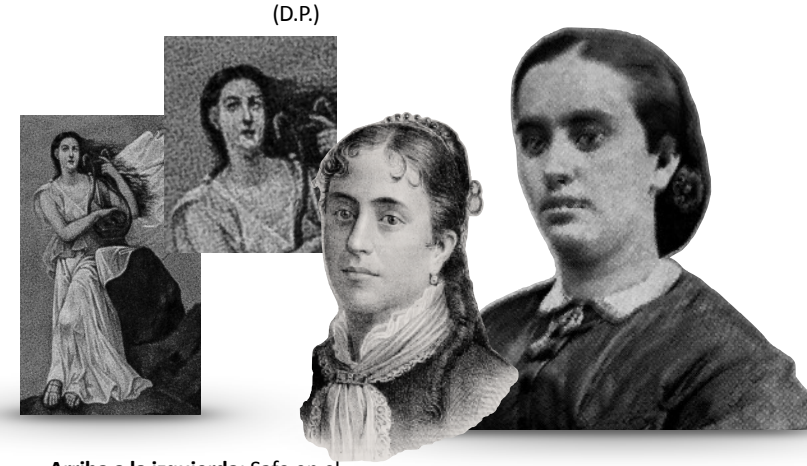
Arriba derecha: La figura que representa a Hera-Atenea, con el Partenón, y que Aurelio Hidalgo identifica como Maura Ogazon.

Abajo: Esquina del techo donde se ubica la figura de Maura en referencia al escenario del Teatro Degollado. (Fotos: Dan Pérez)



Arriba: Maura como Hera-Atenea en el Teatro Degollado. Derecha arriba: Maura supuestamente por Juan Cordero. Original en galería en Ajijic, Jal. (Fotos de la autora)

Derecha: Maura por Octaviano de la Mora. (D.P.)



Arriba a la izquierda: Safo en el Teatro Degollado y detalle del rostro (Foto: Dan Pérez).
Arriba a la derecha: Esther Tapia, litografía, portada del Álbum de la Mujer 1885 y fotografía de 1869 tomada por Octaviano de la Mora (D.P.)

Derecha: Electra en el Teatro Degollado y detalle (Foto: Dan Pérez).
Extrema derecha: Fotografía de Isabel Prieto de Landázuri (D.P:)





Litografía de José Rosas Moreno. poeta y fabulista
Fuente: Fototeca Nacional (D.P.)

Poemas de José Rosas Moreno dedicados a Maura

Publicados en *Ramo de Violetas,* compilación editada por Ignacio M. Altamirano en 1891

DESPEDIDA

A MI QUERIDA AMIGA MAURA OGAZON.

En medio del horror de la agonía,
Vencido ya por el destino airado,
Vengo *á* decirte "adiós" amiga mía.
Como le dije "adiós" *á* mi alegría
En otro tiempo por mi mal pasado.

De mi adverso destino la influencia,
Y a nadie, nadie *á* detener alcanza;
Siempre triste he pasado la existencia.
Llorando siempre del amor la ausencia,
La ausencia del amor y la esperanza.

Siempre han sido mi aliento los dolores
Y en lucha eterna el corazón se agita;
Solitario, sin gloria y sin amores,
Que si amo alguna flor entre las flores
El adverso destino las marchita.

Mártir ¡ay! del amor y la amargura
Me devora la vida hora tras hora:
Nunca he visto el semblante *á* la ventura;
Siempre ha sido mi vida noche oscura
Sin estrellas, sin luna y sin aurora.

Siguiendo mi camino indiferente;
Sin fe, sin luz, sin ilusión, sin calma.
Devoraba la vida tristemente.
Llevando *á* mi pesar eternamente
Eterna soledad dentro del alma.

En el horrible afán de mi tormento
Del hado injusto me quejaba en vano;
¡Ay! no existe en el mundo el sentimiento,
Ninguno comprendió mi sufrimiento.
Nadie piadoso me tendió su mano.

Devorado por bárbara tortura
Pasé los años de la edad hermosa,
Y nunca consoló mi desventura
Ni una sola palabra de ternura.
Ni una sola mirada cariñosa.

Cuando abrumado ya por el quebranto
Mi pobre corazón desfallecía.
Ninguno supo comprender mi llanto.
Y mis tristes suspiros, y *á* mi canto.
Sólo el viento en sus aves respondía.

Todos, mis *ánsias* y mi angustia vieron
Sin sentirse siquiera conmovidos:
Al pobre corazón muerte le dieron,
Y nunca *á* sus latidos respondieron
De un corazón hermoso los latidos.

Me arrebató el destino rigoroso
El dulce amor al corazón más caro;
Y nunca ni un instante fui dichoso.
Porque siempre he vivido pesaroso.
Llorando sin cesar mi desamparo.

En mi triste aislamiento contemplaba,
Sin ilusión la vida y sin belleza;
Mi dolor en silencio devoraba,
Y *á* llorar en silencio me ocultaba
En medio del horror de la tristeza.

Entonces, al llorar desconsolado
Mi amor perdido, mi perdida gloria,
La inútil gloria de mi bien pasado;
Como un eco del bien arrebatado.
Llegó *á* mi oído tu infeliz historia.

No sé por qué mi corazón ardiente
Sintió aumentarse su dolor impío;
Y aunque era *á* otro dolor indiferente.
Escuchando tu historia tristemente
Lamenté tu infortunio como el mío.

Existe en nuestra historia maldecida
Dolorosa y *estraña* semejanza.
Porque los dos cruzamos por la vida
Llorando siempre la ilusión perdida.
Sin dicha, sin placer, sin esperanza.

Como herida el destino quiso verte,
A mi también del corazón herido
Mirarme quiso la contraria suerte;
Tú el olvido lamentas de la muerte;
Yo lamento la muerte del olvido.

Por eso aunque eras tú desconocida.
Y aunque lejos, muy lejos te encontrabas;
Con la historia doliente de tu vida
Al alma por el mal escarnecida,
Misteriosa ternura le inspirabas.

Cuando al fin compasiva la ventura
Me permitió mirarte, amiga mía,
Contemplando tu espléndida hermosura,
Sentí que se aumentaba mi ternura.
Sintiendo el corazón tu simpatía.

Entonces, con el alma alborozada,
Te vine *á* saludar con mis cantares
¡Pobre flor por el viento destrozada!
Y esclavo de tu voz y tu mirada
Sentí desvanecerse mis pesares.

Pero ¡ay! el estruendoso torbellino
Soplando airado sobre el mar incierto,
Se aparta sin piedad de mi camino,
Dejando al fatigado peregrino
A solas y sin luz en el desierto.

Tal vez ¡oh niña! al despuntar el día
Te hallarás de tu amigo muy lejana.
Llevándote contigo su alegría . . .
Y á pesar de mi afecto, hermana mía,
Tal vez de mi te olvidarás mañana.

No importa que al partir indiferente
Del bardo olvides la funesta historia;
Que él por tí suspirando tristemente,
Conservará en el alma eternamente
De tu dulce amistad una memoria.

México, 1864

RECUERDOS DE JALISCO.

—-

A MI QUERIDA AMIGA MAURA OGAZON.
EN SU ÁLBUM.

No puedo, hermosa amiga,
Cantar como quisiera,
Que airada y enemiga,
De mi natal ribera,
¡Ay! con injusta cólera
La suerte me arrojó.
Y aunque tu rostro miro.
La inspiración se aleja;
Mi voz es un suspiro,
Mi canto es una queja . . .
No tiene mas que lágrima;
Mi pobre corazón . . .

Insólita ternura
Que me conmueve siento,
Mirando tu hermosura
Recuerda el pensamiento
La deliciosa imagen
De su perdido edén.
Y este recuerdo blando
Me halaga y me entristece;
Porque al estar mirando
Tus ojos, me parece
Ver á la sombra prófuga
De la ilusión de ayer.

Orgullo de las flores
De mis jardines eres,
Amor de los amores,
Placer de los placeres,
Hermana de los ángeles

De mi natal país;
Por eso yo me llamo
Con efusión tu amigo;
Por eso yo te amo,
Por eso te bendigo
Como al ensueño mágico
De la ilusión feliz.

Proscrito por la suerte
De mi adorado suelo.
Triste suspiro al verte
Con amoroso anhelo,
Pulsando melancólico
Mi rústico laúd.
Yo sé que tú naciste
Bajo del cielo hermoso
Porque suspiro triste;
Y al verte soy dichoso
Porque eres de sus vírgenes
La predilecta tú.

Me place ver las flores
De mi verjel querido,
Me agrada que en rumores
Resuenen en mi oído
Los ecos de la música
Que en mi niñez oí.
Por eso gozo tanto
Mirando tu hermosura;
Por eso con mi llanto
Se mezcla mi ternura,
Pues amo hasta los céfiros
Del suelo en que nací.

¡Ay! como el ave errante.
Sin calma ni alegría,

Por mi país distante
Suspiro noche y día,
Mis esperanzas últimas
Mirando fallecer.
Mi corazón ha muerto,
Mi amor es un delirio,
Mi senda es un desierto,
Mi vida es un martirio;
No tiene nunca término
Mi amargo padecer.

¡Ay! como el ave ausente,
Por el país que adoras
Llorando tristemente
Paso las tristes horas.
Porque es mi sola patria
La tierra que perdí;
Aquí, cual ave herida.
No hallo ni paz, ni calma;
Allá dejé mi vida.
Allá dejé mi alma,

Y he menester su atmósfera
Para poder vivir.

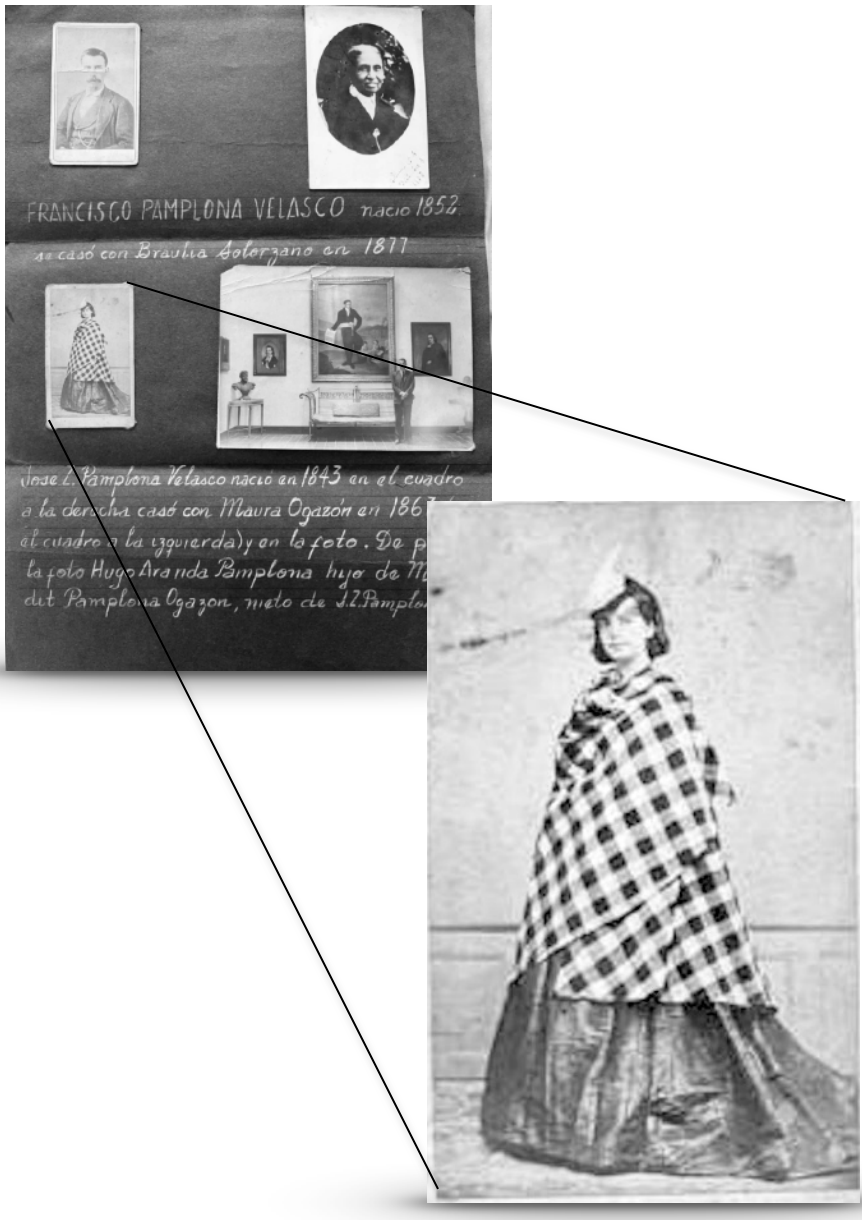
Pero irritado el cielo.
Del suelo en que naciste
Me arroja hasta otro suelo,
Donde suspiro triste,
Como extranjero mísero
Sin patria y sin hogar.
Mañana tú, dichosa,
Contemplarás las flores
De mi mansión hermosa,
Y en tanto los rigores
De mi destino bárbaro

Me quedaré á llorar.

La ausencia y el olvido
Nunca he sentido tanto.
Como hoy que he conocido
Tu poderoso encanto;
Porque el destino pérfido
Me roba otra ilusión.
El alma estaba ufana
Con el placer de verte,
Pero ¡ay! de mí, mañana
Te alejará la suerte.
Triste dejando y huérfano
Mi pobre corazón . . .

Dios quiera que mil flores
Perfumen tu existencia,
Que nunca triste llores
De la ilusión la ausencia;
Que ante tus plantas tímido
Se postre el porvenir.
Y cuando allá tus risas
Alejen los pesares;
Cuando las leves brisas
Te lleven mis cantares.
Mis ayes ó mis súplicas,
Acuérdate de mí.

México, 1864.



Arriba, a la izquierda: Imagen de cartulina, con fotos y relato familiar. Incluye la foto de Maura, que se reproduce en microfilme en el Libro 1 de esta obra. Más sobre la foto de la cartulina a la derecha, en la siguiente página.
(Cortesía de Alejandro Pamplona)

José Pamplona







Abajo a la izquierda, fotografía tomada del libro *El traje y el Adorno en México, 1500-1910* (1946) de José R. Benítez. José Pamplona seguramente la utilizó para su autorretrato (derecha).
Foto más abajo: Hugo Aranda Pamplona, nieto de José Pamplona (y mi abuelo materno), posa junto a las pinturas que donó al Museo de Guadalajara en 1956: el retrato de Maura y el autorretrato de José. (**Fuente**: cortesía de Alejandro Pamplona)



Retrato que José Pamplona hizo de Maura Ogazon, fechado en 1865 (en resguardo en el Museo de Guadalajara. Ver página 511). El listón que cuelga de su cuello es de color rojo bermejo.
Se puede ver el parecido con la fotografía Mau de ra (**recuadro**) que aparece en el libro de Luis Pérez Verdía. **Fuente:** *Historia particular del Estado de Jalisco, Vol. III* D.P.

La pintura de José Pamplona

En la última exposición de de la Sociedad de Bellas Artes de Guadalajara, en 1865, de acuerdo a lo publicado en el libro de Arturo Camacho Becerra, en el *Catálogo de las exposiciones de la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes,* se listan (y en algunos casos se describen) los siguientes cuadros:

— Retrato en busto de D. Manuel Capetillo. 55 X 40 cm.

— “La Poesía”. 1.07 X .80 cm.

— “San Francisco de Asís”, copia de autor español. 74 X 52 cm.

— Cabeza de estudio. 60 X 51 cm.

— Retrato del malogrado poeta D. Juan Valle. Copia de F. Gutiérrez. 60 X 45 cm.

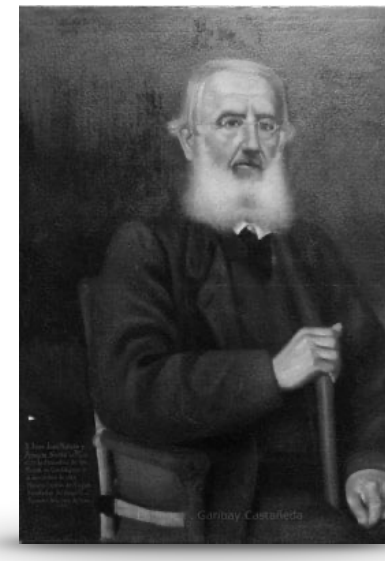
— Retrato de la Srta. Juana Dans. Copia de F. Gutiérrez. 54 X 41 cm.

— Retrato de la Srta. Cristina Núñez. 55 X 44 cm.

— “Cabeza de Cristo en la cruz”, copia de Guido Reni. 50 X 39 cm.

En su artículo de 1956, “Dos retratos románticos tapatíos”, Lancaster Jones menciona las siguientes obras:

— Retrato de Maura Ogazon (1865) Propiedad del Museo Regional de Guadalajara. Donado por el señor Hugo Aranda, nieto (Ver páginas 611 y 612)



Retrato de Don Jose Matute y Arroniz, 1865 (Museo Regional de Guadalajra), posiblemente obra de José Pamplona.

— Autorretrato (1865) Propiedad del Museo Regional de Guadalajara. Donado por el señor Hugo Aranda, nieto.

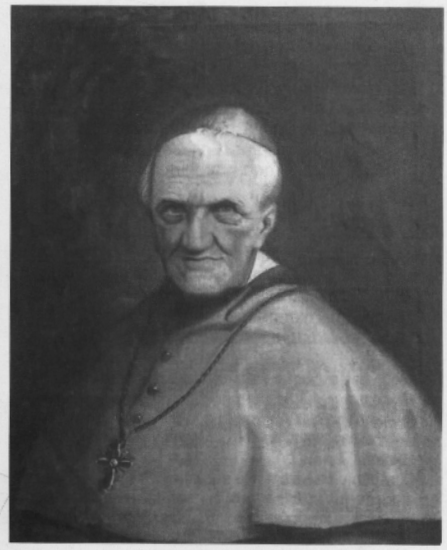
— D. José Matute (izquierda). Lancaster-Jones dice que el cuadro de Matute estaba en la Galería de Fortino Jaime, en la calle de Morelos de GDL. En 1985 se publica que lo conservaba la familia Cañedo

— 2 cuadros pequeños, en Colima con la Srta. María Pamplona (c.1956)

— “San Francisco de Paula”

— Varios del arzobispo Espinoza y Dávalos. Ver página siguiente.

PEDRO ESPINOSA Y DÁVALOS:
PRIMER ARZOBISPO Y SU *RELATIO AD LIMINA*
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE GUADALAJARA (1864)

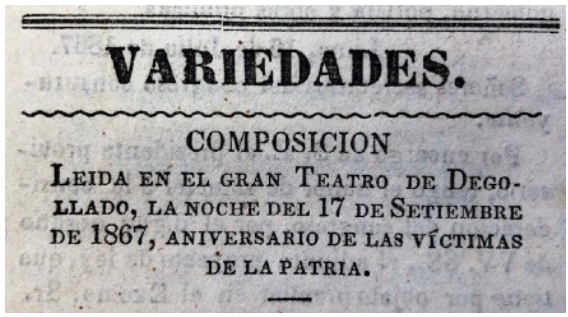


P. Espinosa y Dávalos retratado por José Pamplona (1865)

José Jesús Hernández Palomo

Portada de libro en que se da crédito a José Pamplona del cuadro incluido en su portada. Se desconoce dónde está la pintura original.
Fuente: Copia digitalizada, cortesía de *Stanford University Libraries.*

Poema de José Pamplona (1867)



VARIEDADES.

COMPOSICION

LEIDA EN EL GRAN TEATRO DE DEGOLLADO, LA NOCHE DEL 17 DE SETIEMBRE DE 1867, ANIVERSARIO DE LAS VÍCTIMAS DE LA PATRIA.

Publicado en *El País. Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Jalisco. 4a Época.* Tomo VII, Núm. 119 Jueves 26 de septiembre de 1867.

Suena el clarin; el genio de la guerra
Tenaz en desolar mi patria amada,
Alza terrible su fulmínea espada
Para llenar de luto nuestra tierra.

Suena el clarin; nubláronse los mares
De cien barcas preñadas de guerreros;
Piratas de la Europa, aventureros
Que dejan por nuestro oro sus hogares.

Suena el clarin; retando á cien batallas,
De tres potencias, huestes numerosas;
Se arrojan altaneras y orgullosas
Sedientas de rapiña á nuestras playas.

Y piden con el tono de señores
El fruto del trabajo del aldeano,
De la pobre mujer, del artesano,
En su saña brutal; provocadores.

Mas por sola respuesta al extranjero
Que pretende robarnos descarado,
Se alza un grito de guerra entusiasmado
Y estalla el trueno del cañón guerrero.

Palpitan de furor los corazones
Hasta del mas humilde mejicano,
Todos corriendo en contra del tirano
Al continuo bramar de los cañones.

Ciego en la vanidad de cien victorias,
Enviste el invasor, armipotente,
Ansioso de destruir á nuestra gente,
Pensando alegre en sus pasadas glorias.

Mas de Puebla inmortal en las murallas,
Hay soldados mas que ellos atrevidos,
A morir por su patria decididos
En medio del furor de las batallas.

Zaragoza allí está de eterna gloria,
El orgullo, el honor de nuestra tierra;
El peligro más grande no le aterra,
Solo piensa en la patria y la victoria.

Una vez y otra vez con mas coraje,
Tenaz lucha el francés encarnizado,
Y una vez y otra vez es rechazado
A pesar de su ímpetu salvaje.

Por la postrera vez fiero y terrible,
“¡A vencer ó morir!” el galo grita,
Y sobre el muro, audaz se precipita,
Desesperado y casi irresistible.

Mas de entusiasmo ardiendo el mejicano,
Salva sus muros de vencer ansioso,
Y en la abrasada lid triunfa glorioso,
A la patria librando del tirano.

Para eterna vergüenza de la Francia
Huyen cobardes los temidos zuavos,
Las espaldas volviendo á nuestros bravos
Que humillaron valientes su arrogancia

Perdieron las medallas de su pecho,
Y sirvieron de alfomdra sus pendones
A los libres, triunfantes escuadrones,
De Napoleon tercero á gran despecho.

Y el sol que alumbró entonces ese día,
El mas radiante fué de nuestro suelo;
Cinco de Mayo se grabó en el cielo,
Perenne gloria de la patria mia.

Un año pasó así, siempre en batallas
Para honor de los libres lidiadores,
Volviendo á combatir los invasores,
Rencorosos, de Puebla las murallas.

Cien combates trabáronse empeñados;
Corre la sangre férvida á torrentes;
Perecen en las lides mil valientes,
De Méjico al amor sacrificados.

Mas el campeon que nuestra hueste manda,
En los brazos de impúdicas mujeres,
Enagenado olvida los deberes
Que la patria aflijida le demanda.

Y la heróica ciudad sucumbe al cabo
Aunque llena de gloria y de grandeza,
Y Méjico se cubre de tristeza
Mientras su triunfo alegre canta al zuavo.

Se retira el patriota infatigable
De sus bellas ciudades desgraciadas;
Y sus calles entonces son holladas
Del francés por la planta detestable.

El Clero, eterno mal de las naciones,
Alza la frente negra y enlodada,
Con sangre de mil mártires manchada
Para entonar sus místicas canciones.

Aparece traidor, puñal en mano,
Todo de oprobio y de vergüenza lleno,
Queriendo aparentar que está sereno
Empapado en la sangre de su hermano.

Ciega esa chusma y de ignorancia llena,
Independencia y libertad pregona,
Y las dóciles manos abandona
Del esclavo á la mísera cadena.

Gime la patria, triste y sin consuelo,
En su angustia suprema abandonada,
Por su agudo tormento desgarrada
Y los ojos clavados en el cielo.

Vierte su llanto en delicadas perlas,
Que ardientes sus mejillas humedecen,
Y entre su negra veste desparecen
Sin que nadie se acerque á recorrerlas.

El honor de la vírgen es violado,
Se alza por todas partes la picota
Donde cual criminal muere el patriota
Que la guerra y las armas no ha dejado.

Por do quiera el lamento dolorido
Del huérfano se escucha y de la madre,
De mil esposas, del anciano padre
Que á sus seres amados han perdido.

Todo tristeza en Méjico respira,
No se ve una sonrisa en ningun labio,
No hay pecho que no sienta un justo agravio
Por todas partes la orfandad se mira.

Pero la hora sonó, se ve en el cielo
De libertad aparecer la aurora,
Y mas que nunca rutilante dora
El sol de independencia nuestro suelo.

Débil, vacila el trono del tirano,
Comedia improvisada de la Francia,
Olvidan los franceses su arrogancia,
Tiembla el traidor y el vil Maximiliano.

Truenan por todas partes los cañones,
Mueren por todas partes combatientes,
Truécanse los cobardes en valientes,
Por do quiera aparecen mil campeones.

Trae del Occidente la fortuna,
Mas valiente que nadie el gran Corona
Que la gloria y el triunfo no abandona,
Espada no vencida cual ninguna.

Vienen por todas partes vencedores,
El ínclito Porfirio y Escobedo,
Cuyos pechos jamas sorprendió el miedo,
Terror de los franceses y traidores.

El ridículo trono con gran ruido,
Del austriaco desplómase á despecho,
Y de las manos, mil pedazos hecho,
Se le desliza el cetro aborrecido.

Luchan el galo y la traicion en vano
Con inaudito esfuerzo en su agonía;
Pero cede por fin la tiranía,
Del patriota, al impulso sobrehumano.

El austriaco, soñando mejor suerte,
Por Napoleon formado y aturdido,
Despierta en el cadalzo sorprendido
Hallando por verdad solo la muerte.

De independencia y libertad el grito
Se escucha por do quiera entusiasmado;
En su triunfo gozoso está el soldado
Y vuelve á sus hogares el proscrito.

Nuestro *gefe*, al estruendo de su fama,
Adormido en los humos de la gloria,
No escucha de la patria en su victoria
La voz doliente que venganza clama.

La sangre de mil mártires gloriosos
La montaña enrojece y la pradera,
Mil sepulcros abiertos por doquiera,
Destrozados mil pechos generosos.

Pero el traidor riendo a carcajadas,
Goza de libertad y se divierte:
Trajo á la patria esclavitud y muerte
¡Y son tales infamias perdonadas!….

Si sangre de traidores ha corrido,
A torrentes bañando nuestra tierra,
En el negro patíbulo y la guerra
Mas sangre de patriotas se ha vertido.

De mi patria á los viles opresores,
¡Maldito el que perdona y compadece
Y la justa venganza no obedece!
¡¡Traidor el que perdona á los traidores!!

Guadalajara, Setiembre 17 de 1867

Tumba de Pedro Ogazon





Arriba, de izq a der: las tumbas de: Pedro Ogazon Rubio, Agustín Aragón León y Sebastián Lerdo de Tejada, en la Rotonda de Hombres Ilustres, agosto 2024.

A la izquierda: la tumba de Pedro Ogazon, misma fecha.

L^IC GRAL
PEDRO OGAZON
Y RUBIO.
FEBRERO 27 DE
1890.
R.I.P.

(Fotografías de la autora, CDMX 2024)

Tumba de Maura, María y Alba







Arriba a la izquierda: la tumba tal y como la encontré en agosto del 2024, y abajo, luego de limpiarla. A la derecha, detalle. Con el paso del tiempo, es difícil la lectura, aunque con el agua se alcanza a leer lo siguiente:

MAURA OGAZON
VDA. DE HERRERA
(ilegible) 1919

ALBA HERRERA OGAZON (ilegible)

Abajo, detalle: Aquí se puede leer con más claridad:
MARÍA HERRERA OGAZON
1872-1949

(Fotografías de la autora, CDMX 2024)



Bibliografía y fuentes

Bibliotecas físicas y digitales, Sitios Web, Blogs y Archivos Digitales

AGN	Archivo General de la Nación
AHJ	Archivo Histórico de Jalisco, Ramo Judicial, 1866
AMG	Archivo Municipal de Guadalajara
BCJ	Biblioteca del Colegio de Jalisco
BEJ	Biblioteca del Estado de Jalisco "Juán José Arreola"
BNAH	Biblioteca Nacional de Antropología e Historia
BNE	Biblioteca Nacional de España
CEHRM	Centro de Estudios de Historia de la Revolución Mexicana
CV	Colegio de las Vizcaínas
DBUANL	Dirección de Bibliotecas UANL
HCL	Widener Library, Universidad de Harvard
HDL	Huntington Digital Library
HNDM	Hemeroteca Digital de la UNAM
NYPL	New York Public Library
LOC	Library of Congress
SFPL	San Francisco Public Library
SCL	Sonoma County Library Digital Collection
SDR	Stanford Digital Repository (Stanford University Libraries)
UChicago	University of Chicago, Latin American/Caribbean Studies
UDEM	Universidad de Monterrey
UC	University of California Libraries
UT	University of Texas Libraries
BS	Biblioteca Sheridan, Universidad Johns Hopkins

Wikipedia
Wikimedia Commons
FamilySearch
Geneanet
genealogybank.com
Global Press Archive (newspaperarchive.com)
www.nyshistoricnewspapers.org
https://onlinebooks.library.upenn.edu/

www.gutenberg.org
https://universoradio.ucol.mx/
enciclopedia.udg.mx (Enciclopedia histórica y biográfica U. de G.*)*
https://issuu.com/instituto_del_federalismo
Calisphere (UC)
themazatlanpost.com
mazatlaninteractivo.com
rosamondpress.com/2014/11/26/the-turns/
www.printmag.com
https://www.maritimeheritage.org/
https://fohbcvirtualmuseum.org/ (*Virtual Museum of Historical Bottles And Glass*)
https://opensfhistory.org
https://www.foundsf.org
sanfranciscotheatres.blogspot.com
https://legacy.sfgenealogy.org/sf/history
https://sanfranciscotheatres.blogspot.com/
http://cliffhouseproject.com
https://grandescasasdemexico.blogspot.com

Periódicos y publicaciones periódicas

Diario del Gobierno de la República Mexicana, México 1843-1847
La Abeja, México 1844
El Siglo Diez y Nueve, México 1850-1867
El Ranchero, EEUU 1856
La Sociedad, México 1860-1866
La Unidad Católica, México 1861
El País. Diario Oficial del Gob. del Estado de Jalisco, GDL, México 1862-1867
La Iberia, México 1862-1868
Eco del Comercio, Veracruz 1863-1864
El Nuevo Mundo, EEUU 1864-1865
El Pájaro Verde, México 1864

La Voz del Nuevo Mundo, EEUU 1865
Southern Confederacy, EEUU 1861
Daily National Republican, EEUU 1864
San Francisco Bulletin, EEUU 1864-1865
State Telegraph, EEUU 1865
The Stockton Independent, EEUU 1865
Weekly Alta California, EEUU 1866
The Evening Telegraph, EEUU 1866
New York Daily Herald, EEUU 1866
New York Tribune, EEUU 1866
Daily Evening Bulletin, EEUU 1866
Wilmington Daily Dispatch, EEUU 1866
Sacramento Daily Union, EEUU 1866
Natchitoches Times, EEUU 1866
El Payaso, México 1866
La Sombra, México 1866
El Artista, México 1875
El Correo Germánico, México 1876
El Tiempo, México 1890-1907
El Faro, México 1806
El Popular, México 1906
El Mundo Ilustrado, México 1906-1907
El Evangelista Mexicano Ilustrado, México 1907
Prensa, México 1944-1950
El Informador, México 1956-1998

Conferencias

Rodríguez García, Ruben. *Ignacia Riesch: Una mujer de honor, y bien templado corazón frente a la intervención francesa* (Conferencia en video) YouTube: Canal INEHRM, 16 de julio, México 2019

Hernández Suárez, Diana, et.al. *Ester Tapia de Castellanos (1842-1897)* (Conferencia en video) Youtube. 7 de enero, México 2022

Entrevistas personales

Aranda Sánchez, Pilar Comunicación personal, presencial. México. 22 de septiembre de 2021.

Aranda Sánchez, José María Comunicación personal, telefónica. México. S/fecha.

Camacho, Arturo. Comunicación personal vía Zoom. México 29 de febrero de 2024.

Libros y artículos esenciales y/o citados

Acosta Rico, Fabián. *Los Gobernantes Jaliscienses. De la consumación de la Independencia a 1910,* Instituto de Estudios del Federalismo “Prisciliano Sánchez”, págs. 210-211. Guadalajara, México 2015

Aguilar Razo, Antonio. *Ignacio Manuel Altamirano: Soldado de pluma y espada. Biografía militar y política,* Tesis de Maestría en Historia, UNAM, México 2020

Aispuro Godoy, Benigno. “La aurora boreal de 1859 en Sinaloa”, *al100porsinaloa.com (*sitio web), México 2013

Aldana Rendón, Mario. *La junta auxiliar Jalisco y su circunstancia política: 1864-70,* Benemérita Sociedad de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco, México 2019

Aldana Rendón, Mario. “Masonería y revolución en Jalisco”, *Estudios Jaliscienses,* Núm. 58, Noviembre, págs. 15-28, Jalisco, México 2004

Allen, James Smith. “A Distant Echo: Reading Jules Michelet’s ‘L’Amour’ and ‘La Femme’ in 1859-1860". *Nineteenth-Century French Studies*, vol. 16, no. 1/2, págs. 30—46, EEUU 1987

Alfaro Anguiano, César Gabriel. *Los beneméritos de Jalisco,* Imprejal, Guadalajara, México 2003

Altamirano, Ignacio Manuel. *Obras Completas, VII: Crónicas,* Conaculta / TSJDF, México 2011

Altamirano, Ignacio Manuel. *Obras Completas, XII: Escritos de literatura y arte, Tomo 1.* Conaculta / TSJDF, México 2011

Altamirano, Ignacio Manuel. *Obras Completas, XIV: Escritos de literatura y arte, Tomo 3,* Conaculta / TSJDF, México 2011

Altamirano, Ignacio Manuel. *Obras Completas, XX: Diarios,* Conaculta / TSJDF. México 2011

Altamirano, Ignacio Manuel. *Obras Completas, XXI: Epistolario (1850-1889), Tomo I,* Conaculta / TSJDF, México 2011

Altamirano, Ignacio Manuel. *Obra literaria,* Conaculta, México 2013

Alvar Nuño, Antón. *Envidia y fascinación: El mal de ojo en el Occidente Romano.* ARYS: Antigüedad: Religiones y Sociedades. Anejo III, Universidad de Huelva, España 2012

Alvarez, Yolanda y Magi Farré. "Farmacología de los opioides", *Adicciones,* Vol. 17, Supl. 2, págs. 21-40, Barcelona 2004

American Lloyd's Register of American and Foreign Shipping, publicado por E. & G. W. Blunt, Nueva York, EEUU 1864 y 1865

Arrechedora, Iraima. "Vicente Ortigoza: biografía y aportaciones a la química", *Lifeder.com Media OÜ* (sitio web), 15 de octubre de 2020

Ávila, Patricia; González García, Ana Rosa. "Agua para las ciudades en el porfiriato. El caso de Guadalajara, México", *Revista de El Colegio de San Luis*, Vol. II, Núm. 4, págs. 10-34, julio-diciembre, El Colegio de San Luis, A.C., San Luis Potosí, México 2012

Ávila Gómez, Hugo. "El norte de la Nueva Galicia, en los apuntes de un obispo del siglo XVII". *9o Encuentro de Especialistas de la Región Norte de Jalisco y Sur de Zacatecas.* 3 de marzo, Centro Universitario del Norte de Jalisco, Universidad de Guadalajara, Colotlán, Jalisco, México 2014

Azuela, Mariano. "Hombre Masa", *Obras completas de Mariano Azuela. Tomo 3,* Fondo de Cultura Económica, México 1960.

Azuela, Mariano. *Precursores,* Ediciones Ercilla, Biblioteca

América, Chile 1935

Badia Muñoz, Graciela Isabel. Breve reseña histórica del Instituto Literario de la Ciudad de Toluca hasta la conformación de la Universidad Autónoma del Estado de México, Tesis de Maestría en Historia, UAEM, México 2004

Barba González, Silvano. *Licenciado y General Don Pedro Ogazon.* Manuel Casas. impresor, México 1967

Barceló, Elia. *Amores que matan,* Roca Editorial de Libros, España 2023

Barceló, Elia. *El eco de la piel,* Roca Editorial de Libros, España 2010

Baring, Anne and Jules Cashford. *The Myth of the Goddess. Evolution of an Image*. Viking Arkana, Inglaterra 1991

Basáñez Loyola, Alejandro. "Antonio Rojas y Alfred Berthelin, azotes de Occidente", *Líder Life* (sitio web https://www.liderempresarial.com/antonio-rojas-y-alfred-berthelin-azotes-de-occidente/), 11 de julio, México 2015

Bazant, Mílada. *Laura Méndez de Cuenca: Mujer indómita y moderna (1853-1928). Vida cotidiana y entorno educativo*. FOEM / Colegio Mexiquense, México 2013

Beiza Patiño, José. "Antonio Rojas: bandido, guerrillero, y patriota". Partes I-IV. *El Informador*, Julio-Agosto, Guadalajara, Jalisco, México 1988

Benítez, Ing. José R. *Como me lo contaron te lo cuento. Por la calle de Juárez.* Ediciones del Banco Industrial de Jalisco, S. A., Guadalajara, 1963

Benítez, José R. *El traje y el Adorno en México. 1500-1910.* Imprenta Universitaria, Guadalajara, 1946

Berg, Hans-Georg, *La droga, potencia mundial: El negocio con el vicio,* Editorial Planeta, España 1981

Blázquez Domínguez, Carmen. *Políticos y comerciantes en Veracruz y Xalapa 1827-1829,* Colección Centenario, Gobierno del Estado de Veracruz, México 1992

Blázquez Domínguez, Carmen. *Veracruz: Textos de su historia Tomo I,* Gobierno del Estado de Veracruz / Instituto

Veracruzano de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. Jose Ma. Luis Mora, Veracruz, México 1988

Blázquez Domínguez, Carmen. *Veracruz: Una historia compartida,* Gobierno del Estado de Veracruz / Instituto Veracruzano de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. Jose Ma. Luis Mora, Veracruz, México 1988

Blázquez Domínguez, Carmen. *Veracruz Liberal 1858-1860,* El Colegio de México /Gobierno del Estado de Veracruz 1986

Brewer, William H. *Up and Down California in 1860-1864; the journal of William H. Brewer.* Yale University Press, New Haven, Connecticut, EEUU 1930.

Cabrera, Daniel H. editor. Liberales Ilustres Mexicanos. De la Reforma y la Intervención, Impreso por El Hijo del Ahuizote, México 1890

Camacho Becerra, Arturo, compilador. *Catálogo de las exposiciones de la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes,* El Colegio de Jalisco, México 2010

Camacho Becerra, Arturo. *Los Papeles del Artista.* El Colegio de Jalisco, México 1998

Cano, Beatriz Lucía. *Andanzas de un liberal queretano: Hilarión Frías y Soto.* Secretaría de Cultura-Instituto Nacional de Antropología e Historia. Edición electrónica. México 2018

Carbajal López, David. “Los años del hambre en Bolaños (1785-1786). Conflictos mineros, escasez de maíz y sobremortalidad”, *Relaciones,* Vol XXXI Núm. 121, Invierno, págs. 57-81, El Colegio de Michoacán, A.C., Zamora, Michoacán, México 2010

Carrano, Patricia. *Las escandalosas: Veinte mujeres que han hecho historia.* Editorial Siruela, Madrid, España 2008

Chassen-López Francie. “Biografiando mujeres: ¿qué es la diferencia?”, *Secuencia*, Núm. 100, enero-abril, págs. 133-162, México 2018

Cirlot, J.E. *A Dictionary of Symbols,* Philosophical Library, New York, EEUU 1971

Conde, José Francisco. “José Rosas Moreno: Quehacer y Olvido”, *Tema y Variaciones,* Núm. 8, págs. 135-146. UAM Azcapotzalco, México 1996

Cornejo Franco, José. “El grupo liberal reformista”, *Obras completas, Volumen 2.* Gobierno del Estado de Jalisco, UNED, Guadalajara, México 1985

Covarrubias, Ricardo. *Dos héroes de La Reforma*. Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, México 1982

Cruz Acosta, Juan Tobías De la. “A 159 años del Evento Carrington”, *Hacia el espacio,* sitio web de la Agencia Espacial Mexicana (AEM), México 2003

Deal, Charles. Travels of Anna Bishop in Mexico. Publicado por Charles Deal, Philadelphia, EEUU 1849

Díaz y de Ovando, Clementina. *Los cafés en México en el siglo XIX,* UNAM, México 2000

Estrada, Sergio. Ramón Sagredo Carreño: Pintor y fotógrafo (1834?-1870), Tesis de maestría, Instituto de Investigaciones Estéticas UNAM, México 2014

Eveleigh, David. “Victorian & Edwardian Services (Houses) 1850-1914”*,* publicado en el sitio web, University of the West of England, Bristol, Inglaterra 2008

Fernández Rojas, J. “El Nerón de Jalisco”, *La Prensa*, 22 de junio, 1944, San Antonio, TX, EEUU 1950

Fernández Rojas, J. “Mexicanos prominentes: El general Ogazon, en el primer gabinete del presidente Díaz”, *La Prensa: Especial en cuatro partes para Periódicos Lozano,* publicadas del 30 abril al 21 de mayo, San Antonio, TX, EEUU 1950

Ferrante, Elena. *En los márgenes: Sobre el placer de leer y escribir,* Lumen, edición electrónica, España 2022

Figueroa Salgado, Melina Paloma. “Casa de Tacuba: una

esquina, mil historias". *Revista Viejos Rumbos*, págs. 47-51, Núm. 1, Año 1, México 2014

Galeana, Patricia (coord.), La resistencia republicana en las entidades federativas de México. Senado de la República-Gobierno del Estado de Puebla / Siglo XXI, Edición Electrónica, México 2014

Gámez de León, Tania. *Rostro reflejado ante un espejo. Manuel Ocaranza, pintor 1841-1882.* Universidad Iberoamericana. Departamento de Arte. México 2009

García Becerra, Estrellita, Arturo Camacho Becerra y A. Varela Torres. *Teatro Degollado.* Gobierno de Jalisco y Landucci, S.A. de C.V. México, 2005

García Cubas, Antonio. *El libro de mis recuerdos. Narraciones Históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual estado social, ilustradas con más de trescientos fotograbados.* Impr. de A. García Cubas, hermanos sucesores, México 1904

García Mosqueda, Diputada Sofía Berenice. *Iniciativa de Decreto que ordena la inscripción, en letras doradas, en el muro central del Salón de Sesiones del Congreso del Estado de Jalisco, el nombre de 'Ignacia Riesch'*, agosto, México 2013

García Ventura, Guillermo. *Opio,* Tesis Facultad de Economía, UNAM, págs. 56-58

Garritz, Amaya Ruiz y Javier Sanchiz Ruiz, coordinadores. *Genealogía, heráldica y documentación.* Primera edición electrónica en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2019, 104 MB, diagramas e ilustraciones (Historia Novohispana 94) (https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/626/genealogia_heraldica.html)

Giron, Nicole. "Ignacio Manuel Altamirano", en *Historiografía mexicana, Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación*, 1848-1884, págs. 27-294. Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general), Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del volumen IV). UNAM. Instituto

de Investigaciones Históricas, México 1996

Gómez-Dantés, Octavio, “El ‘trancazo’, la pandemia de 1918 en México“, *Salud Pública de México,* vol. 62, no. 5, septiembre-octubre, págs. 593-597, Cuernavaca, Morelos, México 2020

Gómez Loza, Ma. Esther. *Isabel Prieto de Landázuri.* Serie: Hojas Literarias 16-17, Gobierno de Jalisco, México 1999

González-Esparza, A., y Consuelo Cuevas-Cardona**,** “Observations of Low Latitude Red Aurora in Mexico During the 1859 Carrington Geomagnetic Storm: The 1859 Carrington Aurora in Mexico”. *Space Weather.* DOI: 10.1029/2017SW001789. May, 2018

González Obregón, Luis, y otros. *Liberales Ilustres. Mexicanos de la Reforma y la Intervención.* Edición y propiedad de Daniel Cabrera. Impreso por El Hijo del Ahuizote. 1890

Gracida Romo, Juan José y Ma. Eugenia de la Rosa Leal. *“La contaduría pública en México y Sonora”, Trascender, contabilidad y gestión,* Núm. 7 / Enero — Abril págs. 15-25, Universidad de Sonora, México 2018

Griffin, Susan. *Las Cortesanas: un catálogo de sus virtudes*. Vergara. Grupo Zeta. Argentina 2003

Guerra Márquez, Irma Estela. *De la prensa a la literatura. Estudio de dos publicaciones periódicas de José Rosas Moreno*. Tesis de Maestría en Letras Mexicanas. UNAM, México 2013

Guerra Márquez, Irma Estela. *Escritores de una ciudad encantada. El grupo literario laguense de 1903*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. El Colegio de Michoacán, A.C., Agosto, 2017

Guerra Márquez, Irma Estela. *Las Fábulas en la Obra Poética de José Rosas Moreno*. Tesis de Licenciatura. Dirección General de Bibliotecas. Tesis Digitales. UNAM, 2005

Gutierrez, Felipe S. *Viaje de Felipe S. Gutiérrez por Mexico, los Estados-Unidos, Europa y Sud-América,* Edición del

Diario del Hogar, Tipografía Literaria, México 1882

Gutierrez, Nicolas José. “Relaciones entre la fiebre amarilla y la fiebre biliosa de los países cálidos”, *Anales de la Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales de la Habana: Índice analítico 1864-1958, Tomo II,* Academia de Ciencias de Cuba 1974

Gutiérrez Ramos, Axayácatl. “Drogas: la historia que hace falta”. *Revista de la Universidad de México*, págs. 45-53. UNAM, CDMX, Dic. 2003-Enero 2004.

Guzmán Muñoz, María del Socorro. “Sotero Prieto Olasagarre. Un visionario decimonónico”, *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. XXIX, núm. 116, págs. 117-132. El Colegio de Michoacán, A.C, 2008

Guzmán Muñoz, María del Socorro. *Entre la quimera y la realidad: cultura científico-tecnológica e industrialización en Jalisco en el siglo XIX*, Tesis de doctorado, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2006

Hamilton, Edith. Mithology. Little, Brown & Company, Boston 1942

Hayes-Bautista David E., et.al. “Empowerment, Expansion, and Engagement: Las Juntas Patrióticas in California, 1848-1869”, *California History*, Vol 85, No. 1, págs. 4-23. EEUU 2007

Hayter, Alethea. *Opium and the Romantic Imagination*. Faber and Faber Ltd., Gran Bretaña, 2009

Hernández Allende, Constancio. *El centro bohemio de Guadalajara, su trascendencia.* Agata Editores, Guadalajara, Jalisco, México 2002

Hidalgo, Aurelio, *El Teatro Degollado 1866-1896.* Instituto Jalisciense de Bellas Artes. Publicaciones del Gobierno del Estado. Guadalajara, JAL., México 1966

Hidalgo G., Aurelio, *La gran bóveda del Teatro Degollado y su Extraordinaria Pintura.* Imprenta “Económica”. Guadalajara, JAL., México 1957

Hoy, Teresa Van. “Mexican Exiles and the Monroe Doctrine,

New York and the Borderlands, 1865", *Camino Real: Estudios de las Hispanidades Norteamericanas,* Núm. 7, Vol. 10. págs. 39-60, Instituto Franklin — UAH, Alcalá de Henares, España 2015

Iguíniz, Juan B. Guadalajara a través de los tiempos. Relatos y descripciones de viajeros y escritores del siglo XVI hasta nuestros días. Tomo Uno 1586-1867, Ayuntamiento de Guadalajara, México 1989-1992

Iguíniz, Juan B., *El Periodismo en Guadalajara 1809-1915,* Universidad de Guadalajara, México 1955

Infobae, "En qué época el peso mexicano tenía más valor que el dólar estadounidense", Infobae.com, 14 de enero, 2023

Jimenez, Miguel F. *Gaceta Médica de México, Tomos I y II,* Imprenta de Andrade y Escalante, México 1866.

Juárez, Benito. *Apuntes para mis hijos.* Editorial Herbasa. México 2005

Katz, Friedrich, Dirección. *Porfirio Díaz frente al descontento popular regional (1891-1893)*, Antología Documental, Universidad Iberoamericana, México 1986

La Gran Logia York de México. "Historia de la Masonería Mexicana (Una aproximación histórica)", *Revista Masónica GAIA*, Núm. 18, México 2013

Lancaster-Jones, Ricardo. "Dos retratos románticos tapatíos", *El Informador,* 17 de junio, págs. 4 y 6, Guadalajara, México 1956

Lancaster-Jones, Ricardo. "Noticia Genealógica sobre las familias Ogazon y Velazquez, de la Nueva Galicia", *Gaceta de Guadalajara,* Año 9, Tomo 9, 1o de enero, Guadalajara, Jalisco, México 1951

Laris, José Trinidad. *Guadalajara de las Indias, historia de*

sus crónicas, mapas, planos, glosa, edificios monumentales, templos, calles y barrios, Talleres "Gráfica", Guadalajara, Mexico 1945

Lerma Garay, Jesús Antonio. *Historia de Mazatlán: Cuatro Tomos,* Edición electrónica, Sinaloa, México 2020

Lerma Garay, Jesús Antonio. *Vida y obra de Plácido Vega,* Edición electrónica, Sinaloa, México 2009

Lesser, Elizabeth. *Cassandra Speaks: When Women Are the Storytellers, the Human Story Changes,* HarperCollins, Edición electrónica, EEUU 2020

Lumbreras Bautista, Ernesto. *Un relámpago Bermejo. El limbo de Dante en el teatro degollado,* Typotaller, México 2023

Maillefert, Eugenio. Directorio del Comercio de la República Mexicana para el año de 1869, México 1868

Márquez de León, Manuel. *Don Benito Juárez a la luz de la verdad.* Imprenta en la 2a. de San Lorenzo, 16 y 17 (Reproducido por Legare Street Press) México 1885

Martínez Réding, Fernando. *Los Tapatíos.* Ayuntamiento de GDL, 1987

Martínez Moreno, Carlos Francisco. *Masonerías, Intervencionismo y Nacionalismo en México. De la segunda mitad del siglo XIX a los primeros años del XX.* Tesis Doctoral IIH-UNAM, México 2016

Martínez Moreno, Carlos Francisco. "Logias masónicas en la Nueva España". REHMLAC. *Revista de Estudios Históricos de la Masonería Latinoamericana y Caribeña*. Vol. 3, Núm. 2, diciembre, págs. 244-297. Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica 2011

Mendoza, Vicente T. *Glosas y décimas de México.* Letras Mexicanas 32. Fondo de Cultura Económica, México 1996

Michelet, Jules, *El amor,* Edición de A. de San Martín y otros, Madrid y Barcelona, España 1861

Miles, Carlota. *Almada of Alamos. The Diary of Don*

Bartolomé, Arizona Silhouettes, Estados Unidos, 1962

Miles, Tiya. *All That She Carried: The Journey of Ashley's Sack, a Black Family Keepsake,* Random House, edición electrónica, EE UU 2021

Miller, Robert Ryal. "Arms across the Border: United States Aid to Juárez during the French Intervention in Mexico*", Transactions of the American Philosophical Society*, Vol. 63, No. 6, págs. 1-68, EEUU 1973

Miller, Robert Ryal. "The American Legion of Honor in Mexico", *Pacific Historical Review,* Vol. 30, Núm. 3, pp. 229-241, Univ. of California Press EEUU 1961

Montemayor, Dr. David L. Departamento de Historia de la C.N.B.M., A.R. "Historia de los bautistas en México", *The Reformed Reader,* reformedreader.org 1999

Muñoz y Pérez, Daniel. *D. Pedro Ogazon*. *Batallador liberal de Jalisco.* Cuadernos de Lectura Popular 25. Serie: La victoria de la república. SEP Subsecretaría de asuntos culturales. México, 1966

Muriá, José María, Coordinador. *Viñetas de Guadalajara*. Ayuntamiento de Guadalajara y El Colegio de Jalisco, 2004

Núñez Becerra, Fernanda. "El agridulce beso de Safo: discursos sobre las lesbianas a fines del siglo XIX mexicano", *Historia y Grafía*, núm. 31. Departamento de Historia, México, 2008

Olveda, Jaime. *Autonomía, soberanía y federalismo: Nueva Galicia y Jalisco*, El Colegio de Jalisco, Colección Investigación, 2014

Otero, Mariano. *Guadalajara en 1842.* Colegio de Jalisco y Ayuntamiento de Guadalajara, 2017

Palacio, Celia del. La primera generación romántica en Guadalajara: La Falange de Estudio. Universidad de Guadalajara, 1993

Palacio, Celia del. *No me alcanzará la vida.* Editorial Planeta-Martínez Roca. Edición electrónica. México 2022

Palacio, Celia del. *México durante la Guerra de Reforma. Tomo II. Contextos, prácticas culturales, imaginarios y representaciones,* Biblioteca Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, México 2011

Pareyón, Gabriel. *Clemente Aguirre (1828-1900). Compositor, maestro, director musical y compilador de música tradicional. I. Estudio biográfico e histórico.* México: Secretaría de Cultura, INBAL, Cenidim, México 2023

Pareyón, Gabriel. *Clemente Aguirre (1828-1900). Compositor, maestro, director musical y compilador de música tradicional. II. Colección de Piezas para piano.* México: Secretaría de Cultura, INBAL, Cenidim, México 2023

Paz, Ireneo. *Algunas campañas. Primera Parte.* Imprenta y Litografía de Ireneo Paz. 2a edición. México 1884

Paz, Ireneo. *Algunas campañas. Segunda Parte.* Imprenta de Ireneo Paz. 2a edición. México 1884

Perez, Dan. “The Historic Teatro Degollado, Guadalajara (In Pictures)”, *Dan Perez Photography Blog* (sitio web: https://danperezphotography.com/2020/03/10/teatro-degollado-guadalajara/), 10 de marzo, EEUU 2020

Pérez, Juan E. *Guía de Forasteros para el año 1871*, Imprenta del Gobierno, en Palacio a cargo de José María Sandoval, México 1871

Perez, Vanessa O., "Toasting México in the American West: Brindis Poems and Political Loyalties of Women's Mexican Patriotic Clubs" (2017). *Letras Femeninas,* Vol. 1, Issue 43, pp 60-77. CSUSB, EEUU 2017

Pérez Verdía, Luis, *Historia particular del Estado de Jalisco, Vol. I, II, y III,* Guadalajara, Tipografía de la Escuela de Artes y Oficios del Estado, Jalisco, México 1911

Prieto de Landazuri, Isabel. *Obras poéticas de la señora doña Isabel Prieto de Landazuri. Primera parte: Composiciones Líricas.* Imprenta y litografía de Ireneo Paz, México 1883

Prieto, Guillermo. *Colección de poesías escogidas, publicadas e inéditas, de Guillermo Prieto. Ayutla : La guerra de tres años ; Los constituyentes. Con varios retratos y vistas.* Tipografía de la oficina impresora de estampillas. Palacio Nacional, México 1897

Proceedings of a Meeting of Citizens of New York, to express sympathy and respect for the Mexican Republican Exiles. Held at Cooper Institute, July 19, 1865. John A. Gray & Green, Printers, New York, EEUU 1865

Prose, Francine. *The Lives of Muses: Nine Women and the Artists They Inspired.* Perennial/HarperCollins, EEUU, 2003

Ramírez, Ignacio. *Obras de Ignacio Ramírez, Tomo I*. Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, México 1889

Ramos Escandón, Carmen. coordinadora. *Presencia y transparencia: la mujer en la historia de México.* El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, México 2006

Rendón García, Lina, Coordinadora. *Capítulos de historia de la ciudad de Guadalajara Tomo I,* Ayuntamiento de Guadalajara, México 1989-1992

Representación que las señoras de Guadalajara dirigen al Soberano Congreso Constituyente, sobre que en la Carta Fundamental que se discute, no quede consignada la tolerancia de cultos en la República. Tipografía de Rodríguez. 2a calle de Catedral, núm. 10, Guadalajara 1856

Reyes, Alfonso. *Parentalia. Primer libro de recuerdos,* Editorial Tezontle, México 1958

Reyes y Zavala, Ventura. *Las bellas artes en Jalisco: apuntes para formar un catálogo de los artistas que, ó han nacido en el estado, ó han vivido en él dejando obras de sus manos,* Tipografía de Valeriano C. Olague 1882, reimpreso por el Gobierno de Jalisco, México 1989

Ríos, Enrique M. *Liberales Ilustres Mexicanos de la Reforma y la Intervención.* Talleres Gráficos de la Nación, México

Rivera, Agustín. *La Reforma y el Segundo Imperio.* Anales

Mexicanos, Escuela de artes i oficios, 3a edición. Taller de Tipografía. Guadalajara, México 1897

Rivera, Agustín. *Los hijos de Jalisco o sea Catálogo de los Catedráticos de Filosofía en Seminario Conciliar de Guadalajara.* Escuela de artes i oficios, Taller de Tipografía. Guadalajara, México 1897

Rodríguez García, Ruben. *Octaviano de la Mora: Verdad y belleza del retrato.* Universidad de Guadalajara, 1a. Edición Electrónica, Jalisco, México 2007

Rojas Galván José, y Domingo Coss y León, "Despojo, resistencia y represión. Revueltas indígenas en el real de minas de Bolaños (Virreinato de la Nueva España) 1734-1783". *Revista Humanidades*, Vol 10, No. 1, Enero-Junio, Universidad de Costa Rica 2020

Romero, Matías. *Diario Personal (1855-1865).* Editado por Emma Cosío Villegas. El Colegio de México, FCE, México 1960

Romero, Matías. Editor. *Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención extranjera (1860-1868). Colección de documentos para formar la historia de la intervención, Tomo IV.* Imprenta del Gobierno, en Palacio, a cargo de José M. Sandoval, México 1871

Romero Pérez, Juan Francisco. "Antonio Rojas y el Guero Mónico Tepatitlenses", *Archivo General Municipal e Histórico de Tepatitlán,* Boletín No. 3, Jalisco, México 2010

Romero Salinas, Joel. *Rotonda de las Personas Ilustres.* Editorial Porrúa, México 2004

Rosas Moreno, José. *Ramo de Violetas. Poesías.* Antigua Imprenta y Librería de Murguía. 1a edición, México, 1891.

Ruiz Castañeda, María del Carmen y Márquez Acevedo, Sergio. *Catálogo de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México.* Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, México 1985

Ruiz Medrano, Carlos Rubén. "El Real de Minas de Bolaños,

Jalisco, en el siglo XVIII: transformaciones territoriales y cambios sociales", *Región y Sociedad*, Año XXVI, No. 60, págs. 191-227. El Colegio de Sonora, México 2014

Salado, Victoriano. Episodios nacionales mexicanos II. De Santa Anna a la Reforma. Memorias de un veterano 2. Fondo de Cultura Económica, México 1994

Sartorius, Carl Christian. *Mexico, landscapes and popular sketches.* Editado por Dr. Gaspey, Trübner & Co., 60, Paternoster Row, London 1859

Segura Muñoz, Iván. "Las aventuras y desventuras de un guerrillero. Antonio Rojas y los Galeanos de Jalisco", *Revista BiCentenario: El ayer y hoy de México,* núm. 46. http://revistabicentenario.com.mx/index.php/archivos/las-aventuras-y-desventuras-de-un-guerrillero-antonio-rojas-y-los-galeanos-de-jalisco/ México 2014

Segura Muñoz, Iván. "Los ejércitos en Guadalajara durante la Intervención francesa y el Segundo Imperio (1862-1867)", Tesis de licenciatura en Historia: https://hdl.handle.net/20.500.12104/49660, CUCSH, Universidad de Guadalajara, México 2015

Sierra, Catalina, y Cristina Barrios, compiladoras. *Ignacio Manuel Altamirano. Iconografía*, FCE, México 1993

Soberanes Fernández, José Luis et.al. *Derecho, Guerra de Reforma, intervención francesa y segundo imperio. A 160 años de las Leyes de Reforma,* UNAM-IIJ, México 2020

Solnit, Rebecca. "In Praise of the Meander Rebecca Solnit on Letting Nonfiction Narrative Find Its Own Way". *Literary Hub* (lithub.com). Nov. 10, EEUU 2021

Sosa, Francisco. *Biografías de mexicanos distinguidos,* Oficina tipográfica de la secretaría de fomento, México 1884

Souza Jauffred, Jorge, compilador. *El Fulgor y la Flama. Estudios sobre escritores de Jalisco,* Colección Humanidades, 1a Edición, Secretaría de Cultura del Gob. de Jalisco, México 2016

Taibo II, Paco Ignacio. La gloria y el ensueño que forjó una PATRIA 1, 2, y 3. Editorial Planeta. Edición electrónica. México 2017

Taper, Bernard, Editor. *Mark Twain's San Francisco*. McGraw-Hill Book Publishing, EEUU 1963

Tapia, Esther. *Flores silvestres: Composiciones poéticas de Esther Tapia. Publicadas por J. M. Vigil.* Imprenta de I. Cumplico, México 1871

Tapia, Santiago. Secretaría de Guerra y Marina de México *Detalle de la acción que el día 20 de octubre de 1861 la Brigada mixta del mando del ciudadano general Santiago Tapia libró en la sierra intermedia de Pachuca al Mineral del Monte: derrotando al ejército reaccionario al mando de sus principales caudillos Marquez, Mejía, Zuloaga, Zires, Herrera y Lozada, &c.* V.G. Torres, México 1861

Tarnoff, Ben. *The Bohemians. Mark Twain and the San Francisco Writers who Reinvented American Literature.* The Penguin Press, New York, EEUU 2014

Terry, Carole Cosgrove, *Die Deutschen in Kalifornien: Germans in Urban California, 1850-1860*. UNLV Theses, Dissertations, Professional Papers, and Capstones. Las Vegas, EEUU 2012

"The Turners", *Rosamond Press. A Newspaper for the Arts. (https://rosamondpress.com/2014/11/26/the-turns/),* publicado el 26 de noviembre por Royal Rosamond Press, EEUU 2014

Torre, Federico de la. "Ciencia, industrialización y utopía social: notas sobre Vicente Ortigosa de los Ríos, 1817-1877", *Letras Históricas,* págs. 53-79, Número 5, Otoño 2011-Invierno, México 2012

Torre, Federico de la. *Entre la quimera y la realidad. Industrialización y utopía social en Jalisco (siglo XIX).* Universidad de Guadalajara, México 2021

Torres Septién, Valentina. *La educación privada en México (1903-1976),* El Colegio de México / Universidad Iberoamericana*,* México 1997

Tovar, R. "Rectificaciones". *El Tiempo,* pág. 2., 26 de febrero

Cd. de México 1890

Tutino, John, “Power, Class, and Family-Mexican Elite 1750-1810”, *The Americas*, Volume 39 , Issue 3 , January, págs. 359 - 381, EEUU 1983

Ulloa, Sergio Valero. Los barcelonnettes en Guadalajara, siglos xix y xx, Instituto Mora, CONACYT. 1a. edición, Universidad de Guadalajara 2015

Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Coordinación para la Innovación y la Aplicación de la Ciencia y la Tecnología. *La transformación del paisaje en el Distrito Federal: Del crecimiento urbano a la primera crisis ambiental en México.* UASLP, México, 2015

Vallarta, Alejandro. *Alejandro Vallarta Papers,* Benson Latin American Collection, Texas Libraries, México 1937

Vanderwood, Paul. “El bandidaje en el siglo XIX: una forma de subsistir”, *Historia Mexicana*, Vol. 34, No. 1, pp. 41-75, El Colegio de Mexico, México 1984

VV.AA. *Liturgias Masonicas 4-14*, Editorial Salomón, EEUU 2020.

VV.AA. *Florilegio Jalisciense*, Anáhuac No. 6. Editorial Ágata. Guadalajara, México 1991

VV.AA. *Octaviano de la Mora: fotógrafo,* Gobierno del Estado de Jalisco, Secretaria de Cultura / Instituto Cultural Cabañas / El Colegio de Jalisco, Zapopan, 2008.

Vázquez Parada, Celina. *Mujeres jaliscienses del siglo XIX: Cultura, religión y vida privada.* Editorial Universitaria, 1a edición electrónica. Guadalajara, Jalisco, México 2008

Velázquez Guadarrama, Angélica. “Castas o marchitas ‘El amor del colibrí’ y ‘La flor muerta’ de Manuel Ocaranza”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas,* vol. XX, Núm. 73, otoño, págs. 125-16. Instituto de Investigaciones Estéticas. Distrito Federal, México 1998

Velasco, Sara. Selección y presentación. *Bajo el purísimo*

cielo de jalisco. Cuatro escritoras del siglo XIX. Sec. de cultura. Gob. de Jalisco, México 2015

Vidaurre, Carmen V. y Nicolás Sergio Ramos Núñez. *Neoclásicos y Eclécticos,* Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño de la Universidad de Guadalajara, México 2009

Villaseñor y Villaseñor, Ramiro. *Las calles históricas de Guadalajara,* Gobierno de Jalisco, Secretaría General, Unidad Editorial, México 1986

Walker, Barbara G. The Woman's Dictionary of Symbols and Sacred Objects. Harper San Francisco, EEUU 1988

Walker, Barbara G. *The Woman's Encyclopedia of Myths and Secrets.* Harper and Row, Publishers. San Francisco, EEUU 1993

Walsh, Jane y David Hunt. "The Fourth Skull: A Tale of Authenticity and Fraud", *The Appendix. Illusions,* Vol. 1, No. 2, 17 de abril, pp. 28-44 (*https://theappendix.net)*, EEUU 2013

Wasserman, Mark. *Everyday Life and Politics in Nineteenth Century Mexico: Men, Women and War.* The University of New Mexico Press, Albuquerque, EEUU 2000